

El Destino de Ana H. Murria



Maite R. Ochotorena

Título: El Destino de Ana H. Murria
Primera Edición:
© 20-07-2016 Maite R. Ochotorena
Todos los derechos reservados
Diseño de la cubierta: Paul Caballero Barturén

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Maite R. Ochotorena

El Destino de
Ana H. Murria

Agradecimientos

«*El Destino de Ana H. Murria*», mi tercera novela, está escrita pensando en mis padres, mi referente en esta vida... en mis hermanos, una piña, unidos ante las tempestades... en mis amigos, constantes, leales... y en todos los que habéis creído en mí cuando he aparecido sin llamar, a vuestra puerta, contándoos mi curiosa historia... Gracias a los que me habéis leído sin conocerme, los que siempre habéis estado conmigo, sabéis bien quiénes sois...

Pero sobre todo la he escrito pensando en ti, Jon.

Porque sin ti, llegar hasta aquí habría sido sin duda mucho más largo y difícil. Gracias por creer en mí. Gracias por ser mi compañero, mi apoyo constante, mi empuje en esta aventura.

Maite R. Ochotorena

*Nada temo, salvo a la sombra.
Nada añoro, salvo mis sueños.
Nada tengo, salvo mis dudas y un futuro incierto.
La **NADA**, es la amenaza que me tiene atrapada...
hasta que encuentre el modo de avanzar...
hasta que no tenga nada que perder.
Hasta que pueda usar mi voz...
para contar la verdad,
para dejar atrás estas cadenas
que me arrastran hacia la muerte.*

Guipúzcoa 1956

El traqueteo del tren normalmente la relajaba, era como dejar pasar la vida ante sus ojos, mientras se evadía clandestinamente, convirtiéndose en una observadora anónima que no forma parte de lo que ve. Ana apoyó la frente en el cristal de la ventanilla, buscando la frescura de su superficie, y dejó vagar la mirada, perdida en el paisaje montañoso que atravesaban velozmente. No tenía prisa por llegar a San Sebastián, de hecho, prefería que el viaje se demorase unas horas más. Necesitaba tiempo para asimilar su regreso a casa, y lo que implicaba.

Como si eso fuera posible, retrasar lo inevitable.

Vio su reflejo en el cristal, un reflejo distorsionado por la lluvia que golpeaba los cristales, devolviéndole la imagen de una joven bonita de grandes y expresivos ojos oscuros. Esos ojos estaban tristes; se apreciaba un fondo melancólico en ellos, como un velo que hubiera cubierto su naturaleza vivaz. Se notaba que preferían brillar alegres, pero algo atormentaba su espíritu. Su pasado le había dejado una dolorosa impronta en el corazón, y ahora estaba a punto de volver a él.

Llovía, cómo no. El cielo estaba cubierto, y ofrecía un gris triste, plumizo, que impedía que brillara la luz del día. Ya hacía varias horas que aquel tren había dejado atrás las amplias extensiones bañadas por el sol de las tierras castellanas para sumergirse en el sempiterno cielo encapotado tan característico de aquella tierra montañoso. A Ana le parecía que adentrarse en Gipuzkoa, una provincia accidentada, encajada entre montes agrestes cubiertos de bosques llenos de verdor, era como zambullirse en el agua. Se imaginaba a sí misma tapándose la nariz con los dedos antes de adentrarse en los valles vascos, como el que se lanza a una zambullida.

Humedad.

Podía saborearla, la notaba en la piel, en la ropa, en la boca,

impregnada en su cabello... El ambiente era extremadamente dulce, y el contraste con lo que había dejado en Madrid era demasiado grande.

Madrid... Había aprendido a amar esa ciudad, a la manera de una muchacha de veintiún años, deseosa de descubrir cosas nuevas tanto como de alejarse de su vida anterior. Iba a echar de menos su luz, el calor, y los espacios abiertos. También echaría de menos a los Kauffman, a los que había llegado a apreciar... no, a querer... Luego pensó en Corinna, y se le encogió el corazón. Desde que se había despedido de ella en el andén de la estación de tren de Atocha, sentía su falta como un frío hueco en el pecho. Corinna Kauffman y su marido Friedrich Kauffman, representaban la seguridad, la calidez, la confianza... Sobre todo ella, se había convertido en una verdadera amiga, casi como una madre... Hizo una mueca al pensar en cómo se había enfadado al enterarse de que volvía a San Sebastián; incluso había tratado de retenerla, aun sabiendo que se marchaba sólo por una semana. Temía que no regresara, no volver a verla... ¿Significaba algo eso? Prefería creer que sí, que la consideraba parte de su familia.

En el fondo, también tenía miedo de no poder volver.

Cerró los ojos y se dejó llevar por los recuerdos de su vida en la capital. Eran muy felices, mucho más que los que guardaba de su vida en San Sebastián. Entonces pensó en su propia familia, en su padre, sus hermanas... Hacía dos años que no les veía.

Luego, inevitablemente, sus pensamientos derivaron hacia la figura de su madre, Margarita Clarín, tan retorcida... No deseaba volver a verla, porque temía descubrir que seguía siendo... extraña.

Por lo que su hermana Isabel le había ido contando por carta a lo largo de aquellos dos años, se lo estaba haciendo pasar mal tanto a ella como a su hermana menor, Celia. Ana era la que más había acusado siempre el carácter de una madre fría y complicada, sobre todo por su excesiva sensibilidad, sin embargo, al marcharse, parecía lógico pensar que Celia e Isabel hubieran ocupado su lugar... Meneó la cabeza pesarosa. Nadie como ellas sabía lo que significaba vivir bajo el mismo techo que Margarita.

Tal vez José Miguel Murria, su padre. Él también era una víctima. Había vuelto enfermo después de la guerra civil, y aunque desde los catorce años de edad había estado empleado primero como botones en el Hotel Continental, ahora como conserje, no podía trabajar con la misma energía, y con su sueldo, sensiblemente inferior que el que había estado percibiendo

antes de su enfermedad, apenas llegaba para cubrir las necesidades de la familia.

Eso a su madre siempre le había dolido en el orgullo. A Margarita Clarín le gustaba presumir, para ella la apariencia lo era todo, y se sentía humillada por tener que dejar a deber en las tiendas, como los demás. No perdonaba a su marido que fuera incapaz de ofrecerles una vida mejor, y le culpaba cruelmente por su «inutilidad».

Ése era el motivo de que Isabel se hubiese puesto a trabajar muy pronto, pese a que hubiera preferido seguir estudiando. Que Ana supiera, continuaba empleada en una academia, donde se impartían unos famosos cursos por correspondencia. Lo que ganaba, una paga generosa que sobrepasaba las trescientas pesetas, lo entregaba casi íntegramente a su madre, que era la que lo administraba todo. Por su parte, Celia era demasiado pequeña, y suponía una carga para las arcas familiares.

Ana sonrió al pensar en Isabel, tan decidida. Se había esforzado mucho para ser aceptada en aquella academia. Su madre la había criticado hasta la saciedad, porque le costaba aceptar que fuese su hija, y no su marido, la que más dinero llevaba a casa.

Viendo todo esto, podría parecer que Ana lo había tenido más fácil, pero no había sido así. Marcharse a Madrid había supuesto todo un reto para la más tímida de las tres hermanas. Se había ido a pesar del miedo atroz que le provocaba el hecho de volar sola. Por sí misma jamás hubiera ido a la capital, pero Isabel la había convencido de que era imprescindible que lo hiciera, porque con los escasos ingresos con los que contaban, no había suficiente para mantener a Celia... y mucho menos a ella, que aún estudiaba. Isabel, muy consciente de esto, se había negado a que también renunciara a su educación. Había alegado además, que necesitaba alejarse de su madre, cuyo carácter imposible la estaba hundiendo en la miseria. La había convencido para que se marchara y siguiera formándose fuera, lejos de su nefasta influencia.

–Si te quedas, acabarás mal, Ana. Yo puedo torearla, pero a ti te destruirá –había insistido.

–¿Y Celia?

–Yo la protegeré.

Así pues, había tenido que transigir, hacer las maletas, y acudir a una ciudad desconocida, a coser y estudiar en casa de unos marqueses alemanes

instalados en España desde antes de que estallara la guerra civil. Un amigo de su padre la había puesto en contacto con ellos, y ahora, después de dos años, no se quejaba de la experiencia. Todo lo contrario. Los Kauffman la habían tratado bien, y había aprendido mucho, entre otras cosas a hablar alemán con fluidez. En eso la había ayudado mucho Corinna, con quien había pasado tantas veladas charlando, paseando, descubriendo Madrid. Por supuesto había continuado con sus estudios, obteniendo unas notas excelentes, y los había sufragado con lo que ganaba cosiendo. Como su padre, tenía una facilidad pasmosa para aprender otras lenguas. También hablaba francés a la perfección, gracias a él.

Lamentaba haber tenido que dejar a Corinna, con quien había dado pasos que iban más allá de la amistad, pero su padre le había escrito la última vez para pedirle que regresara. Con su letra estrecha y prácticamente ilegible, le temblaba el pulso ostensiblemente a causa de su enfermedad, le había contado que consideraba que, después de dos años sin un descanso, los Kauffman no iban a poder negarle un permiso de una semana para ir a visitar a su familia. En las breves y apretadas líneas de su carta, había dejado entrever que estaban teniendo problemas, y le había rogado que pidiera, no... que suplicara a su familia alemana, que la dejaran volver. La necesitaba en casa.

Alertada por el tono de la carta tanto como por el hecho de que su padre jamás le habría pedido ayuda si no estuviera realmente en apuros, se había apresurado a entrevistarse con la señora Kauffman. Ésta se había mostrado comprensiva en cuanto le expuso su preocupación, y enseguida le había abonado su paga para que pudiera comprar un billete, eso sí, rogándole que volviera cuanto antes, pues no podía prescindir de su compañía.

Ana sabía que, aunque no se había opuesto, la buena mujer había sufrido un duro revés. Era más una madre, que su propia madre. Al despedirse había deslizado un sobre en su bolso con una generosa cantidad de dinero, por si lo necesitaba. La joven suspiró al recordarlo, agradecida por su manera de cuidarla.

Con su madre la cosa hubiera sido bien distinta. Sonrió para sí con cierta amargura. Ella jamás la hubiera dejado marchar, mucho menos la habría apoyado económicamente, aun cuando hubiese estado en posición de hacerlo, y le hubiera reprochado una y mil veces que se fuera, de eso estaba segura. Corinna en cambio, con unos increíbles ojos azules, cabello rubio

platino, piel de porcelana, y ese conquistador aire despreocupado, con su peculiar manera de mirar desde abajo, como aquel al que le han pillado haciendo una travesura, era diametralmente opuesta. Se movía como una dama de la aristocracia, bueno, lo era, era una marquesa, y destilaba estilo en cada ademán, caminando sobre sus altos tacones de aguja como si flotara. Se había empeñado en acompañarla a la estación, había mandado que un mozo llevara su maleta, y después, cuando la megafonía había anunciado que el tren con destino a Irún arrancaba, la había mirado con una expresión indescifrable que había atravesado su corazón. Luego la había besado en la mejilla, un beso sin contacto, y había pronunciado un «*hasta luego*», como una manifestación que quería decir en clave «*no tardes en volver, más te vale*».

A medida que la distancia la alejaba de su protección, de las tardes robadas a su trabajo para pasear juntas, de sus consejos, su humor refinado y su simpatía... aquel hueco frío en su pecho se ensanchaba y profundizaba dolorosamente. Iba a añorar su hogar en Madrid. Corinna Kauffman se perdía en la distancia, como un bonito sueño sin final feliz. Cerró los ojos y se aferró al recuerdo del cariño con que se habían despedido. Seguramente se arrepentiría muy pronto de haberse marchado.

De pronto la puerta del vagón se abrió y una pareja de Guardias Civiles la cruzó. De inmediato los pasajeros se tensaron en sus asientos, casi imperceptiblemente. Ella también. Palideció sin poder evitarlo mientras el pulso se disparaba en su pecho. Viajaba sola, y eso la hacía sentirse vulnerable.

Les vio avanzar por el pasillo, despacio, pidiendo la documentación al azar entre los viajeros. Sus uniformes verdes y sus inconfundibles tricornos negros la intimidaban tanto como sus fusiles, pese a no tener, en principio, nada que temer.

–Documentación, por favor –le pidió uno de ellos cuando llegó a su altura.

Lucía un denso bigote negro, y sus ojos la miraron con atención, haciéndola sentirse culpable sin haber cometido delito alguno. Ana sacó del pequeño bolso que la señora Kauffman le había regalado lo que le pedían y se lo entregó, mientras a su lado una mujer, de unos setenta años, rebuscaba en sus bolsillos sus propios papeles, no sin cierto nerviosismo. El Guardia Civil la miró.

–¿Ana... H.?

–Ana H. Murria Clarín... –especificó ella con temor–. H. de Hilda...

Se avergonzó, porque Hilda era su segundo nombre, y siempre tenía que dar explicaciones.

El oficial le devolvió su cédula de identidad sin decir nada, y a continuación se dirigió a su compañera de viaje, la cual acababa de encontrar, por fin su cédula de identificación. Se la entregó con mano temblorosa. Tenía el cabello casi blanco, y unos ojos azules muy hermosos, pese a las innumerables arrugas que un carácter afable había dibujado en su rostro a lo largo del tiempo. Ana sintió lástima. Deseó poner una mano en su antebrazo para infundirle cariño. El Guardia Civil, en vez de devolverle sus credenciales, se las pasó a su compañero, que también las estudió.

–Acompáñenos, por favor –dijo de pronto.

–¿Acompañarles...? –la mujer se hundió en el asiento, lívida, sin comprender la razón de aquel requerimiento.

–En pie –fue su seca respuesta.

Ana les miró asustada, y luego se volvió hacia la desconocida con los ojos muy abiertos. Ella ya se levantaba torpemente.

–Deje sus cosas, no las necesita.

La mujer no se atrevió a protestar, y apartó la mano de su bolsa de viaje. Nadie dijo nada, no se oía ni una tos, ni un murmullo... en todo el vagón. Los pasajeros asistían impotentes a una escena demasiado habitual en aquellos días, conscientes de que les podía haber tocado a ellos. Las miradas se desviaban de la escena que estaban representando los Guardias Civiles y la anciana.

–...dejen que se lleve su abrigo al menos –Ana se sorprendió de su inusitado coraje–... Llueve, y es muy mayor, por favor...

El Guardia Civil la atravesó con la mirada, pero no dijo nada. Asintió con la cabeza, y ella ayudó a la mujer a ponerse su abrigo.

–Gracias hija...

Su voz conmovió a la joven. Aquellos hermosos ojos azules sonrieron a pesar del miedo. Cuando se la llevaron atravesando el vagón, el silencio permaneció tras ellos, suspendido en el aire como un gas venenoso que caló en las conciencias de todos arrebatándoles la conversación el resto del viaje. Ana se quedó sentada, sobrecogida. No cesaba de preguntarse por qué a ella, por qué, por qué llevarse a una mujer de avanzada edad... No tenía sentido.

Cuando el tren al fin hizo su entrada en San Sebastián, y se detuvo en el andén, soltó el aire que había estado conteniendo. Miró por la ventanilla, buscando a la que había sido su compañera casi todo el viaje. La vio saliendo del tren. Los Guardias Civiles se la llevaban, agarrándola cada uno de un brazo, como si fuera una criminal peligrosa.

La gente tardó en bajar. Se demoraban recogiendo sus cosas, recelosos de seguir demasiado pronto sus pasos, buscando tal vez eludir la realidad en la que vivían. La muchacha también se levantó, pero no esperó. Recuperó su escaso equipaje y abandonó el vagón a toda prisa.

Eran las cinco de la tarde, llovía, y una muchedumbre revuelta de personas se apiñaba junto a la vía; sus voces altisonantes lo llenaban todo.

Ana sintió una gran soledad. A ella no la esperaba nadie.

Salió de la Estación del Norte, abrió su paraguas y se lanzó hacia el puente que cruzaba el río Urumea, en dirección a la cuesta de Aldapeta, una calle empinada que daba acceso al conocido cerro de San Bartolomé. Dicho cerro no era sino un promontorio que se elevaba por encima de la ciudad, coronado por el convento que le daba nombre, donde se había fundado el colegio Compañía de María. Allí, en una villa llamada Santa Engracia, vivía su familia, los Murria.

Nada más empezar a caminar la inquietud creció en su interior. Como siempre, ya se estaba anticipando a los acontecimientos... Ana quiso sacudirse sus malos presentimientos de encima y anduvo con paso resuelto. Atravesó el suntuoso puente de Maria Cristina, que partía desde la estación y daba paso a las calles al otro lado del río. Era hermoso y romántico, con sus cuatro obeliscos ornamentales custodiando sus extremos... Siempre le había gustado asomarse por encima de la barandilla y ver el Urumea corriendo caudaloso a través de sus recios pilares hacia el mar, pero aquella tarde desapacible llovía demasiado para detenerse.

Aquella parte de la ciudad apenas había cambiado desde que se marchara. La cruzó con familiaridad. Llovía muchísimo, y ya muy lejos de la protección de la estación, el agua de lluvia caía sobre su paraguas en forma de diluvio; repiqueteaba contra su tela roja, derramándose por sus costados en forma de auténticos regueros. Se le mojaron enseguida los botines que calzaba, un tanto gastados por el uso, e incluso los bajos de la falda de su vestido acabaron empapándose para cuando llegó al pie de la cuesta que llevaba a su casa. La subió dando pequeños saltitos. Quería evitar los

riachuelos que se precipitaban desde lo alto a lo largo de toda la calle. No paró hasta plantarse frente a la verja de hierro que daba paso a la propiedad familiar.

Entonces se quedó paralizada. Estaba de pie bajo la única protección de su paraguas, sin decidirse a abrir la pesada verja. Le traía tantos recuerdos... Contempló la vieja casona al otro lado, señorial, amplia, de tres plantas, asentada en la falda del cerro con sus gruesos muros de piedra cubiertos en buena parte por una hiedra densa y frondosa. Desde donde estaba hasta la fachada principal, se apreciaba un bonito jardín rodeado de setos, y un huerto ahora descuidado y anegado por la lluvia. El peculiar olor que desprendían aquellos setos inundó su olfato, trayéndole otros recuerdos.

Ana se estremeció, y de pronto se emocionó. Quiso correr en busca de su padre y abrazarse a él. Le echaba de menos, ansiaba comprobar cómo se encontraba. La enfermedad que le aquejaba iba minando su salud lentamente, arrebatándole cada día un soplo de vida. Sin embargo era demasiado temprano. Aún no habría vuelto de su trabajo en el Hotel. Deseaba tanto volver a verle...

No podía quedarse allí, bajo la lluvia, eternamente. Abrió la verja, que se desplazó con un lúgubre chirrido, y caminó sobre el suelo empedrado hacia la puerta principal. ¿Y Celia? ¿Qué estaría haciendo? ¿Podría ver enseguida a Isabel o también estaría trabajando?

—¡«Luna»!

Saludó con una sonrisa a la gata de la familia, un animal de hermoso pelaje blanco, largo y sedoso, que siempre estaba en el patio, salvo cuando Margarita se ausentaba, momentos que aprovechaba para entrar en la casa buscando a Celia, la pequeña de las hermanas, a la que adoraba. La gata se había resguardado de la lluvia bajo el alero del tejado. Maulló, y guiñó sus grandes ojos, de un maravilloso verde esmeralda, pero no se acercó, seguramente para no mojarse.

—Antipática... —murmuró Ana con una sonrisa.

Sacudió la aldaba que adornaba la puerta de entrada y luego hizo sonar el timbre. Se encontraba realmente nerviosa. Estaba de vuelta en casa, y aunque pensaba que su familia ya estaba al tanto de su regreso, ignoraba cuál sería la reacción de cada uno... Bueno, en concreto la de su madre. Cualquier cosa era posible viniendo de Margarita Clarín. En cuanto a sus hermanas, estaba segura de que la recibirían con besos efusivos, y un millón de

carantoñas. Sonrió al pensar en ello.

Al poco rato la puerta se abrió, pero no fueron Celia o Isabel las que aparecieron, sino precisamente su madre. La sonrisa desapareció de su rostro al verla. Su figura se perfilaba en el umbral, alta y delgada como la recordaba, con su cabello muy negro peinado hacia atrás y recogido en un moño. Los grandes ojos oscuros de Ana se cruzaron con los suyos, fríos, sin asomo de cariño, de hecho, exentos de emoción alguna.

—Ana —se limitó a decir—. Estás aquí —la miró de arriba abajo. Al parecer no estaba al tanto de su regreso, o fingía no estarlo. Al fin se hizo a un lado—. ... Pasa, llueve mucho y se mojará el vestíbulo.

La joven contuvo el escalofrío que pugnaba por sacudir su espalda desde la nuca hasta el coxis, soliviantando su entereza, y se tragó la amargura que se obstinaba por clavar en su ánimo tan gélido recibimiento. Evitó tratar de acercarse a su madre para besarla siquiera en la mejilla. Ya sabía que no era pródiga en muestras de cariño. Premeditadamente pasó a su lado sin rozarla, cerró el paraguas, lo puso en el paragüero, dejó su bolsa de equipaje en el suelo, con suavidad... Avanzó hacia el salón mientras se quitaba el abrigo.

—Al salón no, lo pondrás perdido. Pasa a la cocina.

Ana obedeció de forma automática y cambió de dirección. Bajó por unas estrechas escaleras hacia la enorme cocina de piedra. Continuaba tal y como la recordaba, con su gran pilón de mármol blanco, donde casi siempre se aseaban todos, sus altas alacenas, su cocina de leña, sus ventanas que daban al jardín, y la mesa de madera, muy recia, en el centro.

—Siéntate, te pondré un café.

—No tomo café...

—¿Y qué te crees? Aquí no nos andamos con remilgos. Tal vez prefieras un vaso de agua.

—No gracias, madre. Me quedaré como estoy —se encogió de hombros.

Hubo un silencio, incómodo sólo para ella. Margarita se sirvió un café y se sentó de frente. Echó en su vaso un poco de sacarina en polvo, lo que no era sorprendente. Como tantos otros productos de primera necesidad en aquellos días, el azúcar escaseaba. Para suplirlo, su madre había obligado mil veces a sus hijas a fingirse enfermas cuando iban al médico, con el fin de que éste les recetara jarabe. Luego lo cambiaban por sacarina en la farmacia.

—No te esperaba.

–¿Cuándo llegará papá?

–Vendrá por la noche, hacia las nueve.

–¿Y mis hermanas?

Su madre guardó silencio, lo que resultó extraño. Ana la miró, esperando, pero miraba a otro lado. Su madre tomó un sorbo de café sin alterarse. Fuera continuaba lloviendo. La luz del día menguaba, y la cocina estaba sumida en una triste penumbra.

–¿Dónde está Celia?

–En casa de tu tía.

Asunción, la hermana mayor de su madre, de rancia moral, muy vinculada a la rígida doctrina católica. Celia odiaba ir a verla, pese a que siempre se llevaba algún regalo, pues su tía, que se había casado bien y vivía en la opulencia, tenía por costumbre comprar el afecto de los demás a base de obsequios. Ahora era viuda y su atuendo de luto le confería un aspecto siniestro que a la pequeña le aterraba. No era mala persona, al contrario, pero a ninguna de sus tres sobrinas le resultaba fácil su trato. Ana supuso que Celia estaba de visita.

–Vendrá enseguida entonces...

–Parece que no. Aunque ya me da igual, que se quede allí.

Ahora la miró sorprendida.

–¿Por qué... ¿Por qué dice eso?

–¿Por qué crees? Aquí sólo sabe estorbar, y yo no puedo ocuparme de todo.

Su hija se tragó el sinfín de reproches que pugnaban por salir de su boca. Era pronto para iniciar una discusión.

–¿Dónde... donde está Isabel?

–No está –contestó de mal humor–. Hace más de un mes que no sabemos de ella.

Se encogió de hombros. No parecía darle importancia a algo que a Ana le resultó chocante y muy inquietante. Las noticias se sucedían una tras otra, cada cual peor que la anterior. ¿Qué había estado pasando en su ausencia? Ahora empezaba a entender las palabras de angustia de su padre en su última carta.

–...tu hermana se ha estado comportando como una extraña. No nos cuenta nada, va y viene a voluntad, y al final se ha marchado –la voz de su madre destilaba odio, como si hubiese renegado de su hija–. Me alegro de

que nos haya dejado en paz.

Aquello no tenía sentido. Ana la miraba perpleja.

—... pero... eso no es propio de Isabel...

Se atrevió a decir con un hilo de voz.

—¿Y qué es propio de ella, niña? Nos ha estado dejando en mal lugar, comportándose como una cualquiera... y se va a Francia, pues bien, que no piense en volver, porque aquí ya no tiene espacio para quedarse. Después de todos los sacrificios que hemos hecho, así nos lo paga...

—¿A Francia? ¿Cómo lo sabe?

—Así se despidió, con una mísera nota en la cocina... ¡Ni siquiera ha tenido la decencia de decirnos a la cara que se iba!

—Pero madre, ella no se iría así... Además, tiene trabajo en la academia...

—¿Qué más da? Ya no nos ayuda con sus ingresos, por mí ya puede morirse.

—¿Y la nota? ¿Qué ponía, puedo verla?

—¿Verla? ¡Al fuego es a donde ha ido!

—¡Isabel no haría algo así!

—Qué sabrás tú, que llevas ya dos años fuera... —había reproche en su tono, y Ana lo acusó.

—Yo no quería irme...

—Te fuiste cuando te necesitaba aquí para cuidar de tu padre, que cada día está más inútil y cualquier día nos deja... Tu hermana se ocupó de sacarte de casa para que no arrimaras el hombro, ¿te crees que no lo sé?

—Eso no es verdad...

—Ya.

Ana empezó a respirar deprisa, confusa y resentida por el rencor que destilaba su madre. Comprendía bien lo que podía esperar de ese día en adelante. Bajó la mirada, sin saber cómo reaccionar. Nunca acertaba a comportarse cuando discutían. Hiciera lo que hiciera, aquella mujer siempre encontraba la forma de hierla. Su antigua angustia empezó a regresar, y recordó las palabras de su hermana: «...a ti te destruirá».

—Estoy cansada, voy a echarme un rato —dijo al fin, deseando zanjar la discusión.

—Ya sabes donde está tu habitación, no tendré que recordártelo, ¿no?

Ana no contestó.

Su cuarto estaba en la segunda planta, y siempre lo había compartido con sus hermanas.

Isabel... ¿qué había pasado?

Dejó la cocina, fue a por su equipaje, y subió las escaleras sin dirigirse más a su madre, la cual tampoco se movió ni hizo otro comentario.

Los peldaños de madera crujieron bajo su peso a medida que ascendía por ellos. El olor a humedad que flotaba en el ambiente le resultó familiar. Se estremeció. Estaba helada, tanto por la lluvia como por el gélido recibimiento que había tenido. Se lamentó de no haber tomado nada caliente cuando se lo había ofrecido.

¿Isabel en Francia? Estaba estupefacta, aunque imaginaba por qué su padre no había movido un dedo para impedir que se fuera, o para evitar que Celia acabara viviendo junto a su tía Asunción, a la que sabía que aborrecía. Sabiendo lo debilitado que estaba, no era de extrañar. Ya rara vez solía imponerse a la férrea voluntad de su esposa, porque, enfermo como estaba, había sucumbido al ninguneo al que le sometía; no le quedaban fuerzas, las ahorra para poder conservar la poca salud que le quedaba, y por tanto su empleo, que le permitía seguir llevando un sueldo a casa.

La estancia que las tres hermanas habían compartido desde su niñez continuaba igual. Las paredes estaban cubiertas con un papel de delicados motivos florales. Tres camas estrechas ocupaban casi todo el espacio, cubiertas con colchas y cojines a juego que ellas mismas habían tejido tiempo atrás. Un viejo armario de madera oscura ocupaba el rincón a su derecha. Para entrar había que bajar un par de escalones, porque aquel cuarto quedaba por debajo del nivel del pasillo.

Ana suspiró, miró la cama de Isabel, y se sentó en ella, muy cansada. Los muelles del somier se lamentaron. Acarició la colcha pensativa. Todo parecía estar en orden... De pronto se incorporó. ¿Sus cosas estaban allí? Abrió los cajones de su mesilla, fue al armario, abrió sus puertas... Su ropa, casi toda su ropa, su calzado... había desaparecido. Así que era cierto que se había marchado.

Oyó un revoloteo. Sólo entonces se percató de que Merlín, el precioso canario amarillo que su padre había regalado a Celia en su octavo cumpleaños, estaba allí. Se aproximó despacio a la ventana, junto a la cual se encontraba su jaula, y canturreó al pajarillo para tranquilizarlo. Parecía alterado. Saltaba de un lado a otro, aleteaba... Pasó un rato así de agitado,

pese al tono suave con que le habló. Seguramente echaba de menos a su dueña. Celia sentía un desmedido amor por los animales, y lo cuidaba con todo el cariño que era capaz de dar, que era mucho. Parecía tener agua y comida, y la jaula se veía limpia. Tal vez su madre se ocupaba de él ahora que su hermana no estaba. No, eso no parecía probable. Margarita odiaba a aquel pequeño canario. Debía de hacerlo su padre.

Ana suspiró. Se sentó de nuevo en la cama, luego se echó hacia atrás y se quedó tumbada, boca arriba. Cerró los ojos. Estaba realmente cansada del largo viaje en tren.

No dejaba de darle vueltas al hecho de que Isabel se hubiese ido de aquel modo. No, eso no era propio de ella. Por fuerza algo tenía que haberla empujado. Seguramente su madre... ¿Qué, si no? ¿Dónde podía estar? Las palabras de Margarita regresaron a su memoria, y un sentimiento de rabia invadió su ánimo. Si había albergado alguna esperanza de que hubiese cambiado... Había sido una ingenua.

Acababa de llegar y ya estaba harta... El viaje desde Madrid, dejar a la señora Kauffman, el reencuentro con su madre... la ausencia de sus hermanas a las que estaba deseando abrazar...

Tenía que ser práctica, y no dejarse llevar por sus emociones. Para saber algo más de Isabel, lo mejor era acudir a la academia al día siguiente, muy temprano, para ver si allí conocían sus señas. Además, en cuanto fuera posible hablaría con su padre para que Celia volviera a casa, al menos mientras ella estuviera en San Sebastián.

Un fuerte sopor comenzó a dominarla. Su organismo, ahora que estaba de vuelta en aquella casa, se daba por vencido. Aquel era el feudo de su madre. Era incapaz de sustraerse a su dominio. En realidad había ido acumulando tensión todo el viaje. Desde que decidiera volver a San Sebastián, había empezado a desmoronarse. Porque enfrentarse a Margarita siempre superaba su fortaleza. Sufrir su desprecio tenía sus consecuencias. El desgaste acumulado desde su infancia, olvidado durante aquel benévolo impás de dos años, regresó ahora devastador, minando sus fuerzas. Echó de menos la protección de los Kauffman. ¿Qué estaría haciendo Corinna?

No tuvo tiempo de imaginarla allá, en su lujosa mansión madrileña, porque se durmió.

No despertó hasta que el ruido de la puerta de la calle sacudió su instinto. Supo, incluso antes de despertar, que su padre regresaba del trabajo.

Se incorporó de golpe. Se llevó una mano a la boca para ahogar una sonrisa exultante de felicidad. Le adoraba, y le había añorado muchísimo...

Se levantó de un salto, corrió a la puerta, la abrió, y salió al pasillo con ímpetu renovado. Se asomó por la barandilla y atisbó hacia abajo, buscando verle. Le espió en secreto, saboreando su familiar forma de moverse. Casi podía oler el aroma del tabaco que fumaba, apenas dos cigarrillos al día, pero era su olor.

José Miguel Murria había llegado empapado. Dejó el paraguas en el paragüero, y entonces se fijó en el que ella había dejado antes. Era nuevo, no podía conocerlo. Se le notaba extrañado. Al parecer no imaginaba que su hija iba a reaccionar tan pronto a su carta.

Era muy alto, y había sido un hombre fuerte y guapo, moreno, de dulces ojos castaños y sonrisa amplia y fácil, como la de Ana. Ahora estaba muy delgado, y desmejorado. Anduvo hacia la cocina con aire pesado.

Su hija ya no pudo esperar más. Se lanzó escaleras abajo llamándole, y entonces, al comprender qué pasaba, se quedó parado en medio del recibidor, con el asombro pintado en su cara.

—¿Isabel?

—¡Soy Ana!

—Ana...

Las dos hermanas eran gemelas de nacimiento, idénticas. Resultaba difícil distinguirlas. Salvo para su madre. Ella siempre sabía cuál era cuál.

—¡Papá!

La joven se abrazó a él, le besó en la mejilla mil veces, y enterró la cara en su pecho, sin poder evitar que las lágrimas brotaran de sus ojos. Aspiró su perfume, mientras él la estrechaba con ternura y besaba su cabello.

—...no te esperaba —parecía aliviado, muy aliviado de verla, y feliz—... Ana, Ana... ¿no pensabas volver nunca?

—Ya lo he hecho, papá... Estoy aquí. Recibí tu carta...

—No estaba seguro de que pudieras venir... Al verte, creía que eras Isabel, que había vuelto.

—No sabía nada, hubiera venido antes...

—Ya lo supongo...

—Mi madre...

—No empieces Ana...

Su hija hizo un mohín. José Miguel parecía sobrevivir en el universo

paralelo en el que Margarita Clarín le tenía aprisionado. Sufría su desdén cada día, y lo toleraba sólo por sus hijas, para protegerlas, al menos en parte. Por mucho que su madre le dominara, solía contenerse en su presencia. En el momento en que no estuviera... Se estremeció, mientras su padre la estrechaba entre sus brazos. Percibió que temblaba de pura debilidad.

–No importa, ya estás aquí, ¡y no sabes cuánto me alegro de tenerte cerca! Mi niña...

La besó de nuevo y la apretó aún más contra su pecho, emocionado. Luego la apartó un poco y la miró de arriba abajo, orgulloso de verla tan guapa. A sus veintiún años era una joven esbelta, de piel cetrina y grandes ojos, dulces como los de él, aunque mucho más oscuros. Tenía el mismo cabello azabache de Margarita, sin embargo ondulado y espeso como el de su padre, y una genuina sonrisa que brillaba radiante cuando era feliz, como en aquel momento. Había mejorado notablemente durante su estancia en Madrid, donde había podido comer bien y el sol había acentuado su moreno natural.

–Estás preciosa, Ana.

–Papá... ¿Por qué se ha ido Isabel?

El rostro de José Miguel Murria se demudó, y una sombra lo cruzó, llevándose su anterior felicidad. Meneó la cabeza. A continuación la arrastró consigo hacia el salón. Se le notaba cansado. Se sentó en su butaca preferida, mientras ella lo hacía a su lado, en el sofá.

–¿Papá...?

–No lo sé, hija. Se ha ido... A Francia creo. Solía hablar con ella, antes de irse, me lo contaba todo... Pero ha cambiado, y ahora... ni siquiera sé dónde está viviendo... En realidad, no sé a dónde ha ido, ni por qué. Pregunté a tu madre, pero ella –meneó la cabeza con tristeza–... He estado preguntando, pero nadie parece saber nada, y como estaba tan rara... Empezó a ir y venir sin avisar, a veces se marchaba varios días y luego volvía sin darnos explicaciones... Tampoco me he atrevido a forzar mucho la situación... Si ella no quiere que sepamos dónde está...

–¿Y ya está? ¿Se ha ido sin más?

–Eso parece. Hace ya mucho que no sé de ella. Por eso te escribí, me siento... sobrepasado.

–Pero papá, ¿no te parece extraño? No es propio de ella, algo ha tenido que pasar para que se haya ido así.

–Ya te lo he dicho, tu hermana estaba muy rara, le pregunté mil veces, y ya no me contaba nada... No sé...

–He pensado ir mañana a la academia y preguntar allí –no quería reprocharle que no hubiese hecho nada más.

–Ya estuvo tu madre.

Aquello la sorprendió. No lo esperaba.

–¿Hace cuánto?

–Al poco de marcharse Isabel.

–Quiero ir de todos modos.

Había en su tono un recelo hacia su madre que no escapó a su atención. Ana no se fiaba de lo que hubiera podido hacer para encontrar a su hermana.

–Ana...

–Ya lo sé, papá... Pero es que... ahora que ya he vuelto, no vamos a quedarnos así, de brazos cruzados –permaneció un momento callada. Miró los ojos de su padre. Unas profundas ojeras rodeaban su mirada, que brillaba con cierto fondo febril–... ¿Y Celia?

–Con tu tía...

–Hay que traerla a casa, Dios sabe lo mal que lo estará pasando con esa bruja...

–¡Ana! No hables así de tu tía... De todas maneras no puede ser. Lo arreglé para que se quede con ella, y es mejor así...

–¿Mejor así, cómo...?

–Ya lo sabes –afirmó él, queriéndole transmitir una verdad que sólo ellos conocían, a través de su mirada–, a salvo.

–Pero tú no quieres que esté lejos, no ahora que yo estoy aquí... Estaría bien que viniera hasta que me vuelva a Madrid...

–Tu madre se pondrá hecha una furia y estoy tan cansado, Ana...

La joven se tragó sus reproches al ver los signos de fatiga que tensaban su semblante, otrora lleno de energía. Eran las diez de la noche. Iba a tener que dejar aquella batalla para otro momento, incluso era probable que tuviera que librarla sola.

–¿Cómo estás?

–Bien –se apresuró a contestar él, acariciando su mano–... Bien... No te preocupes, estoy bien. Es sólo que no encuentro fuerzas para lidiar con tu madre...

Era evidente que no estaba bien. Además, ahora estaba solo al pie del cañón. Entendió en parte que hubiera dejado marchar a Celia. Se le veía hundido. El tiempo corría en su contra, y no sabían cuánto podía durar. Sin dinero para pagarse un tratamiento que ayudara a su hígado enfermo, estaba sentenciado. Las medicinas que tomaba apenas le servían para mantenerse en pie. Además, las constantes trifulcas que organizaba su esposa, envenenando el ambiente familiar, sin duda estaban empeorando su salud. Ana se alegró de haber vuelto, aunque sólo fuera por poder cuidar de él durante unos días.

—¿Y el trabajo?

—Como siempre...

—¿Y tus medicinas?

—No es preocupante, estoy bien...

—No, no lo estás...

—¿Y qué me dices de ti? —siempre cambiaba de tema cuando le incomodaba decir la verdad—. ¿Qué tal con esos marqueses, los...

—...Kauffman.

—Eso es.

Ana pensó en Corinna, con su flemático porte germánico, sus maneras educadas, su voz, su tono algo irreverente y su inteligencia. Siempre la hacía reír.

—Me las arreglo bien. Son buenas personas, papá. Me tratan como a una más de la familia, y la señora Kauffman me adora —sonrió al recordar el modo en que le había rogado que regresara pronto—. La paga es buena y me dejan tiempo libre. Además, tienen una biblioteca digna de admirar, ya sabes cuánto me gusta leer... He aprendido alemán, ¡lo hablo con fluidez! Y ya podría ir a la universidad...

Su semblante se nubló, porque eso pertenecía al pasado. Desde que Franco se había hecho con el poder, las mujeres ya no tenían acceso a las universidades. José Miguel adivinó lo que pasaba por su cabeza y alargó la mano para acariciar su mejilla. La escuchaba con cariño, pero en su expresión habitaba una sombra de pesar que no escapó a la atención de la joven.

—Es duro saber que no puedo ayudaros más —José Miguel lo expresó al fin en voz alta, sin poder contenerse—. Pero me faltan las fuerzas, hija... Ojalá las cosas hubiesen sido distintas...

—...pero papá, ¡no es culpa tuya!

—Te he echado tanto de menos... Siempre podrías volver —sugirió de

pronto—... Ya sabes que serías bien recibida, aquí siempre tendrás tu casa.

Ana sonrió a medias. Con su madre de por medio la idea de quedarse no era agradable, pero se abstuvo de decirlo. Sabía que escuchar ese tipo de comentarios sólo le hacía sufrir.

—Es mejor que no —se limitó a murmurar—. Papá, arreglaremos las cosas con Isabel y volverá, estoy segura.

Él asintió.

—Ojalá. ¿Cuánto tiempo te quedarás?

—Una semana.

—Bien, pues habrá que aprovechar ese tiempo lo mejor posible... Es una lástima que no me haya enterado de que venías hoy, o hubiese pedido unos días de permiso para estar contigo. Tendremos que apañarnos, ¿eh?

—Claro... —Ana sonrió encantada. Se arrodilló y apoyó la cabeza en sus rodillas, feliz de volver a estar a su lado.

No se dio cuenta de que Margarita les estaba observando a hurtadillas, desde el vestíbulo, como el que está viendo un cuadro, sólo que ella misma formaba parte de otro cuadro, uno muy siniestro, en el que ella, la figura principal, se agazapa en la oscuridad, con la única luz captada por el artista presente en sus ojos, en una mirada oscura que lo devoraba todo.

Despertar en su cama, dura y pequeña, la misma en la que había ido creciendo, en la que había derramado lágrimas y almacenado sueños, con la cara contra la almohada, bajo las sábanas... la misma que se había tragado sus angustias infantiles, sus dudas, sus pesadillas, sus triunfos, sus proyectos... fue a un tiempo reparador y triste. Había añorado aquella habitación, quedarse mirando al techo mientras la abandonaba el sueño, pensando en el día que tenía por delante, recordando tareas, tomando decisiones...sin embargo, estar allí, de vuelta, era como haber dado un paso atrás: significaba volver a caer en las redes de su madre; significaba adentrarse temerariamente en su castillo-fortaleza, para caer en su laberinto de confusiones, tretas y vilezas, después de haber logrado evadirse, aunque hubiese sido con otro pretexto, gracias a la ayuda de su hermana. Porque Isabel, su querida y divertida Isabel, sabiendo muy bien lo que hacía, le había dado la llave para huir el día que la convenció de que se fuera de San Sebastián. Desde luego ella había sabido aprovechar la ocasión.

Como tantas veces, Ana miró aquel techo alto, de un blanco ya sucio por el paso de los años, con aquella grieta familiar que lo recorría en diagonal. Pensaba boca arriba, con el ceño fruncido y los brazos levantados por detrás de la cabeza para sostener con las manos su nuca... ¿Encontraría de nuevo la manera de salir? ¿O se quedaría atrapada, recorriendo un dédalo de alambicados pasillos en un laberinto sin salida?

La cama de Isabel y la de Celia estaban vacías. Su ausencia marcaba

la estancia con crudeza. Suspiró, porque no podía desfogarse riendo en su compañía como solían hacer. Le resultaba fuera de lugar estar sola en aquel espacio sagrado que por derecho les pertenecía a las tres. Era la primera vez que lo experimentaba sin su compañía. Siempre habían estado unidas por algo más que el parentesco, como si sus almas se hubieran entrelazado a un nivel cósmico, a través de una delicada y compleja madeja de hilos mágicos. Cuando Isabel y Celia sufrían, ella sufría, cuando gozaban, ella era feliz... y viceversa. Ahora notaba un vacío en su alma, como si algún hilo de esa madeja esencial se hubiese roto. Llevaba días sintiendo que ese vacío aumentaba, y ahora que sabía que Isabel se había ido...

Estaba preocupada.

Tenía una semana para localizarla.

La academia donde trabajaba abría a las ocho. Miró su reloj de pulsera. Eran las siete. Si se levantaba ya y desayunaba rápido, podría llegar a primera hora. Además, el jefe de su hermana estaría a esa hora en su puesto. Ésta le había contado que todos los días acudía el primero, y que, después de dejarlo todo en orden y dar instrucciones a las chicas que trabajaban en su despacho, se ocupaba de vigilar el rendimiento de los distintos departamentos que conformaban la empresa, como un halcón, metódico y eficiente. Si alguien podía darle alguna información sobre el paradero de Isabel, sin duda ése era él. Después se ocuparía de Celia.

Entonces una idea que llevaba rondando su cabeza toda la noche asomó en su mente. ¿Y si encontraba a Isabel y se negaba a volver? ¿Se quedaría en San Sebastián, en su lugar? ¿Estaba dispuesta a buscar un trabajo allí... alejándose de los Kauffman y de todo lo que representaban? Su vida en Madrid se evaporaba... Por un momento, sólo de pensarlo, su corazón casi dejó de latir, para luego bombear a toda velocidad en su pecho, martilleando desordenadamente en un frenético caos que apenas pudo tolerar.

Dejar todo eso atrás no era lo único que le producía aquel pulso endemoniado que parecía recorrer sus venas como una horda del mal... Era lo que suponía el hecho de quedarse. De nuevo el laberinto sin puertas apareció en su imaginación. De pronto odió a su madre.

Le debía su habilidad como costurera, y por lo tanto, su puesto como tal en la mansión Kauffman, más allá de eso, no guardaba el menor recuerdo agradable en su corazón. Margarita Clarín era modista, y poseía un don. Se lo había transmitido a Ana, la única de sus hijas que había demostrado

capacidad y deseo de aprender, igualándola incluso con aquellas manos rápidas, diestras y delicadas que la marquesa tanto admiraba. Precisamente le había arreglado un vestido para la fiesta de beneficencia que estaba organizando. Ya debía tener los preparativos casi a punto. Sonrió al imaginar a Friedrich soportando estoicamente el trajín al que le estaría sometiendo su activa esposa. El pobre hombre detestaba ese tipo de fiestas.

Se levantó, se vistió rápidamente, dejó su maleta a medio deshacer sobre la cama, se lavó en una palangana, se arregló delante del espejo que colgaba sobre una cómoda junto a la ventana, y se calzó con el otro par de botines que tenía, porque los que había usado el día anterior todavía estaban mojados por la lluvia. Antes de salir le lanzó un beso a Merlín, que dormitaba apoyado en una de las barritas de su jaula. Se echó un rápido vistazo en aquel viejo espejo. Estaba cansada, pero el moreno de su piel realzaba sus rasgos y disimulaba la fatiga en su rostro con forma de corazón. Recogió detrás de una oreja aquel mechón largo y rizado que siempre caía sobre su cara y se puso su abrigo. Le gustaba aquella bonita prenda color verde aceituna, era entallada por debajo de su pecho, lo que realzaba su delgada figura, y le llegaba por debajo de las rodillas, aportándole un toque elegante, aunque sin dejar de ser informal.

Abandonó la habitación a hurtadillas. Por nada del mundo quería tropezarse con su madre. Contaba con que aún mantuviera sus viejas costumbres. Si era así, no se habría levantado. Claro que tenía un oído prodigioso...

El pasillo estaba en silencio, iluminado tenuemente por un lábil haz de luz proveniente de la claraboya del tejado. Bajó las escaleras de puntillas, rezando para que no crujieran demasiado... y al fin se plantó en la cocina.

Todo estaba muy tranquilo y recogido. Había un puchero con café sobre la chapa de la cocina, aún caliente gracias a los rescoldos que quedaban de la noche anterior. Odiaba el café, pero aquello no era la casa de los Kauffman, y no podía escoger, así que se sirvió un vaso y se lo bebió, eso sí, sin endulzarlo. De todos modos no se veía el bote con la sacarina por ninguna parte, lo que significaba que su madre la tenía escondida. Enjuagó el vaso bajo el grifo, en el pilón, y lo dejó sobre el trapo que usaban para escurrir los cubiertos, platos y cazuelas que fregaban. Todo lo hacía con disciplina, para no tener a su regreso ninguna discusión. Sabía exactamente cómo tenía que dejar las cosas, en qué orden... aunque si su madre se levantaba con ganas de

guerra, nada la apaciguaría.

Al salir descubrió que aún llovía. Caía aquel característico *sirimiri*, una lluvia finísima, muy abundante, que lo empapaba todo enseguida. Con la puerta de la calle entreabierto, alargó la mano y rescató su paraguas rojo del paragüero. No iba a ser tan fácil desprenderse de él. Lo abrió y echó a caminar hacia la verja.

En la calle todo estaba igual que la tarde anterior. El mismo cielo monótono, y bajo un opresivo manto de agua, la ciudad, anegada de charcos, con sus tejados y calles sumidos en un triste murmullo descolorido, sin viento. Miró hacia el punto donde sabía que estaba el mar, buscando verlo entre los edificios, pero desde allí era imposible, aun teniéndolo tan cerca. Tal vez después, cuando saliera de la academia, podría acercarse al paseo de La Concha para verlo, aunque fuese bajo aquellas condiciones tan desapacibles.

Semejante perspectiva alegró su ánimo. Añoraba el mar, y San Sebastián brindaba uno de los paisajes más bellos que ella hubiera contemplado, con su bahía en forma de la concha que le daba nombre, y la isla Santa Clara en medio.

La academia COFESA de corte y confección por correspondencia, había sido fundada tan solo un año atrás, y se encontraba en el barrio de Gros, en un segundo piso del número siete de la calle Secundino Esnaola. Su dueño se llamaba Manuel Aristizabal, y era quien la dirigía desde su apertura con eficacia y profesionalidad. Sin embargo, no era con él con quien debía entrevistarse, sino con su secretario, Don Agustín Peralta, Don Agustín, como le llamaban las empleadas.

Isabel le había hablado de la academia. Sin embargo, pese a todo lo que le había contado, no esperaba encontrar una vivienda adaptada a modo de oficina. Era desde luego grande y luminosa, con una cocina, que no se usaba, y un baño, pero no dejaba de ser un piso, con la distribución al uso de cualquier casa, y resultaba chocante. Nada más entrar, una señorita, muy amable y educada, la hizo esperar en una estancia pequeña, arreglada para las visitas. Debía de ser nueva, porque no parecía haberla reconocido. Ana era idéntica a Isabel, y seguramente iba a pasar buena parte de la mañana sacando de su confusión a cuantos conocieran a su hermana.

Se había pasado la vida dando explicaciones.

Fijándose con curiosidad en todo lo que la rodeaba, se sentó en una de las sillas que había dispuestas en torno a una mesita, y estuvo hojeando

algunas de las revistas de figurines que allí había. Sin embargo, estaba tan nerviosa que las dejó enseguida y cruzó las manos sobre las piernas, en un esfuerzo por mantenerlas quietas.

Don Agustín no tardó mucho en recibirla, apenas diez minutos. Entró a saludarla, muy alto y delgado, como un Don Quijote, luciendo una sonrisa franca en su rostro enjuto. Pero, al verla, su gesto se transfiguró. Pareció enfadado, y después aliviado. Ana ya sabía que el parecido que guardaba con Isabel era tan grande que seguramente el buen hombre creía estar ante ella. Le vio dudar. Había una muda reprobación presente en sus ojos claros. Al fin avanzó un poco y cerró la puerta tras él.

–Isabel, ¿has cambiado de idea?

Al parecer la secretaria no la había anunciado como era debido. Había olvidado decirle su nombre.

–Disculpe, pero no soy Isabel, sino su hermana, Ana.

–¿Ana? ¡Pero no sabía que fueran ustedes gemelas!

–Pues sí... somos idénticas.

–Lo son, no le quepa duda –afirmó él. Estaba impresionado. De pronto recordó sus modales y le tendió la mano... Soy Agustín Peralta, para servirla, aunque puede llamarme Agustín.

–Ana Murria, encantada.

–Acompáñeme, por favor. Creo que tenemos que hablar.

–A eso he venido precisamente.

–Venga entonces. ¡Me alegra que esté aquí!

La acompañó a través de las instalaciones. Pasaron a su derecha por delante de una estancia muy grande, en la cual habían sido dispuestas varias filas de mesas; en torno a ellas había ya muchas chicas trabajando; se reían y chismorreaban sin levantar la vista de lo que tenían entre manos; ni siquiera se percataron de que pasaban por allí, tan absortas estaban en su tarea. A Ana le dio la impresión de que eran felices con lo que hacían.

La mayoría eran muy jóvenes, y, como Isabel, se empleaban para mejorar la economía familiar, pero en cuanto se casaran saldrían de allí para dedicarse a su marido, a los hijos que tuvieran y a las tareas del hogar, tal y como dictaban las normas de aquella sociedad falócrata. Eso a ella le parecía injusto. ¿Por qué una mujer no podía labrarse un futuro profesional? Incluso los cursos que se daban en aquella academia fomentaban una educación acorde con esos preceptos establecidos, rancios a su juicio, cuando se

inculcaba en las muchachas un ideal de mujer pasiva, sumisa, obediente y frágil. Con la victoria franquista, el «caudillo» se había ocupado de fomentar ese papel de las mujeres, decidido a relegarlas de la política, la cultura y de todo ámbito que no fuera el exclusivamente el familiar. Se buscaba exaltar, apoyándose en la tradición más radicalmente conservadora, el espíritu de sacrificio, y la obediencia, negándoles cualquier rasgo intelectual o creativo que las hiciera destacar frente al hombre, aunque fuera en un plano de igualdad.

Ese propósito fundamentaba también el espíritu de la academia, una de las más nuevas de San Sebastián. Sin embargo, Isabel siempre había elogiado a Don Agustín, por cuanto siempre alentaba a «sus chicas», como él las llamaba, para que continuaran trabajando y retrasaran en lo posible el matrimonio y la vida familiar. Cuando descubría talento en alguna de sus empleadas, fomentaba en ella un espíritu independiente y una visión de futuro dentro de la empresa, como mujer trabajadora, aunque muy pocas seguían sus consejos y la mayoría acababa marchándose para casarse.

Ana meneó la cabeza. Si su única misión en esta vida era cumplir adecuadamente el rol de esposa y madre, prefería quedarse solterona. Ser femenina, resultar interesante, cumplir sin quejarse las labores del hogar mientras su marido traía el dinero a casa, y sobre todo tener hijos... se rebelaba contra tan encorsetado futuro, al contrario que su madre, la cual se empeñaba en defender con dureza esas ideas.

—...Aquí es donde se corrigen los ejercicios que nos envían nuestras alumnas —explicaba Don Agustín—, ya sabe que ofrecemos un curso de corte y confección por correspondencia...

Ana asintió, aún ofuscada con sus pensamientos. Pese a ello, no podía negar que la actividad que se estaba desarrollando allí era frenética y que reinaba muy buen ambiente. Fueron pasando por delante de otras estancias, todas distribuidas de forma muy parecida, aunque en cada una el personal desarrollaba una tarea distinta, y todas se complementaban entre sí. Al final del pasillo estaba el despacho de Don Agustín, en el que varias chicas, encargadas de labores administrativas, se concentraban en silencio. El secretario las hizo salir para estar a solas con su inesperada visita. La invitó a sentarse. A continuación hizo lo propio, y rebuscó en una bandeja con una pila de fichas la de Isabel. Se la mostró. En ella aparecía claramente su nombre, Isabel Murria Clarín, y una foto de ella muy sonriente, grapada en la

esquina superior izquierda. En la parte de abajo alguien había escrito «*puesto vacante*».

–Hace ya más de tres semanas que se marchó –explicó el secretario–. Era una de mis mejores empleadas y le tengo mucho aprecio, pero, sinceramente, no he llegado a entender sus motivos, y ella no me los aclaró. Se fue sin previo aviso, sin despedirse... En fin, si al menos supiera a qué se debe su decisión... Dígame, ¿le ha pasado algo?

–El caso es que eso mismo era lo que deseaba preguntarle a usted –repuso Ana algo incómoda–. Acabo de llegar de Madrid, y mis padres me han dicho que tampoco saben nada de ella. Al parecer se ha ido de casa, y... bueno, ni siquiera saben a dónde. Tenía la esperanza de que usted pudiera ayudarme, aunque ya veo que está en la misma situación...

Don Agustín meditó unos instantes. Se le veía preocupado. Ana le observó detenidamente mientras esperaba. Desde luego no era fácil calcular su edad. Podía rondar los cuarenta, como los treinta. Además, no era especialmente atractivo, ni guapo, ni feo, pero sus ojos claros eran serenos y agradables. Por lo que sabía, era una buena persona, y siempre se había portado bien con Isabel.

Le pareció que de pronto recordaba algo. Le vio rebuscar entre sus papeles durante un rato. Al fin sacó un sobre muy fino de una caja. Se lo tendió con expresión hermética.

–Lo había olvidado... Me lo dio de forma confidencial antes de que abandonara su puesto de forma tan... inesperada, y me hizo prometer que no lo abriría hasta que usted viniera a verme, supongo que éste es el caso... Me pidió que se lo diera a usted y sólo a usted. No sé qué hay dentro –sacudió la cabeza con disgusto–. No me explico que una joven como ella se esté comportando así, siempre ha sido vital y responsable...

–Yo tampoco lo entiendo, la verdad.

–Cuando me lo entregó me pareció inquieta... Luego simplemente desapareció –Ana puso cara de preocupación, pero al menos tenía aquel misterioso sobre. Al parecer su hermana guardaba muchos secretos. Don Agustín leyó lo que sentía en su rostro–... Ábralo usted cuando esté a solas, y si encuentra a Isabel, hable con ella. Dígale que la aprecio, aunque, si quiere regresar... En fin. Espero verla pronto. Sinceramente, espero que este episodio se deba a algún imprevisto que se pueda solventar y que se resuelva cuanto antes...

–Yo también, Don Agustín. Le agradezco la deferencia que tiene con mi hermana, de veras.

–No hay por qué. Como ya le he dicho, le tengo mucho aprecio.

Ana fue a levantarse, dando por terminada su visita, cuando pensó en hacerle una última pregunta.

–Discúlpeme... ¿No ha venido mi madre por aquí antes que yo?

–¿Su madre? Lo lamento, no tengo el placer de conocerla. ¿Es que tal vez tenía intención de venir a verme? La recibiré encantado, claro está.

–No, no... No va a venir –aseguró ella, que sólo pretendía corroborar lo que ya sabía: que su madre no se había molestado en averiguar nada sobre el paradero de su hija, y que había mentido a su padre al respecto–... Es que me pareció entender que pensaba pasar por aquí, pero me habré equivocado. Muchas gracias.

–Un placer, señorita Murria.

Al salir del despacho y dirigirse a la salida acompañada por el secretario, se cruzó con uno de los pocos hombres que trabajaban allí, un joven de aspecto reservado, el cual, al verla, pareció sobresaltarse. Abrió la boca como si fuera a saludarla, pero se contuvo. Pasó a su lado con unos profundos ojos verdes fijos en ella. Seguramente la había confundido con Isabel, lógicamente, pero por alguna razón prefería no demostrarlo. Ana se agitó nerviosa. Muchas de las chicas que estaban sentadas en las mesas de las distintas estancias del piso levantaron la cabeza cuando pasaba y la saludaron con una sonrisa que ella correspondió para no confundirlas, mientras que aquel extraño joven se había puesto rígido al verla, como si le hubiera impactado negativamente su presencia. Le miró de reojo, preguntándose el porqué de semejante reacción. ¿Se llevaba mal con Isabel? ¿Habrían tenido algún tipo de desencuentro tan grave como para provocar ese comportamiento?

–¿Quién es ese chico?

–¿Quién? –Don Agustín se giró a medias, y Ana señaló con un gesto disimulado al joven con el que acababan de cruzarse.

–Oh... Es Gabriel, Gabriel Ugalde, trabaja con nosotros en algunos turnos, ¿por qué?

–No, no es nada, creí que me sonaba su cara –mintió sin saber qué decir–, pero no, no le conozco.

Poco después se despedía del secretario en la puerta, prometiéndole

que le notificaría cualquier novedad sobre su hermana. Luego salió a la calle.

Continuaba lloviendo. Apenas había gente a aquella hora tan temprana, y los que se veían caminaban de prisa, encogidos bajo sus paraguas, como sombras pasajeras bajo el *sirimiri* pertinaz. Ana se quedó un rato en el portal, pensando qué hacer a continuación. Pese a las ganas que sentía de abrir el sobre de inmediato, prefería hacerlo en algún lugar menos concurrido. Dudó durante unos minutos, hasta que al fin decidió que era un buen momento para acercarse a ver el mar. Bien podía aprovechar la ocasión, a pesar de la lluvia, y en el paseo de la Concha estaría más tranquila, así que echó a andar hacia allí.

Embutida en su abrigo verde aceituna y cubierta por su llamativo paraguas rojo, fue sorteando los charcos como pudo, más atenta al suelo que a lo que tenía por delante o alrededor.

Iba directa al puente de la Zurriola, el más próximo a la desembocadura del río Urumea. El mar estaba revuelto, y las olas cargaban con fuerza. Se detuvo, extasiada, a contemplar cómo rompían en las rocas. Era todo un espectáculo verlas llegar, deshaciéndose en una salvaje cascada de espuma para engullir las aguas del río que bajaban a su encuentro. Agua dulce y agua salada se mezclaban bajo el puente, disputándose eternamente su espacio.

Ana sonrió. Su figura destacaba bajo la lluvia, con su paraguas y su abrigo. Se quedó parada un rato junto una de aquellas farolas características que adornaban el puente, anchas como los pilares redondos de un templo, y coronadas por una gran bola de cristal. Luego continuó.

Aún no había llegado al sitio al que quería ir para abrir aquel sobre. Le quemaba en el bolsillo, como si su contenido pugnara por revelarse con vida propia. Imbuida por una intensa intriga, dejó atrás el puente y se dirigió, caminando de prisa, hacia la playa de La Concha. Atravesó los jardines de Alderdi Eder sin entretenerse más, y muy pronto apareció frente a la bahía. El paseo de la Concha la bordeaba desde donde se encontraba hasta el Pico del Loro, una caprichosa formación rocosa que interrumpía la playa que daba nombre al paseo, para dar paso a la otra playa, la de Ondarreta, la cual se extendía ancha y recogida al pie de la falda del Monte Igueldo. La vista era excepcional, incluso con un día lóbrego como aquel, o tal vez incluso más, precisamente por eso. La marea estaba alta, y casi la totalidad de la arena había desaparecido bajo el mar. La isla de Santa Clara, protectora inestimable

contra las despiadadas tormentas que de no ser por ella arrasarían la bahía, emergía en medio del agua, orgullosa e imbatible, con su rocosa cumbre cubierta de vegetación.

Al llegar a los llamados Relojes de la Concha, Ana se detuvo de nuevo. Eran éstos dos pilares blancos gemelos, contruidos en el punto central del paseo, uno a cada lado del inicio de una doble rampa de acceso a la arena, el primero coronado con un reloj, el segundo con un barómetro, ambos bien visibles desde cualquier punto de la playa. Desde allí Ana tenía una panorámica completa de la hermosa bahía, orgullo de los habitantes de San Sebastián. Hubiera preferido poder bajar a la playa, descalzarse, y caminar hundiendo los pies en la finísima arena... pero la pleamar se lo impedía, y la lluvia no acompañaba... Además, tenía el sobre... así que optó por permanecer donde estaba, arropada por aquel paisaje brumoso que tenía ante sí, como un cuadro fascinante de una novela de aventuras... Imaginó sin esfuerzo los grandes veleros de otros tiempos, anclados al resguardo de la pacífica bahía, cuando piratas y corsarios habían merodeado por el cantábrico...

Miró a ambos lados. Estaba bastante segura de que nadie se fijaba en ella, así que sacó el sobre y lo abrió. Dentro había una pulcra hoja de papel doblada, y en ella una dirección escrita y un mensaje. Corto, muy corto. La letra era la de su hermana. Se quedó mirándola sin comprender. ¡Una dirección! Debajo ponía «*ve con cuidado*»... ¿Qué significaba eso? Continuó leyendo:

«Ana, te necesito. Ven a esta dirección. Sé discreta, y no te preocupes, cuando llegues lo entenderás. Calle San Jerónimo 21. Espero verte pronto, tu hermana que te quiere. Isabel.»

No era lo que había esperado, pero era algo. Rebuscó en el sobre, y una pequeña llave dorada cayó en la palma de su mano. Debía pertenecer a esa dirección... La calle San Jerónimo número veintiuno quedaba cerca, en la Parte Vieja de la ciudad, pero, ¿qué había allí? ¿Estaba su hermana en esa dirección? No tenía sentido, si se había marchado a Francia... De no ser que eso fuera mentira. ¿A qué estaba jugando? Su corazón aleteó lleno de esperanza. Así que estaba allí, en San Sebastián, y estaba a punto de verla, de saber qué le había pasado. ¡Todo quedaría resuelto!

No quería entretenerse demasiado en el paseo. Le parecía que podía ir enseguida a comprobar si Isabel realmente estaba en aquella casa. Quería que así fuera, por encima de todo, para acabar de una vez por todas con la angustia que ronroneaba en su corazón. Resuelta a resolver la incógnita, pasó de nuevo a través de los tamarindos de Alderdi Eder, hacia el casco antiguo.

La calle San Jerónimo estaba junto a la Plaza de la Constitución, en la parte vieja de la ciudad. Cuando llegó al número veintiuno, el portal estaba cerrado y silencioso. Una doble puerta de madera bellamente tallada con motivos florales, alta y estrecha, le impedía el paso. Al otro lado sólo había oscuridad. Ana acercó la cara a los cristales, poniendo la mano a modo de visera para ver mejor. Todo estaba en penumbra y ni siquiera alcanzaba a vislumbrar la escalera.

–¿Quiere entrar, señorita?

Una mujer apareció de pronto a su lado, y ella dio un respingo. Se volvió y se apartó para dejar paso. Era una mujerona ancha, de rostro rubicundo. Al verla mejor, sonrió.

–¡Ay hija! Si no te había conocido... ¡No te veo nunca! ¿Te has dejado la llave?

–Disculpe... Estoy buscando a mi hermana, que vive aquí.

No quiso decirle que tenía la llave que abría la puerta en el bolsillo de su abrigo.

La mujer la miró estupefacta, sin entender.

–Yo soy Ana Murria, la hermana de Isabel –se apresuró a explicar. En realidad no se cansaba de tener que deshacer las confusiones que su parecido generaba. Estaba acostumbrada... Verá, ella es... exactamente igual que yo... Somos gemelas.

–Santo Dios –la mujer se hizo la señal de la cruz, mirándola de arriba abajo–... Es usted su viva imagen, se lo digo yo... ¿Así que su hermana? Pues hace mucho que no veo a Isabel, ¿sabe? –hizo memoria–... Pues desde que alquiló el piso, lo cierto es que no la he vuelto a ver, y mira que vengo veces por aquí... Su hermana es una chica muy esquiva, aunque no me da problemas y eso es de agradecer...

–¿En qué piso vive?

–En el tercero. Soy la dueña, si quiere saberlo –repitió–, yo le alquilé el piso, tengo que decir que a muy buen precio. Me dio lástima tan jovencita y viviendo sola...

–¿Podría acompañarme a ver si está? No sé nada de ella y estoy preocupada.

–Claro... Venga, entre conmigo.

La señora dijo llamarse Benita Bermejo, y mientras subían por las escaleras, estrechas y empinadas, le contó toda clase de detalles sobre lo buena casera que era y cómo se preocupaba siempre por el bienestar de sus inquilinos. Le costaba trabajo subir, pero no por eso dejaba de hablar.

–...son pisos viejos, pero están en buen estado. A Isabel... a su hermana, le gustó mucho la casa y se decidió enseguida. Es aquí...

Habían llegado a la tercera planta. Se detuvo ante la puerta de la mano izquierda. Llamó al timbre y esperó. Ana notó que sus nervios se disparaban, agarrotando su estómago. La señora Bermejo, al ver que nadie abría, insistió, y después aporreó con la palma de la mano sobre la puerta.

–¡¡Señorita Murria!! ¡¡Abra, que vienen a buscarla!!

Pero nadie acudió.

–¿Quiere usted que abra? Tengo una llave maestra –se ofreció la buena mujer.

–Oh sí... Por favor. Temo que esté enferma, ¿sabe?

–¡Ay no, por Dios! Pobre criatura...

Benita sacó un manojito de llaves y tras escoger una la introdujo en la cerradura y empujó.

–¿Isabel?

No había luz, y el piso estaba frío y silencioso.

–Pues ya ve, aquí no está...

Estaban las dos paradas en la entrada. Ana se volvió con aire resuelto hacia la señora.

–Pero, ¿hace cuánto que no la ve? Haga memoria, por favor...

–Pues ya le digo, desde que alquiló el piso hará ya... pues cosa de quince días.

¡Sólo quince días! Ana se excitó al pensar que había alguien que la había visto tan recientemente.

–¿Y no le contó por qué quería venirse aquí?

–No –la miró con extrañeza–... Es una joven muy discreta, señorita. Y muy bien educada. Me pagó por adelantado seis meses de renta, y eso es de agradecer, muy poco habitual en estos tiempos, ya se imaginará.

–¿Seis meses?

Ana la miró con incredulidad. Le resultaba difícil imaginar que su hermana hubiera reunido tanto dinero con lo que ganaba en su empleo en la academia, una cantidad muy respetable, desde luego, pero no como para haber ahorrado en tan poco tiempo, sobre todo teniendo en cuenta que su madre se lo quedaba casi todo. Recordó que además ésta se había quejado de que ya no les ayudaba con su sueldo.

–¿Sabe si ha recibido alguna visita?

–¿Visitas? Señorita Murria, de eso yo no me preocupo, ¿comprende? No es cosa mía.

–Lo entiendo, pero, ¿no sabría decirme algo más? Algún amigo, alguien extraño...

–Ni amigas, ni amigos. Tengo por norma ser discreta, oír poco y hablar menos, con que...

–¿Me avisará si vuelve? –preguntó la joven con resignación.

–Claro, déjeme una dirección y le haré llegar cualquier novedad.

Ana así lo hizo, y después pidió permiso para quedarse un rato en la casa, a solas.

–Cierre fuerte al salir, esa puerta se hincha con la humedad y no encaja bien...

Benita se marchó dando un portazo. Ana se sobresaltó. Permaneció allí parada unos instantes. La quietud de la casa, que parecía estar suspendida en el tiempo, más allá de lo que sucedía fuera de sus paredes, era sobrecogedora. Se armó de valor y entró a través del recibidor. Por una parte lamentaba que Benita Bermejo no se fijara en lo que hacían sus clientes, pero tenía que reconocer que por el otro, tal vez fuese mejor. Estaba claro, que la buena mujer prefería mantenerse al margen de según qué cosas, para no tener

que decidir qué hacer con lo que sabía, o a lo mejor, para no tener que responder preguntas en una España opresora donde la libertad había pasado a un plano de quimera.

Anduvo despacio, sigilosamente. Todo estaba en silencio. Se fue acercando hacia una de las habitaciones, a través de un pasillo largo y estrecho. Estaba oscura, así que entró y corrió las cortinas de par en par para poder abrir la persiana y dejar entrar la luz.

Descubrió que la casa era preciosa, antigua y sencilla, pero muy coqueta, repleta de esos detalles femeninos con los que sólo una mujer sabe adornar sus espacios. Las paredes estaban empapeladas con motivos alegres de tonos claros, las puertas y las ventanas eran blancas, los techos altos, con discretas molduras decorativas, y los muebles tenían la esencia de su hermana, nada recargados, sin mantelitos de hilo o tapetes hechos a mano, a ganchillo, como los que solían verse en la mayoría de las casas. Tampoco las cortinas eran las habituales, pesadas y estampadas, y el suelo era nuevo, luminoso y de madera clara. Era un apartamento muy moderno, y a Ana le enamoró.

Aquella estancia estaba recogida y limpia. Fue recorriendo el resto de la vivienda, que era espaciosa y contaba con otras dos habitaciones grandes además de la cocina y una sala de estar. Todo se veía ordenado, salvo algunos platos con restos de comida que se acumulaban en el pilón de la cocina, señal de que alguien había estado allí recientemente... Pero, ¿quién? ¿Isabel? Ana frunció el ceño. Su hermana nunca dejaría aquello sin fregar. O... si lo meditaba mejor, bien podía tratarse de un acto de rebeldía, algo que definía muy bien su carácter: no hacer precisamente lo que siempre se esperaba que hiciera. Sí, eso era probable. Sonrió al imaginarla alquilando ese piso para independizarse, escandalizando a todo el mundo por su atrevimiento, vivir sola, sin un hombre que la apoyase, ganándose el pan... y al mismo tiempo engañando a su madre con aquel cuento de que se iba a Francia. Sin duda había pretendido que la dejara en paz.

Llegó al dormitorio principal. Estaba más emocionada de lo que había querido demostrar. ¿Era eso lo que Isabel quería que viera? ¿Que ahora era una chica valiente, capaz de valerse por sí misma pese a todo y a todos? ¿Por eso le había dejado la nota y la llave?

Se plantó en medio del dormitorio y miró alrededor. Se suponía que aquel era el lugar donde había estado viviendo, y aquella última estancia

podía ser, a juzgar por su tamaño y por sus bonitos muebles, la habitación donde hubiera escogido dormir... La luz, ahora que había ido abriendo las persianas a medida que avanzaba, entraba a raudales. La cama estaba deshecha. Vio un galán, y colgando de él una chaqueta. Era de Isabel, una de sus preferidas...

Ana sacudió la cabeza. Incluso podía oler su perfume, estaba por toda la casa, dulce, muy suave, afrutado... Tal vez hubiera algo allí que pudiera darle más información. Se acercó al galán y metió las manos en los bolsillos, hurgando para ver si había algo revelador. No halló nada. Decidida a encontrar respuestas, se quitó el abrigo, lo dejó sobre la cama y empezó a rebuscar en los cajones de la cómoda, en el armario... Allí estaba toda su ropa, lo que daba fe de que se había mudado definitivamente, pero nada que pudiera ayudarla. Aquello no cuadraba. Resultaba muy extraño que hubiese dejado su trabajo si iba a vivir allí por su cuenta. ¿Con qué se mantenía? Sin duda tenía que comer, pagar sus facturas, vestirse...

Miró bajo el colchón...

Desesperada porque no hallaba nada importante, empezó de nuevo, recorriendo la casa, hasta que al final acabó mirando incluso bajo las almohadas, el sofá, o detrás de los cuadros... No había pistas. Ni entre su ropa, ni entre sus objetos personales, nada.

Tal vez estaba enloqueciendo. En cualquier momento Isabel entraría en casa y todo quedaría aclarado... Pero la señora Benita había asegurado que llevaba días sin verla...

Frustrada, se sentó en una estrecha butaca de la sala de estar y estuvo un rato pensando. La luz desvelaba una miríada de motitas de polvo flotando en el ambiente, como una nube liviana y casi imperceptible, la esencia de todas las cosas. ¿En qué estaba pensando Isabel? ¿Cómo se había atrevido a mudarse a un piso de alquiler, sola? Al parecer nadie estaba al tanto de eso, así que era fácil colegir que había preferido mantenerlo en secreto. Lo extraño era que hubiese optado por marcharse dejando a su padre enfermo sin el apoyo que su sueldo suponía para él, que dependía de ese extra para comprar sus medicinas. Aquello sí le parecía inaudito, que hubiera abandonado a su padre. Le constaba que Isabel le adoraba...

No había vuelto por allí, según la casera, desde al menos hacía quince días. ¿Dónde buscarla? Sopesó quedarse hasta que apareciera, pero luego desechó la idea. No podía esperarla indefinidamente. No, en vez de eso,

dejaría una nota. Animada con esa idea, rebuscó papel y algo para escribir en los cajones de la cómoda de la sala de estar, hasta que encontró una cuartilla de papel y un lápiz.

«Isabel te estoy buscando. Por favor, ven a verme a casa, o, si no quieres ir a casa, házmelo saber a través de Don Agustín. Estoy muy preocupada. Tu hermana que te quiere, Ana».

Contuvo un bufido de frustración. Tenía que contarle a su padre todo aquello. Le haría sufrir, de vergüenza y de preocupación, pero querría saberlo. En cuanto a su madre, era capaz de cualquier barbaridad. No, no debía enterarse de aquello, ella menos que nadie.

De pronto escuchó un chasquido, como si alguien se moviera con cuidado. Se quedó helada, atenta a cualquier otro sonido. Tal vez provenía del piso de arriba... Al poco se oyó un leve crujido, como el que se hace al pisar sobre el suelo viejo de una casa antigua. Allí había alguien más... Pero ya había visitado todas las estancias, ¿o no?

Dejó su mensaje sobre la encimera de la cocina y se adelantó despacio. Luego caminó hacia el pasillo. No respiraba apenas, por no hacer ruido, pero notaba que el corazón se desbocaba en su pecho; le parecía que sus latidos debían oírse por todo el piso. Fue avanzando hasta descubrir una habitación al fondo, tras un pequeño recodo del pasillo, una en la que no había reparado antes. Se acercó despacio... y abrió la puerta.

Allí había alguien. Una figura grande saltó sobre ella y la golpeó en la cabeza, derribándola con salvaje violencia, como una bestia atrapada que se revuelve. Ana acusó el golpe y casi perdió la vista por un instante. No tuvo tiempo de ver quién la había agredido, sólo sintió dolor, un empujón, y una fuerte punzada en el costado al caerse de espaldas y golpearse con el marco de la puerta. Soltó un chillido de miedo, temiendo por su seguridad, pero el intruso, quien quiera que fuera, había pasado por encima de ella y había salido como un vendaval al pasillo, corriendo precipitadamente hacia la salida. Ana se quedó apoyada en la pared unos instantes, con el corazón latiendo velozmente en su pecho. Jadeaba, pálida como un cadáver. ¿Quién era esa persona? ¿Hombre o mujer? No sabía decirlo. Entonces oyó un violento portazo, y unos pasos presurosos que se precipitaban escaleras abajo. Luego nada.

Estaba paralizada. ¿Un ladrón? Miró alrededor. Aquella pequeña habitación estaba tan recogida como el resto de la casa, no había nada revuelto, ni indicios de que hubieran pretendido robar... Las paredes estaban forradas de estanterías con libros, a modo de estudio. Se levantó despacio, aún dolorida, y se frotó el costado para aliviar el golpe, justo por encima de la cadera. Estaba segura de que iba a salirle un moretón. Su cabeza no estaba mucho mejor. Ya asomaba un prominente chichón en la base del cráneo.

¿Qué hacer? Estaba tan nerviosa... Se asomó al pasillo, aunque ahora podía asegurar que estaba sola, y echó un vistazo. No había nadie en la penumbra. No supo qué hacer. Plantada en el umbral de la puerta, estuvo un buen rato indecisa, sorprendida, haciéndose mil preguntas y lamentándose de no haber dejado que la dueña de la casa entrara con ella. ¿Se habría cruzado con el intruso? Si aún no se había marchado del edificio, era probable que le hubiera visto salir, tal vez incluso le hubiese visto bien... Se planteó preguntar al respecto a Benita, pero luego pensó que si lo hacía llamaría la atención sobre su hermana, y rechazó la idea.

Al fin se tranquilizó lo suficiente como para entrar de nuevo en el estudio. Se sentó en una silla. Observó cuanto la rodeaba, muy acogedor y limpio. Resultaba extraño que alguien hubiese entrado en la vivienda sin forzar la puerta, y que no se hubiese llevado nada. Tal vez le había interrumpido y no había podido hacer lo que hubiera ido a hacer allí. En tal caso cabía la posibilidad de que regresara.

No había nada aparentemente importante, nada que ella hubiera visto, ¿o sí? Se levantó y empezó a registrar todo, con cuidado de dejar las cosas como las encontraba... Hasta que lo dio por imposible. En aquella estancia tampoco había nada revelador, salvo decenas de novelas que al parecer Isabel había ido coleccionando.

Una hora después abandonaba el piso sumida en un leve aturdimiento, sin duda sobrepasada por los acontecimientos. Bajó las escaleras perdida en sus cogitaciones, temerosa de lo que le hubiese podido suceder, de la realidad que se había encontrado en esa vivienda, de su significado, de su repercusión... Aún estaba impresionada por el susto que se había llevado.

Ahora, a medida que la distancia entre ella y la vivienda de alquiler se agrandaba, como una goma elástica que al fin puede llegar a romperse, se preguntó qué podía hacer. No sabía quién era la persona que la había asaltado, ni qué había ido a buscar a la casa. Se había olvidado de la

advertencia que Isabel le había dejado en la nota, muy clara, evidente ahora: «*ve con cuidado*»... ¿Acaso no significaba eso que había peligro? Ana suspiró. Se llevó una mano a la cabeza, donde el chichón alcanzaba ya el tamaño de una avellana.

Fue bajando, de piso en piso, empeñada en encontrarle alguna lógica a todo aquello. ¿Para qué el sobre con la dirección y la llave? ¿Qué se suponía que tenía que hacer ahora si Isabel no estaba? La imagen del desconocido oculto en el piso, pasando por encima de ella como una tromba, volvió a su memoria, y se estremeció. En realidad podía considerarse afortunada de haber salido ilesa de un encuentro así.

Al salir del portal, y sin que le hubiese dado tiempo de abrir el paraguas, un hombre surgió de la nada y la retuvo con brusquedad, obligándola a retroceder antes de que la puerta se cerrara. No lo sintió llegar, únicamente percibió una sombra detrás y a continuación una mano la agarró del brazo. Se le cayó el paraguas, que se quedó medio abierto en el suelo. Ana creyó que aquel desconocido era el ladrón que había salido del piso, que la había estado esperando para acabar con ella. Se abalanzó sobre él para golpearle y salir corriendo, pero el hombre se defendió y la agarró por las muñecas con fuerza. Ambos gruñían por el forcejeo.

—¡Isabel! —chilló.

Pero Ana no le escuchó. Trastabilló durante la pelea y soltó un chillido al tropezar con el primer tramo de la escalera, lo que estuvo a punto de hacerla caer... Súbitamente él la sujetó. Sólo eso impidió que se diera de bruces con el suelo. Aún así continuó revolviéndose, creyendo que iba a dañarla, demasiado nerviosa para oír que él suplicaba que se calmara, una y otra vez. Todo su empeño era zafarse, hasta que al fin logró que él la soltara.

—¡Apártese! —aulló con fiereza.

Se quedaron en pie uno frente al otro, muy próximos entre sí. Jadeaban por la pelea. Entonces el desconocido se apartó un poco, tal vez para no atosigarla. Aquello desconcertó a Ana, que esperaba más bien que volviera a atacarla. Se trataba de un hombre joven, cuyo rostro quedaba oculto al encontrarse a contraluz. Levantó las manos como si quisiera una tregua. Ella desconfiaba. Buscó un hueco para poder salir de aquella ratonera, pero se interponía entre la escalera y la puerta...

—Isabel, por favor, soy yo...

Ahora sí le oyó. Ana se recompuso y le miró. Continuaba sin lograr

verle la cara... aunque, a medida que sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad, pudo comprobar que se trataba de un hombre bastante alto, más alto que el que la había arrollado para salir del piso de su hermana, de eso estaba segura. Su figura le resultaba vagamente familiar... Al cabo de unos momentos le reconoció. Era el joven de la academia, el que se había comportado de forma tan extraña al verla: Gabriel Ugalde.

—¡Usted! ¿Qué... qué quiere?

Estaba atónita, pero una alegría desbordada comenzó a sustituir al miedo, porque al menos estaba ante alguien conocido, y no ante el intruso del piso. ¿Qué hacía allí?

—Discúlpeme, no pretendía ser tan brusco, señorita Murria... Isabel — dio un paso hacia ella—... ¿No me ha reconocido?

La muchacha vaciló.

—Isabel, parece que hubiera visto un fantasma... ¿Se encuentra bien?

La estaba confundiendo, cómo no.

—No soy Isabel...

—¿Qué... ¿A qué viene eso?

—No... Maldita sea, ¡me está confundiendo con mi hermana!

Hubo un silencio durante el cual Ugalde pareció confuso. Después de unos segundos, dejó caer los hombros, con cierto desconcierto aún reflejado en su semblante. Al cabo la observó con mayor interés.

—¿Su... hermana?

—Así es —¿cuántas veces había explicado lo mismo aquel día?—... Somos gemelas, idénticas... Yo soy Ana.

—Isabel nunca me lo contó... Lo siento, no era mi intención, pero cuando la he visto en la academia... Lo siento, lo siento de veras, he debido darle un susto de muerte...

—¿Un susto de muerte? ¡Es la segunda vez que me arrollan!

—No la comprendo...

—¿Va usted a decirme que no ha visto salir a nadie del portal? ¡Si ha tenido que pasar por delante de usted!

—Lo siento, no... ¿Qué ha pasado? —ahora él se mostraba alerta, y Ana se mordió la lengua al darse cuenta de que estaba hablando demasiado. No quería tener que darle explicaciones—. ¿Está usted bien?

—Sí, sí... sólo ha sido un susto... Alguien que ha salido de muy malas formas, nada más...

–Lo lamento –Ugalde la miró como tratando de leer la verdad en sus ojos. Había cierta turbación en su forma de mirarla, como si le costara dominar algunos sentimientos encontrados. Estaba claro que se esforzaba por concienciarse de que no era Isabel, y que eso le suponía un verdadero conflicto–... Así que no he hecho más que empeorar las cosas...

–Un poco...

Ana se mordió el labio inferior. ¿Y si le preguntaba por Isabel?

–Bien, pues perdóneme, deje que le sostenga la puerta para que pueda salir...

El joven cerró los labios y dio un paso atrás para dejarle el camino libre, pero Ana no se decidió a salir, deseosa de hacerle unas cuantas preguntas, a pesar de lo rara que era la situación. Ugalde malinterpretó su reticencia a abandonar el portal.

–No voy a hacerle daño, se lo aseguro. Sólo quería hablar con Isabel. Ha sido todo una lamentable confusión...

–Oh no, no es eso...

Ana recogió su paraguas del suelo, lo cerró y se echó atrás un paso, evidenciando que no pensaba salir, al menos no inmediatamente, sino que prefería darle la ocasión de presentarse debidamente. Por su parte, Ugalde guardó silencio, expectante, como si no supiera cómo reaccionar ante su nueva actitud.

–¿No quiere irse?

–En realidad no... Verá, es usted amigo de mi hermana, tal vez el único que pueda contarme algo de ella. Además, me parecería mal separarnos así, después de habernos conocido de forma tan... brusca...

–De nuevo, lo siento. Verá, estaba... Reconozco que he sido muy rudo abordándola así, pero, la verdad, no esperaba que se revoliera como una fiera... Había venido a hablar con Isabel y en cambio...

–¿No sabrá dónde está? –preguntó Ana–. ¿Sabe usted algo de ella? En fin, si son amigos...

–Sólo conocidos. Sé muy poco de ella, en realidad, y lo siento, no sé dónde está –sus ojos la traspasaban. Estaba realmente incómodo–... En fin, ha sido todo un error, discúlpeme de nuevo, no he querido asustarla, será mejor que me vaya.

–¡No! Espere... Oiga, me temo que estoy tan desconcertada como usted.

Él se detuvo y la miró de nuevo a los ojos.

–Por favor, si sabe algo de Isabel...

–No sé nada de ella –Gabriel Ugalde atisbó hacia el hueco de la escalera, ahora con cierta curiosidad en su rostro–... Don Agustín tiene mucho aprecio por su hermana, supongo que si ha hablado con él –al ver que Ana negaba con la cabeza, se interrumpió–... ¿Tampoco sabe nada?

Aquello pareció extrañarle.

–Lo siento... No. Acabo de llegar de Madrid, y al parecer mi hermana se ha marchado de casa. Esperaba que usted tuviera alguna información.

–No, no la tengo –frunció el ceño durante un instante, y de nuevo quiso marcharse–. Ahora, si me disculpa...

–¡No! ¡Por favor! Quédese... ¿Por qué quería hablar con mi hermana?

–...no creo que tenga importancia y tengo cosas que hacer...

–Pero sólo será un momento, necesito saber por qué ha venido...

¿Por qué se mostraba tan reacio a quedarse? Ana sintió que una oleada de impaciencia se apoderaba de ella.

–Ya se lo he dicho, creí que era Isabel, y quería hablar con ella.

–¿Y cómo me ha encontrado? ¿Acaso me ha estado siguiendo?

–Sí, la he seguido –reconoció el joven. Luego meditó unos instantes–, pero... está bien... En realidad es al revés, fue Isabel la que quiso hablar conmigo, hace ya más de dos semanas. Me pidió vernos, por algo urgente y grave, pero luego no ha vuelto por la academia, por eso cuando la he confundido a usted, he decidido venir y preguntarle directamente para qué me necesitaba... Mera curiosidad.

¿Por qué iba Isabel a confiarse a un simple conocido? ¿Qué había visto en Gabriel Ugalde para creer que él podía ayudarla?

–Al parecer sí sabe algo de ella, ¿no cree? Escuche, ya que estamos aquí, tal vez podríamos ir a algún sitio discreto para poder hablar más tranquilos... ¿le parecería bien?

Procuró darle a su tono de voz un aire conciliador. Hablaba en susurros, como una conspiradora. Estaba dispuesta a sonsacar a aquel hombre lo que supiera, por poco que fuera. Pese a su brusquedad al abordarla, parecía una persona apacible y serena.

–No quiero atosigarle, sólo hablar... –insistió al verle vacilar.

–Pero ya le he dicho que no sé mucho más que usted... es decir, nada.

–Aquí no, por favor –se resistió la joven–. Venga conmigo, se lo

ruego. Demos un paseo y cuénteme lo que recuerde. Estoy preocupada por ella, ¿sabe? Por favor...

Gabriel dudó, pero al fin se ablandó. Soltó un exabrupto por lo bajo, como si acabara de traicionarse a sí mismo.

–Hay un café aquí al lado. Podemos sentarnos un momento, la invito, y así de paso me disculpo con usted por mi imperdonable forma de abordarla.

Ana sonrió. No estaba bien visto que una joven entrara en los cafés, eso era cosa de hombres, ni siquiera si iba acompañada por un familiar, con que hacerlo con él... Sin embargo, se saltó la recatada voz que la sermoneaba en su conciencia. Le miró, buscando en sus gestos algún indicio que la ayudara a discernir la verdad sobre su personalidad, aunque sin éxito. Gabriel Ugalde se mostraba hermético. No daba la impresión de estar al tanto de que Isabel tenía una vivienda en San Jerónimo.

–Acepto encantada. Gracias por darme algo de tiempo...

Ana salió a la calle mientras él sujetaba la puerta con educación. Su tranquilidad era a todas luces fingida. Para Ana era evidente. Le delataba el leve rictus en sus atractivos labios.

Al salir del portal regresaron a la realidad del mal tiempo. Les sorprendió la lluvia, que continuaba cayendo sobre la ciudad, y tuvieron que correr un poco. El bar mencionado por Ugalde estaba cerca, por eso ella no se molestó en abrir su paraguas. Estaba abarrotado de gente, hombres en su inmensa mayoría, que, como ellos, habían decidido guarecerse del intenso aguacero. El hecho de entrar en un sitio público que hervía de actividad, tranquilizó los nervios de Ana, pese a las miradas que le lanzaron algunas personas, seguramente por su condición femenina. Procuró ignorarlas y se mantuvo ligeramente cercana al joven. Para simular que eran amigos, puso suavemente una mano en su antebrazo.

–Por aquí...

Ugalde no se apartó cuando notó su mano ligera, sino que se abrió paso entre los clientes que llenaban el local con toda naturalidad. La condujo hacia una mesa situada al fondo. Cuando Ana se soltó de su brazo, él deslizó su mano hasta llegar a la altura de su cintura, donde la mantuvo un momento. No llegó a tocarla, sólo la rozaba levemente, pero aun así Ana percibió con nitidez el calor que desprendía su piel. El joven le ofreció una silla.

–Enseguida vengo, ¿qué le gustaría tomar?

–Un vaso de agua, gracias...

–¿Agua? –se extrañó.

–Sí –Ana se ruborizó. Ella siempre bebía agua, pero le daba vergüenza y siempre sentía la necesidad de excusarse ante los demás... No me encuentro muy bien, tengo sed...

Él asintió sin darle más importancia. Le vio desaparecer hacia la barra, y entonces, a medida que se alejaba, se percató del modo sutil con que se llevaba una mano al bolsillo de su chaqueta para sacar algo que después volvió a guardar con un movimiento casi imperceptible de su mano. Atraída por aquel comportamiento extraño, y por la forma en que miró a continuación alrededor, como si temiera que alguien le hubiese visto, siguió espiándole, estirando el cuello, hasta que la gente que abarrotaba el local se interpuso en su campo de visión y le impidió ver nada más. Le pareció que ocultaba algo, y una alerta se encendió de nuevo en su cabeza. Estuvo meditando sobre si levantarse y marcharse, torturada por la duda, hasta que él regresó al cabo de unos minutos, con un café y el vaso de agua que ella había pedido. Ahora parecía más relajado. Ana se agitó incómoda. No pudo evitar mirar discretamente al bolsillo de su chaqueta. Se preguntaba qué sería lo que había guardado tan celosamente en ella.

Mientras aún cavilaba sobre el asunto, él dejó las bebidas sobre la mesa y se sentó de frente. Ella estaba abstraída, como hipnotizada... Entonces Ugalde carraspeó para llamar su atención, y la joven se ruborizó. No podía seguir mirando su bolsillo sin que se diese cuenta de que sospechaba algo, así que se obligó a apartar los ojos y liberar su mente de aquellos incómodos pensamientos.

Estaban bastante resguardados allí, lejos de oídos indiscretos. Gabriel bebió un sorbo de su café. Mientras pensaba, se le formaba una pequeña arruga en el entrecejo que le hacía muy atractivo. El pelo castaño le caía mojado sobre la frente, tenía la piel pálida y unos ojos de un verde oscuro muy profundos, y bastante inquisitivos. A Ana le pareció el tipo de hombre que le hubiera gustado a su hermana.

–¿Qué quiere saber?

–Todo, cualquier cosa... Empiece por el principio –le animó.

–Verá, Isabel y yo no éramos muy amigos –empezó–, sólo compañeros en la academia, nada más allá de alguna charla superficial, ya me entiende. Pero un día vino a pedirme ayuda.

–Pero dice que no eran amigos...

–Yo pensé lo mismo –sonrió Ugalde–. Desconozco sus motivos, sólo sé que me citó en el Boulevard, en el reloj, porque necesitaba contarme algo que por lo visto la tenía muy inquieta. Acudí a nuestra cita, pero no apareció. De hecho, no ha vuelto por la oficina, ni sé nada de ella desde entonces.

–¿Y no sabe de qué se trataba?

–No... Bueno, sí que la noté rara, muy nerviosa. Llevaba tiempo observando su cambio de actitud. Sé que algo la preocupaba...

–Observando...

–...no del modo en que pueda parecer... –se defendió él enseguida– ... Después ha aparecido usted en la academia, y la he confundido, ésa es la verdad. Naturalmente he querido saber si se encontraba bien, y si aún necesitaba mi ayuda, pero al entrar en ese portal, caramba, usted se ha revuelto como una fiera...

–¡Porque me acababa de llevar un buen susto en la escalera! –ahora era Ana la que se defendía.

Ugalde se quedó callado.

–Mi hermana se ha marchado –confesó Ana–. Creo que a Francia.

–¿A Francia...?

–Lo sé, es extraño... –Ana hizo un mohín.

–Más que extraño...

–...si es cierto que Isabel se ha ido –continuó ella sin hacer caso de su observación–, seguramente por eso no acudió a su cita.

–Los que cruzan la frontera normalmente es porque tienen problemas con las autoridades... ¿Está segura de que está en Francia?

–No sé nada seguro, pero es lo que me han dicho –omitió comentarle que había sido su madre la que había asegurado tal cosa–. Acabo de llegar después de dos años, y ya ve...

Ugalde se quedó callado unos instantes. Removió su café y tomó unos sorbos con aire pensativo.

–Esperaba que usted me ayudara... ¿No sabe nada más?

El joven negó con la cabeza.

–Por mi parte –dijo al fin–, sólo quería asegurarme de que todo estaba en orden, pero si su hermana se ha marchado, será para bien. Supongo que eso es todo lo que puedo decirle.

Ana había esperado algo más. Se quedó perpleja, sin saber qué decir. No era buena interrogando, y en las distancias cortas siempre cedía a su

natural timidez. Además, Ugalde la hacía sentirse cohibida.

–En cualquier caso me alegro de haberla conocido, aunque haya sido así...

–...bueno, usted me ha abordado de un modo bastante violento... Además, me estaba espiando...

–¡No! No... No... La he seguido a usted, es cierto... pero sólo porque la he confundido. Quería hablar con su hermana. Ya se lo he dicho, al verla entrar en el portal, y como tardaba tanto e Isabel se había estado comportando de forma tan inusual...

A Ana le pareció que dejaba caer una insinuación, y no le gustó.

–¿...creyó usted que había quedado con alguien en un piso? –se escandalizó, ofendida por el hecho de que pensara así.

Gabriel Ugalde lo admitió sin mirarla a los ojos.

–Entiéndame, no pretendo entrometerme...

–Pues ya ve, lo hace, y se ha equivocado.

–Dígame –Ugalde parecía arrepentido de sus palabras–, entonces, ¿Isabel no vive en ese edificio?

–No... En realidad he venido a ver a una amiga –Ana mintió, y al hacerlo se sonrojó sin poder remediarlo–. Tenía la esperanza de que ella tuviera alguna noticia de mi hermana, pero no ha sido así. Supongo que ahora tendré que esperar a que se digne escribir...

Ugalde la miró de frente, y puso las manos boca abajo sobre la mesa, con suavidad.

–Señorita Murria, sé que quería que le contara algo más, pero no puedo, porque no hay nada más. No es que no me importe lo que pueda haber sido de su hermana, pero no puedo añadir nada que la ayude, lo siento. Isabel no hablaba conmigo más de lo necesario, «buenos días», «buenas tardes», ¿comprende?

Hizo amago de levantarse.

–¿Se marcha? No, por favor, sé que no hemos tenido un buen comienzo, pero me encantaría poder charlar con más calma –al ver que Ugalde fruncía el ceño, se apresuró a buscar otras opciones–... o tal vez en alguna otra ocasión. ¿Qué le parece?

Ugalde la contempló asombrado. Seguramente no había esperado tanta insistencia.

–No sacaré nada en claro, y yo soy un hombre ocupado...

Ana detectó cierta inquietud en sus maneras.

—¿Sentía usted algo por mi hermana?

Ugalde se sonrojó y una mueca de disgusto asomó a su rostro.

—...No estoy confundiendo las cosas, si es lo que piensa.

Pero ahora estaba de pronto segura de que sí estaba confundiendo sus sentimientos. Ella era idéntica a Isabel, y era lógico que si él se había sentido atraído por una hermana, pudiera rechazar acercarse a la otra, por motivos obvios. La expresión de Ugalde dejó traslucir su creciente incomodidad.

—...¡No me importa si es así! —se apresuró a tranquilizarle—. Ugalde, estoy preocupada, eso sí que me importa... Usted... No debe dejar que otras... cosas, le influyan. Sólo dese cuenta de que Isabel podría tener graves problemas, por favor... Necesito saber todo lo que pueda contarme sobre lo que ha estado haciendo el último mes. ¿Lo pensará al menos?

—...no hay nada que contar, lo siento.

Ana soltó lentamente el aire por la nariz. Adivinó en él una terquedad que no podría superar fácilmente.

—Supongo que tendré que resignarme... Además, como usted ha dicho, no eran amigos... En cualquier caso, téngalo en cuenta. Puede que recuerde usted algo que le anime a hablar conmigo. Sólo le pido eso, que piense en ella, y que si recuerda cualquier cosa, por poco importante que sea, me lo haga saber.

—...No me malinterprete... No es que me de igual lo que le pueda haber pasado a Isabel —Ana le escuchó, procurando parecer menos ansiosa— ... Pero no creo que pueda ayudarla.

—Lamento oír eso.

—Me gustaría que creyera lo que le digo, señorita Murria.

—¡Le creo! —recalcó ella con vehemencia—. Pero no es la cuestión...

—He de irme...

—No se lo he dicho —Ana le sujetó brevemente del brazo, intentando retenerle—, pero yo no creo que mi hermana esté en Francia.

—¿Por qué dice eso?

—Lo sé, es todo.

Ugalde soltó un suspiro. A continuación se levantó para marcharse, y ella le imitó, con aire taciturno.

Se despidieron a la puerta del bar, y cada uno tomó su camino. Ana se obligó a seguir adelante, sin volverse. Se había llevado una gran decepción...

Estuvo repasando en su cabeza la conversación con el joven, pero el hecho de que Isabel le hubiera pedido ayuda sólo contribuía a aumentar su desazón. Apartó esas ideas por el momento.

De pronto se acordó de su hermana menor, Celia. Había estado tan obcecada en encontrar respuestas sobre Isabel, que se había olvidado de la pequeña. No dudaba de que, a aquellas alturas, ya estaría al tanto de que había regresado a San Sebastián. Probablemente se estaría preguntando por qué no había ido a verla enseguida.

Ana se maldijo por lo bajo.

Suspiró, abrumada por las circunstancias, y maldijo a Isabel por tenerles a todos en vilo. Dondequiera que estuviese, podía dar señales de vida... No era pedir tanto.

La casa de su tía, Asunción Clarín, se emplazaba en el centro de San Sebastián, cerca de la playa y del hotel donde trabajaba su padre, en lo que llamaban Miraconcha. Vivía en la primera planta de un edificio señorial, construido al estilo romántico que engalanaba la mayoría de las construcciones de la ciudad, con sus excelsos jardines en la parte delantera, sus balcones de piedra labrados, sus torrecillas en el tejado, y sus altos ventanales, desde los que era posible ver el mar. Estaba desde luego en un emplazamiento envidiable, y ya el portal mostraba un gran lujo, con sus suelos de mármol y la balaustrada de la escalera de acceso de piedra.

Su tía siempre había ofrecido a sus sobrinas todo cuanto poseía. Sin embargo, todo el dinero y la ostentación que acaparaba no merecía la pena si a cambio una tenía que vender su alma al Diablo, y transigir con su limitada visión de lo que debía ser una buena educación para ellas. Su buena intención, que lo era, se desvirtuaba cuando se empeñaba en que llevaran una vida casi monacal. Celia aparentemente mejoraría si se quedaba a vivir allí, tendría buena ropa, estaría mejor alimentada e iría a un buen colegio de pago donde recibiría una educación «adecuada»... Pero en realidad sería una prisionera, y como tal, Ana se proponía liberarla por unos días de las garras de su tía, por encima de cualquier otra consideración, por encima del mal ambiente que tenían en casa, con su madre acechando. Estaba casi segura de poder controlar la situación durante una semana. Si se arrepentía, siempre podía devolver a Celia a casa de su tía.

Fue a verla aquella misma mañana, con la firme intención de llevársela de vuelta a la villa de Santa Engracia. Poco le importaba el carácter terco y algo severo de Asunción. ¡No la temía tanto como a su madre! A su lado, su tía era una bendita. La quería, y Celia también, no se trataba de eso. Después de dos años fuera ansiaba tener a la chiquilla lo más cerca posible. Cuando regresara a Madrid, no sabía cuándo volvería a verla.

De pronto se creyó capaz de enfrentar cualquier obstáculo, se sentía audaz, y aprovechó aquel súbito tirón de coraje para plantarse delante de la puerta de aquella impresionante casa y llamar al timbre. Había dejado de llover por primera vez desde que llegara a San Sebastián, pero ella ni siquiera se había dado cuenta. Mientras apretaba el botón con el dedo, la imagen de Isabel acudió a su mente. Ella era la valiente, la rebelde número uno, como solía llamarla su madre... no ella. ¿Se habían intercambiado los papeles?

Sabía que no.

Antes de ir a Madrid siempre había sido una joven tímida y poco resuelta, demasiado sensible... Si bien era cierto que ahora, dos años después, y gracias a la beneficiosa influencia de la señora Kauffman, había crecido y ganado en resolución, aún era demasiado vulnerable, pero las reacciones que estaba teniendo desde que llegara a San Sebastián la estaban sorprendiendo, y se enorgullecía de quien era en aquel momento. Aunque durase lo que un suspiro.

Tocó de nuevo el timbre y esperó, alisándose el abrigo. Algunas plantas, muy exuberantes, adornaban el rellano de la espaciosa escalera, y la luz natural que entraba por las vidrieras del tejado lo bañaban todo como un bálsamo celestial. Ana nunca dejaba de asombrarse del delicado gusto con que habían edificado aquel bloque de pisos. Sin duda el difunto marido de su tía había escogido bien al comprar el inmueble. Su amor por el arte había refinado sus preferencias.

La puerta se abrió de golpe, y una doncella debidamente uniformada, menuda y jovencísima, la atendió amablemente. Era nueva. Ana no la conocía, lo que significaba que su tía había vuelto a despedir a su antecesora. El servicio en aquella casa siempre estaba renovándose, pues el carácter arisco y exigente del que hacía gala nunca propiciaba la duración en su puesto de sus empleados.

—Buenos días, señorita, ¿qué desea?

—Buenos días, soy Ana Murria, la sobrina de la señora Asunción.

Vengo a ver a mi hermana Celia.

–Oh, señorita Murria, pase por favor, avisaré a la señora.

La muchacha le franqueó el paso al amplio recibidor, decorado con gusto exquisito, y desapareció a través de una gran sala con paso rápido. Allí todos los sirvientes se movían con celeridad, temerosos de retrasarse en sus tareas, o de cometer un desliz que pudiera costarles el empleo. Ana suspiró, se quitó el sombrero y el abrigo mientras echaba un vistazo alrededor. Tres puertas lacadas en blanco, muy altas y estrechas, daban al recibidor. Una de ellas estaba abierta y era la que conducía al salón por donde se había ido la doncella. Si no recordaba mal, las otras dos conducían a la cocina, a las dependencias del servicio, y a las habitaciones de la familia respectivamente. Había una gran quietud en la casa, casi monacal, pero era reconfortante. Olía a jazmín, lo que hizo que acudiera a su memoria la maravillosa terraza con que contaba su tía, muy aficionada a las plantas, y que había convertido en invernadero.

–Señorita, por favor, pase por aquí...

La doncella había vuelto, y la invitaba a pasar al salón.

La señora Asunción Clarín apenas guardaba parecido con su hermana Margarita. Era más baja, menuda, y sus ojos castaños, sombreados por unas largas pestañas brillaban con más calidez. Su figura era delicada, casi frágil, y sus manos finas, de largos dedos, con unas uñas muy cuidadas que siempre llevaba pintadas. Vestía con elegancia, aunque muy sobria y de negro. Llevaba el cabello ahuecado y recogido. Miró a su sobrina y sonrió, aunque sin levantarse de su butaca preferida, en la que, al parecer, había estado leyendo un libro hasta que ella había llegado.

–¿Isabel?

–No, Ana –suspiró ella.

–¡Ana! Cuánto tiempo... ¿Cuándo has vuelto de Madrid?

–Hace dos días, tía –se acercó y la besó en la mejilla fugazmente.

–Siéntate, y deja el paraguas hija... ¿Quieres tomar algo? Te veo muy guapa, aunque ese moreno tan marcado no es adecuado, si quieres saber mi opinión. ¿Has estado tomando el sol?

–No, pero en Madrid hace mejor tiempo que aquí y ya sabe que me pongo morena enseguida.

–Para eso están las sombrillas, ¡o los sombreros! Pareces la hija de un obrero con ese tono tan oscuro...

Ana no contestó. Cuando la doncella le preguntó qué deseaba tomar, ella, como siempre, pidió un vaso de agua.

–He venido a verla a usted, tía... y a Celia, ¿está aquí?

No era cierto, en realidad el principal motivo de su visita era su hermana, pero no podía decirlo, claro, sin ofenderla.

–Me alegra saber que no te has olvidado de tu familia, Ana. Aunque bien podías haberme escrito alguna vez en estos dos años... ¿Tanto te cuesta? ¿O es que ya no quieres saber nada de mí?

–No, tía, no es eso, pero los Kauffman me han tenido bastante atareada y apenas me ha quedado tiempo para escribir, mucho menos para acercarme a echar las cartas a Correos...

–Has tenido suerte de que una familia como ésta te haya acogido en su casa. ¿Son marqueses?

–Nada menos –sonrió ella, sabiendo que los títulos nobiliarios la impresionaban–... Pero dígame, ¿puedo ver a mi hermana? La he echado mucho de menos y me encantaría abrazarla...

–Celia está en su cuarto, estudiando. Ahora no se la puede molestar.

Aquello la pilló desprevenida. Había planeado sacarla de allí enseguida... Aceptó el vaso de agua que la doncella le sirvió en una bandeja, y bebió algunos sorbos, disimulando su decepción.

–Me alegra ver que no descuida su educación –tanteó.

–Pronto tendrá una tutora particular, ya está todo arreglado. No es bueno que pierda tiempo de enseñanza, pero como he tenido tan poco tiempo para preparar las cosas debidamente...

–¿Cuánto lleva aquí?

–Una semana. He de decir que es una chiquilla bastante bien educada, aunque con algunas costumbres un tanto licenciosas, si me lo permites. Es evidente que tu madre no se ha ocupado de ella como es debido –su tono ahora se tornó lúgubre y triste–, no como debería al menos. Y ahora –alzó la mirada y pareció más resuelta, como si apartara de su mente algún pensamiento muy incómodo–... tendré que enderezarla yo, como es lógico.

–Pero tía, yo he venido para llevarla de vuelta a casa... al menos por unos días, mientras yo esté aquí.

Su semblante se contrajo al escucharla, y sus manos se crisparon. La miró como si no hubiera entendido sus palabras. El agradable ambiente que reinaba en el salón se enfrió según iba mudando de expresión.

–Por lo que yo he entendido, va a quedarse aquí definitivamente – repuso con lentitud–, y ni tu madre ni tu padre me han dicho nada en contrario. Es evidente que te has ilusionado pensando que puedes llevártela, y entiendo que la echas de menos... Pero Celia se queda. Ahora éste es su hogar, mucho mejor que del que proviene, por cierto. Tu padre apenas puede mantenerse a sí mismo, y tu madre... En fin, después de lo mucho que nos costó que la dejara ir... Mira, tu padre está muy enfermo, y no estando Isabel... No puede ocuparse de ella.

–Sé que estamos pasando dificultades, pero ya que he venido, podremos cuidarla unos días, y preferiría tenerla en casa. No se ofenda tía, sé que usted la quiere y sólo desea su bienestar, pero Celia es mi hermana, y querrá estar con nosotros, con nuestro padre...

–¡Tu padre! Te repito que está demasiado enfermo –esas palabras se clavaron en el alma de la joven. Ya sabía que estaba gravemente enfermo, pero no soportaba que hablara así de él... casi como si ya estuviese muerto– ... ¡No querrá ni oír hablar de que Celia vuelva a casa! Me asombra tu ingenuidad, niña. ¿Sabe tu madre que has venido?

La cara de Ana no pudo disimular la verdad.

–No, ya lo imaginaba.

–Eso no importa, no se negará a que Celia vuelva...

–No lo entiendes, Ana. Todo es justo al revés –aquello la tomó por sorpresa. La miró sin comprender–. Justo al revés, por lo que se ve, tú no sabes nada –la joven estaba muy tensa por el tono que estaba tomando la conversación–. Deberías mantenerte al margen. ¿Acaso no vas a volver a Madrid? Celia está mejor aquí.

–He venido por una semana –murmuró, asustada–. Sé que las cosas no andan bien por casa, pero será sólo por unos días...

–Ana, sabes bien que eso no va a pasar. No mientras tu madre siga siendo Margarita Clarín. No puedo creer que vayas a ser tan egoísta de exponer a Celia otra vez a...

–¡Ana!!

De pronto una chiquilla de largo cabello castaño cruzó el salón y se arrojó en sus brazos, estrechándose a ella entre risas alborotadas. Asunción miró la escena con preocupación, aunque no dijo nada más. Ana se levantó, abrazando fuertemente a Celia, y dio varias vueltas, besándola una y otra vez en la frente y en las mejillas arreboladas de felicidad. Luego la soltó y

cogiéndola de las manos la hizo dar una vuelta.

–¡Cómo has crecido!

Era cierto, al menos había crecido un palmo, y estaba preciosa con su vestido nuevo, a todas luces un caro regalo de su tía.

–¿Por qué no has venido a verme enseguida? –protestó la muchacha con los ojos, de un curioso color verde oscuro, muy brillantes–. ¡Te esperaba hace dos días!

–Lo sé, cariño, pero me ha sido imposible. ¡Bueno! ¡Pero ahora ya estoy aquí! ¡Cómo te he añorado Celia!

De nuevo se abrazaron, entre risas, hasta que su tía estiró una mano y obligó a la jovencita a sentarse. Celia obedeció, pero enseguida brotó de nuevo su natural entusiasmo.

–¿Y papá? –preguntó sin poder contenerse. Miró de soslayo a su tía, temerosa de recibir una reprimenda.

–Aún no le he visto...

–¿Por qué has bajado sin permiso? –las interrumpió su tía–. Ya sabes que en tus horas de estudio no te permito bajar al salón, Celia.

–Lo sé tía, pero es que al oír la voz de Ana...

–Bien, ya la has saludado. Ahora sube a tu habitación y sigue con lo que estabas haciendo.

–Pero tía... ¡Quiero estar un poco más con mi hermana!

–Otro día vendrá a verte, por la tarde, para que puedas estar con ella, pero ahora sé obediente y sube a estudiar, que Ana y yo tenemos que hablar.

Celia hizo un mohín, y lanzó a Ana una mirada de súplica que a ella no le pasó desapercibida. Se le encogió el corazón en el pecho... No había hecho oídos sordos a las palabras de su tía, y comprendía la verdad que había en ellas, pero ansiaba tanto pasar más tiempo con su hermana pequeña...

–Andando, ¡sube! –repitió Asunción severamente.

Iba a levantarse, cuando Ana la cogió de la mano, la atrajo hacia sí y la sentó en sus rodillas, rodeándola con los brazos en un ademán protector. No pensaba dejarla ir. Si no iba a llevársela, al menos pasaría un rato con ella.

–Quédate Celia –la besó en el cabello con ternura–. Quédate un ratito...

–¿Me voy contigo a casa?

Ana palideció. Miró de reojo a su tía, que esperaba su respuesta envuelta en una gran tensión.

–No Celia, sólo he venido a verte... –admitió al fin. Escuchó perfectamente el suspiro de alivio de Asunción.

Sus palabras hicieron que la chiquilla abriera los ojos desmesuradamente. Luego, consciente de que su tía las observaba, disimuló su congoja, aunque sin privarse de abrazarse al cuello de su hermana.

–Quiero ir contigo a casa, por favor Ana...

–No puede ser, cariño.

–Por favor, Ana, ¡quiero pasar estos días contigo! Papá me dijo que sólo te quedarías una semana, ¡y luego ya no volveré a verte!

Ese era exactamente el motivo por el que había ido a buscarla.

–Ni hablar de eso, Celia –intervino su tía para ayudar a su sobrina–. Te quedas aquí y no hay más que hablar.

–Pero quiero ir con Ana...

Algunas lágrimas se derramaron por su cara con forma de corazón, y Ana ya no pudo contenerse. No soportaba verla llorar. Se abrazó a ella con tanta fuerza, temblando, que al instante echó abajo los argumentos de su tía.

–Lo siento tía –la reacción de su hermana la había enternecido y Ana hablaba impulsada por un egoísmo al que no lograba sustraerse. No era capaz de renunciar a ella, nunca lo había sido–. Sé que usted sólo quiere lo mejor... Pero ya le he dicho que será sólo hasta que me vuelva a Madrid... Cuidaré de ella...

–Ah, ¿y yo no soy familia?

–Sí, claro que sí... Pero entiéndame... Me llevo a Celia, ya he hablado con mi padre para aclarar las cosas –se ocupó de recalcar la palabra «padre», para imbuir de autoridad su falso argumento. Sabía que su tía, pese a su terquedad, respetaba a José Miguel Murria como cabeza de familia, y que no se opondría a su decisión. También sabía que él no sería capaz de oponerse a que la chiquilla pasara unos días con ella en casa–, pero ahora mismo iremos a verle para que hable con usted. Celia, sube a por tus cosas...

La niña sonrió extasiada, en medio de sus lágrimas.

–No puedes venir así, sin más, y montar este numerito, Ana. ¿Qué te han enseñado en Madrid? Sabes que la niña estará de vuelta antes de que acabe la tarde, ¿o piensas que tu madre no tiene nada que decir?

–No, claro que no...

–Esperaremos entonces a ver qué ocurre, mientras tanto la niña se queda.

–Ana, por favor...

Celia no se lo estaba poniendo fácil. Cuando suplicaba así, era incapaz de negarle nada, ni a sí misma tampoco. Una voz en el fondo de su corazón clamaba para que razonara, asegurándole que se arrepentiría enseguida.

–Celia, haz lo que te digo.

La niña, que las miraba indecisa, al fin prefirió obedecer a su hermana. Se desprendió de su abrazo y salió del salón sin mirar atrás. La oyeron correr por el pasillo, mientras la doncella, que lo había oído todo, se apresuraba a seguirla, recriminándole sus modales. Ana y su tía permanecieron en hostil silencio, retándose la una a la otra en una batalla sin palabras que a la joven le costaba ganar. No estaba segura de que su tía fuera a dejarlas salir tan fácilmente, pero, ¿qué podía hacer para impedirlo?

Cuando regresó, la doncella la acompañaba, cargando con una pequeña maleta en la que había metido sus escasas pertenencias.

–Celia, ¿no quieres quedarte? –su tía dulcificó sus maneras para no amedrentarla, y alargó una mano huesuda hacia ella, al tiempo que esbozaba una sonrisa–. Sabes que aquí estarás muy bien, ¡tendrás todo lo que quieras!

–Lo sé, tía, pero hace mucho que no veo a Ana, prefiero estar con ella... Y echo de menos a papá...

Celia dijo aquello con la cabeza gacha, incapaz de enfrentarse a aquella mujer a la que tanto respeto le tenía. En cualquier otra situación no se habría atrevido a contradecirla, pero la presencia de Ana le insuflaba el valor necesario.

–Hay que ver... Qué desagradecida...

–No diga eso tía –protestó Ana–. Celia le está muy agradecida por todo, y seguro que querrá venir enseguida, en cuanto me haya ido, ¿no es verdad, Celia?

La pequeña asintió con la cabeza, aún sin apartar los ojos de la alfombra sobre la que se erguía temblorosa. Ana sabía que estaba mintiendo por ella. La rigidez con que Asunción Clarín gobernaba su casa y sus imposiciones morales, así como su inflexible carácter, a menudo excesivamente crítico con cuanto la rodeaba, superaban su capacidad para quererla libremente. Celia se sentía, tal y como Ana sospechaba, presa en una jaula de oro. No era que no le tuviera apego a su tía, que no apreciara los bonitos vestidos que le compraba, o sus esfuerzos por brindarle una buena

vida; sólo era que su manera de atraerse su cariño, aunque era sincera, se equivocaba en cuanto a la forma en que pretendía hacerlo.

–Veremos qué dice tu madre de todo esto –murmuró Asunción con aire preocupado.

Ana se levantó, decidida a acabar cuanto antes con tan incómoda situación. Su tía también se levantó. Parecía sorprendida de su comportamiento. No estaba acostumbrada a que su sobrina se obcecara tanto con algo, mucho menos a que fuese ella precisamente la que lo hiciera, y esa sorpresa era la ventaja que la joven iba a aprovechar, antes de que se sobrepusiera y su plan se viniera abajo.

–Vendremos a verla, tía, en cuanto hayamos aclarado las cosas en casa.

La besó en la mejilla, que estaba helada, y retrocedió para coger a su hermana de la mano, con firmeza.

–Estás cometiendo un error, Ana...

–Cuidaré de Celia, tía...

Asunción se irguió, algo pálida. Por sus ojos pasó un velo de inquietud que ella no supo ver.

–¿Ni siquiera vas a darme un beso, Celia? –protestó.

–Hasta pronto, tía.

–Cecilia, acompáñalas.

La niña se acercó, sin soltarse de la mano de su hermana, y la besó poniéndose de puntillas. Entonces salieron juntas del salón, acompañadas por la doncella. Ana recuperó su abrigo, el sombrero y el paraguas, y abandonaron la casa.

Permanecieron en silencio hasta que pisaron la calle, y sólo cuando la pesada puerta de hierro del portal se hubo cerrado con un fuerte golpe tras ellas, se atrevió la pequeña a dar muestras de la alegría inmensa que la embargaba. Abrazó a Ana de nuevo, riendo alborozada, y le dio las gracias mil veces, preguntando insistentemente si era cierto que podía volver a casa.

Ana se arrodilló a su lado y la cogió por los hombros, ajustando con delicadeza el cuello de su abrigo. Le explicó que ésa era desde luego su intención. Estaba el problema con su madre, pero por eso iban a ir a ver a José Miguel Murria al Hotel Continental.

El hotel, diseñado por José Goikoa en el año 1884, se alzaba al pie del paseo de la Concha de San Sebastián, y era, sin lugar a dudas, el más lujoso

de la ciudad. Su fachada, con sus balcones y ventanas contruidos al más puro estilo parisino, llamaba la atención, y su ubicación era inmejorable, con sus maravillosas vistas al mar. Desde sus habitaciones se podía admirar la belleza de la isla Santa Clara en medio de la bahía... ensalzada por el monte Urgull a su derecha y el monte Igueldo a su izquierda. Tenía aquel enclave privilegiado un aire romántico y señorial que atraía a toda clase de personajes de la aristocracia más exigente del momento. De hecho, en sus habitaciones habían dormido grandes personalidades, como la propia Reina Maria Cristina, madre de Alfonso XIII y Alcaldesa Honoraria de la ciudad desde 1929. Enamorada de su magia, se había convertido en su benefactora, trasladándose a ella cada verano con toda la Casa Real.

El Hotel contaba con un vestíbulo espectacular y un jardín maravilloso, con palmeras y plantas decorativas que podían admirar quienes pasearan por la calle Zubieta. Después de salir de la señorial casa de su tía, muy cerca de allí, Ana no pudo evitar asombrarse cuando lo vio. Ahora que iban a traspasar sus puertas para buscar a su padre, sentía una especial emoción, como si el suntuoso edificio coqueteara con ellas, pavoneándose con sus líneas elegantes y el modo en que la luz del sol del mediodía acariciaba su fachada principal.

–Ana...

Celia tiró de su mano, arrancándola de su ensoñación.

–¿No vamos a entrar?

Sonrió ante la impaciencia de la niña. Bajo el sol estaba radiante, y su cabello brillaba sedoso y ondulado, enmarcando un rostro redondo y fresco. Sólo entonces se percató de que no llovía, y de que lucía un día espléndido. Sorprendida, observó que el cielo estaba completamente despejado, no quedaba rastro de las densas nubes que habían estado descargando tanta agua desde primera hora y las aceras estaban casi secas. Había una gran actividad en el paseo. Ana se volvió hacia la playa y contempló el mar, que en aquel momento del día, repentinamente sereno, reflejaba un cielo tan azul... que parecía de cuento. Las olas rompían sin fuerza en la orilla, la marea estaba bajando, y la playa iba apareciendo al descubierto, extensa y dorada. Nunca se acordaba de lo mucho que le gustaba el paisaje que ahora contemplaba hasta que de nuevo se encontraba ante él, y en cada ocasión se decía que debía volver para pasar el día, y disfrutar de un paseo por esa arena fina, con los pies desnudos metidos en el agua... Antes no había podido hacerlo a

causa de la pleamar y de la lluvia y ahora... Así era San Sebastián, la ciudad cambiante; tan pronto caía una lluvia torrencial como asomaba el sol. Nunca se sabía qué tiempo iba a hacer.

La joven sonrió a Celia, más apaciguada. Había logrado sacarla de la casa de su tía, lo cual ya era todo un milagro. ¿Qué más sería capaz de hacer la nueva Ana Murria? Pensó en Corinna. Estaría orgullosa de ver cómo se enfrentaba a los problemas, sin duda.

La puerta principal del Hotel se abrió y salió un grupo de personas, hombres y mujeres vestidos con elegancia, que charlaban alegremente entre sí. Las muchachas aprovecharon ese momento para colarse dentro. Deslumbradas por el contraste de luz entre el exterior y el interior, tardaron un poco en distinguir con claridad el vestíbulo que les daba la bienvenida. Cuando sus ojos se adaptaron a las nuevas condiciones, el asombro las tuvo unos minutos paradas en medio de un impresionante espacio oval, con tres puertas simétricas que quedaban frente a ellas.

Ya no se acordaban de su esplendor. Ana no iba mal vestida, pero, aún así, sintió las miradas curiosas de los huéspedes que pasaban a su lado, personas adineradas que no podían evitar fijarse en la baja calidad de su abrigo aunque fuese muy bonito, en los puños cosidos de las mangas, o en los gastados que estaban sus zapatos... Al menos a ella le parecía que todos esos detalles brillaban como la luz de un faro en la oscuridad de la noche. Un novedoso ascensor que permitía acceder a las cuatro plantas del edificio se abrió, y de él salió precisamente la persona a la que buscaban.

José Miguel Murria.

Ana le miró directamente para asegurarse de que era él, el conserje para la mayoría de quienes le conocían, de elevada estatura, delgado y moreno, de aspecto pulcro y tímido... pero para ella era mucho más. Era su padre, un hombre maravilloso, cariñoso y lleno de generosidad. Su elegante uniforme le favorecía enormemente, incluso a pesar de su enfermedad. A sus cuarenta y dos años dominaba ocho idiomas, incluyendo el euskera, prohibido desde que los sublevados dominaran San Sebastián ya al inicio de la guerra. No habían vuelto a hablarlo en casa desde que detuvieran a un amigo suyo por hacerlo, acusado por un vecino que le había oído algunas palabras. Ana echaba de menos expresarse en su lengua, pero no se atrevía a decir una sola palabra. Además, su madre se oponía frontalmente. Siempre había odiado el euskera, y estaba convencida de que era muy capaz de

denunciarla si llegaba a escucharla...

José Miguel llevaba trabajando en el hotel desde los catorce años. Gracias a su facilidad para aprender otras lenguas, la regenta del hotel le había enviado a los dieciséis a Estrasburgo a estudiar. Había sido allí, durante su estancia en el país, donde había empezado a aprender otros idiomas. Gracias a eso conocía a la perfección no sólo la lengua oficial de ese país, sino seis más, entre las que se podía contar el italiano, el francés, el inglés o el portugués.

Se acercó a su padre con paso menos firme ahora que le tenía delante. ¿Qué haría cuando viera a Celia?

—¡Papá!

La niña se soltó de su mano y corrió hacia él. Le alcanzó cuando se disponía a dirigirse al fastuoso comedor con el que contaba el hotel, con capacidad para al menos ciento cincuenta comensales.

—¡Papá! —le sonrió entusiasmada, y se lanzó a sus brazos—. ¡Papá!

Él la recibió con sorpresa, pero luego se alegró y sonrió a su pequeña.

—¡Celia! ¿Qué haces aquí? ¿Has venido con tu tía?

Buscó a Asunción con la mirada, pero sólo encontró a Ana, cuyo semblante traslucía la inseguridad que embargaba su ánimo.

—Papá, te buscaba —musitó algo azorada. Todo su coraje parecía haberse desvanecido ahora que estaba con él. Las palabras de advertencia de su tía regresaron con fuerza a su conciencia—... ¿Podríamos pasar un rato contigo? —José Miguel la miró primero con sorpresa, y después con cierto recelo. Estudió su rostro, como si buscara en él una respuesta que en realidad ya adivinaba. Asomó a su gesto cierto aire de cautela y cansancio que apenó a su hija—. Por favor, no preguntes...

Se quedaron los dos un instante en medio del vestíbulo, frente a frente. Finalmente fue él el primero en reaccionar; cogió a Celia de la mano, y del brazo a Ana, con ternura y disimulo. Tiró de ellas para que le siguieran.

—Voy a tener que discutir con tu madre de nuevo, ¿verdad? —murmuró apenado.

Ana asintió mientras se dejaba guiar por él. A su lado se sentía a salvo, aunque no libre de su sentimiento de culpa. Se preguntó a donde pretendía llevarlas, hasta que les franqueó el paso a un lugar que resultó ser un hermoso invernadero. Entonces recordó que el Continental contaba con uno, famoso por su estructura de hierro, traída de París.

–Aquí nadie nos molestará –al escucharle, Ana tuvo que salir del estado de asombro que le provocaba la maravilla que estaba contemplando. Su padre, cuyo flamante uniforme cuadraba muy bien con el ambiente romántico de aquel rincón, la invitó a caminar, mientras sujetaba con una mano grande y cálida la de su pequeña Celia, la cual disfrutaba teniéndola entre las suyas. Estaba relajada y feliz. Siempre era así con su padre–. Dime Ana, ¿qué ha pasado?

–Nada que no sepas en realidad...

Su padre la besó en el cabello y suspiró. Le dolía ver que sus hijas sufrían a causa de su mujer.

–He ido a buscar a Celia a casa de la tía Asunción, aunque ya sé que fuiste tú quien decidió que se quedara con ella... Papá, ¿no puedes decir que no podemos tener a Celia mientras yo esté aquí! ¿Me apoyarás, verdad? Ahora que ya estoy en casa, todo se arreglará. En realidad tú también echas de menos a Celia, y después volverá con la tía...

–Al principio pensaba así, pero ahora... Sé que crees que haces lo mejor para tu hermana, pero con tu tía está mucho mejor, eso tendrás que reconocerlo.

–Ya lo sé...

–¡Pero papá! Yo quiero estar con Ana –protestó Celia–. Yo quiero estar en casa, ¡con vosotros!

–La última vez no decías eso, Celia –la reprendió José Miguel. Se detuvo y se agachó a su lado, mientras Ana le escuchaba atónita–. ¿Recuerdas que estabas frenética por marcharte?

Celia enrojeció, y no contestó. Fruncía el ceño, conteniendo toda la rabia que llevaba dentro al recordar algún episodio del que Ana no sabía nada.

–¿De qué hablas papá?

–Cuando dije que la llevaba con vuestra tía, tu hermana estuvo de acuerdo, ¿no es así Celia? Te pareció bien...

–¡Porque Isabel no estaba! Ni Ana tampoco...

Ahora lloraba. Las lágrimas corrían por sus mejillas y respiraba entrecortadamente. José Miguel le contó a su hija mayor que una noche, al volver del trabajo, se había encontrado a Margarita y a Celia discutiendo a gritos. Según Margarita, la niña estaba histérica, sin duda influenciada por el mal carácter de Isabel y por su ausencia. Había gritado, furiosa, que estaba

harta de cargar con todo, y que no podía más. Había encontrado a Celia en un estado de histeria alarmante, tan triste y nerviosa que se había asustado... Por eso había tenido que hablar con Asunción para que dejara a Celia vivir con ella.

–Pensé que no le vendría mal cambiar de aires. Quise razonar con tu madre, pero ya sabes cómo es... Pensé que era mejor para la niña, viendo lo mal que lo está pasando desde que Isabel se ha ido... Y Celia me suplicó que me la llevara, no quería estar cerca de su madre.

Ana miró a su hermana. Sospechaba que la historia, como siempre, debía de ser algo más complicada de como la había contado su padre.

–Papá, no me lo contaste así cuando te pregunté...

–No quería entristecerte nada más llegar de Madrid –José Miguel se puso en pie, y siguieron caminando–. Además, mírame Ana, no sé cuánto más podré seguir trabajando, y sin la ayuda de tu hermana Isabel... Ahora mismo me parece la decisión más sensata...

–No digas eso, papá.

–Si Isabel no vuelve no habrá más remedio.

–Yo podría trabajar –dijo Ana sin pensar–. Me despediré de los Kauffman... –de pronto fue consciente de lo que estaba diciendo, y una oleada de tristeza y miedo invadió su espíritu.

–A tu madre no le gusta que no sea yo el que sostenga la familia, ya lo sabes...

–¿Por qué te casaste con ella?

Ana se detuvo y le encaró con vehemencia.

–Ya te lo he contado muchas veces.

–Puedes volver a explicármelo, sigo sin entenderlo. Sois tan... distintos...

Por supuesto Ana ya conocía la historia. La había conocido en el Hotel, al poco de apoderarse de la ciudad los sublevados durante el estallido de la guerra civil. Margarita llegó huyendo, acompañada de los alemanes para los que trabajaba en aquel entonces. A Ana le resultaba curioso que su madre, como ella, también hubiese ido a Madrid para trabajar en casa de una familia alemana... Ellos buscaban salir del país cuanto antes, y pasaron en el Continental dos noches. Su madre era muy hermosa, Ana lo sabía.

–Me... deslumbró –José Miguel sonrió, perdido en sus recuerdos–... Nos enamoramos, compartimos una noche... Una sola noche...

–...y se quedó embarazada. Te casaste porque era lo que tenías que hacer...

–Me casé porque la amaba.

–Ella no te quiere, papá. Mamá no quiere a nadie.

–No digas eso –la reprendió con tristeza.

Ana apretó los labios para no decir nada más desagradable. Ya habían mantenido aquella conversación muchas veces, y no tenía sentido insistir sobre el tema, cuando estaba claro que su padre seguía queriendo a su mujer. Siempre la amaría, a pesar de todo. Resultaba irritante que le tuviera tan engañado. Caminaron juntos, ahora en silencio.

Era todo tan complicado y extraño... Le miró, y de nuevo las profundas ojeras que sombreaban su mirada le llamaron la atención. Había envejecido, y sólo deseaba hacerle feliz.

–Celia, ¿estás segura de que prefieres venirte a casa? –le preguntó José Miguel a su hija–. Accediste a ir con tu tía, ¿recuerdas? ¡Estabas muy contenta! ¿Por qué ese cambio de opinión?

–Pero papá, si sólo es hasta que Ana se vaya... Ahora que ha vuelto... Apenas la veré si me quedo con la tía...

–Siempre puede volver con ella –añadió Ana–, si hace falta, claro. La tía no se negará.

–Pero tu madre no volverá a acceder a que se vaya una segunda vez, Ana. Ya me costó un triunfo que cediera la primera.

–Si te impones te hará caso...

José Miguel meneó la cabeza, nada convencido de sus palabras. Pero no se negó. Entonces Ana se dio cuenta de que aún existía un inconveniente: tenían que regresar a casa para comer, y su padre no podía acompañarlas, lo que significaba que iba a tener que arreglárselas sola con Margarita hasta la noche. Semejante perspectiva la asustó. Suplicó a su padre que fuera a ver a su tía antes de volver a casa. Necesitaba que la convenciera de que no fuera a ver a su madre. Así evitarían que tuvieran un enfrentamiento con ella por causa de Celia. Por fortuna, a José Miguel le pareció lógico.

–Plantearé la cuestión como si hubiese sido cosa mía, y esperemos que surta efecto...

Ana no sabía si, conociendo la testarudez de su tía, una visita de su padre serviría, pero no había otro remedio y no estaba dispuesta a renunciar a tener a Celia a su lado, así que se alegró inmensamente de que aceptara la

sugerencia tan pronto.

—...y ahora, olvidémonos por un rato de ese asunto. Cuéntame cosas de ti Ana...

A continuación pasearon por aquel delicioso invernadero. Al apartar el delicado asunto de la conversación, lograron aliviar la presión que habían sentido, al menos por un buen rato. Ana compartió con su padre y su hermana muchas confidencias inofensivas, y se divirtieron bastante con sus anécdotas de Madrid. Hablaron sobre su primer mes en la capital, y sobre todo de la señora Kauffman, cuyo recuerdo la hizo resplandecer mientras hablaba.

Evitó hablarle por el momento del piso de su hermana, o de su mal encuentro. Seguro que se daban otras ocasiones más propicias para hacerlo. Además, estaba Celia delante.

Al cabo de media hora, José Miguel las llevó de vuelta al vestíbulo, donde pidió permiso para salir una hora antes, tal y como les había prometido. Ana sonreía. Le abrazó, pues ya sabía que no podían entretenerle mucho más. No se arrepentía de aquel lapso robado al Continental. Se despidieron con un beso.

Regresaron a casa, eso sí, caminando muy despacio. Necesitaban alargar el trayecto y aplazar también el encuentro con su madre. Porque no sabían cómo reaccionaría en cuanto viera a Celia.

Ana sabía que, si no tenía cuidado, leería en su mirada todos sus secretos, y la sometería a un interrogatorio despiadado, sin otro objeto que despojarla de ellos para ser su dueña y manejarlos a su antojo.

Desde luego el resto de la tarde no se presentaba tranquila, sino más bien tensa y larga.

Cuando José Miguel acudió a la casa de su cuñada, la encontró de mal humor, y ofuscada con su sobrina Ana. Parecía haber estado esperándole, segura de que no tardaría en ir a verla. Le recibió en el salón, de pie junto al ventanal que daba a la bahía. Tenía una excelente vista del mar, con la isla Santa Clara ocupando un lugar privilegiado en aquel paisaje de finales de marzo.

–Siéntate José Miguel –le saludó sin volverse, con la mirada fija en la bahía, en el paseo de la Concha y en las olas, que batían suavemente sobre la playa–. Estarás cansado y hambriento. Enseguida nos traerán la comida.

–No voy a quedarme –protestó él, que siempre comía en el Hotel.

–Ni hablar, te quedarás, ¿o te crees que no sé el hambre que pasas? Entre tu miserable sueldo, la poca comida que te sirve esa arpía de mi hermana, que es tu mujer y una agarrada, que os va a matar de hambre, no durarás mucho, no.

José Miguel soltó un suspiro. No iba a ser él quien la contradijera en todo lo que había dicho. Se sentó pesadamente en una butaca y esperó, sin muchos deseos de iniciar la conversación que había ido a sostener con ella. Se sentía cansado, muy cansado, y preocupado. Se frotó el puente de la nariz, un gesto muy suyo cuando algo le inquietaba, y estuvo meditando unos instantes sobre cuál sería la mejor manera de abordar el asunto. El caso era que no estaba muy conforme con lo que iba a decir, porque en realidad él hubiera preferido que Celia se quedara con su cuñada, pero al ver la ilusión

de la chiquilla por estar con su hermana, no había sido capaz de negarse. Además, la echaba mucho de menos. Aunque sabía que eso era muy egoísta.

—¿A qué ha venido todo este circo que ha armado tu hija y mi sobrina? —inquirió al cabo Asunción, reuniéndose con él en una butaca contigua. Sus ropas austeras destacaban su piel pálida, muy distinta de la de su hermana Margarita, que podía ponerse muy morena, hasta parecer una gitana—. La verdad, no esperaba que pasara esto. Después de lo que nos costó que Celia se quedara...

—Echa de menos a sus hermanas —se excusó él—. Isabel no está... y bueno, Ana acaba de llegar, y hacía tanto que no se veían... No he sido capaz de oponerme. Hacía mucho que no veía a mi hija pequeña tan ilusionada, Asunción.

—Tú hace mucho que no eres capaz de oponerte a nada —le espetó ella con severidad. Sus ojos oscuros se fijaron en él, primero con desaprobación, y luego, poco a poco, con lástima—. Estás muy demacrado, mucho más delgado que la última vez, y sólo ha pasado una semana.

—Estoy bien, estoy bien... No hablemos de mí, centrémonos en Celia, si te parece bien.

—Pero es que lo que le pase a Celia también tiene que ver contigo, José Miguel —protestó ella. Una criada entró y a una señal suya empezó a servir la mesa del comedor, que ocupaba un lateral del salón, cerca del ventanal en el que había estado contemplando la vista—. Porque si tú faltas, no sé qué va a ser de ella, la verdad. ¿Lo has pensado?

José Miguel no hacía otra cosa. Apenas dormía dándole vueltas a esas cosas, pensamientos tan tristes y oscuros que amenazaban con llevarse su cordura y su vida antes de tiempo. Asintió lentamente, con los ojos clavados en la alfombra sobre la que apoyaba sus grandes zapatos negros. Su estómago rugió delator, y Asunción sonrió apenada.

—Me estoy volviendo loco, Asunción. Tu hermana es ya una desconocida para mí. Se ha vuelto tan fría... Me desprecia porque no puedo darle lo que ansía. Ella te envidia, lo sé... y estoy seguro de que prefiere verme muerto —su cuñada le escuchaba con gravedad. De pronto puso una mano sobre las de él, una mano de consuelo, tibia y ligera—... Apenas estoy en casa, pero me basta con ver las caras de mis hijas para saber que están viviendo un infierno con ella. Y no tengo fuerzas... no puedo hacer nada, y cuando lo intento, y me enfrento a ella, siento que mis fuerzas menguan y que

estoy un paso más cerca de la tumba.

–Sé lo que es lidiar con mi hermana, y sí, estoy de acuerdo, cada vez es peor.

–No te lo imaginas. No deja de protestar por todo, todo la incomoda, todo es poco, nada sirve. Se erige en jueza y nos castiga con su desprecio, y si sólo fuera conmigo, aún podría soportarlo, pero es que mis hijas... Isabel se ha ido –de pronto se le escaparon las lágrimas, como si hubiera estado conteniendo un enorme dolor y ahora se hubiese roto un dique. Se avergonzó, y se limpió las lágrimas, sin ver la compasión con que Asunción le escuchaba–... Se ha ido porque no la soportaba, y no creo que vuelva jamás, y eso me atormenta, porque la culpa que siento por no poder poner fin a todo esto, es tan grande...

Asunción dudó, callando algo que José Miguel no sabía.

–Margarita me ha dicho que se ha largado con un novio a Francia... – tanteó.

–Bah –bufó José Miguel, brillantes los ojos por la ofensa–... Eso no es cierto, sólo es más veneno de mi mujer. Isabel se ha ido porque la ha estado atosigando tanto que hasta el aire se había vuelto irrespirable para ella... ¿No te ha escrito por casualidad?

–No sé nada de ella...

–No va a volver...

–Pues no lo entiendo, José Miguel. ¿Por qué dejas que Ana se lleve a la niña?

Él extendió las manos, como sin saber muy bien por qué, y apretó los labios en un gesto de disculpa.

–Quieren estar juntas, y es lógico... Sólo mientras Ana esté aquí, no he podido negarme...

–Ana hace dos años que no está en casa –le reprendió Asunción–, y no sabe cómo están las cosas, pero lo sabrá. Ella cree que es mejor tener cerca a Celia, y lo entiendo, pero cuando compruebe a lo que la expone, querrá traerla. Lo que me enfada es que tú precisamente hayas cedido en esto, José Miguel.

El pobre hombre asintió cabizbajo. La criada había terminado de servir y empezó a llevar a la mesa la comida, que sirvió generosamente en los platos, para él y para Asunción. Un delicioso aroma se extendió por el salón, despertando los instintos dormidos de él, que hacía tiempo que no comía de

fundamento.

–Ven, siéntate y haz el favor de comer...

Se sentaron a la mesa y empezaron con el primer plato, al principio en silencio, mientras el sol entraba suavemente a través de los cristales. El cielo azul envolvía la bahía como un manto luminoso que transformaba la isla y el mar en un cuadro trazado con delicadas pinceladas. Mientras José Miguel saboreaba la sopa, coloreadas sus pálidas mejillas, Asunción estuvo un rato meditando. Al fin se dirigió de nuevo a él.

–Me preocupa lo que pueda suceder cuando ya no estés. Me preocupa, y mucho. No ya por ti, que lo lamentaré, sino por tus hijas, que son mis sobrinas.

–No dejo de pensar en eso –se lamentó él mientras se limpiaba con una servilleta–. Temo el día en que la muerte me lleve, porque estarán solas y... creo, estoy convencido, de que ya nada frenará a tu hermana.

Asunción asintió con gravedad.

–Está bien –dijo al fin–, deja que Celia se quede contigo, pero en cuanto se dé la ocasión, la traes de vuelta. ¿Lo prometes?

–Así lo haré –aseguró él.

–De todos modos, mi hermana no querrá que la traigas. Se puso hecha un basilisco, ¿lo has olvidado?

–No –su rostro se contrajo, atormentado ante la perspectiva de tener una nueva discusión aquella noche–... Sé que Margarita quiere a Celia en casa, pero sabré convencerla.

–No discutas con ella, tráela y punto. Es absurdo –farfulló con disgusto–. Exponer a la pobre Celia a una escena por el capricho de Ana...

–No la culpes, ella sólo quiere tener a Celia cerca, yo lo entiendo.

–¡Pues que se venga aquí también!

–Pero la necesito... ¡La necesito en casa, para que me ayude a encontrar a Isabel!

–¡Lo puede hacer desde aquí!

–No... No lo entiendes...

Asunción abrió mucho los ojos, asombrada ante el modo en que José Miguel se derrumbaba, avergonzado, lleno de una tristeza profunda e inenarrable. Entonces lo comprendió.

–Tienes miedo... ¿a quedarte solo con mi hermana...? ¿Es eso? –al ver que él no lo negaba, dejó caer los hombros, aturdida. Durante unos

minutos el sonido de las criadas afanadas en sus labores en el resto de las estancias de la casa, fue el único ruido que se escuchó alrededor. Luego Asunción retomó la palabra, aunque le salió una voz ronca por la emoción—. Ay, José Miguel... ¿Qué te ha hecho...? Qué os ha hecho...

Entonces se levantó y le abrazó, un abrazo de consuelo infinito, y él se dejó llevar, necesitado de comprensión, porque se le escapaba la vida y sentía que estaba dejando un reguero de culpas tras él. Se sentía incapaz de hacer frente a lo que tenía en casa.

—Dime qué voy a hacer, Asunción —sollozó amargamente—. Dime qué voy a hacer... Cuando yo falte... Prométeme que cuidarás de mis niñas, prométeme que lo harás...

—Por supuesto que lo haré. Te prometo que las traeré aquí conmigo.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. Se ponga como se ponga mi hermana.

Después de aquello José Miguel se calmó, y pudieron terminar de comer, esta vez en silencio, disfrutando de su mutua compañía, de la complicidad que se había establecido entre los dos compartiendo un secreto, una culpa, y un dolor.

Cuando se marchó, de regreso al Hotel, lo hizo aliviado y esperanzado, porque al menos sus hijas contaban con su tía. Estaba seguro de que las protegería con dedicación, por encima de su propia sangre, su hermana.

A pesar del sol espléndido que lucía sobre la ciudad, Ana y Celia iban arrebuajadas en sus abrigos, pues la brisa llegaba del norte, muy fresca, y revolvía sus cabellos, desordenándolos en torno a sus rostros juveniles. Ana sostenía su paraguas bajo el brazo. Notaba las mejillas encendidas y un leve temblor en las rodillas. Realmente temía llegar a la villa familiar, y se anticipaba a lo que ocurriría en cuanto cruzase la puerta de la casa. Era tarde para echarse atrás, ahora que había armado semejante revuelo, obligando a su padre a salir antes del trabajo para deshacer el entuerto con su tía, pero lo cierto era que ya se estaba arrepintiendo de su impulsivo comportamiento. Angustiada ante semejante perspectiva, empezó a planear cómo eludir a su madre. Iba a tener que apechugar. Al menos debía intentarlo.

Si entraban por la parte trasera, a través de la puerta de la cocina que daba al jardín que rodeaba la villa, tal vez pudieran escapar a su vigilante presencia. Miró el reloj, pero era la una menos cuarto, lo que significaba que Margarita estaría en aquellos momentos preparando la comida... Iban a tener que espiarla por la ventana y esperar a que saliera para entrar y correr a encerrarse en su cuarto, donde permanecerían hasta que oyeran llegar a su padre.

En ese instante su estómago le recordó que llevaban muchas horas sin probar bocado; rugió retorciéndose de hambre cuando se dio cuenta de que si seguía aquel plan iban a tener que aguantar el resto del día sin llevarse nada a la boca. La idea le resultó dolorosa, y no podía tener a Celia sin comer... Para empeorar las cosas, justo en aquel momento vio de soslayo una atractiva

tienda de ultramarinos, y no fue capaz de pasar de largo; se detuvieron en el escaparate, y se quedaron mirando la comida expuesta en la vitrina. Se les hacía la boca agua... ¿Podría salir de su cuarto a hurtadillas, y bajar a la cocina para coger algo sin que su madre la descubriera? ¿Serían capaces de pasar toda la tarde encerradas sin que percibiera su presencia? Imposible. Le tenía tanto miedo que le otorgaba poderes sobrenaturales, como la clarividencia o la percepción extrasensorial. Isabel siempre se había reído de ella por eso. Sonrió al recordar lo que solía susurrarle al oído, en su habitual tono socarrón: «*Escucha, cabeza de chorlito... Doña Margarita, tu madre y la mía, puede ser muchas cosas, pero no hay nada de sobrenatural en ella*».

Se esforzó por retener esas palabras en la cabeza, lo cual la ayudó a apartarse del escaparate y a continuar adelante con mayor decisión. Según se alejaban, se fue convenciendo de que no podía seguir escondiéndose, permitiendo que el miedo la dominara de semejante forma. De algo tenían que haberle servido aquellos dos años en Madrid, para hacerse más fuerte. Además, tenía la ventaja de que su padre ya habría arreglado aquel asunto con su tía. Y si al final se había arriesgado a sacar a Celia de la casa de su tía, tenía que ser consecuente y demostrar valor. ¿Cómo se había atrevido a hacer algo así si ella misma estaba angustiada por lo que podía encontrar en casa?

Sin duda, se dijo, era muy capaz de entrar en casa y comer con su madre con total normalidad; sin duda podía superar sus maneras, y salir triunfal del lance hasta que su padre llegara. Sí, pero... ¿qué haría al ver a Celia? ¿Se enfurecería? Con ella nunca se sabía...

—Qué he hecho... —murmuró para sí.

Celia la miró con sus ojos verdes. Sabía perfectamente qué clase de dudas la atormentaban, y quiso infundirle confianza apretando su mano con cariño. Parecía mentira, pero la chiquilla era muy consciente de lo que podía pasar, y aun así escogía quedarse con ella. Ana le devolvió el apretón y procuró sonreír.

A pesar de todo dudaba.

Al llegar a la villa, antes de atravesar la verja de entrada, tomó aire y se armó de valor. «...*los monstruos siempre se hacen fuertes en nuestra imaginación, pero se desmoronan cuando los enfrentamos en la realidad*», murmuró para sí mientras paseaba la mirada por la vieja fachada de piedra.

Adoraba aquel edificio, su planta señorial, su aire de cuento, encaramado en aquel promontorio caprichoso en medio de San Sebastián. Era

su madre la que lograba que no quisiera regresar a él; lo contaminaba todo con su retorcida forma de ser, y la mantenía alejada de su hogar, de su ciudad, de su padre, de sus hermanas... de todo cuanto le importaba. Repitió varias veces aquella frase acerca de los monstruos, otra ingeniosa idea de Isabel que conservaba en su inventario de recursos como un amuleto, y que siempre le había recitado cuando sus temores eran demasiado grandes.

Cuando al fin entraron en la casa, encontraron a Margarita afanada en los fogones. Ana notó como se tensaba al percibir la presencia de Celia en la cocina, incluso estando de espaldas. Detectó aquella manera suya de mirar de reojo, por debajo de las pestañas, ladeando la cabeza de forma casi imperceptible, sin girarse, y eso la inquietó. Aquel era un gesto que solía hacer cuando maquinaba algo. Se preparó para aguantar cualquier cosa. Así era la relación entre madre e hijas, una constante lucha de voluntades, un tira y afloja cargado de veneno. Qué razón tenía su tía... Margarita siempre atacaba, y ellas se defendían como podían. En esa batalla, Ana se esforzaba por soportar sus embates, pero ella siempre encontraba el modo de burlar sus defensas. Resultaba agotador.

—¿Dónde estabas? Te esperaba para que me echaras una mano en casa.

Ya estaba... No era lo que había dicho, sino su tono, amargo y duro. Ana sintió cómo se sacudía todo su organismo, reaccionando al estímulo casi instantáneamente, como un resorte listo para saltar. Celia también reaccionó. Al instante silenció su respiración y el ambiente se volvió gélido. Siempre sucedía igual: cuando se iniciaba una discusión, primero llegaba el miedo, la calma... luego la furia... y por último la tristeza y el descenso a los infiernos.

Ana se contuvo, quería permanecer tranquila... Por una vez, se dijo, se esforzaría por no responder a sus pullas, aunque ya hervía, anticipándose a la disputa que se avecinaba si no se controlaba. La mejor respuesta era una pregunta. Fue Celia la que la sacó del atolladero.

—¿Cuánto vas a quedarte, Ana? —preguntó con timidez.

—No lo sé cariño, unos días...

La pequeña sonrió satisfecha, aunque miraba a su madre de reojo. Celia era muy morena, como Ana, pero tenía el cabello más claro y unos ojos que cambiaban, según la luz del día, del avellana al verde más profundo, el color del musgo, o el de un bosque antiguo.

—¿Qué hace aquí la niña? —quiso saber su madre.

–Huele bien, ¿qué está cocinando?

Ahora sí, Margarita se giró para encararla. Ana no la miró, como hubiera hecho otras veces, se limitó a coger el mantel de un cajón, para cubrir la mesa y poner los platos y los cubiertos, fingiendo una serenidad que estaba muy lejos de sentir. Le temblaba todo el cuerpo y tenía las mejillas encendidas. Ordenó con un gesto a su hermana que se sentara a la mesa. Tenían que evitar por todos los medios una discusión.

–Ya no te necesito Ana, no hace falta que pongas la mesa.

Ella hizo caso omiso y continuó haciéndolo. Sabía bien que era lo que tenía que hacer.

–¿A qué hora llega papá? –su padre nunca comía en casa, pero necesitaba desviar las incisivas preguntas de su madre.

–No viene a comer. Lo sabes de sobra.

Ana puso tres platos. Sólo de pensar que comerían frente a frente, se sintió desfallecer. Se dio cuenta, en ese mismo instante, que no era más fuerte, que no podía superar a su madre... Vio venir la ola, arrolladora, dispuesta a engullirla. Tragó saliva y fue a por los vasos, pero Margarita la agarró bruscamente por la muñeca, y la obligó a mirarla.

–Te he hecho una pregunta, ¿qué hace aquí la niña?

No había escapatoria. La férrea mano de su madre incluso le hacía daño. Ana se soltó, y se frotó la muñeca dolorida.

–Celia se queda aquí estos días. ¿No se alegra, madre?

–Iba a quedarse con su tía. Ya se ocupó ella de decir que aquí no pinta nada, ¡y mira por dónde! Ahora me parece que es verdad... ¿Quién te crees que eres para traerla de vuelta?

¡Jesús! Ni siquiera se molestaba en disimular delante de la pequeña. El desprecio que destilaba su voz era demoledor.

–No tengo por qué aguantar esto...

–Oh, pero sí tienes por qué –Margarita la fulminó con la mirada–. Mientras estés bajo este techo obedeces, y si no, ya puedes largarte con tu hermana Isabel. Total, para la ayuda que sois... ¡Las dos igual de desvergonzadas!

–La verdad, no esperaba que las cosas hubieran mejorado mucho por aquí –se defendió Ana, incapaz de mantener el control con el que se había propuesto conducir la conversación–... Pero si ni siquiera se ha alegrado de verme...

–Te recibo como mereces, descastada.

–¿descastada...

–Dos años sin venir a vernos, sin hacernos llegar nada mientras has estado viviendo como una reina, desagradecida, ¡con tu padre enfermo!

Ana la miró de hito en hito. Destilaba tanto odio... Recordaba perfectamente que había ofrecido más de una vez enviarles el dinero que ganaba.

–¡Nunca ha querido que le mandara nada! ¿Por qué me lo reprocha ahora?

–¡Haberlo mandado y punto! ¡No vale con decir las cosas con la boca pequeña! Pero ya sabemos cómo eres de egoísta. Siempre has sido igual. ¡Primero tú, luego tú, y después tú! ¿Y tu padre? ¿Y Celia? Por Dios, ¡si ni siquiera te has molestado en venir a vernos! ¡Ni una vez! ¡Hipócrita! Ofreciendo dinero con la boca pequeña... ¡Vergüenza debería darte!

A Ana le dolían los oídos, y el corazón. Iba a protestar, ansiaba gritar, responder a los reproches con la verdad en la mano... a la cólera con cólera, deseaba dejarse llevar... pero se contuvo a tiempo. Se daba cuenta de que estaba enzarzándose en otra discusión que no podía ganar; se estaba dejando llevar por la furia y la impotencia. Además, estaba Celia delante. La pobrecita asistía a aquella refriega muda y pálida. No era la primera vez, pero siempre se asustaba. Y acababa de volver... Ya estaba llorando en silencio...

Ana se volvió con los labios apretados. Temblaba de rabia... cogió los vasos y los puso sobre la mesa, sin golpearlos como todo su ser le pedía que hiciera. Se repitió que aquel era su juego, una forma retorcida y cruel de hacer daño, originar una discusión, elevar la voz, acabar a gritos... Al fin recordó que su padre ya habría hablado con su tía. Se había puesto tan nerviosa que lo había olvidado... Esperaba que aquello zanjara la cuestión.

–No se moleste madre. Ha sido decisión de mi padre traer a Celia. Se quedará unos días, mientras yo no vuelva a Madrid...

Ana se arrepentía definitivamente de su decisión. Se daba cuenta de que Celia iba a sufrir por estar a su lado, como su tía había vaticinado.

Margarita sonrió. Tenía una boca bonita, pero su sonrisa era la de un animal despiadado, sin humor, sin felicidad, era amenazante, escéptica y muy despectiva. A Ana se le clavó en el alma. No iba a soportar comer con ella. Su madre la había escuchado, pero se guardó de comentar nada al respecto. Era imposible saber qué estaba pensando.

–Siéntate, hay lentejas.

Su orden la paralizó. Como si una mano invisible la empujara, se sentó a la mesa, sirvió agua en los vasos para ella y para su hermana, y esperó a que su madre sirviera en los platos. Miró a Celia y trató de sonreír, pero no podía. Estaba por cogerla y llevarla directamente de vuelta a casa de su tía... Aquello era un infierno, y ella se había equivocado. Absolutamente. La casa de Asunción, en comparación, era el paraíso. Cogió a Celia de la mano y fue a levantarse para reparar su error, pero su madre la detuvo con su voz hiriente.

–¿A dónde os creéis que vais? ¡Sentaos!

Ana obedeció y soltó a su hermana. Le temblaba el pulso a causa de la carga emocional que estaba soportando. Guardó silencio, mientras procuraba recuperarse.

Cuando tuvo su plato delante, humeante, aunque con una escasa ración, su estómago se encogió dolorosamente. Miró las lentejas, hambrienta. Flotaban en un caldo insípido en el cual era fácil distinguir los inevitables gorgojos, que siempre escapaban a los concienzudos lavados con que Margarita limpiaba las legumbres antes de echarlas a la olla, sin aderezos, tal cual. Ana las revolvió con la cuchara y apartó algunos. No los soportaba, pero era imposible librarse de comérselos. Además, estaban las piedrecitas con que el tendero trampeaba las raciones que entregaba a sus clientes para que pesaran más... Era fácil estropearse alguna muela al morderlas.

Antes de que su madre dijera algo, empezó a comer, al principio con cuidado, después con afán. Su hermana la imitó, silenciosa y encogida, seguramente para hacerse más pequeña y que Margarita no se fijara en ella. Ana lamentaba que no hubiese nada más en la mesa, pero así estaban los españoles, pasando penurias y aguzando el ingenio para llenar la despensa. Con la dictadura habían llegado las colas del hambre. La señora Kauffman siempre había creído que cuando los nazis fueran vencidos por los aliados, éstos se volverían contra el caudillo, liberando a los españoles de su yugo para que pudieran volver a vivir bajo la bandera republicana. Ahora sabían que se había equivocado.

Su madre puso un trozo de pan sobre la mesa. La joven lo miró... pensando en guardarse un pedazo, para cuando no pudieran permitirse comprarlo, que sería en cuanto hubieran pasado quince días y el sueldo de su padre se hubiera esfumado en liquidar sus deudas con las tenderas...

–Qué pasa, ¿no te gustan? –Margarita la había sorprendido con la cuchara suspendida sobre el plato. Se había quedado absorta, pensando en las veces que se habían quedado sin comer–. Menuda señoritinga nos ha salido. ¿Se come mejor en casa de los señores marqueses? Pues ya puedes hacerte a la idea de que aquí no hay más. Con lo que gana el inútil de tu padre no llega, la descarada de tu hermana se larga... ¿y se supone que tenemos que cargar contigo? Mejor harías en volverte a Madrid. Aquí sólo eres un estorbo.

–No se preocupe madre, no tendrá que verme mucho tiempo –aquello probablemente no iba a ser cierto, pero no tenía ganas de echar más leña al fuego–. Con suerte antes de que me vaya Isabel habrá vuelto.

–Esa desvergonzada no va a volver, que te quede claro.

–No te vayas... –protestó Celia, aunque en voz tan baja que Margarita no la oyó.

–Isabel volverá.

–¡Ah sí? –Margarita la miró con reprobación, y algo más, indefinible–. Pues no creas que entre tanto vas a estar aquí de gorra muchacha. Ya puedes espabilar o te buscas otro techo donde dormir. Aquí no te quiero holgazaneando... Y en cuanto a Celia, no creas que se va a volver con su tía cuando tú te vayas... ¡Ah, no! No vais a volver a hacer lo que os venga en gana, la quiero aquí, ¡y se acabó!

Ana terminó de comer y cuando su hermana y su madre acabaron, se levantó furiosa, recogió los platos y los llevó al fregadero para lavarlos. El agua corriente salía sucia. Mientras frotaba los restos de comida, poniendo en la tarea toda la rabia que le hervía por dentro, ella siguió soltando veneno a su espalda, pero ya no la escuchaba. Se concentró en aquella labor precisamente para aislarse, antes de que su inquina le hiciera demasiada mella. Ansiaba salir de allí, alejarse de ella... Volver a Madrid.

Pensó en Corinna. La echaba terriblemente de menos, y en aquellos momentos lo hubiera dado todo por tenerla cerca. Cabía la posibilidad de que no volviera a verla si... Apartó esa idea. Se negaba a pensar seriamente en eso. La añoraba tanto, sus juiciosas palabras, sus consejos, su fuerza y su apoyo constante... Le resultaba demasiado doloroso.

Cuando terminó, se afanó en retirar el mantel y el resto de las cosas de la mesa, para dejarlo todo recogido. Lo hacía muy nerviosa, presa del enojo, como si un puño de hierro doblgara su voluntad, que se retorció rebelándose. Cuanto más se resistía, más frenética lo hacía todo. Ese puño de

hierro era el poder que su madre ejercía sobre su voluntad. Lo sentía atenazando su mente, guiando sus manos, como si fuera la muñeca de un titiritero... Estaba a punto de echarse a llorar. Celia la miraba muy seria, quieta en su silla, sin atreverse ni a respirar.

–...espero que no lo olvides –estaba diciendo su madre–... Si has conseguido ese puesto en Madrid es gracias a mí. ¿Quién te enseñó a coser, grandísima desagradecida?

–Es verdad –Ana la encaró de pronto, sin poder contenerse–. Siempre le estaré agradecida por eso, madre. Cada día que paso allí lo tengo bien presente, se lo aseguro.

Dicho esto, cogió a su hermana y se lanzó a la calle dispuesta a alejarse lo más posible de la casa, de ella. Cerró la verja a su espalda y bajó la cuesta rápidamente. Celia apenas podía seguir su paso, y daba saltitos a su lado, tratando de ponerse a su altura. No se atrevía a decir nada.

Ana estaba furiosa. ¿Qué le impedía coger el primer tren de regreso a Madrid? Deseó ser tan egoísta como su madre aseguraba que era... pero no podía hacer eso. Estaba aquella criatura, a la que adoraba. Entonces se dio cuenta de que iba demasiado rápido, y de que iba tirando de ella sin piedad, así que aminoró la marcha... hasta detenerse. Habían llegado al final de la cuesta. Se dio media vuelta y la miró muy seria.

–Lo siento... No pasa nada, ¿estás bien?

–No... –sollozó Celia.

Ana la abrazó. Darían un paseo. Cualquiera cosa antes que permanecer bajo el mismo techo que su madre.

–¿Qué pasará cuando volvamos? –preguntó Celia tímidamente.

–No te preocupes por eso ahora... Celia, me he equivocado, es mejor que te quedes con la tía... Lo siento, lo siento tanto...

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas mientras permanecía arrodillada sujetando a la niña por la cintura.

–Vamos, te llevo de vuelta...

–¡No! –la niña se retorció para soltarse de su mano– No... Quiero estar contigo, por favor, por favor... ¡Lo aguantaré todo!

–Pero es que no tienes por qué... Mira lo que ha pasado, cariño... No puedo, no... Te llevaré con la tía.

–¡No!

Celia estaba muy alterada, y se abrazó a ella sollozando. Temblaba

como una hoja.

–¿Y si no vuelvo a verte? –murmuró acongojada–. Te irás, como Isabel... Ana, deja que me quede, me portaré bien y nuestra madre no podrá enfadarse conmigo, por favor...

Ana apretó los labios, resistiéndose a ceder, pero la chiquilla se apretaba a ella con tal desesperación, que al fin se rindió. Era la segunda vez que cedía. Se lo reprochó en silencio.

–Está bien, pero si las cosas empeoran, te llevaré inmediatamente con la tía.

Aquella noche, cuando su padre volvió del trabajo, Celia ya estaba acostada y Ana le esperaba encerrada en su habitación, despierta. A su lado, en su camita, la niña dormía un sueño agitado. Debía de estar muy cansada, por cuanto habían caminado mucho aquella tarde por la ciudad, lo necesario para apaciguar su ánimo maltrecho. La contempló compasiva. Odiaba que tuviera que vivir aquellos episodios tan violentos día sí, y día también. Como ella e Isabel a su edad, Celia sufría el carácter de una madre cruel... A veces la tensión era tan grande...

Se levantó y se preparó para bajar, pero cuando se disponía a salir a las escaleras, escuchó a sus padres hablando en el vestíbulo. Se les oía claramente, la voz de su padre tranquila y razonable, y la de su madre altisonante. Discutían. Por una vez José Miguel parecía decidido a imponer su criterio. Iba a mantener su promesa de dejar que Celia permaneciera con ellos. Ana dejó la puerta entreabierta y espió su conversación. Por lo visto no iba a tener que bajar, ya se estaba encargando él de todo. Se lo agradeció de corazón.

–...no entiendo este cambio, ¿por qué ahora? –aducía su madre con rencor–. Quisiste que se fuera con mi hermana, ¿y ahora la traes de vuelta? ¡Pues que te quede claro que se queda aquí!

–Claro que lo hice, pero la echo de menos, ¿tú no? Será bueno que esté con su hermana unos días...

–Has tomado esta decisión por encima de mí, que soy tu esposa, José Miguel. Has estado confabulando con la arpía de mi hermana, ¿te crees que no lo sé? ¿A qué viene este cambio? Es por Ana, ¿no? Siempre cedes con ella, en cambio a mí...

–No es eso, Margarita. Simplemente lo he meditado bien. Estaba preocupado y cuando he ido a ver a Celia a casa de tu hermana me la he

encontrado muy triste –estaba mintiendo sólo en parte, para sacarle la cara a ella–. No me gusta que esté así. Cuando Ana ha venido a verme al hotel le he pedido que la recoja para traerla de vuelta.

–¿Y yo? ¿No tengo nada que decir? ¡Después de cómo te pusiste! Que si no podemos mantenerla, que si no estaba bien... Pues bien, con Ana aquí no nos alcanza para todos, ¡así que dime tú cómo te las vas a apañar! ¡Si no podemos contar contigo!

José Miguel se acercó a ella y acarició su rostro, un gesto que a su hija le resultó antinatural. Hubiera esperado que ella apartara la cara, pero no lo hizo. ¡Qué bien fingía!

–Margarita, démosle un tiempo a las cosas... Ahora que Ana está aquí todo irá mejor, y... bueno, si no es así, Celia siempre podrá volver antes con tu hermana. Sé que estás molesta porque he cambiado de idea, pero al fin y al cabo, prefieres tenerla contigo, ¿o ya no es cierto? Es tu hija y será por unos días... ¿Ya no recuerdas lo que me dijiste?

Su mujer calló. Estaba rígida, soportando a duras penas el contacto de su mano sobre su rostro, aunque sólo Ana parecía darse cuenta de ello. José Miguel la miraba con verdadera angustia en los ojos.

Al poco se retiraron a la cocina, y Ana ya no escuchó nada más. Cerró la puerta y se dejó caer de espaldas contra ella, muy preocupada por su padre. Por el momento la tormenta estaba bajo control, pero... ¿a qué precio? Volvió a mirar a su hermana, convencida de su error. ¿Por qué Celia tenía que sufrir si podía evitárselo? Se había equivocado, y aun así aún estaba allí... ¿Qué le pasaba? Suspiró confundida, porque, en aquellos momentos, su tía Asunción resultaba incluso agradable. Ojalá ella hubiese tenido una tía Asunción a sus cinco años de edad.

El amanecer descubrió a Gabriel Ugalde dormido, profundamente dormido. Estaba tendido sobre su cama, de costado, con la cara aplastada contra el colchón y la almohada retorcida bajo el pecho. Se despertó sobresaltado, cuando algo en su cerebro le alertó sacándole de aquel sueño profundo que le había hecho ignorar la alarma de su despertador. Se incorporó bruscamente y se quedó sentado sobre la cama, respirando agitadamente. Miró la hora. Eran las siete y cuarto. Apenas le quedaban quince minutos para prepararse y acudir a su reunión, una reunión cuyo objetivo desconocía. Esperaba que sus esfuerzos en el periódico le valieran pronto un ascenso.

Soltó un juramento y se levantó de un salto. Se había acostado tarde porque no había podido dormir. La culpa de su insomnio era toda de la señorita Ana H. Murria. Había sido toda una sorpresa conocerla, al mismo tiempo fresca y conmovedora, y... muy turbadora. Había sido sincero al decir que no sabía de su existencia, por eso el impacto que su innegable parecido con Isabel le había provocado, había sido mayor. Había vuelto a casa hecho un lío, queriendo saber más de ella, y al mismo tiempo deseando no volver a verla nunca. Le había costado mucho quitarse a una hermana de la cabeza y ahora... Y encima se empeñaba en verle de nuevo. Ya había decidido esquivarla en la medida de lo posible. Sólo había querido comprobar si Isabel estaba bien, y ahora sabía que se había ido del país. Pues bien, hasta ahí llegaba su implicación con las hermanas Murria...

Sacudió la cabeza, aún dominado por las más amargas dudas. La preocupación de Ana le había afectado. ¿Y si tenía motivos para estar angustiada? Al fin y al cabo Isabel le había pedido ayuda. Maldijo su curiosidad, ese instinto infalible que le hacía ser el periodista que era. Nunca lograba resistirse a una buena historia, y si además esa historia tenía que ver con una chica fascinante como Isabel...

–Ugalde, olvídate... –se advirtió gruñendo.

Se vistió a toda prisa, sin descuidar su apariencia. Su jefe apreciaba mucho que sus empleados cuidaran su aspecto al máximo, y en su caso cuidar su aspecto podía ser reflejo, a su juicio, del especial cuidado que ponía en todo cuanto hacía. Esperaba que eso le hiciera ganar puntos... Hizo su cama en cinco minutos, se miró al espejo, se ajustó el cuello de la camisa, y salió a la carrera en dirección al periódico «La Nueva Voz», donde ya le esperaba el director, Don Javier Galarza.

En el despacho que hacía las veces de sala de reuniones en el edificio donde el diario tenía su sede, en la calle Andía, hacía frío... o a él se lo pareció así, tal vez porque el saludo que recibió al entrar no fue ni caluroso ni alentador. El semblante inexpresivo del hombre que tenía en su mano la decisión sobre su futuro inmediato no le ayudó a aventurar lo que estaba a punto de suceder. También estaba presente su secretario, el señor Mediavilla.

Ugalde saludó, y cuando su jefe se lo indicó, se sentó en una silla, frente a él.

Hubo un prolongado silencio, mientras aquel hombre ojeaba un expediente que supuso contenía algo relativo a él. Esperaba no haber cometido algún error fatal por el que pudieran despedirle. Ninguno comentó nada durante un buen rato, y Galarza tampoco le dirigió la mirada. Se limitó a husmear aquellas páginas, con desesperante parsimonia. A Gabriel le pareció que podía estar poniendo a prueba su capacidad de soportar la frustración.

Pero él estaba preparado para eso... y para mucho más. Estaba convencido de que eran buenas noticias, porque destacaba entre los demás. Era conocido por su perseverancia, su celo, y su metódica disciplina. Trataba cuidadosamente cualquier tarea que le encomendaban, miraba de cara a la adversidad, y era intransigente con la negligencia. Además, su demostrada lealtad a Galarza desde que se incorporara al periódico, le convertía en alguien de confianza.

Así pues, se tragó sus infundados recelos.

Al fin el director compartió algunos comentarios con Mediavilla. Estuvieron murmurando unos minutos en voz baja, mientras el joven los observaba sin asomo de inquietud en su semblante. Cuando al fin se volvieron hacia él, fue para comunicarle que había sido escogido para llevar un caso de asesinato. Gabriel se sobresaltó. Nunca había cubierto un suceso así, y tratar con la muerte era algo nuevo, que le tocaba de lejos, pero... significaba que confiaban en él. Contuvo una sonrisa de satisfacción.

–Esperamos de usted mucho, señor Ugalde –dijo Galarza, y a él le sonaron a gloria sus palabras–. Continúe como hasta ahora, prepárese a fondo, y llegará lejos... Necesitamos que siga así, porque el caso del que va a ocuparse pinta feo. Damasco le ayudará.

A Gabriel se le contrajeron las facciones al escuchar aquello. No lo esperaba, su ilusión había sido más bien que por una vez le dejaran cubrir por su cuenta una noticia importante. Luego recapacitó, y se recordó que aunque demasiado ambicioso, de todos sus compañeros, Damasco era el más apto, un estupendo fotógrafo, y un amigo. Procuró borrar aquel atisbo de malestar de su mente rápidamente.

–Sí, señor.

–Ha demostrado defenderse bien en todas las circunstancias, es usted organizado, y no se deja llevar por los nervios –añadió Mediavilla, hojeando de nuevo su expediente–. Su carrera es brillante, y sus aptitudes demostradas desde que se incorporó a este periódico, encomiables. No obstante, debe saber que si cometen un error... ¿Lo entiende? Éste es un caso de responsabilidad, y debe desempeñarlo con la máxima discreción. Si otro periódico llega a enterarse de esto antes de que podamos publicarlo y se nos adelantan, le apartaremos del caso... y del periódico.

Gabriel sabía bien a qué se refería. Asintió con energía.

–¿Tiene alguna pregunta?

–No, señor.

–¿Sigue contando con su contacto en la Guardia Civil?

Gabriel se tensó. Así que era eso. Se tragó su decepción. Al fin y al cabo le escogían por su influencia en la Guardia Civil, al menos en uno de los miembros del cuartel de San Sebastián.

–Así es –murmuró.

–¿Cree que se prestará a colaborar?

–Berriatua es de confianza, aunque se arriesgaría mucho ayudándome

en algo así –carraspeó, algo incómodo–, preferiría trabajar solo.

Galarza no dio señales de cambiar de idea respecto a ese punto, y Gabriel tuvo que guardarse para sí su malestar. De nuevo su jefe y el secretario cuchichearon entre sí, hasta que al fin fue el primero quien tomó la palabra.

–Hable hoy mismo con Berriatua, pero antes eche un vistazo a nuestros primeros datos. Él no es el único que puede facilitarnos información. Dentro de un rato la tendrá en su despacho y podrá ir empapándose –Ugalde estaba en ascuas, pero se mantuvo firme y sereno en su silla, tan sólo molesto por el hecho de que le hubieran elegido interesadamente. ¿Dónde quedaban sus palabras de elogio?–. Sepa usted que va a tener mucha presión. Si los demás medios llegan a saber algo se nos echarán encima y será una batalla campal, por eso necesita usted a Damasco. ¿Lo entiende?

–Sí, señor.

Sin duda entendía de qué le estaba hablando.

–¿Dónde se ha cometido el asesinato?

–Aquí mismo, en San Sebastián.

Gabriel se estremeció. Le sonaba a cuento chino. Aquella ciudad no se prestaba a esa clase de cosas. Sí, era misteriosa, romántica, pero... ¿Un asesino suelto por sus calles? Además, había más presencia de la Guardia Civil y de los nacionales que en cualquier otra parte...

–Queremos que se peguen a Berriatua y que investiguen el caso, que identifiquen al asesino, que estén presentes cuando le detengan y que hagan lo que tengan que hacer para que cuando confiese sean ustedes los primeros en tener los detalles. Así que –añadió Mediavilla–, procuren trabajar sin descanso y empléense a fondo. Ocúpese de que no se filtre nada a los demás. A ver si pueden hacerse con unas buenas fotografías.

–¿Lo ha comprendido?

–Sí, señor.

–Pues póngase manos a la obra y no nos defraude, señor Ugalde. ¡Ah! Y despídase de su otro empleo, le necesitamos a jornada completa. Empiece ya mismo, en cuanto le lleguen los informes.

Gabriel, ahora sí, se retiró. Salió con las mejillas encendidas de excitación, porque había esperado una oportunidad así mucho tiempo. Se dijo que no importaba el por qué le habían encomendado seguir el caso. Si todo iba bien, haría méritos. Galarza llevaba demasiado tiempo llenándole los

oídos con un futuro prometedor. Era hora de que cumpliera sus promesas, y él se lo iba a poner en bandeja.

Estuvo el resto de la mañana ocupado con algunos artículos menores en los que había estado trabajando días atrás, a la espera de que le llegara el informe sobre el caso. Ya no estaba tan molesto por el hecho de que Damasco fuera a ser su sombra. Le sería útil, como habían apuntado Galarza y Mediavilla.

Aquella tarde iría a buscar a Berriatua. Hasta entonces no le había pedido nada de semejante calibre. Sospechaba, ya antes de reunirse con él, que le exigiría un alto precio por su colaboración en primicia... Otras veces se había portado bien, pero habían sido asuntos menos comprometidos. La curiosa amistad que le había unido a su padre desde el final de la guerra civil sin duda tenía mucho que ver en su buena disposición a hacerle algunos favores. Habían coincidido en el mismo pelotón, en el bando de los sublevados, su padre enrolado a la fuerza del lado de los nacionales, y Berriatua al mando. Joaquín Ugalde le había salvado la vida interponiéndose en la trayectoria de una bala republicana. Por eso le ayudaba, porque se sentía en deuda.

Gabriel se entristecía cuando recordaba esa parte de la vida de su padre, teniendo que luchar contra aquellos a quienes hubiera preferido apoyar. Había sido republicano, y había sufrido lo indecible creyendo que un día tendría que enfrentarse a algún amigo o incluso a un familiar... Solía preguntarse qué hubiera hecho llegado el caso, aunque, en el fondo, sabía bien que no hubiera disparado. Ahora Joaquín Ugalde estaba muerto. Le habían acusado de ser republicano al acabar la contienda, pese a haber luchado del lado de los sublevados, y le habían ejecutado junto a otros cincuenta presos en el puente de hierro sobre el río Urumea, tras dos años de cárcel y torturas en la desaparecida prisión de Ondarreta. Aún recordaba su triste mole a pie de playa, imponiendo a la gente que iba a disfrutar del sol y de un baño la realidad que escondía tras sus muros. El edificio había sido derribado, pero en su memoria había dejado una huella indeleble.

Procuró distraerse, porque si seguía por aquel derrotero acabaría amargado de verdad, con la pena y la rabia oprimiendo su corazón.

Jornada completa, pensó, plena dedicación, muchas horas de trabajo... Estaba claro que si iba a desvivirse con aquel trabajo, reduciendo el tiempo que pasaba con su familia, iba a recibir una compensación adecuada,

o no lo haría. Necesitaba desesperadamente el sueldo que le pagaban en la academia, así que si dejaba su puesto allí había de merecer la pena. Tenía que hablar con Don Agustín para despedirse.

Un asesinato... ¿Y si aparecían más cadáveres? La sola idea de tener que lidiar con algo así ensombrecía su humor, al tiempo que le excitaba.

Al cabo de un rato, tal y como le habían notificado, le hicieron llegar el expediente del caso, con información añadida. Ahora podría tener detalles significativos sobre los cuales empezar a trabajar. Quizás supieran ya la identidad de la víctima.

Abrió la carpeta, y fue pasando las hojas con genuina curiosidad, buscando en el abigarrado texto escrito a máquina algo relativo a quién era la víctima. Fue leyendo cada párrafo. Una mujer joven había aparecido en un descampado cerca de Ondarreta, estrangulada. No habían podido identificarla aún, y no había indicios de que hubiese sido violada, ni asaltada para robar. Al parecer había muerto durante la madrugada... ¿Qué hacía una muchacha joven, según el informe no contaba con más de veinte años de edad, sola en un lugar así, y a esas horas? Al parecer, nadie había denunciado su desaparición, y se confirmaba como causa de su muerte la asfixia. Había marcas en su cuello que así lo ratificaban.

Con esa noticia darían el pelotazo, pero no saldría hasta que tuvieran todos los detalles. Todo dependía del acuerdo al que llegara con Berriatua. En «La Nueva Voz» se preciaban de ser serios y rigurosos con sus artículos. Aunque Galarza... Si husmeaba la gloria, era como un tiburón, se saltaría todos los acuerdos, y en ese caso, el que perdería sería él.

En ese instante su compañero, Damasco, llamó a la puerta y se asomó para saber qué había pasado con su reunión. Gabriel alzó las cejas, y apartó el expediente a un lado. Si iban a trabajar juntos, más le valía tomárselo con filosofía.

El joven, alto y moreno, echó un vistazo a la carpeta que había sostenido en sus manos, con el sello de «confidencial», y comprendió que llegaba en el momento justo. La cara de pocos amigos de Ugalde evidenciaba que no le gustaba tener que compartir el caso con él. Aquello le provocó una sonrisa socarrona.

—¿Qué quieres Damasco? —lo cierto era que a Gabriel no le apetecía tenerle allí, aunque ya hubiera decidido conformarse. Le fulminó con la mirada porque era lo que siempre hacían entre ellos, retarse, ningunearse y

mirarse mal, aunque en el fondo, pese a su rivalidad, se apreciaban—. Prefiero que te vayas, si no te importa.

—Venía a comentar contigo algunos detalles de nuestra chica muerta, pero si no estás de humor... —señaló los documentos.

—¿Ya te han dado copia? —preguntó refiriéndose a los papeles que tenía en la mano. Damasco asintió con la cabeza—. Bien, no hay mucho que añadir mientras no podamos hablar con Berriatua.

—¿No vas a dejarme entrar?

Damasco interpretó su silencio como una invitación, así que pasó del umbral donde se había quedado y cerró la puerta tras él.

Gabriel le pasó la carpeta por si quería repasar algo. Le observó mientras lo hacía. Era casi tan alto como él, y se cuidaba. Debía de practicar algún deporte, porque sus músculos destacaban incluso con la chaqueta de su traje puesta.

—...¿De dónde sacan estos informes? Aquí no hay nada que merezca la pena... Es impactante, pero hay poca información relevante.

Gabriel estaba de acuerdo.

—Nuestra mejor baza es Berriatua. Voy a hablar con él esta tarde —aseguró Gabriel—. Puede que él tenga algo más.

—Tú habla con él. Yo intentaré averiguar alguna cosa sobre la chica, aunque lo tenemos complicado si no la han identificado... Oye, Ugalde, sé que no te gusta tenerme en el caso, pero créeme que no ha sido cosa mía —la mirada de Gabriel era ahora escéptica—. Sé que aspiras a un ascenso, y preferiría que me dijeras claramente si vamos a tener problemas por esto. No quisiera estropear nuestra amistad por algo así.

—Vamos Damasco, admítelo, has ido perdiendo el culo a ver a Galarza para que te metiera en el caso... ¡Pero si te has enterado antes que yo!

Gabriel escudriñó su rostro con curiosidad. Tenía claro que Damasco tenía mucho interés en participar en un asunto como aquél.

—Te equivocas conmigo —repuso Damasco—, pero supongo que no puedo convencerte de eso. Si me he enterado antes que tú ha sido sólo porque escuché a Mediavilla comentar algo con Galarza y les pregunté. Vamos, ¡tú hubieses hecho lo mismo! En cualquier caso ya habían decidido darte a ti la exclusiva, pero insistí... Supongo que puedo ser muy convincente —sonrió.

Gabriel bufó.

—¿Qué quieres que te diga? —se quejó Damasco—. Así son las cosas,

¿vamos a trabajar juntos o no?

–No me queda otro remedio –sonrió–. Dime, Damasco, ¿cuál es tu precio?

Damasco fingió enojarse por el comentario.

–No seas así... Mi intención es buena. Soy tu compañero, un amigo... Al menos eso pensaba. ¿Lo soy, Ugalde?

Hubo un silencio intencionado, y Damasco se fue enderezando, ahora alarmado por su reacción.

–Lo eres –repuso al fin Gabriel.

Damasco sonrió.

–No estoy pensando en quitarte el mérito, tienes mi palabra. Es tu noticia.

Le dio una palmada en la espalda.

–Gracias –se limitó a contestar Ugalde.

No comentó nada más, así que Damasco fue a salir... Entonces se lo pensó mejor y se volvió hacia él.

–Oye Ugalde, llevamos mucho tiempo juntos, y siempre he estado a tu lado, recuérdalo.

Cuando su compañero se hubo ido, Gabriel dudó si creer en sus palabras. Le había parecido sincero al afirmar que no pretendía quitarle méritos, Damasco mejor que nadie sabía cuánta falta le hacía tener éxito con aquel asunto... Pero le conocía bien y sabía que ambicionaba tanto como él un pronto ascenso.

Soltó un bufido y se desentendió de su compañero. No tardó ni dos minutos en centrar de nuevo su atención en la documentación sobre el caso de asesinato. Aún le quedaban cosas que hacer, sin embargo... Se hacía tarde, sería mejor que fuera a buscar a Berriatua.

Cerró los ojos... Le iba a costar mucho esquivar a los periodistas de otros medios, y en eso el Guardia Civil también podía ser clave. Frunció el ceño y al final cerró la carpeta y la apartó. Iba a tener que andar con pies de plomo. Sabía que había en su propio periódico quienes le envidiaban por su exitosa carrera desde que se incorporara a la plantilla. Seguramente aprovecharían cualquier desliz para saltar sobre él como lobos, dispuestos a despedazarle.

Se puso en pie y se acercó a un espejo que colgaba de la pared del despacho, una pared por lo demás desnuda, sin fotos de familiares, como las

que atesoraban otros compañeros. Lo que vio en la imagen que le devolvía el espejo fue determinación.

Localizar a Berriatua no fue difícil, lo complicado fue convencerle para que le ayudase para tener la primicia a la hora de cubrir el asesinato. Por suerte, el Guardia Civil era quien lo llevaba, lo que le colocaba en una situación ventajosa, pero Gabriel tuvo que apelar a su antigua amistad durante la guerra para ablandar su terquedad.

La discreta conversación que sostuvo con él en el cuartel no fue larga, pero sí muy tensa, porque había mucho en juego. La noticia aún no había trascendido, y Berriatua tenía especial interés en que tardase en aparecer en los periódicos. Se la jugaba facilitando a Gabriel acceso a todo lo que fuera descubriendo. El joven le pidió estar presente en las escenas de los crímenes si es que había alguno más, poder entrar al Depósito de Cadáveres y obtener de primera mano los datos que se fueran recabando hasta que el culpable fuera detenido. Cuando al fin Berriatua cedió a su presión, puso como condición que publicara cuando él lo estableciera, no antes, estrictamente, o le dejaría fuera. A cambio le cedía la exclusiva y se comprometía a que fuera el único medio con el que la Guardia Civil hablaría. Para mantener ese privilegio debía bailar a su son. Gabriel se había mostrado de acuerdo, no sólo porque se garantizaba ser el que firmase el artículo cuando saliera a la luz, sino en aras de que el asunto se resolviera adecuadamente. Conocía al Guardia Civil lo suficiente como para confiar en que cumpliera su parte del trato.

De su conversación no había obtenido ningún dato más, así que iban a tener que contentarse con lo que tenían, a la espera de algún avance, aunque eso a Gabriel no le importó. Lo crucial era que se había asegurado estar en primera fila en un asunto que, según Berriatua, iba para largo. El hombre estaba preocupado, porque, según le confesó, la víctima hallada en el descampado tenía el cuerpo roto, y su rostro había sido machacado. De ahí que no hubieran podido identificarla.

–No lo entiendo –Gabriel entrecerró los ojos, extrañado–... ¿Roto?

–Roto, descoyuntado... Todos los huesos de su cuerpo estaban fracturados por mil sitios, como si el esqueleto de esa pobre desgraciada hubiese estado hecho de ramas secas.

Aquel detalle impresionó a Gabriel.

–Cuando alguien hace algo así, es porque lleva mucha rabia dentro o... No va a ser la última, ya lo verás.

–¿Podría verlo?

–¿El cadáver? –Gabriel asintió—. No. Esta vez no.

–Pero, ¿me avisarás si aparece alguna otra víctima?

–Ya te he dicho que sí.

El abrupto monte Urgull se alzaba sobre el casco viejo de San Sebastián, abrigando sus calles con sus escarpadas laderas cubiertas de vegetación. Su cima estaba coronada por el Castillo de La Mota, antigua fortificación que había supuesto al mismo tiempo un baluarte protector para la ciudad y una maldición que la había convertido durante años en objeto de interés militar, atrayendo sobre ella no pocas desgracias. Subir por el empinado camino que serpenteaba bordeando su loma hasta el Cementerio de los Ingleses, dejó a Gabriel sin resuello. Estaba en muy buena forma, pero aquellas cuestas tan empinadas habían logrado robarle el aire.

Hacía mucho tiempo que no se acercaba por allí. Cuando llegó, alzó la cabeza y se fijó por primera vez en cuanto le rodeaba. Se secó la frente con la manga de su chaqueta. Se hallaba de pronto en un emplazamiento tranquilo, mirando a un mar apacible y gris. Había varias tumbas de piedra diseminadas a lo largo de aquel rincón abrupto, entre grandes rocas cuya superficie rugosa asomaba aquí y allá a través de la vegetación. Algunas habían sido encerradas en un estrecho recinto, vallado con viejas verjas de hierro forjado cuya altura no alcanzaba más de un metro. El cementerio estaba en pendiente, contra la ladera del monte, y la luz de un día encapotado y ceniciento como lo era aquel, se filtraba a través de las ramas de los frondosos árboles, otorgándole al lugar un ambiente sobrenatural.

Allí mismo, casi a sus pies, estaba la tumba de un tal F.C. Ebsworth, y un poco más allá la de la esposa e hija de un tal J. Callender, fallecidas en

1836-1837. Todo estaba muy descuidado, cubierto por las malas hierbas.

No dejaba de resultarle siniestro que el guarda de Urgull le hubiera indicado a Berriatua que allí, en el Cementerio de los Ingleses, donde muchos habían muerto durante la batalla carlista, había escuchado gritos, como si hubieran asesinado a alguien. Aunque nunca había prestado especial atención a aquel rincón, no pudo dejar de sentir un cierto respeto, como si la calma de aquel lugar sagrado se le hubiera colado en los huesos y en el alma.

Esperó con impaciencia a que su contacto en la Guardia Civil apareciera. Aún no se había personado nadie más del Cuerpo, tal vez porque la alarma dada por el guarda era sólo eso, un aviso. El buen hombre aseguraba haber escuchado gritos en esa zona durante la noche, y temía que hubiera ocurrido alguna desgracia. Al parecer había echado un vistazo en los alrededores, pero, al no encontrar nada extraño, había preferido dejarlo en manos de la benemérita. Debía estar muy seguro de lo que había oído para hacerles ir hasta allí a peinar la ladera.

Berriatua, por el momento, estaba cumpliendo su promesa, y le había avisado para que estuviera presente en una posible escena del crimen. Eso significaba que tenían bastantes probabilidades de encontrar una segunda víctima.

Anduvo unos pasos entre aquellas tumbas. Se asentaban sobre plataformas de piedra rectangulares; dos de ellas se habían hundido parcialmente en la tierra, ladeando la estructura hasta quedar en una posición torcida que aumentaba el aspecto de abandono del lugar. De pronto oyó un chasquido, y al volverse vio a Ignacio Damasco, su compañero en el diario, que se acercaba por un sendero. Le saludó con la mano, extrañado de verle allí.

–Ugalde, llegas pronto –masculló Damasco en cuanto estuvo a su altura. Llevaba su inseparable cámara fotográfica colgando del cuello.

–¿Qué haces aquí?

–Lo mismo que tú creo. El aviso del guarda...

–Se supone que esto lo llevo yo, ¿no te lo ha dicho Galarza?

–Galarza me ha mandado para respaldarte con la cámara. Te recuerdo que trabajamos juntos.

Gabriel comprendía que el director le hubiera enviado, pero temía la reacción de Berriatua. No le iba a gustar verles a los dos. El acuerdo era con él...

–Espero a Berriatua para rastrear la zona, no le va a gustar nada que vengas tú también. Galarza está metiendo la pata...

–Ya sabes cómo es... Me ha pedido que te ayude, aunque lo siento si mi presencia te va a ocasionar problemas.

–¿Cuánto llevas aquí?

–No mucho, unos diez minutos... No he visto nada, aunque tampoco es que me haya esforzado demasiado, prefería esperar a que llegaras.

Una tórtola revoloteó por encima de sus cabezas y desapareció a través del espeso follaje de la arboleda que les rodeaba. Gabriel recordó las exigencias de Berriatua, mantener absoluta discreción. Miró a Damasco con recelo. Su cámara estaba lista para disparar.

El guarda, que vivía con su familia al comienzo de la cuesta que daba paso a Urgull, seguramente aparecería también en cualquier momento, y entonces serían multitud. No quiso decir nada más para no aumentar la tensión que ya había entre los dos. Aguardaron en silencio a que Berriatua se presentara. A lo lejos se escuchaba el rumor de la ciudad, como un pálpito distante que no parecía tener nada que ver con ellos.

Gabriel se metió una mano en el bolsillo. Buscaba un pañuelo para secarse el sudor que empezaba a cubrir su frente y el cuello, y en su lugar se topó con la llave que le había robado accidentalmente a Ana durante su encuentro en el portal. Se distrajo entonces pensando en ella. Era como un ángel, cautivadora, y tan diametralmente opuesta a Isabel en su carácter como semejante en su físico. Continuó hurgando, y sus dedos rozaron el trozo de papel que también se había quedado, una nota que se le había caído a la chica del bolsillo de su abrigo mientras forcejeaban. Ni siquiera se había dado cuenta, y él se la había guardado, movido por un impulso irracional. Por eso sabía que no había ido a la calle San Jerónimo a ver a una amiga. La había leído muchas veces. Era un mensaje firmado por Isabel, y contenía precisamente la dirección de esa calle, San Jerónimo número veintiuno, tercero izquierda, y había añadido una advertencia, «*ve con cuidado*». ¿Tenía que ver aquella advertencia con el hecho de que le hubiese pedido ayuda? Sacó la pequeña llave dorada, y la observó en la palma de su mano. Sin duda abría la puerta de ese piso. Su curiosidad crecía por momentos, y ya barajaba la posibilidad de colarse en la vivienda y husmear un poco. Ana nunca lo sabría, y tal vez mereciera la pena hacerlo...

Damasco se encendió un pitillo y se sentó en una piedra con toda

tranquilidad. No parecía importarle que Berriatua se retrasara. En cambio a Gabriel le sacaba de quicio que le hicieran esperar. Se guardó la llave. Cuando ya empezaba a desesperar, escucharon resoplidos en el camino, y al poco vieron aparecer a un hombre que ascendía por la cuesta muy acalorado. De un rápido vistazo comprobaron que era Berriatua. Llevaba el clásico uniforme de la Guardia Civil, con su capa, muy larga, hasta los tobillos, su fusil reglamentario, y aquél ridículo tricornio bajo el brazo derecho. Al fin estaba allí. Damasco se levantó despacio, apagó el cigarrillo que acababa de encenderse con la punta de su zapato, y avanzó unos pasos para reunirse con Gabriel.

El hombre les vio, e inmediatamente les saludó con aire de contrariedad, tal vez por ser el último en llegar, más probablemente porque no esperaba a Damasco. Se unió a ellos y pasó de largo para que le siguieran, cosa que hicieron.

Era una persona más bien baja, un hombre fornido de cabello oscuro peinado hacia atrás y ojos algo saltones, con unas cejas arqueadas que le daban un aire eternamente sorprendido. Gabriel le llevaba más de una cabeza con su metro ochenta y siete, y Damasco no le iba a la zaga. Viéndoles a los tres, daba la impresión de que Berriatua iba respaldado por dos escoltas como dos armarios.

–El guarda ha dicho que oyó gritos más arriba, justo por encima de las tumbas –fue lo primero que dijo–... Dudo mucho que encuentre algo, pero prefiero cerciorarme –explicó con aire torvo. Se notaba que era al contrario. Temía encontrar algo, un nuevo asesinato.

–¿El guarda no viene?

Berriatua hizo una mueca que daba a entender que no.

–Dice que está seguro de que era una mujer la que gritó, como si la estuvieran matando, y que fue aquí, así que, ya que estáis –recalcó el plural mirando a Damasco–, nos separamos y empezamos a buscar de arriba hacia abajo. Recordad, si encontramos algo, Dios no lo quiera, máxima discreción. Dad una voz.

Damasco y Ugalde compartían la postura de la Guardia Civil. No querían que otros periódicos se hicieran eco de la noticia si la había. Subieron hasta la parte más alta de la ladera, por encima del cementerio, y se dividieron para buscar. No sabían qué iban a encontrar exactamente, y sobre todo Gabriel, se encogía recordando la descripción que el Guardia Civil le

hiciera de la anterior víctima: *rota como si sus huesos fueran ramas secas, con el rostro machacado...* El guarda había insistido mucho en que alguien había muerto allí. De hecho, le habían visto tan afectado, que La Guardia Civil había puesto en marcha el operativo enviando a Berriatua. Ya había un crimen no resuelto, así que ahora se tomaban en serio sus declaraciones.

Gabriel pronto dejó de ver a los otros dos. Se encontró solo, descendiendo por una abrupta pendiente, tan resbaladiza que le obligaba a apoyar pies y manos, a riesgo de precipitarse en una peligrosa caída. Si alguien se había caído por allí, desde luego podía haberse matado. Tal vez el grito que había escuchado el guarda fuera el de una mujer, una prostituta, que anduviera por donde no debía de noche... Era habitual encontrar prostitutas buscando clientes en los lugares más insospechados, y, pese a la presencia del guarda, lo cierto era que Urgull invitaba a encuentros nocturnos de todo tipo.

Anduvo rastreando la parte de la ladera que le había tocado en suerte, sacudiendo los matorrales que encontraba con un palo.

—¡Aquí! —gritó Damasco—. ¡Berriatua! ¡Ugalde! ¡Aquí!

Gabriel se irguió al escucharle, y enseguida abandonó la parte en que había estado rastreando, para correr a reunirse con él. Berriatua también llegaba. Vieron a Damasco, de pie, detrás de una gran roca que se levantaba por encima del monumento erigido en memoria de los ingleses abatidos durante la guerra. Era de difícil acceso, y tuvieron que trepar entre resbalones antes de alcanzarle. Les señaló un bulto informe tendido en el suelo, entre la maleza. Sólo se veía si uno se colocaba justo por encima, por eso el guarda no lo había descubierto; seguramente ni siquiera se había atrevido a subir por allí.

—¿Es una mujer? —quiso saber Berriatua.

—Sí, una mujer joven —murmuró Damasco. Estaba pálido.

Entonces, al acercarse más, vieron un cuerpo medio desnudo, tumbado boca abajo al pie de aquella gran mole de piedra. Las zarzas lo cubrían, pero se apreciaba que estaba lleno de golpes y heridas. Una espesa mata de cabello oscuro se desparramaba alrededor de un rostro juvenil que había quedado de lado, como mirando hacia la roca... sin ver, porque no quedaba nada de su rostro. Berriatua se agachó para examinar el cadáver con más detenimiento. Con la porra apartó la maraña de zarzas que se enredaban sobre la joven desconocida, giró el cuerpo, y vio que su torso estaba completamente desnudo. De hecho, la chica sólo llevaba puesta una falda.

Había perdido los zapatos y no llevaba medias.

–¿Cree que la han violado? –Gabriel estaba impresionado. Era la primera vez que veía un cadáver, pero aquel... No tenía sentido la forma en que habían quedado sus brazos y piernas... Las náuseas amenazaron con hacerle vomitar el desayuno.

–Puede ser. Lo que es seguro es que la han estrangulado, como a la otra, mirad las marcas en su cuello...

Gabriel y Damasco observaron entonces que, tal y como señalaba su superior, su garganta estaba marcada con moretones allí donde las manos de su asesino habían apretado hasta quitarle la vida. Estaban ante un segundo asesinato. Berriatua se irguió, y se quitó el gorro para secarse el sudor. No hacía calor, pero el uniforme le incomodaba y le hacía sudar mucho si hacía el menor ejercicio. Gabriel sacó su libreta y anotó unas cuantas observaciones sobre lo que tenían delante. Era espeluznante.

–La han machacado como a la otra, fijaos.

Efectivamente, el cuerpo sin vida yacía como encajado sobre el angosto hueco tras la roca, y la postura de sus brazos y piernas, como ya había observado Gabriel, era antinatural. Además, se notaba a simple vista que sus huesos estaban machacados, como su rostro. Allí no había nariz, ni ojos, ni nada reconocible...

–Bien, pues ya sabéis lo que voy a tener que hacer. En unas dos horas habrá aquí un verdadero revuelo, acordonaré la zona y ya no podréis estar presentes, así que anotad lo que creáis oportuno y sacad fotos. Ugalde, puedes quedarte aquí con tu amigo y vigiláis que nadie se acerque. Ni siquiera el guarda. Cuando llegue con el operativo haré una señal y os largáis. No saldrá nada en vuestro periódico hasta que yo lo diga, ¿estamos?

Gabriel asintió. Estaba dispuesto a discutir con Galarza para cumplir su parte del trato. Sabía bien que su jefe estaba deseando tener una excusa para saltarse a la torera las exigencias del Guardia Civil, y publicar cuanto antes. Además, si algún otro periódico se les adelantaba, se correría la voz por toda la ciudad. Aunque lo colocaran en primera plana sin imágenes que reforzaran su impacto, algo así despertaría el asombro y el temor entre la población, sobre todo entre las mujeres. Los otros medios, competencia directa de «La Nueva Voz», presionarían a la Guardia Civil para obtener más información, pero lo más grave sería que Berriatua no volvería a confiar en ellos. No, no iba a jugársela porque Galarza quisiera adelantarse. Era evidente

que estaban ante un caso escabroso.

–Cumpliremos nuestra parte del trato –aseguró.

–No hagas que me arrepienta –miró a Damasco, que ya se agachaba sacando fotos del cuerpo–... La próxima vez que vayas a traerte a alguien me lo haces saber, o dejamos de colaborar.

Gabriel no contestó. Apretó los labios y asintió. Damasco murmuró un «lo siento» nada sincero, sólo para él, y continuó a lo suyo.

Cuando el Guardia Civil se fue, no pudo evitar lanzar una mirada al cadáver. No lograba digerir que estaban junto a una mujer tan joven, sin vida. Su piel blanca resaltaba entre el verdor de la maleza. No había sangre. Su piel mostraba numerosos rasguños resecos y marcas causadas por la caída, pero ninguna herida abierta. ¿Cómo podían haberle roto los huesos así sin provocarle heridas?

–Será una fulana –murmuró Damasco–. Una de esas putas que se vienen aquí a sacarse unas perras...

El tono de desprecio con que dijo aquello sobresaltó a Gabriel. No hizo comentarios, aunque no estaba de acuerdo con él en cuanto al desdén que destilaba, sí lo estaba en cuanto al hecho de que la víctima pudiera ser una prostituta. Se preguntaba quién sería, y si alguien habría denunciado su desaparición. Sintió lástima. Tendría la edad de su hermana, unos diecinueve años.

–¿Quieres? –Damasco sacó un pitillo y se lo ofreció. Fumaba mucho, y en cuanto tenía ocasión aprovechaba para encenderse uno. Tenía mal pulso, aunque en todo lo demás demostraba un gran aplomo. Sus ojos castaños se fijaron en Gabriel de forma amigable. Éste negó con la cabeza. Odiaba el tabaco–. Haces bien... Así que el guarda tenía razón, después de todo. Le tomaba por un chiflado...

–Es un buen hombre, Damasco.

–Y un pesado.

–Deberías tenerle un poco de respeto.

–Bah...

Damasco escupió al suelo y miró alrededor con desgana. Había terminado de hacer fotos. A Gabriel no le gustaba su actitud, pero le toleraba todo porque en el fondo era un buen tipo. Siempre se podía contar con él cuando de verdad hacía falta.

Estuvieron en la zona, tomando apuntes de cuanto observaban, más de

una hora antes de que Berriatua regresara con efectivos suficientes para empezar a acordonar la zona cerrando el paso a los civiles. Oyeron un grito y comprendieron que era la señal convenida. Era hora de marcharse, antes de que aquello se llenara de Guardias Civiles. No habían hallado ninguna prueba, así que tendrían que esperar a que compartieran con ellos lo que descubrieran.

En menos de diez minutos se desplegó todo el operativo habitual para el levantamiento del cadáver y su traslado al depósito judicial de Polloe, donde sería examinado para determinar la causa de la muerte y tratar de obtener más información sobre lo ocurrido y sobre la identidad de la joven asesinada. Puro trámite. Todo se hizo sin armar revuelo.

Para entonces Gabriel y Damasco estaban ya en el muelle, cerca de la iglesia de Santa María. Estaban sobrecogidos... Gabriel nunca olvidaría el rostro de la víctima, o, más bien, la ausencia de él...

Al despertar al día siguiente, Ana se encontró con que Celia estaba acostada a su lado, abrazada a ella, con el rostro enterrado en su espalda. La calidez de su cuerpo menudo hizo que se estremeciera de ternura y de pena al mismo tiempo. Comprendía lo que estaba sufriendo, porque ella misma ya había recorrido aquel camino. Suspiró, apartó con cuidado sus bracitos delgados, y se levantó sin hacer ruido.

Eran apenas las ocho de la mañana y fuera lucía un día espléndido. Sobreponerse y tener que volver a la normalidad después de una discusión como la que habían tenido que soportar el día anterior, era un trago que le resultaba muy difícil de digerir. Nunca había sabido cómo hacerlo, cómo levantarse y desear los buenos días a quien la había herido, así, sin reconciliación; cómo liberarse del dolor, de los reproches, de la ira... No podía, o no sabía hacerlo.

Por eso ahora, tras la escena que su madre les había organizado en la cocina, se sentía incapaz de mirarla a la cara y fingir. De todos modos, sabía que no iba a darles tregua. Estimó que a Celia le vendría bien volver al colegio, donde la readmitirían sin problemas. Así evitaba que su madre la tomara con ella el primer día.

Se asomó por la ventana para ver el cielo, sorprendida de descubrirlo tan azul, despejado e intenso. Desde aquella habitación se divisaba el colegio «Compañía de María», fundado en el viejo convento construido sobre la cima del cerro, y el jardín de la parte de atrás de la villa. Era una mañana tranquila y hermosa.

De pronto «Luna» apareció de la nada, sobre el alféizar de la ventana. Parecía imposible, pero siempre se las arreglaba para alcanzar los lugares más altos e inaccesibles... Maulló para entrar mientras arqueaba el lomo, y Ana abrió para cogerla. La gata era un animal cariñoso, y se dejó abrazar. Cerró la ventana y estuvo un rato acariciándola. Tenía un pelo largo y extraordinariamente sedoso; unos graciosos mechones adornaban sus orejas color pardo. Su suave ronroneo era relajante, y aquel manto blanco que cubría su cuerpo, propio de su raza, pues era una gata de angora, era llamativo por su belleza.

Ana se entretuvo un rato contemplando el apacible paisaje. Dejó fluir sus pensamientos, sin detenerse en ninguno... hasta que la imagen del hombre escondido en el piso de la calle San Jerónimo se materializó en su mente de forma invasiva. Frunció el ceño disgustada, porque no había vuelto a pensar en ese incidente desde que hablara con Gabriel Ugalde. No se extrañaba, con todo lo que había pasado... pero aun así, le parecía que no podía retrasar más una nueva visita al piso, por mucho miedo que le diera volver a tener un encontronazo. Necesitaba intentarlo una vez más, comprobar si su hermana había vuelto o no.

¿Qué diría Corinna si llegaba a enterarse de todo? Se preocuparía muchísimo, puede que incluso se atreviera a dejar Madrid para ir a buscarla. Por un momento deseó que lo hiciera...

Sonrió para sí. Resultaba chocante imaginarla apareciendo a la puerta de la villa y preguntando por ella. Sería muy raro, fuera de contexto, eso era.

Se tragó sus pensamientos, aparcándolos en un rincón de su corazón para cuando pudiera prestarles atención. En aquel momento necesitaba estar centrada si quería ayudar a su padre. Iría aquella misma mañana al piso, y, si su hermana no estaba... Suspiró con impotencia. Entonces tal vez tendría que aceptar que Isabel había decidido marcharse definitivamente, dejando a su familia atrás.

Desde que había regresado de Madrid los días se sucedían llenos de confusión. Si al menos iba dando pasos para arreglar las cosas, se sentiría mejor.

Se giró a medias y contempló el sueño de Celia. Detestaba tener que separarse de ella toda la mañana, pero estaba convencida de que era mejor así. Lo arreglaría todo para enviarla al colegio, no quería que perdiera clases, y además, era la mejor solución, antes que dejarla a expensas de las maldades

de su madre.

De pronto odió a Isabel por haberse marchado como lo había hecho.

Un revuelo a su lado le llamó la atención. Merlín aleteaba en su jaula, con sus ojillos negros fijos en la gata. «Luna» lo ignoraba, pero ponía nervioso al pobre pájaro. Ana sonrió, dejó que la gata se fuera, y empezó a susurrarle cosas cariñosas, metiendo la punta de los dedos entre los barrotes.

—...mamá se enfadó porque quise limpiar la jaula en la cocina...

La voz de Celia sonó a su espalda. Se había levantado y estaba a su lado, de puntillas, atisbando lo que hacía. Estaba seria, como pensativa. Ana se sobresaltó, pero enseguida sonrió ampliamente y la abrazó. No entendía lo que había querido decir, y le preocupaba el tono de inconmensurable tristeza que habían destilado sus palabras. Cuando se separaron, la niña miró a Merlín. Sus ojos reflejaban el velo de un secreto, sepultado tras un miedo déspota muy arraigado.

—¿Tú me crees, verdad? —musitó muy bajito.

—¿Por qué dices eso?

La abrazó de nuevo, con delicadeza, y Celia apoyó la cara en su hombro, enterrando ese secreto entre sus cabellos. Cuando habló, su aliento cálido rozó su cuello, como una caricia muy íntima que hablaba de confidencias inconfesables. Aquella conversación la sostuvieron así, entrelazadas en aquel prolongado abrazo, como si eso las preservara de todo mal, como si se hubieran encerrado dentro de una cápsula del tiempo que nadie podía ver ni atravesar. Celia se sentía segura entre los brazos de Ana.

—Papá no lo sabe. Mamá le mintió —susurró.

Ana se estremeció. Se quedó callada unos instantes, y luego habló.

—Celia, ya sabes que a mí puedes contármelo todo... ¿Qué pasó? ¿Por qué dices que papá no lo sabe? ¿Qué es lo que no sabe?

La niña se apretó contra ella, buscando su calor. El pelo le caía sobre la cara, ocultándolo a medias, como una cortina protectora. Ana la acarició. Se notaba que estaba azorada, angustiada por algo que había pasado, algo que quedaba entre ella y su madre como una pesada losa que soportaba a duras penas.

—Celia... Cuéntamelo —murmuró junto a su oído, muy quedo—... Será nuestro secreto, ¿quieres?

La chiquilla asintió.

—...yo sólo quería limpiar la jaula de Merlín, y la bajé a la cocina,

pero a nuestra madre no le gustó... Manché un poco la mesa... Se enfadó mucho y... me castigó.

—¿Cómo que te castigó?

—Dijo que así aprendería a obedecer, y me llevó al sótano.

La casa contaba con uno bajo la cocina, oscuro y en desuso. Ana palideció al imaginar lo que podía haber sufrido.... No le resultó difícil recrear la escena en su imaginación: seguramente su madre la habría reprendido y la pequeña se habría quedado paralizada, sobrecogida por sus palabras, probablemente hirientes, y eso mismo, su miedo infantil, habría alimentado esa furia, que habría ido en aumento... Pero... ¿el sótano?

—¿Te castigó en el sótano? ¿Un rato...?

—Todo el día. Me encerró, sin luz, sin comer ni beber nada... Dijo que si volvía a llevar a Merlín a la cocina lo mataría, y me castigó abajo. Tuve miedo... Pedí perdón, lloré mucho, pero ella no me hizo caso...

—¿Y... papá?

—Cuando llegó del trabajo y vio a mi madre chillando y a mí llorando, preguntó qué pasaba, y le dijo que yo estaba histérica y que me estaba volviendo intratable por culpa de Isabel. Papá me encontró tan nerviosa que decidió llevarme con la tía... ¿Tú me crees?

—¡Claro que te creo! Ay, Celia...

La estrechó con fuerza contra su pecho, besándola en la frente. Estaba horrorizada por la crueldad de su madre. Sólo en una ocasión había bajado al sótano, y jamás lo había vuelto a pisar, por el fuerte olor a cerrado, por la humedad, y por la profunda oscuridad en que se hallaba. ¡Para una niña de diez años, sensible como Celia, una experiencia así podía ser traumática! Y todo porque había manchado un poco la mesa... Una rabia inenarrable se abrió paso en su interior, creciendo y expandiéndose por todo su ser como un reguero. Su hermana lloraba.

—¿Por qué nuestra madre es así?

«*Porque nos odia...*», pensó Ana.

—...no me dejó llevar a Merlín a casa de la tía Asunción —continuó Celia—, y ahora no me atrevo a limpiarle la jaula, pero él necesita estar limpio, si no, se pone triste... ¿Crees que debería soltarlo?

Ahora Celia se apartó para poder mirar a Ana a los ojos.

—¿Dejarlo libre?

—Creo que es mejor para él.

–Pero los canarios no saben vivir en libertad, Celia. Mira, yo lo limpiaré, ¿te parece? Lo haremos aquí mismo, en la habitación, y así nuestra madre no lo sabrá.

–Ella siempre lo sabe todo... Además, papá me ayuda a cuidarlo, pero tiene que hacerlo aquí...

Ana se levantó. Estaba furiosa, aunque no quería que su hermana se diese cuenta.

–Hoy irás al colegio –decidió controlando su genio. No pensaba dejarla sola–, ¿estarás bien?

–¿Y tú?

–Yo tengo algo que hacer, es un secreto, ¿te portarás bien?

–Claro.

–Tienes que prometérmelo. Procura no enfadar a mamá durante la comida. Cuando vuelvas te vas directa a tu habitación hasta que yo llegue, ¿lo harás?

–Si... –suspiró la pequeña con resignación.

–Bien, pues voy a vestirme, y tú haz lo mismo. No hagas ruido. No tardaré, nos vamos en un periquete.

–Ana, ¿de verdad vas a volverte a Madrid? Te he echado de menos, y si tú también te vas... Podrías llevarme contigo.

La joven suspiró. Sabía que iba a tener que hablar con la señora Kauffman, pero lo estaba retrasando con toda la intención, porque odiaba la idea de no volver. La cara de disgusto de Corinna en la estación apareció en su imaginación, recordándole que ya le había advertido que eso podía ocurrir.

–Ya veremos –contestó–. Celia... ¿de verdad no quieres estar con la tía Asunción? Sé que es aburrida y muy exigente, pero en su casa estarías más tranquila.

–Quiero estar aquí, con papá y contigo –Celia se encogió de hombros–. Aunque también esté nuestra madre.

–No...

Miró el reloj. Se hacía tarde, muy tarde...

–Anda, date prisa.

La besó y la empujó con suavidad para que empezara a asearse, mientras ella misma se apresuraba delante del espejo. Si se daban prisa, podrían salir de casa sin que su madre se diera cuenta, pero si lo hacía... Tanto le daba, pensó con despecho.

Celia también se vistió, más rápido que ella, y mientras la esperaba, cogió una caja metálica que había sobre la repisa. Era de Isabel, y nunca había sabido lo que había dentro. La agitó entre sus manos infantiles, como si fuera un sonajero, haciendo que lo que guardaba en su interior golpeará las paredes. Era algo metálico. Sonrió con deleite. Prefería mantenerla cerrada y adivinar lo que había en su interior antes que abrirla, porque suponía que la realidad que guardaba sería infinitamente gris, nada comparable a lo que su imaginación podía ofrecerle. Luego la dejó donde estaba. Su hermana ya se había vestido.

Tardaron casi cinco minutos más en salir porque pasaron por la despensa de la cocina, de donde robaron algo para desayunar por el camino. A Ana se le hicieron eternos. Salieron de la casa a la carrera, con cara de haber cometido algún pecado grave. Estaba pálida y le temblaban las manos cuando llegó junto a la verja de hierro, sujetando a su hermana de la mano con tanta fuerza que la chiquilla se soltó, lamentándose.

–Lo siento, lo siento, no me daba cuenta...

Celia no protestó. Se limitó a volver a cogerse de su mano, y a tirar de ella para alejarse de allí. También temía que su madre las descubriera saliendo a hurtadillas de la villa. Por fortuna, salir a la calle y respirar el ambiente fresco de la inminente primavera contribuyó a despejar su ánimo.

No habían desayunado en la casa para evitar riesgos innecesarios. En vez de eso, habían cogido algo con que llenar el estómago. No probaron bocado hasta que hubieron salido a la cuesta de Aldapeta, e incluso entonces, mientras bajaban hacia la playa, continuaron mirando hacia atrás, temerosas de ver aparecer a Margarita Clarín. Parecía ridículo pensar que su madre pudiera perseguirlas, pero la creían capaz de eso, y de mucho más.

Ningún desayuno les resultó tan apetecible como el que degustaron aquella bonita mañana, caminando despacio. Ana pensó, contemplando la forma en que el sol iluminaba las calles, que de vez en cuando la vida también les regalaba momentos preciosos, y, sin duda, aquel era uno de ellos. Le encantaba compartirlo con Celia. Le costaba dejarla en Leizarán, un colegio construido muy cerca de la basílica de Santa María, pero no podía llevarla consigo.

Las dos se parecían mucho, tanto físicamente como en su carácter, y estaban muy unidas. Habían nacido con una diferencia de diez años. Era trágico que tuvieran que sufrir tanto. Se sintió culpable por haberse marchado

a Madrid, dejándola a merced de su madre. Aunque Isabel se había quedado a su lado, ella era muy independiente, con una marcada tendencia a mantenerse al margen de lo que ocurría en la villa Santa Engracia. Mucho más hábil que Ana, siempre había sido una maestra eludiendo a Margarita, lo que significaba que probablemente se habría desentendido, al menos en parte, de la suerte de su hermana menor. Su trabajo en la academia la habría ayudado en eso.

Acompañó a Celia al colegio, lo arregló todo para que pudiera volver a sus clases, la dejó en manos de las monjas, y tras abrazarla y recordarle lo que debía hacer al volver a casa al mediodía, se dirigió a la calle San Jerónimo.

Según se iba aproximando a las inmediaciones del portal, empezó a sentirse de nuevo inquieta. Encontrarse con quien la había golpeado para salir huyendo por segunda vez la intimidaba bastante, aunque no lo suficiente como para frenar sus pasos. Nunca había sido tan decidida. Aún le dolía la cabeza, ahí donde había recibido el golpe.

Las calles de San Sebastián despertaban llenas de vida. Los transeúntes con los que se cruzaba iban a lo suyo, anónimos y presurosos algunos, plácidos otros. Se cruzó con un grupo de monjas, un repartidor de periódicos, una mujer que llevaba a sus dos hijos al colegio... La vida en la ciudad discurría apacible bajo el sol, al menos en apariencia. Se apresuró a través de aquel cuadro cotidiano en el que no parecía encajar. Llevaba la determinación pintada en la cara, y en el corazón la impronta hiriente de la vida a la que la condenaba una madre cruel.

Cuando alcanzó el número veintiuno se detuvo. Fue a sacar la llave que su hermana le había hecho llegar y de pronto se dio cuenta de que no la llevaba encima. La buscó, hundiendo sus manos en los bolsillos de su abrigo, en los bolsillos de su vestido... No estaba. No recordaba qué había hecho con ella; sin duda se la había dejado en casa, lo que suponía tener que volver otro día...

Entonces un hombre salió, y al verla junto al portal, le sujetó la puerta para que pudiera pasar. Ana no lo dudó. Musitó un gracias y entró. ¿Para qué, si no tenía la llave? Subió las oscuras escaleras de madera, preguntándose si aparecería Doña Benita para que pudiera abrirle la puerta.

Sin embargo, al alcanzar la tercera planta, se dio cuenta de que no iba a hacer falta. Se puso pálida, porque la puerta estaba entreabierta. ¿Estaba

mal cerrada o es que había alguien dentro? ¿Isabel? La empujó despacio, esta vez no se dejaría sorprender tan fácilmente.

Encendió la luz...

El piso estaba en silencio y el sol entraba a raudales por las ventanas, ya que ella había corrido las cortinas y subido las persianas de todas las habitaciones antes de irse la primera vez. Lo encontró completamente tranquilo, como si nadie hubiese estado allí en mucho tiempo, pero ella sabía que no era así. Alguien había entrado, ella misma lo había visto con sus propios ojos, y su chichón en la cabeza lo atestiguaba. También estaban los platos sucios en la cocina, la cama deshecha y la ropa en el galán. Se detuvo en el recibidor, lívida al pensar que un ladrón o alguien peor pudiera estar allí en aquel mismo momento... alguien que aguardaba agazapado en cualquiera de las habitaciones, esperando... ¿Quién había abierto la puerta si no?

—¿Hola?

No hubo respuesta, pero eso no significaba que estuviera sola. ¿Qué haría si la asaltaban de nuevo? Tal vez no tuviera tanta suerte en esa segunda ocasión.

Cruzó el pasillo, pisando con cuidado, con sigilo... hasta llegar al fondo, a la última estancia, donde había sufrido su primer encuentro.

No había nadie. Ana suspiró. El panorama allí continuaba igual, en perfecto orden.

No tenía sentido, pero ahora estaba más calmada. Miró alrededor. Tal vez se dejara la puerta mal cerrada la otra vez. Se había llevado un buen susto, así que era posible que con los nervios se hubiese ido dejándola entreabierta, porque lo cierto era que no encajaba bien en el quicio.

Volvió sobre sus pasos. Los rastros que evidenciaban que Isabel había estado viviendo allí continuaban igual. Los platos sucios del fregadero aún estaban a la vista, incluso la nota que había escrito descansaba olvidada en la encimera de la cocina.

Pasó un dedo sobre la superficie de una mesa, evidenciando la fina capa de polvo que se estaba acumulando en los muebles. No se había fijado antes en ese detalle, cuando saltaba a la vista. Aquel era un piso cerrado, en el que no vivía nadie desde hacía un tiempo, y eso, a su juicio, sólo podía significar una cosa: que Isabel, si había pensado vivir en él alguna vez, había cambiado de idea. La probabilidad de que se hubiera ido realmente a Francia se tornaba más y más real. Ana la conocía lo suficiente como para saber que

tenía arrestos de sobra para emprender una nueva vida por su cuenta en otro país. Incluso si semejante decisión implicaba renunciar a su familia.

Había llegado la hora de aceptar que no iba a volver. Eso merecía una reflexión, porque la situaba en una posición comprometida, consigo misma y con su familia, con Celia... y con su padre.

Miró con curiosidad cómo el sol creaba una ilusión de diminutos destellos en torno a ella, y por un momento imaginó que se hallaba flotando en un hermoso universo de luz, rodeada de polvo de estrellas. La quietud íntima de aquel espacio que había pertenecido a su hermana penetró en ella y barrió de su pensamiento las preguntas sin respuesta, las dudas, e incluso el miedo ante un futuro incierto. Pocas veces tenía las ideas tan claras. Sobre cualquier otra consideración, una sola idea fue afianzándose en su fuero interno: era su turno.

Estaba ante una encrucijada, y no podía sustraerse al compromiso que le tocaba asumir. Por mucho que le doliera, iba a tener que buscar un empleo en San Sebastián y abandonar su proyecto de regresar a Madrid. Así, lo que iba a ser una semana de permiso, derivaba ahora hacia una estancia permanente. Su familia ya estaba acusando la falta de apoyo económico que suponía la ausencia de su hermana. Sin un segundo sueldo, su padre no podía sostener a su familia, por eso no podía escoger marcharse sabiendo lo que supondría para él esa decisión: hambre y el infierno, porque Margarita Clarín se encargaría de recordarle su incapacidad para cuidar de su esposa y de sus hijas cada minuto, hasta el día de su muerte.

Llevaba muchos días encerrada en aquel profundo agujero, tantos que ya había perdido la cuenta. Escuchó un ruido de pasos al otro lado de la puerta, y se encogió en el suelo de su celda, presa del temor. Temía porque sabía... Sabía que sólo podía esperar un nuevo y violento episodio de horror; podía esperar infinitamente una nueva clase de sufrimiento, un umbral aún más alto de desesperación, cuando parecía imposible superar el anterior; podía esperar el final, un final misericordioso que la sacase de aquél infierno donde el tiempo se perdía en el silencio y la oscuridad se llevaba su conciencia hacia el abismo de la locura. Las drogas que le daban la tenían abotargada, de manera que apenas lograba pensar.

Isabel retrocedió por instinto, hasta toparse con la pared. Un muro de piedra le cortó la retirada, y ella gimió. Aquel sonido de fondo que convivía con ella ahí abajo sacudía el silencio con una cadencia enloquecedora... Sssschhh Booomm... ssssscchhh Booommm... Le resultaba tan familiar y tan insufrible a la vez...

Isabel era fuerte, pero no como para aguardar un desenlace al que le tenía pánico. Llevaba tanto allí abajo... una eternidad, encerrada, en algún lugar desconocido, tal vez en San Sebastián, tal vez no... lejos del día a día, de su padre y sus hermanas, de todo lo que le importaba. Atrapada en una realidad impuesta, dantesca, paralela a la del resto de las personas, que continuaban con sus quehaceres, ajenas a su infierno personal.

Se sentía tan estúpida. ¿Cómo había acabado así? Aún estaba perpleja, y se maldecía por haber sido tan ingenua al creer que podría vivir

sola sin correr riesgos, una joven como ella, sin duda resultaba una presa fácil. Se estremeció.

Si al menos alguien supiese dónde estaba... Además, aún no entendía qué pretendía la persona que la tenía presa. La estaba castigando, le decía que por ser una fulana, por su indecencia, por su arrogancia... Y ella no entendía, y se desgañitaba preguntando los porqués, pero nunca obtenía respuestas. Y luego estaba aquella densa nube del sedante que le daba, el cual la mantenía fuera de la realidad, más allá de todo, aunque no del sufrimiento.

La confusión lo llenaba todo en su cabeza. Hacía mucho que había perdido la orientación, el sentido del tiempo y del espacio, e incluso de sí misma. Trataba de mantener la esperanza y la fe, pero se le escapaban miserablemente en aquel juego demencial en el que no había escogido participar. Estaba a punto de perder algo esencial, y estaba segura de que era su alma la que estaba en juego.

Los desprecios, las vejaciones, los insultos... se sucedían jornada tras jornada, duros, terroríficos, a manos de esa persona terrible, cuya voz le resultaba siniestramente fría... casi familiar, cuyos ojos oscuros brillaban sin humanidad a través de la máscara con que se cubría la cara, cuyas manos, llevaba grabadas en el alma y en todo su cuerpo. Esa persona, una sombra sin forma, bajaba allí y la asediaba una y otra vez, torturándola para resquebrajar su coraje, para que se doblegara... y pidiera perdón por su deshonor, por ser una cualquiera...

E Isabel no entendía nada.

A pesar de todo se había mantenido fuerte hasta el momento, segura de que su captor acabaría cansándose y la soltaría, o de que su padre la buscaría. Ana tal vez habría vuelto de Madrid, y Don Agustín le habría entregado el sobre... Pero, ¿para qué? Aunque Ana fuera al piso, todo sería en vano.

Necesitaba resistir. Deseaba, ansiaba que todo acabara. En cuanto pudiera escaparía, y a esa esperanza se aferraba.

Isabel no suplicaba por su libertad, de todos modos sus súplicas no hubieran servido de nada... Su secuestrador le había explicado que nadie podía oírla porque estaba encerrada entre paredes muy gruesas, de piedra, y a mucha profundidad. Así, se había convertido en una rata atrapada.

Tenía la sensación de que se trataba de un juego personal, entre ella y la figura enmascarada, y eso la mantenía en un estado perpetuo de terror.

Temía hasta dónde era capaz de llegar.

Nunca hubiera creído que aguantaría tanto. ¿Dónde estaba su límite? Lo desconocía, pero en aquel momento, al escuchar aquellos pasos aproximándose, deseó acabar. Ya volvía.

No quería sufrir otra sesión de dolor, los mismos insultos, siempre lo mismo... Esperó, conteniendo el aliento. Contó veinte escalones más antes de que los pasos de su implacable carcelero se detuvieran en alguna parte. No era capaz de discernir si el sonido había cesado delante o detrás, cerca o lejos... pero estaba segura de que fuera había una escalera, por la forma en que se sucedían aquellos pasos siniestros. Plac, plac, plac...

Hubo un silencio.

Cuando la llave giró en su cerrojo, en una puerta que no podía ver, se encogió aún más, echa un ovillo. Sintió que el monstruo entraba. No podía moverse a causa de la droga. Se dejó coger.

No hubo palabras, ni forcejeos. Isabel no tenía fuerzas para resistirse. Sintió que la agarraba por el cabello cruelmente. Entonces la arrastró fuera de la celda, escaleras arriba.

Ah... no se había equivocado. De nuevo iba a castigarla...

Al final de un corto tramo tiró de ella por un pasillo lóbrego y húmedo, en lo que fue un paseo de horripilante locura. Allí había algo de luz, aunque muy pobre. Entonces la soltó y la cogió por debajo de las axilas. Isabel, sin fuerzas, con la cabeza colgando y el cabello sucio y enmarañado cubriendo su rostro, sólo pudo ver su propio vestido desgarrado, sucio y lleno de manchas de sangre y vómito reseca.

Quería acabar con aquel horror... Quería acabar, ansiaba que todo terminara...

Se orinó encima, mientras el aire y la vida se le escapaban a través de los labios exangües, y la cordura en su cerebro se amedrentaba hasta encogerse como una nuez reseca, hacia el subconsciente oculto y el olvido.

Un reguero de hilos amarillentos con restos de sangre serpenteó tras ella sobre el suelo de piedra, marcando su lamentable paso por aquel corredor ciego por el que era arrastrada como un saco muerto.

No había otras puertas, ni escuchó nada aparte de aquel constante golpe de fondo, ssschhhh boooomm. ¿Dónde estaba? ¿Qué clase de lugar era aquél?

Escuchó el antinatural roce de su cuerpo contra aquel piso de piedra

que quemaba sus muslos desnudos, y su propia respiración, soliviantando el eco del corredor. Un dolor lacerante martilleaba dentro de su cabeza sin misericordia, tac, tac, tac, tac...

Una puerta apareció de pronto en su reducido ángulo de visión cuando su carcelero se detuvo al fondo del pasillo. Era una puerta más ancha que las demás.

No quería cruzar esa puerta. Un instinto natural sacudió su aturdimiento. Quiso buscar en los ojos tras la máscara algo de piedad... pero ni siquiera la miraba y el contorno de su cabeza, su figura entera, envuelta en una especie de capa, se distorsionaba ante sus ojos velados por la droga. ¿Por qué? Estaba con un loco, un demente, ¿qué otra explicación había? No tuvo más tiempo antes de que abriese la puerta y la empujara con violencia a través del umbral. Había una luz en el techo, una luz que hirió sus ojos sensibilizados por haber permanecido tanto tiempo enterrada en su agujero.

Entonces Isabel empezó a considerar que aquella vez podía ser la última... Tal vez iba a matarla. ¿Qué haría después con su cuerpo? ¿Arrojarlo a alguna cuneta de una carretera perdida? ¿Quemarlos?

Se rió por lo bajo, histérica.

Al oírla, su secuestrador la cogió de nuevo por el cabello y la arrojó brutalmente contra la pared de aquel cubículo amplio y frío; sólo entonces, al darse de bruces contra un grifo de hierro, muy antiguo, se dio cuenta de que en realidad estaba en una especie de lavadero subterráneo. Olía a desinfectante, a humedad y a orines.

—¡Venga, espabila!

No le quedaban fuerzas para moverse. Resbaló como una muñeca inanimada con la espalda pegada a la piedra que cubría paredes y suelo, muy lejos de todo, de ella, del dolor. Todo se volvía borroso alrededor, entre sombras que se retorcían en un juego demencial y confuso.

—¡Quítate la ropa! Maldita sea, zorra... no puedes ni tenerte en pie...

El carcelero, cuyo cuerpo parecía un borrón oscuro ante su vista nublada, parecía molesto por tener que ayudarla a desvestirse, pero se puso a la faena sin cuidado ni misericordia, zarandeándola brutalmente. La despojó de su ropa dejándola desnuda, con sus golpes y contusiones a la vista, maltrecha y desnutrida.

—...pareces una rata pero aún te revuelves, ¿eh?

Le brillaban los ojos oscuros con un toque de locura. No se resistió a

mantener las manos quietas y empezó a manosear la piel de Isabel, que apenas pudo revolverse huyendo de aquellos dedos invasivos que pretendían mancillarla de nuevo. Sentía asco...

–Vaya, qué melindrosa te has vuelto –la soltó al ver que se retorció– ... A nadie le va a importar lo que haga contigo, ¿lo entiendes? Sólo eres una zorra, y maldigo el día en que llegaste a este mundo.

De pronto, sin mediar una palabra más, abrió el grifo y se apartó, obligándose a sí misma a saltar hacia atrás. Soltó un improperio.

–Por qué, ¿quién eres...

En respuesta recibió un sonoro bofetón que le hizo torcer la cabeza brutalmente.

Isabel sollozó. Ni siquiera reaccionó al contacto con el agua fría que cayó sobre su cuerpo magullado. Tampoco cuando el carcelero le arrojó unos polvos hirientes por encima, embadurnándola como se hace con los presos. Sentía la piel tirante y las heridas resintiéndose con un escozor intenso. Aquellos polvos olían al desinfectante que flotaba en el aire. El cabello largo se le apelmazó sobre los hombros y la espalda, y el agua arrastró la sangre que se había resecado en sus múltiples heridas... Pronto empezó a tiritar.

Cuando creyó que estaba lista, el secuestrador la obligó a vestirse con una especie de camisola blanca. Isabel se estremeció, devorada por el remolino del pánico. Estaba segura de que iba a morir aquel día...

Sin esperanza alguna, se dejó hacer.

Fue arrastrada de nuevo... esta vez para sacarla al exterior. Isabel sintió de golpe el aire fresco en el rostro, en el cuerpo... abofeteándola, una bocanada vivificante que aspiró con verdadero frenesí. Esa sensación no duró mucho, porque enseguida tuvo una capucha en la cabeza. No había logrado saber dónde estaba, y lo hubiera dado todo por ver una última vez el mundo, por no morir así. Las lágrimas brotaron de sus ojos ardientes, y resbalaron por sus mejillas bañando su rostro. Temía lo que aquel demente tuviera planeado hacer con ella.

Recibió un empujón, y tuvo que caminar. Lo hizo, vacilante, durante unos metros. Isabel estaba descalza, y sus pies desnudos pisaron una calzada húmeda por la lluvia. El frescor del suelo mojado le provocó escalofríos. Caminó dando tropiezos hasta toparse con algo duro... Aquello la sorprendió. ¿Qué significaba?

–Quédate quieta, zorra...

La obligó a detenerse, oyó un chasquido y le pareció que se abría una portezuela. Entonces unas manos duras la aferraron de los brazos y la obligaron a encaramarse en lo que le pareció la parte de atrás de un carromato. Tendida en él, sobre una manta raída, escuchó que la portezuela se cerraba. Aquellas manos cogieron sus muñecas y se las ataron sin misericordia con una gruesa cuerda. Sintió que una manta cubría su cuerpo, haciéndola desaparecer. Luego oyó que rodeaba el vehículo, y subía al pescante. El carro se bamboleó bajo su peso. Hubo un golpe seco, y al poco un chasquido y un rebuzno... Así que iba a trasladarla a alguna parte en un carro. Éste dio una sacudida y se puso en marcha. Oyó otro sonoro rebuzno de protesta.

¿A dónde la llevaba? ¿Para qué tantas molestias si iba a matarla? O tal vez le tenía reservado algo peor...

A partir de ese momento perdió la noción del tiempo. Avanzaron durante mucho rato, tal vez horas, hacia algún lugar. Las ruedas del carromato sonaban como si estuviesen atravesando una carretera empedrada.

Isabel lloraba sin cesar, consciente de que su vida en aquel viaje no valía nada. La realidad fuera de aquel vehículo se le antojó de otro mundo... uno al que ella ya no pertenecía. Ya no importaba si había pensado emanciparse en contra de la voluntad de su madre, si su vida había sido feliz, si había logrado realizar alguno de sus sueños... Nada de cuanto había hecho hasta llegar a aquel punto parecía tener sentido ahora... Había rezado tanto para que Ana pudiera ayudarla... Pero ya era tarde. No volvería a ver a su hermana, ni a... Se negó a pensar en su padre, porque tampoco iba a volver a verle. Aunque ella sobreviviera, él moriría a causa de su enfermedad, que estaba demasiado avanzada. Le resultaba muy duro pensar en ello, porque cuando lo hacía, su corazón amenazaba con estallar en mil pedazos. No se había permitido recordar a su padre desde que aquella pesadilla había empezado, y se negaba a hacerlo ahora que, al parecer, iba a terminar.

Se mareó por culpa del traqueteo.

Quiso cambiar de postura, pero las cuerdas apretaban sus muñecas con dureza, rozándole la piel... Se revolvió, las giró... y notó que se aflojaban un poco. Entonces le pareció que tal vez podría liberarse de ellas, aunque no sirviese de nada, porque aunque pudiera escapar, apenas tenía fuerzas para tenerse en pie. ¿Y a donde iría entonces?

Mientras luchaba por soltarse, sintió que se adentraban en una zona

distinta, más escabrosa y de tierra, porque las ruedas sonaban más apagadas. Quizás estaban en el campo. ¿A dónde iban? ¿Qué demencia habría pensado su secuestrador? Lo imaginó erguido en el pescante, con una sonrisa helada torciendo su rostro en una espantosa mueca. El vehículo zigzagueó, y el traqueteo empeoró, hasta que al fin, después de un largo recorrido, se detuvo bruscamente.

Al notarlo, Isabel contuvo el aliento. Aunque casi lo había logrado, aún no se había liberado, y al parecer ya habían llegado a su destino... Contuvo un gemido.

Su secuestrador se bajó y la sacó agarrándola brutalmente de la capucha, y a través de ella del cabello. La empujó sin más, arrojándola sobre un camino de tierra convertido en un lodazal.

Rodó antes de quedar tendida de bruces sobre el barro que lo cubría todo. Su espalda se hundió en él. Olía a estiércol, y se escuchaba una corriente de agua cerca. El secuestrador ya no hablaba. Se alejó. Sus pasos se perdieron en el silencio. La joven esperó, cerrados los ojos, a que se decidiera su suerte... Pero no ocurrió nada. Esperó y esperó...

Al rato, cuando ya desesperaba, sintió que regresaba. Se agachó a su lado, olisqueó su piel, como lo haría un animal, y de pronto le inyectó algo en el cuello. Otra dosis de droga. Sintió un escozor, el de una aguja al penetrar su carne, y luego un dolor sordo y prolongado, a medida que alguna clase de líquido penetraba en su cuerpo intrusivamente. A continuación su captor tiró de ella hasta hacerla entrar en lo que parecía un puente de piedra. Tenía que ser un puente por fuerza, ya que se sentía con claridad una fuerte corriente de agua debajo. Las manos que tiraban de ella la soltaron y cayó de rodillas.

Aturdida y desorientada, se obligó a pensar. Si se encontraban en un puente, sobre un río... Tal vez fuese profundo... Respiró más despacio... incapaz de concentrarse. Su cuerpo empezaba a pesar, y sus huesos ardían dolorosamente. ¿Qué le había inyectado? Apretó los ojos, obligándose a pensar pese a lo mucho que le pesaban los párpados. Tenía que escapar...

Reanudó disimuladamente su tarea para aflojar las cuerdas que ataban sus muñecas. Casi lo había conseguido. Entre tanto, el secuestrador permaneció de pie, a su lado. Parecía estar esperando algo, un paso por delante de ella, ajena a sus esfuerzos por soltarse. ¿A qué esperaba?

El río corría impetuoso bajo el puente, y el ruido que producía la corriente al pasar a través de los pilares que lo sostenían sugería que llevaba

un caudal de agua bastante grande. Isabel se esforzó con más brío, antes de que aquel dolor creciente le arrebatara su única posibilidad... Sus articulaciones se resentían, notaba como si cada uno de sus huesos se estuviera deshaciendo. Se asustó... Aun así se movió un poco, y entonces notó en su espalda la baranda de piedra. Era muy baja. La idea de dejarse caer se abrió paso en su mente abotargada. Mejor ahogarse en la fuerte corriente que esperar a que se cumpliera su destino.

No esperó más. Se inclinó disimuladamente hacia atrás. El borde del murete de piedra se clavó en sus riñones. Dolía, pero presionó... y dejó que el peso de su cuerpo venciera su equilibrio. Cayó al río como un saco, de espaldas, desde una altura de varios metros, y mientras se precipitaba hacia el agua por el aire, escuchó un aullido inhumano de rabia. Luego sólo sintió un fuerte golpe al sumergirse en la corriente del río, que la recibió con un abrazo gélido, engulló su cuerpo y lo arrastró con violencia bajo el puente. En pocos segundos desapareció.

El frío y la lluvia la despertaron. Fue como si la sacaran bruscamente de un pozo sin fondo del que jamás hubiera podido salir por sí misma, un abismo de una negrura infinita, la que precede a una muerte segura. La joven parpadeó mientras su mente pugnaba por situarse en el tiempo y el espacio; estaba confusa y sentía aquel dolor intenso en todas sus articulaciones; la rigidez que dominaba su magullado cuerpo le impedía moverse. Tosió, violentada por una tiritona despiadada que agitó cada uno de sus músculos, obligándola a contraerse sobre sí misma...

Estuvo así, incapaz de reaccionar, bastante rato. Luego, por fin su mente empezó a funcionar. Era noche cerrada y se encontraba tendida sobre la orilla cenagosa del río... milagrosamente viva.

Estaba con vida, sí... pero perdida, y tan malparada, que en semejantes circunstancias probablemente no llegara al día siguiente. Trató de ver algo alrededor sin distinguir otra cosa que una profunda negrura sin medida que lo envolvía todo. La lluvia caía pertinaz sobre su cuerpo agarrotado, y aquel frío intenso mordía su carne. No veía lo que tenía a un palmo de distancia.

La soledad se abatió sobre su escasa entereza, y llenó su espíritu de tristeza... Se dijo, para no caer presa del pánico, que no podía permitirse ceder. Estaba demasiado confusa y dolorida. Probablemente la corriente la había arrastrado durante un buen tramo... tal vez lo bastante lejos como para que nadie pudiera alcanzarla. Su mente se movía a través de una extraña nebulosa. Recordó la droga. Seguramente aún dominaba sus sentidos.

Tenía que ponerse en marcha, caminar para entrar en calor, y buscar ayuda. Se miró las manos, libres de la cuerda que tanto le había costado soltar. Por lo visto la había aflojado lo bastante como para que se deslizara de sus muñecas durante su descenso por el río, o se habría ahogado. También había perdido la capucha.

Soltó una risa histérica, a la vez lamento, breve y sin fuerza.

Se fue incorporando poco a poco; primero alzó el rostro, despegándolo del fango, luego se apoyó en las manos, que se hundieron con un gorgoteo en ese lecho arcilloso sobre el que había despertado, y al fin se quedó sentada... en medio de lo que le pareció una gran nada, con el río rugiendo a su espalda. Estaba empapada y la camisola que llevaba puesta, ahora hecha jirones, no podía protegerla del frío. Isabel se envolvió el torso con los brazos, aunque fuese un gesto inútil, y volvió a mirar alrededor. En esta ocasión le fue mejor.

Su vista se fue acomodando a la oscuridad, y ahora podía distinguir al menos, a ambos lados, la masa oscura que eran los montes que la rodeaban, y algo de un camino, una pista de tierra que se adentraba en aquella negrura hacia la que le daba tanto miedo avanzar... ¿Cómo no temer? Al otro lado seguramente estaba su secuestrador. Sin duda estaba buscándola.

«*No puedes quedarte aquí...*», se dijo.

Quiso ponerse en pie, se apoyó sobre las manos, trató de erguirse, pero las piernas le fallaron. Probó de nuevo, se cayó, volvió a intentarlo... y al fin logró sostenerse, e incluso, aunque tambaleante, pudo dar unos pasos. Tenía los pies desnudos, y éstos se clavaron en el frío barro, hundiéndose en él hasta los tobillos.

¿Hacia dónde ir?

Si se decidía a seguir el camino que tenía delante, cabía la posibilidad de que encontrase ayuda... o de que estuviese yendo al encuentro del peligro, en vez de escapar de él... Tuvo miedo, pero no había más opción. No se le ocurría otra forma de salir de allí. Estaba al fondo de un valle, cercada por dos montes demasiado escarpados y el río. Por peligroso que fuese, sólo cabía avanzar por aquel camino hasta que hallara un desvío, una zona donde la escarpada orografía que la cercaba a ambos lados se abriera lo suficiente como para permitirle el paso y cambiar de dirección, aunque fuese bosque a través. Tal vez encontrara a alguien que la ayudara... o algún agujero donde al menos protegerse de la lluvia hasta que amaneciera, si es que lograba

sobrevivir. Así que echó a andar, a trompicones, movida por una férrea voluntad de vivir, a través de la noche, el viento y la lluvia.

La pista serpenteaba descendiendo ligeramente, siempre siguiendo el curso del río, a través del corredor que formaban las laderas de los dos montes que tenía a derecha e izquierda. Hasta mucho tiempo después, cuando ya desfallecía, no encontró forma de apartarse de ella, pero al fin vio una salida.

Allí estaba, un sendero retorcido, cubierto de hojas. El monte se abrió bruscamente y aquel nuevo camino arrancaba a partir de allí, perpendicularmente al que ella había estado siguiendo. No parecía muy transitado. Discurría entre los árboles centenarios de aquel bosque que trepaba hacia lo alto obstinadamente, y no había manera de saber si llevaba a alguna parte o si por el contrario se perdía sin destino en el frondoso muro de arbustos, zarzas y matorrales que también se disputaba su espacio en aquel abrupto terreno. Sólo había una forma de averiguarlo. Lo miró con aprensión. Estaba a punto de desfallecer, sin embargo, había logrado avanzar bastante y aún estaba en pie, milagrosamente. Esperaba que la suerte estuviese de su lado.

Tal vez su secuestrador la hubiese dado por muerta. Ella misma no podía creer que hubiese sobrevivido.

Se internó en el sendero, rezando por su vida. No dejaba de ser irónico que unas horas antes estuviese deseando morir, y que ahora, en cambio, estuviese dispuesta a dejarse la piel por salir adelante. Sonrió en la oscuridad, sin ánimo ni alegría.

Anduvo durante mucho tiempo, tropezando, a tientas, pisando algunas ramas que lastimaban sus pies, sobre una capa de hojas muertas muy resbaladizas, chapoteando en el barro... hasta que, de pronto, dejó de llover. Lo percibió como una señal de que a partir de entonces todo iba a mejorar. Se quedó quieta en un punto donde el bosque frenaba su avance para abrirse en un amplio claro de hierba alta y helechos. Estudió aturdida aquel paraje amable y espléndido. Después de tanta oscuridad, de tanta confusión, aquel respiro natural se le ofrecía como un regalo. Incluso en aquella noche cerrada se distinguían los contornos de aquella explanada llana que se extendía suavemente ante ella.

«*Inténtalo, sigue...*», se dijo en un murmullo. Pero no se movió, aunque era consciente de que necesitaba salir del estado de parálisis en el que

se estaba hundiendo. La descarga de adrenalina que la había impulsado hasta allí empezaba a desaparecer y se estaba sintiendo por momentos derrotada, al borde de la extenuación. Y el dolor en sus huesos continuaba, intenso, penetrante...

Pensó unos instantes, parada al borde del bosque. Allí, calada, escuálida como una aparición fantasmal, se sentía desvalida y a punto de desmayarse... «*¿Y si me encuentra...*».

«*Oh, Dios...*», sollozó. Se llevó una mano a la boca, asustada. Intentó apartar de su memoria el recuerdo de aquel aullido espeluznante rasgando la oscuridad mientras se precipitaba en el río...

Dio algunos pasos vacilantes. La hierba crecida le llegaba por las rodillas. Sus piernas apenas se movían pese a su voluntad, como si en vez de músculos tuviese extensiones de piedra, pesadas y rígidas.

Y de pronto no pudo respirar.

El pozo de miedo en el que se debatía bien podía devorarla. Como su soledad.

Necesitaba descansar... porque no tenía fuerzas. Y si no hacía algo, muy pronto perdería la cabeza, y la vida... o al menos eso le parecía. Estaba tan confusa, tan esquilhada... tan vacía... Como el corazón de una manzana, cuando aparece después de que alguien haya devorado toda la pulpa, mostrando su hueso al desnudo. En ese momento ya no queda nada que roer, ¿verdad?

O tal vez sí.

Se miró las piernas desnudas, temblando de frío, los pies descalzos, y la camisola desgarrada, llena de barro y empapada. Apenas tapaba su delgada figura... Una enorme tristeza invadió su corazón. Se sentía de pronto demasiado expuesta, y muy, muy vulnerable.

Tiritaba como una hoja. Empezaba a tener fiebre. El silencio se tragó su desesperación... Hasta que al fin se hincó de rodillas entre la hierba, floja, como una muñeca de trapo. Oyó un chasquido... y ya fue incapaz de sostenerse. A lo lejos, como dispersos y huecos, se escuchaba el sonido de unos cencerros; tal vez hubiera yeguas, como las que solían pacer en los montes que ella conocía, salvajes, de patas cortas, largas crines y grandes barrigas. Sonrió levemente... Recordaba ese sonido, reconocía la sensación que le provocaba, familiar y agradable, y se aferró a ella.

Permaneció inmóvil en el mismo sitio donde había caído. Escuchó

con atención. No había nada ni nadie. Todo estaba en calma, como si el tiempo se hubiese detenido. La oscuridad de la noche bañaba su soledad encerrándola en ella. Percibía el aire contenido en sus pulmones, un aliento suspendido tiempo atrás, empaquetado en un alarido de terror mientras el mundo al otro lado de su sufrimiento había seguido avanzando. Tiritaba a causa de la fiebre, a punto de desvanecerse, y su debilidad venció al miedo. Se tumbó entre la hierba y se dejó llevar, incapaz de luchar más. Decidida a rendirse al agotamiento, cerró los ojos y desterró fuera el horror, el frío y la muerte.

Intentó espantar las ideas que su imaginación sugería sobre su estado... No llovía, y su cerebro se tragaba el sonido del viento y los lejanos cencerros...

¿Estaba a salvo? ¿Estaría alguna vez a salvo? No mientras ese alguien anónimo continuara buscándola. Y sabía que no iba a detenerse, porque aún querría doblegar su voluntad hasta hundirla, hasta hacerla desaparecer... o hasta matarla.

Pensó en su padre. Ahora que era libre, que tenía una oportunidad, volvía a su pensamiento invadiéndolo dolorosamente... ¿Cómo sabría él lo que había pasado? ¿Estaría buscándola?

Tendida en aquel punto, en medio de la nada, al borde de un bosque desconocido, creyó que, pese a estar directamente tumbada sobre la tierra, mojada y aterida de frío, caería pronto en un sueño profundo y reparador, en el que sus amigos aparecerían para rescatarla... pero no fue así. En cuanto cerró los ojos empezó a tener pesadillas, fruto de la fiebre. Soñó que su secuestrador regresaba, con su horrenda máscara, y que la torturaba. Los interminables golpes, los insultos, su insistente desprecio, sus manoseos... El horror invadió su mente y acabó por dominarla, sumiéndola en un delirante estado de ansiedad.

Despertó a cada rato sobresaltada, bañada en sudor, cada vez más allá de la realidad.

Quiso dominar los temblores que sacudían su cuerpo desmadejado, pero no le bastaba su empeño para desterrar los efectos de la fiebre, y aquella oscuridad muda en la que se encontraba no ayudaba. El miedo era tan grande que muy pronto tuvo la sensación de estar atrapada en una caja, como si el aire fuera escaso y el cielo oprimiese su cuerpo contra el suelo.

Fuera y dentro de sí misma estaban las tinieblas, y más allá estaba la

noche oscura y las montañas, aunque no pudiera verlas.

En alguna parte, tal vez muy cerca, estaba su secuestrador.

Dentro de ella estaba el miedo...

Y alrededor, el silencio.

El miedo y el silencio se aliaron contra ella.

Era un personaje solitario en medio de un escenario, con los focos fijos en su persona, acentuando su percepción de unidad, su yo en medio de la nada, alienado y extraño.

El miedo es irracional, y se alimenta de la duda, de la inseguridad y de la soledad. El miedo, ese gran pasajero sin billete que se había colado en su vida, allanándola vilmente, creció en su interior como una enfermedad vírica, dominando su sistema nervioso. Lo hizo a pesar del agotamiento que padecía, lo hizo a pesar de sus esfuerzos por sobreponerse... de la mano de su debilidad creciente, y de la alta temperatura que su cuerpo iba acumulando. Temblaba convulsivamente, dolorida de tanto contraer los músculos de su espalda, atenazada por la rigidez que tensaba sus articulaciones, volviéndolas de cartón piedra. Estaba aterrada, presa de la fiebre, y ese miedo se adueñó con fuerza de su espíritu y lo llenó todo de amenazas... La cordura se apagó en su mente, como si una mano invisible hubiese tirado del cordón.

Helada, se encogió sobre sí misma, completamente empapada, de los pies a la cabeza. Sentía severos escalofríos que recorrían su columna vertebral de forma intolerable, y tenía los pies y las manos congelados, con aquel dolor devorándola por dentro. Todo estaba en silencio, quieto, casi expectante...

Empezó a ser incapaz de soportar la tensión que ese silencio le provocaba. Sus sentidos se dispararon. Dio vueltas sin parar, enredándose en la hierba, entre delirios horripilantes. La ausencia absoluta de cualquier sonido que no fuese su propia respiración o el roce de su cuerpo al agitarse sobre la tierra, era demasiado patente e incluso estruendosa, y se traducía en un insoportable ruido de fondo que llegó a ser ensordecedor. La atmósfera se volvía pesada a cada instante, el aire húmedo, y su soledad, de pronto, tomó unas dimensiones insondables que le hicieron estallar en desconsolados sollozos...

Precisamente ahora que había logrado escapar, sucumbía a la fiebre y el dolor. Le resultaba intolerable no saber si podría sobrevivir en un futuro inmediato. Al menos cuando estaba presa parecía conocer los ritmos que le

imponía su captor, dominaba ese particular infierno, como si al final, ya no hubiese nada que lograra sorprenderla... Ahora no quería morir, ansiaba vivir, y se llenaba de cólera pensando que podía no pasar de aquella noche, y que nadie jamás sabría que había sido de ella...

Isabel giró los ojos hacia el cielo negro, abriéndolos de par en par, buscando algo, tal vez las estrellas... Percibía la muerte, rondándola...

Contuvo un lamento, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas ardientes. La sensación de estar dormida, sumida en una pesadilla de la que no lograba despertar, era tremenda. Se llenó de dudas. Estaba enloqueciendo, ardía, su piel ardía, pero el hielo torturaba su cuerpo por dentro. Ya no sabía si soñaba o estaba despierta. Sollozó amargamente, histérica, y rezó entre hipidos desconsolados por su vida. No merecía morir así, no podía morir así después de todo lo que había pasado, después de que había llegado hasta allí. Era injusto, y era cruel...

Un frío antiguo acartonó su cuerpo, le subió desde las tripas, agarrotando su estómago, encogió su corazón, que literalmente dejó de latir, y trepó por su garganta hasta enmudecer su voz, velar su entendimiento y nublarle la vista. La sangre huyó de su cabeza, abandonó sus mejillas y se replegó hasta acumularse en su pecho, para luego desplegarse bombeando frenéticamente por todo su cuerpo... El aire que pasaba por su nariz quemaba; quiso huir, librarse de aquel pánico como fuera, llamar pidiendo auxilio, porque oír su propia voz sin duda rompería el hechizo de pesadilla en el que estaba atrapada.

Pero no podía moverse y la voz se ahogó en el nudo que cerraba su garganta. Cerró los ojos, como si de ese modo pudiese inhibirse del pánico...

«Qué coño haces aquí...».

Estas palabras sonaron junto a su oído, tan cerca que casi pudo sentir el aliento de quien las había pronunciado, muy, muy cálido, a su lado... Levantó la cabeza, abrió los ojos... y vio junto a ella, mirándola atentamente, una figura. Aulló de angustia, chilló dando manotazos, creyendo que soñaba, pero la figura continuó allí, imperturbable...

La academia de corte y confección hervía de actividad, como siempre. Antes de llegar, Ana había ido preparando el discurso que utilizaría ante el secretario, Don Agustín, para pedirle ayuda. No podía saber cómo iba a reaccionar, pero esperaba que estuviera dispuesto a apoyarla, si es que había apreciado tanto a su hermana como ella creía. Tenía la impresión de que Isabel había sido para él como una hija, de ahí que se hubiese disgustado tanto ante su repentina marcha. Si no... buscaría en otra parte. De todos modos, no tenía nada que perder por intentarlo, y en cambio sí ganaba mucho si su descabellada idea tenía éxito.

El trayecto hasta la sede de la academia duró veinte minutos, durante los cuales consiguió mantenerse más o menos centrada en lo que quería conseguir presentándose de nuevo allí. Era muy consciente de que, a aquellas alturas, Don Agustín podría hacer muy poco en su favor ante quien realmente dirigía la academia, Don Manuel Aristizabal. El modo en que Isabel había abandonado su puesto de trabajo la dejaba a ella en mala posición para pedir empleo.

Estaba decidida a hacerlo, pero le suponía un duro paso al frente. Mientras caminaba procuró sofocar el dolor que le provocaba renunciar a volver a Madrid. Iba a tener que llamar a la señora Kauffman. ¿Cómo justificarse ante ella? Corinna no lo entendería. Ella, que había pasado aquellos dos años inculcándole la ilusión por labrarse un futuro profesional,

por estudiar y crecer... Le diría que era una decisión temporal, aunque ni ella misma lo creía.

Esa parte era muy dolorosa. Aunque la llamara por teléfono... Se conocía bien como para saber que no podría contárselo todo de viva voz. Ni siquiera escribiéndole una carta sería capaz de sincerarse. ¿Quería realmente hacerlo? Desbrozar su verdadera realidad ante ella se le antojaba un imposible, como desteñir su presente y su futuro ante ella. Sólo de pensarlo se revolvió por dentro y un sabor amargo llenó su boca.

Cuando llegó a la academia, la hicieron esperar en la misma salita en la que había estado la primera vez. Se sentó con familiaridad, y estuvo curioseando impacientemente las revistas de figurines, sin verlas. Pasaba las páginas mecánicamente, mientras mantenía los ojos fijos en la puerta entreabierta, a través de la cual espiaba a todos los que entraban y salían de los distintos departamentos. Jugó un rato a localizar a Gabriel Ugalde. Sabía que no iba todos los días, y que no tenía un horario fijo, por lo que entraba dentro de lo posible que no coincidieran. En cualquier caso, ¿qué haría si se topaba con él?

Estuvo así entretenida, pendiente del ir y venir del personal de la academia, hasta que Don Agustín acudió a recibirla. Lo hizo con genuina sorpresa, lo que no le impidió atenderla e invitarla a acompañarle a su despacho con su habitual cortesía. Le dedicó una sincera sonrisa de bienvenida, mientras le pedía a una de las chicas que trabajaba en su despacho que se ocupara de que nadie les molestara, cosa que Ana agradeció.

—Y bien, señorita Murria. ¿A qué se debe su visita?

Se sentaron, pero Ana no pudo evitar dudar. Ahora que estaba frente a él, no sabía cómo plantearle que buscaba trabajo.

—¿Le ocurre algo? ¿Señorita Murria?

La joven se sobresaltó. Esbozó una sonrisa, no muy segura de lo que iba a decir o hacer a continuación. Las palabras desfilaban por su mente alocadamente, a un ritmo frenético. No le convenía nada aquel acceso de inseguridad... Don Agustín aguardaba pacientemente a que se decidiera a hablar, y ella, en vez de reaccionar como una persona adulta, enrojeció visiblemente.

—No, no... Verá, Don Agustín —improvisó sobre la marcha, y entonces se imaginó a su hermana Isabel en una situación semejante. Ella no hubiera vacilado... ¡ni un ápice!—... He estado pensando acerca de lo

ocurrido con mi hermana, y... bueno, ya sé que le va a resultar sorprendente, pero no quiero que ella acabe perdiendo su empleo...

—No la comprendo.

Ana no estaba controlándose demasiado bien, hablaba atropelladamente. Ante la atenta mirada de Don Agustín, tartamudeó, se sonrojó de nuevo, y continuó hablando sin saber cómo conducir la visita.

—...me refiero, a que no sé donde está, ni si va a regresar.

—Esas son malas noticias...

Ana resopló nerviosa. «*Dilo y ya está*», se reprochó. No había ido allí por otro motivo que no fuera el de pedir un empleo. Se esforzó por que la idea se hiciera fuerte en su intelecto, como una revelación incuestionable. La posibilidad de conseguir trabajo aquel mismo día se abrió entonces ante ella como un sendero que no podía sino seguir. Si la rechazaba, aún encontraría otras oportunidades, en otra parte.

Tomó aire. Por Celia, por su padre, tenía que dar ese paso.

En ese momento, mientras las últimas palabras de Don Agustín aún resonaban en sus oídos, pues apenas habían transcurrido unos segundos desde que las había pronunciado con pesar, supo que iba a seguir adelante, pasara lo que pasara. El pulso se disparó en sus venas, bombeando con furia la sangre a través de su sistema circulatorio. Debía de estar loca, pero antes de darse cuenta de lo que hacía, su boca se abrió y empezó a hablar.

—...se me ha ocurrido —carraspeó para aclararse la garganta—... se me ha ocurrido, que tal vez pudiera... pudiera admitirme a mí en su lugar —¿realmente estaba haciéndolo? Aquellas palabras salían de sus labios sin proponérselo, como si otra voluntad ajena a ella hubiera tomado el control—... Ya sé que no tengo experiencia, pero aprendo rápido, y podría ocupar el lugar de mi hermana hasta que ella vuelva, o hasta que usted decida lo contrario, claro está...

Don Agustín se quedó sin habla, como si le costara asimilar su propuesta, a todas luces inesperada. Tabaleó con los dedos sobre la superficie de melanina verde portugués de la mesa, con aire pensativo. Realmente estaba considerando su ofrecimiento, algo que Ana hubiera creído imposible... No obstante, trabajar en la academia era la mejor forma de obtener ingresos y acallar los reproches de su madre. Volverían a tener un dinero extra. Trescientas pesetas daban para mucho.

—Espere un momento, por favor...

De pronto el secretario se levantó y la dejó sola. Empezó a pensar que, como era lógico, no la estaba tomando en serio, o que se disponía a echarla, eso sí, con amabilidad. Ya estaba planeando a dónde ir a continuación, cuando regresó con una carpeta en la mano. Se sentó en su silla y la abrió, sin comentar nada. Estudiaba un papel que había en esa carpeta. Trató de adivinar qué era, qué estaba pensando aquel hombre, pero su expresión era hermética.

–Señorita murria. Si empieza a trabajar aquí, tendrá que hacer algunas horas extra para ponerse a la altura de su hermana lo antes posible...

–¿Entonces... me acepta...? ¿Acepta mi propuesta?

–Así parece, sí. La verdad, es que Don Manuel está muy molesto con todo esto, y aún no hemos encontrado a nadie para la vacante que Isabel ha dejado. Esta misma mañana me ha pedido que zanje la cuestión y que busque una sustituta. No pondrá reparos a que sea usted quien ocupe su lugar, siempre que cumpla nuestras expectativas, y... yo tampoco los pondré... si me asegura que no se marchará de la noche a la mañana.

–¡No lo haré! A no ser que Isabel regrese, claro está.

–No, no me ha entendido. Aunque su hermana regresara –le advirtió–, no sé si podré readmitirla. No después de tanto tiempo. Son órdenes de Don Manuel, lo siento.

Eso era previsible, y Ana no se molestó. Lo cierto era que estaba asombrada de que estuviera dispuesto a brindarle una oportunidad de trabajar. ¿Qué diría su madre cuando lo supiera? Se sonrió, regocijándose con su previsible desconcierto. Aquello seguramente iba a desbaratar sus maquinaciones. Ya no iba a poder atacarla por no aportar nada a la familia.

–¿Puede empezar mañana?

Don Agustín le tendió el papel que había estado estudiando y un bolígrafo. Era una ficha de admisión como la que le había mostrado el primer día con los datos de su hermana, pero ésta estaba vacía. Debía completarla. La firma del secretario de la academia, responsable de los empleados, figuraba ya al final del documento, junto a la de Don Manuel Aristizabal.

–Claro, sí. Cuanto antes mejor...

–Nuestro horario empieza a las ocho de la mañana, ya lo sabe. Aprenderá con una compañera, para adaptarse a su tarea, de momento por las mañanas. Sea discreta, póngale el mismo empeño que le ponía su hermana, y todo irá bien. Ah, y... señorita Murria, no haga que me arrepienta. No

quisiera tener que darle explicaciones a Don Manuel.

–No tendrá que hacerlo, ¡se lo aseguro! –Ana sonrió alegremente, y su buen humor se contagió fácilmente al que iba a ser su jefe a partir de entonces, quien también esbozó una natural sonrisa de complicidad–. Muchas gracias Don Agustín...

Al salir del edificio estaba exultante. De pronto la pena por tener que abandonar a los Kauffman en Madrid se había esfumado. Se encontraba encantada ante la hazaña lograda, más aún, por lo que implicaba.

En semejante estado de ánimo, y con un día tan maravilloso como el que lucía sobre la ciudad, retrasó su regreso a casa premeditadamente. Aspiró el aire fresco de la mañana y alzó el rostro moreno, buscando el calor del sol. Una brisa agradable revolvió su cabello. Lo llevaba cuidadosamente recogido en la nuca, los largos mechones ondulados sujetos bajo un sombrerito coqueto al que le había cogido un cariño especial, pero tuvo que remeterlos varias veces para que el aire no los enredara estropeando el peinado. Se arrebujó en su abrigo y caminó hacia el puerto de San Sebastián. No tenía prisa. Entretenerse viendo la actividad de los barcos pesqueros, paseando por delante de las bonitas casas que miraban al mar, era sin duda una buena idea. Además, necesitaba meditar.

Atravesó el puente del Kursaal y continuó a través de la Parte Vieja, hasta desembocar en el muelle, donde se desarrollaba una gran actividad. Las mujeres trabajaban sentadas en el suelo, entre grandes redes de pesca, arreglándolas, y los hombres se movían con agilidad sobre sus botes, o en la cubierta de los barcos pesqueros, concentrados en la faena. Olía a mar, a carraquelas, a quisquillas, lapas y mejillones, a brea y aceite de pescado... Hacía mucho que no paseaba por el muelle. Resultaba encantador. Desde donde estaba se veía la Isla Santa Clara y el faro.

Ana se detuvo, ahora algo melancólica. Era como contemplar algo que no se puede tener...

El monte Urgull se erguía sobre el puerto y la ciudad, cubierto de una densa arboleda. Era imposible no enamorarse de San Sebastián. Ni la reina Maria Cristina, ni muchas otras grandes personalidades de la aristocracia a lo largo de su historia, ni tampoco Franco, se habían podido resistir a sus encantos; de hecho, el caudillo veraneaba allí cada año, y con frecuencia se podía ver su yate, el Azor, meciéndose en las aguas de la bahía. Odiaba la idea de que ese dictador disfrutara de su ciudad... Incluso el ayuntamiento

había comprado el Palacio de Aiete, en el que se habían alojado Alfonso XIII y su madre la reina María Cristina, para ofrecérselo a él como residencia veraniega... San Sebastián acogía a sus visitantes con calor y encanto, ofreciéndose a ellos llena de misterio y romanticismo...

¿Cómo no amar un lugar así? No obstante, ella miraba a su ciudad con otros ojos. Había sufrido tanto a causa de su madre... Le costaba... disfrutar de aquel entorno encantador. Cada vez que lo intentaba, ella lo estropeaba todo. Algo en su corazón tembló, conmovido por la manera en que la ciudad la abrazaba, mostrándose ante ella en todo su esplendor. Casi parecía querer encandilarla, seducirla, jugueteando alrededor... Sonrió con dulzura. Tal vez algún día pudiera reencontrarse con ella, liberada de su pesada carga, para volver a comprenderla, para conocerla, y recorrer sus rincones descubriéndola por vez primera, con una nueva mirada.

San Sebastián... Ni siquiera sumida en las sombras lograba desprenderse de su luz. Siempre había ocupado un lugar en su corazón, esperando su momento para poder desplegarse como los pétalos de una flor, mágica y espléndida. Cuando eso ocurriera, ya no podría marcharse.

La joven se volvió entonces, y se encontró directamente con Gabriel Ugalde, quien en ese momento caminaba hacia ella con la sorpresa dibujada en su rostro. Ana sonrió, aunque un ramalazo de inquietud sacudió su buen humor. El señor Ugalde iba acompañado de otro hombre, más o menos de su edad, unos veintinueve o treinta años.

—¡Señor Ugalde!

Aunque había deseado volver a verle, acababa de interrumpir un momento demasiado íntimo, y se sintió desnuda, muy vulnerable. Se sonrojó, como si la hubieran descubierto cometiendo una infidelidad.

A Gabriel en cambio le resultó encantadora su turbación. La saludó con comedido entusiasmo, ocultando en parte la ilusión que le provocaba volver a verla. Ana se extrañó. Se mostraba muy distinto de la primera vez. Estaba más... natural. Al verla, sus ojos se habían abierto con genuina alegría, y con algo parecido al alivio. ¿Por qué?

—¿Dando un paseo? —sus ojos verdes brillaron con calidez. Al menos no la odiaba—. Oh, disculpe, éste es mi compañero en el periódico, Ignacio Damasco.

—Señorita... —éste último la miraba con una mezcla de asombro mal disimulado.

–Ana Murria –la presentó Gabriel.

–¿El periódico...? –inquirió ella haciendo caso omiso de su amigo.

–¿No se lo dije? Soy periodista en «La Nueva Voz»...

La joven se recompuso. No sabía a qué se dedicaba, y una profesión así podía resultar muy conveniente. Aprovecharía la ocasión, ya que le tenía allí mismo, para pedirle que hiciera algo por Isabel, por ella... Sin embargo, la presencia de Damasco la incomodaba. Prefería que no estuviera delante mientras hablaba con Gabriel. Iba a rogarle que se apartara unos minutos, cuando él mismo se adelantó, dirigiéndose a su compañero.

–Damasco, ¿te importa? Necesito hablar un momento a solas con la señorita.

–Date prisa –murmuró él. La miraba con descaro, como si fuese una serpiente capaz de picarle.

El joven esperó a que se hubiera alejado lo suficiente, y tomando del brazo a Ana la incitó a caminar, eso sí, con delicadeza. Su espeso cabello castaño estaba oculto bajo un sombrero de fieltro. Había abandonado su inicial tirantez. A la luz del sol sus ojos brillaron, y la forma en que resplandecieron, junto a la sonrisa amplia y genuina que esbozó, mejoraron la impresión notablemente. ¿Qué le había hecho cambiar?

–Su amigo no parece muy contento –sonrió Ana, contenta de verle tan receptivo.

–No le haga caso, a veces tiene mal talante... Ana, me alegro de encontrarla... Dígame, ¿ha sabido algo de Isabel?

¡Qué oportunamente preguntaba por ella! Ana se alegró de que le pusiera las cosas tan fáciles.

Gabriel tenía dos razones de peso para su cambio de actitud. La primera era que habían encontrado ya dos cadáveres en muy poco tiempo, ambos estrangulados. El hecho de que hubiera un asesino suelto en San Sebastián, le había hecho preocuparse por la suerte de Isabel. Le había dado muchas vueltas al hecho de que la joven le hubiese pedido ayuda, desapareciendo a continuación sin dejar rastro. La segunda, era que Ana le atraía de una forma que no podía controlar.

–No. Todo sigue igual...

Contuvo un gesto que a ella no se le escapó. Se le notaba agobiado por algo. La joven vaciló. Quería pedirle ayuda, pero no sabía cómo hacerlo. Además, le estaba resultando muy incómodo hablar con él; sus ojos verdes,

tan profundos, lograban alterarla demasiado. Recordó entonces que iban a coincidir a menudo en la Academia, así que... más le valía controlar sus emociones.

—...Antes de nada —tenía que decírselo cuanto antes—... antes de que lo sepa por otros, quería contarle que a partir de mañana empiezo a trabajar en la academia... Sólo por las mañanas por el momento, pero estoy contenta...

—¿...en la academia? —ahora era él el sorprendido.

—Necesito trabajar —Ana se sonrojó, como si se avergonzara por necesitar un empleo—, y le he pedido a Don Agustín un puesto.

—El de su hermana... —el semblante del joven se contrajo.

—Ya estaban buscando una sustituta —se excusó Ana de inmediato. ¿Por qué lo hacía? No había nada de malo en ello... A pesar de ser consciente de lo absurdo de su actitud, continuó dando explicaciones—. Por lo que sé, no iban a guardarle el empleo indefinidamente... ¿Qué ocurre? ¿Le parece mal?

—¿Qué? No... No. Es sólo que... En cualquier caso ya no trabajo en la academia, lo he dejado —un velo cruzó su fisonomía al recordar el cadáver destrozado en Urgull—. Mi trabajo en el periódico va a requerir de mí más dedicación a partir de ahora, así que he tenido que despedirme.

Dijo aquello con una medio sonrisa que más bien reflejaba la tensión que estaba sintiendo desde que comenzara aquel sórdido asunto de los asesinatos. Además, había tenido una fuerte discusión con Galarza, antes de lo que hubiera esperado, cuando éste se había empeñado en publicar la noticia antes de tiempo. Por fortuna, había logrado contenerle. Por el momento el periódico iba a esperar las indicaciones de Berriatua. Ahora ya sabía a qué atenerse con su jefe, y estaba furioso. Iba a tener que lidiar con él hasta que todo se resolviera.

—Más horas de trabajo... —se limitó a explicar.

Hasta entonces habían ido caminando muy despacio, pero Gabriel se detuvo. No podía confesar que había un estrangulador en la ciudad. Por un lado prefería hacerlo, para que Ana tuviera cuidado en adelante, y por otro, se había comprometido a guardar silencio. No sabía hasta qué punto podía confiar en la discreción de la joven. En la distancia, Ignacio Damasco también les observaba.

Ana notó su inquietud, y le miró con curiosidad. Estaba muy lejos de adivinar lo que estaba barruntando. Ella sólo esperaba aprovechar la ocasión.

Aunque acababa de decir que tenía mucho trabajo... Se mordió el labio.

–¿Ha pensado en lo que le dije? –le soltó de repente.

–No comprendo...

–Me refiero, a mi hermana. Sé que acaba de decir que va a estar realmente ocupado, pero es usted periodista –Gabriel no pudo evitar que sus facciones se contrajeran levemente. Ana se dio cuenta y frenó sus palabras... Sé que tiene usted mucho que hacer, pero... ¿No podría buscar un hueco para ella?

Gabriel no contestó inmediatamente.

–Sé que es demasiado... Apenas nos conocemos y ya le estoy pidiendo favores...

–No –se apresuró a negar–... No, es sólo que...

–Sé que está ocupado, pero se lo ruego...

A Gabriel le hizo gracia su cara de desesperación.

–No es eso, se lo aseguro...

Ana abrió la boca, y la cerró. ¿Qué era entonces? Decidió insistir. No conocía a nadie mejor para ayudarla a encontrar a Isabel.

–Había pensado que... pensaba... que tal vez usted, siendo periodista, acostumbrado como estará a investigar, por su trabajo, quiero decir, tal vez pudiera hacer algunas indagaciones...

–¿Sobre su hermana? –Gabriel frunció el ceño.

–Claro... Sólo quiero encontrarla, saber que está bien, ¿usted no?

–¡Por supuesto! –protestó él con vehemencia–. Claro que puedo buscar algo que nos aclare qué ha pasado... pero, señorita Murria, ya se lo he dicho, ahora estoy muy agobiado de trabajo, puede que tarde en decirle algo... –aseguró bajando la voz.

–No necesito mucho, sólo saber si está en Francia –le especificó Ana–. Seguro que usted puede averiguar eso.

Gabriel suspiró. Iba a tener que preguntar a Berriatua al respecto, y el Guardia Civil estaba saturado.

–Puedo hacerlo –aceptó de todos modos. Quería hacerlo–. Eso está a mi alcance.

–Gracias –sonrió Ana, sintiéndose muy aliviada–... Sólo quiero tener noticias de Isabel, estoy segura de que lo comprende...

–Claro que lo entiendo. Además, Isabel me pidió ayuda –Le recordó–. Aún estoy dispuesto a prestársela.

Algo había ido cambiando entre los dos, sutilmente, pero fueron perfectamente conscientes de ello. Se habían abstraído de cuanto les rodeaba. Ni siquiera se alteraron cuando pasó a su lado un carro tirado por un burro viejo que protestaba rebuznando de forma lastimera, ni de las sonrisas que provocaba entre la gente que se apartaba de su camino. Gabriel estaba cediendo a los encantos de la joven, a su mirada ingenua... Había algo en ella que le desarmaba. Lo mismo le había ocurrido en el portal la primera vez, cuando se había revuelto como una fiera entre sus manos... Su corazón empezó a latir con fuerza en su pecho. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por contener aquel raudal de emociones que le estaban dominando. Ana mantenía la mirada baja, presa de una deliciosa timidez.

Trató de serenarse... Berriatua le iba a matar si además de la carga de trabajo que ya tenía le pedía que investigara si Isabel Murria había cruzado la frontera. No obstante, él también quería saber si lo había hecho.

–Ugalde –Damasco se había cansado de esperar, y se había ido acercando sin que se percataran de ello. Les sorprendió, sacándoles de aquella burbuja que sin pretenderlo les había aislado de lo que sucedía alrededor–. Venga, Ugalde, que nos vamos ya –insistió con visible mal humor–. ¿No decías que tenías prisa?

Saludó a Ana llevándose una mano al sombrero. Era bastante alto, aunque no tanto como su amigo, y se notaba una potente musculatura bajo su chaqueta, que le confería un aspecto intimidatorio. A ella le cayó mal al instante, sobre todo por la mirada apreciativa con que recorrió su figura, lenta e intrusiva.

–Discúlpeme, señorita Murria –Gabriel pareció tan irritado como ella, por su forma de mirarla y por la interrupción–... Al parecer no tengo más tiempo.

–Tal vez podamos hablar más tranquilamente en otro momento.

–Ya se lo he dicho, no creo que eso sea posible, al menos enseguida...

–¿Y cómo nos encontraremos? Si ya no va a estar en la academia...

–Yo la buscaré –murmuró Gabriel.

Ana sintió que el corazón se le disparaba. Agradeció sinceramente su preocupación. Con eso le bastaba, aunque se sorprendió al comprobar cómo la afectaba. Era incapaz de apartar sus ojos de Gabriel. Éste esbozó una leve sonrisa cómplice y la saludó para después alejarse de ella. Respecto a

Damasco, estaba tan molesta por la forma en que la había mirado, que ni siquiera le saludó.

Había sido un encuentro muy breve, pero la había dejado sumida en un mar de extrañas sensaciones.

De camino a casa, Ana no pudo dejar de repasar su extraño encuentro con Ugalde. Aún estaba impresionada por las emociones contradictorias que despertaba en ella. ¿Cómo iba a poder charlar con él con normalidad si cuando le tenía cerca se sentía así? Incómoda, excitada, intimidada, todo al mismo tiempo. Si lo comparaba con lo que otros jóvenes habían despertado en su corazón otras veces, esto era mucho más... turbio, como asomarse a un pozo peligroso sabiendo que al fondo está el abismo.

Luego se acordó de Corinna... ¿Y si le mandaba un telegrama? Si pretendía quedarse en San Sebastián indefinidamente, le debía una explicación... Suspiró llena de pesimismo. No la había avisado todavía, y un telegrama le resultaba insuficiente. Necesitaba hablar con ella. De inmediato se desvió para hacer aquella llamada. Llevaba retrasándola demasiado tiempo.

Quería explicarle, al menos en parte, cuál era su situación, y pedirle disculpas por tener que dejar el trabajo y todo lo demás, aunque le diría que era una situación temporal. En realidad se trataba de pedirle más tiempo... un tiempo indefinido que podía ser de un mes, como de un año.

No, no iba a ser una llamada fácil. En el fondo no deseaba hacerla. Hubiera preferido mil veces regresar a Madrid, donde sin duda era mucho más feliz. Apreciaba sinceramente a su familia alemana y cuanto habían hecho por ella.

Se alegró de que la familia Kauffman, adinerada y afincada en uno de los barrios más exclusivos de Madrid, fuera una de las pocas privilegiadas en

tener teléfono privado en su domicilio. Un telegrama no hubiese sido suficiente ni adecuado.

Había una centralita de telefónica en la avenida de España, así que hacia allí dirigió sus pasos, repasando en su cabeza mil veces las explicaciones que iba a tener que dar. Se había propuesto sonar convincente, sin dar demasiados detalles sobre lo que estaba ocurriendo. Sin embargo, la señora Kauffman adivinaría, en cuanto escuchara su voz, que no se lo estaba contando todo. Sonrió para sí mientras caminaba, al darse cuenta de cuánto significaba para ella esa mujer. Era una confidente sagaz e inteligente. ¿Cómo pretendía ocultarle lo que en realidad pasaba? Era una ingenua.

Cuando la señorita de la centralita le notificó que tenía línea y que podía pasar a una de las cabinas para poder hablar con la señora Kauffman, le temblaron las rodillas. Se metió en el estrecho habitáculo y cogió el pesado auricular negro para ponérselo junto al oído. Le resultaba incómodo y frío, un artefacto antinatural...

—¿Ana?

La joven se quedó helada. La voz de Corinna llegó hasta ella como una dulce canción. No pudo remediar que se le escaparan las lágrimas. Había esperado tanto volver a hablar con ella... Parecía magia escuchar su voz estando ambas a tanta distancia, una en Madrid y la otra en San Sebastián, a más de trescientos kilómetros. Más que nunca se daba cuenta de lo que significaba quedarse en casa de sus padres. Renunciaba a su oportunidad con aquella decisión... No obstante, también comprendía que no tenía elección.

—Señora Kauffman... Corinna...

—¡Ana! ¡Te echaba de menos! —protestó la marquesa con cariño—. ¡Cómo me alegro de oírte! Por fin, ¡has tardado mucho en llamar! Dime, ¿está todo bien? ¿Cuándo vuelves?

—De eso quería hablarte...

—¿Qué ocurre? Ana, te noto alterada...

—Las cosas en casa no están del todo bien —empezó a explicarse mientras se secaba las lágrimas, que resbalaban sin control por sus mejillas—... Mi padre está peor de su enfermedad y con su sueldo apenas llega para todo...

—Pero eso no es problema, Ana. ¿Por qué no me has avisado antes? Si lo necesitas te aumentaremos tu salario para que puedas ayudar, ya lo sabes...

—Sí... Lo sé, pero...

¿Qué decir? ¿Que su hermana se había largado dejando a su familia en la estacada? No, no podía decirle eso.

–Ana, ¿qué ocurre? –Corinna ahora sonaba preocupada–. Puedes contármelo con total confianza...

–En realidad no –Ana se enderezó. Iba a tener que apelar al buen juicio de aquella mujer, a su comprensión y al cariño que le profesaba, poner a prueba esa confianza–. No puedo contarte mucho, sólo que necesito quedarme un tiempo aquí para resolver algunas cosas. Tengo un empleo en la academia donde trabaja mi hermana Isabel.

Hubo un silencio al otro lado. De fondo se escuchó un suave zumbido. Cuando ya empezaba a pensar que la conexión se había perdido, Corinna regresó.

–¿Cuánto tiempo?

–No lo sé, puede que un mes o dos –a Ana se le rompió la voz.

–No voy a decir que no me parece mucho tiempo, Ana... Sabes que te queremos como a una hija, y estamos deseando que vuelvas.

–No te lo pediría si no fuera importante.

Un nuevo silencio.

–¿Y tus proyectos aquí? Tus estudios, Ana. Te has esforzado mucho, ¿vas a tirarlo por la borda? ¿Tan serio es lo que te preocupa?

–Sí –le estaba costando mucho mantenerse firme, y no quería que ella lo notara, o redoblaría sus esfuerzos para convencerla. Procuró darle un tono firme a su voz la segunda vez que habló–. Es importante, Corinna. Y no estoy tirando por la borda todos mis planes. Pienso volver, es sólo que...

Pero Corinna no estaba acostumbrada a ceder a la primera tentativa. Empezó a darle argumentos de peso, a cuestionar sus motivos, a tratar de convencerla de que regresara, hasta que el dolor en la voz de la muchacha hizo que frenara su ímpetu. Se dio cuenta de que no iba a hacer que cambiara de opinión, y en cambio estaba haciendo que sufriera.

–Está bien Ana –renunció al fin con un suspiro–... Creo que he llagado a conocerte como para entender que algo grave debe de estar sucediendo, así que si lo necesitas, y estoy segura de que así es, quédate el tiempo que haga falta.

–¿De veras? ¿No será un problema? Quiero decir, que el trabajo...

–No, Ana. Soluciona lo que sea que te está afectando tanto y vuelve a casa. Sólo te pido eso. Prométeme que volverás.

–Lo prometo –musitó ella.

Aquellas palabras, sobre todo la palabra «casa» en labios de Corinna, la emocionaron. Se echó a reír con el nerviosismo a flor de piel. La hacía inmensamente feliz. Estuvo un buen rato tratando de expresar su gratitud entre lágrimas y risas, y al final prometió que la tendría al tanto de todo de vez en cuando, por telegrama.

–Si me necesitas, llámame, Ana. No me obligues a ir a buscarte, porque lo haré, ¿me has entendido? Te traeré de las orejas, si es necesario.

–Así lo haré –se rió antes de despedirse.

Cuando hubo colgado se quedó un rato pensando, incapaz de alejarse del teléfono. Había sido más fácil de lo que había imaginado.

Luego, nada más salir de la cabina, se sintió desfallecer, como si le hubiera abandonado el coraje y estuviera vacía. Ya no había vuelta atrás.

¿Había sido suficiente aquella llamada, para ella misma? No... No había podido sincerarse, y necesitaba hacerlo... Se arrepintió de no haber dicho todo lo que pasaba. Escribiría una carta. Tampoco había nada que ocultar... Era hora de que la señora Kauffman supiera toda la verdad. Tal vez ella pudiera aconsejarla, como había hecho siempre. Recordó su tono comprensivo. Incluso en la distancia, hablando a través de la línea telefónica, la había sentido cerca.

Se quedó parada unos instantes en medio del pasillo que conducía a las cabinas, buscando en su interior alguna emoción que explicara cómo se sentía, pero no logró encontrar nada que definiera sus emociones. Se había alegrado de que todo fuera sencillo, de que fuera Corinna quien había contestado al teléfono, de que la apoyara como lo hacía, ofreciéndole incluso un aumento de sueldo ya de por sí generoso... y sin embargo ahora la tristeza se estaba adueñando de su espíritu.

Tenía que volver a casa. Eso era.

Pensó en Margarita Clarín y el corazón le dio un vuelco. De regreso al infierno. Al fin identificó lo que la tenía tan apesadumbrada. Su alma se lamentaba ya, y su excitación por haber conseguido un empleo se esfumó. Había sido un entusiasmo efímero. Una niebla de pesar e incertidumbre lo sustituyó. Odiaba tener que quedarse.

Le llevó apenas un cuarto de hora llegar a la villa Santa Engracia. San Sebastián era una ciudad pequeña, y era fácil desplazarse a cualquier punto de la misma andando, en muy poco tiempo. Le gustaba esa sensación de

intimidad, de poder abarcar cada rincón, algo que en Madrid no ocurría; allí las distancias eran enormes; siempre se sentía perdida entre sus calles, sin tener una conciencia clara de dónde estaba. Madrid y sus días soleados, el calor, los paseos por el Retiro, la Cibeles, la castellana... En la inmensidad de una ciudad que podía hacerla sentir tan pequeña, palpitaba sin embargo un corazón ardiente, y era esa calidez de sus gentes lo que la atraía tanto.

Antes de entrar en la villa, echó un vistazo alrededor. En el puerto, había dedicado unos momentos a mirar su ciudad natal, para ver, para sentir, para dejarse embaucar como sabía que sucedería si tan sólo pudiera pasear por sus calles sin sentirse prisionera. Buscó de nuevo esa sensación, la de poder reconciliarse... Se entristeció al darse cuenta de que las rejas que la mantenían presa las llevaba por dentro, en el corazón. Se volvió hacia la casa. ¿Qué diferencia había? Su carcelera siempre había estado allí, en la villa Santa Engracia. Margarita Clarín lo dominaba todo, contaminaba su percepción de San Sebastián. Por hermosa que fuera su ciudad, nunca se había sentido en casa. Como en el muelle, antes de su encuentro con Gabriel Ugalde, se repitió que tal vez algún día pudiera empezar de nuevo con ella, recorrerla para redescubrirla, y verla con otros ojos.

Una honda tristeza ganaba terreno en su espíritu. Cruzó la verja con el corazón en un puño.

Subió la cuesta despacio. Al abrir la puerta principal, se dio cuenta de que algo ocurría fuera de lo común. Se detuvo en el vestíbulo. Se escuchaban muchas voces, y por encima de ellas la risa alegre de su madre. Sólo la oían reír así cuando tenía visitas. Y ya sabía lo que suponían esas visitas... A Margarita Clarín le gustaba aparentar que vivía holgadamente, como lo había hecho antes de la guerra, y para mantener esa impresión ante los demás, solía organizar comidas, o cenas, a las que invitaba a sus amistades, esforzándose por servir en la mesa lo mejor que podía conseguir. Eso significaba que habría vaciado la despensa, ya de por sí exigua.

Ana contuvo la respiración con pesar. Ese día, y los que siguieran, no tendrían nada consistente que comer. Su madre prefería dejar pasar hambre a su familia, con tal de agasajar a sus invitados. Estaban a principios de mes, y sin duda no le habría bastado con lo que hubiera cogido de sus reservas. Habría vuelto a gastarse el sueldo que su padre había llevado a casa en comprar algo caro, de estraperlo...

Un delicioso aroma flotaba por toda la vivienda, provocándole una

dolorosa punzada en el estómago.

–...hay cosas que no cambian... –murmuró pensando sobre todo en Celia. ¿Habría vuelto ya del colegio? Esperaba que hubiese subido a su habitación, tal y como le había pedido que hiciera.

Avanzó por el pasillo de puntillas, hasta asomarse al salón, a través de la rendija que dejaba la puerta entreabierta. Su madre había montado la mesa grande, con su mejor mantelería y la vajilla buena. Allí estaba ella, sirviendo a sus invitadas, tres mujeres, entre las que se encontraba su tía Asunción. Ésta estaba seria, pero las otras dos sonreían ante los comentarios jocosos de su madre. Ana se quedó mirándola, hechizada por la transformación que sufría cuando recibía a sus amistades.

No era la misma. Se había arreglado con esmero, lucía su mejor vestido, subida en unos tacones que la hacían más esbelta, y su rictus severo había desaparecido; sus ojos brillaban llenos de alegría, oscuros, grandes y hermosos. Margarita Clarín era una mujer guapa, morena, vital, elegante, con grandes dotes de conversación cuando se lo proponía, y una risa encantadora, muy contagiosa. No parecía la misma persona con la que había estado discutiendo la noche anterior, la misma que les amargaba la existencia día sí y día también... ¿cómo podía serlo? ¿Cuál era la verdadera Margarita Clarín? ¿Aquella, vivaz, ingeniosa y alegre... o la amarga, rencorosa y cruel que martirizaba a su familia cuando nadie más podía verla?

Espió la escena, embelesada con la visión de aquella farsante. Imaginó que una de aquellas maravillosas sonrisas que su madre lucía fuera dirigida a ella... Ojalá.

Al oler el aroma de los deliciosos platos que había en la mesa, pollo asado, patatas... ensalada... los rugidos de su estómago vacío la sacaron de su ensimismamiento... acercándola a la realidad del aceite de ricino que tendría que soportar los próximos días. Lo había olvidado... En dos años no había tenido que volver a probarlo. Siempre había odiado su fuerte sabor, cuyo olor perduraba en el ambiente, y en la garganta aún más, incluso aunque su madre lo calentara en la sartén para añadirle después pan untado en vinagre, un truco que utilizaba con el fin de suavizarlo. Un buen amigo de su padre, un trabajador de una empresa llamada PISBE, dedicada a la pesca del bacalao, solía conseguirles una botella de aceite de hígado de esa clase de pescado todos los meses. Su contenido les duraba alrededor de quince o veinte días... Una o dos cucharadas soperas de aquel líquido nauseabundo les

proporcionaba una buena ración de vitaminas y minerales.

Una arcada le sobrevino al pensar en ello y se llevó la mano a la boca. Se apartó. No soportaba seguir viendo cómo su madre derrochaba la comida. ¿Cómo podía hacerles eso? ¿Para qué? La odió, y a su tía Asunción, que conocía perfectamente la situación de la familia, y aun así aceptaba asistir a aquellas veladas de falsa ostentación, a sabiendas de que sus sobrinas se quedarían sin nada que comer. ¿Tal vez lo estaba haciendo como venganza por haberle quitado a Celia? Quizás era su forma de hacerles notar sus carencias... Ana sacudió la cabeza con indignación. No, su tía podía ser muchas cosas, pero eso no.

Se olvidó del aceite y pensó en su hermana. Ya desayunaban muy poco por las mañanas, un café, mientras lo había... o achicoria cuando se acababa, y sabía por experiencia que no volverían a probar nada de fundamento en todo el día... o en varios días. Desde que Isabel se había marchado y faltaban sus ingresos, la situación sin duda era aún peor.

De pronto empezó a sonar una vibrante música en la radio, y las voces de las mujeres elevaron su tono tanto que era imposible seguir ignorándolas. Ana se apoyó en la pared y cerró los ojos, escuchando la algarabía. Deseó que acabara y por fin las invitadas se marcharan... Entonces la voz de su madre se alzó por encima de las demás, clara y vibrante, y su hija se sobrecogió. Hacía mucho que no la escuchaba. Cantaba muy bien, y al oírla las demás guardaron silencio, superadas por el encanto poderoso de una voz tan potente como melodiosa. Interpretó magistralmente una dulce y difícil canción, desplegando su inmenso don, orgullosa de poseerlo... Cuando terminó hubo aplausos entusiastas y de nuevo risas y comentarios alegres.

Al poco sintió movimiento. La puerta del salón por fin se abría. Se retiró de la pared y vio que en ese momento su madre estaba despidiendo a las tres mujeres que se habían quedado a comer. Su tía Asunción estaba más seria que de costumbre. Lucía un aire circunspecto teñido de reprobación que resultaba sorprendente. Su adusto vestido negro contrastaba con la vestimenta alegre de las otras, que salieron al vestíbulo como una bandada de pájaros sacudiendo su espléndido plumaje, poniéndose sus abrigos al tiempo que charlaban con sus voces estridentes, entre risas y comentarios jocosos. Se notaba que estaban encantadas con su anfitriona.

Ana presenció todo esto recelosa de su animación cuando acababan de dar cuenta de todas sus reservas de comida. Sin duda debían de ser

conscientes de ello, ¿no? Sintió que la furia subía desde su estómago hasta sus mejillas, haciéndolas arder, y saludó a unas y a otras con una sonrisa forzada cuando la descubrieron allí de pie.

–¡Isabel! Hacía tiempo que no te veía –dijo una–... Estás realmente guapa, cielo.

–Soy Ana...

–¡Ana! ¿Has vuelto de Madrid? Me alegro...

Al acercarse su tía, Ana la besó en la mejilla con frialdad, perfectamente consciente de la tirantez que se había establecido entre ambas desde que se llevara a Celia de su casa. Por su parte, Asunción la miró con lástima. Recibió su beso y a continuación se detuvo un instante a su lado.

–...Ana –había un tono de súplica en su voz que la cogió desprevenida. Asunción comprobó con un rápido gesto que ni Margarita ni las otras dos mujeres se fijaban en ellas, y a continuación se inclinó aún más cerca de la joven para hablar en un susurro–... Si lo necesitáis, venid a casa a comer. Mi hermana no tiene vergüenza, no creas que no me doy cuenta de lo que pasa. Por favor, ¿lo tendrás en cuenta?

Ana estaba perpleja. Nunca había visto así a su tía, y desde luego no hubiera esperado nunca una reacción como la que estaba teniendo. Su ofrecimiento cambiaba la imagen que tenía de ella, y se lo agradeció profundamente. Tal vez se estaba equivocando al juzgarla, y sus motivos para haberse llevado a Celia eran, después de todo, más humanitarios que egoístas. Asintió con la cabeza, y la mujer le devolvió el beso en la mejilla antes de salir a la calle sin haberle dirigido una sola mirada o una palabra a su hermana. Debía estar realmente molesta con ella. Ana apretó los labios para ocultar una sonrisa de satisfacción.

Se volvió hacia su madre y sus amigas con los ojos brillantes, y luego, instintivamente, se giró para mirar hacia lo alto, buscando a su hermana con la mirada. La vio agazapada en lo alto de las escaleras, detrás de la barandilla, con su carita hambrienta fija en el espectáculo que su madre había organizado. Así que ya había vuelto del colegio.

Contuvo la oleada de rabia que amenazaba con avinagrar su semblante y se despidió con fría cortesía. No soportaba aquella versión de Margarita Clarín, la versión exclusiva para las amistades. Tenía claro que, en cuanto la última invitada saliera por aquella puerta, volvería la que ella conocía, la de todos los días... la verdadera.

Eran ya las tres de la tarde, y Celia estaba sin comer. Se metió rápidamente en la cocina, antes de que su madre pudiera seguirla, y rebuscó en la despensa, en las cazuelas donde había estado guisando... Pero, como ya esperaba, no quedaba nada.

La joven lamentó haber tardado tanto en volver después de su visita a la academia, pero el encuentro con Gabriel Ugalde había sido fortuito, y la llamada a Madrid era algo que no podía aplazar más... De todos modos tuvo que reconocer que, aunque hubiera llegado antes a casa, tampoco habría podido cambiar las cosas. ¿Reprocharle a su madre su comportamiento? ¿Recordarle que su hija pequeña estaba sin comer? Esa batalla hubiera estado perdida antes de comenzar.

–¿Qué haces hurgando en la cocina? –Margarita acababa de despedir a sus amigas y había entrado tras ella, de nuevo, cómo no, hosca y fría.

–Busco algo de comer, para Celia y para mí –repuso al instante–. Pero no habéis dejado nada, como siempre.

Se mordió el labio, segura de que se avecinaba una tempestad que estaba avivando con sus mordaces palabras. Últimamente no lograba contenerse.

–No pensarás que voy a pasar vergüenza delante de tu tía y mis amigas dándoles cualquier cosa para comer.

–¿Tienen por eso que acabar con nuestra despensa? Ya no por mí, por Celia, madre. Nunca la tiene en cuenta.

–Cuando aportes algo con tu sueldo, podrás opinar. Mientras tanto, no te creas con derechos, ¿o qué crees, que venirte de Madrid sin nada no le quita a tu hermana el pan de la boca?

–No al menos tanto como sus fastuosas visitas... ¿Por qué la tía Asunción no la invita a usted, para variar?

Ana ansiaba abandonar la cocina, pero su madre estaba en la puerta, cortándole el paso. Todo rastro de alegría o buen humor se había esfumado de su fisonomía, y parecía centrada en fulminarla con aquellos ojos despectivos.

–No somos menos que ella.

–Pero es evidente que tiene mucho más dinero.

–¡Se casó mejor que yo! –repuso desdeñosa.

–Papá la quiere, madre...

–Es un desgraciado que no puede sostener a su familia con

dignidad... Si crees que puedes hacer las cosas mejor que yo, adelante.. – sugirió entrecerrando los ojos al tiempo que elevaba la barbilla.

–Mañana empiezo a trabajar en la academia –soltó de pronto, satisfecha de tener algo con que rebatir su desprecio.

Pareció sorprendida.

–Así que no piensas volver a Madrid –le escupió entre dientes–. Pues no creas que te vas a quedar con lo que ganes, ¡como has hecho hasta ahora!

–No pienso darle mi salario para que se lo gaste como ha hecho hoy – rugió Ana.

–No te permito que me hables así, ¡eres igual que tu hermana!

–No sé qué tiene eso de malo...

–De todas maneras no durarás mucho en esa academia, no sabes dar un palo al agua, igual que la inútil de Isabel.

–Ya he avisado a la señora Kauffman. Me quedaré aquí mientras sea necesario, madre, tanto si le gusta como si no.

–No sé cómo te admiten después de que tu hermana se haya largado. ¿Ya saben que te irás en cuanto se te pase el arrebato?

Ana no contestó. Su madre apretó los labios, dio media vuelta y salió, dejándola en medio de la cocina. Hervía de indignación. Miró alrededor desolada, luego salió al pasillo, oyó un portazo, y al mirar hacia arriba vio a su hermana esperando junto a la barandilla. La rebeldía que ardía en su interior era algo nuevo y desconocido para ella.

–¡Baja! –la llamó.

Regresó a la cocina y se fue a la despensa a seguir rebuscando en busca de algo con que llenar sus estómagos. Celia entró al poco, con la desilusión pintada en su carita. No dijo nada. Ya imaginaba qué buscaba su hermana con tanto ahínco. Al fin la oyó exclamar satisfecha, y cuando salió llevaba en las manos una lata de sardinas viejas que había encontrado enterrada debajo de unas sacas de patatas vacías. Había metido en sus bolsillos unas cabezas de ajo, lo único que abundaba en la despensa.

–Algo comeremos por el momento –anunció satisfecha.

–Ajos otra vez... –protestó la pequeña.

Celia sonrió a Ana, la cual ya estaba metiendo las cabezas de ajo entre las cenizas de la cocina para asarlas. A continuación abrió la lata de sardinas viejas, secas en sal, y las extendió sobre una hoja de periódico; las cubrió con otra hoja y empezó a golpearlas con el puño, machacándolas para poder

quitarles la piel... Su hermana la observó hacer sin interrumpirla ni incordiarla con lloros o protestas. Esperó pacientemente a que terminara de limpiar las sardinas y las repartiera entre las dos. No era mucho, pero serviría para matar el hambre.

Cuando terminaron con los «ciriles», como llamaba su padre a las sardinas viejas, les llegó el turno a los ajos. Las brasas de la cocina de leña los habían asado y su aroma se extendió por la cocina cuando los sacó envueltos en un trapo. Con un poco de sal estaban buenos. Los devoraron con verdadero entusiasmo.

–Mejor que el ricino –sonrió Ana, y Celia se echó a reír.

–Tendré que ir a comprar...

–No puedes –anunció Celia con pesar–. Nuestra madre ha estado cocinando toda la mañana... Y en la tienda ya no nos dejan a deber, dicen que nuestra deuda es demasiado grande y que hasta que la liquidemos no nos fían...

–Ay Dios... Pero no te apures Celia, que sin comer no vamos a estar.

Dijo aquello pensando en su tía. Si las cosas estaban tan mal, iban a tener que aceptar su oferta, e ir a comer a su casa. Por supuesto, aún guardaba el dinero que Corinna Kauffman le diera al salir de Madrid, una cantidad generosa de la que su madre no sabía nada, pero creyó más sensato guardarla para un caso de verdadera necesidad. Lo había escondido en un sobre bajo el colchón. Por descontado, iba a mantenerlo fuera de su alcance, y el sueldo que ganara en la academia también.

Aquella noche Ana se acostó esperando con inquietud su primer día en la academia, primero porque deseaba estar a la altura y no decepcionar al secretario, Don Agustín, cuya bondad le había permitido ocupar el puesto de su hermana, y segundo porque, cuando acabara su turno, que por el momento iba a ser sólo de mañana, y saliera para comer... tal vez se encontrara con Gabriel Ugalde. Se estremeció al barajar esa posibilidad. Luego se reprochó ser tan impaciente. Era imposible que el periodista hubiese podido averiguar algo tan pronto...

Estaba tumbada con Celia a su lado. La chiquilla ya casi nunca dormía en su cama, sino que se arrebujaba junto a ella. Miró al techo sin poder conciliar el sueño, en parte por el hambre que aún la atormentaba, en parte porque se había desvelado pensando en que realmente fuera a encontrarse con él de nuevo. ¿Cuándo volvería a verle? Estaba desquiciada con sus propias reacciones. Tan pronto quería encontrarse con él como prefería que se mantuviera lejos. Al menos, si averiguaba el paradero de Isabel, merecerían la pena sus desvelos.

Necesitaba hacer algo para distraerse...

Se levantó con movimientos sigilosos y decidió que había llegado el momento de escribir a Corinna. Echaría la carta de camino a la academia, por la mañana. Encendió una vela y cogió un lápiz y papel de un cajón. Se quedó mirando la hoja en blanco, sin saber qué escribir, ¿cómo contarle la verdad... cómo contarle que no iba a volver? Para que entendiera su decisión, iba a tener que hablarle de su madre. Dudó, y estuvo más de media hora sin saber

cómo salir del paso. Al fin tuvo que aferrarse a su corazón, porque su cabeza se empeñaba en negarse a colaborar. Éste fue el que le dictó las palabras. Al principio sus frases resultaron un tanto confusas. Le costaba confesar qué clase de madre tenía. Arrugó el papel, cogió otro, y empezó de nuevo. Ahora las palabras fluyeron más naturales, y a medida que fue avanzando, su pulso dejó de temblar. Al fin, cuando la hubo terminado, se dio cuenta de que estaba llorando. Releyó la carta. Tal vez era demasiado emocional, después de todo, pero no le importó. Sí, contaba lo justo, sin excederse en detalles que sin duda escandalizarían a Corinna. La dobló y se la guardó. Deseaba que cuando la recibiera, su amiga y mentora supiera cuánto le afectaba no poder volver a su lado. Al parecer la distancia hacía más fáciles las confesiones.

Volvió a la cama con la sensación de haberse liberado de una pesada carga. Una gran fatiga se adueñó de ella... Había sido un día duro.

Tras haber comido tan sólo unos ajos asados y un par de sardinas viejas, apenas suficiente para llenar el estómago, Celia y ella habían pasado la tarde en el jardín, entreteniéndose con juegos cuya finalidad era olvidar el hambre atroz que sentían las dos, y también evitar el mal humor de Margarita.

Por supuesto, no había olvidado la oferta de su tía, sólo había postergado la invitación, convencida de que así no despertaría las sospechas de su madre, la cual, si la conocía bien, se opondría con firmeza a que fueran a casa de su hermana a comer. Su orgullo haría que se avergonzara de que sus hijas tuvieran que acogerse a la caridad de Asunción, y no permitiría que acudieran a su casa, aun cuando fuera para mitigar el hambre al que ella misma las había condenado con sus actos.

Además, después de las crudas palabras que habían cruzado a cuenta de la comida, estaría más alerta que nunca, vigilante de sus movimientos. Si las hubiera visto marchar las habría esperado hasta su regreso. Las habría interrogado en cuanto hubieran cruzado la puerta... Sí, la creía muy capaz de eso. Las habría registrado y les habría quitado lo que llevaran encima, y su tía sin lugar a dudas les habría dado algo extra para que tuvieran algo que llevarse a la boca aquella noche; después habría exigido que confesaran dónde habían estado y de dónde habían sacado la comida... Habrían tenido que desvelar que habían estado con su tía, y ya no habrían podido volver, porque ella se lo habría prohibido. Inmediatamente después habría subido a su habitación y la habría registrado, hasta encontrar el dinero que Corinna le

había dado. Se lo habría quitado...

No, no había querido arriesgarse a eso, así que, había decidido que, aunque tuvieran que aguantarse durante el resto del día, esperarían. Así se lo había explicado a su hermana, y ella, en su infantil percepción de las cosas, se había conformado. Por suerte para ellas su padre había salvado la situación. A su vuelta del trabajo había llegado con algo de comida. Solía sorprenderlas trayendo sobras que cogía del comedor del hotel y aquella noche lo había hecho de nuevo. Ana y Celia lo habían celebrado con secreto alivio, sin querer contarle nada de lo sucedido. Se le veía tan enfermo... que habían preferido dejarle creer que todo estaba en orden. Aquella noche sólo Margarita había estado de mal humor, y aunque la cena no había sido abundante, al menos habían paliado el hambre.

Después, Margarita se había acostado dejándoles a los tres reunidos en torno a la vieja chimenea que presidía el salón de la villa familiar. Ana y Celia apenas habían podido creer en su buena suerte. Que su madre les permitiera disfrutar de aquel rato con su padre sin importunarles con su presencia, era un milagro. Dispuestas a aprovechar el momento, se habían acurrucado a su lado, la pequeña sentada en su regazo, rodeándole el cuello con los brazos, y Ana a sus pies, apoyada la cabeza en sus rodillas. Verle así, tan relajado, pese a la enfermedad que le iba consumiendo poco a poco, había sido para ellas un verdadero regalo. Ana, al sentir su mano sobre su cabello, había suspirado de felicidad, ya olvidada la angustia de aquel día. No sabían cuánto tiempo le quedaba de vida, y solían exprimir cada minuto en su compañía como si fuera el último. José Miguel Murria se dejaba querer. Se había sumido en una melancólica contemplación del fuego mientras acariciaba a sus hijas. Había estrechado a Celia con una mano firme, buscando su calor, al tiempo que alcanzaba el cabello de Ana, tratando de retener su suavidad, el delicado tacto de sus rizados mechones. No habían hablado mucho, pero tampoco lo habían necesitado. Lo único importante era estar juntos, sin barreras, sin límites, sólo queriéndose, y José Miguel había sonreído casi todo el tiempo.

Cuando al día siguiente al fin dieron las siete de la mañana, Ana ya estaba levantada y aseada, lista para su primer día de trabajo. No había pegado ojo, pero ahora se sentía vital y alegre, dispuesta a ganarse su jornal. Además, iba a enviar a Madrid la carta que había escrito por la noche. No había vuelto a leerla para no arrepentirse. La enviaría tal cual. De camino a su

nuevo empleo, pasó por correos y compró un sobre y sellos. Mientras escribía la dirección de los Kauffman, sus mejillas se encendieron. Casi podía anticipar lo que la marquesa haría cuando recibiera su carta y la leyera... Se mordió el labio, dudó. Al fin la envió.

Aquella primera mañana en la academia resultó ser, muy al contrario de lo que había imaginado, pesada y larga. No porque le costara aprender las rutinas de su nuevo trabajo, Don Agustín la recibió con entusiasmo y se volcó con ella para facilitarle al máximo las cosas, y la chica a la cual había encomendado el cometido de acompañarla y enseñarla, Lucía Llorente, estaba siendo encantadora, sino porque Gabriel Ugalde distraía su atención de un modo irritante. Había creído inocentemente que el trabajo sería suficiente para mantener su cabeza entretenida... Al parecer tenía ganas de que se produjera ese encuentro cuanto antes. ¿Por qué? Le gustaba, eso era. Odió reconocerlo, más aún porque estaba claro que ese día no iba a aparecer por allí. Estaba siendo absurda.

Se esforzó por atender a las explicaciones de Lucía y aplicarse en la tarea de ordenar en sobres los patrones corregidos de las alumnas y sus nuevos ejercicios, sobres que después había que etiquetar con los datos de sus destinatarias y clasificarlos por provincias, pero el esfuerzo que empleaba en ello era muy superior al que hubiera debido hacer si no estuviera pensando en Ugalde.

Por suerte, su compañera, una joven coqueta de graciosa sonrisa y ojos chispeantes, no se estaba dando cuenta y se mostraba entusiasmada y paciente con ella, ayudándola cuando se equivocaba e indicándole en todo momento cómo hacer su trabajo, paso a paso. En realidad no era difícil, e incluso resultaba entretenido para una mente ágil como la de Ana, que era capaz de retener muchos datos, a la vez que clasificaba los ejercicios con rapidez.

El ambiente en la academia era agradable y la luz de la mañana entraba a raudales por los altos ventanales; había un continuo murmullo de fondo, alimentado por las voces de las jóvenes trabajadoras, y un permanente trajín en las mesas de trabajo que contribuyó a hacer que Ana se sintiera cómoda e incluso feliz. Pero a media mañana se encontró tan agotada por la lucha que estaba librando consigo misma para concentrarse en lo que tenía entre manos, que empezó a mirar el reloj cada cinco minutos, deseando que pasara el tiempo para poder salir y despejarse.

Al pasar con Lucía por delante de un pequeño almacén ubicado al fondo de la oficina, vio de reojo una máquina de escribir que descansaba olvidada sobre una pila de cajas.

–¿No la utilizáis? –preguntó con timidez.

–¿El qué? –la joven se detuvo y miró con displicencia hacia el almacén.

–La máquina de escribir...

–Ah, ¿ese trasto del pleistoceno? No creo ni que funcione...

Luego sonrió y cogiéndola con familiaridad del brazo la arrastró consigo a otra sala, donde se proponía empezar a enseñarle cómo se preparaban los nuevos ejercicios de cada alumna, con sus patrones e instrucciones. Ana pensó, viendo su manera de caminar sobre sus tacones, su bonito cabello dorado y su alegría natural, que podrían ser amigas a poco que se lo propusiera. Entre explicación y explicación, supo de ella que vivía en Gros, muy cerca de allí, en un cuarto piso, con sus padres, su abuela y sus cinco hermanos, de los cuales ella era la más joven.

–...mi madre tiene una mercería y mi padre es profesor –le había contado–. Pero de los cinco hermanos sólo trabajamos yo y mi hermano el mayor, Javier...

–Javier y tú, quieres decir... –la corrigió Ana sin poder evitarlo.

–Eso, Javier y yo. Porque el resto no encuentran ocupación, aunque mi madre dice que son unos haraganes... ¿Y tú? ¿Cuántos hermanos tienes?

–Somos tres hermanas –Ana pensó automáticamente en Isabel, y al hacerlo no pudo evitar sentir una punzada de dolor en el corazón. Nadie en la academia conocía el motivo por el que había dejado su empleo, y lo cierto era que tampoco habían preguntado al respecto, bien por respeto, bien porque aún no tenían la confianza suficiente con ella. De todos modos, prefería contar lo menos posible. Sacudió la cabeza para desprenderse de sus tristes pensamientos–. Yo soy la mediana, bueno la mayor...

–No he conocido a Isabel, ¿sois gemelas no? –Ana asintió, pero la joven no dejó que contestara–. Ya sé que trabajaba aquí antes que tú, pero yo entré después de que se fuera, al poco. Así que en realidad soy sólo un poco menos novata que tú –al ver su cara de sorpresa, la joven continuó parloteando, como queriendo restarle importancia al hecho de que fuera también una principiante–... Ya verás qué rápido aprendes, ¡es muy fácil! Casi un poco aburrido cuando coges la rutina. Ana... ¿qué ocurre? ¿Tienes

prisa?

Al fin había acabado dándose cuenta de que miraba el reloj casi constantemente. La muchacha se sonrojó, avergonzada de su obsesiva conducta. No recordaba que aquella mañana, al levantarse o durante la noche, hubiera pasado un solo instante pensando en Gabriel Ugalde, pero ahora... Se sintió molesta y abochornada.

—No, no... Es sólo que no estoy acostumbrada a este horario y se me está haciendo raro, perdona...

—Ya te acostumbrarás. ¿Vienes también por las tardes?

—De momento no.

—Entonces estás a prueba, a mí me hicieron lo mismo. Estuve por las mañanas durante quince días, pero no te preocupes, no tendrás problema en que te hagan fija la jornada completa. ¡En esta academia hay mucho trabajo! ¡Es increíble el éxito que está teniendo! Si te lo tomas en serio podrás estar aquí muchos años, o hasta que te cases...

Sonrió con aire cómplice. Ana no pretendía quedarse mucho más de un mes, su idea seguía siendo regresar a Madrid, pero no quiso contradecirla. Lucía continuó con su tarea sin dejar de hablar. Resultaba divertida y era encantador ver cómo se coloreaban sus mejillas con el natural entusiasmo que le ponía a todo cuanto hacía.

De pronto entró en la sala un hombre de unos treinta años de edad, arrastrando un carro vacío. Se trataba, a juzgar por su uniforme, de un empleado de correos. Por lo que sabía, pasaban por la oficina regularmente a recoger los sobres, ya etiquetados y clasificados, los llevaban a la oficina de Correos y los remitían a sus diferentes destinos, por todo el país.

Fue su forma de mirar a Ana lo que llamó la atención de su compañera, tanto, que interrumpió su perorata y se volvió a medias hacia ella para murmurarle en voz baja acerca del interés del repartidor, que parecía sorprendido, a juzgar por su expresión.

—¿Has visto? No te quita ojo... ¿Le conoces?

—Es la primera vez que le veo —repuso Ana sintiéndose incómoda. Era verdad que la estaba observando mientras cargaba su carro.

—Entonces debe pensar que eres Isabel. Si sois tan idénticas como dicen...

—Ya estoy acostumbrada...

Lucía se rió al imaginar qué debía de ser eso de tener una hermana

que fuese una copia exacta de una misma.

—¿Quieres que le diga algo? Yo diría que le gustas, aunque resulta algo siniestro...

—¡No! No... Por favor, preferiría que no...

Lucía sonrió y reanudó su tarea sin darle más importancia a aquello. Ordenó una serie de patrones y los juntó con unas hojas de ejercicios. Ana ya no le prestaba atención, estaba siguiendo de reojo los movimientos del cartero, el cual ya se alejaba hacia otras salas, eso sí, sin dejar de mirarla de vez en cuando, con unos ojos inquisitivos nada tranquilizadores. No era muy atractivo, con un cabello espeso y castaño que le caía en mechones sobre la frente. Sus ojos grises resultaban algo saltones. Alto y bien formado, desplegaba en sus movimientos cierta burda torpeza que resultaba desagradable. Al fin desapareció tras una puerta, y el hechizo se deshizo, quedando ella liberada como por encanto.

Cuando volvió a mirar el reloj, ya era casi la una del mediodía. Faltaba apenas media hora para salir. Eso desató en su interior un verdadero torbellino de emociones. De pronto se encontró acalorada, por absurdo que fuera que esperase ver a Gabriel Ugalde, cuando era impensable que supiera ya algo de Isabel. Lo más probable era que no apareciera en dos semanas, si es que había cumplido su palabra y había estado investigando.

Lucía la sacó de sus cogitaciones. Le propinó un leve codazo. Don Agustín se acercaba, seguramente para interesarse por sus avances. Con idea de apoyarla, se apresuró a elogiar la facilidad con que Ana aprendía y la habilidad que demostraba para el puesto, cosa que ella agradeció sinceramente. El secretario la escuchó, satisfecho de saber que progresaba tanto. La felicitó con amabilidad le deseó que continuara así, y luego se marchó.

Cuando no hacía ni cinco minutos que se había retirado a su despacho, ocurrió algo sorprendente, algo aparentemente corriente que no llamó la atención de nadie, pero que a Ana le resultó curioso e inesperado.

El cartero apareció de nuevo, llevando su carro cargado hasta los topes, y al pasar junto a las dos muchachas se detuvo, entregándole una nota a ella. Ana la cogió, sintiendo su mirada fija en su rostro. Le tenía tan cerca que pudo leer su nombre en la chapa identificativa que llevaba prendida del bolsillo de la pechera de su uniforme: Miguel Zárate. Sin saber por qué, se echó a temblar. Disimuló para darle la vuelta a aquel mensaje, ocultándolo en

sus manos. Buscaba saber qué era. Entonces vio que iba dirigido a su hermana, algo lógico después de todo, si la estaba confundiendo. Por la forma en que clavaba sus ojos de sapo en ella, como buscando confirmación, o como si quisiera decirle algo, supuso que había existido algo entre ellos.

Hubiera podido sacarle de su error, pero algo la impulsó a callar. Se guardó el conflictivo sobre en el bolsillo de su falda y murmuró un «gracias» apenas audible. Cuando se hubo ido, Lucía la miró con aire cómplice. Hubiera hecho algún comentario jocoso sobre su curiosa actitud, pero se percató de la turbación con que lo había recibido, y se abstuvo de preguntarle al respecto.

—¡Es la una y media! —exclamó de pronto, brillantes sus bonitos ojos azules— ¡Nos vemos mañana!

No esperó a que Ana dijera algo, sino que la besó en la mejilla y, al igual que la mayoría de las chicas de la oficina, dejó lo que estaba haciendo y salió volando a recoger su abrigo para irse a comer. Todas tenían prisa, salvo ella, que de pronto no se atrevía a salir. Ahora que había llegado la ocasión, estaba demasiado nerviosa. Soltó un bufido de exasperación, porque después de haber pasado toda la mañana deseando que las agujas del reloj avanzaran más rápido, ahora se sentía incómoda. ¡Como si Zárte fuera a estar en la calle, esperándola! Qué absurda podía ser...

Aquel extraño mensaje, del todavía más extraño repartidor, la tenía en ascuas. Lo apretó en la mano. Aún le costaba creer que su hermana tuviera algún tipo de relación con él. Resultaba tan... zafio. Su curiosidad por saber qué contenía creció. Iba a tener que esperar.

Era la última en salir. Tras ponerse su abrigo, abandonó la oficina. El corazón latía a toda velocidad en su pecho mientras bajaba las escaleras. Cada vez le costaba más poner un pie en la calle. Absurda, absurda, se repitió una y otra vez.

Cuando al fin abrió la puerta del portal y se asomó, no vio a nadie. ¡Pero eso era de esperar! Miró hacia arriba y abajo con disimulo, pero no había rastro del zafio repartidor. Tanta incertidumbre para nada... ¡Qué decepción, y qué alivio al mismo tiempo! Salió maldiciendo su estupidez, y miró de nuevo alrededor, sólo por si acaso... hasta que al fin se convenció de que aquel día no volvería a verle.

Se encaminó hacia su casa, ahora a buen paso. Se daba cuenta de lo infundado de sus nervios. Mientras cruzaba el puente sobre el Urumea, se

reprendía por su actitud. Se juró a sí misma no volver a caer en semejante comportamiento.

Hacía frío, y el cielo se estaba cubriendo de nubes negras, grandes y densas, que avanzaban por encima de su cabeza a gran velocidad. El monte Urgull y el monte Igueldo aparecían coronados por una capa de niebla que ocultaba su cima. Iba a llover. Ana metió las manos en los bolsillos de su abrigo, buscando calentarse. Al hacerlo notó el bulto del papel que llevaba escondido debajo, en la falda de su vestido. Una sacudida recorrió su espalda. Pensó en Miguel Zárate, en su inquisitiva mirada, tan elocuente, y en la manera en que le había entregado aquella nota.

¿Para qué esperar? Mientras andaba, la sacó y la abrió. Le temblaban los dedos, tanto, que estuvo a punto de dejarla caer al suelo, pero la agarró a tiempo y vio que contenía apenas dos líneas escritas a mano.

«Isabel, te espero esta tarde a las siete en el Buen Pastor».

La catedral del Buen Pastor no quedaba muy lejos de su casa. Hacía muchos años que no la visitaba, ¿por qué la citaba allí? Se emocionó al imaginar que tal vez a través de él llegara a saber algo más de su hermana, aquella misma tarde... Reflexionó sobre el modo en que la había mirado. Sus ojos, tan intrusivos, casi exigentes, sugerían una personalidad fuerte. ¿Quién era aquel repartidor para ella? Resultaba demasiado inquietante, pero, aun así, fingiría ser Isabel. Sólo de ese modo lograría que hablara con confianza.

Semejante perspectiva inundó su mente de expectación y cuando por fin alcanzó la verja de la villa Santa Engracia, estaba temblando. Hubiera preferido haber podido hablar con Ugalde antes que con Zárate... aunque, se recordó, esta cita podía resultar muy esclarecedora. Ni siquiera estaba en posición de asegurar que Ugalde fuera a cumplir su palabra.

Nada más entrar en casa se fue directa a la cocina, cogió un hierro que colgaba de un gancho de la barra, y deslizó la tapa de la plancha para arrojar la nota al fuego a través de la redonda boca abierta, dejando que se consumiera. A continuación volvió a dejar la tapa en su sitio y el gancho también. No convenía que alguien más conociera su contenido, y su madre era muy dada a fisgar en todo lo que hacían los miembros de su familia. Se quedó unos instantes junto a la cocina, disfrutando del calor que desprendía la gruesa chapa de acero. Una gran ventana se abría sobre ella al patio trasero, como un cuadro apacible que era agradable mirar mientras los pucheros bullían lentamente con la comida. Siempre le había gustado estar cerca de la

chapa. De hecho su padre siempre la reprendía, temeroso de que algún día se quemase.

Entonces se percató de que había mucho silencio alrededor, como si no hubiera nadie en la casa. Se volvió, salió al pasillo, y llamó a su madre, y después a su hermana. No hubo respuesta. Extrañada, porque Celia ya debía estar de vuelta del colegio, subió las escaleras hacia los dormitorios de la segunda planta. Había una tercera, pero no la utilizaban y ella nunca la visitaba. Resultaba demasiado tétrica, con aquella trémula luz procedente de la claraboya del tejado, sus oscuras puertas, las alfombras desgastadas y el crujido de la tarima avejentada por el paso del tiempo y la falta de uso.

Encontró a Celia en la habitación, acurrucada en su cama. Lloraba desconsoladamente, con la cabeza enterrada en la almohada.

—¡Celia! ¿Qué pasa...

Ana corrió junto a su hermana y se sentó a su lado, abrazándola con cierto temor palpitando en su interior. ¿Qué era esta vez?

—Celia, cariño... ¿qué tienes?

Pero la pequeña no quiso hablar, y se negó a levantar la carita para mirarla, como si estuviera avergonzada. Ana la acunó, acariciando con ternura su cabello. Iba a necesitar un rato para que se calmara, y ella estaba dispuesta a darle el tiempo que hiciera falta. No podía hacer otra cosa. Verla así, deshecha en lágrimas, sólo podía presagiar un nuevo episodio a manos de su madre, y esa certeza la hizo enfurecer. Apenas lograba dominar el impulso de ir a buscarla para preguntarle, pero de todos modos no estaba. ¿A dónde habría ido?

Pasaron más de veinte minutos antes de que la chiquilla empezara a calmarse. Poco a poco dejó de llorar, hasta que se quedó muy quieta, abrazada a ella como si fuera su seguro refugio. Al verla más tranquila, creyó que ahora sí querría sincerarse.

—Celia, ¿qué tienes? ¿Qué ha pasado? Cariño, me tienes preocupada...

La besó en la frente, y al fin logró que alzara su bonito rostro y la mirara. Había en sus ojos una gran turbación, mucha tristeza y... miedo. Al notarlo, se preocupó de verdad.

—¿Ha sido nuestra madre? ¿Qué te ha hecho esta vez...?

Entonces Celia empezó a llorar de nuevo, y abrazándose a su cuerpo con fuerza, le contó, a su manera, lo que había ocurrido.

Al parecer, al volver del colegio había descubierto que su falda estaba llena de sangre, sin que ni sus compañeras ni las monjas que le daban clase la hubiesen advertido de ello. Se había asustado mucho, por eso había corrido a buscar a la única persona que estaba en casa para ayudarla: su madre. Ésta, lejos de darle consuelo, se había limitado a levantarle la falda, la había examinado, comprobando que también había manchado sus braguitas, y entonces le había asegurado que se le había reventado un grano en la tripa, y que por eso sangraba tanto, y que si no tenía cuidado podía morir a causa de la hemorragia. Ni la había acompañado para curarla, ni le había dado consuelo alguno.

—...me voy a morir—gimió Celia horrorizada—... y me duele...

La chiquilla iba a cumplir once años. Ana comprendió inmediatamente que lo que ocurría era sencillamente que había tenido su primer período, sin que su madre se hubiera dignado darle una explicación normal. Inmediatamente sintió pena por la pequeña. Tras estrecharla con fuerza contra su corazón, le explicó cuál era la realidad, que no iba a morirse, y que su cuerpo sencillamente estaba cambiando.

—...nada de granos que se revientan, Celia—aseguró con cariño—, decirte eso ha sido una mala ocurrencia por parte de nuestra madre.

En realidad Ana estaba rabiosa, aunque procuraba mantener la calma para no ponerla más nerviosa.

—Pero me duele... ¿y si tiene razón...?

Ana sonrió ante su ingenuidad. Si no fuese por lo mal que lo estaba pasando, hubiera resultado cómico todo aquello. La besó en las mejillas, retirándole las lágrimas con los dedos.

—Créeme, a todas las chicas nos llega este momento. Como tú, cuando cumplí los doce tuve mi primera menstruación. Ocurre todos los meses, y no es nada malo, todo lo contrario.

Le costó un poco convencerla de que estaba perfectamente bien, pero al fin, a base de repetirle con mucha paciencia lo que sabía sobre el asunto, igual que había hecho Isabel con ella tiempo atrás, logró que se tranquilizara.

—¿Tienes hambre?

Celia asintió con la cabeza, y Ana suspiró. Dudaba que quedara algo de la cena de la noche anterior. La acompañó a la cocina y la ayudó a limpiarse. Cuando estuvo cambiada, con ropa limpia, le enseñó a ponerse una compresa. Inmediatamente se sintió más segura, y sonrió.

—¿Y si vamos a ver a nuestra tía? Seguro que ella tiene algo rico para nosotras, ¿quieres?

La chiquilla, pese al mal rato que se había llevado, sonrió aún más abiertamente. La sugerente idea de llenar su estómago con la deliciosa comida que sin duda podrían saborear en casa de Asunción, borró de su semblante cualquier rastro de angustia.

Por la tarde, después de lo ocurrido con Celia, a Ana le costó mucho marcharse y dejarla sola. Por suerte la chiquilla había recuperado su buen humor. Ambas estaban mucho más contentas, todo gracias a la abundante comida que su tía les había servido, contenta de verlas. Asunción se había mostrado amable y excepcionalmente cariñosa con las dos, y no había cesado de repetirles que podían ir a comer a su casa todos los días.

Dejó a Celia jugando en su habitación, con la promesa de volver pronto para estar con ella.

A las siete menos cinco, estaba sentada en las primeras filas de la catedral del Buen Pastor, con el cabello oscuro cubierto con un delicado pañuelo azul cielo y los ojos fijos en las siete ventanas dobles del ábside, con sus apóstoles y los sagrados corazones de Jesús y María. Aquel templo se elevaba hacia lo alto con un estilo gótico que le recordaba a las historias de Transilvania y el Conde Drácula. En un día oscuro como aquel, ya cerca del crepúsculo, la forma en que la luz entraba a través de las vidrieras invitaba a la ensoñación, en su caso nada religiosa. En vez de a Miguel Zárate, esperaba ver aparecer a alguna criatura sobrenatural.

El empleado de Correos podía presentarse o no. ¿Se sentaría a su lado en silencio y fingiría orar mientras hablaban? Ana se revolvió en el banco. A aquella hora la iglesia estaba prácticamente desierta, y salvo dos mujeres que rezaban sentadas más atrás, absolutamente absortas en su recogimiento, no se veía a nadie, ni un alma. Todo estaba en silencio.

Dejó pasar los minutos antes de volver a consultar su reloj de pulsera.

En ese momento sintió que alguien caminaba por el pasillo central de la nave, hacia el altar. Al instante se puso tensa, a la espera de que la persona que llegaba entrara en su ángulo de visión. No se atrevía a volver la cabeza. Los pasos se fueron aproximando, resonaban con un suave eco en el interior del templo. Cuando al fin llegaron a su altura, distinguió por el rabillo del ojo al repartidor. No iba exactamente igual que por la mañana, sino que vestía ropa informal. Sin su uniforme, cambiaba ostensiblemente... a peor. Su rostro quedaba semi oculto en la penumbra, y unos labios muy rojos destacaban en una mandíbula fuerte, llena de determinación. Ana frunció el ceño. Ahora que le tenía tan cerca, se sentía cohibida. Olía a algo raro... Le vio adelantarse, arrodillarse frente al altar, santiguarse, y retroceder para sentarse en el mismo banco, muy cerca, tanto que percibió en él aquel olor... rancio, mezclado con el del tabaco. Miró el reloj, impaciente y molesta porque aquel desconocido se hubiese permitido aproximarse así, de manera que sus brazos se rozaban. Se arrepintió, en aquel mismo instante, de su decisión de acudir a semejante cita.

–Isabel, ¿llevas mucho esperando...? –se sobresaltó al escuchar su voz, muy ronca, tan cerca. En realidad, junto a su oído. Parecía asombrado de verla–. ¿Qué ha sido todo esto, una broma...? –Zárate se inclinó hacia ella, y rozó su cabello con aquellos labios, vertiendo su aliento cálido sobre su rostro. Olía a vino. Contuvo la tensión que sentía y se apartó un poco–. ¡Me tenías intrigado! –Ana negó con vehemencia, ahora convencida de que acudir a aquella cita había sido una pésima idea–. ¿Te crees que puedes jugar conmigo? ¿Es eso? –negó de nuevo–. No pensé que fuera a volver a verte... ¿qué ha pasado? –la joven estaba sorprendida por aquellas declaraciones. Zárate parecía realmente furioso, como si se creyera con derecho sobre ella. ¿Qué significaba eso?–. Esta mañana, cuando te he visto... Pero bueno...no juegues así conmigo, Isabel Murria... No vuelvas a hacerlo...

Ana no comprendía qué había pasado entre ese hombre e Isabel. Incómoda por la situación en que la dejaba aquello, se alejó cuanto pudo, pero entonces su mano la frenó, sujetándola por la cintura. La retuvo con vigor. Quería volverse y salir corriendo. Ya no le importaba si sabía o no qué había sido de Isabel, sólo quería marcharse.

–...Vente a dar un paseo, Isabel, será agradable, y podremos ponernos al día. Tengo mucho que contarte, he creído volverme loco... ¿No podrías ser más amable conmigo por una vez? Un beso, sólo un beso sería una buena

forma de enmendar tus desplantes –torció la boca, visiblemente emocionado, con aquellos ojos tan grises y saltones escrutándola llenos de ansiedad. Ana sintió miedo, e hizo ademán de marcharse, pero él la sujetaba con fuerza, convencido al parecer de que tenía alguna autoridad sobre su persona–... ¿Sabes lo que llegué a pensar cuando vi que no volvías? ¿Qué pasa...? ¿No irás a rechazarme ahora...? ¿Ya no te acuerdas de lo que pasó la última vez? Ah, pero no te dejaré...

Un intenso escalofrío recorrió su espalda al oírle hablar así. Había llegado el momento de deshacer el error.

–No voy a ir con usted a ninguna parte señor –musitó con voz entrecortada–... Por que no soy Isabel, sino su hermana, Ana...

–¿Qué...

Miguel Zárate la miró desconcertado. Por su expresión pasaron muchas emociones al mismo tiempo, de estupor, de enojo, de duda... Estaba claro que no daba crédito a sus palabras, y además no la soltaba.

–Aparte sus manos de mí, o gritaré, se lo juro.

Lejos de obedecer, él se inclinó hacia ella, como para besarla, y entonces Ana le propinó un sonoro bofetón que rompió la calma del templo. La joven se volvió hacia las mujeres que rezaban unas filas más atrás, pero ellas aún oraban, ajenas a ella y sus cuitas.

–Zorra –rugió él, dolido. Había una honda rabia en sus ojos que inquietó a Ana sobremanera–... ¿Así que crees que puedes reírte de mí fingiendo tonterías? ¿Vas a rechazarme? ¿Por qué has aceptado venir entonces...?

–No finjo, somos gemelas. Y ahora me voy. Ni se le ocurra venir detrás de mí o llamaré a la policía.

Ana se levantó, sin dejar de mirarle, y caminó a lo largo del banco hasta salir al pasillo. Esperaba haber resuelto algunas incógnitas con aquella cita, pero estaba claro que cuanto más se involucraba en los asuntos de su hermana, peor se volvía todo. Ahora ya sabía que aquel hombre había estado acosando a Isabel, tal vez incluso era la misma persona que la había golpeado para salir del piso de alquiler...

Al salir de la iglesia para volver a casa, le temblaban las piernas. Un funesto presentimiento cerraba la boca de su estómago en un nudo casi doloroso. Se alejó casi a la carrera, mirando continuamente hacia atrás, por si el repartidor iba tras sus pasos. Pero no le vio salir. Seguramente se había

tomado en serio lo de que pudiera avisar a la policía.

Nerviosa, empezó a vigilar los alrededores, esperando ver a algún Policía Nacional, o a la Guardia Civil... Ahora que les necesitaba, brillaban por su ausencia.

–Ay Isabel... en qué lío te has metido... –gimió mientras caminaba lanzando furtivas miradas a los lados.

A medida que se acercaba a la verja de entrada de la villa Santa Engracia, descubrió precisamente a Gabriel Ugalde. Se aproximaba a buen paso, con una mirada inquisitiva fija en ella. Ana se detuvo de golpe, cohibida, como si la presencia del joven tuviera algo que ver con su reciente reunión en el Buen Pastor. De pronto le pareció que podría adivinar lo que había estado haciendo en cuanto cruzara dos palabras con ella. Al fin y al cabo su madre siempre leía en su interior como si fuera un libro abierto... Enrojeció de vergüenza, y se preguntó qué pensaría de lo que había hecho.

¿Y cómo era que estaba allí tan pronto? Escudriñó su semblante para ver si adivinaba algo en su expresión. Gabriel llegó a su altura y se detuvo. Estaba realmente atractivo con aquel gabán negro.

–Señor Ugalde –murmuró la joven cuando le tuvo a su lado–... No pensaba verle tan pronto...

Y era cierto. Era imposible que supiera ya algo de Isabel.

–Llevo un rato esperándola, señorita Murria –Gabriel había decidido acercarse a verla para asegurarle que había hablado con Berriatua para que moviera sus hilos e investigara si la joven había pasado la frontera, legal... o ilegalmente. Aunque también porque no podía esperar para volver a verla–... No quería dejarlo para más adelante.

–¿Esperando?

–Sí. No he querido pasar por casa y he venido directamente del periódico... Tengo un rato, ¿paseamos?

Le ofreció su brazo, y Ana no supo decir que no. Se agarró a él, no sin sentir un profundo estremecimiento. Miró alrededor una vez más, esperando ver a Miguel Zárate escondiéndose rápidamente tras alguna esquina, pero no vio a nadie.

Se dejó llevar de nuevo cuesta abajo, y luego hacia la playa. Andaban muy despacio, al principio en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos, tal vez buscando qué decir. Ahora que la tenía a su lado, Gabriel no sabía por dónde empezar.

–¿Ya ha empezado en la academia? –preguntó al cabo de un rato.

–Esta mañana, sí.

Al ver que no le daba pie para continuar hablando, el joven se desesperó. Como ella, estaba incómodo. Pisaba terreno resbaladizo. Al fin pareció asumir que debía poner de su parte si quería que pudieran hablar con normalidad.

–¿Qué tal su primer día? Supongo que como me ocurrió a mí, mucha gente la habrá confundido con Isabel.

–No, nadie me ha preguntado siquiera por ella –Ana se encogió de hombros. Se detuvo entonces, no muy segura de decir lo que necesitaba decir–. Señor Ugalde... Lo cierto es que no sé a qué ha venido, y no me siento cómoda paseando de su brazo, como si tal cosa, hablando de trivialidades... cuando lo que quiero es preguntarle si ha venido porque sabe algo de ella... Dígame, ¿ha venido por eso?

–...Sí y no –reconoció él–. Verá, quería que supiera que estoy en ello. Espero poder decirle algo pronto...

Ana ocultó su frustración. Por un momento había creído que tenía noticias...

–¿Ha venido sólo para decirme eso?

Gabriel asintió, mirándola con algo más que culpabilidad.

–...sobre todo porque me apetecía verla –admitió.

A Ana se le escapó una sonrisa, pero la reprimió enseguida, muy azorada de pensar que pudiera estar interesado en ella.

–Aún es pronto para saber algo –se rió el joven. Luego se puso más serio–. No, quería que supiera que me estoy ocupando de ello.

–Se lo agradezco...

–Tengo un amigo en la Guardia Civil, si alguien puede averiguar si Isabel ha cruzado la frontera, es él.

–¿Está seguro? –se asombró Ana.

–Seguro.

–Pero... ¿no es posible que haya pasado sin que se sepa?

Gabriel sonrió con pesar.

–Es muy difícil, créame.

–Pero no imposible.

–No, supongo que no.

–¿Y si no está en Francia?

Había hablado con cierta amargura. Gabriel cogió su barbilla con dos dedos, muy suavemente, para obligarla a mirarle.

–No podemos saber qué ocurrirá. Será un acto de fe.

–No es que yo sea muy dada a eso –murmuró con una mueca. Aún sostenía su barbilla con sus dedos... Apartó la cara, muy sonrojada, pero no retrocedió... ¿Me lo contará en cuanto sepa algo?

Gabriel no cambió su expresión. La miraba con aquellos ojos enigmáticos, muy profundos.

–Así lo haré –dijo al fin-. Pero habrá que esperar... Dígame una cosa, cuando la encontré en el portal... ¿realmente había ido a ver a una amiga?

Ana estuvo a punto de mentirle, pero de pronto se encontró diciéndole la verdad. Estaba ayudándola, no tenía sentido engañarle. Era periodista y no le costaría averiguar que mentía si se lo proponía. Acabó por contarle impulsivamente todo lo que había pasado desde que llegara a San Sebastián, incluyendo lo referente al piso de la calle San Jerónimo. Omitió únicamente su cita con Miguel Zárate y la relación que sospechaba que éste había sostenido con su hermana. Era algo que la avergonzaba demasiado. Cuando hubo terminado, estaba sorprendida de lo extraña que sonaba su historia al hablar de ella en voz alta.

Buscó en él algún atisbo de incredulidad, segura de que se burlaría, pero le encontró sumido en un aire de gravedad. Estaba asimilando y considerando todo lo que había escuchado. La estaba tomando en serio. Ana aguardó a que dijera algo sin ocultar la ansiedad que sentía.

–Así que cuando la vi por primera vez... no había ido a ver a una amiga, sino que buscaba a Isabel –Gabriel ya sabía lo del piso, pero había esperado que ella se lo contara. Significaba que empezaba a confiar en él... Ella realmente vive allí.

–Sí. Aunque alquiló ese piso, por lo que sé, hace mucho que no va, al menos quince días. Ya sé que su opinión sobre Isabel no será la mejor, pero ella...

–Pero dice que había alguien más...

–Sí, salió huyendo cuando yo entré, fue la persona que me golpeó y me tiró al suelo antes de que usted me abordara en el portal. Aún me duele el chichón...

Los músculos faciales de Gabriel se contrajeron levemente.

–Empiezo a creer que su hermana guarda muchos secretos –tanteó

mirando a Ana con intensidad. Notó que ella se sonrojaba levemente—... Tal vez tenía más motivos de lo que parecía para venir pidiéndome ayuda, ¿no le parece?

—Usted dijo que la había notado nerviosa...

—Y es cierto. Estaba tensa, se sobresaltaba con cualquier cosa — Gabriel bajó la voz—... Recuerde que acudió a mí, aunque no llegara a contarme nada porque no se presentó... El hecho de que alguien se colara en su casa sólo agrava la situación. Ana, ¿no sabe nada más? —reanudó la marcha, tomándola del brazo con una mano cuidadosa. Resultaba curioso que fuese él quien la interrogara, y no al revés. Ana había esperado hacer ella las preguntas—. Tenga en cuenta que puede ser que Isabel haya tenido problemas serios. A la luz de lo que me cuenta, puede que su precipitada marcha obedezca a algún asunto de gravedad

—¿Qué? No... No, no sé nada —mintió de nuevo, cuando el nombre de Miguel Zárate brillaba en su mente como una luz roja de alarma—. Mi hermana sólo tenía problemas en casa —palideció antes de decir demasiado—... No sé nada más, señor Ugalde.

En ese momento empezó a llover. El cielo se había ido cubriendo, y a aquellas horas la oscuridad envolvía la ciudad. Tuvieron que refugiarse bajo el alero de un edificio. Las amarillentas luces de las farolas bañaban las calles solitarias. Pronto oirían a algún sereno recorriéndolas a la vez que gritaba avisando de su presencia.

—No parece que nada de todo esto tenga algún sentido, ¿no cree?

—Puede que sí —recapacitó Ana—. Mi hermana siempre ha sido un tanto reaccionaria, una chica rebelde, muy independiente —estuvo a punto de hablarle de su madre, pero se tragó esa amarga verdad, que ella podía haber empujado a su hermana a marcharse de casa—... Quiero decir —se corrigió, pálida y agitada—... sé que no es lo habitual, que ni siquiera está bien visto, pero ella podría haber escogido marcharse de aquí en busca de un futuro diferente del que nos espera a la mayoría...

—Pero usted no cree que esté en Francia...

—Ya no sé qué pensar...

—Pero Ana, ¿y qué buscaba esa persona en la casa? —Gabriel percibía la enorme tensión que subyacía bajo los músculos de su rostro. Sabía que ocultaba algo—. No iré a decirme que cree de verdad que era un simple ladrón...

–¿Y qué otra cosa podía ser?

–Usted misma me ha dicho que no encontró nada revuelto. No tiene sentido...

Ana no sabía a dónde quería llegar, pero frunció el ceño, molesta por el cariz que estaba tomando la conversación.

–...no sé qué pretende usted que le diga... –murmuró al fin.

Gabriel fue a decir algo, pero se abstuvo.

–...es natural. Lo siento, no he querido presionarla.

–No, es sólo que no quiero que piense mal de ella, es todo.

–No lo hago –aseguró Gabriel.

–Está bien...

Entonces miró la hora. Eran ya más de las ocho.

–Se hace tarde.

–Vamos, la acompaño.

Gabriel se quitó el gabán y cubrió con él sus cabezas para poder caminar juntos bajo la lluvia, sin mojarse demasiado. Al estar tan próximos, Ana sintió que su corazón latía muy deprisa, y que sus mejillas se encendían de forma notoria. La resolución del joven hacía que se sintiera segura.

–Ana, ¿confía en mí?

–¿Por qué lo pregunta?

–Necesito que lo haga –aclaró él. Aquellos ojos verdes que tanto la perturbaban se volvieron hacia ella con preocupación—. Por lo que pueda averiguar sobre su hermana. Puede que no le guste lo que descubra.

Ella no supo qué contestar, y ambos guardaron silencio el resto del camino hasta la cuesta de Aldapeta. Una vez junto a la verja de entrada a la villa Santa Engracia, Gabriel se puso de nuevo su gabán negro, pese a que estaba empapado, y se acercó para despedirse.

–En cuanto sepa algo la buscaré.

Ana asintió, abrió la verja y se deslizó a través de ella, desapareciendo en la oscuridad. Se dio cuenta, de pronto, de que al final se lo había contado todo. Se sentía liberada, al compartir con alguien más sus inquietudes. Su padre estaba enfermo, y no quería angustiarle, y su hermana Celia era demasiado joven. No tenía con quién desahogarse, y Gabriel Ugalde parecía una buena persona. No le gustaba que hubiera insinuado que Isabel ocultaba algún sórdido secreto, pero después de su encuentro con Miguel Zárate... Soportaría la verdad, fuera cual fuera.

Aún le latía el corazón por los acontecimientos de aquella tarde extraña, pero sobre todo a causa de Ugalde. Se resistía a admitirlo, pero se sentía muy atraída por él. Cada vez que se lo encontraba se prendaba más. ¿Era eso posible? Rememoró la forma en que había sujetado su barbilla, la complicidad que se establecía entre los dos en cuanto estaban cerca...

Sacudió la cabeza con rabia. En aquel momento deseó más que nunca olvidarse de aquella estúpida debilidad. No quería enamorarse.

Perpleja consigo misma, se apresuró a entrar en casa. Se hacía tarde, y no quería, ni por lo más remoto, tener una discusión. No después de una tarde como la que había tenido.

Lo primero que percibió al cerrar la puerta de entrada fue el delicioso aroma de unos huevos friéndose. Ana se quedó quieta, incrédula. Apoyó en la puerta su espalda. Oía demasiado bien, y teniendo en cuenta que no había nada que comer en casa...

Aquello la hizo salir de su aturcido estado de golpe. Oyó la voz de su madre en la cocina, ruido de platos, la tos de su padre... Había vuelto pronto del hotel, más de lo habitual. ¿Estaría peor? Bajó las escaleras de la cocina y entró, encontrándolos reunidos a la mesa, a su padre y a Celia, mientras su madre hacía unos huevos fritos con patatas. La sartén estaba en la chapa, humeante, y el aceite saltaba mientras unos huevos se iban haciendo. En una fuente había una montaña de patatas fritas, deliciosas, crujientes... Ana no salía de su asombro. ¿De dónde había salido todo aquello? Pensó en su tía Asunción, ¿quién si no? Había un plato más para ella, así que la estaban esperando. Su padre levantó la cabeza y sonrió al verla. No parecía más enfermo... Celia intentó imitar aquella sonrisa, pero sólo le salió una mueca. No parecía contenta, ni siquiera ante aquel festín.

—Ya era hora Ana. ¿Se puede saber dónde estabas? —preguntó su madre sin mirarla.

Parecía extrañamente relajada, algo inusual, incluso aunque su padre estuviera presente. No, ésa no era la razón, no cuando su presencia nunca lograba frenarla si tenía ganas de jaleo. Irradiaba un aura de tranquilidad escalofriante. Además, tanto su padre como su hermana aguardaban sumidos en un patente estado de tensión, como si temieran que aquella tregua fuera a terminar en cualquier momento, o como si intuyeran que aquel baile de máscaras era sólo un artificio preparado que ocultaba un mal peor que cualquier otro que hubieran presenciado. Ana, sin pretenderlo, se puso tensa

también. Lanzó una rápida mirada a su padre y a Celia, y de vuelta a su madre.

–Siéntate, o se enfriarán los huevos.

Margarita sonrió. ¿Qué significaba esa sonrisa? ¿Había percibido un brillo malévolo en sus ojos o lo había imaginado? Y entonces una horrible sospecha empezó a cobrar forma en su pensamiento: el dinero de la señora Kauffman. Ella lo había encontrado.

Ana enrojeció al comprender que la comida no provenía de la generosa despensa de su tía. Temió las represalias por haber escondido el sobre bajo la cama, y entendió que aquella extraña calma era la que precede a una tormenta. Su madre estaba saboreando alguna venganza refinada y cruel. ¿Qué habría pensado hacer? Palideció, y se quedó donde estaba, incapaz de moverse. Ahora entendía el aspecto abatido y tenso de su hermana menor. Seguramente habría presenciado cómo su madre registraba la habitación.

–¿No me oyes? Siéntate, por favor.

Ana obedeció. Se quitó su abrigo y el sombrero, los colgó de un gancho en la pared, y mecánicamente besó a su padre y a su hermana. Por último tomó asiento junto a ellos. A pesar de todo olía deliciosamente, y su estómago saltó exaltado, segregando sus jugos gástricos como una anticipación a la comida.

–¿Qué tal has pasado la tarde? –preguntó su madre, mirándola directamente. Había intención en esos ojos, y ella se puso rígida. Buscó ayuda en su padre, el cual trató de animarla con una sonrisa.

–He dado un paseo por el puerto y después he ido a ver a una amiga –mintió–. Hacía mucho que no veía a Mamen –mencionó a una amistad de su infancia a la que todos conocían para dar naturalidad a sus explicaciones, pero le temblaba la voz–. Ha sido bonito charlar con ella, ¡qué cambiada está!

–Me alegro –su madre le sirvió dos huevos, y empezó a repartir las patatas, una generosa ración para cada uno. A continuación sacó una botella de vino de la fresquera y se sirvió una copa para ella, y otra para su marido, quien la rechazó con la mano. No podía beber a causa de su enfermedad–. Por cierto, Celia, nada de dormir con tu hermana, esta noche duermes en la otra habitación, que ya eres mayor y tu hermana querrá un poco de privacidad.

Celia levantó los ojos con miedo, y luego miró a Ana, pidiendo ayuda. Formó una «o» con los labios, pero no llegó a protestar.

–A mí no me molesta Celia –la defendió Ana–. De hecho me encanta que esté conmigo, madre.

–Pues es igual, esta noche que duerma en la otra habitación, que es grande y tendrá más sitio para sus cosas.

–Mujer, déjala que duerma con su hermana si lo prefiere –intervino José Miguel con aire conciliador. Percibía, como Ana, algo extraño en el comportamiento de su esposa, y se mostraba cauto con ella–. A nadie le hace daño que duerman juntas...

–Yo quiero dormir con Ana –protestó Celia al fin, con un hilo de voz.

–Tú no quieres nada, Celia. Ya vas siendo mayor y es hora de que vayas asumiendo responsabilidades. Vas a dejar atrás las niñerías. Si quieres seguir en esta casa, dormirás en la otra habitación, y no se hable más.

Empezó a comerse sus huevos, como si nada, y Ana detectó en ella cierto regocijo, aunque aparentaba la misma calma que antes. Se esforzaba por adivinar qué estaba pensando, porque si de algo podía estar segura, era de que aquella decisión tenía que ver con su forma de castigarla a ella por haber ocultado el dinero de los Kauffman.

Cuando terminaron la cena, que transcurrió de forma apacible, aunque velada por aquella corriente eléctrica que les tenía a todos en vilo menos a Margarita, ésta se retiró a dormir. Ordenó a Ana, antes de salir, que lo recogiera todo, y a Celia que obedeciera y se fuera a dormir a la otra habitación, contigua a la que habían ocupado siempre las tres hermanas. Luego salió, y el silencio descendió sobre los tres, padre e hijas, como un bálsamo reparador.

Ana se puso a recoger, retiró los platos, los vasos, los cubiertos... Entonces su padre la cogió por la muñeca y la retuvo, mirándola con sus grandes ojos castaños, ahora ensombrecidos por aquellas odiosas ojeras.

–Estate quieta, Ana. Deja eso, y siéntate un rato.

–Pero...

–Ya lo harás luego. Yo prefiero que disfrutemos de este rato, ¿no crees? Ven, siéntate a mi lado y cuéntame qué has estado haciendo.

–He ido a ver a Mamen, ya os lo he dicho...

–Pero Ana, Mamen hace ya seis meses que se fue a Francia con sus padres –murmuró José Miguel para que nadie más le oyera–... Está en San Juan de Luz. Les tenían fichados, ya sabes que su padre, Ramón, estuvo en las juventudes socialistas antes de la guerra, y tenían miedo de que cualquier

día...

–¿A San Juan de Luz? –así que sabían que había mentido.

–Muchos pasan la frontera para vivir allí, lejos del franquismo... Te daré sus señas si quieres. Dime, ¿has estado con tu hermana?

Celia les escuchaba atentamente. Se levantó y buscó sentarse en las rodillas de su padre, quien la recibió con cariño, estrechándola entre sus brazos, como hacía siempre.

Ana agachó la cabeza, pero no le negó lo que era evidente. ¿De qué serviría? Además, había tanta expectación en su mirada...

–No he estado con ella... No he averiguado nada, salvo dónde ha estado viviendo. Tiene un piso alquilado en la calle San Jerónimo –anunció mientras jugueteaba con una servilleta–. Encontré a su casera, y fue ella la que me dijo que lo había arrendado por seis meses, y que hace quince días que no la ve. Sus cosas están allí, pero ella...

José Miguel besó a su hija pequeña. Estaba preocupado, y el hecho de que supiera que Isabel había buscado un lugar donde vivir fuera de allí no le aliviaba. Como su hija, había captado el significado de que hiciera ya dos semanas que no daba señales de vida.

–Tengo un amigo que me está ayudando –continuó Ana–, y he dejado una nota a Isabel en su casa, por si vuelve, pero papá... Yo creo que se ha marchado definitivamente. Puede que sea verdad que ha cruzado la frontera... ¡Puede que Mamen sepa dónde está! Podrías darme sus señas, y le escribiré para ver si sabe algo...

–Claro, sí... Hazlo cuanto antes, hija.

José Miguel pareció esperanzado.

–Me ha dicho tu madre que has empezado a trabajar en la academia de tu hermana.

–Necesitamos ingresos.

–¿Y tu vida en Madrid? ¿Qué pasa con eso?

–He hablado con ellos y les he pedido más tiempo. Cuando todo se resuelva volveré, pero ahora no.

–Ana –su padre cogió su barbilla y la obligó a mirarle–, no quisiera verte sufrir a ti también. Prefiero que te vuelvas a Madrid. No me gusta la actitud de tu madre, y siempre fue especialmente severa contigo. Sé que te pedí que vinieras, pero una semana es suficiente. Puede que, como dices, Isabel no vuelva nunca... ¿Qué harás entonces? ¿Quedarte atrapada aquí? No

lo consentiré.

–¡No! No papá, eso no pasará... Además, necesitamos más ingresos, no pienso irme sabiendo en qué situación os dejo...

–¿Y no has pensado que puedes mandarnos algo desde Madrid?

–Papá, si os mando el dinero, mi madre hará lo que le plazca con él, como siempre. Si trabajo aquí, podré guardarlo yo, no pienso dárselo para que se lo gaste invitando a sus amistades...

José Miguel meneó la cabeza.

–...Celia siempre puede volver a casa de vuestra tía, de donde por cierto no debió salir –ahora José Miguel estaba serio. Celia enterró su carita en su cuello, pero sorprendentemente no protestó al oírle, como si ella también hubiera llegado a la misma conclusión–, y con mi sueldo podríamos mantenernos tu madre y yo.

–¡No! –protestó Ana horrorizada. Dejar solo a su padre con ella... de pronto le pareció muy cruel. Si le dejaba, sin el cariño de sus hijas, se moriría en dos días–. No. Ni hablar.

–Ana...

–No, papá. Si vuelvo a Madrid, será cuando las cosas estén mejor, y si no puede ser –se encogió de hombros controlando la expresión de su rostro–, pues no puede ser... y ya nos arreglaremos.

–¿Y qué hay de tus sueños, de tu felicidad?

–Mi felicidad sólo es posible con la vuestra, ¿cómo voy a marcharme dejándoos solos a los dos? –las lágrimas acudieron a sus ojos–. Celia y tú sois todo lo que me importa. No, no me iré.

Cuando llegó la hora de acostarse, Celia entró en la habitación que su madre le había designado con una aprensión natural que a Ana le partió el corazón. La acompañó, le llevó a Merlín para que le hiciera compañía, y la ayudó a hacer la cama y a vestirse con su viejo camisón azul, ya muy deslucido. La estancia era más pequeña que la que habían ocupado las tres toda la vida, pero era acogedora. Como en la otra, había que bajar dos escalones para entrar, y había una cama grande que ocupaba casi todo el espacio.

–Mira qué suerte –sonrió Ana–, ¡vas a tener más sitio que yo para dormir!

–Prefiero estar contigo –murmuró Celia, de pie en el umbral, sin decidirse a pasar.

–Ven, siéntate –Ana dio unas palmaditas sobre el colchón, animándola con una sonrisa–... Mira, dentro de una hora, cuando todo esté tranquilo, te vienes a mi cama, que nuestra madre no lo sabrá, y por la mañana te vuelves. ¿Te parece bien así?

Celia asintió, pero miraba alrededor con aprensión. Había un gran armario de madera noble, muy antiguo, a los pies de la cama, y una ventana alta y estrecha mostraba la oscuridad nocturna, negra como boca de lobo. Hacía mucho que el techo no había sido pintado, y mostraba un blanco deslucido, con algunas manchas de humedad. Las paredes lucían un papel estropeado por el paso del tiempo, aunque era bonito.

Al menos habían llevado a Merlín para que le hiciera compañía... La

chiquilla se dejó ayudar por su hermana, y se acostó en aquella gran cama, fría y solitaria, acostumbrada como estaba a dormirse en brazos de Ana. Se acurrucó y cerró los ojos.

Su hermana, para no dejarla sola tan pronto, se entretuvo escribiendo una carta a su amiga Mamen. Puso toda su ilusión en cada línea. Albergaba la esperanza de que ella pudiera darle noticias de Isabel. Cabía la posibilidad de que finalmente no necesitara esperar a que Ugalde le dijera algo. Cuando volviera a verle, podría decirle que estaba todo solucionado.

Cuando acabó, besó a Celia y la dejó dormir. Apagó la luz al salir. La niña mantenía los ojos cerrados, imaginando que en una hora estaría con ella, en su camita de siempre.

Podía escuchar a Merlín aleteando en su jaula, tan inquieto como ella, como si protestara por haber sido trasladado a un lugar que no conocía. El canario estuvo así, revoloteando, un buen rato, y luego todo quedó en silencio. Ese silencio la amilanó. Abrió los ojos y trató de ver algo alrededor. La estancia estaba muy oscura, tanto, que ni siquiera al cabo de un rato pudo apreciar las formas de los muebles. A ella le gustaba ver aunque fuera un poco, aunque sólo fueran formas vagas, los contornos familiares de los muebles... En cambio no podía distinguir ni sus manos si las acercaba a sus ojos. La oscuridad reinante era absoluta, como su miedo.

Sabía que aquella primera noche no podría dormir, y tampoco se atrevía a levantarse para acudir al lecho de su hermana. Estaba segura de que si abandonaba la cama no encontraría la puerta. Además, temía a su madre, que aquel día estaba especialmente rara con ella desde que registrara el dormitorio que compartían las tres hermanas y encontrara el sobre de Ana lleno de dinero. Salir al pasillo y encontrársela, aún le provocaba mayor temor...

Todo porque después de lo del sobre, había ocurrido algo doloroso que la tenía desconcertada. Desde entonces un temor irracional había ido creciendo en su interior.

Se estaba cambiando en su cuarto. Se había quitado su camisa y la falda, de manera que se había quedado con sus braguitas, e iba a ponerse su ropa de estar en casa, cuando su madre la había llamado desde un cuartito que había al fondo del pasillo, donde solía coser. Celia había decidido ponerse su falda antes de acudir, pero su voz autoritaria había vuelto a resonar a través del pasillo, con aquel tono frío que a ella tanto miedo le daba, así que había

salido tal cual estaba, cruzando el pasillo a la carrera para así llegar cuanto antes a su lado y evitar su enfado.

La había encontrado en la habitación, muy pequeña pero bien iluminada, pues daba a un balconcillo por el que entraba mucha luz. Estaba sentada con su labor en las rodillas. Se la veía hermosa, con la luz derramándose sobre su figura erguida. Le brillaba el cabello oscuro y sus pestañas parecían más largas sobre sus ojos oscuros... Aquellos ojos que la habían mirado con reprobación, seguramente por verla llegar sin cambiar, con el torso y las piernas desnudas.

–Acércate –le había ordenado.

Había sonreído, como para imbuirle confianza, y ella había obedecido. Llevaba calcetines, pero notaba el frío del suelo en las plantas de los pies. Entonces, cuando estuvo más cerca, vio que tenía sobre sus rodillas una falda a la que le estaba cosiendo los bajos, en su mano derecha aguja e hilo, y en la izquierda, en el dedo corazón, un dedal metálico.

Celia la había mirado como sumida en un extraño trance, o como si hubiera anticipado que algo estaba a punto de suceder. Su madre, sin decir nada, había levantado la mano y le había pinchado con la aguja en uno de sus pechos, que empezaban a asomar delicadamente, aún infantiles, pero ya visibles. Se la clavó con premeditada maldad, hundiéndola hasta el fondo y arrancando a su hija un grito de dolor y sorpresa. Luego la había mirado a los ojos, aún sin decir nada, y cuando ella se había escapado de allí, de regreso a la seguridad de su habitación, no había vuelto a llamarla.

Al recordar aquello, la pequeña lloró en el silencio nocturno, enterrando la cara en su almohada. No era la primera vez que hacía algo así con ella, ni sería la última, de eso estaba segura. Por eso temía quedarse sola por la noche. Tenía miedo sobre todo porque había sido el deseo de su madre.

No le había contado a nadie nada de todo aquello porque le daba vergüenza, como cuando, estando con ella en la sala, le había metido la mano por debajo de la falda, haciéndole cosquillas con aquellas uñas largas que llevaba en su vagina, de un modo extraño que le había hecho sentir... sucia. Había sido un gesto rápido y breve, pero ella se había apartado de un salto, terriblemente confusa y avergonzada... Nadie había sido testigo de aquello. ¿Cómo contarle esas cosas a su padre? Ni siquiera se atrevía a confesárselas a Ana.

Celia lloró mucho rato, arrepentida de haberse empeñado en dejar a su

tía, cuando con ella había estado a salvo. Pese a su rectitud, su severidad y su rígida moral, había tenido muchos detalles, no había pasado hambre y le había dado cuanto necesitaba. Incluso era cariñosa. Por mucho que necesitara a su padre y a su hermana, allí no se sentía a salvo, y ahora su madre la obligaba a dormir sola. ¿Qué significado podía tener aquello?

La niña no tenía manera de medir el tiempo, pero presentía que pasaba inexorablemente y que se acercaba la madrugada. La villa estaba sumida en un sobrecogedor silencio, tan contundente que resultaba estruendoso en sus oídos. Respiraba de forma entrecortada, completamente enterrada bajo las mantas. Se había hecho un ovillo. Tenía frío, y angustia.

Entonces oyó unos pasos livianos por el pasillo, que se acercaban muy despacio. Se sobresaltó. Asustada, sacó la cabeza y miró en la oscuridad sin ver nada. Al principio creyó que era su imaginación, que le estaba jugando una mala pasada, pero no, aquellos pasos sonaban claramente al otro lado de la puerta. Eran unos pies descalzos pisando sobre el suelo de madera con sigilo. El miedo inundó su pecho. Quiso gritar, pero no le salió la voz; tenía la garganta cerrada por el pánico. Aquellos pasos furtivos continuaron hasta detenerse junto a su puerta. Escuchó un ruido, como si unas uñas largas la arañaran de arriba a abajo, despacio, muy despacio, al tiempo que un gruñido gutural rasgaba el silencio. A la pequeña le faltó el aire. Su madre estaba a punto de entrar en su habitación. Ni su hermana ni su padre podrían oír nada de aquello...

La puerta se abrió despacio, y una tenue luz se derramó al interior, desvelando ante sus ojos desorbitados una figura alta y delgada, muy blanca, con un cabello largo y negro que colgaba por delante de sus hombros, ocultando un rostro demoníaco que no la miraba, sino que permanecía entornado. Era Margarita, pero parecía transformada en un ser de otro mundo. Llevaba una vela en una mano de dedos largos, y gruñía en un tono bajo y antinatural. Celia no podía respirar, el terror dominaba sus sentidos. Creyó que entraría para llevársela, pero nada de eso sucedió. La puerta se cerró, y ella se quedó de nuevo a oscuras. Oyó que los pasos se alejaban, y luego todo quedó en silencio.

Sentada en medio de la cama, se sintió incapaz de volver a tumbarse. Temía que si lo hacía, no vería venir a su madre cuando fuera a por ella. ¿Y si regresaba? Ansiaba escabullirse a la habitación de Ana, pero no se atrevía a salir...

Aquella noche no durmió. La pasó acurrucada en el extremo de la cama más alejado, envuelta en las mantas, con la mirada fija en el punto donde creía que estaba la puerta. Su madre regresó dos o tres veces a lo largo de aquella noche de pesadilla, y en todas las ocasiones arañaba la puerta con aquellas uñas largas y duras, y murmuraba para que la oyera...

Estaba haciendo aquello para aterrorizarla. Ser consciente de eso la sumió en un estado de ansiedad absoluto del que ni siquiera la luz de la mañana la rescató.

Cuando hacia las siete Ana fue a ver cómo estaba, la encontró en la misma postura, apretujadas las rodillas contra su pecho y el rostro oculto entre sus brazos, ausente y temblorosa. Inmediatamente comprendió que algo había ocurrido y acudió a abrazarla, preguntándole una y otra vez mientras se arrepentía por haber permitido que durmiera allí. Lo cierto era que al ver que la chiquilla no acudía a su cuarto, había creído que se había quedado dormida. Al cabo de un rato consiguió que Celia le contara qué clase de experiencia había vivido.

–No, no... a ti también, no... –se lamentó Ana, sin saber cómo consolarla.

Supuso que si le explicaba que a su edad su madre les había hecho lo mismo mil veces a ella y a Isabel, le quitaría parte del miedo. Sin embargo, la chiquilla no se sintió aliviada, ni mucho menos. Ana lamentó haber olvidado esa odiosa costumbre de su madre. Si se hubiese acordado de aquello, desde luego habría hecho lo que fuera por mantener a Celia consigo... Pero eran episodios de su niñez que había enterrado en lo más profundo de su memoria, allí donde no pudieran hacerle daño.

Su madre sentía una macabra inclinación a hacer esa clase de cosas siniestras, se ponía su camisón largo, blanco, se untaba la cara de crema facial, con tanta cantidad que lograba parecer que llevaba una máscara, se soltaba el cabello y lo esparcía hacia delante como si fuera una loca, cogía una vela y se dedicaba a pasearse por el pasillo arañando la puerta de la habitación de sus hijas... ¿Con qué objeto? No lo sabía. Isabel siempre había creído que era para impedir que se levantaran de noche para ir al baño. Era algo que había dejado de hacer cuando ellas habían crecido, pero comprendía que Celia estuviera tan afectada. Ella al menos había estado siempre acompañada de su hermana Isabel. De haber estado sola...

–Celia cariño, no te preocupes, te llevaré de vuelta con la tía, ¿te

parece?

–¿Por qué hace eso –gimió la niña llorosa–... La odio... La odio...
Quiero que se vaya...

–Chssss, calma cariño... Mejor te llevaré de vuelta a casa de la tía
Asunción, ¿quieres? Mañana mismo.

–Pero, ¿y tú?

–Yo estaré bien...

–No, no es verdad... Y está papá, tengo miedo de que le pase algo...
¿y si se muere mientras yo no estoy?

Celia era muy consciente de la enfermedad de su padre, pese a su
corta edad.

–A Papá no va a pasarle nada, y me sentiría más tranquila si estás con
la tía. Fue una mala idea traerte, siento tanto lo que estás pasando...

–No es culpa tuya, es de nuestra madre.

–Pero ya la conozco, no debí empeñarme...

Celia alzó el rostro y la miró muy seria.

–Hoy vienes a dormir a mi cama.

Ana sonrió y la abrazó de nuevo.

–Te llevaré con la tía y no se hable más.

Celia afirmó con la cabeza. Parecía más tranquila ahora que se abría
ante ella, una vez más, esa puerta de salvación. Se había resistido, por estar
con Ana y con su padre, pero ya no podía más.

–Te echaré de menos cuando te vayas a Madrid.

Ana la miró asombrada.

–¿Por qué dices eso? No sé si volveré a Madrid, Celia.

–Yo creo que sí lo harás.

Gabriel Ugalde vivía en el bajo de una vieja casa en el puerto, con su madre, Miren, y su hermana de dieciocho años, Elena. Aprovechando que aún le quedaba una hora antes de volver al trabajo, lo primero que hizo fue ir a visitarlas, saludar a su madre, que dormitaba junto al hogar de la cocina, e ir a ver a la joven.

Elena se había quedado paralítica a causa de una bala perdida durante la guerra. Desde que perdiera la movilidad de sus piernas, sin que los médicos pudieran ayudarla ni él pagar otros tratamientos más costosos, se desesperaba por devolver la sonrisa a su delicado rostro. Solía llevarla de paseo en su silla de ruedas, y estaba a su lado todo el tiempo que podía, pero necesitaba trabajar para poder mantenerlas, y eso le impedía estar tan pendiente de su felicidad como le hubiera gustado.

Por eso se esforzaba tanto para prosperar, por eso llevaba al extremo su celo, trabajaba más que ninguno de sus compañeros, procuraba destacar... porque necesitaba un ascenso. Si se abría paso dentro del diario y se iba ganando la confianza de Galarza, tendría un sueldo mejor, y con el dinero podría proporcionar a Elena y a su madre un lugar mejor donde vivir. Quería hacer algo más que cubrir sus necesidades. En cualquier caso, los tiempos que corrían no se prestaban a la prosperidad.

La habitación donde Elena descansaba era pequeña y sencilla. Una estrecha ventana daba al ruidoso puerto, y una triste lámpara iluminaba la cama donde reposaba. La proximidad del mar hacía que la humedad penetrara sus muros. Era difícil calentar la casa en invierno, y se convertía en un horno

en verano.

Gabriel la observó con cariño desde la puerta. Elena se había quedado dormida, con una manta ligera sobre las piernas y un libro en el regazo. Así, con los ojos cerrados, parecía relajada, libre de la tristeza que solía ensombrecer su rostro. Le gustaba contemplarla cuando dormía, porque le recordaba cómo había sido antes de la guerra, una joven vital y alegre con toda una vida por delante. Sólo en esos ratos, cuando el sueño le devolvía un falso reflejo de lo que fue, podía recuperarla como la recordaba... Su cabello oscuro estaba desparramado por la almohada, alrededor de un rostro aniñado de tez muy blanca. Resultaba grato verla tan apacible, cuando en un rato sus ojos iban a ver de nuevo el horror... Apartó esa idea de la cabeza. Le angustiaba demasiado.

Elena sintió su presencia y abrió los ojos. El hechizo desapareció. Sonrió levemente, contenta de verle, pero enseguida su ceño se frunció, cuando al querer incorporarse se le cayó el libro al suelo.

—...quieta, no hace falta que te muevas...

Gabriel corrió a su lado, recogió el libro y se sentó al borde de la cama. No parecía el mismo cuando estaba con ella. Se volvía muy vulnerable. Puso una mano cariñosa sobre su frente y comprobó que estaba helada. Luego la besó en la mejilla y tomó su mano derecha entre las suyas, con delicadeza, para frotarlas y hacerla entrar en calor.

—...cómo estás...

—Ya lo sabes, Gabriel...

—Ya... Últimamente no hemos salido mucho, ¿verdad? —musitó cogiendo un frasco que reposaba en la mesilla, junto a la cabecera de la cama. Era un tranquilizante, quedaba menos de la mitad, apenas para una semana más. Elena lo pasaba mal para dormir desde su accidente. Sufría pesadillas tan reales que el insomnio había aparecido como una forma de eludirlas—. Cada vez le ponen menos cantidad... —se quejó.

—No te preocupes tanto, anda... No me gusta pensar que sufres por mi causa. Tú y mamá sois lo único que tengo, no quiero veros tristes.

Gabriel sonrió sin humor.

—¿Qué tal por el periódico?

Los ojos color ámbar de Elena se abrieron por la curiosidad. Uno de sus entretenimientos era que él le contara lo que hacía durante el día, con quién hablaba, y los cotilleos de la ciudad. Contempló la chaqueta de su traje.

Le gustaba verle así vestido, con aquel aire tan formal que le hacía parecer un próspero hombre de negocios.

–Lo de siempre, no tengo nada interesante que contarte.

Se encogió de hombros esquivando la pregunta. No tenía ganas de hablarle de eso, menos aún cuando acababa de recibir un aviso de Berriatua. Pero su hermana le conocía bien. Enseguida adivinó que ocultaba algo. Le observó más atentamente, leyendo en su semblante lo que él se negaba a contarle con palabras.

–Hace mucho que no me traen el periódico, ¿me he perdido algo? ¿Qué te pasa? –repitió en voz baja–. Gabriel... si casi no apareces por casa, es que andas con algo digno de ser contado, venga...

Pero él se levantó y se fue hasta la ventana para mirar hacia el puerto y eludir así los inquisitivos ojos de Elena. No quería hablarle de los espantosos crímenes que estaba cubriendo con Damasco.

–Sé cuándo estás preocupado... Gabriel, por favor, mírame...

–Necesitas salir más, y yo no tengo tiempo... Eso me pasa. Y me temo que va a ser así una larga temporada.

–¡Lo sabía! ¿Qué es? Por favor, ¡cuéntamelo!

–No puedo Elena. Y no te desvíes del tema...

–¡No necesito a nadie!

Se incorporó un poco, afectada por las palabras del joven, y al hacerlo un dolor intenso sacudió su espalda, arrancándole un gemido.

Gabriel regresó enseguida a su lado y la obligó a recostarse con todo el cariño. Acomodó su almohada para que estuviera más cómoda y suspiró mientras cogía su cara entre las manos.

–Elena... Tienes que salir de este agujero, respirar aire fresco, relacionarte con la gente, y yo no puedo vivir pensando que no soy capaz de proporcionarte eso al menos, viendo cómo te marchitas aquí encerrada... Si tengo que trabajar el doble que antes para manteneros, tendríamos que buscar la manera...

–¿La manera? ¿De qué... de que no dependa tanto de ti?

Él asintió.

–No me interesa, gracias. ¿Con quién iba a querer salir? ¡A nadie de mi edad le apetecerá pasar conmigo aunque sea un rato! ¡Mírame!

Señaló sus piernas, muy delgadas. Sus músculos se habían ido atrofiando por la falta de actividad tanto como por la parálisis, que impedía

que les llegara algún estímulo.

–Ya lo hago –Gabriel se enfadó. No le gustaba que se menospreciara así–. Veo a una chica alegre, preciosa, y divertida... Al menos así es la Elena que yo conocía... No te ayuda nada esa actitud, y lo sabes, y a mí tampoco... La pregunta correcta es, ¿quién no querría estar contigo?

–Pero hasta ahora nos las hemos arreglado, incluso teniendo dos trabajos, nunca has dejado de estar a mi lado. Cuidas de mí, de mamá –sonrió–... como nadie más lo haría. Además, no es para tanto, y me comentaste que iban a ascenderte, ¿no?

–...no por ahora –gruñó él–... Aún tengo mucho que demostrar, ¿entiendes? Además, he dejado mi empleo en la academia –aún no se lo había contado, y Elena le miró preocupada. Formó una «o» con los labios, como queriendo protestar–... ¡No! No... No pasa nada, es que me han aumentado la jornada en el periódico.

–¡Pero ésa es una buena noticia!

Él no contestó. Habían tenido aquella conversación muchas veces, y ella siempre se resistía a salir al mundo exterior. Estaba aterrada, como si su parálisis fuera una condena.

–...Gabriel, ¿no estás contento? Es lo que esperabas...

–No estoy contento, porque voy a estar muy ocupado. Ya casi no paro en casa, y esto sólo puede empeorar tu situación. Elena, es importante, escúchame –la joven bajó los ojos y apretó los labios obstinadamente–... Escucha, tiene que haber alguien, entre tus amistades, que esté dispuesto a salir contigo de vez en cuando. ¿Qué fue de Marta?

Elena soltó una carcajada amarga.

–Marta... En cuanto supo lo de la parálisis desapareció... Y lo sabes, ¿por qué siempre insistes?

Gabriel contuvo un gesto de repulsa, porque Marta había sido como uña y carne con ella. Entendía que, para Elena, ver cómo su mejor amiga se apartaba de su vida debía haber sido muy duro.

–Podría hablar con ella...

–Déjalo estar Gabriel –le cortó–, dime al menos por qué estás tan ocupado...

–Ha habido un asesinato –confesó de pronto. Se sorprendió de haberlo dicho en voz alta, pero con su hermana siempre le pasaba igual, no podía ocultarle nada–... Dos asesinatos, en realidad. Mujeres jóvenes, como

tú... Una ha aparecido muerta en un descampado, en Ondarreta, y la otra en Urgull, las dos estranguladas. Adivina quién cubre el caso...

Elena se llevó una mano a la boca, ahogando una exclamación de sorpresa.

–...Dios mío, ¿asesinadas? No puede ser... ¡Aquí! ¡En San Sebastián!

–Ni siquiera se sabe quiénes eran.

–...pero qué estás diciendo... ¿Hay un asesino en San Sebastián?

Gabriel apretó los labios. Eso era exactamente lo que había dicho.

–Pero eso... ¿Y ha salido en los periódicos? ¿Cuándo pensabas decírmelo?

–Aún no ha salido en ningún periódico, pero tenemos la exclusiva.

–Pero, ¿por qué? –frunció el ceño–. No importa... No me lo digas... ¡Parece una buena oportunidad! No me importará esperar si es por eso...

–Lo sé, ya lo sé, aunque... Me está costando trabajar en este caso, no te imaginas la brutalidad con que las han asesinado.

Se quedó pensando en esos cuerpos descoyuntados, con los huesos rotos como ramas secas, como decía siempre Berriatua. Continuaban dando palos de ciego. La Guardia Civil no tenía el menor indicio para avanzar en la buena dirección, y ya habían encontrado otro cadáver. Se lo ocultó a su hermana deliberadamente. Cuando saliera de allí, iría al depósito municipal. Por eso tenía un aviso en el bolsillo. Cada vez era más fácil que algún periodista acabara por enterarse y se publicara antes de tiempo, estropeando toda la operación.

–Pero... ¿Y si hay más muertes? Otras chicas podrían morir, ¿verdad? ¿No sería mejor poner sobre aviso a la gente?

–Es pronto, no quieren que salga a la luz hasta que tengan algo –se encogió de hombros con una profunda frustración.

–Te conozco... No te gusta la idea, ¿verdad? Déjame que te diga que estoy de acuerdo contigo. No deberían ocultar algo así...

–Joder, claro que no. Pero si quiero ayudar a coger al culpable tengo que seguir las normas.

–Gabriel –Elena meneó la cabeza apesadumbrada–... ¿Es peligroso?

–No. Para mí no. Alégrate Elena, después de esto puede que me asciendan al fin, y entonces podré llevaros a mamá y a ti a un lugar mejor, quién sabe, puede que incluso pueda pagarte un tratamiento nuevo. ¿No merece la pena por dejar esta casa?

–Estaría bien –sonrió–... Aunque no creas, he llegado a cogerle cariño a esta cueva –sonrió y se mordió el labio, conteniendo lo que de verdad hubiera querido decir. Pero no podía, era demasiado complicado, y a Gabriel no iba a gustarle que insistiera en no querer salir de allí. No se atrevía. Se miró las piernas, muertas, incapaces de llevarla a donde quería ir, con libertad. Odiaba en qué se había convertido. Luego miró a su hermano con cariño–... Nada merece la pena si el precio que vas a pagar es demasiado alto, recuérdalo...

–No es peligroso, no debes preocuparte. Yo sólo recojo información de la escena del crimen, y de lo que me cuenta la Guardia Civil. Además, no estoy solo, Damasco trabaja conmigo.

–Damasco... Hace mucho que no le veo –se sonrojó sin que él se diera cuenta. Antes del accidente habían coqueteado en más de una ocasión. Ahora ya no le apetecía encontrarse con él. Se avergonzaba–. En cualquier caso, tu nombre aparecerá en el periódico, al pie de la noticia cuando se publique. ¿Y si el asesino lo ve y se lo toma como algo personal?

Elena se encogió de hombros.

El joven meneó la cabeza con humor y se levantó.

–No te preocupes, cuando publiquemos la noticia será porque ya han cogido al asesino, no va a pasarme nada. Ahora tengo que irme, no me esperes despierta, no sé a qué hora volveré...

Besó a su hermana en la frente y abandonó la habitación, cerrando la puerta suavemente al salir.

Estaba dispuesto a todo con tal de verla en otra casa, una soleada, amplia y luminosa, y si para eso tenía que coquetear con la muerte, estaba decidido a hacerlo. Habían contado con él, eso era lo que importaba. Aunque le afectaba, y mucho, cada vez que otra chica moría. En eso Elena tenía razón.

Había visto tristeza en la mirada de su hermana, y eso siempre le alteraba en grado sumo. Ya no le quedaba tiempo para permanecer en casa, así que se despidió de su madre y salió a la calle.

Ya había aparecido otro cadáver, varado en el río Urumea. Así, sumaban tres víctimas, no dos. Berriatua le había citado en el depósito de cadáveres de Polloe. Se tragó la rabia y la impotencia. Apenas había pasado tiempo entre un asesinato y el siguiente... Le torturaba pensar que había un depravado en la ciudad estrangulando a mujeres jóvenes.

El cementerio de Polloe, erigido sobre los terrenos de un caserío ya desaparecido que les daba nombre, ocupaba con su sobria fachada un frente ornamentado en cuyo centro destacaba una capilla coronada por una pequeña torre. A los lados de la misma, había otros accesos a las habitaciones del Capellán y el Conserje, a la sala de autopsias y al depósito de cadáveres.

Gabriel llegó temprano. Se alegraba de que Damasco no fuera a acompañarle. Estaba ocupado revelando las imágenes del crimen de Urgull, y de todas maneras no le estaba permitido sacar fotografías en el depósito. A Gabriel aquel asunto le estaba corroyendo por dentro. No quería enfrentarse a esa visión, un cuerpo sin vida sobre una mesa de hierro, otra muchacha muerta...

Dos grandes verjas de hierro delicadamente ornamentadas daban acceso al vasto cementerio. El camposanto se hallaba en silencio, con sus dos calles principales bellamente sombreadas con hileras de altos árboles. Acompañaban con su apacible presencia a los visitantes en su recogimiento. Gabriel no tomó ninguna de aquellas dos calles, la de San Sebastián, en el lado derecho, o la de San Vicente, en el izquierdo, sino que dirigió sus pasos al edificio principal, para entrar sin dudar al depósito de cadáveres, donde ya le esperaba un malhumorado Fermín Berriatua.

Éste estaba escamado por tener una tercera muerte en la lista de aquel caso antes de que hubiera empezado siquiera a atar cabos. Se había ocupado de que ningún otro Guardia Civil les acompañara, para así poder intercambiar impresiones sin que nadie les importunara. Quería compartir con Ugalde algo importante que acababa de saber.

Al ver llegar al joven, le saludó con la mano, sin abandonar su aire militar. Esperaba que tuviera clara la importancia de que mantuviera la boca cerrada, porque no iba a permitir que pusiera en juego su carrera por una cuestión moral. Al menos llegaba sin su sombra, el fotógrafo.

El cadáver de la víctima yacía boca arriba sobre una mesa, envuelta en una sábana. Como en los casos anteriores, no habían podido identificarla. Tenía el rostro completamente machacado... Gabriel se acercó a la mesa con verdadera aprensión... hipnotizado por el modo en que la luz se desparramaba sobre ella. Al contemplar los restos informes, se quebró por dentro. No la conocía, no era nadie para él, pero podría ser su hermana. Esto le revolvió el estómago. Necesitaba unos momentos. Berriatua se dio cuenta y puso una mano pesada sobre su hombro.

–No irás a vomitar, ¿verdad? –preguntó–. Compórtate, Ugalde... Si vas a arrojar la comida, más vale que salgas fuera...

–Estaré bien, sólo será un momento –repuso Gabriel con la voz rota.

–Relájate hombre...

Gabriel se encogió de hombros. Relajarse ante algo así podía llevarle dos minutos o toda una vida, aquello no se le olvidaría jamás.

Miró de nuevo el cadáver. La sangre huyó de sus mejillas, y estuvo a punto de vomitar. Volvió el rostro y respiró despacio, hasta que, después de unos minutos, hubo superado el mal rato. Agradeció que Berriatua se mantuviera en silencio, dejándole margen para asimilar la cruel realidad que tenían delante.

La víctima era una mujer, según su ficha de unos veinticinco años. Contemplarla tan deformada, con todos los síntomas de la muerte corrompiendo su carne, le repugnaba. Para empeorar la impresión, el Urumea había hecho su trabajo con ella en poco tiempo... Se obligó a contemplarla. La muerte se retorció bajo la piel apagada de aquella pobre chica rota, sin cara.

Inspiró con fuerza y se obligó a continuar allí un poco más. Comprobó que, al margen del horror de aquella masa informe donde debiera haber estado su rostro, aún conservaba las marcas de unos dedos en el cuello. Aquellas señales mostraban el lugar donde su asesino había apretado para quitarle la vida...

Le costaba creer que algo así estuviese ocurriendo en San Sebastián, ciudad amable, acogedora, repleta de rincones románticos, impregnada aún de la esencia de la «*Belle Époque*»... No podía ser que entre sus gentes, abiertas, deseosas de prosperar de reír, de bailar y compartir todo lo bueno que tenían, pese a la dictadura, hubiera un asesino capaz de semejantes crímenes. ¿Qué podía aportar él al caso, como periodista?

Miró a la chica muerta con compasión. Ya nadie podría ver sus ojos, ni besar sus labios... No quedaba nada de lo que había sido, pero aquel cabello ondulado continuaba siendo sedoso y brillante. Gabriel tomó un mechón entre los dedos y lo frotó. Se agachó para olerlo, y comprobó, decepcionado, que no conservaba ningún olor, salvo el del río. Era tan joven... Una mueca contrajo su rostro al reproducir en su mente lo que habría sufrido antes de morir.

Sí, tener que guardar la noticia le suponía, sin duda, un auténtico

dilema moral. Sonrió al recordar las palabras de Elena. Qué bien, le conocía.

Tomó las manos de la joven, rígidas y frías, y examinó sus dedos. Las uñas estaban llenas de barro, y sus dedos estaban rotos, como lo estaban los demás huesos de su cuerpo, sobre todo en brazos y piernas. Salvo aquel macabro detalle, no había nada más que les proporcionara un hilo del que tirar, una pista sobre su agresor. Se entretuvo un rato, brillantes los ojos, y después Berriatua, cansado de esperar a que se le pasara el arrebató de aprensión le invitó a salir fuera. Le guió a la capilla, donde el aire era más fresco. Gabriel inspiró con renovada energía. La calma de aquel lugar de recogimiento le sentaba bien.

–Estás pálido –le dijo el Guardia Civil acompañándole alrededor del círculo que formaba el altar mayor, un espacio reservado para las sepulturas de algunos hombres célebres, junto al mausoleo destinado por el ayuntamiento a la memoria de los Héroes de Zubieta–... ¿Quieres un vaso de agua?

–Estoy bien –gruñó Gabriel.

–Vamos hombre, no es la primera vez que ves un cadáver...

–Se parece mucho a mi hermana –le explicó Gabriel con un escalofrío–, en lo que se refiere a su juventud, quiero decir –se apresuró a corregirse–... ¿Qué sentido tiene todo esto? No dejo de preguntarme por qué...

El Guardia Civil meneó la cabeza, como diciendo que no había que buscar un sentido a los asesinatos, sino detener al culpable. No parecía darle importancia a ese interrogante, la causa que había impulsado a un hombre a matar, no una, sino tres veces, tal vez más.... Eso era crucial para Gabriel, no para él. Berriatua era más práctico.

–Te he hecho venir porque el forense me ha contado que los huesos de esta víctima, como los de las anteriores, se han vuelto tan porosos como los de una mujer de avanzada edad víctima de una osteoporosis galopante, tan fáciles de partir como...

–...una rama seca.

–Eso es –le confirmó. Le tendió el informe de la autopsia para que lo comprobara. Gabriel lo repasó, y constató aquel curioso detalle. Resultaba muy macabro–. No hay nada que sepamos que provoque ese cambio en nuestro cuerpo, pero parece que el asesino les ha suministrado algo que produce ese efecto, de ahí que no tengan marcas en los puntos donde les ha

partido los huesos.

–Si supiéramos qué sustancia produce ese efecto...

–Precisamente por eso he creído que te parecería interesante algo así. Lo vamos a investigar. Podrías indagar también por tu cuenta.

–¿Una investigación paralela? –se extrañó Ugalde.

–Eres periodista, tienes otros métodos distintos a los que usamos en la Guardia Civil. Tal vez si actuamos de forma coordinada, conjuntamente, atrapemos al hijo de puta que está haciendo esto mucho antes. Como tú, no tengo ganas de ver más víctimas.

–Podría haberle pasado a mi hermana, no puedo evitar revolverme ante semejante...

–No es ella la que está en el depósito, ¿no? Atrapemos al cerdo asesino y acabemos con él. Métete eso en tu dura mollera, ¿estamos?

Gabriel lo aceptó.

–Por mi parte hemos terminado aquí. Ya sabes que vamos a enterrar a la mujer esta tarde...

–¿Crees que aparecerá otro cadáver?

Berriatua estaba seguro. A juzgar por el breve lapso de tiempo transcurrido entre una muerte y la siguiente, no albergaba dudas.

–Hemos reforzado nuestra presencia en las calles. Entre los nacionales, los serenos y nosotros, ese cerdo lo tendrá difícil, pero no es suficiente, ya lo has visto.

–Deberías buscar sobre todo en los arrabales, en los descampados, fábricas o zonas degradadas –sugirió Gabriel–. Puede que haya más víctimas.

–¿Buscar otros cuerpos? No, nada de eso –Berriatua sacudió la cabeza–. Dudo que haya otras y que no lo sepamos. De todos modos tienes razón en una cosa. Yo creo que sus víctimas son mujeres solitarias, sin recursos. No nos constan denuncias por desapariciones, luego es muy posible que no tengan a nadie que las eche de menos. Eso reduce el círculo donde buscar. Puede que se trate de viudas de guerra o con su marido en la cárcel... Y tiene lógica, porque no llaman la atención si desaparecen. ¿Sabes cuántas habrá así en esta ciudad? Más de las que imaginas.

–También podrían ser prostitutas, hay mujeres que se venden por necesidad, y nadie lo sabe...

–Putas. Eso son.

–Eso no es justo.

–Es lo que son –aseguró Berriatua con desdén. Hablaba como Damasco.

Gabriel pensó en lo triste que era pasar por la vida como un fantasma, y ser invisible incluso en la muerte, pero se abstuvo de decirlo en voz alta.

–Tal vez quieras investigar en ello, y hablar con el guarda –le sugirió Berriatua–. Ya le hemos interrogado, pero tal vez recuerde algo más, y contigo estará más relajado. Es el único testigo que tenemos.

Gabriel se entusiasmó. Una cosa era limitarse a recabar la información que el Guardia Civil quisiera transmitirle, y otra ser partícipe directo en la investigación. Quería colaborar, hacer algo para acabar con aquella lacra. Cierta orgullo inundó su ánimo. Berriatua confiaba en él, eso estaba claro. Hasta el momento siempre le había llamado, y necesitaba que continuara haciéndolo, tanto como el extra económico que suponía para su bolsillo trabajar en aquel artículo. Si cometía un error y el Guardia Civil llegaba a la conclusión de que no estaba a la altura, le mantendría al margen, y Galarza escogería a otro.

Salieron de allí, y se despidió, decidido a ir a ver al guarda de Urgull. Sería interesante charlar con él y tomar nota de sus impresiones. Después, empezaría a investigar sobre la extraña sustancia que deshacía los huesos...

La larga avenida arbolada de la calle San Sebastián, con sus tumbas esculpidas en piedra alineadas apaciblemente bajo el cielo gris, se extendía a su izquierda, pero Gabriel pasó de largo sin querer dedicarle una sola mirada. El hecho de que hubieran ablandado los huesos de las víctimas con alguna cosa resultaba escalofriante. ¿Podría dejar de pensar en ello? Imposible. Nadie podría. Era algo demencial.

La casa del guarda estaba junto al acceso a Urgull, al pie de la cuesta que ascendía hacia el castillo de La Mota. Se trataba de un edificio humilde, con un pequeño huerto en el que crecían algunas calas que las niñas robaban a veces, cuando llegaba el mes de mayo; muchas no tenían dinero para comprar las flores que en esas fechas siempre se presentaban como ofrenda a la Virgen, así que asaltaban el huerto y cortaban algunas, para salir corriendo enseguida, por si el guarda salía y las pescaba. Gabriel sonrió. Elena se lo había contado, porque ella misma lo había hecho muchas veces. Vio también algunas gallinas ponedoras picoteando el suelo en busca de grano, alrededor de la casa.

El guarda le abrió la puerta con amabilidad. No se sorprendió de que

le visitara, porque al parecer ya había sido avisado por el Guardia Civil y sabía que era de confianza. De todos modos no le dijo mucho más, nada distinto de la versión que ya había dado anteriormente.

Según le dijo, todo había ocurrido al llegar la una de la madrugada, cuando ya estaba encerrado en la casa, con su esposa. No había visto a nadie, sólo había oído un alarido y al salir para ver qué ocurría, había escuchado un ruido alrededor del Cementerio de los ingleses. Luego todo había quedado en silencio, y como era noche cerrada, hasta el día siguiente no se había atrevido a ir a ver qué había pasado.

–Y ya vio usted dónde estaba el cuerpo, yo no lo hubiera encontrado, no puedo andar trepando como hacen ustedes entre las rocas, ya estoy mayor...

–¿Ha visto usted algo extraño estos días? A alguien diferente merodeando por aquí...

–La única que viene por aquí es «la francesa», me roba huevos y anda saltando por ahí como una cabra, ésa sí me da guerra, pero en fin... Es una pobre desgraciada...

Gabriel sabía bien quién era la mujer a la que apodaban popularmente como «la francesa». Más bien había oído hablar de ella, porque nunca había llegado a verla. Por lo que se rumoreaba, era una vagabunda que había cruzado la frontera desde Francia, por el Bidasoa, para asentarse en San Sebastián, y que solía rondar por la ciudad robando comida en los puestos cuando había mercado, o incordiando a los paseantes. Estaba loca, aunque era inofensiva. Se creía que era de origen francés por el acento con que pronunciaba las pocas palabras que a veces balbuceaba.

–Tal vez ella haya visto algo –sugirió.

–¿Esa? Aunque fuera así, no le sacaré usted nada, ¡está completamente de atar! Esa lunática no sabe dónde tiene los pies y dónde la cabeza... Además, vaya usted a saber dónde se esconde para dormir. No, es como una alimaña, aparece y desaparece a voluntad, se lo digo yo, que cada vez que me la encuentro en el huerto, ¡desaparece ante mis ojos!

Gabriel sonrió ante la desesperación con que el guarda se refería a la vagabunda. Estuvo con él un rato más, tratando de hacerle recordar algún detalle, cualquier cosa que pudiera ayudarles, pero al final se marchó como había llegado, sin nada nuevo para avanzar.

Aquella tarde pondría en orden todas sus notas y las contrastaría con

Damasco, para ver si sacaban algo en claro. Quería buscar a alguien que supiera de sustancias químicas, algún farmacéutico podía servirle para empezar, o un médico. Después se proponía ir a visitar el piso de Isabel Murria. Tenía la llave, y mientras Berriatua averiguaba si la joven había cruzado realmente la frontera, quería echar un vistazo. Ana no lo sabría nunca, y tal vez encontrara algo que pudiera arrojar alguna luz sobre su desaparición. Esperaba que se hubiera ido a Francia. Ésa sería sin duda una buena noticia.

Tenía un rato para comer, así que se pasó de nuevo por su casa familiar y estuvo conversando con su madre y con Elena en la cocina, como si no hubiese estado en el depósito frente a frente con la muerte. Le resultó relativamente fácil disimular. Luego subió a su hermana a su dormitorio, en brazos, y finalmente se encerró un rato en su propia habitación. Necesitaba estar solo.

Se frotó las sienes y se sentó en la cama. Estaba cansado. Llevaba muchas noches sin dormir bien. Iba a echarse, pero cambió de idea. No estaba cómodo. En vez de eso, se levantó y miró por la ventana de su habitación, aspirando el aire del mediodía. Olía a mar. El aire soplaba levemente sobre los barcos atracados en el muelle, e impregnaba de salitre el ambiente. De nuevo llovía, y aquel cielo oscuro le devolvió un frío silencio que le hería por dentro. Echaba de menos la luz del sol, y éste parecía haberles abandonado.

Lo cierto era que odiaba aquel cuchitril, pequeño, maloliente y viejo. Lamentaba la humedad que sufrían su madre y su hermana a causa de la cercanía del mar; lo estropeaba todo, la comida, la ropa, los muebles... Los huesos de Miren se resentían, obligándola a permanecer sentada mucho tiempo, y la constante lluvia la recluía entre aquellas paredes, en la soledad de la cocina. Allí transcurría su vida desde que muriera su padre.

Gabriel se quitó la chaqueta del traje, se desabrochó la camisa y se la quitó, para quedarse con el torso desnudo, de brazos cruzados. Hacía frío, pero necesitaba sentirlo. Se giró y se quedó de espaldas a la ventana, que estaba entreabierta, apoyado en el alféizar. Notó la brisa del mar acariciando su piel.

Era la primera vez que se relajaba en muchos días. Tal vez por eso, pensó de nuevo en Ana. Qué extraña era la vida, trayéndole a aquella chiquilla desde Madrid, tan dulce como atrevida había sido Isabel, tan tímida

una como resuelta la otra, ambas idénticas, tanto que era imposible distinguirlas. A Isabel no había llegado a conocerla bien, aunque le hubiera gustado, en cuanto a Ana... lo cierto era que desde que la asustara en aquel portal, no deseaba otra cosa que acercarse más a ella. Se había estado resistiendo, como si fuera a quemarse por querer acercarse a su luz. Ahora ya no quería continuar negando las sensaciones que le provocaba. No estaba confundido, como la joven pensaba, ni mucho menos, aunque sí le estaba costando mucho tratar con ella sin que una avalancha de emociones le arrebatara la sensatez. Más que eso, lo cierto era que le estaba volviendo loco, y ya no quería, ni por lo más remoto, sofocar sus sentimientos. Morena, con aquellos grandes ojos castaños, alegres, locuaces, iluminando su preciosa cara redonda... Y su largo cabello ondulado, negro azabache... Sacudió la cabeza.

Ana, desde luego, parecía estar muy lejos de su alcance. Al menos por el momento, le rehuía. Se mostraba tensa en cuanto le veía, recelosa, como si viera en él una amenaza. No dejaba de preguntarse por qué le consideraba así.

–Estás jodido, Gabriel Ugalde –se dijo.

Se hacía tarde, y aún le tocaba volver al periódico antes de que llegaran las seis y pudiera acercarse a ver el piso de Isabel.

Nada más salir del trabajo, Gabriel caminó a grandes zancadas bajo su paraguas, directo hacia el puente del Kursaal. El tiempo había ido empeorando a lo largo de la tarde, y ahora la lluvia caía con fuerza sobre San Sebastián, de manera que burbujeaba en los charcos alrededor. Ya tenía los zapatos y los bajos de los pantalones mojados. Llevaba un gabán largo sobre su traje, con el cuello subido para cubrirse la garganta, y su paraguas era amplio y negro, aunque insuficiente ante una lluvia torrencial como la que estaba cayendo.

Iba absorto en sus pensamientos. Había pasado a limpio los resultados de su entrevista con el guarda, y había estado buscando a quién consultar sobre la sustancia que ablandaba los huesos con Damasco. Había un Doctor, un tal Iglesias, que era una eminencia en bioquímica. Su compañero ya había revelado las fotografías que había tomado en Urgull, y se había ofrecido a entrevistarse con él. Las instantáneas eran muy buenas, impactantes. Destacaban con crudeza el horror de los crímenes que investigaban. Damasco iba a ser después de todo un buen complemento para su trabajo. Tal vez hiciera una buena labor interrogando al Doctor Iglesias.

Los pensamientos de Gabriel derivaban de un asunto a otro sin orden ni concierto, y se encontró de nuevo pensando en Ana. Ni siquiera se daba cuenta de la facilidad con que se colaba últimamente en sus cavilaciones.

En aquellos momentos lo que más hubiera deseado hubiese sido volver a encontrarse con ella, pero iba a tener que esperar. Su compañía hubiera sido refrescante. ¿Qué diría si se diera cuenta de que le había quitado

la llave? Estaba a punto de hacer algo que podía quebrar la confianza que empezaba a tener en él.

Sonrió con pesar. Su intención era buena, aunque dudaba que Ana lo viera así.

Ella le hacía vibrar.

Sacudió la cabeza. Aquel día estaba siendo largo y extraño, como una sucesión de actos en una obra de pesadilla. Cuanto antes pasara, mejor.

Miró hacia el mar. Un intenso oleaje barría las rocas, desplegándose desde el horizonte como una barrera movediza que avanzaba hacia el puente que estaba a punto de cruzar, para acabar estallando en una gran nube líquida de espuma cuando rompían. Ese horizonte aparecía lejano y brumoso, difuminado con un cielo plomizo que no cesaba de vomitar agua.

Todo se veía triste, como su estado de ánimo. Cuando los temporales se cernían sobre San Sebastián, todo era cambiante y oscuro, como estar sumido en un sueño lóbrego, y aun así, hermoso. Se le ocurrió que el mar era como Ana, aunque ella no se diera cuenta... Indomable.

Una ola muy grande barrió el puente de lado a lado justo cuando acababa de cruzarlo, y se oyeron algunos chillidos de quienes habían tenido la mala fortuna de ser alcanzados por la rugiente masa de agua. Gabriel sonrió al ver a un par de chicas completamente empapadas, como dos gatos mojados, corriendo para evitar la siguiente ola, que amenazaba con romper también sobre el puente.

—No es un buen día para andar por la calle... —murmuró para sí.

Con semejante temporal, hubiera sido más sensato quedarse en casa. Echó a correr y continuó hasta alcanzar los primeros edificios del casco viejo, cuya protección le libró en parte la tromba de agua que estaba cayendo. Se detuvo un instante antes de continuar, sin saber muy bien por dónde seguir, y es que llovía tan fuerte que se hacía difícil incluso reconocer el entorno a través de la cortina de agua que el viento empujaba alrededor.

Gabriel continuó por el que creyó el camino más corto para llegar a la calle San Jerónimo. Para cuando se detuvo ante el portal número veintiuno, tras sortear los charcos y regueros de agua que caían desde los tejados, estaba empapado. Abrió de prisa la estrecha puerta pintada de verde y se coló dentro del edificio, sacudiéndose la ropa, que goteaba el exceso de agua que no había podido absorber. Enseguida se formó un charco en el suelo. Pese a su buena forma, estaba cansado por las pequeñas carreras con las que había ido

pasando de una calle a otra, y jadeaba, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes.

Las escaleras le esperaban, sumidas en una apacible penumbra. Era como estar en una burbuja, en cuyo interior el tiempo se hubiese detenido. Fuera quedaba el temporal, sacudiendo con furia las calles, mientras allí reinaba una calma absoluta. Gabriel empezó a subir, consciente de que lo que estaba haciendo no era del todo cabal. ¿Quería realmente hurgar en el piso de Isabel? Cuando alcanzó la tercera planta, sacó la llave que le había quitado a Ana y abrió la puerta. Al principio se resistió, hinchada por la humedad, pero al fin, tras un tirón seco por su parte, cedió.

Al cerrarla, se quedó unos momentos en el recibidor, escuchando atentamente. Allí no había nadie. Oía a humedad y a encierro, aunque de fondo percibió el sutil perfume de Isabel, aún presente en el ambiente. Lo aspiró con curiosidad, buscando su esencia en aquella reminiscencia, un eco de la joven tan efímero como pasajero. Luego esperó, hasta que su vista se acostumbró a la penumbra que mantenía las cosas en un segundo plano, el de la escena pendiente de sus actores, antes de la representación.

Tenía por delante un pasillo largo y estrecho, al que se abrían las distintas estancias. Ya estaba allí. ¿Y ahora? Buscar respuestas, se dijo. Al fin y al cabo, estaba haciendo aquello porque sí le importaba lo que hubiera sido de Isabel. Le había pedido ayuda, ¿por qué? Además, estaba seguro de que el intruso que había saltado sobre Ana no era un vulgar ladrón. Era alguien que buscaba algo importante para él... ¿Qué?

Decidió echar un vistazo, sólo por si acaso. Se movió sin prisa, asombrado del buen gusto con que había decorado aquella vivienda, pero más aún de que hubiera tenido todo el tiempo la idea de vivir allí, en secreto. Había sido sincero al decir que no había llegado a conocerla bien, pero había creído percibir cierto arrojo en todo lo que hacía. No le sorprendía su deseo de ser independiente, lo que le desconcertaba era que lo hubiese ocultado. ¿Qué más secretos escondía? Lo registró todo.

Al final entró en el estudio, donde Ana le había contado que había tenido su desagradable encuentro. No había nada fuera de lugar. En realidad, no había nada extraño en ninguna parte. Ya había revisado cada estancia, desde la cocina hasta la sala, buscando cualquier cosa que le llamara la atención. Sin éxito.

Salió al pasillo y de nuevo regresó. Los libros se apilaban silenciosos,

con sus lomos cuidadosamente ordenados, por tamaños, y según el género de su contenido. Cogió uno al azar, y lo dejó. Escogió otro, y lo dejó, y así fue sacando los libros de su lugar, los abría de forma mecánica y los depositaba donde habían estado...

—¿Qué buscaba ese tipo? —se preguntó al cabo de un rato.

Se detuvo, de pronto agobiado por una sensación de encierro asfixiante. Era la oscuridad, el sonido del viento, la lluvia en las ventanas, y la soledad de la vivienda, lo que le estaba poniendo nervioso.

Escuchó, por si algo se movía fuera, en la escalera, pero todo parecía estar tranquilo. Aún esperaba que de un momento a otro Ana se presentara en la puerta, descubriéndole allí, como un ladrón.

Sonrió al pensar en ella por enésima vez. Daba una impresión de vulnerabilidad abrumadora, como si se hallara aislada tras una cortina transparente, muy lejos de la realidad, en un escenario aparte, distante y cercano a un mismo tiempo, pero inalcanzable para él. Pensó que, desde que la conociera, cada vez que la veía la notaba más triste, y más y más frágil.

Desvió otra vez la mirada hacia las estanterías repletas de libros, y estuvo un rato repasando los títulos variopintos que su dueña había coleccionado. Luego se acercó a la ventana y miró hacia la calle. Aún llovía torrencialmente, y las luces de los pocos coches que pasaban rasgaban el velo de la lluvia como halos fantasmales que hurgaran la oscuridad creciente.

Entonces, en la acera de enfrente, vio una figura parapetada en un rincón de un portal vecino. Le pareció distinguir un rostro entre las sombras, mirando precisamente hacia su ventana. Cuando se supo descubierta, esa persona se escabulló corriendo calle abajo. Desapareció enseguida. Gabriel se quedó un rato con la vista clavada en el punto de la calle por donde la figura se había marchado tan precipitadamente. Aquello sí le había llamado la atención. ¿Por qué le había mirado? ¿Qué hacía allí, bajo aquella lluvia, escondida en el hueco de un portal? Se dijo que a lo mejor era el ladrón, que había vuelto y esperaba a que saliera con la esperanza de volver a intentar recuperar lo que fuera que buscase... O tal vez era alguien que simplemente le había visto asomarse y atraído por el movimiento tras las cortinas había levantado la vista, un transeúnte cualquiera cobijándose de la lluvia...

Pero algo en sus ojos, en la forma de observarle, de estar, como esperando... Alguien envuelto en una gabardina, oculto en la oscuridad del edificio de enfrente...

Por fuerza debía de ser el ladrón. Una sospecha se encendió en su intuición. ¿Y si ése era el motivo por el cual le había pedido ayuda? Si Isabel estaba teniendo problemas con alguien, bien podía haberla forzado a marcharse del país...

Con la mirada aún fija en el portal de enfrente, se dijo que tal vez sí. Podía tener en su poder algo comprometedor para esa persona... Algo así daría sentido a la actitud con que se había conducido en la academia.

Inmediatamente decidió averiguarlo. ¿Qué hacía allí parado?

Entonces salió corriendo y abandonó la casa, bajando como un torbellino por las escaleras hasta el portal. Cuando salió a la calle, se dio cuenta de que había olvidado el paraguas. Soltó un bufido, pero ya no pensaba volver a subir y perder un tiempo precioso.

No se veía a nadie. ¿A dónde habría ido el ladrón? Echó a correr bajo la lluvia, en la misma dirección en que le había visto huir. Sin darle tiempo a reaccionar, alguien saltó desde la esquina, le empujó, y se alejó velozmente en dirección a la iglesia de Santa María. Así que aún se había quedado en los alrededores...

O quizás esperaba ver salir a Isabel. Eso despertó su cólera.

—¡Eh!

Gabriel corrió tras él, pues ahora estaba seguro de que era un hombre. La calzada estaba encharcada y sus zapatos resbalaban, pero se obligó a continuar, decidido a alcanzarle. La curiosidad le impulsaba. Le atraparía, y le partiría la cara para hacerle confesar. La ira le fue cegando con la lluvia, y le daba alas. Avanzó velozmente atravesando las calles en pos de su presa, que trataba de perderle cambiando de dirección, de una calle a otra, doblando una esquina una vez, y la siguiente otra vez... Era muy rápido.

La basílica de Santa María apareció ante ellos, desdibujada su fachada tras aquella cortina de agua. Sus muros de piedra arenisca resistían los embates de un viento húmedo y racheado que no conocía un descanso. El desconocido se coló en su interior, a través de la gran entrada del pórtico.

Gabriel sonrió. Sus ojos eran ahora los del cazador, obcecados en atrapar a su presa. Redobló sus esfuerzos y se fue tras él, tan rápido como le permitían sus piernas. Empujó el pesado portón de madera y entró en el apacible interior de la iglesia. Apenas había luz, salvo la que proporcionaban algunas velas encendidas a lo largo de la nave central. Los bancos se extendían en dos largas hileras, a izquierda y derecha, desde donde él estaba

hasta el altar, al fondo. Miró a un lado y a otro, pero no vio rastro alguno del ladrón.

Avanzó en silencio entre los bancos, sin dejar de vigilar alrededor. Lanzaba continuas miradas hacia las sombras de las naves laterales, tras las gruesas columnas que sostenían los arcos del techo abovedado, o hacia los retablos y figuras religiosas que adornaban el templo.

Al fin le pareció que alguien se deslizaba al fondo, cerca del altar, y se dirigió hacia allí con el mayor sigilo. Cuando estaba a punto de alcanzar el lugar donde le había parecido ver al desconocido, éste se abalanzó sobre él como una fiera. Descargó un puño de acero sobre su mandíbula, y otro directo a la boca de su estómago, robándole el aire. Gabriel se dobló sobre sí mismo, incapaz de respirar. Entonces el agresor acabó la faena, y le sacudió con un candelabro en la cabeza, haciéndole perder el sentido. Se desplomó y quedó inconsciente.

Cuando se recuperó, estaba tendido en el suelo, de bruces, con la cara aplastada contra las frías losas de piedra. Parpadeó, aturdido, y se incorporó lentamente. Estaba solo.

Se maldijo por haberse dejado sorprender así. Ni siquiera había podido ver la cara de su agresor, quien, por descontado, ya había escapado. Ahora estaba convencido de que era el mismo que había atacado a Ana en el piso, y casi seguro de que buscaba a Isabel. Tal vez incluso creyera que Ana era Isabel.

Salió a la calle, decepcionado consigo mismo, aunque, en el fondo, comprendía que ya había averiguado lo que necesitaba saber. Caminó bajo la lluvia, con las manos en los bolsillos. No le importó el agua helada mojando su cabello y su gabán, ya empapado, ni el viento azotándole hasta casi impedirle caminar. No había nadie en las calles, sólo él bajo la tempestad.

Volvió a la calle San Jerónimo, con ánimo de recuperar su paraguas, y subió lentamente las tres plantas. Su cabeza zumbaba con el dolor punzante que brotaba del golpe con que le habían tumbado en la iglesia, un amargo recordatorio de su imprudencia.

Se plantó ante la puerta de la mano izquierda, y cuando estaba con la llave en la cerradura, una mano suave se apoyó en su hombro. Al volverse, sobresaltado, se encontró con una mujer joven, que lo miraba con miedo, con un dedo en los labios, pidiéndole discreción.

–Por favor, ¿es usted amigo de la señorita Murria? –murmuró

lanzando ansiosas miradas escalera arriba y abajo. Gabriel asintió, intrigado—. Necesito hablar con usted, o no estaré tranquila... Por favor, déjeme pasar, no quiero hablar aquí, en el rellano, donde cualquiera podría oír lo que tengo que decirle...

Gabriel abrió la puerta y se hizo a un lado para que aquella desconcertante mujer entrara delante de él. Aquello no se lo había esperado, y no se atrevía a aventurar respuestas. Pasó tras ella y cerró con cuidado. Luego la invitó a seguirle a la cocina, y allí le ofreció una silla.

—No puedo invitarla, esta casa no es mía —se excusó. La mujer le miró sin saber si confiar en él. Desde luego, su aspecto era desastroso, mojado de arriba abajo—. ¿Quién es usted?

—Me llamo María, y soy una vecina —repuso. Su voz era aflautada, muy dulce, y sus ojos azules, grandes y asustadizos, parpadeaban a menudo. Tenía un cabello lacio y muy claro recogido en un moño, y un rostro menudo con una nariz respingona. Se cubría los hombros con un chal, como si tuviera frío, o como si quisiera protegerse—... Soy amiga de Isabel, ¿sabe? Le he visto antes saliendo de aquí, y llevo días esperando a que ella vuelva.

—Por lo que sé, se ha marchado.

Gabriel se apoyó en la encimera de la cocina. La nota que Ana le había dejado a su hermana continuaba allí.

—¿Sabe a dónde?

—Parece que ha cruzado la frontera...

—¿Está en Francia?

—Eso creo, aunque no lo sé con certeza...

—¿Es usted amigo de Isabel?

—Lo soy.

—Verá, le he visto por la calle con su hermana, con Ana...

—¿Conoce usted a Ana?

—No, personalmente no, pero Isabel me habló de ella. Son tan parecidas... Aunque a mí no me costó saber que ella era Ana, y no Isabel —sonrió, arqueando sus finas cejas.

—¿Qué es lo que quería decirme?

María dudó. Bajó la mirada, retorciéndose las manos en el regazo. Sus mejillas se habían encendido.

—No es fácil para mí decir lo que voy a decir, pero es que estoy preocupada por ella, por Isabel.

–¿Qué ocurre? María... Puede usted confiar en mí, cuéntemelo, por favor...

–Deme un vaso de agua, por favor...

Eso sí podía hacerlo. Se volvió y rebuscó en los armarios, hasta encontrar un vaso, y lo llenó con agua del grifo. Gabriel se lo tendió con amabilidad, y María se bebió de un trago su contenido.

–Gracias... No es fácil para mí... Me avergüenza, y no es fácil porque si llega a saberse, me señalarán con el dedo, y perderé mi lugar en esta ciudad. Ya sabe, San Sebastián es pequeña... Por eso necesito que me prometa que no contará a nadie lo que voy a decirle.

–Tiene mi palabra.

María le miró, buscando la sinceridad de sus palabras en su expresión.

–Mi nombre es María, María Zurutuza, y perdí a toda mi familia en el 36... Cuando los rebeldes aplastaron a los que defendían la república en San Sebastián y hubo tantas detenciones, mis padres y mis dos hermanos mayores también fueron a la cárcel, a Ondarreta. Los ejecutaron en el puente de hierro al mes de entrar en prisión, después de haber sufrido torturas inhumanas –le temblaba la voz, y al llegar a aquel punto hizo una pausa, porque le costaba hablar de ello. Luego tomó aire, sin que Gabriel la interrumpiera... Pero no es de mis miserias de lo que quiero hablar, sino de la situación en la que quedé desde entonces. Estoy fichada, y me ha resultado imposible encontrar un empleo decente. Por eso, sin recursos, sin posibilidades... he tenido que salir adelante con lo único que podía, con mi cuerpo –ahora ya no le miraba, avergonzada de sí misma. Gabriel se tensó. Aquella mujer tenía el mismo perfil de las víctimas del caso que estaba investigando... Hay muchas como yo, más de las que pueda pensar, gente aparentemente normal, chicas jóvenes, madres de familia, que se venden para poder comer, en secreto. Quiero que le quede clara una cosa, no soy una prostituta, ¡una fulana! Hago esto porque si no, no puedo comer, ni puedo pagar la renta de mi casa... La verdad, es que no tengo dónde caerme muerta...

Ahora le clavó una mirada retadora, desafiándole a juzgarla.

–Lo entiendo... Y lamento su situación, pero... No sé qué tiene que ver con Isabel... –aventuró, temiendo su respuesta.

–Isabel también estaba prostituyéndose –hubo un silencio sepulcral. Gabriel no daba crédito a lo que acababa de escuchar... No me mire así... ¡No estoy mintiendo!

Entonces María se rió, y se cubrió la cara con las manos.

–Dice que me entiende, pero me está juzgando...

Gabriel estaba horrorizado, pero no por su confesión, como ella pensaba, sino porque el hecho de que Isabel también se hubiera estado ofreciendo a los hombres, cambiaba las cosas. Ahora que lo sabía, no podía dejar de pensar que tal vez hubiera corrido la misma suerte que las otras víctimas. ¿Y si encontraban su cuerpo abandonado en cualquier descampado? Se estremeció.

–...pues sepa que no es una cuestión de elección, ¡es una necesidad! – María continuaba hablando–. Ojalá las cosas fueran distintas, pero ya ve... Isabel tenía problemas, me contó que había tenido que marcharse de casa, por eso se vino aquí. Necesitaba ingresos extra...

–...y usted le mostró cómo obtenerlos... –rugió Gabriel.

–No... ¡No! Cuando la conocí, ya llevaba un tiempo ofreciéndose a los hombres, pero corría demasiados riesgos... Trajo a algunos a su casa, y eso es lo último que debemos hacer, ¿comprende? Por nuestra seguridad... Yo sólo le mostré cómo hacerlo sin exponerse tanto...

–¿Hace cuánto que no la ve?

–Más de quince días... Estaba muy asustada, ¿sabe? No sé por qué, pero algo... algo la tenía fuera de sí, y ahora... Temo que le haya pasado algo... Yo... dudo mucho que haya ido a Francia.

–¿Por qué?

–Porque ella sí tiene familia, y jamás... jamás la hubiera abandonado. Me habló de su padre, que está enfermo, y me contó que esperaba ver pronto a Ana, en cuanto volviera de Madrid. Ahora Ana ya está aquí, pero Isabel...

A Gabriel le estaba costando asimilar lo que estaba oyendo. Isabel prostituyéndose... Hasta entonces la había creído en Francia, pero la historia de María, por alguna razón, sonaba creíble. ¿Por qué iba a mentir? Sin embargo, como ella misma acababa de decir, Isabel sí tenía una familia, y un empleo en la academia.

Cuando María Zurutuza se fue, Gabriel tardó mucho en dejar el piso. Estaba desconcertado y muy preocupado. Comprendía que Ana debía saber la realidad sobre su hermana. La pregunta que ahora se hacía era, si Isabel no estaba en Francia, entonces, ¿dónde estaba?

Se pasó la mano por el cabello. ¿Estaba muerta? ¿Era la cuarta víctima? Se le ocurrió que el hombre al que había perseguido hasta Santa

María podía ser algún cliente, alguien que había estado allí y que temía que se supiera, porque se había dejado algo que le delataba. Eso tenía sentido, claro que... no había encontrado nada que corroborase esa teoría.

Tenía que hablar con Berriatua enseguida. Si aún no había comprobado si Isabel había llegado a cruzar la frontera con Francia, ahora le daría prioridad.

Ana salió muy tarde de la academia. No tenía paraguas, y el temporal que estaba cayendo sobre San Sebastián la había disuadido de marcharse con el resto de sus compañeras. Además, Don Agustín la había convencido para aprovechar semejante circunstancia y hacer alguna hora extra. Así iba avanzando en su formación. Ya estaba casi al nivel del resto de las empleadas.

Celia había ido al colegio, apaciguado su ánimo después de una noche de espanto como la que le había tocado vivir. Una vez más, se había negado a volver con su tía, empeñada en no dejar solo a su padre. Se había puesto tan tozuda que había tenido que volver a ceder, pero no estaba tranquila. Quisiera o no, en cuanto regresara del trabajo, aquella misma tarde, la llevaría con Asunción. Sería más fácil por la tarde, porque iban a tener que irse a escondidas, y era entonces cuando su madre estaba menos al tanto de lo que hacían. Si era preciso, la cogería de las orejas para obligarla...

Y es que tenía la amarga sensación de que Margarita aún no había terminado, como si hubiese trazado un plan. Ya había mirado bajo la cama, sólo para comprobar lo que ya sabía, que el sobre con el dinero de los Kauffman estaba vacío. Su madre lo había dejado en su sitio para que fuera aún más evidente que lo había cogido, abierto y rasgado de mala manera. No dejaba de pensar en todo aquello, y era como un run run en su cabeza que había llegado a despertarle una severa jaqueca que no paraba de crecer, a causa de la tensión que estaba soportando desde que llegara de Madrid. Al menos, se consoló, había podido echar la carta para su amiga Mamen al

correo.

Ese dolor, punzante, sordo y continuo, se fue intensificando con el paso de las horas, hasta hacerse insoportable. El sórdido episodio de la noche anterior martilleaba en su conciencia contribuyendo a incrementar su malestar. Tenía el estómago revuelto, estaba pálida, y fruncía el ceño, incapaz de disimular lo mal que se encontraba.

Al fin, cuando comprendió que el temporal no iba a amainar, decidió salir, aunque llegara a casa completamente mojada, igual que si se hubiera zambullido en el mar con la ropa puesta. Ya no podía esperar más, no con aquella jaqueca atosigándola con tanta virulencia. Estaba a punto de marcharse, cuando Don Agustín, que también se había quedado, se asomó a la puerta de su despacho y la detuvo. Su cara era de sorpresa.

—Pero, ¿a dónde va, Ana?

—A casa... —murmuró ella con un hilo de voz. Apenas podía hablar, porque sentía al hacerlo que las náuseas tiraban de sus tripas para hacerla vomitar.

—¡Pero si está diluviando! ¿Y su paraguas?

—No tengo...

—No, no, ni hablar...

Don Agustín desapareció un momento, y al poco regresó con un paraguas en la mano.

—Tenga, siempre tengo uno por aquí por si acaso, no quiero que salga así, ¡sin nada!

Entonces se fijó en su semblante contraído, y en el modo en que entrecerraba los ojos, como si le molestara la luz.

—Ana, ¿qué tiene? Por Dios, si está lívida...

La obligó a sentarse en una silla, y le trajo un vaso de agua. Estaban solos en la oficina, y ella se alegró de ello. Rechazó el agua, porque no podía tragar nada sin arrojarlo inmediatamente.

—¿Qué tiene? Dígame qué puedo hacer...

—No se preocupe, es sólo una jaqueca... Lo mejor es que me vaya a casa enseguida...

—A casa... Pero criatura, si está a punto de caerse redonda... Venga, puede tumbarse un rato en mi despacho. Vamos, no sea mojugata que no la voy a morder...

Arrastró a Ana hasta la seguridad del despacho y la ayudó a echarse

en un pequeño sofá que había bajo una ventana. En cuanto su cuerpo tocó el mullido asiento, se relajó un tanto y el dolor empezó a menguar. Ana cerró los ojos, agradecida.

–Suelo sufrir del estómago –explicó Don Agustín–, y cuando me da mucha guerra me echo un rato, por eso mandé que lo instalaran aquí... Ande, quédese ahí un ratito...

Ana no contestó. Descansaba la cabeza sobre un cojín, y respiraba despacio, buscando el modo de apaciguar los dolorosos latidos que martilleaban en sus sienes. Pum, pum, pum... Oyó que Don Agustín caminaba de un lado a otro. ¿Qué estaría haciendo? Escuchó un grifo abierto, y luego le sintió volver y sentarse a su lado. Entonces notó que colocaba sobre su frente ardiente un pañuelo mojado. Inmediatamente el frescor hizo su efecto, y un inmenso alivio hizo que se estremeciera de los pies a la cabeza. Se avergonzaba de estar allí tendida, a merced de la bondad de su jefe. Don Agustín era realmente una buena persona.

–Gracias... –murmuró muy quedo.

–No hay de qué... Tenía que haberme avisado antes, ¿cuánto tiempo llevaba así?

–Toda la mañana –sonrió ella–. Ha ido yendo a más, y ahora...

–Bueno, quédese tranquila, que yo me voy a casa. Nadie la molestará. Cerraré la puerta. Ah –añadió antes de salir–, tómese la tarde libre.

Antes de que Ana pudiera protestar la dejó sola. Fuera el viento ululaba con violencia, y una especie de silbido serpenteaba contra las ventanas, como la lluvia, cuyo rítmico repiqueteo fue sumiéndola en un apacible sopor, hasta que se quedó dormida.

Cuando despertó, la jaqueca había desaparecido. Únicamente notaba un zumbido de fondo, que le recordaba que aún podía volver con virulencia. Se sentó, algo desorientada y un poco mareada. Tenía que volver a casa para sacar a Celia y llevarla con su tía... Se quitó la compresa de la frente. Don Agustín no estaba. Tampoco se oía nada en la oficina. Miró su reloj. Aún era pronto, faltaba una hora para que sus compañeras empezaran a llegar para el turno de la tarde. Y aún no había comido... De todos modos, con aquella jaqueca, no podría probar bocado.

Se levantó, cogió su abrigo, su sombrero y el paraguas que Don Agustín le había dejado previsoramente para cuando quisiera marcharse, y abandonó la academia.

Un fuerte golpe de viento y la lluvia helada la recibieron nada más pisar la calle. Se encontraba mejor, pero aún notaba que le temblaban las piernas y un leve mareo. Abrió el paraguas y se protegió como pudo con él, lanzándose a aquella vorágine de agua, zarandeada por unas ráfagas huracanadas que la obligaban a utilizar el paraguas como un escudo. El viento era tan fuerte, que apenas lograba mantenerlo derecho, y amenazaba con romperse si se volvía del revés.

Cuando llegó a la cuesta de Aldapeta, estaba a punto de desfallecer.

Entonces Margarita... esa otra realidad, la que aguardaba en la villa Santa Engracia, se hizo patente en su corazón, arrollando su ánimo. Tenía tantas ganas de acostarse... No se había acordado de eso en toda la mañana, pero ahora la idea de enfrentarse a su madre tiraba de ella, arrastrándola hacia ese pozo infernal, sin piedad, recordándole el sufrimiento de su hermana, y el suyo propio. Lidiar con eso resultaba una carga difícil de soportar.

Y aún tenía que llevar a Celia de vuelta a casa de su tía. No podía tolerar ni un día más que continuara siendo una víctima en manos de su madre. Ella era la culpable por haberla sacado de allí cuando ya estaba a salvo... Aquella noche dormiría con Asunción, sin miedo, libre de pesadillas, de discusiones, libre... Cuando la bruja de su madre se diera cuenta de que no estaba, ya no podría hacer nada, ni tampoco volver a visitarla arañando su puerta.

Ana se quedó unos momentos sin saber qué hacer, incapaz de cruzar la distancia que la separaba de su casa. Hubiera dado cualquier cosa por no tener que tomar aquella clase de medidas, pero no tenía elección. De pronto el paraguas que había estado sujetando contra viento y marea, se rompió, y quedó a merced de la lluvia y aquel aire racheado. No le quedaba otro remedio que entrar. Abrió la verja, y corrió hasta la puerta principal, completamente empapada.

Al entrar en casa se encontró con que su madre y precisamente su tía Asunción la estaban esperando. Se quedó en el umbral, mojando el suelo. No estaban solas, sino que el doctor Mújica, al que ella conocía bien desde niña, las acompañaba. Sus caras denotaban preocupación, aunque en distintos grados y con matices. El médico meneaba la cabeza con pesimismo, mientras que su tía estaba pálida y la miró con una mezcla de horror y tristeza. Por último, Margarita Clarín se mantenía rígida, blanca como una sábana, y con furibundas emociones palpitando bajo su fina piel de porcelana. Era la única

de los tres que no parecía preocupada, sino furiosa. Su tía fue la primera en ir a su encuentro. La abrazó con sentimiento, pese a su abrigo mojado, acariciando su cabello.

–Ana hija, ¿dónde estabas? ¿Por qué has tardado tanto? Estás empapada... con este temporal, ¿cómo se te ocurre...?

La joven se dejó abrazar, sorprendida de aquel arranque tierno de su tía, cuyo carácter solía alejarla de esa clase de demostraciones de afecto. Cuando se liberó de ella, la miró con perplejidad. Sus ojos oscuros continuaban reflejando aquel horror cautivo que tanto le había llamado la atención, y se preguntó cuál era su origen. Se volvió hacia su madre, que no hizo el menor amago de recibirla con el mismo cariño, y luego hacia el doctor, buscando una explicación. De pronto sintió el estómago encogido, como si un puño de hierro estuviera oprimiendo sus entrañas. Porque sólo se le ocurría una respuesta a la presencia del médico en la villa, sin necesidad de que nadie le dijera nada.

–¿Dónde está mi padre?

–Tu padre ha muerto –anunció su madre con frialdad–. Y si hubieses estado aquí, como una persona «decente», habrías podido despedirte de él.

Ana acusó aquellas palabras, la forma en que había escupido la palabra «decente», y la ira que asomaba en aquellos ojos grandes y oscuros... pero la noticia fue la que se llevó su voluntad, su alegría y su valor. Se mareó, como si el aire en el ambiente se hubiese vuelto irrespirable. Su lividez alarmó a su tía, que la sostuvo para que no se cayera.

–Papá... –murmuró.

–Lo siento cariño –musitó su tía–. Ha llegado antes del trabajo, muy enfermo, se sentía mal, y para cuando el doctor ha llegado...

–No he podido hacer nada –aseguró Mújica meneando la cabeza con pesar. Llevaba muchos años atendiendo a los miembros de la familia Murria, y le tenía verdadero afecto a José Miguel–. Ha empeorado desde la última vez que le vi el mes pasado, se diría que no ha estado tomando su medicación, pero eso no es posible, José Miguel sabía que le iba la vida en ello...

–José Miguel tomaba sus medicinas, doctor –aseguró Margarita con tono glacial.

Pero Ana supo al instante que mentía. Adivinó que, al igual que le había faltado tiempo para gastarse el dinero en dar comidas a sus amistades, había agotado lo que debía ir destinado a la medicación de su padre... y la

odió por ello. Ahora comprendía por qué le había encontrado tan desmejorado, por qué llegaba tan agotado de trabajar, por qué no tenía fuerzas para lidiar con su mujer. José Miguel, por no preocuparla, no había querido comentarle nada. Cruzó una mirada elocuente con su tía, que escuchaba, tan pálida como ella.

–Pues no lo entiendo, hubiera debido aguantar al menos cuatro o cinco años más en buenas condiciones...

El médico, que llevaba las mangas de su camisa dobladas varias vueltas sobre sus velludos antebrazos, empezó a estirarlas, alisándolas para acabar abotonando los puños alrededor de sus muñecas mientras meditaba casi para sí mismo, incrédulo con lo ocurrido. Al parecer era el único de los tres que no conocía la realidad de aquella casa. Siendo bastante más bajo que Margarita, parecía aún más abatido a su lado, con su aspecto bondadoso, su cabello blanco y sus apacibles ojos grises cargados de tristeza.

–Mi marido estaba peor de lo que usted siempre ha querido reconocer, doctor –le acusó Margarita–. Pero ya no se puede hacer nada.

–Madre...

–Y tú, ¿dónde estabas? No te dará vergüenza llegar a estas horas...

–Ana, ¿estás bien? Tienes mala cara hija...

–No tía, me duele la cabeza...

–Te he hecho una pregunta...

El doctor Múgica miró con extrañeza a Margarita, y luego negó con la cabeza apesadumbrado. Seguramente creía que su actitud belicosa se debía al choque de la repentina muerte de su marido, pero aun así, le resultaba incómodo presenciar cómo le hablaba a su hija.

–He de irme –se excusó–... Pero si necesitan cualquier cosa, manden a alguien a buscarme a mi consulta, claro.

Nadie contestó, así que cogió su maletín y, tras repetir varias veces sus condolencias, salió de la villa. Tras él quedó un silencio perturbador. Ni Asunción ni Ana se atrevieron a hacer ni decir nada. Margarita las fulminó con la mirada.

–Tu padre ha muerto y vienes así, con esas pintas, desgraciada –empezó de nuevo.

–Margarita, por favor, cálmate –rogó Asunción.

–Y tú, ya puedes marcharte. ¡No te necesito aquí! ¡Así me ha dejado, con dos bocas que alimentar! ¡Dos vagas que lo único que me dan son

dolores de cabeza! Ay, José Miguel, en buena hora me casé con él, ¡valiente inútil!

¿Qué había pasado en su ausencia? Todo se derrumbaba, su padre había muerto, y Ana no acababa de encajar semejante noticia. La voz amargada de su madre resonaba en la planta baja como latigazos que mantenían a tía y sobrina paralizadas.

—¿Dónde está Celia? —de pronto Ana se acordó de su hermana y la adrenalina se disparó en su pecho, sacándola del estupor que la tenía presa—. Tía...

—Arriba, en su habitación... Pero escucha, ¡Ana!

Ella ya no la oía. Había salido corriendo escaleras arriba, incapaz de soportar a su madre un segundo más. Sólo deseaba abrazar a su hermana, consolarla y buscar consuelo en su compañía, ya que en el vestíbulo la única capaz de darles algo de cariño y compasión hubiera sido su tía, pero estaba claro que ésta no se atrevería a acercarse demasiado a ellas, no estando delante su hermana, ni mientras ésta pegaba gritos y despotricaba contra ellas y contra su esposo, cuyo cuerpo yacía aún caliente en la cama de su dormitorio. Ni siquiera ahora le respetaba. Nunca había amado a José Miguel. Ana dudaba de que Margarita Clarín fuera capaz de querer a alguien.

Entró como una tromba en su habitación, y encontró a la pequeña Celia sentada junto a la ventana, muy seria, sin restos de lágrimas en su carita, con las manos en el regazo y la mirada perdida en la penumbra que lo cubría todo en el exterior. La lluvia golpeaba los cristales, sumiendo la estancia en una apacible quietud en medio de la cual su hermana parecía un pequeño fantasma. Ana se asustó al verla así, corrió junto a ella y la estrechó entre sus brazos, besándola una y mil veces, en la frente, en las mejillas, heladas, en las manos...

La niña al fin pareció reaccionar, pero apenas se movió, como si estuviera bajo algún hechizo que mantenía su voluntad muy lejos de allí. Estaba su cuerpo, pero no su espíritu.

—...estoy bien —musitó muy bajito.

—Oh, Celia, cómo vas a estar bien —sollozó Ana, asustada de verla así—... Cariño, lo siento, siento no haber estado, lo siento...

Las palabras de su madre se le habían clavado como dagas envenenadas en el corazón, no por que se sintiera como una desvergonzada, sino por haberles faltado a su hermana y a su padre, aunque... ¿cómo podía

haberlo sabido?

–Nuestra madre le dejó solo –explicó Celia muy despacio–. Le dejó solo y no llamó al médico, aunque se lo pedí.

–¿Qué... –gimió Ana con un hilo de voz.

–Ella le ha matado, y la odio por eso.

Entonces sí, algunas lágrimas se deslizaron silenciosas por sus mejillas. Miró a Ana, y sus grandes ojos verdes revelaban una profunda rabia, decepción, miedo y tristeza.

–Quiero que se vaya... No quiero estar con nuestra madre ahora que papá se ha ido.

Ana se quedó helada.

–No quiero que esté aquí... La odio, quiero que se vaya, por favor...

¿Qué estaba pasando? Era como si una ola estuviera a punto de arrollarlas, como estar atrapada en esas pesadillas donde el mar comienza a subir de nivel, inundándolo todo, imparable, formidable... Las palabras de Celia danzaban en la cabeza de su hermana tratando de cobrar sentido, desordenadas, como si no pudiera comprenderlas, o no quisiera...

«Ella le ha matado...», «Ella le ha matado...», «Ella le ha matado...». ¿Qué significaba eso?

–...quiero que se vaya –gimoteó Celia, de pronto deshecha en un mar de lágrimas. Se abrazó a ella con fuerza, y la joven notó perfectamente el dolor que albergaba en su pequeño pecho infantil. Sabía quién era su madre, pero... ¿hasta qué punto?–... Por favor, Ana... no quiero que esté aquí... –suplicaba.

No pudo contestar, porque ella misma estaba sobrepasada. Por supuesto hablaría con su tía Asunción, aunque no ahora, con su madre delante... probablemente se negara a dejar que Celia se fuera con ella y montarían una escena. Más ahora, con su padre muerto. Ya se había opuesto la primera vez, sólo que ahora no estaba él para rebatir su opinión... De hecho, su padre no volvería más... Las cosas habían cambiado drásticamente. Iba a tener que actuar con más cuidado que nunca. Al día siguiente se officiaría el entierro. Si quería que todo saliera bien, lo mejor que podía hacer era aprovechar ese momento para acordar con su tía la mejor forma de que Celia regresara con ella. Bien nada más salir del cementerio, bien cuando estuvieran en casa, en cuanto su madre se ausentara...

Las dos hermanas permanecieron en su habitación el resto del día, su

seguro baluarte contra la otra tempestad que tenían en casa. Por supuesto comprendían que la puerta de la estancia no impediría a su madre entrar si se lo proponía, pero estaban bastante seguras de que al menos por el momento respetaría aquel espacio, que era sólo suyo. Siempre lo había sido. De hecho nunca solía pasar de la puerta, salvo que fuera estrictamente necesario, como cuando registró las cosas de Ana hasta encontrar el dinero de los Kauffman. No sabían si su tía continuaba en la casa, o si se habría marchado para no aguantar los exabruptos de su hermana, pero no se atrevían a comprobarlo.

Ana se desprendió de su ropa mojada, se secó el cabello y se cambió. Estaba como en trance. Un alarido se había congelado en su garganta y el dolor de cabeza empezaba a crecer de nuevo, torturándola como si quisiera arrebatarse los últimos resquicios de fortaleza que le quedaban. Deshizo la cama e invitó a Celia a acostarse a su lado. Se tumbaron juntas y se arroparon con las mantas, mientras la tormenta arreciaba. Ana besó a la niña en el pelo. Le encantaba su olor, como a rosas... El calor de su cuerpo pronto hizo que se templara, pues estaba tiritando desde que había llegado, por haberse mojado de la cabeza a los pies, y por el pánico que la muerte de su padre había despertado en su fuero interno. Abrazó a su hermana, que se acurrucaba de espaldas a ella en su regazo, con todo el cariño que pudo transmitir. Quería protegerla, quería consolarla, asegurarse de que comprendía que no estaba sola, que podía confiar en que la cuidaría, pasara lo que pasara a partir de entonces. Cerró los ojos, y de nuevo, con la cabeza apoyada en la suave almohada, notó que su jaqueca retrocedía, como una bestia cuando se siente acorralada, hacia su cueva, al fondo...

¿Qué había sido de la Ana radiante y segura de sí misma que había vuelto de Madrid? No quedaba nada de ella, como si su madre le hubiera quitado su traje nuevo nada más llegar, para devolverle sus andrajos de inseguridad y temor, que había cosido a su medida durante años. Si pudiera deshacerse de ellos, si lograra recuperar la luz que la señora Kauffman había encendido en su interior... Se había creído capaz de superarlo todo esta vez, pero se había equivocado. Volvía a ser la de siempre, demasiado sensible, demasiado fácil de avasallar. Su mente, acostumbrada a la humillación y al maltrato, se moldeaba obedientemente para adaptarse a un entorno hostil que conocía demasiado bien. No quería ser así, pero... ¿cómo volver atrás?

Aspiró de nuevo el dulce aroma infantil de Celia. La pequeña se había quedado dormida, pese a todo, y respiraba suavemente a su lado. Ana la besó.

En cuanto las cosas se calmaran se la llevaría. Enseguida se durmió.

A la mañana siguiente le costó levantarse. Abrió los ojos, en la misma postura en que se había quedado dormida. Celia aún dormía, y la luz del nuevo día, libre ya de las nubes de tormenta, se derramaba sobre su rostro como una caricia. A través de la ventana se apreciaba un cielo aún gris, pero no llovía, y el viento se había calmado. ¿Cuándo verían el sol de nuevo? Estaban a las puertas de la primavera, pero el invierno se negaba a abandonarles.

Eran las siete y media, muy temprano todavía, y el dolor seguía ahí, muy hondo en su corazón. Su primer pensamiento fue para su padre. Quería ir a verle al Continental, desayunar con él, pasear por la playa, decirle cuánto le quería... Cerró los ojos y trajo de sus recuerdos el aroma de su ropa, el color de sus ojos castaños, comprensivos y deseosos de ser amados, el tacto de sus manos grandes, las de un gigante que hubiera podido llevarlas al paraíso si la enfermedad no le hubiese derrotado. José Miguel, siempre optimista, siempre sonriente, ya no estaba. ¿Era eso posible, que no fuera a verle cruzar la puerta de su habitación para desearle buenas noches, que no fuera a oírle silbar en la entrada para que supieran que llegaba con pan recién hecho?

Ana se incorporó despacio, porque le faltaba el aire. Dejó a su hermana aovillada entre las mantas, y se asomó por la ventana, con las manos entrelazadas sobre el pecho, allí donde la herida se hacía más profunda e imperecedera. En el exterior la ciudad volvía a la vida después de la tormenta. El patio se veía mojado, había ramas rotas y hojas arrancadas cubriéndolo todo, y el huerto estaba anegado. Aquel cielo encapotado se cernía sobre ella como su desgracia. Pensó que si no hubiese regresado de Madrid, tal vez no hubiera vuelto a ver a su padre con vida. Al menos había podido estar a su lado unos días...

¿La habría hecho volver porque intuía que se acercaba su final? Si le habían faltado sus medicinas, era fácil suponer que así hubiese sido. Seguramente había sido muy consciente de lo que le ocurriría, de que su mujer le estaba condenando al privarle de su medicación... y aún así no había protestado. Una oleada de rabia inundó a Ana, como un reguero imparable. Odió a su madre. Como Celia, también ella quería que se fuera. Pensó, sobrecogida, que hubiera preferido mil veces que hubiese muerto ella.

Estuvo un rato allí parada, pensando qué hacer. El entierro se llevaría

a cabo aquella tarde, y no se sentía con ánimos de volver al trabajo... Lo mejor era que fuera a la academia para comunicarle a Don Agustín lo ocurrido. Le pediría dos días de permiso, y regresaría volando a casa. Estaría de nuevo con Celia antes de que se despertara. Se volvió a mirarla. Dormía apaciblemente. Después del entierro, se dijo, se irían las dos. Ella tampoco quería quedarse. ¡Sola con su madre! No... Hablaría con su tía para arreglarlo todo. No podían permanecer allí.

Decidida a poner en marcha su idea, se vistió, escogiendo su único vestido negro del armario. Era el mismo que había llevado cuando su tío, el marido de Asunción, murió tres años atrás. No había cambiado mucho, así que aún le sentaba bien. Se arregló con esmero, para disimular sus ojeras y la hinchazón que el llanto había provocado en sus ojos, se peinó y se puso un sombrero a juego. El luto le sentaba muy bien, pero estaba deshecha por dentro.

Cuando abandonó su habitación, la villa Santa Engracia estaba sumida en un silencio sobrecogedor. No tenía hambre, sólo tenía ánimo para ir a la academia y volver cuanto antes.

Celia no despertó hasta mucho después de que se hubiera marchado. Al ver que Ana se había ido, se asustó un poco, por eso permaneció encerrada en su habitación. Esperaba que volviera pronto, porque sin ella se sentía muy sola y desvalida, a merced de lo que su madre quisiera hacer. La sola idea de encontrarse con ella superaba su capacidad. No quería volver a verla, en eso no había mentido a Ana la noche anterior, ni se había dejado llevar por el dramático momento. No, había sido sincera y se mantenía en su deseo de abandonar aquella casa. Daba por hecho que Ana querría irse con ella. Su tía Asunción las aceptaría a las dos de buen grado.

Se arrepentía de haber protestado tanto por tener que quedarse con ella, pero le había hecho tanta ilusión ver a Ana después de dos años, que sólo había pensado en poder estar a su lado. Además, desde que Isabel se había ido, se sentía como una frágil muñeca sin voluntad en manos de su madre, y ésta parecía ensañarse especialmente con ella. ¿Qué no haría ahora que no estaba su padre?

Había llorado mucho, pero ya no le quedaban lágrimas, sólo un gran vacío. Ana había logrado que se durmiera, siempre lo conseguía, acurrucándose junto a ella como un escudo protector... Las lágrimas acudieron a sus ojos, ardientes y amargas, pero no brotaron. La rabia hacia su

madre era aún mayor que su pena. No quería llorar. Quería marcharse donde no pudiera encontrarla nunca.

Jamás olvidaría cómo su padre había vuelto antes de tiempo del Hotel, muy temprano... tan débil y mareado que apenas lograba sostenerse en pie, y el modo cruel con que su madre había sonreído. Había sido una sonrisa de triunfo, como si hubiera estado rezando para que llegara ese momento. José Miguel se había acostado, presa de una extraña fiebre, temblando y sudando... había suplicado a su madre que fuera a buscar al doctor, pero ella... Ella no se movió hasta que estuvo segura de que ya no le quedaba más que un hálito de vida en el cuerpo. Sólo entonces, cuando la muerte asomaba en los ojos suplicantes de José Miguel, había permitido a Celia que fuera a buscar al doctor y a su tía.

Hasta ese mismo instante ella había gritado, llorado, había tratado de salir de la casa antes, pero su madre había cerrado las puertas con llave y la había abofeteado dos veces.

—No te pongas histérica, niña —le había dicho.

Estaba en la cama, con las rodillas levantadas y la barbilla apoyada sobre ellas mientras las rodeaba con los brazos. Su largo cabello castaño caía sobre sus delgados hombros y la espalda en suaves caracolas, y sus largas pestañas sombreaban unos ojos sembrados por el rencor. Sólo pensaba en huir. Quería vengar a su padre, volver atrás y ser más fuerte para cambiar las cosas... Sólo quería dejar pasar el tiempo y perderse en él, que la vida diera un salto atrás para poder salvarle... Hubiera podido ir a buscar al doctor Mújica mucho antes si no hubiera sido por su madre. Ella le había asesinado.

Fuera llovía de nuevo. Había amanecido un día desapacible, muy oscuro, tan oscuro como los sentimientos que albergaba en su interior. Miró por la ventana con melancolía. A su lado, Merlín dormitaba en la jaula, ajeno a su tristeza. Estiró la mano, dispuesta a liberarle de su encierro...

Entonces la puerta se abrió y Celia se sobresaltó. Su madre estaba en el umbral, mirándola desafiante. Iba vestida de negro, se había recogido el cabello sobre la nuca, y se había maquillado. Estaba muy guapa, salvo por la fea mueca que lucía en su semblante, severa y despiadada.

¡Oh! ¡Cuánto la odiaba! No soportaba ni mirarla.

—¿Ya se ha ido esa tunanta? —rugió al ver que Ana se había marchado. Su boca se torció con desprecio—. Bien, ella no está, pero tú sí. Celia, ven conmigo —ordenó con sequedad.

–No –protestó la niña con seguridad–, quiero quedarme aquí...

–De eso nada, vas a despedirte de tu padre como Dios manda –rugió Margarita, y cruzó la estancia hasta plantarse junto a la cama. Estiró una mano y la agarró con dureza, obligándola a abandonarla de un tirón.

–¡No! –sollozó Celia, ahora asustada.

Pero su madre no reparó en su estado de estupor, ni se apiadó de sus lágrimas. La abofeteó, y aun estando en camisión, se la llevó fuera de la seguridad de la habitación. La arrastró por el pasillo, clavándole los dedos en el antebrazo, hasta el dormitorio al fondo del corredor de la planta baja, donde descansaban los restos mortales de su padre.

–¡Entra!

Celia se resistió, pero Margarita era inclemente y la empujó para que pasara a aquella estancia, ahora triste y oscura. Antes de que pudiera escabullirse, la cogió por el cuello y la obligó a avanzar hacia la gran cama que ocupaba casi toda la habitación. Sobre ella, desnudo, estaba el cuerpo de José Miguel Murria.

–Mírale –le ordenó su madre, y Celia lo hizo, hipnotizada.

Estaba como dormido, apacible y sereno. Su cuerpo yacía boca arriba, con dos monedas sobre sus ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho. ¿Por qué estaba desnudo?

Celia se agitó al verle así. No quería que estuviera tan frío y quieto...

Algunas velas ardían iluminando pobremente la habitación. Las sombras danzaban rasgando la penumbra, mientras la lluvia se derramaba sobre los cristales del alto y estrecho ventanal. Madre e hija se aproximaron más a él, y entonces la niña comprobó lo demacrado que estaba su padre, lo profundas que eran las ojeras que rodeaban sus ojos, lo hundidas que estaban sus mejillas, lo mucho que había adelgazado...

–Hay que ver –Margarita rompió el silencio con su voz estridente, y Celia se sobresaltó de nuevo, sintiendo que se le erizaba el vello de todo el cuerpo. Odiaba tener la mano de su madre sobre ella, y deseaba apartarla, como si le quemara, pero no lo hizo–... Fíjate, en qué se ha quedado...

Entonces alargó una mano y agarró con desprecio el pene de su esposo, que descansaba flácido y encogido sobre su ingle. Lo sacudió como quien sacude un trapo viejo, con asco, y luego lo soltó, clavando unos ojos inhumanos en su hija.

–Acuérdate de cómo son las cosas, Celia. Ya ves a qué se reduce

todo...

La chiquilla la miraba horrorizada, con la boca abierta, y entonces no pudo soportarlo más y de un tirón se soltó de aquella mano férrea que tanto odiaba. Salió corriendo a refugiarse de nuevo en su habitación. Cerró la puerta, esperando con el corazón latiendo a mil por hora, que su hermana regresara pronto. ¿Qué había sido aquello? ¿Por qué?

Ana no supo cómo había llegado a la academia. Fue un ejercicio de superación duro para su delicado ánimo, y encima había empezado a llover de nuevo, *sirimiri*, esa lluvia muy fina, como la de un aspersor muy suave, apenas algo más que el agua de la niebla, que queda suspendida en el ambiente, pero tan abundante que lo empapaba todo en un santiamén... Al menos se había acordado de coger su paraguas.

Tenía los ojos hinchados de tanto llorar... se movía como una autómatas, ajena al oscuro día que envolvía la ciudad en aquella neblina húmeda y pegajosa, ajena a la gente con la que se cruzaba, a todo lo que no fuera su dolor. Se aferraba a él como si fuera lo único que le quedaba, la constancia de que su padre se había ido para siempre. Trataba de creerlo, de asumirlo. ¿Se puede hacer eso? Ella pensaba que no. Le sentía muy cerca, a su lado...

Al entrar en la oficina, la primera que la vio fue Lucía. La joven se asustó en cuanto notó sus lágrimas y repasó su atuendo, claramente de luto... Acudió a abrazarla, intuyendo ya, por su aspecto, que acababa de sufrir una tragedia. Preguntó con delicadeza, y Ana, que llevaba todo el camino reteniendo las lágrimas, ya no pudo más y se derrumbó. Se echó a llorar, deshecha, y su amiga tuvo que sostenerla. Alarmada por su lamentable estado, pidió a una compañera que avisara enseguida a Don Agustín.

Éste, que estaba ocupado con un cliente en su despacho, al oír lo que pasaba se excusó como pudo y lo despidió enseguida para atenderla. Salió a

la sala de espera, donde Lucía trataba de calmarla, y al verla así, hundida y de negro, se temió lo peor. Se acercó, dudando, sin saber muy bien cómo tratar a la joven...

–El padre de Ana ha muerto ayer –Lucía le sacó del apuro. Abrazaba a Ana mientras hablaba, besándola y enjugando sus lágrimas–... Ha venido a pedirle unos días, para el entierro... es esta tarde, por supuesto iré, podré ir, ¿verdad Don Agustín? Usted también querrá ir...

–Claro...

El secretario se acercó un poco más, impresionado, y musitó un pésame sincero y sentido. Por supuesto, estaba más que dispuesto a darle los días que pedía. De hecho, se empeñó en que se tomara el resto de la semana libre. Ella no quería hacerlo, sólo necesitaba dos días. Lucía estaba deseosa de acompañarla en un momento tan delicado, y agradeció que se mostrara tan comprensivo.

Ana apenas atendía a sus palabras de consuelo. Le costaba recuperar el control sobre sus emociones, sobre todo cuando su jefe y su compañera se mostraban tan cariñosos y solícitos. Eran las primeras personas que le demostraban afecto. Lucía fue a buscar una tila a una taberna en la misma calle, y regresó enseguida. Se la ofreció con delicadeza. Don Agustín estuvo sentado a su lado todo el tiempo. Al cabo de media hora, al fin empezó a calmarse, lo suficiente al menos como para contener el llanto. Estuvo un rato más allí, pero al poco quiso levantarse.

–Cómo, pero, ¿te vas? No puedes salir así, Ana, quédate un rato, hasta que estés más tranquila... –le rogó Lucía.

Pero necesitaba marcharse cuanto antes. Pensaba en Celia, en que la había dejado sola... Se disculpó, inmensamente agradecida por la atención con que la habían recibido, y se despidió.

Al salir de nuevo a la calle creyó desfallecer. Tenía el rostro bañado en lágrimas. Nada podía sacarla de aquel duelo que acongojaba su alma.

Sólo pensaba en que tenía que volver con Celia...

No vio a Gabriel Ugalde hasta que casi lo tuvo encima. Había ido a buscarla para contarle lo ocurrido en el piso. Ignoraba completamente su pérdida, y cuando la vio saliendo del portal, lo primero que llamó su atención fue verla vestida de luto. Estaba preciosa, con aquel delicado vestido negro, un abrigo entallado del mismo color, y unos zapatos de tacón que estilizaban su figura. Un coqueto sombrero con velo completaba el conjunto. La joven

abrió su paraguas y pisó la calle como si fuera a desmayarse... Lo segundo que vio fue que lloraba. Le impresionó comprobar que había adelgazado, y que estaba demacrada, como si en vez de dos días hubiera pasado un mes desde la última vez que la viera. La llamó, desesperado por llegar hasta ella cuanto antes.

—¡Ana!

La joven le oyó. Se detuvo, paralizada por la impresión. Aquella voz sacudió su corazón violentamente. Pero no podía ser... Se dio la vuelta, para descubrir a Gabriel allí de pie, en medio de la calle, mirándola fijamente. Iba con su abrigo negro, y se protegía del *sirimiri* bajo su gran paraguas. ¿Era él, o estaba soñando? Quiso sonreír, pero no pudo. En vez de eso un gemido se escapó de sus labios. Al verla desfallecer, Gabriel corrió a su lado y la sostuvo, mientras preguntaba una y otra vez qué era lo que le pasaba.

—Ana, Ana, ¿qué tiene?

Gabriel estaba allí, no podía creérselo. ¿Cómo era posible? Estaba realmente allí, a su lado, cuando más necesitaba una mano amiga... Había creído, al salir del portal, que no sería capaz de llegar a casa por sus propios medios, y había estado a punto de volver a subir a la oficina, pero ahora...

—Ana, me está asustando... —musitó Gabriel cogiéndola por la cintura para evitar que se cayera. La acompañó a un local cercano, le quitó con cuidado su paraguas y la ayudó a sentarse en un saliente que aún estaba seco, con la espalda apoyada en el escaparate. Poco le importaban las miradas que la gente que pasaba les lanzaba. Al fin Ana pareció reaccionar.

—Gabriel... ¿Cómo... cómo es que está aquí? Lo siento, no puedo...

—He venido a buscarla... —repuso él. Se protegía con su paraguas, y a ella también. Sus intensos ojos verdes estaban llenos de preocupación.

—Pero, ¿cómo? ¿Por qué ha venido?

Ana abrió los ojos, asombrada, ilusionada, aun con aquel fondo de tristeza brillando a través de sus abundantes lágrimas, que ahora dejaba correr como si no las sintiera, ajena a ellas.

—¿No es evidente? Quería verla... Dígame qué ha pasado... Ana... dígame por qué llora —en realidad la estaba buscando porque necesitaba compartir con ella lo que María Zurutuza le había revelado. Ahora, sin embargo, se daba cuenta de que no era el mejor momento. Gabriel enjugó algunas lágrimas de sus ojos, y el contacto de su mano la hizo estremecer—. ¿Qué ha pasado?

–Por favor, necesito caminar...

–Por supuesto...

La ayudó a levantarse de nuevo, y echaron a andar. Sólo entonces, mientras él la llevaba aún firmemente agarrada por la cintura, encontró la fuerza de ánimo suficiente como para contarle que su padre había muerto. Ahora que él estaba a su lado, sentía que su mundo se equilibraba de nuevo, hasta cierto punto, como si una parte de sí misma, de la verdadera Ana, se hubiera abierto paso a través de la oscuridad en que se había sumido desde que llegara a San Sebastián, desterrando una parte de esas tinieblas.

Gabriel hubiera querido abrazarla, pero se contuvo. En vez de eso le susurró palabras de aliento, y ella se lo agradeció. Estuvieron hablando varios minutos, muy próximos el uno al otro, aunque sin tocarse, en medio de las personas que pasaban, mirándoles unos con curiosidad, otros con reprobación. Luego caminaron otra vez, ahora en silencio. El joven iba como perdido, abrumado por los acontecimientos, y atento a su corazón, que latía sin control, al ritmo de un compás invisible y veloz.

Primero cruzaron el puente del Kursaal, hacia los jardines de Alderdi Eder, y sin pretenderlo, se fueron alejando, hasta acabar en el puerto. Gabriel vio un rincón protegido de la lluvia cerca del muelle, y llevó a Ana hasta él. Se sentaron uno junto al otro, frente a los barcos amarrados al puerto, cuyos mástiles se erguían hacia aquel cielo brumoso, como puntas de lanza que se mecieran suavemente en un agua tranquila.

Porque el mar estaba en calma, como una balsa límpida que reflejaba el cielo ennegrecido. La isla Santa Clara destacaba en la bahía, sumida en una pesada bruma que lo emborronaba todo... Gabriel permaneció en silencio. Ahora no podía contarle lo de Isabel. No podía.

Ella descansaba a su lado de forma natural, como si siempre hubiera estado en su vida, como un amigo, sin cuestionarse lo agradable que le resultaba su cercanía, o la consideración con que la trataba. Gabriel estaba junto a ella, consolándola. Estaba tan abrumada por el dolor que no discernía la diferencia. Alzó el rostro hacia Gabriel. La observaba como si estuviera sosteniendo una dura lucha interior.

Aún no había hablado con Berriatua, y no sabía si ya había obtenido resultados de sus pesquisas sobre el asunto de la frontera. Esperaba que la joven no le hiciera preguntas. No quería hablar de Isabel, ni de la sórdida verdad que la rodeaba de secretos. Ahora, más que nunca, veía la fragilidad

de la muchacha. Le miraba como alguien perdido en el desierto, alguien muerto de sed. Estaba sufriendo lo indecible por no poder abrazarla, pero no estaba bien hacerlo allí, en medio de la calle.

Ana agachó la cabeza y estuvo así un rato, de pronto muy lejos de todo. Una oleada de imágenes, recuerdos de su padre, se desplegó en su memoria meciendo su pena. Qué dulce tristeza. Un cosquilleo embriagador estremecía su corazón, como si una llama ardiente hubiera prendido en él. Latía al compás de una melodía melancólica, muy triste.

–Ana, dígame qué siente –suplicó Gabriel. Hablaba muy próximo al oído de la joven, muy quedo, ajeno por completo a cuanto les rodeaba–... Me cuesta verla así...

Ella se sonrojó, apabullada por la fuerza con que su corazón respondió a sus palabras, o al modo en que las había pronunciado. Pena, dolor, ilusión, esperanza... Todos esos sentimientos se disputaron su espacio... Tardó en responder.

–Gabriel, deseaba tanto que viniera... Aún no puedo creer que esté aquí, precisamente ahora...

–Me alegro de haber decidido venir a buscarla. ¿Está mejor?

–No lo sé –musitó Ana muy bajito–. Es difícil, ahora mismo, saber cómo me siento...

El joven apartó un mechón de cabello de su frente. Le bastaba con eso, porque sólo un momento antes la creía absolutamente fuera de su alcance, perdida en su pérdida.

–¿No está trabajando...?

–Sí. Me he escapado un momento –Gabriel sonrió al pensar en ello–. Damasco me cubre, espero.

–Entonces será mejor que se vaya... Yo estaré bien, de todas formas tengo que volver a casa.

–No quiero dejarla sola –murmuró–. Dígame que me quede y lo haré –propuso de pronto, con los ojos llenos de determinación.

–¿Y que se gane una amonestación...?

–No me importa si es por acompañarla.

–No diga tonterías...

–No lo son. Ana, sólo pídamelo...

En realidad estaba decidido a acompañarla, pero necesitaba infundir seguridad a la joven. Además, estaba bastante seguro de que Damasco iba a

cubrirle el tiempo que hiciera falta. Ana negó con la cabeza.

–No, no es necesario –suspiró. En realidad estaba deseando que se quedara, pero no quería ocasionarle problemas.

–¿Cuándo es el entierro?

–Esta tarde.

–La acompañaré, al menos haré eso.

–No... No, Gabriel, es mejor que no.

–¿Por qué?

–Mi... mi madre, No sabe cómo es. Si me ve con usted, organizará una escena, y yo no... No puedo...

Las lágrimas volvieron.

–Ana, quiero estar a su lado... ¿Va a decirme que prefiere que me vaya?

–No es eso... –se quejó ella.

No quería contarle que después del entierro planeaba escaparse con su tía. Si él estaba presente sólo complicaría las cosas.

Gabriel recapacitó. Odiaba tener que dejarla tan pronto, cuando lo que deseaba era permanecer a su lado cada minuto en un momento así. Sin embargo, comprendía que la posibilidad de que la madre de Ana organizara un espectáculo en medio del entierro de su padre le provocara a la joven un verdadero tormento. Supuso que iba a tener que adaptarse y aprovechar el tiempo que tuvieran en vez de enzarzarse en una discusión que sólo añadiría dolor a su dolor.

–Venga, demos un paseo hasta su casa.

Fueron juntos, del brazo, hasta la villa. Por el camino dejó de llover, y al fin Gabriel pudo cerrar su paraguas. Le encantaba el tacto ligero de los dedos de Ana en su brazo. De vez en cuando pensaba en María Zurutuza... y enseguida la apartaba de su pensamiento. No había necesidad de poner a Ana más nerviosa con todo eso.

Al llegar a la cuesta de Aldapeta, rozó apenas su mejilla con los dedos antes de despedirse. Damasco le estaría esperando con impaciencia, pero le costaba dejarla así. Ana no sabía qué decir. Había sido todo muy extraño, y ahora que había llegado el momento de separarse, empezaba a despertar como si hubiera estado soñando. Le miró, buscando ratificar lo que su corazón le decía. Se hacía tarde...

–Entre ya –la ayudó Gabriel.

Ana quería preguntarle cuándo volvería a verle, pero ni una palabra salió de sus labios. Sonrió un poco y levantó la mano a modo de saludo. Luego se volvió y desapareció al otro lado de la verja del número cinco de la cuesta de Aldapeta.

Cuando Ana al fin estuvo de vuelta en casa, lo hizo flotando en una nube de irrealidad. Se había despedido de Gabriel simulando no sentir que se le desgarraba el corazón ante la idea de que se fuera tan pronto. Hubiera querido correr tras él y rogarle que se quedara, que la acompañara al entierro, porque no soportaba afrontarlo sola... pero no lo había hecho. Se había tragado sus sentimientos, imperiosos, y la promesa de un pronto reencuentro.

Al cruzar el patio de la villa, se había vuelto una y mil veces para verle al otro lado de la verja. Gabriel levantaba la mano cada vez para saludarla, tan incapaz como ella de alejarse... hasta que, al llegar a la puerta de entrada, y volverse buscándole, había desaparecido. Un vacío helador había suspendido su corazón en una pausa dolorosa. Se había quedado muy quieta, con la vista fija en el espacio que el joven había ocupado sólo unos segundos antes, como si hubiera soñado el rato que había pasado a su lado. Luego, poco a poco, había regresado a la realidad.

Abrió la puerta y entró en la casa, como el que se adentra en una cueva ocupada por una fiera sanguinaria. No quería hacer otra cosa que subir a ver a su hermana. Ya se había retrasado bastante...

Encontró a Celia aovillada en la cama, llorando sin parar, pero no logró que le contara si le había pasado algo, y acabó por creer que lógicamente estaba muy afectada todavía.

–Celia...

No soportaba verla así, tan inconsolable... Acarició su cabello con aire pensativo. Estaba agotada, como su hermana. Entonces se levantó, cerró la puerta, y regresó para desnudarse y tumbarse junto a ella. La cogió por detrás, rodeándola con los brazos, y la acunó mientras le tarareaba al oído, muy bajito, una dulce canción que recordaba haber escuchado en la radio. Como la noche anterior, lloraron juntas y al final se quedaron profundamente dormidas, mientras el día avanzaba ajeno a ellas, al otro lado de la ventana.

Desde la entrada de la cueva, abierta como una boca negra en la pared cortada a pico del monte Ulía en su extremo occidental, sobre la playa de la Zurriola, se veía prácticamente toda la ciudad. La bahía, la isla Santa Clara, la desembocadura del Urumea... El conjunto formaba una vista maravillosa, a veces bañada por el sol, a veces barrida por las tormentas, al mismo tiempo salvaje y apacible, un paisaje de ensueño donde el mar se hacía su dueño indiscutible, embravecido o sereno, como un ondulante manto grisáceo, a menudo erizado por el viento. Era como espiar San Sebastián desde una desconocida y privilegiada atalaya casi oculta por la vegetación, aunque visible desde la playa si se alzaba la vista con interés.

Esa oquedad natural excavada en la roca, era un seguro refugio, inaccesible tanto desde la parte más alta del acantilado, coronado por una frondosa vegetación, como desde la playa, desde la cuál era imposible trepar para alcanzarla. Sólo se podía llegar a ella a través de un angosto sendero, muy descuidado, el cual terminaba bruscamente en el precipicio, al borde de un vertiginoso descenso casi vertical; allí moría, para dar paso a una serie de toscos salientes excavados artificialmente a lo largo de la pared de roca, como una suerte de escalones estrechos y desgastados.

La había descubierto accidentalmente, mientras andaba perdida entre los árboles del monte, huyendo de la gente. Había encontrado el sendero y lo había seguido, llena de curiosidad, hasta toparse con aquella caída descomunal hacia la playa. Distinguir el paso que bajaba desde allí no había sido fácil, pero era una criatura resuelta, y pese a que parecía imposible bajar

por él, había terminado por alcanzar los escalones. No le había costado tanto deslizarse por ellos, con el cuerpo pegado a la roca, hasta alcanzar la entrada de la cueva. Una vez en ella, sólo había tenido que dar un pequeño salto y plantarse en su interior, un espacio pequeño, apenas lo justo para poder permanecer tumbada sin encogerse y dormir, o para estar de pie.

Aquella mujer se movía como una araña, como si tuviera ocho patas en vez de dos piernas, y aficionada como era a trepar y a moverse entre las rocas, disfrutaba de lo lindo bajando y subiendo por esos salientes estrechos y desgastados por el tiempo y la furia de los elementos. El hecho de que fuera una locura utilizarlos, le daba la seguridad que necesitaba de que nadie se atrevería a importunarla. A ella le encantaba el riesgo, verse colgando literalmente sobre el precipicio, viendo la playa a sus pies, muy abajo, atrayéndola con toda la fuerza de la gravedad. En cuanto al resto de los mortales, no sería fácil encontrar uno sólo que quisiera jugarse la vida en el empeño.

Encantada de coronar su nuevo reino, se había instalado en él con sus escasas pertenencias, un hatillo de ropa, una manta y algunas cacerolas viejas y oxidadas. Ya habían transcurrido más de dos meses desde que llegara, y se había coronado a sí misma como reina de un castillo inexpugnable.

Nadie conocía la existencia de esa cueva, aunque estuviera a la vista de todos; nadie solía mirar arriba lo suficiente como para fijarse en esa abertura con forma de puerta en medio de la pared, ni en los dos trozos de madera clavados como estacas sobre ella para sostener una burda tela que la protegía de las horas de más calor; y aunque alguien la hubiese visto, nadie se plantearía que alguien pudiera vivir allí.

No estaba en su sano juicio, estaba loca. Su aspecto desgreñado, con aquel cabello muy rizado y crespo flotando alrededor de su cabeza como un enjambre de moscas, y su rostro enjuto, sus ojos grandes e iluminados por un brillo de otro mundo, el de los dementes, su cuerpo fibroso, y sus ropas harapientas o su comportamiento, le conferían un aire desquiciado que provocaba rechazo en los demás. La llamaban «la francesa», por su acento cuando balbuceaba algún insulto.

Solía deambular por las calles de San Sebastián, descalza, mendigando unas veces, robando otras. Casi nunca caminaba sobre sus piernas, que eran flacas y nervudas, sino que se apoyaba además sobre sus manos, como los gorilas, y daba vueltas y más vueltas sobre sí misma, riendo

con su boca muy abierta mientras la gente se apartaba de su lado con una mezcla de temor y burla en el rostro. Había quien decía que la había visto entre las rocas, en Igueldo o en Mompás, saltando de una a otra con la enorme habilidad de un mono, al tiempo que aullaba como un lobo a la luna; había quien decía que se subía por los tejados de las casas del puerto, y que de noche también merodeaba por las calles asustando a los que trasnochaban. A veces se colaba en medio de algún grupo de personas y cuando se apartaban, se ponía en cuclillas y miccionaba, formando alrededor un gran charco amarillo que se extendía rápidamente por la acera, ante la repugnancia de los que miraban cómo se mojaban sus pies descalzos con sus orines. Otras veces irrumpía en alguna tienda concurrida y lo revolvía todo, organizando un buen tumulto para luego salir huyendo, antes de que alguien avisara a la policía.

«La francesa» era conocida y desconocida, porque todos sabían de ella, pero la ignoraban por igual, como un ser incómodo al que tenían que soportar. Vivía de lo que encontraba en las basuras, de lo que hurtaba de las tiendas con pasmosa destreza, o de lo que le daban quienes se sentían obligados a tener algún gesto de bondad, con tal de librarse de su atención.

De todos modos sus incursiones diurnas a la ciudad eran muy escasas. Salía sobre todo de noche, porque en realidad despreciaba a las personas, y detestaba las aglomeraciones, en las que se sentía insegura. Prefería moverse al amparo de la oscuridad y así trepar y saltar a su aire, bailando al ritmo de alguna canción imaginaria. De día sólo salía para buscar algo que comer, y casi siempre al atardecer. Amparada en la oscuridad, daba rienda suelta a sus instintos, muy primarios. Adoraba corretear bajo la lluvia, y a menudo se escuchaban sus chillidos infantiles en el eco nocturno mientras saltaba sobre los charcos. Los serenos la conocían bien.

Por eso a veces era testigo de hechos sorprendentes, a veces inquietantes. No había nada en la ciudad que escapara a su conocimiento, porque estaba en todas partes, en los rincones solitarios, entre las sombras, acechando lo que hacían sus habitantes... Conocía sus secretos más sórdidos, sus anhelos, sus pesares, sin compartirlos. No los necesitaba.

Una de esas noches de devaneos nocturnos, se alejó más de lo normal de su guarida. Tras el brutal temporal que se había abatido sobre San Sebastián, sólo quedaba un cielo cubierto menos amenazador y la humedad empapándolo todo. Descendió por los senderos de Ulía, muy embarrados, y

fue avanzando, a escondidas, atravesando el río, hasta abandonar la calles colindantes con el monte Urgull y adentrarse en los empinados caminos que ascendían al castillo de la Mota.

Eran las once de una noche oscura y cubierta por una gruesa capa de nubes amenazantes, pero el entorno mostraba un ambiente apacible en la oscuridad. Fue ascendiendo, cambiando de rumbo una y otra vez, tomando atajos que trepaban por la ladera de una cuesta a la siguiente, saltando y rodando entre los altos árboles que cubrían el abrupto terreno, colándose en sus descuidados jardines, subiendo a las rocas que miraban al mar, husmeando entre las matas, como lo haría un perro, alejándose cada vez más hasta alcanzar los muros de la fortaleza. Alzó la vista sobre la recia construcción de piedra, y vio una arcada con una gruesa verja de hierro fuera de sus goznes, semi caída a un lado. Se deslizó con cuidado junto a ella y fue subiendo a través de estrechas escalinatas y senderos cubiertos por la maleza, hasta descubrir una zona llana poco iluminada, abierta al mar. Un muro de piedra definía sus límites, con un árbol retorcido adornando un rincón. Atraída por la quietud del lugar, apartado y ciertamente inquietante a aquella hora tardía, se encaramó por una escalera de piedra con un arco debajo, que daba acceso a un edificio antiguo y degradado. Quería observar y escuchar. Las escaleras sobre las que se agachaba estaban gastadas y la maleza crecía entre los resquicios, reventando con sus raíces las juntas que las sostenían.

Desde su nuevo punto de observación, no tardó mucho en descubrir que no estaba sola. Cerca de allí algo se movía, apenas lo suficiente para que ella lo hubiera notado. Entrecerró los ojos, fijándose mejor, y vio que se trataba de una persona... una mujer. También percibió en el entorno, en la quietud de aquel rincón abandonado a la maleza, una amenaza.

Se agarró con las manos a las piedras que formaban la vieja escalera sobre la que se hallaba, y se agachó cuanto pudo, pegando el cuerpo a ella para mimetizarse con las malas hierbas. Esperó, con la vista clavada en aquella chica bajo el muro. Entonces apreció que la mujer giraba la cabeza, y pudo distinguir un rostro muy blanco y ovalado, y unos ojos que miraban alrededor con inquietud. Había una profunda vergüenza en ellos.

La mujer estaba muy quieta al pie del muro, fumándose un pitillo. Cada vez que daba una calada, la combustión del tabaco brillaba en la oscuridad y su rostro se iluminaba siniestramente. Estaba muy oscuro, y apenas era posible distinguir sus rasgos. Aún así se apreciaba que era una

mujer joven, con un largo cabello que caía sobre sus hombros. Se abrigaba con una gabardina de color claro que entallaba su esbelta figura, y un coqueto sombrero cubría su cabeza. Llevaba tacones, y sus largas piernas destacaban con una piel muy blanca. Dio unos pasos. Se notaba que esperaba a alguien.

Entonces otra persona apareció en escena. «La francesa» no pudo ver quién era, sólo distinguió una figura alta embozada en un capa negra, con capucha y una horrible máscara cubriendo su rostro. Dedujo que era un hombre que buscaba sexo sin desvelar su identidad, un hombre joven y alto... Surgió justo por debajo del arco bajo la escalera donde ella estaba, dudó, miró alrededor, como para asegurarse de que nadie le observaba, y enseguida se acercó a la chica. Ésta apagó su pitillo en cuanto le vio, y lo aplastó con la punta de uno de su zapatos. La brasa incandescente desapareció.

«La francesa» estiró el cuello, tratando de distinguir algo más que vagas formas en la oscuridad, pero era noche cerrada y no había luna. Una amenaza impregnó aquel rincón, sin que aquella muchacha se diera cuenta.

Sonrió al recién llegado, pese a su aspecto. Debía de estar muy desesperada para quedarse a pesar de su inquietante atuendo. Le tomó por un cliente caprichoso, fetichista tal vez, embozado en una gran capa negra, de las de antes, encapuchado y con aquella espantosa máscara... A juzgar por sus andares y su altura, también le pareció un hombre joven, como a «La francesa». Tal vez pagara bien. Esbozó una sonrisa forzada, y lentamente se abrió la gabardina, mostrando su cuerpo. El enmascarado se detuvo. Soltó un gemido gutural, impresionado por la belleza de aquella joven mujer. Se acercó a ella, despacio... Algo en su forma de moverse hizo que «la francesa» se encogiera sobre sí misma de miedo. La chica esperaba sobre la hierba, y no parecía darse cuenta de que ya no podía ir a ninguna parte.

—...me moría de impaciencia por encontrarte —murmuró la figura encapuchada, con la extraña máscara junto a su oído. Su voz sonaba distorsionada. «La francesa» le puso nombre, «La Máscara». Ésta tomó por la cintura a la chica y acarició su culo descaradamente, enterrando la cara oculta entre sus cabellos y aspirando esta vez con fuerza. La chica soltó un grito, sorprendida de aquel gesto brusco. No se resistió—... Hueles bien, a caramelo... a galletas, a... ¿tienes niños?

—Eso no es de tu incumbencia —murmuró ella, intimidada por el modo en que aquel desconocido le imponía su cercanía.

—Oh sí, debes tenerlos, porque hueles a leche también...

La manoseó, y de pronto metió la mano por debajo de su gabardina y la llevó directa a su sexo, invadiendo su intimidad con descarnado interés. Ella se asustó, y, esta vez sí, retrocedió.

—...qué tenemos aquí, ¿una gatita tímida...? —sonrió con lascivia—. No me hagas enfadar...

Contempló su bonito rostro unos instantes, y luego la abofeteó. Una vez, dos veces, tres veces...

—Mírame... Mírame, zorra...

Entonces sacó la mano de debajo de su ropa y la cogió; la atrajo hacia sí, pegándose a ella para estrecharla y besuquearla, en los labios, obligándola a torcer la cabeza hacia atrás. Luego pasó al cuello... jadeó, y de pronto la arrastró a lo largo del muro, hacia la oscuridad. La chica escuchaba los latidos de su corazón retumbando en sus oídos cuando aquella abominación enmascarada la aplastó contra la pared, le abrió la gabardina con violencia y le empezó a subir la falda del vestido. Quiso resistirse, pero entonces, excitada por eso, «La Máscara» se envalentonó y empezó a manosearla con fruición; le rompió la blusa, expuso sus grandes pechos y estuvo sobándolos con unas manos frías que no sabían de delicadeza. Ella protestó, gimió, pero cuanto más se revelaba, más se excitaba el enmascarado. Entonces notó algo extraño. Su cara se transformó por la sorpresa, pero no tuvo tiempo de decir nada.

—No te apartes... Quédate quieta... —gruñó su agresor mientras la aprisionaba contra la pared.

La tenía atrapada con su cuerpo, de tal manera que ella no podía zafarse, sólo podía llorar y suplicar mientras gemía en su oído.

—Por favor... —suplicaba ella—... Por favor, no...

—Zorra...

Resopló, y de pronto la arrastró junto al árbol, donde «la francesa» casi no alcanzaba a ver lo que hacía. Permaneció donde estaba, tan paralizada como aquella pobre chica. Adivinaba en aquel ser a un depredador. No buscaba sexo... Era otra cosa. En su forma de avasallar a la muchacha, de aprisionarla, de manosearla, había lascivia, pero rezumaba algo peor. Reconocía el mal en ella. No quería estar allí, pero era incapaz de escapar. Como la muchacha, era una prisionera, una espectadora involuntaria del horror que estaba a punto de suceder. Quiso abstraerse, viajar con la mente lejos de aquel espectáculo, porque sabía que la muerte estaba rondando.

«La francesa» oyó un grito que no había brotado de sus labios, aunque era su mismo llanto de terror, y balbuceó algunas palabras incoherentes. La baba se le cayó por la comisura de la boca. Se estremeció. La víctima no podía imaginar que otro ser vivo estaba compartiendo su agonía. Los ojos brillantes de «la francesa» continuaban fijos en ella, expectantes, ávidos de un desenlace, porque sólo así podría romper aquel hechizo que burlaba su locura. Soltó el aire, incapaz de apartar la mirada de la cruel escena.

–Quédate quieta, zorra... –gruñó «La Máscara» mientras la aprisionaba con sus manos contra la piedra–. ¿Te gusta esto? Eres una fulana cualquiera, te mereces esto y más...

Su víctima callaba, cada vez más desmadejada y febril, al límite de sus energías. Era como un saco de piedras, aún vivo y cálido, pero pesado e inerte como una masa sin voluntad propia. El pánico la paralizaba. «La Máscara» la observó en silencio, con unos ojos luminosos que brillaban como dos ascuas triunfales, esperando su reacción. Pero ella había desfallecido y no reaccionaba. Se desmoronaba, con el infierno cerniéndose sobre ella definitivamente.

Todo alrededor parecía suspendido en el tiempo. No se escuchaba la brisa entre las ramas de los árboles, ni el rumor de un animal nocturno escabulléndose a través de la maleza, nada se movía, como si cada roca, cada brizna de hierba, hubiera quedado atrapada en aquel momento espeluznante, como «la francesa», testigo mudo e involuntario de semejante lance.

El enmascarado estaba disfrutando del momento, buscaba alguna expresión en su víctima, queriendo adivinar qué impresión le producía saber que iba a castigarla, a humillarla... Las facciones de la joven estaban ahora desencajadas, y sólo mostraban el puro pavor que sentía. Entonces soltó una exclamación, tan prolongada y aguda, que la abofeteó.

–Qué coño haces...

La soltó, y se derrumbó en la hierba como una muñeca inanimada, quedándose sentada, con la espalda apoyada en el muro. Dio un paso hacia ella, sin que nada rompiera el oscuro vínculo que les unía. De pronto se agachó más cerca y al minuto siguiente la tuvo tan próxima que pudo oler de nuevo su piel, un aroma afrutado que extasiaba sus sentidos.

–¿Por qué... –logró balbucear la muchacha.

«La francesa» procesó en su mente abotargada aquel porqué. Ella

también quería saber por qué, nunca había necesitado tanto una respuesta, y de pronto comprendió que ningún porqué podría satisfacerla. El enmascarado no respondió.

—¿Por qué...

Entonces «La Máscara» alzó sus manos, y tocó su vientre. Sus dedos estaban rígidos y fríos. Luego las fue moviendo por su torso, hasta llegar a su cuello. Entre tanto mantenía con su víctima el contacto visual, embargada por la emoción del momento. Soltó un gruñido animal, pero la muchacha estaba más allá de todo, y ya no reaccionó.

Entonces aquel demonio pareció irritarse por la inmovilidad de su presa. Deslizó los dedos hacia su nuca y sus pulgares se entretuvieron en su garganta, apretando... apretando... apretando cada vez más... El pánico alertó los sentidos de la víctima, que salió de la parálisis que atenazaba su cuerpo. Quiso escabullirse, pero estaba bien sujeta, mientras su agresor la ahogaba con aquellas manos fuertes, como dos garras de hierro. La joven gimió, se retorció, y cuanto más se revolvía, más apretaba la figura enmascarada, con una sonrisa salvaje e inhumana, como la muerte.

La sangre se acumuló en el rostro de la muchacha, el aire le faltaba, las fuerzas que le quedaban menguaban... Al poco, en unos segundos, su cuerpo se derrumbó, blando y muerto. Su cabeza cayó sobre el pecho de su verdugo, que aún apretaba como un demonio, y resbaló por la pared.

«La Máscara» se quedó entonces muy quieta, como si formara parte del entorno. Apenas respiraba, envuelta en la bruma, con la vista clavada en el cuerpo sin vida de la desdichada joven, roto como el de una muñeca de trapo. Parecía hechizada por la macabra escena que ella misma había creado, atraída por la descarnada crueldad de la muerte.

«La francesa» la observó, con un lamento acumulado en la garganta, con sus porqués suspendidos en su alma, sin respuesta...

El desconocido enmascarado aún permaneció allí... pero entonces se apartó unos pasos del cuerpo sin vida de la joven. Salió de la protección del muro, y acto seguido se encendió un pitillo, cuyo aroma ascendió en volutas de humo para perderse en la noche. La niebla se empapó del aroma del tabaco, con la muerte aún danzando en espirales hacia el cielo nocturno, como en un lienzo imperecedero. Todo quedó en silencio, y esa muerte aleteó sobre «la francesa» en la escalera, sobre el castillo, sobre el monte Urgull, como una sombra entre las sombras, fría e indiferente...

Si aquel día le hubiesen dicho que iba a tener que ocuparse del levantamiento de otro cadáver, Berriatua no se hubiera sorprendido tanto. Pero ahora que lo tenía delante... Aquello era otra cosa, algo mucho más sórdido, e incluso él, que estaba acostumbrado a todo, sintió arcadas. Varios agentes de la Guardia Civil rodeaban la estrecha franja de matas y rocas donde había sido descubierto, en la ladera del monte Urgull que daba al mar. Otra vez allí... Habían encontrado el cuerpo sin vida de una mujer, semi desnuda, encajada entre las piedras, como una muñeca desgarrada.

Se agachó junto a ella sin tocarla, y se llevó una mano a la boca para contener las náuseas. Una vez más, su rostro era un amasijo de carne y huesos fracturados, hechos añicos, como si alguien lo hubiese golpeado con una piedra una y otra vez, machacándolo hasta reducirlo a aquella masa informe. Miraba hacia el cielo gris sin ojos con los que mirar, irreconocible. Seguramente la habían arrojado desde uno de los miradores del castillo de La Mota, a considerable altura por encima de aquel lugar.

A juzgar por su torso desnudo, se trataba de una mujer joven, bien formada. Sus pechos eran grandes y hermosos, y estaban expuestos al cielo abierto, de un blanco níveo, dos suaves promontorios amoratados allí donde alguien los había manoseado con tanta fuerza como para dejar su impronta en ellos. Llevaba una camisa, pero había sido desgarrada con brutalidad, y se arrugaba a ambos costados como unas pequeñas alas de colores. Sus brazos y sus piernas, habían quedado en posturas antinaturales, quebrados en mil partes. Era imposible que sus huesos se hubiesen roto así por la caída. De

nuevo habían utilizado aquella sustancia capaz de volverlos porosos. Cada vez era peor, cada muerte más violenta...

El alcalde del ayuntamiento ya se había pronunciado al respecto, de forma privada, reiterando a la Guardia Civil su exigencia de que se mantuviera una absoluta discreción, como con los otros cadáveres hallados. No quería que trascendiera el hecho de que había un asesino en serie suelto en la ciudad. Berriatua miró las marcas del cuello de aquella desgraciada. Estrangulada también.

Se levantó de mala gana, y ordenó a sus hombres que levantaran el cadáver para su traslado a Polloe. Tenían orden de enterrarlo lo antes posible, tras la autopsia, y de apretar sus esfuerzos para acabar con aquella lacra. La violencia con que el asesino se había ensañado con la víctima había conmovido a todo el mundo, y empezaban a temer que a partir de entonces sus actuaciones fueran cada vez más crueles y salvajes. En aquella ocasión tampoco habían encontrado nada que pudiera identificar a la infortunada víctima, ni rastro del resto de la ropa que debía haber llevado puesta, o de sus zapatos... y por descontado, no esperaban que la reclamara nadie.

Siguió los movimientos de algunos Guardias Civiles que trataban de recuperar el cuerpo de entre las rocas, con la decepción dibujada en el rostro. Alguien más observaba todo cerca de allí, un miembro del consistorio que se había personado en el lugar de los hechos únicamente para constatar que se procedía como se había ordenado desde el ayuntamiento. Estaba lívido, sin duda impresionado por la dantesca escena.

Empezaba a chispear, y Berriatua alzó el rostro hacia el cielo con hastío... Entonces le pareció distinguir, entra los matorrales que cubrían la escabrosa ladera, una figura agazapada, menuda y con una mata de pelo hirsuta alrededor de un rostro extraño. Reconoció a «la francesa». La Guardia Civil la tenía fichada porque había protagonizado varios altercados en el centro de la ciudad. Nadie sabía dónde vivía, era escurridiza y desde luego estaba como una regadera, aunque no era peligrosa. ¿Qué hacía allí?

Azuzado por la curiosidad, abandonó el operativo alrededor del cadáver y se dispuso a buscar un buen sitio para subir con rapidez. No tuvo más remedio que desviarse para tomar el camino que subía al castillo, el único que conducía hasta el lugar donde la había visto. Cuando al fin llegó, estaba sin resuello. «La francesa» había desaparecido. La buscó en los alrededores, pero evidentemente se había escapado en cuanto le había visto

subir. Berriatua dio unas vueltas por la zona. Estaba en una de las baterías del castillo, y había un muro arruinado que se asomaba al barranco por el que había sido arrojada sin lugar a dudas la mujer. Ya habían estado allí buscando evidencias, pero aun así se acercó. La víctima había sido asesinada en aquel punto. Sacó la cabeza por encima para observar cómo retiraban el cadáver desde otro punto de vista.

Chispeaba cada vez más. Primero esporádicamente, y luego, poco a poco, la lluvia empezó a caer con más fuerza. Se levantó algo de viento. Desde aquel enclave privilegiado podía contemplar el mar. Berriatua se entretuvo un rato. Su oscura superficie se rizaba bajo aquel cielo tan plomizo.

—¡Berriatua!

Ya le llamaban, y apenas se había ausentado un cuarto de hora. Bajó corriendo, maldiciendo por lo bajo aquel endemoniado tiempo que parecía empeñado en ahogarles a todos.

—Hemos encontrado la piedra con la que han golpeado a la mujer —le anunció un compañero.

La habían tirado también por encima del muro, y había ido a caer algo más lejos que el cadáver. Era una piedra del tamaño de una mano grande, afilada en todas sus aristas, y mostraba trozos sanguinolentos de carne adheridos a su superficie. Había algunas esquirlas de hueso pegadas en aquellos macabros restos.

—Llévalo todo al depósito. Que nadie se acerque, no quiero curiosos en los alrededores.

Si pretendía apresar al asesino, iba a tener que reforzar aún más la vigilancia en la ciudad, sobre todo durante la noche, y colaborar con los nacionales. La imagen de «la francesa» regresó a su cabeza. Esa mujer siempre andaba merodeando por las calles, más de noche que de día, según sabía. ¿No era más que probable que hubiese visto algo?

—¡Gálvez! —llamó a uno de los hombres que controlaban el perímetro para que no se acercara nadie—. Hay que encontrar a «la francesa». La quiero en comisaría cuanto antes.

—Pero si es peor que un demonio...

Gálvez había sido testigo en dos ocasiones del comportamiento extraño de esa mujer. La había visto orinando en medio de una tienda, y riéndose a continuación en la cara horrorizada de quienes la rodeaban, y la había visto con una cerilla, queriendo prenderle fuego al traje de un

caballero...

—¿Te crees que no lo sé? Buscadla y traedla, ¿estamos?

Gálvez se retiró al punto, con cara de pocos amigos. Iba a ser difícil cogerla. ¿Cómo se atrapa a una criatura que se mueve como un gato, que vive en cualquier agujero y tan astuta como un zorro? Si había sido testigo de alguno de los asesinatos, se volvería más precavida que nunca.

Mientras se dirigía a cumplir con su trabajo, Gálvez pensó en pedir ayuda a su compañero, Aldanondo. No iba a gustarle que le escogiera para ser su apoyo si se trataba de atrapar a la loca, pero estaba dispuesto a aguantar su mal humor. Apretó el paso. Mucha gente la había visto alguna vez, sobre todo en el casco viejo, su lugar preferido cuando se decidía a dejarse ver. Interrogarían a los comerciantes y trazarían un mapa de sus movimientos. Tal vez descubrieran el origen de sus andanzas, el lugar de donde salía. Su guarida.

Pese al cordón de seguridad establecido, un hombre lo observaba todo a prudencial distancia, bajo la lluvia. Llevaba un gabán largo de color crema, y un sombrero a juego. Tomaba notas de cuanto veía, e incluso sacó algunas fotografías, algo distantes, pero suficientes. Nadie le vio, oculto como estaba entre los árboles.

Con tres cadáveres enterrados anónimamente, Berriatua empezaba a creer que el asesino les estaba poniendo a prueba. Estaban patrullando las calles, colaboraban con los grises, con los serenos incluso, procurando concienciar a la gente de la necesidad de evitar pasear por lugares solitarios a partir de ciertas horas, y se esforzaban en la investigación, con el objetivo de desenmascarar al culpable cuanto antes. Cada vez les costaba más mantener un asunto tan sórdido en secreto. Pronto estallaría, y la sociedad sería consciente del horror que asolaba la ciudad de San Sebastián. El miedo se abriría paso entonces en las familias y la presión sobre la Guardia Civil se haría insostenible.

Las víctimas hasta el momento eran mujeres solas, sin hijos ni familia, pero, ¿y si el asesino empezaba a ampliar sus intereses?

Sin embargo, coger a «la francesa» no iba a ser tan fácil. Después de una precipitada huida monte a través, se había adentrado en Ulía y se descolgaba en aquellos momentos por la pared, buscando la seguridad de su cueva. La lluvia convertía sus improvisados escalones en resbaladizos salientes en los que era fácil perder pie, pero ella los sorteó con habilidad y al

fin saltó al interior de su seguro refugio. Ahora que estaba a salvo allá arriba, empezó a calmarse un poco. Estaba asustada, muy asustada, porque el recuerdo de ese ser estrangulando a su víctima, abusando de ella, destrozándola después con una piedra, golpeándola con salvaje brutalidad hasta reducir su rostro a una masa... Abrió sus ojos de lunática como si aún estuviera contemplando ese horror. Estaba fascinada.

Después de que «La Máscara» arrojara los restos de la mujer por encima del muro, hacia las rocas, y abandonara la escena, no había podido moverse, incapaz de reaccionar. Así, había permanecido donde estaba, sobre aquel tejado, toda la noche. Con las primeras luces, al amanecer, había empezado a moverse al fin, pero entonces había aparecido una pareja de Guardias Civiles haciendo su ronda, y se había visto obligada a esconderse.

Al principio había querido escapar, alejarse lo más posible de ellos, que siempre que la veían solían jugar a su costa, burlándose y maltratándola... Pero luego, animada por un creciente deseo de que encontraran el cuerpo entre las rocas, les había seguido. Se habían desviado, alejándose por el camino principal del lugar donde había caído la víctima, sin haber reparado siquiera en ella. Desesperada, había empezado a hacer ruido para atraer su atención, hasta que, creyendo que alguien se mofaba de ellos, habían tratado de atraparla, sin saber que era ella.

Pero no era tonta, y sí muy hábil y escurridiza. No se había dejado ver, sólo les había estado mareando a placer, moviéndose como una sombra en sus narices, oculta siempre entre las matas, para que supieran que estaba allí... La habían ido siguiendo, como dos marionetas molestas con los hilos que tiraban de sus brazos y sus piernas, hasta asomarse a la ladera por la que había caído el cuerpo de la mujer... Al fin uno de ellos había acabado descubriéndola, desmadejada entre las rocas. Sus caras al verla habían sido un poema.

A partir de ese momento la zona se había llenado de Guardias Civiles, habían prohibido el acceso a Urgull e incluso habían acordonado los alrededores. Ella aún había estado presente, no porque no pudiera eludir la vigilancia, sino porque había sentido curiosidad... Pero Berriatua la había localizado.

Se acuclilló al fondo de la angosta cueva, de cara a la entrada, un rectángulo de luz a través del cual veía la lluvia y el cielo gris. Todo estaba mojado ahí fuera, pero en su rincón la tierra apelmazada se mantenía seca.

Estaba a salvo, se sentía a salvo. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y éstas cayeron por sus mejillas preñadas de espanto. Su silencio conmovía la roca misma de aquel monte abrupto, un silencio que hablaba de lo que sentía más que si hubiera elevado su voz, un silencio expresivo que bailaba al borde de su locura, sin piedad.

Aquel episodio había despertado en su corazón viejos demonios. Estaba loca, pero sabía quién era. Aún conservaba su identidad, deslucida y gastada como una vieja foto, de tanto manosearla. La mantenía en secreto, temerosa de que las voces que torturaban su memoria pudieran encontrarla.

Su nombre era Marie... Marie Bertau.

Murmuró su nombre, vocalizándolo sin emitir sonido alguno, y estuvo repitiéndolo así, moviendo sus finos labios en un mudo reflejo de su voz, tanto tiempo que se olvidó de sí misma y de su miedo.

El cementerio de Polloe ofrecía un apacible aspecto bajo el cielo gris. No llovía, pero las avenidas principales estaban llenas de charcos; los cipreses, altos y solemnes, se erguían con sus troncos leñosos brillantes por la humedad, y las tumbas de piedra resaltaban, lóbregas bajo la luz mortecina de una tarde tan triste. Las esculturas que coronaban las lápidas a ambos lados de los caminos, ángeles custodios de alas extendidas unas veces, crucifijos arañados por el tiempo otras, tapizados por una capa de musgo enternecido por la lluvia constante, muchas de ellas figuras de un estilo gótico que enaltecía la tragedia, custodiaban el camposanto, ensombreciendo el espíritu de los que visitaban a los muertos.

La comitiva de la familia Murria acababa de atravesar la negra verja de entrada y avanzaba por la avenida de San Sebastián. Era un nutrido grupo de personas, muy apiñado y silencioso. Lo que quedaba de la familia iba por delante, y los amigos, la mayoría compañeros de trabajo de José Miguel en el Continental, detrás. Una compañera del Hotel muy cercana a él también estaba allí, Patricia Yarza. Su esbelta silueta de negro, con un pañuelo cubriendo su ensortijado cabello entrecano y sobre él un sombrero delicado. Don Agustín, Lucía Llorente, y algunas chicas de la academia, los pocos que se habían enterado de la tragedia, también habían querido acompañar a la familia, sobre todo a Ana.

Cuatro hombres, trabajadores del cementerio, portaban el sencillo ataúd de José Miguel Murria hasta su lugar de entierro, en su último paseo por el mundo de los vivos. Lo guiaban despacio, y era como si fueran

dejando una estela tras de sí, de lágrimas, sollozos, rostros tristes, cabezas gachas, plegarias y... aquel reguero de pensamientos y recuerdos, acompañándole entre sombreros y velos negros.

Margarita Clarín caminaba erguida delante de sus dos hijas, Ana y Celia, sin lágrimas en los ojos. Estaba y no estaba, fría y distante, apartada voluntariamente del resto una pequeña distancia. Su hermana Asunción, en cambio, era muy consciente de la desdicha de sus sobrinas, y ocupaba el lugar de su madre, consolándolas y abrazándolas sin escatimarles un solo gesto de dulzura. De vez en cuando miraba a Margarita con reproche, pero enseguida volvía su atención a las dos muchachas que iban a su lado hundidas por la pena. Si alguien hubiera mirado con atención el rostro de Asunción, se hubiera apercebido de que no estaba tan triste como asustada.

–Ayúdanos tía –había murmurado Ana enterrando la cara en su hombro–... Ayúdanos...

–Ahora no, cariño. Ella podría oírnos... Después os acompaño a casa, así podremos hablar, más tarde...

La besó en el cabello, muy pálida, consiente de que iba a tener que tomar cartas en el asunto, y de lo que eso conllevaba.

Fue un trayecto largo, por lo duro y sentido, y cuando rompió a llover de nuevo, pareció como si el cielo quisiera lamentarse también. Los paraguas se desplegaron, como alas negras sobrevolando las figuras de luto, y la comitiva continuó sin detenerse, hasta el panteón de la familia. Los abuelos por parte del padre de Ana y sus hermanas yacían allí, como sus bisabuelos, y ahora José Miguel iba a reunirse con ellos por toda la eternidad. Había una lápida coronando el panteón, a cuyos pies descansaban los muertos. Rezaba:

«Aquí yace la excelente familia de los Murria, descansen en paz. Enjugad las lágrimas por la vida que dejan atrás, pues el destino les aguarda brillante más allá del dolor de los mortales».

Debajo aparecía una lista con los que se habían ido sumando a los que descansaban allí, y al final, habían añadido, aquella misma mañana, el nombre de José Miguel Murria Sanz.

Ana lo leyó, sin creer en lo que veían sus ojos. ¿Qué hacía el nombre de su padre en esa lista?

Los trabajadores, a una señal del cura, bajaron el ataúd y lo colocaron

con mucho cuidado junto a la fosa abierta, cuya negra boca atemorizaba tanto a Celia como para que escondiera su rostro lloroso en el costado de su tía. No quería ver cómo su padre desaparecía encerrado en una caja de madera, hundiéndose para siempre en aquel pozo de tinieblas, donde la muerte le abrazaría para no dejarle escapar. No podía imaginar que dentro de aquel féretro de madera lustrosa estuviese él, tan quieto y silencioso... Ana se acercó y puso su mano sobre su cabello, para acariciarla. Bajo el paraguas de Asunción, se sentían cobijadas, lejos de la frialdad de su madre, cuya figura, rígida y firme como una columna, se erguía a unos pasos por delante de ellas, al pie del panteón y junto al cura que iba a officiar el entierro. Cubría su rostro con un velo, pero se veían sus ojos, que brillaban sin expresión, a través de él, fijos en la fosa oscura, un cuadrado abierto en la piedra. La losa que después la sellaría descansaba a un lado. Margarita parecía hipnotizada por aquella abertura, como si creyera que era un pasaje al más allá, incitador y repulsivo al mismo tiempo. La lluvia se colaba a través de ella como una cortina suave y monótona, y repiqueteaba sobre los paraguas, sobre la piedra, sobre la tierra encharcada...

Hubo un silencio antes de que el cura comenzara el oficio. Los presentes guardaban respeto por el difunto, dedicándole unos instantes, a modo de despedida. Celia sollozó, y su angustia se dispersó con la brisa bajo aquella tarde desapacible.

Ninguna de las dos hermanas prestó atención a lo que el cura decía, y cuando terminó, el ataúd fue deslizado con unas gruesas cuerdas hacia las profundidades. Lo vivieron como a través de un sueño de pesadilla. Los trabajadores se esforzaban por hacerlo bajar, soltando y tirando a pocos de las sogas que lo sostenían, hasta que notaron que tocaba fondo. Entonces uno de ellos saltó al interior y desapareció unos instantes, mientras retiraba las cuerdas para pasárselas a su compañero. Luego salió, y entre dos de ellos empujaron la losa, colocándola sobre unos rodillos de madera cuya función era la de hacerla rodar hasta ocupar su lugar. Cuando la enorme piedra cayó en su sitio, con un sonoro golpe, Ana sintió una sacudida en lo más profundo de su alma. Un mudo grito de agonía se agazapaba en su garganta. Apenas lograba mantenerse serena. La rabia y la pena torturaban su alma, y las lágrimas cegaban sus ojos. Todo había acabado. Lentamente, salió de su estado de estupor, como si acabara de despertar.

Su madre estaba en el mismo lugar. No se había movido, como una

estatua sin vida, y los presentes empezaban a desfilar ante ella para darle el pésame. Observó cómo les recibía uno a uno, entera e impasible, mientras sus labios casi no se movían cuando respondía a las palabras de consuelo que le dedicaban. La compañera del hotel, Patricia Yarza, que había apreciado mucho a José Miguel, estuvo más tiempo con ella, estrechando aquellas manos rígidas entre las suyas. Asunción apretaba contra su costado a Celia y Ana a su vez la rodeaba con el brazo, protegiéndola del dolor. A ellas también les presentaron el debido respeto, pero, en general, estuvieron tranquilas, al margen de esa carga cuyo peso no hubieran podido soportar. Cuando Don Agustín y Lucía abrazaron a Ana, ésta les agradeció de corazón que hubieran ido al cementerio. El secretario la exhortó a tomarse unos días de duelo, y ella hubiera querido responderle, darle las gracias, pero no pudo. Ni siquiera cuando Lucía la besó y la estrechó con cariño, pudo hacer otra cosa que dejarse querer.

La nube de sombreros, abrigos y paraguas de luto estuvo alrededor de la familia durante un rato, como un enjambre lúgubre que arrastró sobre ella toda la tristeza y el dolor, como si su misión fuera constatar la pérdida, hacerla más real, más tangible, y al mismo tiempo brindar consuelo, cuando no lo había.

Al anoecer, ya de vuelta en la villa, Margarita se retiró a su habitación y no volvió a salir. No les dirigió ni una sola palabra a sus hijas, ni se preocupó por si comían algo, ni salió de sus labios una sola frase de aliento. De hecho, no las había vuelto a mirar desde que salieran de camino a Polloe, como si fueran dos extrañas sin derecho a llorar por el hombre al que habían acompañado.

Asunción, testigo de todo eso, tomó las riendas, resuelta a poner remedio a la indescriptible crueldad de su hermana. Fue la que se ocupó de sus sobrinas. Las envió a su habitación, a cambiarse, mientras mandaba a su chófer con precisas instrucciones a su casa en Miraconcha. Debía acudir y regresar a Santa Engracia enseguida, con una de sus doncellas, la cual debía llevar comida para la cena. Hubiera preferido llevarse a Ana y a Celia consigo ese mismo día, en vez de dejar que permanecieran bajo el mismo techo que su madre, pero lo cierto era que no se atrevía. Ahora que José Miguel había fallecido, se daba cuenta de hasta qué punto le tenía miedo a Margarita. Ante ella, todos sus buenos propósitos se diluían como el barro en un charco revuelto. Por eso, y como su conciencia le exigía hacer algo, optó

por quedarse en la villa para cuidar de ellas lo mejor que pudiera. Al día siguiente tal vez hubiera espacio para tomar decisiones. No había olvidado la promesa que le hiciera a su cuñado.

Al cabo de una hora Ana y su hermana bajaban por las escaleras, mudas, como dos fantasmas que flotaran sobre una nube de abandono y tristeza. Iban de la mano, apenas conscientes de lo que ocurría alrededor. Al llegar a la cocina, sin embargo, encontraron la mesa puesta, como jamás hubieran soñado, cubierta con un bonito mantel, y bien abastecida con una sopera de porcelana y una bandeja con filetes de vaca recién hechos. Unas velas ardían alegrando la estancia. ¿De dónde había salido aquello? Esa carne era un artículo de lujo al que casi nadie tenía acceso... Los platos humeaban inundando la cocina con su aroma, llenos hasta el borde de una generosa ración de la deliciosa sopa de cocido que había traído la criada, con garbanzos y verduras flotando imperceptiblemente en un caldo espeso y lleno de color.

Ninguna de las dos había tenido apetito en todo el día, pero en aquel momento, inundados sus sentidos con tan atractivo banquete, despertaron de su estado y regresaron al mundo de los vivos, levemente animadas sus mejillas sin color. El hambre llevaba días martirizando sus estómagos, y estimuladas convenientemente, despertaron de su letargo. Había pan recién horneado en un cesto, huevos fritos y puré de patatas en otra bandeja, y una canastilla con manzanas rojas sobre la encimera.

Celia miró a su hermana, luego a su tía, y de mejor humor se sentó a la mesa, admirando a su pesar el precioso mantel de colores, la cubertería y los elegantes platos de loza. Reconocía todo porque lo había visto en casa de Asunción, pero allí, en Santa Engracia, donde últimamente sólo conocían penurias, parecía nuevo y especial. Ana se acercó a su tía, y la abrazó estrechamente durante mucho rato. Era más consciente que nunca de que no tenían a nadie más. Ni tíos, ni primos, ni abuelos, sólo ella podía ser su apoyo. Sin su padre, no tenía ni idea de lo que podría hacer su madre. Tenía miedo. José Miguel siempre había sido un freno a sus inclinaciones naturales, como un dique que hubiera estado conteniendo lo que había bajo la superficie.

—...yo cuidaré de vosotras —la tranquilizó Asunción, como si hubiera leído su pensamiento. No la soltó, sino que dejó que siguiera abrazada a ella, sintiendo cómo temblaba—. ... No te preocupes, cariño, estoy aquí, y no pienso

marcharme.

Ana se apartó un poco. Tenía los ojos hinchados y muy brillantes e irritados.

–¿Qué vamos a hacer tía...

–Chssssss –la buena mujer nunca había sido muy pródiga en caricias, pero aquel día parecía haber arrojado su máscara de rígida impostura–... Chssss, no te preocupes por eso ahora. Esta noche me quedaré a dormir con vosotras, y mañana por la mañana, cuando estéis más calmadas, hablaremos de ello, ¿quieres?

–Sí, claro que sí... Oh tía, le estoy tan agradecida...

–Calla tontuca, ahora siéntate y come algo, que tenéis que estar desfallecidas...

–Isabel no sabe que papá ha muerto, ni siquiera ha podido despedirse –sollozó Ana.

–Ana –murmuró Asunción con cara de contrición–... Ana, no te lo he contado antes porque ella me pidió que no dijera nada, pero yo pagué a tu hermana un piso en alquiler para que pudiera irse de aquí...

Al oírla, la joven se quedó helada. Alzó la cara y la miró sin entender.

–Isabel se ha mudado a un piso en la parte vieja –explicó Asunción–. No quería que nadie lo supiera, pero ahora que las cosas se han torcido tanto...

–¿Usted pagó su alquiler? Ahora lo entiendo...

Asunción no esperaba que ella conociera ese detalle, por eso pestañeó, algo descolocada. Había supuesto todo el tiempo que la única que lo sabía era ella, aparte de la propia Isabel.

–¿Desde cuándo lo sabes?

–Me dejó una nota, tía –recordó vagamente, mientras hablaba, su encuentro con Gabriel Ugalde en el portal. Parecía tan lejano...–. Incluso he estado en esa casa. Nunca se me hubiese ocurrido que usted le hubiese sufragado seis meses de renta... No entendía cómo podía haber reunido tanto dinero, pero claro, fue usted.

–Tu madre la atosigaba mucho, y me pidió ayuda... He mandado a un criado a buscarla para que pudiera venir al entierro si lo deseaba, pero no la ha encontrado –comentó extrañada–... No ha venido...

–Tía, Isabel hace tiempo que ya no está en ese piso. Se ha marchado.

–...Que se ha ido... ¿A dónde...?

–A Francia, según parece.

–...tu padre me dijo que no sabía nada de ella... pero pensaba que sólo trataba de mantener las distancias con vuestra madre, por eso no le conté nada.

Ana meneó la cabeza con disgusto.

–¿Estás segura de que está en Francia?

–No lo sé... Mi madre dice que sí, pero yo no lo sé...

–Me preocupa hija, Isabel estaba muy nerviosa. Tu madre le quitaba el sueldo, por eso tuve que ayudarla o no hubiera podido pagarse la renta, y estaba tan obsesionada con poder ayudar a tu padre... Me extraña que se haya marchado así...

–¿Por qué no nos ayudó usted? Mi padre ha muerto porque no tenía sus medicinas –arguyó Ana con amargo reproche en su tono. Su tía abrió la boca y la volvió a cerrar-. ¿No podía usted haber comprado la medicación?

–Pero Ana... ¿Quién crees que la ha estado pagando?

La joven la miró de hito en hito.

–Tu madre... –Asunción se dio cuenta entonces de lo que había pasado, y Ana recordó, por enésima vez, el relato de su hermana pequeña.

Se quedaron calladas, cada cual sumida en sus sombríos pensamientos, y no volvieron a comentar nada al respecto.

Más adelante Ana recordaría ese día como una sucesión confusa de acontecimientos, recuerdos envueltos en un neblinoso velo difícil de traspasar. Se acostaron temprano en la habitación de siempre, y su tía ocupó la cama de Isabel, decidida a no dejarlas solas en ningún momento. Celia tardó mucho en dormirse, pero cuando al fin le venció el cansancio, Ana, que estaba muy pendiente de ella, pudo al fin cerrar los ojos y perderse en su propia pena. Por su mente pasaron mil ideas, su corazón anhelaba tener a Corinna cerca, hablarle de su padre y... regresar a Madrid, a su lado. Los Kauffman se aparecían en su imaginación como un remanso de salvación al que debía volver enseguida, antes de que el torbellino en el que se estaba hundiendo la absorbiera para siempre. Corinna no estaba, ni su hermana. ¿Por qué su padre le había pedido que se fuera? Se arrepentía de no haber pasado todo el tiempo que hubiera podido a su lado. Se llevó las manos al corazón, apretándolas contra su pecho, allí donde latía sin consuelo.

El hombre que había sido su referente toda la vida, su padre, un pilar recio y seguro, le faltaba ahora y sentía su ausencia como una profunda

brecha en su conciencia, imposible de llenar con nada. Tardaría mucho en aceptar que estaba muerto, que jamás volvería a verle... Tal vez nunca lo haría. Del mismo modo que tampoco podría perdonar a su madre por haberle privado de sus medicinas, y por no haber llamado al doctor a tiempo. Las palabras de Celia acusándola de haberle matado sonaban en su cabeza, difíciles de soportar.

A pesar de todo la noche fue benévola. Pasó apacible, sin sobresaltos, tal vez porque Asunción se había quedado a dormir, tal vez porque el agotamiento había acabado por vencer su resistencia al sueño.

Cuando se levantaron, a la mañana siguiente, había una extraña calma en la casa. Las tres lo notaron enseguida, e intuyeron, sin necesidad de comentarlo en voz alta, que Margarita no estaba. Se miraron las unas a las otras, en una conversación muda llena de complicidad. Una ligera inquietud se apoderó de todas, pero se vistieron como si aquella paz que percibían a su alrededor fuera una bendición del cielo. Secretamente, Ana deseó que su madre no regresara jamás. Hasta «Luna», que nunca entraba en la casa cuando estaba Margarita, deambulaba tranquilamente por los pasillos. Cuando Celia salió de su habitación, corrió a enredarse entre sus piernas cariñosamente, mientras maullaba con suavidad y alzaba sus ojos esmeralda hacia ella. Ana recordaba la única vez que había tenido una camada. Su madre había cogido a sus crías, las había metido en un saco, y las había ahogado en el pilón de la cocina, delante de las tres. Por eso la gata ya jamás entraba en la casa cuando estaba ella...

Desayunaron en la cocina, de nuevo sentadas a la mesa con aquel precioso mantel, y hubo tostadas con mantequilla y café con leche. Al parecer la criada lo había recogido todo la noche anterior, se había marchado, y había regresado a primera hora con el desayuno. Su tía no había escatimado nada para cuidar de sus sobrinas.

Celia tenía mejor color. En realidad, estaba animada por la ausencia de su madre. Sentía como si algo le hubiera estado presionando el pecho y ahora pudiera respirar con libertad. Se hacía la ilusión, como Ana, de que no regresaría.

Asunción las miró mientras untaban las tostadas generosamente y bebían a sorbos el café, saboreando cada bocado como si fuera a ser el último. Sólo faltaba Isabel en aquel cuadro. Mirando a Ana, preguntó de nuevo qué sabía de ella. Su conversación de la noche anterior aún reconcomía

su conciencia, y estaba preocupada. La joven alzó la vista, sorprendida, y miró de reojo a su hermana pequeña. Luego decidió que podía contar sin temor algunos detalles de lo que había descubierto hasta el momento, no todos, nada sobre Miguel Zárate, desde luego, cosas que no afectarían a Celia ni a su tía más de la cuenta. Asunción la escuchó atentamente. No pudo evitar que su rictus se endureciese, pero no la interrumpió.

—¿Confías en el señor Ugalde? —inquirió cuando ella confesó que se lo había contado todo—. No sabes mucho de él.

—Creo que es un amigo, se preocupa por Isabel —se sonrojó al recordar el rato que había pasado con él la última vez—. ... No lo sé. Espero que sí.

Asunción asintió. Parecía haber envejecido diez años desde que recibiera la noticia del fallecimiento de su cuñado, y su cabello blanco brillaba bajo la luz de la mañana como una aureola que aún la hacía parecer mayor. El luto le sentaba bien, pero resaltaba la palidez de su piel y sus muchas arrugas alrededor de los ojos. Soltó un suspiro. Estaba muy apenada por las desgracias que asolaban a aquellas muchachas. Aún tenía presente su última conversación con José Miguel, y la promesa que le había hecho le pesaba demasiado, porque tenía presente lo que Margarita era en realidad, y lo que podía suponer imponerse a ella.

—¿Tía, qué haremos a partir de ahora? —Ana interrumpió sus pensamientos con aquella pregunta tan directa.

—No lo sé —había pensado mucho en ello durante la noche, debatiéndose entre el miedo que le inspiraba su propia hermana y lo que sabía que era su deber. En consecuencia apenas había dormido, y ahora dudaba. Palideció levemente. Miró a Celia, y luego de nuevo a Ana—. Le prometí a vuestro padre que cuidaría de vosotras, y es lo que me propongo hacer. Os proporcionaré cuanto necesitéis, comida, ropa... Seré vuestro soporte económico, y emocional, y, por supuesto, las puertas de mi casa estarán siempre abiertas para vosotras.

Ana se quedó helada. No era eso lo que había esperado oír, no por ella, sino por Celia.

—¿No puede dejarnos ir con usted? —musitó al ver que su tía abría la boca con cierto abatimiento. Parecía derrotada y culpable. Ana quiso aclarar enseguida por qué decía aquello. ¿Se había acobardado?—. No quisiera que mi madre regresara antes de haber hablado de esto, y creía que se avendría al menos a llevarse a Celia... No podemos esperar, ¡ha de ser ya!

–No nos dejará ir... –aseguró la niña muy seria.

–¡Claro que nos dejará! No puede impedirlo...

Ana se había vuelto con rapidez hacia su hermana, fulminándola con la mirada. Asunción dejó su servilleta sobre la mesa y les dedicó una sonrisa que pretendía ser serena, aunque, conociendo a Margarita, estaba lejos de sentirse tranquila.

–Celia tiene razón. Las cosas han cambiado, ahora que tu padre... Yo no creo que ahora sea el mejor momento para que abandonéis a vuestra madre. No sé cómo podría reaccionar si la dejáis sola, y ten en cuenta que podría reclamarme vuestra custodia... Legalmente podría acudir a las autoridades, y cualquier día tendríamos a la Guardia Civil en la puerta de casa... No, tendría que ver cómo hacerlo... Hablaré con ella, no se negará a que cuide de vosotras, menos aún cuando le ofrezca una ayuda para que pueda salir adelante. La pensión que le va a quedar por viudedad será miserable. Pero será mejor hacerlo en unos días...

–No puede dejarnos aquí, usted no lo entiende tía... Sin mi padre, ¡su crueldad se volverá intolerable! –rugió Ana desesperada.

Bajó la vista, avergonzada de sus palabras, no por haberlas pronunciado sino por la verdad que contaban acerca de su realidad.

–No pasará nada, Ana, escúchame, yo estaré a vuestro lado, podéis pasar la mayor parte del tiempo en mi casa, pero por ahora, es mejor que permanezcáis aquí. Será cuestión de poco tiempo. ¿Y tu empleo en Madrid? ¿Aún lo conservas?

–Los Kauffman me esperan –murmuró Ana desalentada. De pronto pensó en Corinna, y un profundo sentimiento de culpa floreció en su conciencia. Ni siquiera le había mandado un telegrama para contarle lo ocurrido. En cuanto a Gabriel... Se mordió el labio inferior, ocultando lo que pensaba–, pero les pedí un mes o dos, por lo de Isabel...

En ese momento oyeron la puerta de la calle, y la tres se sobresaltaron. Enmudecieron al instante. Podían sentir cómo cambiaba la atmósfera a su alrededor. Se miraron entre ellas, presas del nerviosismo, pero ninguna acertó a hacer o decir nada. Margarita había regresado.

Al poco entró en la cocina. Llevaba el mismo vestido negro del entierro, pero iba despeinada, con el moño deshecho y la frente contraída. Se plantó en el umbral de la puerta y observó la escena con una mueca de disgusto en la cara. Celia se encogió en su silla, y Ana anticipaba ya la

tormenta. En cierto modo comprendía a su tía. No podía culparla por no tener valor para enfrentarse a su propia hermana.

–Asunción, aún estás aquí –fue todo lo que dijo.

–Siéntate a desayunar, Margarita –la invitó ella con fingida calma. Ana distinguió el leve temblor que agitaba sus manos y un velo de inseguridad en el fondo de sus ojos oscuros. Era impresionante el efecto que su madre ejercía en quienes la conocían, y su tía estaba mayor. Todo su porte señorial, su elegancia, su severidad, se habían esfumado, dejando a su paso a una anciana vulnerable–. Aún quedan tostadas y estarás hambrienta, ayer no cenaste. ¿Dónde te habías metido? Nos tenías preocupadas.

–¿Para que me reboces cada día de tu vida lo bien que te va? Mucho mejor que a mí, desde luego... Y vosotras dos, recoged todo esto, que vuestra tía se va.

–No lo entiendes Margarita, las chiquillas necesitan compañía... –empezó Asunción.

Pero no pudo seguir, porque al oírla estalló en carcajadas, tan fuertes que Celia se echó a llorar. Rió y rió, sin alegría, con sarcasmo, con crueldad. Luego esas carcajadas se fueron apagando, hasta que la cocina quedó de nuevo en silencio.

–Sal de mi casa. No te necesitamos. Y hazme el favor de no creerte tan bondadosa, que no queremos tus limosnas...

–Madre... –protestó Ana sin apenas voz.

–Y tú, cállate y obedece. ¡A partir de ahora se van a cumplir las normas en esta casa! ¡A ver si porque no esté tu padre os vais a pensar que vais a hacer lo que os venga en gana! ¡Levanta ya, haragana, y tú, Celia, ayúdala, que para eso tienes dos manos!

–Margarita, escucha...

–Asunción, ¿qué haces todavía ahí sentada? Márchate...

Margarita dio unos pasos con verdadera animosidad en cada fibra de su cuerpo para acercarse a su hermana, pero ésta, antes de que la alcanzara, se levantó de su silla y retrocedió hacia la puerta de servicio, que daba directamente al patio. La miró un momento, desorientada, buscando en ella un atisbo de razón, pero no halló nada en su persona salvo desprecio. Se volvió hacia sus sobrinas, que ya empezaban a recoger la mesa, subyugadas por su autoridad. Quería explicarles por qué no encontraba fuerzas para oponerse a Margarita, pero en vez de hacerlo, lentamente se giró, cogió su

abrigo y su sombrero, y al fin abandonó la villa. La puerta sonó con estrépito al cerrarse tras ella. Sacudió a Ana y a Celia como si un juez hubiera golpeado la mesa con su maza para dictar sentencia.

Ana intuyó que un capítulo se cerraba para dar paso a otro cuya naturaleza se ocultaba bajo un telón muy poco alentador. El cerco se estrechaba en torno a ellas, la trampa se cerraba, un nudo corredizo del que poco podían hacer para escapar. Margarita iba a ser implacable.

No sabía si podría volver a la academia, pero si su madre la dejaba trabajar, tenía claro que le quitaría su sueldo no bien lo cobrara. Aún le quedaba algo para poder mandar un telegrama urgente a Corinna, pero, ¿qué iba a poder hacer ella, aparte de enviarle dinero? ¿Querría ayudarla más allá de eso? Recordó que había prometido ir a buscarla si era necesario.

La necesitaba, concluyó con amargura.

La necesitaba, pero acudiría a Gabriel, porque Corinna estaba en Madrid, muy lejos, y porque si le confesaba lo que estaba pasando, automáticamente cogería un tren para ir a buscarla. No quería que su mundo de luz en Madrid se mezclara con la sombra de su vida en San Sebastián... Ya habría recibido su carta. ¿Qué pensaría de todo lo que le había contado en ella? Le había costado compartir un problema como el que tenía, por eso se había limitado a hablarle superficialmente de él. No soportaba que conociera la naturaleza de esos problemas, que tuviera el menor contacto con ellos, como si al hacerlo fuera a resquebrajarse la burbuja de ensueño en la que se había forjado su amistad. En cambio con Gabriel... A él si podía confesarle el mapa de los horrores que era su madre sin sentir tanta vergüenza.

De pronto una idea surgió en medio de su tormento. Madrid estaba muy lejos, su tía se había marchado... pero el piso de Isabel estaba allí mismo, una vivienda alquilada por seis meses de la que su madre no sabía nada...

Entraba el mes de abril, y la primavera aún se resistía a llegar a San Sebastián, cuyas calles soportaban estoicamente aguacero tras aguacero, como si el cielo no pudiera desprenderse de aquellas densas nubes cargadas de agua, negras y deshilachadas, como si quisieran fundirse con la tierra o correr un telón permanente de lluvia sobre ella. La bruma envolvía el horizonte, difuminando el límite entre el mar y ese cielo encapotado, y había ratos en los que el viento azotaba con fuerza la bahía, arrastrando el mar hacia la playa de la Concha, la cual sucumbía al fuerte oleaje con cada embestida.

Pese a sus temores iniciales, Ana pudo volver a trabajar con normalidad. Tras el entierro, había descansado dos días, e inmediatamente después, tal y como se había propuesto, empezó su rutina laboral. Pasó la primera semana yendo y viniendo de casa a la academia y de la academia a casa, al principio como una muñeca hueca, sin ganas de sonreír ni de charlar, apenas con el ánimo suficiente para hacer sus tareas sin equivocarse. Don Agustín no la atosigó, nadie estuvo encima de ella, ni le asignaron una carga de trabajo excesiva, y Lucía estaba siempre allí, como un ángel de luz, dispuesta para animarla.

Salía cada mañana temprano, paraguas en mano, y salvaba la distancia que la separaba del barrio de Gros tan rápido como podía. No tenía posibilidad de coger el autobús, porque su madre no le dejaba nada para pagar el billete, así que se empapaba cada día yendo a pie todo el trayecto. Pensaba continuamente en Gabriel, se aferraba al recuerdo de su último

encuentro, a sus palabras, deseando pedirle ayuda. Por supuesto, su madre se negaba a aceptar la ayuda que su hermana se brindaba a darle, día sí, día también, por carta. Asunción no se atrevía a hablar con ella cara a cara, sino que escribía a Margarita desde la seguridad de su residencia, eso sí, insistiendo para que dejara que Celia y Ana la visitaran, para que aceptara dinero, comida, ropa... Esas cartas acababan invariablemente en el fuego. De manera que Gabriel le parecía el único que podía hacer algo.

Pero no se atrevía, no le había buscado, porque le costaba decidirse a dar ese paso. No le había vuelto a ver, como si se lo hubiera tragado la tierra. Tampoco sabía dónde vivía, y no había querido preguntarle a Don Agustín, para no suscitar comentarios. Sabía dónde estaba el periódico donde trabajaba, pero tampoco se animaba a presentarse allí... Al fin decidió que antes de pedirle nada, podía intentar algo por su cuenta. Y si eso no funcionaba...

Una cierta normalidad la acompañaba, salvo por el hecho de que tenía que cruzar cada día el puente del Kursaal a la carrera, con tal de librarse de las enormes olas que lo atravesaban de parte a parte. Algunas eran tan grandes y tenían tanta fuerza que si cayeran sobre ella la arrastrarían hasta hacerla caer por la barandilla, al río. Por fortuna era cuestión de estar un poco atenta. Si se prestaba atención, se acababa por comprender la cadencia con que el mar se abatía sobre el puente. Había rítmicos espacios de calma, y era entonces cuando ella echaba a correr sin parar hasta llegar al otro lado, con el corazón en la boca.

Si no hubiera estado tan triste, le habría resultado divertido. Antes de ir a Madrid, había jugado mil veces a evitar las olas en el paseo que discurría por la trasera del monte Urgull hasta el puerto. Iban en grupos, chicas y chicos, y pasaban unos ratos estupendos saltando y mojándose a veces, entre sobresaltos y risas desenfadadas. Jugar con aquel mar furibundo tenía una parte de desafío que a la juventud le encantaba. Quedaba tan lejos aquello...

Ana dejó atrás el puente y enfiló la calle hacia la academia, haciendo frente con el paraguas al viento y la lluvia. No había vuelto a ver a su tía Asunción, porque su madre la obligaba a cumplir un estricto horario de entradas y salidas al cual no podía sustraerse. Para lograrlo, su madre había impedido que Celia siguiera yendo al colegio. Así, la tenía bajo su absoluto dominio en casa, y se aseguraba de que ella obedecía. La conocía bien, y sabía que no se atrevería a dejar que Celia pagara por una desobediencia

suya. De hecho, cuando había tratado de hacer que la niña continuara con sus clases, su madre se había escudado en la pobre pensión que le había quedado. Se había reído de ella, recordándole que ya no ganaban lo suficiente como para sufragar los gastos del colegio.

Ana pronto recibiría su primera paga, y ésta desaparecería en manos de Margarita, quien la administraría como mejor le pareciera.

Mientras alcanzaba la seguridad del portal donde estaba la academia, la joven rumió la desgraciada situación en la que había caído. Los acontecimientos se habían precipitado tan inesperadamente, que sentía vértigo. Al menos había podido enviar un telegrama urgente a Madrid, y, aunque aún no había obtenido respuesta, estaba segura de que no tardaría en recibir noticias de los Kauffman.

De momento tampoco había vuelto a ver a Miguel Zárate, algo que había temido desde el primer día. Ahora iba otra persona en su lugar. Al parecer los empleados de Correos se turnaban, de manera que por la oficina habían pasado ya muchos repartidores distintos. Incluso era posible, le había asegurado su compañera, Lucía, que no volviera a verle más. La joven se había lamentado con una sonrisa pícaro, porque en su ignorancia de la verdad le parecía divertido tenerle por allí, interesándose por Ana. Ésta había tenido que tragarse su opinión, porque de contarle a su amiga la verdad sobre ese individuo... hubiera tenido que responder a muchas preguntas incómodas.

Don Agustín, quien había comprendido en qué precaria situación había quedado tras la muerte de su padre, había suspendido su período de prueba, y ya estaba trabajando la jornada completa. Ana se lo había agradecido de corazón, por cuanto suponía que su jornal también sería completo, pero estar en la oficina mañana y tarde la obligaba a estar separada de Celia mucho tiempo, y eso hacía que sufriera una permanente agonía. Cada tarde, al salir, regresaba corriendo a la villa para comprobar que su hermana estuviera bien. Celia sobrevivía porque obedecía a su madre sin rechistar, aunque sufría, invariablemente, sus episodios de cólera, sus caprichosas conductas y aquel desprecio del que hacía gala con las dos...

Aquella mañana, nada más llegar, Don Agustín se acercó a ella y le preguntó si quería aprender mecanografía. Días atrás, la joven le había insinuado que era una pena que nadie utilizara la máquina de escribir que tenían en el almacén, y que se estuviera llenando de polvo, y al parecer había captado su deseo al vuelo. Con una amable sonrisa, le mostró que había

mandado limpiar un rincón en el almacén, donde había sido instalada una mesa y una silla para que pudiera sentarse a aprender una hora cada día, al terminar la jornada. Ana sonrió con alegría por primera vez desde que se había incorporado al trabajo, pero enseguida su semblante se nubló.

–¿Ocurre algo, Ana?

La muchacha vaciló, segura de que Don Agustín no entendería su problema.

–Mi madre... No puedo volver una hora más tarde cada día, me necesita en casa –murmuró apesadumbrada. Ya se estaba despidiendo de aquella oportunidad–. Lo siento Don Agustín, y de veras que se lo agradezco, pero no puedo...

El secretario la miró con seriedad, y entonces se inclinó hacia ella para hablar en un susurro, como si no quisiera que nadie más escuchara lo que iba a decir.

–Ana, puede practicar una hora antes de marcharse. Pero aplíquese, tiene dos meses para aprender.

La joven le miró con la boca abierta, sorprendida de aquel gesto tan altruista. Iba a responder algo, unas palabras de agradecimiento, pero el secretario no le dio la oportunidad. Se apartó de ella enseguida y se retiró a su despacho.

–¿Qué te ha dicho? –le preguntó Lucía en cuanto se sentó a su lado en la mesa de trabajo.

–Que puedo utilizar la vieja máquina de escribir, la del almacén, para aprender... Tengo dos meses...

–¡Qué suerte! –exclamó la joven en voz baja.

Lucía Llorente no era de naturaleza envidiosa. Se alegraba por ella, y sus reacciones eran siempre espontáneas. Sonrió con sincera alegría y pasó su brazo sobre sus hombros con familiaridad.

–Ya puedes aplicarte, que luego tendrás que enseñarme a mí, no creas que vas a escaparte –Lucía hizo una pausa, sopesando si decir algo que le rondaba por la cabeza–... Ana, ¿por qué no damos un paseo juntas esta tarde?

–Estás loca, ¿no has visto la que está cayendo?

–Esta tarde no va a llover –afirmó ella con convicción.

–¿Cómo lo sabes?

–Lo sé –se encogió de hombros–, lo noto. No va a llover.

–De todos modos no puedo. Tengo que estar en casa, mi madre me

necesita.

–Pero por un día no se opondrá, ¿verdad? ¡Nunca sales! ¿Qué te parece?

Ana no supo qué contestar. Le apetecía mucho la compañía de Lucía, distraerse con sus ocurrencias, conversar, ahondar en la incipiente amistad que se estaba estableciendo entre las dos. Pero su madre... Negó con la cabeza imperceptiblemente. Lucía captó sus dudas.

–Ana, ¿acaso tu madre es un ogro? –semejante ocurrencia hizo que la joven soltara un bufido, y de pronto se le escapó una risa nerviosa–. Pues pienso raptarte de todos modos, una hora al menos, y luego ya veremos como capeamos el temporal.

Dicho aquello empezó a meter en sobres algunos ejercicios ya corregidos, sin intención de darle opción a protestar.

–Lucía, de verdad que lo lamento, pero no puede ser. Desde que mi padre... No puedo, lo siento.

Su amiga dejó lo que estaba haciendo para volverse hacia ella con una respuesta picante en la punta de la lengua, pero al ver su expresión de alarma se contuvo. Se había puesto tan pálida y triste, que no quiso presionarla más. Entonces la besó en la mejilla y sin volver a mencionar el asunto continuó con su tarea. Ana suspiró aliviada. Cada vez le costaba más tener que decir que no sin dar un motivo.

Al mediodía siempre iba a comer a casa. La comida era escasa, muy escasa, pero aguardaba puntual sobre la mesa, lista a la hora a la que llegaba. Comían las tres juntas, madre e hijas, y después Celia y Ana recogían la mesa y fregaban los platos, mientras Margarita se encerraba en su dormitorio a dormir la siesta. Normalmente las dejaba en paz hasta el día siguiente, pero, por si se les pasaba por la cabeza salir sin su permiso, les recordaba que sabía en todo momento lo que estaban haciendo... y la creían capaz de eso y de mucho más.

Aquella tarde Ana trabajó con ahínco para ganarse la hora que Don Agustín le había cedido para que aprendiera a escribir a máquina. Cuando llegaron las cinco, voló al almacén, y apuró la hora que tenía. Empezó con un libro que el secretario le había dejado allí, copiando torpemente el texto. Por el momento era incapaz de apartar la vista del teclado, y sus dedos se movían sin ton ni son, a veces incluso hundiéndose en los espacios entre las teclas. Enfrascada en memorizar la posición de las letras, el tiempo pasó volando.

Cuando dieron las seis, le pareció que alguien hubiera movido las agujas del reloj para robarle su lapso de felicidad. Durante aquellos sesenta minutos había estado despreocupada y ajena a su otra realidad... que ahora regresaba para golpearla sin piedad.

Volver a casa siempre suponía un verdadero esfuerzo. Odiaba regresar, y su único aliciente era rescatar a Celia y pasar con ella algún rato agradable. Por el camino siempre pensaba en coger la llave del piso de Isabel, tentada de utilizarla. En su imaginación, cogía a su hermana menor y se la llevaba allí un tiempo, mientras planeaba qué hacer. Cada día urdía con detalle el modo en que escaparían de la villa Santa Engracia para esconderse en el apartamento alquilado... y cada día lo dejaba pasar, porque se sentía vigilada, como si su madre realmente tuviera la capacidad de leerle el pensamiento, o de saber lo que estaba haciendo en cada momento. Al contrario que Isabel, ella sí le concedía poderes sobrenaturales.

Comprobó, al salir del edificio de la academia, que Lucía había tenido razón. Ya no llovía. Miró al cielo, aun así completamente cubierto y amenazante, y extendió la mano hacia arriba, buscando alguna gota de lluvia. Pero el mal tiempo le estaba dando una tregua. Animada por no tener que abrir el paraguas, echó a andar. Inconscientemente, se llevó la mano al bolsillo y tanteó buscando la pequeña llave. No estaba... ¿En qué abrigo la tenía? Aquel trozo de metal se estaba convirtiendo en el símbolo de su posible libertad, y no tenerlo provocó en ella sentimientos encontrados. ¿Qué podía pasar si no la encontraba? Si la tuviera, sólo sería cuestión de coger a Celia, aprovechando que su madre no estuviera delante, salir de la villa y correr hasta estar a salvo en la calle San Jerónimo... Tan fácil y tan difícil al mismo tiempo... Además, ¡una vez fuera de casa, su tía podría ayudarlas!

Ana estuvo dándole vueltas a aquella idea hasta llegar a la cuesta de Aldapeta. Sin embargo, una vez más, en cuanto abrió la verja y atravesó el patio delantero, todo su coraje la abandonó. Siempre pasaba igual, sacaba la mano del bolsillo para abrir la puerta de entrada y, nada más hacerlo, su voluntad se desintegraba. Sus planes se iban quedando relegados en el rincón del «tal vez mañana», para otro día. Y ese día nunca llegaba. Ni siquiera se molestaba en buscar aquella llave en sus otros abrigos...

Era consciente de que se estaba dejando llevar por el dominio que su madre ejercía sobre ella. La fuerza con que había llegado de Madrid la abandonaba. Cuanto más tiempo pasaba bajo su influencia, más volvía a ser

aquella chica sin arranque para enfrentarla, triste y vulnerable. ¿Qué hubiera hecho Isabel? Se preguntaba. Pero ella no estaba, ¿verdad?

Celia la esperaba sentada en la sala, con la gata, «Luna», en su regazo. Acariciaba su suave pelaje con una mano, mientras la estrechaba contra su pecho en un ademán protector que resultaba enternecedor. Ana frunció el ceño extrañada de que el animal anduviera por la casa... Al verla llegar, la niña alzó la cabeza y sonrió. Tenía a su lado una labor de costura, algo que sin duda su madre le había impuesto como tarea, ya que aseguraba que ninguna mujer era completa si no sabía coser. Soltó a la gata, que salió corriendo, y corrió a abrazarla. Ana miró alrededor sin soltarla, y a su muda pregunta Celia contestó que su madre no estaba.

–No la he visto salir, pero sé que no está, aunque no me he atrevido a mirar en su habitación.

–¿No te ha dicho a dónde iba?

–No me ha dicho nada en todo el día. Hoy no me ha dirigido la palabra, pero me ha matado a trabajar. Me tiene como a una esclava –se lamentó.

A Ana le pareció curioso, pero se alegró de poder estar solas, sin su agobiante presencia. Por un momento pensó en la oportunidad que suponía para poner en marcha su plan. ¿Qué le impedía aprovechar la? Su corazón se disparó al pensarlo, y... no fue capaz de hacer nada. Su cuerpo y su mente se mantuvieron férreamente en su sitio, como si un ancla invisible, de gran tonelaje, la mantuviera presa allí. Incluso estando fuera de casa, su madre ejercía sobre ella una tremenda influencia.

–¿Qué te apetece hacer?

Celia iba a responder que podían irse a casa de su tía, cuando llamaron a la puerta. Aquello las cogió por sorpresa. Nunca recibían visitas, y desde que su padre había fallecido, su madre ni siquiera organizaba comidas, al menos de momento.

–Será la tía... –murmuró Ana esperanzada.

Corrió a abrir, con Celia pegada a sus talones, y se llevó una sorpresa. Lucía Llorente sonreía, encantada de haberla sorprendido. La abrazó sin darle tiempo a decir nada, y luego, al descubrir a Celia medio escondida detrás de ella, la cogió de las manos y la besó con efusividad. Su entusiasmo las contagió enseguida, y, de pronto, se encontraron riendo como si sus penurias jamás hubieran existido. Invitaron a Lucía a entrar, y con ella la casa pareció

revivir; su alegría barrió la tristeza que impregnaba sus paredes y atrajo la luz a las sombrías estancias. Hacía mucho que no tenían a una amiga allí. La última había sido Mamen, años atrás.

–¿Y tu madre? –quiso saber Lucía, deseosa al parecer de conocer al ogro que tanto amedrentaba a su amiga–. ¿No voy a verla?

–No tengas tanta prisa por conocerla... –le advirtió Ana.

Lo decía en serio, y siguiendo su natural precaución, cogió a la joven de la mano y la guió escaleras arriba, a su habitación. Celia las siguió sonriente. Se encerraron las tres, con la pretensión de protegerse de la ira de su madre si regresaba antes de que Lucía se hubiera marchado. Ana puso una silla bajo la manilla para impedir que entrara... No le contaron a la joven nada acerca del porqué de sus temores, sino que, de común acuerdo, se limitaron a disfrutar de su compañía, un regalo inesperado que las dos hermanas agradecían más de lo que podían expresar. Estuvieron charlando y riendo, influenciadas por el chispeante carácter de Lucía, y durante el rato que duró su visita olvidaron la tristeza que guardaban en el corazón. Celia incluso dejó de pensar en marcharse a casa de su tía. Lo cierto era que ambas hermanas necesitaban volver a ser chiquillas.

Como con la lluvia, la tregua duró dos horas. Al mismo tiempo que regresaba el mal tiempo, ya de noche, volvió Margarita. No oyeron la puerta de la calle, ni sus pasos en la escalera. Reían alegremente, tan distraídas que no se habían dado cuenta de lo tarde que se había hecho.

Estaban las tres sentadas en la cama de Ana, jugando a «verdad o mentira», cuando la puerta se sacudió, temblando sobre sus goznes. Las jóvenes interrumpieron el juego y escucharon, con el corazón encogido, cómo una mano férrea la golpeaba, con la palma abierta, tan fuerte que parecía que iba a echarla abajo.

–¡¡Ésta no es una casa de citas!! –la oyeron chillar–. ¡¡Salid de ahí inmediatamente!!

Ana y Celia palidecieron, mientras Lucía abría la boca sobresaltada. Miró el reloj, y al ver la hora se asustó. Era realmente tarde. Había perdido el autobús.

–Rápido, ponte el abrigo y vete... –murmuró Ana.

–Pero tu madre...

–¡¡Salid!! ¡¡Desvergonzadas!! –la silla aguantaba sus embates, temblando sobre sus patas traseras, en las que se apoyaba, con cada golpe–.

¿Es que no puedo salir sin que arméis algún jaleo? –aullaba furiosa–. ¡¡Esta no es una casa de fulanas!! ¿Qué estáis haciendo encerradas?

–Ana... –gimió Celia.

La joven estaba helada, pero sabía que tenía que abrir, o las consecuencias... Temblando como una hoja, se puso por delante de Lucía, cuya sonrisa se había evaporado de su rostro, y apartó la silla de la puerta. Inmediatamente su madre la abrió, y al ver a su amiga allí enrojeció visiblemente. Estaba claro que no esperaba que hubiera alguien más en la habitación aparte de sus hijas, y que se estaba lamentando por haberse mostrado tal cual era ante ella. Se enderezó, muy fría y seria.

–¿Qué hacíais ahí encerradas? ¿Es que no os da vergüenza?

–Es Lucía, madre, que ha venido a visitarnos –Ana se aferró a la confusión que dominaba a Margarita para sacar a la joven de tan comprometida situación–. Pero ya se va, que es tarde y tiene que coger el autobús.

–Sí, yo ya me iba, encantada de conocerla, señora Murria...

Lucía se ponía ya su abrigo. Cuando Ana tiró de ella para hacerla salir pasando junto a su madre, se dejó llevar, aliviada de poder marcharse. Su cabello dorado saltaba sobre sus hombros al caminar con tanta prisa. No obstante su apuro, apretó la mano de Ana para darle a entender que comprendía por qué no podía quedar con ella para salir, sin necesidad de decir nada. Bajaron las dos las escaleras velozmente y alcanzaron la puerta principal en un santiamén.

Fuera llovía, aunque no tan fuerte como aquella mañana. Lucía cogió su paraguas y salió a la oscuridad. Lo abrió sobre su cabeza. Su juvenil semblante destacaba en las sombras como si tuviera luz propia, y sus grandes ojos azules expresaban pesar y preocupación.

–¿Y el autobús? –preguntó Ana–. Has perdido el último...

–No importa, iré andando –se abrochó su bonito abrigo azul–, mi casa no está tan lejos...

–Ten cuidado, Lucía... y gracias por venir. Ha sido divertido aunque se haya estropeado al final... No sabes cuánto lo siento...

Lucía lanzó una mirada significativa por encima del hombro de la joven, y luego la fijó de nuevo en ella. Bajó el tono para volver a hablar sin que nadie la oyera.

–¿Estaréis bien?

–Creo que sí –afirmó Ana, aunque no estaba segura de lo que ocurriría cuando cerrara la puerta y se enfrentara a su madre–... Ahora vete, mañana te veo en la academia.

Lucía asintió bajo la lluvia, aunque no se animaba a moverse.

–¡Ana! Deja la cháchara y entra en casa, ¡no son horas!

Parecía como si tuviera trece años en vez de veintiuno. Aquella voz la obligó a saludar a Lucía con un gesto y a cerrar la puerta con prisa.

Al volverse, vio que su madre bajaba las escaleras. Sus ojos despedían chispas. Fue hasta ella con rapidez y sin mediar palabra, le cruzó la cara de un sonoro bofetón. Ana trastabilló, y soltó un gemido de sorpresa y dolor.

–Como vuelvas a traer a una de tus amigas a casa vas a saber quién soy yo, desgraciada...

Dicho esto la dejó allí, con la mejilla que había recibido el golpe ardiendo. Podía sentir los dedos de su mano en ella, como una marca humillante e indeleble. Las lágrimas brotaron de sus ojos, llenos de odio. Margarita desapareció por el pasillo, y al poco escuchó cómo se cerraba con violencia la puerta de su dormitorio.

Tras la visita de Lucía, Ana y Celia tuvieron que pasar sin cenar. La casa recuperó su lóbrego ambiente y con su madre merodeando por la planta baja, donde estaba la cocina, tampoco tuvieron ocasión de coger algo a escondidas para paliar el hambre atroz que sentían.

Al menos no hubo más palabras altisonantes, ni amonestaciones, ni gritos, ni humillaciones. Margarita se había descargado abofeteando a Ana, a la que consideraba responsable de haber invitado a su amiga. La joven estaba harta de la situación en que se encontraban, harta de andar de puntillas con cada cosa que hacían o decían, harta de pasar penurias, del encierro, de los horarios y del continuo trabajo al que estaban sometidas. Celia estaba adelgazando mucho, y permanecía en un estado de estupor y tristeza que la hacía llorar por todo. La pequeña odiaba a su madre más allá de lo racional, y cada noche tenía pesadillas.

Aquella vez, con la bofetada aún ardiendo en su cara, Ana pensó de nuevo en el piso de la calle San Jerónimo, y tomó una decisión. No se sentía más valiente, pero se rebelaba sobre todo por su hermana, a la que veía consumirse poco a poco. Tenían que haber aprovechado aquella tarde para marcharse... Sólo necesitaba un soplo de buena suerte, una ocasión como la que había desperdiciado, para coger algunas cosas y marcharse definitivamente de la villa Santa Engracia. Una vez establecidas en el piso, avisaría a su tía Asunción, y ella las ayudaría. Visto así no parecía tan difícil.

No quiso contarle a Celia su plan para que no se le escapara nada sin pretenderlo. Si su madre notaba en ella el menor cambio de humor,

sospecharía, y lo que menos necesitaban era tenerla alerta y despierta, como un halcón vigilando a su presa.

Tumbada en su cama, como tanta veces, miraba al techo sin verlo. Recordó que su tía había asegurado que Isabel había llegado a la misma situación. Atosigada por su madre, habría alquilado el piso como la única manera de librarse de su dominio. Era algo tan evidente...

De pronto se incorporó, quedándose sentada entre las mantas. Celia dormía a su lado, tan cansada que ni el hambre había podido evitar que se sumiera en un profundo sueño. ¿Cómo no lo había pensado antes? ¿Cómo había sido tan necia? Recordó el mensaje que su hermana le había dejado, «ve con cuidado», rezaba... ¿Dónde lo tenía? Con el alma en vilo se levantó, y fue hasta su armario, rebuscando en sus abrigos, chaquetas, faldas y vestidos... La nota no estaba. No la había quemado, porque no había vuelto a pensar en ella. ¿Y la llave? ¡Tampoco estaba!

Desconcertada, se quedó plantada en medio de la habitación, descalza, con su largo camión blanco destacando en la oscuridad. Dejó vagar la mirada por las formas confusas de los muebles que la rodeaban mientras pensaba. Apenas distinguía los contornos del armario, de la cómoda, de la silla, o de la jaula de Merlín junto a la ventana, pero sabía dónde estaban y adivinaba sus formas, igual que adivinaba la menuda figura de Celia acurrucada en su rincón de la cama que compartían.

Fuera llovía aún, torrencialmente. ¿Dónde había guardado la nota y la llave? Un escalofrío recorrió su espalda cuando un relámpago lo iluminó todo momentáneamente, pero no se había estremecido por eso, sino por lo que podía significar el hecho de que su madre hubiera podido encontrarlas. Estaba segura de que lo registraba todo invariablemente, sus ropas, las de Celia, todo. Así había encontrado el sobre de los Kauffman con su dinero... ¿por qué no iba a haber dado con esas dos cosas si había sido tan estúpida de olvidarlas en algún bolsillo? Llevaba días sabiendo que se las había dejado en alguna parte, y no había hecho nada para recuperarlas...

Frenética, se lanzó a buscar de nuevo, cada vez más nerviosa. No logró encontrar ni la nota, ni la llave.

Al fin se rindió. Allí no estaban. No las había perdido... de eso estaba segura. Eso menguaba sus posibilidades si se lanzaba a marcharse. ¿Cuánto tardaría su madre en obligarlas a regresar si conocía la existencia del piso? Y la muy bruja se había callado, como con el sobre con el dinero de los

Kauffman. Era muy dada a esa clase de juegos. Ana gimió, arrastrada por una oleada de resentimiento.

–Estúpida... Estúpida, estúpida... –se repitió una y otra vez.

Ahora sí estaba desesperada. Se sentó en la cama, con las piernas cruzadas. No podía echarse atrás. No importaba nada más, escaparían a alguna otra parte. Su tía no era una opción. Sería el primer sitio donde su madre las buscaría. Lo importante era saber cuándo sacar a Celia de la casa. Su madre la tenía como rehén, y la utilizaba para chantajearla a ella, por eso no la dejaba volver al colegio. Las monjas debían creer que estaba enferma, ya se habría encargado de engañarlas para que no la molestaran.

Un trueno retumbó sacudiendo los muros del edificio. Los cristales vibraron. Luego se sucedieron varios relámpagos. Centellearon en la oscuridad seguidos de otra tanda de potentes truenos, y la tormenta, que ya estaba sobre la ciudad, arreció con virulencia.

En una noche tan aciaga, Ana sólo pudo acurrucarse junto a su hermana y pasar en vela las horas que quedaban hasta el amanecer. Su estómago se retorció ruidosamente a causa del hambre, y su mente activa no dejaba de darle vueltas a aquel plan descabellado que pretendía poner en marcha, mientras permanecía en silencio con los ojos abiertos y la mejilla apoyada en los suaves cabellos de Celia.

Cuando el cielo empezó a clarear, la tormenta hacía tiempo que se había calmado. Ya no llovía, y por fin el sol, lentamente, se fue asomando entre los densos nubarrones, que se iban espaciando para abrir grandes claros.

Ana no se había movido. Permanecía igual, tumbada, con la niña a su lado, y la determinación dibujada en su gesto. No había cambiado de idea, y ya no pensaba ceder al miedo. La única diferencia era que iba a tener que buscar una alternativa al piso de Isabel. Ya no era seguro refugiarse en él.

Cuando dieron las siete se levantó, se vistió, y bajó a la cocina para asearse. Disponían de baño, pero no contaba con lavabo, así que tenían que lavarse en el gran pilón de piedra de la cocina. A veces llenaba una palangana con agua y la dejaba en su cuarto, pero últimamente se olvidaba.

Enseguida estuvo lista, se miró en un espejo, se peinó con esmero y sólo entonces, sin desayunar, cogió su abrigo y su sombrero y salió como una furtiva de la casa. Las siete y media era la hora a la que se marchaba desde que había empezado a trabajar en la academia, pero no quería que su madre la oyera y tuviera la tentación de salir a su encuentro, por eso se escabulló de

aquel modo.

El huerto y el jardín estaban completamente anegados, y un torrente de agua corría por el suelo empedrado desde el patio hasta la verja. Había llovido tanto que las alcantarillas no habían podido tragar la cantidad de agua que se había acumulado. Tuvo que caminar a saltos, pero no pudo evitar que sus botines se mojaran, una vez más. Al salir a la cuesta el sol ascendía ya en un cielo cada vez más despejado. El aire era fresco y olía a tierra mojada.

Llevaba su abrigo verde aceituna, su favorito. Recordaba que era el mismo que había llevado el día en que Don Agustín le entregara la nota de Isabel. Sin pensarlo, hurgó por enésima vez en el fondo de sus bolsillos. Como ya esperaba, no encontró nada. La llave no estaba. Debería haberla llevado siempre en la mano, sin importar si se cambiaba de vestido, de chaqueta o de abrigo. Hiciera lo que hiciera, no debería haberla perdido de vista nunca.

Ahora era tarde para lamentarse.

Por el momento iría a trabajar con normalidad. Aquel puesto era lo que le iba a permitir mantenerse una vez que estuviera fuera de casa, y comprar un billete para volverse a Madrid... con Celia.

Después de una noche de desvelos, había llegado a una conclusión: Isabel no había actuado porque sí.

Imaginaba con facilidad lo que habría pasado para verse abocada a tomar la decisión de dejar a su padre y a su hermana menor. Lo que la desconcertaba era que también hubiese tenido que salir corriendo del piso de alquiler, ya pagado por su tía, para irse a otro país. Le había dado muchas vueltas al hecho de que hubiera dejado el mensaje y la llave. Había llegado a la conclusión de que su hermana, impotente, quería que fuera ella la que liberara a Celia. Para que tomara el relevo ahí donde ella había fracasado. Ana entendió que debía ser ella la que ayudara a la pequeña a salir del influjo de su madre. Merecía la misma oportunidad de ser libres que ellas habían tenido, Ana en Madrid, Isabel ahora en Francia. En su mano estaba ahora qué hacer.

Al llegar al puente del Kursaal lo cruzó sin tener que correr, porque el oleaje ya no era tan fuerte y golpeaba las rocas suavemente. Al menos aquella mañana llegaría seca a la oficina.

Lucía la saludó al verla entrar, con un aire interrogante muy cómico en su cara. Enseguida se acercó y lo primero que hizo fue preguntar por lo

ocurrido la tarde anterior. Se disculpó por haber provocado el enfado de su madre, y le rogó con insistencia que le contara qué había pasado desde que ella se fuera.

–¿Llegaste bien a casa?

Ana recordaba que había perdido el autobús, y con el temporal que había caído toda la noche, temía que hubiera pasado un mal rato para llegar a su casa.

–Mojada, pero bueno –sonrió Lucía–... Pero no te desvíes del tema, ¿te chilló tu madre por mi causa? Perdóname, no sabía que era tan...

–¿Soberbia?

–Da miedo... –confesó Lucía.

–Sí que lo da.

–Lo siento, no volveré a pasar por tu casa, sólo quise darte una sorpresa. Se te ve nerviosa, y bueno...

–¡No te disculpes! ¡La culpa no es tuya, es sólo de mi madre! No estábamos haciendo nada malo, pero ella...

–Debe de ser difícil convivir con una mujer así. ¡Y yo que me quejaba de mi madre!

Ana se sentó en la mesa de trabajo y miró la pila de sobres y ejercicios que tenían que preparar. Le gustaba aquel trabajo, y se le daba bien. Además, la ayudaba a mantener la cabeza distraída, porque si pensaba en Celia, y en cómo lo estaría pasando... Lucía también se puso manos a la obra, aunque sin dejar de parlotear, y enseguida el bullicio habitual en la academia lo llenó todo.

Las chicas, la mayoría de los empleados allí eran mujeres, eran como jilgueros, activas y alegres, y sus manos se movían con rapidez ensobrando, corrigiendo o clasificando.

–Don Agustín me ha dado la tarde libre –anunció Lucía en voz baja, para que sólo ella pudiera escucharla–... Me lo debía, ¡y al fin hoy podré disfrutarlo!

Ana esbozó una sonrisa algo forzada. Se alegraba por ella, pero también sentía envidia, porque necesitaba volver a casa cuanto antes y estaba realmente inquieta por Celia.

–¿Y qué vas a hacer? Hace un día precioso...

–Aún no lo sé –repuso Lucía con aire pensativo–... Es una pena que no estés libre, sería una buena ocasión para estar juntas sin que tu madre se

nos eche encima, ¿no crees?

A pesar de todo, Ana se echó a reír. Lucía siempre conseguía hacer que olvidara sus penas. Procuró mantenerse firme en su puesto, concentrada en hacer lo mejor posible su trabajo. Sonreía a Lucía de vez en cuando para que no notara la ansiedad que sentía, y charló con las demás como si nada pasara. Sin embargo, por dentro se sentía morir. Sabía que sólo debía esperar su oportunidad, pero temblaba de pensar que no volviera a presentarse.

Cuando un repartidor de Correos llegó, el corazón le dio un vuelco, y se le desparramaron las hojas de ejercicios que tenía entre manos, mezclándose en el suelo. No había podido evitar pensar en Miguel Zárate... Se agachó a recoger aquel desaguisado, pero, se había alterado tanto, que a partir de ese momento ya no atinó en nada de lo que hizo. Empezó a cometer error tras error, y cuanto más se equivocaba, más torpe se volvía, hasta que empezó a llamar la atención, primero de Lucía, la cual calló para ayudarla, y luego del resto de sus compañeras...

Al fin, a media mañana, Don Agustín salió de su despacho y la llamó.

–¿Se encuentra bien, Ana? –la invitó a sentarse en una silla–. La veo muy nerviosa, debería usted haberme hecho caso y haber cogido una semana para descansar...

Ella no pensaba lo mismo. Agachó la cabeza, visiblemente incómoda. Al secretario no se le escapó que le temblaban las manos.

–Ana... No está usted bien. Lleva toda la mañana dando palos de ciego, ¿cuánto tiempo cree que va a poder seguir así? Ha sufrido usted una gran pérdida, debería darse la oportunidad de aceptarla, ¡y para eso necesita tiempo!

–Siento estar tan torpe, Don Agustín, trataré de centrarme más...

–No. Ni hablar –su tono severo la asustó. Alzó la vista de golpe, preguntándose si pensaba despedirla–. Ahora mismo se va usted a casa.

–¿Qué...?

–Recoja sus cosas, y no vuelva hasta dentro de siete días. No quiero volver a verla por aquí hasta entonces.

–¡No! Don Agustín, por favor, no... No puedo estar siete días sin trabajar, se lo ruego, es... ¡es importante! Por favor... Podría... podría descansar hoy, mañana incluso, pero por favor, deje que siga viniendo, se lo suplico...

–Ana, ¿qué ocurre?

–No puedo contárselo. Por favor, acepte mis disculpas, le prometo que me esforzaré... Lucía tiene la tarde libre, podría salir con ella, despejarme, y mañana volveré como nueva –en realidad su intención era volver a casa, a por Celia–... Eso estaría bien, ¿verdad?

Don Agustín no tenía aspecto de admitir réplicas, pero aceptó su propuesta de buen grado.

–Recoja sus cosas y váyase ahora mismo. Si mañana continúa así, yo mismo la sacaré de las orejas, ¿lo ha entendido?

Ana asintió, aliviada.

El secretario se levantó inmediatamente y la invitó a salir del despacho. Parecía enfadado... Ana pasó a su lado y murmuró un tímido «gracias», que él aceptó en silencio. En cuanto regresó a su puesto, Lucía la interrogó con la mirada.

–Don Agustín quería obligarme a coger una semana de vacaciones –murmuró–. Le he convencido para que sólo sea esta tarde... porque le he dicho que voy a pasarla contigo...

Ella misma estaba desconcertada... Había estado a punto de echar abajo su plan a cuenta de sus nervios. Si quería llevarlo adelante con éxito, iba a tener que serenarse. ¿Qué haría si Don Agustín la obligaba a descansar una semana? Estaría atrapada.

Lucía sonreía de oreja a oreja. Tenía sus propios proyectos. En cuanto se enteró de la noticia, se adelantó hacia ella y le estampó un sonoro beso en la mejilla.

–Entonces está hecho, me esperas fuera, que sólo queda una hora, ¡y nos vamos juntas a dar un paseo! –sonrió de nuevo, sin atender a la cara de perplejidad y preocupación con que Ana recibía sus palabras–. ¡Además, ya sé a dónde vamos a ir!

–Lucía, sólo lo he dicho para que Don Agustín me dejara seguir trabajando, pero yo tengo que volver a casa...

–¿Qué? ¡Ni hablar! Tú te vienes conmigo como que me llamo Lucía Llorente y no se hable más... Ana, necesitas hacer algo. Si vas a casa con tu madre, ¡te morirás!

–Es por Celia, no lo entiendes...

–Celia puede esperar, no le va a pasar nada por que estés un rato fuera... Te prometo que a las seis y media estarás de vuelta, como si hubieses venido a trabajar.

Lucía la abrazó para sellar el trato, y Ana, como solía ocurrirle invariablemente, se dejó llevar. Además, si regresaba antes de su hora su madre iba a sospechar enseguida...

Se puso el abrigo y el sombrero, y quiso abrocharse los botones, pero le temblaban tanto las manos que al final tuvo que dejarlo por imposible y salir a la calle con el abrigo abierto. Por suerte no hacía frío y el sol lucía en un cielo limpio y despejado. No quedaba mucho para que Lucía saliera con el resto de sus compañeras, así que dio un corto paseo hasta la Zurriola.

En aquella playa el agua siempre golpeaba con más fuerza, había más oleaje y las corrientes se volvían incluso peligrosas, aunque cuando llegó, el mar estaba sereno, como una balsa. Bajó a la arena y se sentó sobre su abrigo. La brisa marina acarició su rostro con suavidad, como un beso... Echó hacia atrás la espalda y enterró las manos en la arena cálida, apoyándose en ellas. San Sebastián... ¿Alguna vez volvería a sentir su ciudad como un hogar? Desde que se marchara a Madrid, su corazón se había distanciado. Sus montes, sus playas, su río, sus gentes, pertenecían a una faceta de su vida que le desagradaba, cuando en realidad el problema no era la ciudad, sino su madre. Añoraba aquel paisaje, el verdor, los días de sol como aquel, que se convertían en un regalo especial, precisamente porque eran muy escasos... La magia de sus construcciones románticas, pasear por el casco viejo un sábado por la mañana, entre comerciantes que abrían sus negocios, el olor del mar, el puerto, el verano en las playas... Sus mejores recuerdos eran los que conservaba de ella, sus hermanas y su padre, todos juntos yendo a pasar el día a alguna parte. A veces subían al parque de atracciones del monte Igueldo en el encantador funicular, otras cruzaban la bahía en bote para llegar a la isla en verano, o pasaban el rato en el merendero de Anoeta...

En cambio sus peores recuerdos los protagonizaba su madre, siempre ella, ensombreciendo cada uno de esos bonitos momentos.

Miró al cielo, y luego hacia Ulía, sobre el barrio de Sagüés... y entonces le pareció ver, en lo alto de la escarpada pared, una entrada natural, como una cueva... Algo se movía cerca de ella, una figura... Luego desapareció. Apartó la mirada, porque era imposible que nada pudiera moverse a esa altura, en una vertiente casi vertical. Volvió a mirar... Ni siquiera estaba segura de que aquello fuera una entrada, menos aún una cueva... Seguramente se trataba de una sombra en la pared.

Se levantó despacio y regresó para buscar a Lucía. ¿A dónde tendría

pensado ir?

Su amiga ya estaba en el portal esperándola, sonriendo como el gato que se ha comido un ratón.

–Creía que te habrías escapado a casa y ya pensaba ir a buscarte –se rió con malicia–... ¿Vamos?

–Escaparme –murmuró. Esas palabras tenían un significado muy distinto para Ana. Escaparse era lo que más deseaba, con Celia–... ¿Me prometes que a las seis y media estaremos de vuelta?

–Prometido. Venga, te vendrá bien lo que tengo pensado...

Lucía cogió su mano y la arrastró con decisión hacia el puente del Kursaal, y de allí hacia El Boulevard. Andaba muy rápido, sin soltarla, mientras parloteaba sin cesar comentando todo lo que veían. Se hubiera dicho que eran dos muchachas alegres que disfrutaban de la vida, y de aquel sol espléndido que de un plumazo había borrado todo rastro del temporal que había estado atosigando la ciudad. Si algo tenía San Sebastián, era que se recuperaba de las tormentas como por ensalmo. Lucía bella y generosa bajo el cielo azul.

Sin embargo, Ana no era feliz, aunque disfrutaba de aquella tregua lo mejor que podía. Su amiga fue tirando de ella con energía. Pasaron por Alderdi Eder, hasta el puerto.

–Tengo un amigo aquí, seguro que nos acompaña...

–¿Un amigo? No, Lucía...

Pero ella ya se había acercado a un hombre, de unos cincuenta años de edad, que se hallaba en un bote de remos pintado de un bonito azul. La ancha embarcación flotaba suavemente, amarrada al muelle.

–¡Santiago! –Lucía le saludó con la mano–. ¿Qué tal?

–¡Hombre! Pero, ¿qué haces aquí? ¿No trabajas?

–Hoy no, ¡tenemos la tarde libre! ¡Ésta es Ana Murria! –señaló a su amiga–. Ana, éste es Santiago, un buen amigo de mis padres... Oye Santiago, ¿nos llevarías a la isla?

–Si es por ti... Hoy hace buen día –sonrió él–. Puedo llevaros, pero sólo un par de horas, que tengo faena.

–Dos horas es más que suficiente, ¿verdad Ana?

–¿A Santa Clara? –murmuró ella lanzando una mirada soñadora a la isla.

–Venga, sube al bote... ¿No te mareas en el agua verdad?

–No...

Así fue como se sentaron de frente a Santiago, riendo como dos colegialas mientras el buen hombre, que era muy fornido y ancho de espaldas, soltaba la amarra y se sentaba a los remos para sacar la embarcación del puerto. Fue maniobrando entre los otros botes y barcos que se disputaban su espacio en el muelle, hasta salir del espigón y poner rumbo a la isla.

El mar estaba tranquilo, pero se ondulaba sensiblemente, haciendo que el bote subiera y bajara a medida que avanzaba. Cabeceaba ligeramente, mientras Lucía y Ana se inclinaban para meter las manos en el agua, que aún estaba muy fría, y se salpicaban entre risas. Santiago remaba con fuerza, de cara a las dos, divertido con sus pueriles juegos. Era muy moreno, y sus ojos negros se hundían bajo dos grandes cejas, muy pobladas.

Ana disfrutó con el trayecto, aunque duró apenas media hora. Después de tantas angustias, lo que menos se había imaginado era que iba a poder estar en medio de la bahía, viendo la ciudad desde aquella otra perspectiva, formando parte del paisaje que los demás contemplarían desde el paseo. Sentía el espíritu ligero, y su entusiasmo se estaba contagiando de la alegría vivaz de Lucía. Ojalá Celia estuviera allí con ellas...

La isla Santa Clara se había ido haciendo más grande a medida que se acercaban, y ya se apreciaba el pequeño embarcadero, así como la diminuta playa, que sólo aparecía con la marea baja. Un camino arrancaba desde allí, y subía hacia la cima cubierta de vegetación, bordeando el contorno de la isla.

Santiago aproximó su embarcación al malecón con gran pericia, hasta colocarla de costado, para que las chicas pudieran saltar sin peligro de caerse al agua. La amarró, y mirando al reloj les recordó que antes de dos horas tenían que estar de vuelta. Lucía y Ana sonrieron al unísono, y se alejaron cogidas del brazo hacia el camino que subía al faro.

Santa Clara era como un promontorio rocoso con forma ahuevada. Tenía la espalda, la parte que daba al mar abierto, cortada a cuchillo para formar una pared de piedra en la que rompía el oleaje. Estaba cubierta de vegetación en casi toda su extensión, formando un espléndido oasis de verdor en medio del mar. Durante las tempestades, la isla era la guardiana de la bahía, y hacía de malecón, soportando la furia del mar y la violencia de sus embates. Resultaba difícil imaginar que hubiese sido un lazareto, utilizado, tiempo atrás, para aislar a los enfermos de lepra y otras enfermedades...

–Conozco al farero –anunció Lucía mientras empezaban a subir por la

cuesta. Tenían el mar a su derecha, lamiendo las rocas que asomaban desde la base de la isla—. Manolo y su madre viven aquí desde hace muchos años...

—¿Aquí? —se asombró Ana—. Debe de ser increíble, vivir en medio del mar, ¡incluso cuando hay temporal!

—A mí me daría miedo... ¿Sabes que es muy buen tirador? ¡Es preparador de la selección olímpica de tiro!

Fueron subiendo poco a poco, hasta alcanzar un sencillo edificio blanco de dos plantas, el faro, cuya luz, desde que fuera construido en 1864, brillaba en las noches como una luna destinada a guiar a los navegantes a través del bravío Cantábrico. Manolo Andoain era el encargado de encender el faro cada noche. Su vida transcurría en aquel reducto de apenas seis hectáreas, viendo pasar el tiempo desde aquella otra perspectiva, fantástica, de San Sebastián.

Conocerle fue para Ana algo muy especial. Era un hombre culto e inteligente, muy aficionado a la literatura. Las recibió con amabilidad, y las invitó a merendar, dejando que se entretuviesen en la nutrida biblioteca que había ido cuidando y completando desde que llegara. Las hizo subir al faro, una torre que se elevaba por encima del resto del edificio donde estaba la vivienda, y les mostró cómo funcionaba, explicándoles los rudimentos de su trabajo. Entre sus funciones, según les contó, estaba precisamente avisar a las autoridades portuarias cuando se acercaba un temporal, y mantener en buenas condiciones las instalaciones y las bombillas cuando éstas se estropeaban. Tenía un cierto aire melancólico cuando hablaba, tal vez procedente de sus largas jornadas en aquella isla, al mismo tiempo tan cercana y tan aislada de la ciudad. No echaba de menos estar con más gente, sino que, en realidad disfrutaba de su soledad, espectador en la distancia del día a día de San Sebastián. Se sentía como un defensor al mando de aquel baluarte protector, capaz de frenar la fiereza del mar cuando se encabritaba, como días atrás.

—Si no tuviéramos esta isla, los desastres cuando hay temporal serían terribles, las olas, que algunas veces parecen capaces de tragársela, lo devorarían todo a su paso...

—¿Qué hace cuando ve venir la tempestad? ¿No siente miedo? —preguntó Ana con admiración.

—¿Miedo? Claro que sí, pero hago lo que debo hacer. Mi puesto está aquí. De mí dependen muchas vidas, en realidad... Cuando acepté esa responsabilidad sabía lo que me esperaba, aunque... he de reconocer que no

me acostumbro a la fuerza del Cantábrico. Puede ser feroz...

Estuvieron con él más de una hora, y después salieron a dar un paseo por la cima de la isla, donde solían subir los veraneantes a pasar el día, entre los árboles. Ana estaba mucho más relajada, como si hubiera comprado un billete a otra vida, lejos de las preocupaciones.

En esa nueva vida todo era posible, incluso que su padre estuviera vivo, esperándola en casa. Con Lucía se sentía cómoda y feliz, más como había logrado ser en Madrid, ella misma.

Se sentaron mirando hacia la ciudad, bajo un árbol, y allí le contó lo que estaba sufriendo en casa. Le habló de sus dos años con los Kauffman, de Gabriel Ugalde, y de sus problemas con su madre... para acabar confesándole su plan de marcharse. Lucía la escuchó con paciencia, y de vez en cuando asentía, sin interrumpirla. Allí, bajo la luz del sol, contemplando la apacible bahía, serena y distante, todo parecía fácil de solucionar. A Ana casi se le antojaba irreal su relato, si no fuera tan consciente de que estaba diciendo la verdad, su verdad.

A las dos les resultaba difícil, estando en aquella burbuja de felicidad, tratar temas tan escabrosos. Era como romper el hechizo, y Ana aún quería permanecer un rato más bajo aquel paraguas protector, el de la luz, el sol y su amiga. Lucía la abrazó, y le hizo prometer que saldría de su casa cuanto antes. No sabía cómo podía ayudarla, pero estaba convencida de que no debía permanecer ni un minuto más bajo el mismo techo que su madre. Luego miró el reloj, y regresaron al embarcadero, donde Santiago las esperaba ya para volver.

El recuerdo de aquella tarde se grabó en la memoria de Ana, en el mismo lugar donde atesoraba los recuerdos de su padre.

La casa de Asunción despertaba muy pronto, a las seis de la mañana, cuando las criadas empezaban a recoger y limpiar con el esmero que su señora esperaba de ellas. Lo mantenían todo impoluto, enceraban los suelos, limpiaban las alfombras, los cristales, la plata, lavaban la ropa, planchaban, y cosían hábilmente todo lo que ella les encomendaba, salvo para confeccionar sus vestidos, algo que invariablemente encargaba a una modista. Lo hacían todo metódica y disciplinariamente, antes de que se levantara, hacia las nueve y media.

Cuando su hermana fue a verla, llevaba media hora despierta, y ya había desayunado. Estaba leyendo el periódico en su salón, con una taza de café a su lado, aunque su mente se distraía constantemente pensando en sus sobrinas.

–Señora, su hermana ha venido a verla –anunció una de las doncellas–. ¿La hago pasar?

Asunción apartó el periódico a un lado, perpleja, sin saber cómo reaccionar. No esperaba que Margarita se presentara así en su casa después de que la había echado de malas maneras el día después del entierro. Es más, ni siquiera había aceptado su dinero y la comida que le enviaba, y había tenido que renunciar a proporcionar a sus sobrinas el apoyo que les había prometido. Estaba tan preocupada por ellas, que indicó a la criada que la hiciera pasar, con la esperanza de que hubiera cambiado de actitud. Margarita apareció en el umbral. Guardaba riguroso luto, y sus ojos brillaban con un

fulgor algo siniestro.

–Margarita, pasa –la invitó Asunción, esforzándose por hacer caso omiso de la fría rigidez con que su hermana la observaba–... Al fin has venido, después de todo lo que ha pasado... ¿Quieres un café?

Margarita asintió con un leve gesto de su cabeza. Llevaba el pelo recogido en un moño tirante que endurecía sus rasgos. Aceptó sentarse junto a Asunción, sin abrir la boca. La doncella se lo sirvió y se retiró enseguida.

–Dime, ¿ha pasado algo? ¿Están bien las niñas?

–No he venido a charlar –la cortó Margarita con sequedad–. No tengo mucho tiempo, porque he dejado a Celia sola, así que seré clara... No quiero que te acerques a ellas, ¿está claro?

–Pero Margarita...

–Quiero que te vayas unos días, a donde te plazca, que para eso tienes dinero, y que nos dejes en paz.

–Pero, ¿a dónde quieres que vaya?

–¡Me da igual! Pero te quiero lejos, hasta que arregle las cosas en casa. Las estás influenciando, llenándoles la cabeza de pájaros, ¡y lo que necesitan es espabilar!

–Ana y Celia necesitan cariño ahora mismo, Margarita –se enfadó Asunción–. No puedes impedirme que trate de ayudarlas, ¡también son mi familia!

–Ya no –rugió Margarita–... No te quiero cerca de mis hijas, ¿lo entiendes?

Asunción se levantó, muy nerviosa, y paseó por la estancia. Le dio la espalda a Margarita, deliberadamente, durante un rato. No quería, ni podía, obedecer como si fuera un perro. Había llegado el momento de hacerle frente.

–No pienso marcharme –aseguró sin volverse. Un silencio sobrecogedor recibió sus palabras–. Me indigna que te permitas venir a mi casa, con esos aires, a decirme lo que tengo que hacer. ¡Ya está bien! ¡Estás comportándote como una demente! ¿Crees que no sé que has estado escondiendo las medicinas de José Miguel?

–Se las comprabas a mis espaldas... ¿Quién te crees que eres?

–A lo mejor no las escondías, a lo mejor las tirabas por el retrete, ¿eh? Así que el pobre estaba cada vez peor... No tienes vergüenza, y vienes a exigirme que me vaya, que me aparte de mis sobrinas, ¡que son lo que más quiero en este mundo! Pues que te quede claro que no pienso ceder a tu

soberbia –vaciló un momento, y sacó un sobre de su bolsillo.

–¿Qué haces...?

–Ten, he querido dártelo muchas veces, pero tú no me dejabas pasar de la puerta. Hay suficiente para que des de comer a mis sobrinas. Acéptalo, y haz algo de provecho, como cuidar de tus hijas.

Margarita lo cogió, lo abrió, y arqueó las cejas al comprobar que contenía una buena cantidad de dinero en billetes nuevos. Por un momento Asunción temió que fuera a rechazarlo, pero no... De pronto el rostro de su hermana cambió. Un aire triunfal lo cruzó fugazmente. Se lo guardó rápidamente sin mostrar agradecimiento alguno.

–Ve pensando qué vas a hacer, porque pienso traerme a Ana y a Celia conmigo –se atrevió a decir–. Antes que después.

–Traértelas... –gruñó Margarita levantándose–... ¡Traértelas! Te lo advierto... Hazme caso y vete, ¡porque si no, no respondo! A eso he venido, no lo olvides. ¡Todo tu dinero no va a hacer que te permita tus intentonas de quitarme a mis hijas!

–¿Y qué va a ser de Ana y de Celia si yo me voy? Le prometí a José Miguel que las cuidaría, ¡y eso haré!

–Eso es, siempre conspirando con el pelele de mi marido, ¡a mis espaldas! ¡Ana y Celia son mis hijas!

–¡Isabel también!, ¿o lo has olvidado?

Margarita palideció, y luego enrojeció. Dio un paso hacia su hermana, y extendió una mano en el aire, cerrando los dedos en un puño ante su cara como si quisiera estrangularla.

–Qué sabrás tú, viuda rica, aquí, viviendo en la opulencia –dijo señalando el lujoso salón–... Qué sabrás tú...

–Márchate Margarita.

–Me voy, sí, pero tú no vas a volver a ver a mis hijas, te lo prometo.

Entonces escupió al suelo, ante la mirada horrorizada de su hermana. Luego dio media vuelta y fue a salir, pero antes dio un manotazo a la taza de café que la doncella le había servido, derramándolo sin haberlo probado. Cuando hubo salido, Asunción soltó todo el aire que había estado conteniendo. Estaba asustada, y muy nerviosa. Desde luego, no pensaba marcharse, no, ahora menos que nunca. Se sentó temblando como un flan. De repente se sintió indispuesta.

Cuando su doncella se apresuró a limpiar lo que su hermana había

tirado al suelo, Asunción le ordenó que nadie la molestara.

–Voy a echarme un rato, que me está doliendo la cabeza. No entréis para nada, ¿has comprendido?

La visita de su hermana le había provocado una enorme tensión, y ahora ya no se sentía con ánimos para salir, a pesar del bonito día que iluminaba la ciudad. Cuando se ponía tan nerviosa, siempre sufría cefaleas severas, y ya notaba los primeros síntomas amenazando al fondo de su cabeza, así que se retiró a su habitación y corrió las cortinas, para dormir un rato...

Para Marie Bertou las noches se habían transformado en una sucesión de oscuras pesadillas. Desde que fuera testigo del asesinato en Urgull, ya no disfrutaba de las calles solitarias, de sus devaneos a través de plazas y parques, que a menudo aliviaban su soledad. San Sebastián se había convertido en el escenario de un cazador violento, cuyo rostro se ocultaba tras una máscara.

La estrecha vigilancia con que la Guardia Civil y la Policía Nacional custodiaban la ciudad, restringían sin duda su libertad de movimientos, pero era hábil, y hasta el momento había logrado esquivarles. Sabía que la estaban buscando, y era divertido ver cómo se esforzaban, sin lograr acercarse a ella ni lo más mínimo. Tampoco estaban acercándose al asesino de la máscara.

Ella sí.

Marie le había seguido la segunda vez que le había visto matar, en la zona deportiva de Anoeta. Su víctima, una vez más, había sido una muchacha joven, una prostituta que esperaba en un lugar oscuro y solitario. La había estrangulado, y después... Jamás había visto tanta rabia, tanta crueldad, como si ese ser estuviera poseído por algún demonio. Sus ojos lunáticos, visibles a través de los huecos de esa máscara blanca, la atemorizaban en sueños.

Seguirle a todas partes se estaba convirtiendo en una obsesión. Le vigilaba, incluso sabía dónde vivía... En cuanto caía la noche, salía de su cueva e iba a buscarle, segura de que muy pronto volvería a matar. Estaba bajo su embrujo, hechizada por el mal que llevaba dentro, por eso le

esperaba, y cuando al fin salía, le seguía, al acecho... temerosa de lo que pudiera hacer, y al mismo tiempo curiosa. A veces le parecía que se daba cuenta, porque se detenía y escuchaba, se giraba, buscando alrededor... Pero ella estaba a salvo, era invisible en la oscuridad, y se movía como un gato, sigilosamente.

«La Máscara» también se veía obligada a eludir la fuerte vigilancia de las calles. Se movía con cautela, y pasaba horas merodeando sin rumbo a través de la ciudad dormida. No siempre salía, y, cuando lo hacía, no siempre mataba.

Al final de sus paseos nocturnos, el enmascarado acababa volviendo a su cubil... Marie le veía mirar con gesto atormentado hacia una de sus ventanas. Se quedaba mucho tiempo así, con la vista levantada, el cuerpo tenso, sacudido por un imperceptible temblor. ¿Quién más vivía allí? ¿Quién se ocultaba bajo aquella larga capa negra y la máscara?

Ahora le esperaba en las inmediaciones de su guarida. Le vio con su capa negra, su capucha y su máscara... Sus ojos brillaban con ese fulgor de otro mundo, que aparecía sólo cuando había decidido volver a matar. Marie lo percibió, y un escalofrío recorrió su espina dorsal.

Su siniestra figura se adivinaba como una sombra a través de una de las ventanas de su casa, que estaba entreabierta. Marie sentía curiosidad...

Cuando «La Máscara» salió, se coló dentro de la habitación en la que había estado momentos antes. Se detuvo, sorprendida del coraje que la había impulsado a colarse en el territorio de un asesino, su santuario... Había un pesado arcón que despertó su curiosidad. Lo abrió, y encontró un sobre. Se lo guardó bajo la ropa. Luego decidió no arriesgarse más e ir en pos del misterioso asesino. Salió de nuevo y corrió detrás. El estrangulador la obligó a recorrer las calles, zigzagueando, hasta pasar cerca del emblemático edificio de la Tabacalera, a través del señorial parque de Cristina Enea. En lo alto del pequeño montículo que conformaba el parque surgió a la vista un soberbio palacio que tomaba su nombre del hombre que lo concibió, el Duque de Mandas, Fermín de Lasala. El río Urumea bordeaba el parque formando un meandro. Se escuchaba el rumor de sus aguas en la quietud nocturna. Marie vio que «La Máscara» vacilaba, y cómo se desviaba a continuación a través de los senderos que cruzaban el parque, entre los árboles y arbustos que lo adornaban. Caminaba muy despacio, con cuidado de no hacer ruido. Como cuando buscaba una nueva víctima.

Entonces, casi escondida detrás de un árbol imponente, de grueso tronco y pesadas ramas, apareció una mujer. Era una noche clara, y lucía una brillante luna llena que arrojaba sobre el lugar una luz fantasmal, suficiente para ver que se trataba de una mujer madura, de unos cuarenta años, delgada de no comer. Sus ropas eran sencillas, y su figura poco atractiva, pero a el estrangulador eso no pareció importarle. Nada más verle, la desconocida se puso en guardia. No se veía a nadie más en los alrededores, ni a la Guardia Civil, ni a alguna pareja de policías nacionales a quienes hubiera podido recurrir.

Era más de la una de la madrugada.

Marie se ocultó. Quería avisar a la mujer antes de que fuera tarde, pero no se atrevía. Sólo podía mirar, esclava de aquel ritual salvaje que sin duda, iba a repetirse aquella noche.

El cielo se abría inconmensurable y sereno sobre los tres protagonistas en el parque, y las estrellas titilaban distantes, salpicadas fríamente a lo largo y ancho de la bóveda nocturna. La muerte se dejó sentir, como un hálito mordaz y burlesco que caló en los huesos de «la francesa», paralizándola en su rincón. Su voluntad se evaporó, y sus ojos se prendaron de la escena que iba a tener lugar.

«La Máscara» atrapó a su presa. Fue todo muy rápido. La mujer, al ver su rostro oculto, se asustó y quiso escapar, pero la atrapó con facilidad y empezó a zarandearla; subió sus manos hacia su garganta para estrangularla. La víctima se revolvió. Marie Bertou vio que tenía muchas ganas de vivir. Se retorció con violencia, golpeaba a su agresor con los puños, gimiendo, chillando, trató de arrancarle la máscara, quiso zafarse, pero el estrangulador era fuerte y estaba decidido a arrebatarse la vida... hasta que al fin la asfixió. La desdichada se derrumbó entre sus brazos, y su asesino la dejó caer al suelo. Luego pasó muy cerca de Marie, tanto que si hubiera alargado la mano hubiera podido tocar su abrigo, y bajó al río. Estuvo buscando algo un rato en la orilla de aquel meandro natural, hasta que, al cabo de unos cinco minutos regresó con una gran piedra en la mano. «La francesa» sabía bien para qué la quería. No era la primera vez que la utilizaba.

«La Máscara» se arrodilló junto al cadáver aún caliente de la mujer, alzó el enorme pedrusco por encima de su cabeza, como si sujetara un balón de piedra, y lo dejó caer con violencia sobre su cara. Así, estuvo golpeando aquel rostro poco antes lleno de vida, hasta que lo hundió por completo en un

amasijo de carne y huesos rotos, tan irreconocible como un montón de carne picada...

Marie no respiraba. Estaba hechizada por aquella salvaje brutalidad. Quería entender, pero no alcanzaba a ver la intención de aquel ser depravado. Le vio sacar una jeringuilla e inyectar algo en el brazo de aquel cuerpo inanimado...

Ana se despidió de Lucía en el puerto y echó a andar hacia su casa, relajada como hacía tiempo no lo había estado. El sol descendía rápidamente en el cielo, tanto, que tuvo que volver a ponerse su abrigo. Estaba refrescando. Ahora, con la cabeza más despejada, estaba llena de seguridad, convencida de que podría solucionar las cosas de una forma rápida y eficaz, sin necesidad de enfrentamientos.

Pero, a medida que se iba acercando a la villa, esa seguridad se fue evaporando, como si hubiese sido víctima de un hechizo, tan volátil como un sueño. Empezó a preguntarse si aquel día su madre saldría también, y rezó para que así fuera, porque ahora que había tomado su decisión, y mientras aún le quedaran agallas, ardía en deseos de actuar.

Apretó el paso, con el pulso cada vez más alterado. Estaba obsesionada con llegar cuanto antes. Miró el reloj de vez en cuando, apenas consciente de las calles, de la gente o del maravilloso día que hacía.

Al cabo de media hora al fin atravesó la verja y alcanzó la puerta principal de la vieja casa. Se detuvo un instante en el umbral, jadeando por el esfuerzo. Había andado tan deprisa que casi había hecho el trayecto corriendo. Necesitaba calmarse, entrar con normalidad.

Entonces oyó gritos.

Alarmada, entró a toda prisa. Los gritos provenían de la cocina. Celia chillaba, histérica, y su madre la mandaba callar. Entonces oyó un golpe seco, y luego nada. Asustada, corrió a ver qué pasaba. Bajó los tres escalones que

daban paso a la cocina y entró con el alma en un puño...

Su hermana estaba de pie junto a la mesa, y su madre estaba al otro lado, con los ojos muy abiertos y fijos en la chiquilla. Estaba colérica, y sus labios se apretaban en una fina línea que delataba su soberbia. Sobre la mesa estaba la jaula de Merlín, abierta. El canario no estaba.

Ni Celia ni su madre la vieron, aunque estaba allí, en la entrada, mirándolas estupefacta. Ambas callaban, enfrentadas en una muda batalla de voluntades. Las lágrimas barrían el rostro demudado de la niña.

Entonces Ana comprendió a qué había obedecido el golpe sordo que había escuchado. Sus ojos se posaron accidentalmente en el suelo, junto a la pared que tenía enfrente. Allí estaba el pájaro, muerto. Sin duda lo había estampado contra la pared. Su madre la vio. Descubrió que ya se había dado cuenta, y sonrió levemente.

–Recoge eso –le ordenó a Celia impertérrita–. Cuando vuelva no quiero verlo por aquí.

Entonces se marchó, y al pasar junto a Ana sonrió de nuevo mientras le susurraba en voz baja.

–Qué pronto vienes hoy... ¿Esperabas que me hubiera ido a alguna parte? –el cuerpo entero de la joven se estremeció al oír aquello. Se quedó inmóvil, helada ante aquel significativo comentario. De pronto Margarita acercó su nariz a su cabello y la olisqueó–. Hueles a salitre... ¿Dónde has estado? –Ana no respondió. Estaba aterrada. Había olvidado que su madre siempre adivinaba todo lo que hacía, incluso lo que pensaba–. Anda, ayuda a tu hermana y después limpiáis los cristales, que hoy no llueve.

Celia se acuclilló, llorando sin consuelo, y enterró la cara entre sus brazos. Sólo entonces Ana salió de su estupor. Al ver a su hermana así, corrió hacia ella y la abrazó.

–Lo ha matado –murmuró la chiquilla entre hipidos–... Ha matado a Merlín, lo ha cogido y lo ha tirado contra la pared, está muerto...

Ana también lloraba. Por Merlín, por su hermana, y porque a la luz de las circunstancias, dudaba mucho que pudieran salir de la casa tan fácilmente como había soñado. Una oleada de venenoso rencor inundó su fuero interno, desplegándose por sus venas como un torrente fulgurante que se adueñaba de su mente y de su corazón. ¿Qué le impedía coger a Celia, salir al vestíbulo y marcharse? Ellas eran sin duda más rápidas que Margarita.

Decidida a hacer realidad su plan, optó por irse sin nada. Recogió al

infortunado canario del suelo, lo envolvió delicadamente en un pañuelo, y lo puso en su bolsillo. Luego tomó a Celia en brazos y salió de la cocina velozmente, pero su madre estaba allí, en el recibidor.

—¿A dónde crees que vas?

—A enterrar a Merlín en el jardín —murmuró sin color en las mejillas.

—Ni hablar de eso. Ya estáis recogiendo lo que habéis dejado en la cocina, y dame el pájaro que lo voy a echar al fuego. ¡De aquí no sale nadie sin mi permiso! ¿Queda claro?

Ana dio un paso hacia la puerta, pero Margarita se interpuso en su camino, y era tan amenazador su aspecto que un vahído hizo que se tambaleara. Aun así, quiso seguir adelante. La puerta estaba tan cerca...

Entonces, cuando iba a sobrepasar a su madre, con Celia aferrada a su cuello tenazmente, recibió un sonoro bofetón, muy fuerte. Sufrió un brusco tirón en el cuello al torcerse su cabeza hacia un lado, y se tambaleó, perdiendo por un momento la visión... Soltó a Celia y se tambaleó. Quiso correr, pero Margarita estaba dispuesta a ponerla en su sitio, y alzando la mano le propinó otro violento bofetón con el revés de la mano, tan brutal que la dejó sentada en el suelo, mareada y sangrando por la comisura del labio. Se había mordido sin querer. Ana sollozó, mientras Celia chillaba y la abrazaba. No fue capaz de llevar más allá su rebelión.

—Y ahora vas a darme las llaves de esta casa —le escupió Margarita, arrancándole el pañuelo con el canario de su bolsillo.

La joven no lograba pensar con claridad...

—¿Queda claro? Dame tus llaves...

—¿Qué...

—¡Que me des tus llaves o no respondo! No vas a tenerlas más hasta que yo decida lo contrario, ¡dámelas!

Ana se asustó. Había algo inhumano en los ojos de su madre, algo que no había visto antes. ¿Locura? No hubiera sabido decirlo. Le temblaban las rodillas. Lentamente sacó las llaves y se las dio, abandonada a la derrota. No podía enfrentarse a ella directamente... Se dijo, mientras se levantaba despacio, aún aturdida y muy dolorida, que no iba a rendirse, sino que buscaría otro momento, tal vez por la noche. Se apoyó pesadamente en el frágil hombro de su hermana, y luego, sin volver a mirar a su madre, entró en la cocina. Aunque lo hubiera intentado antes, estaba segura de que el desenlace hubiera sido el mismo. Había sido una ingenua... En el fondo,

siempre lo había sabido.

Mientras ayudaba a la pobre Celia a retirar la jaula de Merlín, oyó que Margarita echaba el pájaro al fuego, y luego salía, daba la vuelta a la casa, llegaba hasta la puerta de servicio por fuera, y echaba el cerrojo. Poco después la escuchó regresar, entró en la casa de nuevo, e hizo lo mismo con la puerta principal. Así que para eso le había quitado sus llaves, para encerrarlas definitivamente... De esa manera se aseguraba de que no salieran a escondidas. Un lamento brotó de su garganta. Se llevó una mano a la cara y palpó su labio, que empezaba a hincharse. El cuello le dolía, resentido por el latigazo sufrido con los severos golpes recibidos.

¿Qué sería lo siguiente? ¿Prohibirle ir a trabajar? Un sudor frío le bajó por la espalda. Necesitaba su empleo si quería marcharse. A aquellas alturas, y tras la escena vivida, dudaba más que nunca que pudiera contar con su tía Asunción. Aunque las acogiera, ¿iba a enfrentarse a su hermana? Sólo era una anciana, y conocía bien a Margarita, por eso se había marchado sin enfrentarse...

Aquella noche su madre las llamó a cenar. Apenas habían comido al mediodía, y el hambre empezaba a ser una verdadera tortura.

Una vez cumplidas todas las tareas que fue imponiéndoles, desde limpiar los cristales hasta cambiar toda la ropa de cama de cada habitación, pulir los muebles o encerar los suelos, las dejó descansar.

Al bajar a la cocina, un delicioso olor inundó sus fosas nasales. Un aroma como a estofado, a algún guiso, que hizo que se les hiciera la boca agua. Margarita había puesto la mesa, y aguardaba de pie delante de una olla que humeaba sugestivamente. Aquel olor procedía de allí.

Ana y Celia se aproximaron con cautela. ¿Por qué ahora las agasajaba con una opípara cena, y de dónde la había sacado? Lo primero que pensó Ana fue que al fin les llegaba algo de su tía. Seguramente su madre se había ablandado un poco después del violento episodio con el pájaro.

—Sentaos, que tendréis hambre y se hace tarde —dijo Margarita. Las invitó con un gesto de su mano a que ocuparan su sitio en la mesa.

—¿Qué es? —preguntó Ana aspirando con deleite aquél olor. Su estómago se retorció anticipándose al placer de degustar comida de verdad. Quiso ser amable, aparcando el rencor que oprimía su voluntad como un cepo poderoso, porque prefería pasar aquel mal trago y llevarse algo a la boca. Si la soliviantaban, era imposible predecir las consecuencias—. Huele bien...

–Mejor sabrá –sonrió. Era extraño. Parecía relajada, incluso feliz. ¿Era una tregua? La miraron con nostalgia, la que se siente por una madre que nunca se ha tenido. Aquella estampa que Margarita les regalaba, aunque fuese artificial, y efímera, lograba despertar en ellas sentimientos reservados en algún lugar de sus corazones, enterrados bajo el dolor y el despecho—. Trae el plato, Celia.

La niña estiró la mano para acercárselo, y ella metió una cuchara grande en la olla y sacó una generosa ración de carne con una deliciosa salsa.

–¿Qué prefieres, pata o pechuga?

–Pata –murmuró Celia con timidez.

–¿Qué es, conejo? –inquirió Ana. Comer conejo era un lujo fuera de su alcance...

–Gato.

Gato... Gato... Gato...

Ahí estaba, de nuevo.

Las dos hermanas se quedaron sin habla. Celia miró la cuchara que chorreaba salsa, y el trozo de carne, como una pata de conejo, jugosa y aromática. Y de pronto supo lo que estaba pasando. Su madre, esa mujer despiadada, no se había conformado con matar a Merlín.

–«Luna» –musitó Celia, muy pálida–... ¿Es «Luna»...?

–¿Tenéis hambre? Pues a cenar. Era sólo un gato y sabe igual que el pollo, así que venga, trae el plato.

Pero sus hijas la miraban con los ojos muy abiertos, incapaces de procesar lo que ocurría.

–Te odio –rugió Celia, enrojeciendo violentamente.

Las lágrimas corrían por su cara. Entonces se levantó y abandonó la cocina a la carrera.

–¡Celia! ¡Ven aquí inmediatamente!

–Déjela ir, madre... ¿Qué esperaba? ¿No le bastaba con matar al canario que ha tenido que hacer esto?

–Más te vale que te quedes callada, Ana. ¿Vas a cenar?

–No. ¡Por descontado que no! ¡Es «Luna»! ¡Nuestra gata! Oh, pero usted siempre la ha odiado... Le ha faltado tiempo para asesinarla, ¿verdad?

–¡No me vengas con gazmoñerías y siéntate! ¡Sólo era un gato! ¡Y me alegro de que no ande «mezuqueando» por toda la casa!

Ana levantó la mano para abofetear a su madre, ciega de rabia, pero

ella aferró su muñeca y cortó su gesto con determinación.

–Te atreves a levantarme la mano, desgraciada...

Ana soltó un gruñido, se zafó de aquella garra que empezaba a retorcer su muñeca hasta provocarle un intenso dolor, y se fue tras Celia, con el estómago ahora revuelto por la impresión. ¿Dónde quedaba la deliciosa tarde con Lucía, el sol, la isla, su conversación con Manolo Andoain, su visita al faro... el paseo en la barca de Santiago? ¿Dónde quedaba todo eso? Aquello había sido el paraíso, pero ellas estaban en el infierno...

Se encerraron en su habitación con un amargo agotamiento, su temor y su pena. La ausencia de su padre les pesaba más que nunca, su cariño, el recuerdo de los días que llegaba temprano para estar con ellas, los últimos días a su lado... Sentían su presencia, tan próxima, que resultaba doloroso. Le necesitaban.

Sin él eran como dos hojas a merced de la tormenta.

Celia lloró y lloró por su querido Merlín, regalo de su padre, y ahora también por su preciosa gata... hasta que estuvo tan exhausta que se quedó dormida. Cuando su respiración se aquietó y Ana se convenció de que no sería fácil despertarla, se incorporó y se quedó sentada un rato.

Le costaba respirar a causa del temor, como si tuviera una losa de piedra sobre el pecho, como si el peso de toda una vida de vejaciones, de gritos, de injusticias, la estuviera asfixiando... Si por la mañana podía salir, buscaría a su tía para poner fin a aquella pesadilla. Iría a la policía y lo denunciaría todo con su respaldo. Se dijo, para convencerse, que algo podría hacer la Guardia Civil.

Gabriel Ugalde, ¿no querría ayudarla? Ni siquiera necesitaba pedirle a Don Agustín su dirección, sólo tenía que buscarle en el periódico y pedirle ayuda...

Se incomodó al barajar esa idea. ¿Qué haría cuando le viera? Después del día del entierro no había vuelto a encontrarse con él. Procuraba no pensar mucho en lo que había significado para ella, porque una cierta zozobra inundaba su corazón cuando lo hacía, y desconocía cómo lidiar con eso.

Se frotó los ojos con rabia.

Qué habría sido para Celia ver cómo su madre estampaba al canario contra la pared... Qué habría sido saber que había capturado a la pobre gata para matarla, desollarla y cocinarla como a un conejo, para luego ofrecérsela en la cena... Qué clase de persona hacía algo parecido... Una demente, eso

era. Sólo de pensarlo se le encogía el alma. Aún resonaba en su memoria aquel golpe sordo en la pared, cuando había estampado al canario, y el silencio mortal que había llegado después.

Estuvo meditando un rato, y llegó a la conclusión de que aquellos desmanes cada vez más crueles no eran algo tan inesperado, después de todo. Esa maldad siempre había estado ahí, sólo que contenida gracias a la influencia de su padre. Él había sido el equilibrio, la clave que mantenía esa maldad tras la barrera... A partir de ese momento, sólo podía empeorar.

A la Guardia Civil le estaba costando mucho trabajo localizar a la escurridiza francesa. No se dejaba ver, y la mayoría de la gente a la que habían estado preguntando no recordaba que se moviera más de una vez en una misma zona. Casi todos coincidían en que se trataba de una mujer sin hábitos fijos, que aparecía de improviso en cualquier lugar de San Sebastián, en los barrios cercanos al casco viejo, en el barrio de Gros, o en el de Amara... Sin embargo, Gabriel había hablado con una persona que aseguraba que sobre todo deambulaba entre el casco viejo y Gros. Incluso había llegado a afirmar que la había visto bajando de Ulía.

Se lo había contado a Berriatua, contento de tener algo para ayudar, pero éste había desconfiado de ese testimonio porque provenía de una persona que en realidad era otro vagabundo, un hombre de unos sesenta años de edad, que dormía en la calle, y que la mayor parte del tiempo estaba borracho. Pese a los argumentos del joven, que creía que debían rastrear todo el entorno de Ulía, Berriatua los desdeñó. Quería datos más sólidos que corroborasen su teoría. No quería movilizar a sus hombres sin tener una certeza mayor que la que le daba a Ugalde las elucubraciones de un alcohólico. Gabriel insistió, peleando para forzar una decisión a su favor, pero no logró su objetivo, y había acabado renunciando a discutir más con el Guardia Civil.

Gabriel estaba cansado, después de tantos días volcado en el caso, pero se congratulaba de que no hubiesen aparecido más cadáveres. Al parecer la intensificación de la presencia de la Guardia Civil en las calles estaba

dando resultado. Al menos estaban frenando la libertad de movimientos del asesino.

En aquellos momentos estaba cerca precisamente de Sagüés. No pudo evitar lanzar una mirada de vez en cuando hacia Ulía, cuya vertiente sobre la Zurriola caía a pico, cubierta en algunas zonas por la vegetación. La parte más alta del monte estaba muy arbolada, y sabía que allá arriba había una amplia extensión natural por cuyos senderos muchos ciudadanos solían pasear. Si era cierto que «La francesa» se escondía allí, iba a ser difícil cogerla.

Damasco llegó entonces, a la carrera. Llegaba muy alterado, rojo por el ejercicio. Al parecer venía corriendo desde el periódico.

–¡Ugalde! ¡Tengo noticias para ti! –sonrió un poco, apoyando las manos en las rodillas para recuperar el resuello.

–¿Ha pasado algo?

Damasco asintió.

–Han encontrado otro cadáver.

Gabriel frunció el ceño, horrorizado.

–¿Estás seguro?

–Muy seguro. Ha llegado una nota de Berriatua al periódico. Tú no estabas, así que Galarza me la ha dado a mí.

–¿Dónde...?

–En Cristina Enea. La han encontrado los grises a primera hora. Igual que las otras, estrangulada y...

Gabriel maldijo por lo bajo. Eran malas noticias.

–¿Hay que ir al depósito?

–No hace falta. Berriatua no quiere que vayamos, ni que saquemos fotos. Dice que no hay nada nuevo.

–Joder...

–Ya van cinco.

–Tengo que ver a Berriatua, no puede mantenernos al margen.

–Yo también quiero ver el cuerpo, pero en la nota dejaba bien claro que no nos quiere cerca, ni en Cristina Enea, ni en el depósito.

Sin duda el Guardia Civil soportaba una enorme presión. Por parte de la jefatura del Cuerpo y por parte del Ayuntamiento. No parecía capaz de controlar la situación, y era un milagro que nadie supiera todavía lo que estaba pasando. Galarza también les estaba apretando, y cualquier día

ordenaría publicar la noticia, saltándose su acuerdo. A él tampoco le parecía bien que se mantuviera en secreto, porque estaban muriendo demasiadas personas. Tenían que advertir a la población, para que al menos la gente supiera a lo que se arriesgaba saliendo a ciertas horas... Pero si se enfrentaba a Berriatua, podía perderlo todo.

Para empeorar las cosas, éste le había notificado que no tenía constancia de que Isabel Murria hubiera cruzado la frontera. No estaba en Francia, ni había indicios de que hubiese llegado siquiera a pisar suelo francés. Después de su conversación con María Zurutuza, su preocupación por la joven iba en aumento. No podía ser casualidad.

Ana aún no lo sabía.

Necesitaba volver a verla, y contarle lo que sabía, por duro que fuera. Con tantas muertes de mujeres... empezaba a pensar que cualquier día podían encontrar el cadáver de Isabel. Por su cabeza pasó la posibilidad de que alguna de las víctimas fuera ella, pero enseguida la descartó, lleno de angustia. No quería ni pensarlo... De todos modos... identificarla, tal y como quedaban los cadáveres, hubiera sido una tarea imposible.

Damasco se había entrevistado con el Doctor Iglesias, y éste se había quedado impresionado por lo que le habían contado sobre los huesos cascados como paja quebradiza. Había asegurado al joven fotógrafo, que había visto ablandar los huesos sumergiéndolos en vinagre durante una semana... Pero desconocía que existiera algún compuesto capaz de producir el mismo efecto en sólo unas horas. Si existía una fórmula así, iba a ser complicado descubrir de dónde procedía. Ahí terminaban sus esperanzas de encontrar algo a través de esa pista. La Guardia Civil había llegado al mismo callejón sin salida.

Gabriel rezaba para que Isabel volviera, sana y salva. Ana... Aún había otro motivo de fondo para querer verla, pero no encontraba la ocasión. El trabajo se acumulaba en su mesa, como si Galarza hubiera decidido robarle todo su tiempo, y casi ni podía parar en casa... Lanzó otra mirada hacia Ulía.

—¿Qué se te ha perdido ahí arriba, Ugalde? —Damasco le propinó un codazo para sacarle de su ensimismamiento—. Estás distraído.

—¿Crees que esa loca puede esconderse ahí arriba?

—¿«La francesa»? Cualquiera sabe. No irás a fiarte de lo que diga ese tarado de Zubiría... Está tan loco como ella... No es más que un borracho...

Invítale a un trago y te dirá lo quieras... Aunque... ¿quieres que echemos un vistazo? –Damasco miraba también hacia Ulía, con la curiosidad pintada en su rostro—. Eso no pueden impedirnoslo, ¿qué me dices?

–No... Tienes razón, mejor si charlamos primero un rato con Zubiría, a ver si nos cuenta algo más concreto.

–Le he visto en Fermín Calbetón no hace ni dos horas, cuando iba para el periódico, y ya estaba borracho.

–¿No conoces el dicho? Los borrachos y los niños...

–...siempre dicen la verdad.

Su compañero aceptó de buena gana volverse sobre sus pasos para buscar a Zubiría en la parte vieja. No sería difícil localizarle, porque siempre merodeaba por las mismas calles, Fermín Calbetón, Narrica, 31 de Agosto... Pasaba las noches en una casa abandonada en la falda del monte Ulía, por eso Gabriel le daba cierta credibilidad a su relato. Al menos, no carecía de sentido.

Era un viernes por la mañana, más de las once, y ya había mucha gente por las calles. Había una frenética actividad, sobre todo en las tiendas y en los bares. Un camión estaba aparcado al pie de un edificio, junto a una compuerta abierta en el suelo, a través de la cual abastecían de carbón a las casas.

Ugalde y Damasco encontraron a Zubiría sentado en el suelo, a la entrada de un café, bastante ebrio, aunque aún podía hablar. Lo cogieron entre los dos, pidieron café en el interior, se lo hicieron beber, y se lo llevaron hasta una fuente, donde le mojaron la cabeza durante un buen rato, con el fin de hacerle espabilar un poco. Luego le obligaron a andar hacia la Zurriola, a base de pequeños empujones, y le sentaron al borde de la playa, donde la brisa del mar, que aquella mañana soplaba del norte, acabaría la faena.

Se colocaron uno a cada lado de aquel desgraciado y esperaron pacientemente a que empezaran a disiparse los efectos del alcohol. Zubiría murmuraba algunas imprecaciones en voz baja, y se bamboleaba adelante y atrás, aunque en sus ojos, pequeños y oscuros, brillaba ya algo de lucidez. Daba pena verle, achaparrado y tullido, con una boina sucia sobre sus greñas sembradas de canas blancas. Tenía las manos de un hombre de campo, grandes y callosas de trabajar la tierra, aunque hacía mucho que no hacía nada de provecho.

–¿Por qué no me dejáis en paz –gruñó al cabo de diez minutos—... No

tengo nada más que contar, joder...

–Necesitamos que afines un poco más tu relato, Zubiría, que no nos basta con tus vaguedades –afirmó Damasco.

–Si nos cuentas otra vez lo de «la francesa», pero con más detalle, después te invitamos a un trago –Gabriel le dio una amistosa palmada en la espalda.

Zubiría se rió, mofándose de ellos.

–...a esa no la cogéis. Ni la Guardia Civil podría, aunque peinen todo el puto monte...

–Qué sabrás tú... Esa tarea déjanosla a nosotros, ¿eh, Zubiría? Tú sólo dinos dónde buscar...

–...dónde va a ser, en Ulía...

–Joder, Ulía es muy grande, ¿no puedes atinar más? ¿O es que no tienes ni idea y nos estás haciendo perder el tiempo?

–Necesito un trago, para recordar...

–El trago después, primero cuéntanos algo de provecho...

–...Periodistas, zalameros, embaucadores... No puedo fiarme de vosotros –protestó el hombre frotándose la frente con el dorso de la mano, por debajo de la boina–... Ésa se mueve como una lagartija –se rió de su propia ocurrencia–... No para quieta, damba, damba... p'aquí, p'allá... Parece cosa de magia, joder... ¡La he visto desaparecer así! –chasqueó los dedos–. Y vosotros queréis cogerla... Además, está completamente loca, y no sé pa' qué la queréis si no puede hablar...

–¿Qué?

–...¡que le falta la lengua, so asno!

–¿Cómo sabes eso? –Gabriel miró a Damasco–. ¿La has visto? Has tenido que tenerla muy cerca para ver algo así...

–Una vez me habló, bueno, soltó algo que ya os digo que no se podía entender, y abrió la boca, y me enseñó esa lengua –hizo un gesto de repugnancia–... ¡cortada! Por eso no se le entiende, no puede hablar...

–Verás cuando lo sepa Berriatua, Ugalde... –se mofó Damasco.

–No importa, mejor dar con ella y luego ya se verá. ¿Dónde fue eso, Zubiría?

–En Ulía...

–Ya, en Ulía, pero, ¿dónde?

–Allá arriba –señaló con la mano hacia la cima del monte, por encima

de Sagüés.

–Eso es muy vago –protestó Gabriel mirando hacia la pared cortada a pico sobre la playa–. ¿No puedes concretar más?

–¡Arribaaa! –insistió Zubiría–... Pero vosotros no podéis llegar, nadie puede...

–Joder, Ugalde, éste nos está tomando el pelo.

Gabriel se quedó mirando aquella gran pared de roca, con aire pensativo. Luego se volvió hacia Zubiría, analizando su expresión. El hombre también contemplaba aquel imponente muro de piedra, escarpado y salvaje, con una sonrisa desdentada y un brillo teñido con los restos de su ebriedad velando sus ojillos oscuros. Podían creerle o no, pero por alguna razón se sentía inclinado a subir allá y comprobar si decía la verdad. Damasco captó su intención al instante.

–Qué... ¿subimos?

–Ahora no, esta noche.

–Joder, de noche no se ve una mierda, Ugalde.

–Pues llevaremos linternas, pero iremos. «La francesa» sale de noche, ¿verdad Zubiría?

El viejo asintió y se rió sin fuerzas.

Se levantaron entonces, dando por terminado su interrogatorio, y le dejaron allí, sentado mirando al mar.

–¿Y mi trago? –se quejó volviéndose hacia ellos.

–Otro día, viejo, ¡cuando afines más! –gritó Damasco.

–Cabrones... ¡sois unos cabrones, joder...! ¡No vais a cogerla! ¡Es una puta bruja!

Su risa les acompañó mientras se alejaban. Gabriel pensaba que, si se apostaban por separado, en torno al lugar señalado por Zubiría, y esperaban agazapados en la oscuridad... Los matorrales y la arboleda que poblaba aquel monte les ayudaría a pasar desapercibidos, claro que también ayudaría a la escurridiza francesa a pasar ante sus narices sin que llegaran a enterarse.

–Yo subiría ahora, sólo a echar un vistazo. Que vaya Berriatua de noche –sugirió Damasco cuando se percató de lo que estaba barruntando–. De día es mejor, hazme caso.

Gabriel soltó un bufido exasperado, pero tenía que admitir que era una zona escabrosa para andar a oscuras.

–Venga, será rápido, subir y buscar algún rastro, algo que nos ayude.

Si encontramos algo, Berriatua no se negará a hacer una batida nocturna, ¿qué dices?

–Con tal de hacerte callar...

Un estrecho sendero ascendía desde Sagüés, serpenteando hacia la zona más cercana a la pared vertical que daba a la Zurriola, y los dos periodistas, gracias a sus jóvenes piernas, fueron subiendo poco a poco, atentos al menor movimiento en los alrededores. Era un terreno escabroso, muy cubierto por la vegetación. Por suerte el día aún era fresco y no tenían que sufrir el calor del sol. Aun así, Damasco enseguida se puso a sudar. Iba por delante, muy decidido. Le divertía aquella pequeña excursión, como si le motivara especialmente el reto de atrapar a una criatura tan escurridiza como «la francesa», o tal vez sólo sentía curiosidad.

–Ve más despacio, Damasco, hay que buscar algún rastro, que no se nos escape nada...

Su compañero aminoró la marcha, y se separaron un poco para husmear entre los matorrales que crecían en toda la ladera. Llegaron arriba sin haber encontrado la menor señal de que alguien estuviese viviendo allí.

Sin embargo, «la francesa» hacía rato que les había visto llegar. Oculta tras una roca, se asomaba con cuidado, espionando lo que hacían. Estuvo tras ellos mucho tiempo, tan cerca, que hubieran podido tocarla en más de una ocasión si no fuera porque ella era demasiado rápida y sigilosa, demasiado hábil, y conocía Ulía como la palma de su mano. No en vano era su hogar. Nunca dejaba rastros de su presencia, y desde que la Guardia Civil andaba tras ella, menos aún.

Marie Bertou estaba bastante segura de que no podrían encontrar su cueva, pero aún así tomaba toda clase de precauciones. Además estaba «La Máscara», el asesino encapuchado... Ése sí le daba miedo, pero no podía alejarse de su ominoso influjo. Una conexión se había establecido entre los dos, aunque él no fuera consciente. Dedicaba tanto tiempo a espiar sus movimientos, que se había quedado sin reservas. Muy pronto tendría que arriesgarse para volver a abastecerse de comida. Odiaba pasar hambre, ya había padecido demasiado en el pasado.

Al cabo de dos horas, comprendió que los periodistas se habían cansado de buscar pistas, porque les vio dar media vuelta y descender por el mismo sendero que habían estado siguiendo: abandonaban. Marie sonrió. Les

siguió un poco más. No hablaron durante el camino de regreso, tal vez porque se habían desanimado. No tenían la menor prueba de que ella estuviera allí, y Ulía era demasiado grande...

Quería que atraparan al estrangulador, lo deseaba, porque sólo así podría volver a dormir tranquila, sólo así podría liberarse del poderoso influjo con que la atraía. ¿Cómo guiarles sin que la cogieran? Ella sabía, ¡sabía dónde estaba el estrangulador! Se debatía en una dura prueba que mantenía su mente en un estado de febril actividad. Colaborar o no, sin que la cogieran, sin que se acercaran demasiado, cómo, cómo...

Fue duro levantarse y descubrir al mirarse al espejo un moretón en un ojo y otro en el pómulo. Además, Ana tenía el labio algo hinchado todavía... No podía presentarse de aquella guisa en casa de su tía. ¿Qué explicación iba a dar? Si Asunción llegaba a verla así, adivinaría enseguida lo ocurrido. Se palpó el pómulo con los dedos, muy cuidadosamente, pero los apartó enseguida con un gemido. Lo tenía hinchado y muy resentido.

En ese momento descubrió que Celia la miraba a través del espejo. No sabía cuánto tiempo llevaba despierta, pero el caso era que estaba sentada en la cama, con el cabello desordenado y un aire reflexivo muy poco infantil. La observaba en silencio, pálida y demacrada.

–Tienes que ir al trabajo –dijo repentinamente, como si conociera las dudas que aquellos moretones le suscitaban–. Siempre puedes maquillarte para que no se noten los golpes, ¿verdad?

Se volvió hacia ella con las cejas arqueadas. Cuando quería, Celia podía ser muy pragmática y racional. Resultaba chocante en una niña de su edad que hablara con tanto aplomo, a pesar de todo lo que le estaba tocando vivir.

–Se darán cuenta –murmuró–... Sobre todo Lucía, en cuanto me vea...

–...es igual, tienes que ir –insistió Celia, ahora con vehemencia–, porque si no sales de casa, no podrás pedir ayuda –cambió ahora su tono por otro más suplicante–. Solas no podemos con ella, y si te quedas aquí... habrá

ganado.

Tenía razón, iba a tener que mentir a su madre. Iría directa a casa de su tía.

Volvió a mirarse en el espejo. Estaba horrible, pero no resultaría tan complicado disimular las marcas de su cara. Todo era cuestión de actitud. Fingiría que iba a acudir con normalidad al trabajo, aunque en realidad, tal y como había planeado por la noche, se dirigiría a Miraconcha. Le contaría todo a Asunción para que las ayudara, y la convencería para ir a la Guardia Civil. Hacerlo no parecía complicado, pero si contaban todo aquello... ¿Las creerían? ¿Podía hacer algo la Guardia Civil?

Tenía que intentarlo.

Sonrió a Celia. De pronto, gracias al coraje de la pequeña, su negativa percepción del día que le esperaba cambió. Si hubiera estado sola... La niña era su motivación, la fuerza que impulsaba su determinación. Examinó de nuevo sus magulladuras, y enseguida probó a cubrirlas con su maquillaje. Casi nunca lo utilizaba, porque no lo necesitaba, pero también porque era un artículo de lujo. Tenía un estuche con todo lo necesario en su tocador.

Estuvo un rato trabajando sobre su cara con una base de maquillaje, tratando con especial cuidado las zonas más sensibles e inflamadas, donde insistió especialmente, cubriéndolas lo mejor que podía. Su hermana se puso a su lado y estuvo estudiando cuanto hacía sin abrir la boca.

Al cabo de diez minutos el aspecto que presentaba era casi normal, salvo por la hinchazón de su labio, que se notaba más. Por suerte sus bonitos ojos castaños destacaban notablemente ahora que los había resaltado. Lo cierto era que desviaban la atención absolutamente, con aquel aire enigmático y radiante que tenían.

—...estás guapísima —murmuró Celia con reverencia—... Nadie diría que te ha pegado, seguro que no se darán cuenta...

Ana se retocó los labios, y para terminar se peinó con esmero, cepillando su cabello de la raíz a las puntas. Si su madre la veía así sin duda la reprendería, pero si de todos modos creía que iba a trabajar y la dejaba salir... No podría negarse si la finalidad de su aspecto era disimular los moretones que ella misma le había dejado.

El bonito cabello negro que tenía ensalzaba su rostro menudo. Su padre siempre le decía que tenía forma de manzana y una suave piel de melocotón... Decidió llevarlo semi recogido, de manera que sus largos

mechones ondulados cayeran sobre sus hombros como un manto abundante y sedoso. Se miró en conjunto. Llevaba su delicado vestido negro, el cual resaltaba aún más sus oscuros ojos de hechicera, y le daba definitivamente un aspecto tan bueno, que su tía no adivinaría lo ocurrido de un primer vistazo. Su objetivo era fingir ante su madre que iba a la academia. Tenía que creerla, o no la dejaría marchar.

–¿Estarás bien? –le preguntó a su hermana agachándose hacia ella.

–¿Qué puedo hacer? Fingiré... y trataré de no hacerla enfadar. Será más fácil si sé que estás buscando ayuda...

–Iré a casa de la tía –prometió–, no al trabajo. ¿Te parece bien?

Celia acarició su pómulo con un dedo, tan liviano, que apenas notó su roce. Tenía un aire ausente. Frunció el ceño al notar la hinchazón bajo la piel. Se acordó de su padre, desnudo y frío cuando su madre la obligó a verle...

–Me parece bien –dijo bruscamente. Había palidecido.

–Ven aquí...

Ana la besó con ternura y la abrazó, envolviéndola para desterrar su temor durante unos minutos. Luego se apartó. Había llegado el momento.

Entonces escucharon unos fuertes golpes en la planta baja. Se miraron, ahora preocupadas. ¿Qué pasaba ahora? Sonaba como si estuvieran dando martillazos en las viejas paredes de la casa, que retumbaban siniestramente.

–Voy a bajar, a ver qué es –prometió Ana–. Espero poder salir...

Abrir la puerta y salir al pasillo le costó mucho más de lo que había imaginado. Se puso un abrigo. Estaba lista... salvo por aquel estruendo.

Asomó la cabeza para asegurarse de que su madre no montaba guardia en la escalera. No la vio, lo que, tras algunas dudas, la animó a abandonar la relativa seguridad del dormitorio. Celia la despidió con la mano y corrió a la ventana para verla salir.

Sus zapatos de tacón hacían demasiado ruido sobre el suelo de madera, así que caminó de puntillas. Sin darse cuenta contuvo la respiración. Incluso al empezar a bajar las escaleras, estuvo aguantando el aire en sus pulmones. La casa estaba tranquila y en penumbra. El sol entraba aún tímidamente a través de las ventanas del salón, pero no alcanzaba el vestíbulo.

Al pisar la primera planta, Ana soltó el aire de golpe.

Unos hombres estaban fuera, poniendo rejas en todas las ventanas. El

ruido que habían escuchado era el de sus mazas agujereando las paredes para colocarlas. Su madre las estaba encerrando, como en una prisión. ¿De dónde había sacado el dinero para pagar esa obra? Más que nunca deseó poder salir, pero para hacerlo necesitaba la llave, y la llave la tenía ella. Miró con aprensión a los obreros, que trabajaban rápidamente, ajenos a su estupor.

–Vas muy arreglada. ¿A dónde crees que vas?

Su voz la tomó por sorpresa. Margarita salió de las sombras del pasillo en la parte que daba a la cocina, por detrás de ella. Aquella fisonomía que hasta aquel día le había resultado tan familiar, de pronto se le antojó extraña y odiosa.

–Voy a trabajar. Me he limitado a disimular las bofetadas que usted me ha dado –se recriminó su tono, pero era incapaz de ocultar la rabia que llevaba dentro.

Su madre no contestó. Se quedó callada, como si estuviera barajando qué hacer. Ana empezó a rezar en silencio para que optara por dejarla acudir al trabajo, como cada día. Entonces su madre miró hacia las ventanas; ya estaban colocando las rejas, de hierro negro, en dos de ellas en aquella planta. Sonrió satisfecha y se hizo a un lado. Sacó la mano para abrirle la puerta y que pudiera salir. Por supuesto, no pensaba devolverle la llave.

–Más te vale estar de vuelta con puntualidad –le advirtió con severidad–. Es viernes, y quiero hacer muchas cosas este fin de semana en casa.

Ana no dudó, ni hizo comentarios sobre el hecho de que estuviera reforzando la casa como si estuvieran en prisión. Margarita vio hacia dónde miraba, y de nuevo sonrió.

–Hay mucho ladrón estos días. Tengo miedo de que puedan entrar de noche –arguyó con descarado cinismo.

–Las rejas son para nosotras... –murmuró Ana.

–No. Las rejas son para que nadie pueda entrar. Ahora estamos solas, recuérdalo.

Al ver la puerta abierta, su hija sintió como si tuviera delante un billete al paraíso. Ahí estaba su oportunidad. No importaban aquellas horribles rejas negras mientras ella pudiera traspasar aquella puerta. Quiso disimular la tensión que encogía su corazón, porque si Margarita percibía su ansiedad, la encerraría y ahí terminaría todo. Así que frunció el ceño y se tragó su miedo.

–Volveré a tiempo –murmuró a modo de despedida.

Lo había conseguido... Salió de la casa, y caminó con forzada calma hacia la verja. Ansiaba echar a correr, pero se contuvo, convencida de que su madre la estaría espiando. La puerta se cerró tras ella con un suave chasquido que le provocó un escalofrío. Oyó cómo echaba el cerrojo... Siguió adelante, apretados los puños a ambos costados, y abrió la verja. Pasó al otro lado, a la cuesta de Aldapeta. Sólo entonces se giró para mirar hacia la ventana del cuarto desde donde, sin duda, Celia estaría esperando para verla salir. Cuando bajara y viera lo que su madre estaba haciendo...

La chiquilla estaba efectivamente allí. La saludó con la mano, y quiso sonreír, aunque... Dio unos pasos, pero la tensión que había estado soportando la retuvo unos instantes. De pronto se sentía desfallecer, como si toda su energía se hubiera evaporado y sólo le quedara aquel temblequeo en las piernas. Se apoyó en el muro que continuaba a lo largo de toda la cuesta, hasta lo alto del cerro, y suspiró. Necesitaba liberar la enorme presión. Sólo un momento...

Miró con tristeza aquel cielo limpio que desterraba las sombras y hacía de la ciudad una bonita sucesión de colores, incapaz de apreciarlo. O quizás era su pesimismo, que teñía su visión del entorno con un velo triste y perpetuo. No tenía mucho tiempo si quería acudir a casa de su tía y al cuartelillo de la Guardia Civil, que estaba en Ondarreta. Además, primero tenía que convencer a Asunción de que la acompañara. ¿Querría denunciar a su propia hermana? Cuando supiera lo de las rejas...

Se apartó del muro y se alejó calle abajo, en dirección a Miraconcha. La ciudad despertaba bajo el sol de un nuevo día. Atrás quedaban los aguaceros y el viento; los pájaros piaban sobre las ramas aún desnudas de los árboles; los comercios más madrugadores abrían sus puertas, y la gente salía de sus casas para ir a trabajar. ¿Qué diría su tía? Le había prometido protección, y hasta el momento estaba rompiendo su promesa.

Aceleró el paso.

El portero del edificio donde vivía su tía la conocía, y la dejó pasar cuando la vio llegar, sonriente como siempre. Ana entró en el elegante portal y subió por las escaleras de mármol. Estar en un lugar tan lujoso, ver las plantas decorativas que adornaban el portal, o el modo en que el sol entraba por las grandes cristaleras, arrancando suaves reflejos a los suelos pulidos, tan limpios y encerados que hubiera podido comer sobre ellos, la sacó por

unos minutos de su pesadilla. Hacía que nada de lo que había vivido el día anterior pareciera real, pero lo era, y no debía olvidarlo si pretendía convencer a su tía.

Al llegar a su puerta, llamó con insistencia, pulsando el timbre con el dedo prolongadamente. Enseguida escuchó al otro lado unos pasos rápidos y enérgicos. No eran los de Asunción, sino los de una persona joven y ágil, la doncella. Cecilia se llamaba... La puerta se abrió, y una de sus criadas, no era Cecilia, la atendió.

–Señorita Murria, buenos días.

–Hola, necesito ver a mi tía, por favor. Es urgente.

Quiso entrar, pero la chica no se movió de donde estaba. Llevaba una cofia en la cabeza, sobre su cabello pulcramente recogido, y un bonito uniforme azul ultramar. No debía de contar con más de dieciséis años.

–Lo siento señorita, su tía se ha marchado.

Aquello no lo había previsto. Ana palideció.

–¿Cómo que se ha ido? ¿Cuándo volverá? Puedo esperarla...

–Me temo que no, se ha ido de la ciudad.

–¿Qué... ¿A dónde? ¿Por qué?

–No lo sé, tuvo una urgencia e hizo las maletas. Dejó dicho que no regresaría en una larga temporada.

Ana la miraba de hito en hito, congelada en el rellano de la escalera. El suelo bajo sus pies se movió, la luz que lo inundaba todo se ensombreció, e intuyó que iba a desmayarse. Su tía se había ido, sabiendo por lo que estaban pasando... No, había huido, dejándolas a merced de su madre. ¿Habría hablado con ella? Imaginó a Margarita yendo a visitarla, amenazándola... Algunas lágrimas se derramaron por sus mejillas.

–Señorita, ¿se encuentra bien?

–Sí... No...

Ana dudó qué hacer. Pensó en acudir ella sola al cuartelillo de la Guardia Civil, pero su cuerpo se negaba a moverse, se ablandaba, como un globo desinflado.

–¿Puede darme una dirección? Necesito enviarle un telegrama...

–Lo siento, no ha dejado sus señas...

Ni siquiera podía ponerse en contacto con ella. Desesperada, Ana dio media vuelta y empezó a bajar las escaleras. A su espalda la doncella cerró la puerta con suavidad. Estaban solas.

De vuelta en la calle, respiró con fuerza. Iba a tener que ir a la Guardia Civil y declarar sin respaldo... Luego pensó en Gabriel. Él la ayudaría en eso. Recordó que le había dicho que tenía un amigo Guardia Civil, el mismo que iba a comprobar si Isabel había cruzado la frontera. ¿Sabría ya algo sobre eso? Mamen tampoco había respondido aún a su carta...

Miró su reloj de pulsera. Aún tenía tiempo por delante, pero... la desolación se apoderó de ella, no tanto como para ir hasta el periódico, y luego al cuartel y volver andando sin retrasarse demasiado. Si su tía hubiera ido con ella, ya no le hubiera importado mucho llegar tarde, pero estando sola... ¿Y si Gabriel no podía, o no quería acompañarla? ¿Qué hacer? Un gemido se escapó de sus labios.

Empezó a caminar cuesta abajo hasta salir al paseo de la Concha, en un estado de confusión tremendo. Apenas se daba cuenta de por dónde iba. Tropezó con varias personas, y dos veces estuvo a punto de caerse al suelo.

¿A quién acudir? Se preguntaba una y otra vez.

Estaba a punto de ceder a la histeria, cuando sintió claramente que alguien la seguía de cerca, un hombre. Miró por encima del hombro, y distinguió una figura masculina que le resultaba vagamente familiar. Automáticamente pensó en Miguel Zárate, y un frío intenso agarrotó su estómago. Era él, estaba segura. ¿Por qué la seguía?

Alarmada por su actitud esquiva, echó a correr por el paseo, hacia el centro. Los tacones le impedían ir muy rápido, pero ella trataba de acelerar lo más que podía, con la idea de dejar atrás el paseo y llegar a las calles más concurridas, donde podría despistar a su perseguidor. Por fortuna había bastante gente por la calle, algo que esperaba que disuadiera a Zárate de llevar a cabo sus propósitos.

Aún iba tras ella, aunque procuraba mantenerse a cierta distancia, y no era fácil verle. Se ocultaba hábilmente, tras una marquesina, al volver una esquina, caminando a la par que un grupo de muchachas... Ana empezó a desesperar. Corrió más rápido y se internó por la Avenida, y de ahí dobló a su izquierda por la calle Hernani. Zárate estaba ganando terreno, cada vez más cerca, tanto, que distinguió sus ojos saltones fijos en ella, con aquella expresión amenazante y torva... Las lágrimas acudieron traicioneras, y se las enjugó con cuidado de no estropear el maquillaje, usando la manga de su abrigo.

Dobló de nuevo a su derecha por la calle Andía, decidida a entrar en la sede del periódico de Ugalde, que estaba allí mismo, a pedirle ayuda. Entonces tropezó con un hombre y estuvo a punto de caer al suelo de bruces. Pidió disculpas... Se dio cuenta de pronto de que había chocado con alguien conocido. Le reconoció al punto: era Damasco, Ignacio Damasco, que salía de un estanco, donde había comprado tabaco. Al ver una cara amiga, un inmenso alivio recorrió sus venas, insuflándole un nuevo vigor. Se aferró a él, sonriente, y miró a su espalda. Zárate había desaparecido. El muy cobarde, al ver a Damasco, se había retirado, como la rata miserable que era.

–Señor Damasco, ¿se acuerda de mí? –preguntó Ana. Temblaba como una hoja–. Soy, Ana, Ana Murria...

–Buenos días, señorita Murria –la saludó él con sorpresa–. ¿Se encuentra bien?

–Ahora sí... Aunque, por favor, ¿podría acompañarme a ver a Gabriel Ugalde?

Al ver que miraba con inquietud alrededor, Damasco se extrañó, y cambió su actitud de amabilidad por otra más alerta.

–Espere, Ugalde está conmigo, me espera al otro lado de la calle, venga por aquí.

La cogió del brazo y juntos cruzaron para ir al encuentro de Gabriel. Ana no podía creer que al final hubiera tenido tan buena suerte. No sabía si reír o llorar. Su cuerpo parecía de mantequilla, le temblaban las rodillas, y notaba cómo la sangre congestionaba su rostro. No podía esperar a ver al joven. Había tenido que amenazarla el indeseable de Zárate para que se decidiera a acudir a él.

Le descubrió junto a un café, de espaldas a ellos.

–¡Ugalde! –Damasco le llamó. Sujetaba a Ana del brazo, con firmeza. La gente les miraba con curiosidad–. ¡Ugalde!

Gabriel le oyó. Se giró para ver por qué le llamaba a gritos. Entonces descubrió a Ana, y su semblante se transfiguró por la sorpresa. Fue a sonreír, pero percibió el miedo que ella tenía, y, al igual que Damasco, se preocupó.

–Ana, ¿qué ocurre?

La joven no supo contenerse. Saltó hacia él, agradeciendo al cielo que estuviera allí. Azorada, musitó algunas palabras de agradecimiento a Damasco. No le había caído bien la primera vez, pero lo cierto era que se había portado como un ángel guardián.

–Han venido siguiéndome –explicó–, vengo desde el paseo corriendo, y de no ser por Damasco, no sé...

–¿Quién? –Gabriel ahora estaba preocupado–. Por Dios está temblando...

–Miguel Zárate –dijo Ana con seguridad–. Gabriel, necesito hablarle, han pasado muchas cosas, y necesito ayuda, por favor...

Dirigió una mirada de soslayo hacia Damasco. Gabriel comprendió que no quería hablar delante de él. De todos modos no tuvo que decir nada, porque su compañero comprendió de inmediato que quería que les dejara un rato. Saludó y se fue hacia el edificio donde estaba su periódico, caminando despacio.

Gabriel estiró una mano y acarició con suavidad la mejilla de Ana. Estaba guapísima de negro. Entonces se fijó en que bajo el maquillaje ocultaba algunos golpes. Se acercó, y vio que tenía el pómulo hinchado, como el labio...

–Pero Ana... ¿Qué le ha pasado?

Entonces ella le confesó el problema que tenía en casa con su madre, y quién era Miguel Zárate. Esta última parte interesó mucho a Gabriel, que de pronto se puso alerta. Llevaban muchos días tras la pista del asesino, y Zárate, a juzgar por su comportamiento, daba el perfil, máxime estando Isabel desaparecida. De pronto todo encajó. La joven había estado prostituyéndose, y Zárate seguramente se había convertido en un incómodo cliente... Recordó que María Zurutuza había mencionado que incluso había llevado a sus clientes al piso...

Aún no habían podido convencer a Berriatua de que organizara una batida en Ulía para tratar de atrapar a «la francesa», ni sabían qué sustancia utilizaba el estrangulador para convertir los huesos en algo poroso... Tenía la sensación de estar en un punto muerto. Por eso, al escucharla explicar su experiencia con ese hombre en el Buen Pastor, y cómo la había estado siguiendo poco antes, se planteó si no sería el mismo que le había golpeado en Santa María, el mismo que había saltado sobre Ana el día que la conoció, incluso si no sería el estrangulador, que no contento con asesinar a Isabel, ahora se estaba obsesionando con su hermana. Eran gemelas, parecía lógico que se sintiera fascinado por ese hecho.

–Vas a tener que darme una descripción exacta de ese desgraciado –exigió conteniendo a duras penas las ganas de atraparle.

–Pero Gabriel, ¡si le tiene que conocer! ¡Acabo de decirle que solía ir por la academia! Sin duda habrá coincidido con usted...

–No le recuerdo...

–Haga memoria... Alto, de pelo castaño claro, ojos muy azules, saltones...

–Por la academia pasan muchos repartidores...

No le recordaba, aunque era posible que se hubiera cruzado con él en más de una ocasión. De todas maneras, no sería difícil localizarle si era un empleado de Correos. Ana estaba pálida, y había adelgazado. El moreno resplandeciente con que había llegado de Madrid empezaba a desvanecerse, como su coraje.

–Venga conmigo, podremos hablar más tranquilos en mi despacho –la joven recibió aquella propuesta con una leve sonrisa. Era justo lo que necesitaba oír. Miró su reloj de pulsera. Aún le quedaban tres horas por delante, antes de que tuviera que volver a casa. Si Gabriel accedía a ayudarla, podrían ir al cuartel, y entonces ya todo daría igual–. ¿Me acompaña?

El edificio de «La Nueva Voz» se alzaba en la calle Andía sin diferenciarse mucho de los que tenía a ambos lados, con una fachada señorial y un portal de estilo renacentista, sobre el cual ostentaba un letrero con el nombre del diario. Gabriel condujo a Ana a su despacho, en el cual se había refugiado Damasco. Con un gesto discreto logró que les dejara a solas, y cerró la puerta. Una luz suave penetraba a través de las cristaleras de la ventana, desparramándose sobre la abarrotada mesa del joven y sobre las estanterías, repletas de libros, revistas, y cajas con documentos. Había una silla libre, y Ana, después de quitarse su abrigo y el sombrero, se sentó en ella.

–¿Puedo ofrecerle algo?

–Agua...

–Agua, sí, lo recuerdo –sonrió él. Tenía una jarra sobre una bandeja con varios vasos, así que cogió uno, lo llenó, y se lo dio–...¿Mejor?

–Gracias, sí.

–Indagaremos sobre ese hombre, Miguel Zárate.

Gabriel se apoyó en el alféizar de la ventana, como siempre le gustaba hacer, de espaldas a la ventana. Se cruzó de brazos y pasó unos instantes pensativo, asimilando todo lo que Ana le había contado, que había sido mucho, y muy grave. Por desgracia, él aún tenía que revelarle algunas cosas

también preocupantes.

–Dígame, ¿ha sabido ya si mi hermana está en Francia?

No hubiera debido sorprenderse de que ella le preguntara sobre el delicado tema al que llevaba un rato queriendo referirse, pero aun así lo hizo. La cara de la joven mostraba un fondo esperanzado. Ella quería que dijera que Isabel estaba al otro lado de la frontera, tal y como habían pensado, que estaba a salvo. Esa ilusión brillaba bajo su piel, animando levemente el fondo de tristeza que la velaba desde que muriera su padre. Se odió por tener que borrar ese fútil halo que hacía que estuviera tan hermosa.

–Pues –dudó, pero no había ninguna manera de decirlo suavemente– ... Isabel no ha cruzado la frontera que sepamos. No está en Francia, ni, por lo que sé, ha pisado siquiera suelo francés.

Un silencio se estableció entre ellos, mientras él lamentaba sus propias palabras y ella trataba de encontrarles un sentido. Tampoco había recibido respuesta de su amiga Mamen, aunque sospechaba que su madre podía haber retenido el correo.

–Pero, ¿Dónde puede estar?

–Llevo días pensando en ir a verla, para contarle algo que puede estar relacionado o no con su hermana, pero que creo que tiene derecho a saber. Y, si no lo he hecho antes, es sólo porque estaba usted pasándolo muy mal, después de la muerte de su padre, y porque no he tenido un momento de respiro...

–¿Qué es...?

–Antes de nada, debe usted saber que nada de lo que le cuente debe salir de este despacho, ¿lo entiende?

Ana asintió.

–Hace pocos días tuve una conversación con cierta persona, una conocida de Isabel. La encontré por casualidad, y ella me dijo algo que aún... me cuesta creer, aunque supongo que ella no tiene motivos para mentir, así que... Verá, al parecer, Isabel estaba pasando por verdaderos apuros económicos, y ha estado ofreciendo su cuerpo a los hombres por dinero. Esa amiga lo sabe porque ella también se ve obligada a hacerlo...

–¿Prostituirse?

–Sí.

–Pero yo sé que mi tía le pagó seis meses de renta por adelantado, me lo contó hace unos días, y tenía su trabajo en la academia...

–No sé a ciencia cierta los detalles, pero parece que no tenía suficiente.

–Mi madre le quitaba el sueldo –murmuró Ana–. Como me lo va a quitar a mí... Aunque tuviese el piso pagado, no le daba para mantenerse, y no quería volver a casa –sonrió con amargura, compadeciéndose de ella. En ese momento empezó a pensar en Miguel Zárate de otro modo. Llegó sin esfuerzo a la misma conclusión que Gabriel, que era un cliente despechado... y su estómago se retorció, provocándole nauseas–... Mi madre no sabe lo que ha hecho...

–Hay algo más, Ana.

Tener que contarle todo lo referente al caso sobre el que estaban trabajando Damasco y él, fue para Gabriel mucho más duro de lo que había imaginado. A medida que hablaba, desvelándole sin demasiados detalles todo sobre el estrangulador, y sobre el tipo de víctimas que buscaba, Ana se fue hundiendo en su silla, cada vez más pálida. Cuando terminó, se había hecho una composición de lugar y entendía sin problema por qué creía él que eso podía estar relacionado con la desaparición de Isabel.

–Pero si ella... si ella fuese otra víctima –susurró con un hilo de voz–... ¿No habrían encontrado ya el cuerpo?

–Ésa es mi esperanza –el joven se apresuró a confirmar sus palabras, deseoso de brindarle un resquicio para la ilusión–... Si no ha aparecido, puede que sea porque no se encuentre entre sus víctimas.

–¿Cómo lo sabe? Acaba de decir que el asesino les deja el rostro irreconocible...

–Isabel no estaba entre esas víctimas, se lo aseguro...

–¿No podría ser que se haya marchado a alguna ciudad española? Puede que dejara una nota diciendo que se iba a Francia precisamente para que mi madre no sospechara nunca a dónde iba realmente...

–Ana. Si su hermana está bien, y se mantiene oculta...

–Es porque no quiere que mi madre la encuentre.

–¿Es para tanto?

Ana se avergonzó. ¿Lo era? Desde luego. ¿Cómo podía ponerlo en duda después de todo lo que le había contado?

–Tiene a mi hermana pequeña de rehén. ¿Cree que eso es suficiente motivo para querer alejarse de ella? ¡Yo misma quiero hacerlo! Me ha quitado las llaves, me ha pegado, mantiene las puertas cerradas para controlar

cuándo entro y salgo, y ha mandado poner rejas en las ventanas... ¿¡No es suficiente motivo!?

Se levantó, dispuesta a marcharse, pero Gabriel la retuvo, con la ansiedad dibujada en su semblante. Se disculpó ante ella, y la invitó a sentarse de nuevo. La joven estaba muy alterada, y su pecho subía y bajaba rápidamente.

—No tengo mucho tiempo, ¿sabe? A la una y media, las dos como muy tarde, debo estar de vuelta en mi casa para que ella no sospeche que no he ido a trabajar...

—¿Y qué piensa hacer?

—¡No lo sé! Ni siquiera... ni siquiera puedo llevar a mi hermana al piso de Isabel, ¡porque ella me ha robado la llave! ¡Fui tan estúpida, que la dejé en un bolsillo de mi abrigo, junto con el mensaje de Isabel con la dirección! —Gabriel la miraba ahora estupefacto, y de pronto enrojeció—. Ahora ella sabrá dónde buscarnos... ¿A dónde podemos ir? Oh, por favor, ayúdenos...

—Ana...

—Mi tía se ha marchado... y era la única que podía ayudarnos. Ahora... No lo sé.

—Ana, se equivoca. Su madre no sabe nada sobre ese piso.

—¿Qué...? ¿Por qué dice eso?

—Porque el mensaje y la llave... Se lo cogí yo el día que nos conocimos.

Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó la pequeña llave dorada. Al reconocerla sobre la palma de su mano, la joven enmudeció. Palideció y se ruborizó, y sus labios se apretaron en un rictus furioso que anunciaba un estallido de cólera. No obstante, al verla, también renació la esperanza que había perdido durante aquella conversación, y finalmente venció en su interior la alegría de ver recuperada su vía de escape. Miró a Gabriel con una sonrisa incrédula en los labios.

—¿La ha tenido usted todo este tiempo? —recordó haber entrado la segunda vez en la casa sin la llave, porque la puerta estaba entreabierta—. ¿Por qué?

—Lo siento, lo siento, Ana...

—Dígame por qué...

—¡Porque quería saber! Estaba preocupado por Isabel. Cuando entré

en el portal, mientras estuvimos forcejeando, noté que algo tocaba mi mano, y lo cogí antes de que cayera al suelo. Hubiera debido devolvérselo, pero me pudo la curiosidad... Lo lamento...

Ana recordó que le había visto esconder algo en su bolsillo...

–Creía que podía confiar en usted.

–Y puede.

–Ahora mismo ya no estoy tan segura.

–Pues... no parece tan enfadada...

–¡Lo estoy! –protestó Ana–. Es sólo que... estaba tan asustada de que mi madre la hubiera cogido... De todas maneras, si usted no me la hubiera quitado, seguramente hubiera sido así, porque me he olvidado de la llave por completo hasta ahora. Hubiera estado en el bolsillo de mi abrigo desde que usted me la quitó, y, créame, ella siempre lo registra todo.

–Entonces, sí tiene dónde refugiarse.

–Sí. Aunque no pretendo quedarme en ese piso para siempre. Mi idea es ahorrar para comprar dos billetes de vuelta a Madrid, uno para Celia, y otro para mí.

–¿A Madrid...? –aquello no le gustó–. Pero ésta es su ciudad...

–Ojalá –se lamentó la joven. Se quedó un momento pensativa, con la mirada perdida, y luego meneó la cabeza con pesar–. Mientras mi madre viva, no puedo quedarme aquí. Gabriel, ¿va a ayudarme?

–Ana, sé que cree que no me he portado bien, pero lo cierto es que no deseo otra cosa.

Se había acuclillado a su lado, y apoyaba su mano en las de ella, que las apartó, cohibida ante su atrevimiento.

–¿Qué necesita? –inquirió él a pesar de su rechazo.

–Salir de la casa con mi hermana. Parece fácil, pero no lo es –se llevó una mano a la cara por instinto, allí donde escondía su pómulo inflamado bajo el maquillaje.

–¿Le duele? –Ana asintió. Gabriel acercó la mano y rozó su rostro, sin que ella se apartara esta vez–. No puede quedarse allí...

–Ya se lo he dicho, ¡nos tiene encerradas! Había pensado acudir a la Guardia Civil...

–Olvídese. No la tomarán en cuenta. Estas cuestiones, para ellos se quedan en casa de cada uno.

–Pero usted me dijo que tenía un amigo Guardia Civil, ¿no podríamos

acudir a él?

Gabriel soltó un resoplido cargado de escepticismo.

–No moverá un dedo. No ahora, con todo lo que está pasando...

–Pero, ¿qué puedo hacer entonces?

–Si quiere recuperar a su hermana, tendrá que esperar su oportunidad.

Yo la ayudaré, pero tiene que intentar sacarla de allí. Entre tanto procuraré convencer a Berriatua para que mande a alguien a su casa para obligar a su madre a que las suelte.

–Oh, ¡gracias! ¡Gracias!

–No, Ana... Procure salir por sus propios medios, porque dudo mucho que Berriatua acceda a ayudarla...

De vuelta a la oscuridad... De vuelta al encierro. Había rozado la muerte con la punta de los dedos, y sin embargo, su descarnada sombra había pasado de largo, abandonándola a su suerte.

Isabel había despertado en su celda, aquel odioso reducto bajo tierra que había sido el pozo de sus miserias desde hacía tanto tiempo que empezaba a olvidar... Al comprender que seguía con vida, de nuevo en manos de quien la estaba castigando tan cruelmente, se había echado a llorar. Al fin la había encontrado, había caído en sus redes, después de sobrevivir al río.

No recordaba nada, salvo haber abierto los ojos, en el bosque, y haber descubierto a su lado una figura. «*Qué coño haces aquí...*». Esas palabras aún laceraban sus oídos.

Isabel se retorció en el suelo, sobre la paja reciente. Su cabeza pulsaba, desde la nuca hasta las sienes, pum, pum, pum... Sus ojos ardían, tenía la boca reseca, y la garganta tirante se replegaba, a punto de resquebrajarse, astillada por la sed. Parpadeó, tratando de habituarse a la penumbra en la que se hallaba. Tenía las manos y los pies atados con cuerdas, tan fuerte que apenas los sentía, ni podía mover los dedos entumecidos. Sus rodillas... estaban rotas... Algo les pasaba a sus huesos. Una marea de desesperación anegó su entendimiento.

«*¿Cuánto más?*», se preguntó.

Las paredes de piedra, el techo abovedado sobre su cabeza, a escasa altura, el hedor, a sudor, a orines, a humedad... Aquel sonido cadencioso, como si la piedra sobre la que estaba tumbada temblara, sacudida por una fuerza invisible, cada siete segundos, una y otra vez, boooooom... boooooommm... Y ella en medio de esa nada, cuyas fauces trataban de engullir su conciencia, arrebatándole la lucidez.

Hubo pasos. Los oyó, o tal vez los sintió. Estaba con la cabeza pegada al suelo, y sintió la vibración en la piedra. Reconoció su cadencia. Bajaron la escalera, y llegaron hasta su puerta. Un gemido quebró su garganta agrietada.

La puerta se abrió y una figura enmascarada apareció en el umbral. «*Mátame ya...*», pensó Isabel.

La figura permaneció quieta, envuelta en una larga capa, en silencio. La joven había cerrado los ojos, y ahora sólo percibía su respiración agitada. Luego sintió que avanzaba unos pasos más, despacio, hasta colocarse a su lado. Una mano la agarró del cabello y tiró para que levantara la cabeza.

–Mírame –murmuró con aquella voz transformada por la máscara tras la que se ocultaba. Un capuchón ocultaba el resto de su cabeza–. Mírame zorra...

Ella no quiso obedecer. Sus párpados pesaban demasiado, y no quería ver. Prefería viajar al mundo del olvido, donde el dolor y el miedo no pudieran alcanzarla.

–¡Mírame!

Entonces sintió un golpe en la cara, duro, seco, y el dolor la atravesó. Abrió los ojos, y vio aquella máscara blanca, muy cerca.

–¿Creías que podrías escaparte? No es tan fácil, no...

La soltó, y ella se desplomó como un saco muerto. Su pómulo ardía, y su cabeza martilleaba... Vomitó.

Una risa entrecortada, como un cacareo antinatural, despertó ecos apagados en la celda.

–Te voy a dar una lección...

Al mediodía Ana estaba de vuelta, a la puerta de la villa Santa Engracia. Estaba evitando entrar, por temor a no poder salir. ¿Cómo volver a esa otra realidad, mucho más oscura, una trampa... ¿Cómo volver sin saber si podría escapar como la primera vez? Pero Celia pagaría las consecuencias si cedía al miedo, y eso era algo que no estaba dispuesta a tolerar.

Gabriel tenía razón. Él no podía aparecer y forzar las cosas, y si todo fallaba, y la Guardia Civil no accedía a ayudarlas, estarían solas. Había llegado el momento de ser valiente. Desapareció tras la verja. Corrió hacia la puerta principal con el corazón encogido, tan asustada por lo que estaba a punto de afrontar que apenas lograba respirar. Necesitaba tranquilizarse o su madre adivinaría que no había ido a la academia... Se recordó que ella siempre sabía lo que ocurría en su interior.

Se detuvo ante la puerta de entrada y trató de calmarse. No tenía llave, así que la aporreó con la palma de la mano y esperó. Llegaba puntualmente, se dijo una y otra vez.

Margarita abrió enseguida. Allí estaba, altiva y con aquel ademán de desprecio eternamente dibujado en la mueca que torcía sus labios, casi como si hubiera estado esperando al otro lado. La fulminó con la mirada, pero había un fondo triunfal en sus ojos oscuros. No dijo nada. Se apartó para dejarla entrar, y, en cuanto lo hizo, cerró la puerta. Dio un portazo, que retumbó en el espíritu de Ana, removiendo aquella idea en su cabeza, la que le hablaba de una trampa, de vuelta al laberinto... Escuchó cómo su madre echaba la llave presa del más profundo desaliento. Las ventanas de toda la planta baja

estaban enrejadas. Los obreros habían acabado su tarea con verdadera rapidez.

–Sube a cambiarte, pero lávate antes, no quiero verte con esa pinta de fulana –Margarita estaba muy cerca, tanto, que Ana sintió su aliento en la nuca–. Lávate la cara y baja con Celia a comer.

Ana se puso lívida, consciente de que se había adentrado de nuevo en el infierno que tanto temía... Se arrepentía, se arrepentía de haber vuelto, aunque antes hubiera creído tener el coraje suficiente... Le pareció que la vida estaba tan lejos de su alcance como si estuviera enterrada en un pozo muy profundo, lejos de la luz. Sus ojos se llenaron de lágrimas, aunque no las derramó. Al menos Gabriel tenía la llave dorada en su bolsillo, fuera de su alcance. Habían decidido que se la quedara él, por si acaso su madre la registraba.

–¡Vamos! ¡Ve y lávate! ¡Y tengamos la fiesta en paz!

Ana dio un respingo. No se atrevía a desobedecer, así que corrió a la cocina y se lavó en el pilón, con rabia, sin importarle ya el dolor que sufría al frotar sus magulladuras... hasta que todo el maquillaje hubo desaparecido. Al terminar, regresó al vestíbulo. Su madre la agarró del brazo y la obligó a pararse delante de ella, para examinarla.

–Así está mejor –sonrió sin humanidad–. Busca a Celia y bajad, que hoy vais a tener faena mientras esté fuera...

Su hija la miró sin disimular su esperanza. Así que se marchaba...

–...no te hagas ilusiones, Ana. Más vale que cuando regrese hayáis acabado en el sótano.

–¿El sótano...? –lanzó una mirada temerosa hacia la puerta por donde se entraba. No había previsto aquello. ¿Pretendía encerrarlas allí abajo?–. Pero madre, ahí abajo no ha ido nadie desde...

–Me has oído bien. Así que andando, tengo cosas que hacer.

–¿Y mi trabajo en la academia? –recordó de pronto que había faltado toda la mañana, y no había avisado a Don Agustín. Un mal presentimiento se apoderó de ella.

–Hoy te necesito aquí, así que andando.

–Pero no puedo faltar, ¡me despedirán!

–Te quedas aquí, ¡y no hay más que hablar!

Margarita se apartó de ella y desapareció escaleras arriba, hacia su dormitorio. Su hija se quedó parada, con el corazón encogido como una

ciruela pasa, debatiéndose entre lanzarse contra la puerta de entrada e intentar derribarla con su peso para llamar a gritos pidiendo ayuda, u obedecer. Estaba furiosa, nerviosa, e impotente al mismo tiempo. Calculó que si cogía carrerilla y se abalanzaba contra la pesada puerta, apenas la haría temblar... Incluso aunque rompiera los cristales. No... Si contaba con alguna oportunidad, ésta era la que le brindaba el hecho de que su madre fuese a salir. ¿A dónde iría?

Don Agustín acabaría por enfadarse de verdad. Se había comportado tan bien con ella, que aborrecía la sola idea de decepcionarle. Recordó cómo la había cuidado el día de la tormenta, o su empeño en que aprendiera a escribir a máquina aun a costa del horario de trabajo... Era un buen hombre, y a aquellas horas estaría preocupado, o... pensaría que iba a hacer lo mismo que Isabel, desaparecer. ¿Y si era así? Se había olvidado por completo del trabajo. En toda la mañana no había pensado en la academia, había sido todo tan... Ana hubiera querido arreglar las cosas, pero, por el momento, no podía solucionar aquel problema... Su prioridad era otra.

Corrió escaleras arriba a buscar a su hermana. Celia, al verla entrar, sin maquillaje y con el abrigo en la mano, corrió a abrazarla. Había estado pegada a la ventana para ver si regresaba. Se alegró de tenerla de vuelta.

–Te he echado de menos –susurró sin disimular su alivio–. Ha sido muy raro, nuestra madre no me ha llamado, ha estado en silencio toda la mañana. Ni siquiera sé si ha estado en casa o no... Sé que trama algo.

–Lo sé...

–¿Y la tía? ¿La has visto? ¿Qué te ha dicho?

–Se ha marchado.

Le contó con tristeza esa parte de lo ocurrido, sin extenderse mucho, porque su madre las esperaba y no solía tener paciencia.

–Pero, ¿qué vamos a hacer entonces?

–Ten paciencia Celia. Buscaremos la forma de salir. Tengo un amigo que nos ayudará. Iremos a Madrid, ¿te gustaría?

Celia sonrió, animada por una nueva confianza. Al menos tenían un plan.

–Ahora vamos, nuestra madre quiere que limpiemos el sótano.

–¿Qué... ¡No! ¡No volveré a bajar ahí! –ante la mueca de temor de su hermana, Ana quiso darle algo de esperanza.

–No bajaremos. Me ha dicho que piensa salir...

–¿Qué? ¿A dónde va?

–No lo sé, pero es nuestra oportunidad.

–¿Qué vamos a hacer?

–Marcharnos en cuanto se vaya. Pero vamos, nos espera...

Celia asintió dubitativa. Mientras Ana cambiaba su ropa de calle por otra más vieja, la pequeña se quitó el camisón y se vistió. Un intenso pavor había hecho palidecer sus mejillas. Aún tenía muy presente la última vez que su madre la había obligado a permanecer encerrada en la profunda cámara de piedra bajo la casa.

Margarita las esperaba en la cocina, impaciente, dando vueltas sin moverse en realidad, como una bestia enjaulada en su propio cuerpo. Cuando se presentaron ante ella se limitó a recordarles que las puertas estaban cerradas, y que no podrían ir a ninguna parte. Si lo hacían, ya se encargaría ella de castigarlas. Ana lanzó una lúgubre mirada a las recientes rejas instaladas en todas las ventanas. ¿Cómo iban a escapar?

Se esforzaron por no mostrar otra cosa que sumisión, frenéticas por lograr que su madre no se percatara de sus verdaderas emociones. Ignoraban de cuánto tiempo disponían, porque ella, con una premeditada intención de mantenerlas en un estado de incertidumbre, no se lo dijo. Por el momento iban a tener que comer en su compañía.

Pusieron la mesa y se tragaron en silencio un exiguo plato de arroz hervido con abundantes ajos fritos. Celia lanzaba de vez en cuando alguna significativa mirada a su hermana, pero ésta se mantenía muda y distante, con los ojos puestos en el plato. Procuraba concentrarse en no perturbar a su madre; quería que se fuera, que nada la hiciera cambiar de idea; sobre todo esperaba que se marchara para poder escapar. Tal vez se fuera antes de hacerlas bajar al sótano...

En semejante ambiente de tensión, tuvieron que recoger los platos, fregarlos, y dejar la cocina limpia antes de que su madre se moviera. Para su sorpresa, se fue a su habitación, tal y como habían esperado que hiciera, y al poco salió y se marchó, cerrando la puerta principal con llave.

Celia y Ana se miraron. Era su oportunidad, única e irrepetible. No sabían cuándo volvería. Temían que quisiera sorprenderlas. Celia temblaba ante el menor sonido, y Ana clavaba los ojos en la puerta como si pudiera ver a través de ella. Nunca en toda su joven vida había sentido tanto miedo. Miedo de su propia madre.

–Se ha ido.... –murmuró Celia.

–Rápido, es hora de marcharse, antes de que vuelva...

–¿Qué hacemos?

Ana soltó un gemido. No tenía la menor idea.

–Abramos la ventana de nuestro cuarto y salgamos por ella –sugirió entonces–. Las puertas son demasiado fuertes, no podremos forzarlas, y las ventanas de esta planta están enrejadas, pero las de arriba...

–¡No podemos hacer eso! ¡Si está cerca lo oirá! Y además, ¡están muy altas! Y mamá las ha mandado sellar... No se pueden abrir...

Aquello no lo sabía. Ana contuvo un gemido.

–Romperemos los cristales –resolvió–, para cuando se de cuenta ya habremos salido...

–¡No puedes saberlo! Ana...

Ella vaciló, pero por una vez se sobrepuso.

–No tenemos muchas más opciones, Celia. Ven.

Fue a buscar uno de los trapos de cocina más gruesos que tenían, y se envolvió la mano con él.

–Ponte otro más –sugirió su hermana en cuanto comprendió su intención.

Ana lo hizo, y después observó su mano, que ahora parecía un gran martillo.

–Esto servirá...

Se escabulleron a su habitación, como dos gatos, sigilosamente. La ventana por la que pretendían evadirse era la que quedaba justamente encima de una cómoda donde guardaban la ropa de cama. Era lo suficientemente ancha como para que pudieran atravesarla, aunque quedaba a una altura demasiado grande del suelo. Ana miró hacia abajo. No podrían saltar sin hacerse daño, Celia tenía razón. Aun así, se encaramó al mueble, el cual crujió bajo su peso, y miró a través del cristal hacia el patio que rodeaba el edificio. No se veía a nadie. El sol bañaba el empedrado del suelo y el huerto, cuyos árboles frutales empezaban a mostrar las primeras yemas en sus ramas desnudas.

–Contaré hasta tres, y...

–¡Hazlo ya! –exclamó Celia, que hervía de impaciencia por abandonar la villa.

Ana alzó la mano y la lanzó con todas sus fuerzas contra el cristal de

la ventana, golpeándola con un sordo ruido que a ellas les resultó atronador.

–Más fuerte –gimió Celia al ver que no ocurría nada.

Su hermana asintió. Estaba pálida, y se lamentaba de su constitución física. ¿Y si no lograba romper aquel dichoso cristal? Pero eso no podía ser... Alzó de nuevo la mano, y entonces pensó en Isabel, en su padre... Y golpeó con toda la fuerza que la rabia le dio. Esta vez el cristal reventó, y cayó hecho añicos. Al ver el agujero en la ventana, las dos se quedaron mudas, y de pronto se rieron con cierta histeria bailando en sus gargantas.

–Rápido...

Ana hizo el agujero más grande con su mano enfundada en trapos, golpeando sobre los cristales que quedaban fijos al marco, para que terminaran de caer, hasta practicar una abertura lo suficientemente grande como para que pudieran pasar. Sacó la cabeza al exterior. Hacía fresco, y olía a hierba y a mar.

–Vamos Celia, ¡sube!

Su hermana no se hizo de rogar. Se izó sobre la cómoda con todas sus fuerzas, y una vez con los pies bien afianzados sobre ella, y con la ayuda de Ana, pasó a través de la ventana rota, primero con la cabeza y los hombros, y después con el resto del cuerpo. Cuando estuvo al otro lado, sobre el alféizar, que era ancho como los recios muros que sostenían la casa, se volvió hacia ella.

–Ana... Está demasiado alto, no podré...

La joven siguió a su hermana, sintiendo que su corazón se expandía buscando la libertad. La ansiaba tanto, estaban tan cerca... Miró hacia abajo, y entonces comprendió que Celia tenía razón. Había más de seis metros hasta el suelo. La caída les rompería las piernas, o las mataría. Angustiada, rebuscó en la fachada alguna tubería por la que descolgarse, algo a lo que agarrarse... Pero las paredes desnudas se precipitaban hacia el patio sin ofrecer ningún asidero. No podía obligar a Celia a saltar, y tampoco ella se atrevía a hacerlo. Un gemido brotó de su garganta. A su lado, su hermana comprendió lo que pasaba. No iban a poder escapar. Entonces se fijaron en que junto a la ventana de la habitación contigua, había una tubería. Parecía firmemente sujeta a la pared de piedra... De común acuerdo, regresaron a la habitación para intentarlo desde la estancia contigua.

Esperaban que su madre tardara en volver un buen rato. Si no se daban prisa, perderían la oportunidad. Se cogieron de la mano, echaron a

correr y salieron al pasillo.

Un fuerte golpe alcanzó a Ana en la cabeza. Se desplomó sin sentido junto a su hermana. Celia soltó un grito lleno de angustia.

La visión de Ana, desmadejada en el suelo, sacudió su corazón. Supo que su madre las había descubierto, sin duda alertada por el estropicio de la ventana. No tuvo tiempo de reaccionar. Una mano la aferró por el cabello. Enseguida notó el cuerpo de Margarita pegado al suyo. Se resistió, pateando con toda la energía que le daban sus once años de edad. Entonces ella la arrojó contra la pared, con tal brutalidad que cayó desmayada al suelo...

Al despertar, la oscuridad y un intenso dolor doblegó los sentidos de Ana. Su cabeza retumbaba dolorosamente, allí donde su madre la había golpeado. Quiso moverse, pero estaba entumecida. Sus músculos se negaban a responder, como si llevara allí tendida muchos días. Abrió los ojos, convencida de que finalmente las había bajado al sótano. Nunca había sentido tanto miedo, una amenaza real.

Parpadeó, ladeó la cabeza... No estaba en el sótano, sino en su habitación, sobre su cama. Se encontraba un tanto mareada. Las náuseas retorcieron su estómago revuelto... y vomitó. No tenía mucho que arrojar, porque apenas había probado el arroz que su madre había cocinado, pero lo echó todo sobre la tarima del suelo sin poder remediarlo. Tosió, escupió, tratando de librarse del amargo sabor del vómito, mientras las lágrimas bajaban por su rostro magullado, cegándola aún más.

¿Y Celia?

La llamó, primero casi sin voz. Se giró hacia su cama, buscándola en la oscuridad.

–Celia... ¡Celia...!

Sus ojos se fueron habituando a la penumbra a la que la noche la condenaba. Algo de luz penetraba a través de la ventana rota por la que habían pretendido escapar, y desterraba las sombras al menos lo suficiente para saber... que la niña no estaba con ella. Notó el aire fresco que se colaba por el hueco que los cristales rotos habían dejado en aquella ventana.

Sofocó un sollozo, y se llevó una mano a la boca para no gritar. ¿Dónde estaba Celia? Miró frenética alrededor. Había despertado en su cama,

su madre la había golpeado... ¿Qué había hecho con Celia?

–Celia... Oh, Dios, Celia...

¿Cuánto tiempo llevaba allí dormida? Se levantó de la cama y se tambaleó a causa del mareo. Miró su reloj. Eran las dos de la mañana. Pensó súbitamente que quizás su madre había obligado a la niña a dormir en la otra habitación. Eso tenía sentido...

–¡Celia! –llamó ahora con más determinación–. ¿Celia?

Se fue dando traspiés hasta la puerta y tiró de la manilla para salir al pasillo, pero estaba cerrada. Tiró una vez, dos, con fuerza. Nada. La había encerrado. ¿Habría hecho lo mismo con su hermana? ¿Por qué? La soledad se abatió sobre ella con sus negras alas.

–Ay, Celia... Te necesito, Celia, por favor...

Lloró en su desesperación, buscando sin encontrar nada, como el náufrago busca algo a flote que le impida hundirse en las profundidades de un mar desconocido.

Entonces un destello la deslumbró. Al volverse para ver qué era, se percató de que la luz de la luna rebotaba en una caja metálica sobre la cómoda. Era de Isabel, su caja secreta. Llena de nostalgia, se acercó y la cogió. Sonaba como si contuviera algo de metal en su interior. La sacudió. ¿Qué había dentro? Probó a abrirla, pero estaba cerrada con llave. De pronto el sinfín de secretos de su hermana hizo que se llenara de rabia, y empezó a golpear la cerradura de la caja contra la cómoda, una y otra vez, con fuerza... hasta que la abrió.

Se quedó petrificada. No había esperado que cediera, y ahora veía que lo que contenía era un tubo de metal, como los que se usaban para guardar un puro... Lo cogió. ¿Qué era aquello, y por qué guardarlo bajo llave? Lo volteó entre los dedos, y un papel enrollado cayó al suelo. Por un momento, Ana había olvidado su situación, atrapada en aquella habitación. Aquel nuevo misterio de su hermana la tenía en ascuas. Cogió el papel, viejo y arrugado, y lo desenrolló. Era una carta, y estaba escrita en alemán... Nunca se había sentido tan agradecida de haber aprendido ese idioma. La leyó ávidamente... Y no entendió nada. Sólo supo que el remitente era alguien que no le era desconocido. Se trataba de Wolfgang Metzger, el hombre para el que su madre había trabajado antes de que estallara la guerra. Siempre le había parecido curioso que, como ella, hubiera ido a coser a casa de un matrimonio alemán. Sin embargo su mensaje era confuso. Básicamente recomendaba a su

madre que tuviera cuidado con la receta que le enviaba, ya que él no la había llegado a probar, y que se alegraba de saber de ella. Aquella hoja de papel formaba parte de una carta más larga, porque se interrumpía bruscamente. La leyó y la releyó, pero la parte de la receta le resultaba incomprensible, y no le encontraba sentido... Se preguntó por qué Isabel la había guardado bajo llave.

En cualquier caso, si su madre llegaba a descubrir que la tenía... La enrolló, la metió en el tubo de metal, y dejó éste en la caja, y la caja en la cómoda, como si no la hubiera tocado.

En cuanto lo hizo, regresó a su situación presente, y el miedo y la soledad la apabullaron.

Regresó a su cama y se enterró bajo las mantas, sollozando sin medida. Su madre se había vuelto loca. La odió, la había odiado siempre, tanto como había deseado que fuera de otra manera, descubrir que bajo aquella máscara desconocida y distante existía algo de humanidad. Si de algo estaba segura era de que había perdido su oportunidad. Ahora no las dejaría salir jamás.

Acurrucada, con las mantas cubriendo su cuerpo hasta la cabeza, se dejó llevar por la desesperanza. No podía hacer nada, sólo esperar. Cuánto tiempo, unas horas, un día... Hasta que ella quisiera.

El resto de la noche se convirtió en una pesadilla insomne. La pasó con los ojos muy abiertos, orando por su bienestar y el de Celia, por poder salir de allí y alejarse para siempre, muy lejos, a algún lugar donde pudiera olvidar. Gabriel, Don Agustín, Lucía, Corinna... Todos estaban muy lejos, ¿quién podía ayudarlas si no imaginaban lo que estaba sucediendo? Ni siquiera Gabriel, que ahora estaba al tanto de todo, o Lucía, a la que había confesado hasta qué punto llegaba la locura de su madre, tenían alguna posibilidad de hacer algo... Aunque se presentaran a la puerta de casa, buscándola, ¿qué iban a poder hacer? Intuía que su situación aún podía empeorar, y eso la mantuvo atrapada en una gélida trampa del pánico, incluso cuando las primeras luces de la mañana irrumpieron en la estancia.

Era la tercera vez que Galarza les reunía en su despacho, y Gabriel y Damasco ya sabían por qué. El director de «La Nueva Voz» estaba perdiendo la paciencia, y cada vez le costaba más mantener su promesa de no publicar el artículo sobre los crímenes que asolaban San Sebastián. Daba vueltas alrededor de su mesa como una bestia atrapada, mientras Mediavilla tabaleaba con los dedos sobre un montón de papeles. Silbaba sin emitir sonido alguno, oculto detrás de sus gafas. Los dos jóvenes acababan de entrar, y aguardaban en silencio a que su jefe les aclarase el motivo de la reunión. Eran las cinco de la tarde, y llovía una vez más.

Al fin el hombre se detuvo, de frente a su secretario y a sus dos empleados. Su rostro rubicundo demostraba a las claras que ya no toleraba más la espera que Berriatua les estaba imponiendo.

–Quiero novedades sobre el caso, –anunció de mal talante–, y las quiero ya. ¿Qué tenéis? ¿Ugalde? Usted está al mando, ¿qué tal va el artículo?

–Tenemos mucha información recopilada. Son cinco víctimas hasta el momento, todas estranguladas. El asesino es cada vez más brutal... pero su identidad aún no ha sido descubierta. Berriatua me ha citado dentro de una hora, parece que tiene alguna novedad.

–¿Han cogido a «la francesa»?

–No, es complicado –se lamentó Gabriel–. Se esconde bien, y la Guardia Civil no puede encontrarla... Nosotros tampoco.

–¿Se está burlando de ustedes! ¿Y qué hay de Zubiría?

–Hemos comprobado la información que nos dio, pero no hemos encontrado nada...

–Ulía es grande –intervino Damasco–, y Zubiría no está siendo muy concreto... Ya han peinado la zona dos veces, y nada.

–¿Son ustedes conscientes de que en cualquier momento se nos van a adelantar? –se refería a los otros medios–. No pienso consentirlo, así que si va usted a estar con Berriatua, dígame que no vamos a esperar más. Hoy es jueves, ¡pues el sábado saldrá el artículo!

–Pero no puede hacerlo, hay mucho en juego –protestó Gabriel con vehemencia–... ¡Berriatua no lo consentirá!

–¿Y qué va hacer? ¿Darle la exclusiva a otros? Para entonces ya habremos publicado, ¡y será tarde!

–No es sólo por Berriatua, si desvelamos lo que sabemos, puede ser contraproducente para la resolución del caso...

–¡Venga! ¡Están dando palos de ciego! ¡La gente tiene derecho a saber lo que está pasando! ¿Sabe qué creo? Si Berriatua no quiere que publiquemos el artículo, es sólo porque va a quedar en evidencia... ¡Él y todo el Cuerpo! ¿O cree que nadie se va a cuestionar por qué tardan tanto en coger al asesino? ¡Válgame el cielo!

–Señor, si me lo permite, el ayuntamiento... –murmuró Mediavilla.

–¡Silencio! Ugalde, quiero que preparen el artículo para el viernes, porque el sábado saldrá en primera plana, ¿lo ha entendido?

Gabriel meneó la cabeza, y Damasco apretó los labios, preocupado.

–¿Lo ha entendido? –insistió Galarza.

–Se lo diré a Berriatua –admitió de mala gana.

–¡Bien!

Cuando abandonaron el despacho, ambos sabían que Galarza cumpliría su amenaza, pasara lo que pasara; aunque perdieran la confianza de Berriatua, sus favores, y la exclusividad en aquel caso y en cualquier otro que se presentase en el futuro.

Gabriel se había citado en un café de Gros, y no quería llegar tarde, porque además iba a aprovechar para pedirle que enviara a sus hombres a la casa de Ana, para obligar a su madre a dejarlas ir. Hasta entonces se había resistido a recibirle, y empezaba a estar desesperado, sin noticias de la joven... Así que se apresuró para terminar lo que tenía pendiente; la reunión

le había robado un tiempo precioso. Damasco se quedó, encargado de empezar a esbozar lo que sería el conjunto del artículo definitivo para aquel sábado.

El Guardia Civil le aguardaba dentro del local, sentado a una mesa con un café delante y la lluvia al otro lado de las cristaleras. Vio llegar a Ugalde a la carrera, encogido bajo la cortina de agua que lo mojaba todo. Sonrió para sí. Le divertía verle eludir el aguacero como si de un gato se tratase. El joven entró resoplando en el establecimiento, se sacudió su abrigo y se arregló el cabello mientras le buscaba con la mirada entre los clientes. Berriatua al fin alzó la mano, dejándose ver. Estaba algo escondido por culpa de una columna. Se encendió un pitillo con deliberada parsimonia.

–Llega tarde –le recriminó en cuanto le tuvo a su lado.

Gabriel pidió permiso con un gesto y se sentó. Traía cara de pocos amigos, más preocupado por la reacción del Guardia Civil cuando le contara la decisión que había tomado Galarza, que por cualquier novedad que éste tuviera que compartir con él. Estaba convencido de que Berriatua le retiraría la palabra y ya ni siquiera los viejos lazos de guerra que les habían unido jugarían a su favor. Decidió en aquel mismo momento que esperaría a que hubieran terminado de intercambiar información, incluso a pedirle el favor que había ido a pedirle, para hablarle de Galarza. Tampoco quería dejar pasar la oportunidad de hablarle de Miguel Zárate, a su juicio, un sospechoso digno de ser investigado. Desde que Ana le hablara de él, había hecho algunas pesquisas, y se había llevado una sorpresa al descubrir que era un tipo extraño, denunciado en numerosas ocasiones por acosar a las mujeres. Si se había atrevido a perseguir a Ana por las calles, en pleno día, ¿qué más sería capaz de hacer?

–¿Quiere tomar algo? –le invitó el Guardia Civil.

–Un café solo, gracias.

A una señal suya, un camarero se acercó y les tomó nota. Cuando hubo servido otro café en la mesa, y se quedaron solos, reanudó la conversación.

–Tiene usted cara de haberse tragado un clavo... ¿A qué ha venido tanto insistir para vernos estos días atrás? Ya sabe que estoy hasta arriba...

–Necesito un favor. ¡Será el último! –aseguró al ver la contrariedad de Berriatua torciendo su gesto–... Nuestra deuda quedará saldada...

–¿De qué se trata...?

–Necesito que mande a alguien a la casa familiar de Ana H. Murria, la hermana de Isabel...

Berriatua se puso repentinamente serio.

–¿La chica que buscaba? –Gabriel asintió–. ¿Por qué...?

–Está teniendo problemas muy graves con su madre –le resumió lo que ella le había contado–... Sería bueno que enviara a dos de sus hombres, para que las deje salir. Sólo le pido eso, por favor, esa chica ya ha sufrido bastante, su hermana desaparecida, su padre acaba de morir...

Berriatua guardó silencio unos instantes.

–Tengo novedades –anunció de pronto observando el curioso modo con que Gabriel hacía girar su cucharilla para remover el café, en dirección opuesta a la de los demás.

–¿Me ha oído? –se enfadó Gabriel.

–Le he oído. Pero no le prometo nada. Ahora mismo necesito de todos mis hombres...

–¿Otra víctima? –preguntó, contrariado porque cambiara de tema. No era buena señal.

–No, un sospechoso –Gabriel soltó la cucharilla y le prestó toda su atención, con las cejas arqueadas por la curiosidad–. Ya sabe que estamos buscando pistas entre las prostitutas, pues tenemos el testimonio de una chica, Natalia Elizalde, que asegura que un tal Miguel Zárate la atacó de madrugada. Por lo visto le dio una brutal paliza, pero ella escapó. Asegura que si no lo hubiera hecho la habría matado.

–¿Miguel Zárate? –su cara de asombro llamó la atención de Berriatua.

–¿Ocurre algo?

–Precisamente, iba a hablarle de ese hombre... Es repartidor de correos, y ha estado muchas veces en la academia donde he estado empleado hasta hace poco.

–Sé que es repartidor de Correos. ¿Por qué quería hablarme de él?

–¿Recuerda que le pedí que investigara el paradero de Isabel Murria?

–Sí, lo de la frontera...

–Sí. Su hermana gemela, Ana, me habló de Zárate. Al parecer la confundió con Isabel y trató de propasarse con ella, y hace poco estuvo persiguiéndola por la calle...

Berriatua no pestañeó. Sus ojos brillaban de expectación.

–Zárate es una buena pieza, tiene muchas denuncias.

–Lo sé, he estado indagando.

–Vamos a detenerle, por eso quería verle. Es nuestro principal sospechoso... Nuestra única pista, en realidad.

–¿Cuándo?

–Esta noche.

–¿Podría hablar con esa chica, Natalia?

–No hasta que hayamos interrogado a Zárate.

–Pero podría ser interesante para el artículo...

–No hasta que tengamos a Zárate, ¿estamos?

–¿Y qué hay de «la francesa»? Podría identificarle.

–Esa loca es un demonio. Cada vez que estamos a punto de cogerla se nos escabulle. Se burla de nosotros...

–¿Me avisará cuando hayan cogido a Zárate?

–Le avisaré cuando le hayamos interrogado y tengamos una confesión.

Gabriel se mordió el labio.

–¿Cree que será antes del sábado...?

Berriatua se le quedó mirando, como si sospechara ya lo que iba a decirle. Sus cejas se juntaron en el nacimiento de la nariz y sus labios se apretaron con dureza.

–¿Por qué tanta prisa?

–Galarza... Va a sacar el artículo el sábado.

Un tenso silencio se estableció entre los dos, y Gabriel sintió la furia del Guardia Civil atravesándole. Se alegró de haberle pedido el favor con anterioridad, porque ya no podría pedirle nada.

–Por Dios Santo, Ugalde... ¿Es que ese cantamañanas no sabe contener sus ínfulas de grandeza?

–No es cosa mía. Le he recordado nuestro acuerdo, pero ya no hay quien le pare...

–¿Ah, no? ¿Sabe que el alcalde está presionando para que nada de esto se sepa? ¡No es un capricho que se guarde absoluto silencio, Ugalde!

Gabriel agachó la cabeza, no estaba en su mano frenar al director de su periódico.

–Tal vez si usted hablara con él... –sugirió.

–Si tengo que presentarme en su periodicucho para hacer lo que usted debía haber hecho, Ugalde, va a tener serios problemas... Si el sábado

aparece publicada la noticia, tomaré medidas, y créame, deseará no haber nacido.

Gabriel palideció.

–Si quiere seguir contando con la exclusividad, espero sus noticias al respecto, o no le facilitaré más información, ¿estamos?

Berriatua arrojó algunas monedas sobre la mesa, se levantó y salió del local. Al poco su figura uniformada desaparecía bajo la lluvia.

El joven apuró su café, hecho un manojo de nervios. Se estaba jugando algo más que su puesto, o que los beneficios que le reportaba tener a Berriatua como contacto dentro de la Guardia Civil, eso lo sabía bien. Por más que le pesara, sólo había una cosa que hacer, y esperaba que Damasco le apoyara, porque a Galarza no le iba a gustar que se negaran a presentar el artículo, mucho menos que ocultaran toda la documentación recabada sobre el caso. Era muy consciente de que su jefe le despediría, pero prefería perder el puesto antes que desafiar a Berriatua. Además, estaba en juego la seguridad de Ana.

En realidad se arrepentía de no haber solucionado el asunto con su jefe antes de salir de la reunión, porque se hubiera ahorrado encolerizar al Guardia Civil. En cualquier caso, tenía que darse prisa e ir a buscar a Damasco para que le ayudara a poner a buen recaudo toda la documentación. Si iba a plantarle cara a Galarza, debía asegurarse primero de que tenía todo bajo control, antes de que éste decidiera encomendar el caso a otro. Sólo así apaciguaría al Guardia Civil, y tal vez se aviniera a mandar a dos de sus hombres a poner en su sitio a Margarita Clarín.

Encontró a Damasco en el despacho que compartían en la calle Andía, muy alterado. Al abrir la puerta le descubrió agachado sobre la mesa, ordenando febrilmente todos los papeles relativos al caso. También había guardado en una caja las fotografías que había seleccionado como las mejores para apoyar la noticia cuando fuera publicada, a modo de reportaje. Cuando le sintió a su espalda, se irguió, creyendo que era Galarza, y al verle soltó un bufido exasperado.

–...joder Ugalde... No estoy para sustos...

–¿Estás así por lo del sábado? –se asombró Gabriel.

Se fijó en su semblante. Estaba pálido y tenía las mejillas rubicundas, y el sudor cubría su frente. Reconoció por aquel rictus en su boca, y por el modo en que fruncía el ceño, su mal talante.

–...qué quieres que te diga –esa fue su respuesta, mientras se encogía de hombros–... ¿Ya has hablado con Berriatua? ¿Aún va a apoyarnos...? – ahora sonrió con ironía.

–No. Me alegro de que estés recogiendo todo –murmuró. Cerró la puerta con suavidad, para que nadie les oyera–... porque no vamos a publicar el artículo, al menos no este sábado, o Berriatua se nos echa encima...

–...eso te ha dicho.

–Eso me ha dicho... que como lo hagamos nos lo hará pagar caro.

–Joder... No tengo ganas de enemistarme con la Guardia Civil...

–¿Estarías de acuerdo en ocultarlo todo hasta que nos de el visto bueno para publicarlo?

–¿Ocultárselo a Galarza? –ante el asentimiento de Gabriel, a Damasco se le iluminó la cara, y una sonrisa torva apareció en su rostro–. Joder, ¡claro! ¿Qué crees que estaba haciendo?

–¿Sin decírmelo? –Gabriel se sobresaltó.

–Te lo hubiera dicho, pero después de esconderlo todo, no tenía claro que fueras a estar de mi parte...

–Ya veo que confías en mí...

–¡Ni siquiera has discutido a Galarza en la reunión! ¿Qué querías que pensara?

Gabriel sonrió. Después de todo tenía razón. Él mismo llevaba reprochárselo todo el camino hasta allí. De inmediato se unió a él, y le ayudó a guardarlo todo en sobres. Sacarlo del despacho iba a ser más complicado.

–Galarza se va a poner hecho una furia cuando le digamos que no va a haber publicación –susurró Damasco cuando hubieron guardado los últimos papeles. Tengo ganas de ver su cara...

–No. Galarza no debe saberlo hasta mañana, cuando venga a pedirnos el artículo para imprenta. Incluso entonces, simularemos no encontrarlos, para ganar tiempo. Además, la Guardia Civil va a detener esta noche a Zárate –Damasco se sobresaltó. Ya estaba al tanto de la implicación de ese tipo en el caso–. Puede que todo termine pronto...

Los ojos de su compañero brillaban febrilmente. Al parecer la situación le afectaba mucho. Debía de importarle aquel artículo para ponerse así. Gabriel no se había dado cuenta de su implicación. Decidieron meter los sobres, con todas sus anotaciones sobre el caso, bajo el abrigo de Damasco;

no abultaban tanto y podrían pasar desapercibidos debajo de la ropa. Sacaron las fotografías de la caja donde las había puesto e hicieron lo propio. Él se ausentaría, y Gabriel se quedaría simulando estar concentrado redactando el artículo.

–Llévalo todo a mi casa –le indicó Gabriel–, mi hermana sabrá que hacer. No creo que lo haga, pero Galarza sería capaz de registrarlo todo.

–¿Elena? –murmuró Damasco, de pronto cohibido.

–Sí, Elena... Se alegrará de verte.

Pero Damasco no lo creía así. Contuvo su recelo y salió del despacho simulando ir a hacer un recado. Nadie le detuvo, ni le hicieron preguntas. Al parecer no imaginaban que fueran capaces de rebelarse. Se jugaban el puesto.

No le llevó mucho presentarse en el puerto, ante la casa de los Ugalde. Estaba a la puerta, bajo su paraguas, sin notar que alguien le había estado siguiendo desde que saliera del periódico. Un hombre se ocultaba muy cerca, atento a todo lo que hacía. Se refugiaba, como él, bajo un paraguas negro.

Damasco había estado muchas veces allí, pero desde que Elena tuviera su accidente no había vuelto, y le avergonzaba hacerlo ahora, de forma interesada. Preveía ya los reproches de la joven... No obstante, sentía curiosidad. Llamó a la puerta y esperó. Miren le abrió. Estaba como siempre, un poco más avejentada. Sus arrugas se habían profundizado, sobre todo alrededor de aquellos ojos verdes, como los de Gabriel; su cabello blanco era como una aureola en torno a su cabeza, y su cuerpo se encorvaba a causa de la artrosis que torcía sus huesos. Aquellas manos menudas, con los dedos curvados e hinchados en las articulaciones, despertaron su compasión. Imaginaba el dolor que debía de haber padecido hasta que la enfermedad había logrado doblegar su cuerpo. El dolor en los huesos... aquello le recordó a las víctimas, con sus huesos rotos. No había quien les dijera qué sustancia provocaba aquella aberración...

–¡Ignacio! –Miren siempre le llamaba por su nombre. Hubiera debido ser Iñaki, pero estaba prohibida la lengua vasca, hablarla o escribirla, o utilizar los nombres vascos. Por eso le sonaba tan mal la versión en castellano de su nombre euskaldún. Cada vez que le llamaban así era como recordarle que habían perdido la guerra y que el franquismo les tenía cogidos por los huevos, humillando sus raíces, su cultura, todo lo que pudiera devolverles algo de su identidad... y por tanto de libertad–. ¡Cuánto tiempo! Anda pasa,

que está diluviando otra vez... Elena se alegrará de verte...

Eso lo dudaba, pero aceptó la invitación a entrar. El roce de los sobres bajo el abrigo empezaba a producirle picazón, y ya estaba deseando deshacerse de ellos. ¿Dónde esconderlos? Aquella casa continuaba igual. Se caía a pedazos. Vio por las manchas en el techo que habían tenido goteras. Miren le quitó el paraguas y lo dejó en un rincón para que escurriera el agua.

–Has venido a ver a Elena, ¿verdad? –Damasco asintió. No se quitó el abrigo cuando ella se lo pidió, porque no quería que viese los sobres ocultos—. Bueno, sube, ya sabes que ella no puede bajar sola.

La escalera era estrecha, de madera, y crujió bajo su peso como si fuese a desplomarse. No le extrañó que Ugalde se deslomara para sacar a su madre y su hermana de allí. La puerta del dormitorio de Elena estaba entreabierta. Tocó con los nudillos y empujó ligeramente. La joven le esperaba ya. Había oído a su madre recibirle, y se había echado un chal sobre los hombros para ocultar su camisón. No se había cambiado todavía. Llevaba el cabello suelto, y sus largos mechones castaños caían revueltos sobre sus hombros. Le miró turbada, con aquellos bonitos ojos color ámbar, dorados como el sol. Resultaban muy llamativos en su rostro pálido. Elena Ugalde era una belleza. Luego miró sus piernas, involuntariamente. Las cubría con una manta. Al notarlo, la joven se llevó las manos a las rodillas, como si así fuera a poder disimular su delgadez, o lo inertes que aparecían incluso tapadas como estaban. Enrojeció, y él se apiadó.

–¿Has venido a burlarte de mí? –murmuró ella.

–¡No! No...

Se acercó, y se agachó para besarla en la mejilla. No pudo evitarlo. Olía a flores, o a vainilla, o a ambas cosas. Ese aroma se coló en su interior, revolviendo su estudiado equilibrio. Estuvo a punto de perder los papeles, pero logró relajarse lo suficiente. Cuando se apartó, tenía las mejillas tan encendidas como ella.

–Es la primera vez que vienes desde...

–Lo sé, y lo siento. Supongo que no me atreví. Llámame cobarde, lo aceptaré.

–Aún puedes enmendarte –sonrió Elena—. Si vienes a verme de vez en cuando, hasta podría perdonarte. Creía que eras un amigo.

–Y lo soy, créeme.

–Puedo perdonar tu cobardía, pero no tu silencio.

–Elena...

–Bueno, ¿y a qué has venido? Intuyo que no es por mí, así que dime...

–Tu hermano y yo necesitamos que guardes algo, por un tiempo.

Elena abrió los ojos, indecisa. Cuando Damasco se abrió el abrigo y sacó los sobres del periódico, adivinó enseguida de qué se trataba.

–¿Qué ocurre?

–Es por el artículo sobre los asesinatos. Hay que mantenerlos fuera del alcance de Galarza. Quiere publicarlo ya, y no podemos permitir que lo haga.

–Pero deberíais publicarlo, ¿cuántas más han muerto?

–Van cinco –reconoció él.

–¿Cinco...? –los labios de Elena temblaron ligeramente–. ¡Pero no podéis seguir ocultando algo así! ¿Cuántas chicas más van a morir? ¡Le gente tiene derecho a saberlo!

–Están a punto de coger al autor, si se publica ahora, podría estropearlo todo... Además, no querrás a la Guardia Civil llamando a la puerta de esta casa para buscar a tu hermano...

–¿Qué...? ¿La Guardia Civil?

–Si esto se llega a publicar, caerán sobre él... sobre los dos... Hay que esconder la documentación.

–Dámelo todo –dijo de pronto Elena, con determinación.

–¿Dónde vas a esconderlo? –Damasco le fue dando los sobres, y ella los amontonó en su regazo.

–Eso es cosa mía. Ve y dile a mi hermano que esté tranquilo.

Damasco asintió. Entonces se sintió incómodo. No había motivo para que permaneciera allí, de hecho, era mejor que no lo hiciera. Se quedó en el sitio, indeciso, sin saber qué más decir, mientras una oleada de emociones encontradas amenazaba con derribar el escudo protector tras el que se escudaba siempre. Se esforzó por controlarse, y en su deseo de escapar, hizo amago de marcharse. Elena lo notó.

–¿Volverás algún día? De visita...

–De visita. Claro –mintió.

Dio media vuelta, saludó con la cabeza y salió.

El Continental era uno de los hoteles más exclusivos de San Sebastián, y no sólo acogía a huéspedes de visita en la capital guipuzcoana, sino que en sus lujosas estancias dormían muchas veces algunos habitantes de la propia ciudad, como era el caso de Asunción Clarín. No era la primera vez que se registraba en el hotel donde había trabajado su cuñado, pero sí era la primera vez que lo hacía por miedo, miedo de las represalias que su hermana pudiera adoptar si no accedía a marcharse. Había fingido estar de viaje, la única forma que tenía de permanecer cerca de sus sobrinas mientras pensaba en cómo ayudarlas. Estaba sufriendo tanto por ellas que apenas dormía y sufría severas jaquecas que la obligaban a descansar en la penumbra de su habitación durante largas horas. Su doncella de mayor confianza Cecilia, cuidaba de ella personalmente. Se ocupaba de que le subieran el desayuno, de acompañarla a comer, de hacerle los recados, de tener su ropero a punto...

La joven no contaba más de diecisiete años de edad, y pese al genio y las exigencias de su señora, estaba contenta con el puesto, y con el hecho de haberse ganado su confianza, algo harto difícil. Antes que ella habían desfilado un sinfín de chicas por la mansión de la señora Clarín, antes y después de enviudar, mientras que Cecilia había logrado permanecer en su puesto casi seis meses. Cuando Asunción le anunció que iban a pasar un tiempo en el Continental, y que ella la acompañaría, creyó colmados sus esfuerzos. Confiaba en sus aptitudes y su discreción, o no la hubiera escogido entre las demás. Decidida a continuar ganando puntos en su estima, se

desvivía por atenderla cumpliendo cada uno de sus gustos y manías. Recibía una buena paga y la trataba bien.

Por eso aquella mañana subía en el novedoso ascensor con verdadera prisa, para llevar a su señora una aspirina. Una vez más sufría de dolor de cabeza, y se había echado cuando no eran ni las diez de la mañana. A Cecilia le había costado conseguir que en recepción la atendieran, porque el nuevo conserje, sustituto del recientemente fallecido José Miguel Murria, aún estaba habituándose a su puesto y estaba desbordado por la llegada de un numeroso grupo de huéspedes procedentes de Italia. Había tardado en aparecer, y mucho más en conseguir la aspirina. Por su causa, la joven doncella se había retrasado, lo que le estaba provocando verdadero apuro. Esperaba que Doña Asunción estuviese dormida, como solía ocurrirle casi siempre que tenía jaqueca.

Cuando salió del ascensor, se olvidó de su educación y corrió por el pasillo, sosteniendo la bandeja con el vaso de agua y la aspirina con verdadera habilidad. La puerta de la habitación de Doña Asunción estaba cerrada. Cecilia se arregló la cofia, se alisó el delantal, y sacó la llave de su faltriquera. Al meterla en la cerradura, la puerta cedió.

–Vaya... –murmuró extrañada.

Debía de habérsela dejado sin echar la llave al salir para buscar la medicación. Se reprendió por su descuido, se guardó la llave y entró. Tal y como su señora había ordenado, las cortinas, muy tupidas y pesadas, cubrían las grandes ventanas para que la luz del sol no entrara en la habitación. Hacía un día radiante, y la bahía estaba espléndida, pero tanta luminosidad hacía que la jaqueca de Doña Asunción empeorase. Cerró la puerta a su espalda y escuchó con atención. Todo estaba en calma. Tal vez tuviese suerte...

Cruzó silenciosa, de puntillas, sobre la suave alfombra que cubría los suelos de mármol. Había un saloncito de recibir antes del dormitorio, con un diván, y un maravilloso escritorio delicadamente tallado. Cecilia lo atravesó, y al fin se asomó a la estancia donde Doña Asunción descansaba. Estaba tan oscura que apenas distinguía su figura tendida sobre la cama, cubierta con la colcha. No se movió, y Cecilia sonrió satisfecha. Se había dormido, así que ni siquiera se habría dado cuenta de su retraso. Ahora ya podía acercarse sin miedo y dejarle la bandeja en la mesita, a la cabecera de la cama. Cuando despertara podría tomarse su aspirina y pronto se sentiría mejor.

La observó de reojo. Su semblante estaba relajado, libre del rictus que

la jaqueca le provocaba. Sin duda dormir era la mejor medicina contra aquellos condenados dolores de cabeza. No sabía por qué estaba tan nerviosa, ni por qué estaban allí, en un hotel, por lujoso que fuera, tan cerca de casa. Se recordó que no era cosa suya...

Entonces notó algo extraño. Al principio no supo qué era, pero percibió algo, algo antinatural... Se quedó quieta, atenta a cualquier señal alrededor, pero no ocurrió nada. Doña Asunción dormía, y su respiración era profunda. Se encogió de hombros y finalmente abandonó la habitación. Volvería en una hora, si es que su señora no la mandaba llamar antes. Aún tenía que bajar a la lavandería a recoger uno de sus vestidos.

Su sorpresa fue mayúscula cuando se encontró con que las encargadas de la limpieza de la ropa del hotel aún no lo tenían listo. Recibió sus disculpas con un mohín. Por lo visto la llegada de aquel grupo de italianos tenían a todos los empleados revolucionados. Por lo que pudo saber se trataba de un nutrido grupo de veinte personas de alto poder adquisitivo, y acababan de llegar a San Sebastián aquella misma mañana, sin previo aviso. Cecilia tuvo que escuchar las nerviosas explicaciones de la lavandera, y esperar dos horas antes de que al fin le entregaran el dichoso vestido. Por suerte, en todo aquel tiempo nadie la buscó, lo que significaba que Doña Asunción seguía durmiendo.

¿Y si no la despertaba? Al fin y al cabo había pasado muy mala noche. Si necesitaba tanto descansar, ¿no le agradecería que la dejara tranquila? La doncella dudó, pero al fin optó por retrasar el momento de despertarla. Si Doña Asunción se levantaba, ya la mandaría buscar.

Pasaron dos horas más, y llegado el mediodía, su señora no daba señales de encontrarse mejor. Cecilia empezó a preocuparse. Subió en el ascensor a la tercera planta donde estaba su habitación. Al salir al rellano, vio de refilón que alguien de negro se marchaba escaleras abajo, seguramente algún huésped de una de las habitaciones contiguas.

Abrió la puerta y entró. Dejó el vestido sobre el diván. Todo estaba tal cual lo había dejado, silencioso y en penumbra. De nuevo la asaltó aquel mal presentimiento, y su corazón saltó en su pecho, como una advertencia. La joven corrió al cuarto de su señora y se asomó. Seguía allí, en la misma postura. No podía ser que tuviera tanta necesidad de dormir... Se acercó, y puso su mano ligera y fresca sobre su frente. Estaba tibia. No se escuchaba nada. El vaso y la aspirina continuaban en la bandeja sobre la mesita. Era

muy raro. Se enderezó, y decidió que era hora de despertarla. Corrió las cortinas para que entrara la luz del mediodía. La vista desde allí era espléndida. La bahía lucía su mejor estampa, bañada por un mar que bajo aquel cielo despejado se teñía de un azul intenso, y la isla Santa Clara emergía en medio, coronada de verde. Algunas embarcaciones flotaban apaciblemente en el agua, y la marea baja permitía contemplar la playa de la Concha en toda su extensión dorada. Había muchas personas por el paseo, sobre todo en torno a los Relojes. Cuando salía el sol, la gente aprovechaba al máximo la ocasión. Además, había llovido tanto últimamente, que los donostiarros sentían que empezaban a enmohecer.

Cecilia apartó la mirada con esfuerzo de aquella postal maravillosa. Añoraba el verano, pero pronto llegaría y podrían disfrutar de la playa. A Doña Asunción le gustaba mucho tomar el sol y bañarse, y siempre la llevaba con ella. Se volvió con una sonrisa, y la contempló. Estaba pálida. Había dos almohadas en aquella cama doble, y la que no usaba la señora estaba mal colocada. La habría movido al acostarse, aunque a ella le había parecido antes que estaba en su sitio.

—Vaya —murmuró. Se acercó para devolverla a su lugar, apenada de ver a la señora tan desmejorada. Pensaba que se habría recuperado, pero lo cierto era que tenía mal color.

Colocó y ahuecó la almohada con esmero, y de nuevo puso su mano liviana sobre su frente. ¿Estaba más fría que antes? Eso le pareció... ¿O acaso no respiraba? Se asustó. Acercó su cara a la de su señora, y trató de percibir su respiración. No escuchó nada. Puso su mano cerca de sus labios...

—¡Ay, Dios! —exclamó.

Doña Asunción no respiraba. Se le escapó un grito, trato de despertarla, le dio unos golpecitos suaves en las mejillas, pero estaba inanimada, cada vez más fría. Estaba muerta. Alucinada, se quedó helada a su lado, sin saber qué hacer. Luego reaccionó. Tenía que dar aviso...

Cuando al cabo de dos horas el médico del hotel salió del dormitorio, fue para certificar su muerte. Un gran revuelo sacudió el Continental. Doña Asunción Clarín, viuda de Don Carmelo Berriozar de Azkarate, era muy conocida y respetada, y la noticia de su fallecimiento corrió como la pólvora entre el personal, y más tarde por la ciudad. El doctor dictaminó muerte natural, y asintió comprensivo cuando Cecilia le relató sus frecuentes jaquecas.

–La atacaban muy a menudo, pero porque estaba preocupada por algo, porque en general estaba muy bien de salud...

–A veces, a estas edades –Asunción rondaba los sesenta años–, la muerte se presenta sin avisar. Puede que su corazón haya dejado de latir mientras dormía. Alégrese, niña, ha sido una muerte muy dulce, no creo que se haya enterado...

Pero Cecilia lloraba, no sólo porque había empezado a cogerle cariño a aquella mujer altiva y exigente, sino porque se quedaba sin un buen empleo. No encontraría otra posición tan bien remunerada como aquella...

La espléndida mansión de los Kauffman, en uno de los barrios más exclusivos de Madrid, era la envidia del vecindario, con su notorio estilo victoriano y sus extensos jardines, muy cuidados, rodeando la propiedad. Contaba con un palomar de grandes dimensiones, instalado en un antiguo quiosco de planta circular e inspirado en la llamada «arquitectura del hierro», la misma que había dado fama a la Torre Eiffel. Estaba enteramente realizada en hierro forjado tintado de blanco, y cristal, con curiosos motivos florales adornando toda la estructura. A Corinna Kauffman le encantaba pasar allí las tardes, cuidando de las aves que coleccionaba, palomas mensajeras de blanco plumaje. Sin embargo, hacía ya una semana que no las atendía, sino que había mandado a un criado que se ocupara de esa tarea. La razón no era otra que Ana H. Murria y la carta que había recibido de ella desde San Sebastián.

Corinna estaba preocupada por el tono que la joven había empleado para relatarle la fuente de sus desdichas. Había amargura en cada línea, tristeza, y miedo. Era ese miedo lo que la tenía en vilo. Le resultaba muy

inquietante el retrato que le había hecho de su madre, Margarita Clarín, y aún más la situación que retenía a la joven en la villa familiar, con su padre tan enfermo. Tan inquieta estaba, que había acabado por mostrarle la carta a su marido. Era consciente de que no eran asuntos que a Ana le gustara airear, pero había creído que la situación requería de la opinión de Friedrich. Él apreciaba a la joven tanto como ella, y se hubiera sentido desairado, y con razón, si algo le sucedía a la muchacha habiéndole ocultado la verdad.

Estaban reunidos en el gran salón con que contaba su residencia, Friedrich sentado en un diván, y ella paseando nerviosa entre las plantas que lo adornaban, distraída mientras retocaba sus grandes hojas palmeadas. Cortaba hábilmente algunas de las más amarillentas, que estropeaban el conjunto.

Su marido estaba leyendo la carta en ese momento, sumido en un silencio que se iba tornando tenso según adelantaba en su lectura. La joven había escrito tres páginas por las dos caras, con una letra apretada y urgente que daba fe de su estado emocional. Cuando terminó las dejó caer con fuerza sobre sus piernas cruzadas, sin soltarlas, y lanzó una mirada a su mujer por encima de sus gafas redondas, la cual en ese momento le daba la espalda.

–Es truculenta la historia de Ana, no lo niego –lucía un cuidado bigote que le daba un aire muy marcial. Se lo atusó, en un gesto muy suyo que empleaba cuando necesitaba reflexionar–... Aun así, no veo qué podemos hacer nosotros. Es su madre...

–¿Su madre? –Corinna se volvió al punto, con aquel elegante y enérgico modo de moverse que tenía–. Perdona, Friedrich, pero yo, madre le llamo a otra cosa... ¡Esa mujer es un demonio!

–Y estoy de acuerdo, pero no debemos inmiscuirnos en eso, ¿no crees? Al fin y al cabo, su padre tendrá algo que decir también...

–¡Ja!

–¿Qué significa ese «ja»? Corinna...

Los ojos grises de Friedrich la atravesaron. Conocía bien a su esposa para saber que algo tramaba, y no le gustaba lo que pudiera estar pensando. Dejó a un lado la carta y se levantó para acercarse a ella.

–Mi reino por sus pensamientos, señora Kauffman...

–Le he cogido mucho cariño a Ana, y lo sabes.

–Yo también, querida...

Corinna meneó su ondulada cabellera rubia, y posó sus ojos, de un

azul irresistible, sobre él. Su rostro anguloso demostraba un carácter decidido, y el modo en que tensaba sus labios cubiertos de carmín rojo, aún resaltaba más esa faceta de su personalidad.

–Cuando hablé con ella por teléfono me dejó intranquila, pero ahora... No puedo quedarme al margen, Friedrich... ¡me necesita! Esa carta es una llamada de auxilio, ¿no lo ves?

–Te recuerdo que Ana trabaja para nosotros. Aunque se haya convertido casi en una hija... es una empleada. Qué vas a hacer, ¿presentarte allí, en su casa, y traértela de vuelta?

En el momento en que lo preguntó adivinó la respuesta en el modo en que su mujer se quedó mirándole, muy quieta.

–No... ¡No! Corinna, no puedes... ¡No debes... hacer eso! ¿Qué crees que pasará? ¿Que su madre te invitará a entrar y que aceptará que te lleves a su hija así sin más?

–Si Ana quiere...

–¡Estás decidida!

–Bastante, del todo. Quería que supieras que planeo salir mañana mismo.

–¿Mañana? ¿Y la fiesta de beneficencia que llevas un mes planificando? ¡No puedes faltar! ¡Eres la anfitriona! –Friedrich estaba delante de ella, por una vez fuera de sí. Más que por la fiesta, era por las consecuencias de lo que su esposa pretendía hacer–. Corinna, escúchame...

–Está decidido, pensaba ir a comprar el billete esta misma tarde.

–¿No puedes esperar al menos...? –rogó él derrotado. La conocía bien para saber que no iba a dejarse convencer una vez que había tomado una decisión. Por otra parte, estaba en parte de acuerdo con ella en que Ana necesitaba ayuda–. Hasta después de la fiesta... ¡es dentro de sólo dos días!

La cara de Corinna se demudó. Sabía bien cuándo era la fiesta, pero se le hacía una eternidad esperar tanto, porque intuía que Ana lo estaba pasando verdaderamente mal. Friedrich y ella se sostuvieron la mirada, el uno retando a la otra, en una batalla de voluntades. Fue él quien la ganó, él... y la sensatez de Corinna. Por dos días, no parecía lógico que dejara Madrid así, sin más, con una lista de más de cien invitados, y un sinfín de preparativos que sin duda aún necesitaban de su atención. Antes de que su marido dijera nada más, suspiró e hizo un mohín para darle a entender que estaba conforme. Él la besó en la mejilla y la abrazó.

–Haces lo correcto, querida.

–Pero podrías ir tú.

Friedrich abrió los ojos. No había esperado esa respuesta. Entrecerró los ojos. Ahora se sentía manipulado por su mujer.

–No.

–¿Por qué no? Odias este tipo de eventos, sé que te hago un favor, ¡y seguramente tú impondrías más respeto a la señora Clarín! Si hablas de tú a tú con su padre... Parece un hombre razonable... Sin duda accederá a que Ana regrese, y si es ayuda económica lo que necesitan...

–No, no, no... Yo no pinto nada en San Sebastián, Corinna. No lo haré. Ni hablar.

–Eres intratable –rugió ella–. Está bien, nada más terminar la fiesta, me iré. Y si es necesario, volveré con Ana y con su hermana Celia. ¿Estás de acuerdo con eso?

–Lo estaría si no fuera porque su madre no lo permitirá, y ahí habrá acabado todo.

–Pero olvidas a su padre. Por lo que dice en la carta, él también prefiere que se vuelva a Madrid, no se negará si es por el bien de sus hijas. Además, está muy enfermo, no creo que esté en condiciones de bregar con una mujer como la que tiene...

–Corinna...

–Puede que tengas que utilizar tus influencias para forzar la situación, Friedrich...

–¡No haré tal cosa! –ahora se estaba enfadando–. Escucha, querida, Ana te ha pedido que le demos un mes o dos, y no ha pasado ni una semana desde que te llamó, ¡y ya quieres correr a rescatarla! ¿No crees que deberíamos darle un margen de confianza? Estoy de acuerdo en que la carta es preocupante, pero no como para que lo dejes todo y cojas un tren... ¡Mucho menos para utilizar mis influencias! Esperaremos –anunció con talante autoritario–, y si no sabemos nada más de ella, o vuelve a ponerse en contacto con noticias aún peores... entonces te prometo que hablaré con el cónsul.

A su mujer no le gustó ni su tono ni su decisión, pero tenía que reconocer que era sensato lo que decía. Se guardó bien de enfrentarse a él, porque estaba convencida de que pronto la realidad le daría la razón, y entonces iba a necesitarle.

Quedaban dos días para la fiesta de beneficencia, y a la señora Kauffman se le pasaron volando, entretenida en los innumerables preparativos. Enviar invitaciones, escoger los aperitivos, las flores, los adornos para las mesas, la cubertería, la música... Una tarea ímproba que realizó con absoluta y metódica resolución, aunque en ningún momento se olvidó de Ana.

Estaba más preocupada de lo que había querido confesar ante su marido. Él no había escuchado su voz por teléfono, ella sí. La joven no se lo había contado todo, ni durante aquella llamada, ni por carta, e intuía un trasfondo muy oscuro bajo el relato que se había permitido compartir. Claro que Friedrich no la conocía tan bien, aunque la quería mucho.

Se probó el vestido que finalmente llevaría durante la fiesta, entusiasmada con el modo en que resaltaba su esbelta figura. Ana lo había arreglado para ella, tenía unas manos de oro. Una modista externa se agachaba en aquel momento a sus pies, recogiendo un poco más los bajos, pero no tenía su habilidad, ni su encantador humor, que tanto la hacía reír, con sus ingenuas ocurrencias.

Frunció el ceño. Estaba segura de que si permanecía mucho más tiempo en San Sebastián, acabaría decidiendo sacrificarse y se establecería allí, con su familia. ¡Tiraría su futuro por la borda! Ella creía firmemente que Ana podía labrarse un porvenir muy prometedor, lejos de los convencionalismos sociales que imperaban en la España de Franco. Las mujeres estudiaban y trabajaban hasta que conocían a un hombre con el que casarse y formar una familia, y ahí se quedaba todo, entre las paredes del hogar, con los fogones y los pañales. Pues bien, ella tenía otros planes para Ana, y estaba dispuesta a pasar por encima de su familia. La enviaría fuera si hacía falta, ¡a París!, donde ya se recuperaban de una guerra larga y cruenta.

Antes de que tuviera lugar la fiesta, ya había decidido que no esperaría tanto a tener noticias. Le enviaría un telegrama a Ana para saber si había recibido el dinero que le había enviado, y para exigirle que la llamara de inmediato.

La Guardia Civil cayó sobre Miguel Zárate con rapidez y limpieza, en una operación discreta que se desarrolló al atardecer del viernes en los alrededores de su domicilio. Le habían despedido de su empleo en Correos después de sólo seis meses, debido a sus continuas faltas y a su actitud contestataria. Había sido fácil localizarle y seguir sus movimientos. Su responsable en Correos le había descrito como un hombre vago, poco respetuoso con las normas, y muy mujeriego. Habían recibido numerosas quejas de sus empleadas, a las que tenía por costumbre acosar en cuanto se presentaba la más mínima ocasión, sobándolas el culo, o intentando propasarse. Una de ellas incluso había presentado una denuncia, porque le tenía verdadero miedo.

Vivía en un piso alquilado de la calle Prim, entre muebles viejos y ropa sucia. Zárate era desordenado, solitario, y tenía por costumbre salir por las noches, de lo cual había dado fe el sereno de la zona. Cuando la Guardia Civil echó abajo la puerta de su casa, trató de escapar, arrollando a dos hombres en su empeño por evadirse escaleras abajo. Habían necesitado cuatro personas para reducirle...

Berriatua había encabezado la operación, y ahora preparaba el papeleo, tras su ingreso provisional en las celdas del cuartel de Ondarreta. Quería interrogarle cuanto antes, excitado por la posibilidad de que hubieran atrapado por fin al autor de los estrangulamientos. Cada vez tenía que responder más preguntas del alcalde, e incluso había recibido la visita de un

miembro del ministerio, interesándose por la situación. Nunca en toda su vida había presenciado un caso así. San Sebastián era una ciudad cosmopolita, pequeña y amable... Se negaba a pasar a la historia como un inútil incapaz de resolver aquel asunto. Si tenía que exprimir a Zárate como a un limón para que confesara... Gálvez tocó la puerta en su despacho y se asomó a medias.

–Hay alguien que quiere verle, señor –anunció.

–¿Quién es? –Berriatua le miró con mala cara, porque le había pedido expresamente que nadie le molestara.

–Un tal Antonio Cuevas, de El Diario Vasco.

Ahora Berriatua alzó las cejas, sorprendido. ¿Un periodista? La curiosidad le invadió, así que alzó la mano indicando a Gálvez que le hiciera pasar. Era de la opinión de que era mejor saber a qué atenerse que cerrar las puertas y negarse a ver lo que uno tiene alrededor. Un hombre de estatura media, anodino y con una severa calvicie que avanzaba a pasos agigantados desde su frente hacia la coronilla, hizo acto de presencia. Era muy moreno, y tenía unos ojos rasgados sombreados por unas largas pestañas que llamaban la atención. Por lo demás, sus rasgos eran difíciles de memorizar, porque resultaban insípidos y faltos de expresión. Iba embozado en un largo gabán color crema, completamente mojado, y sostenía un sombrero a juego entre las manos. Saludó con algo de nerviosismo, y se sentó cuando Berriatua le indicó que podía hacerlo. Llevaba una carpeta bajo el brazo.

–Buenas noches, capitán...

–...Berriatua –le cortó secamente. Dejó a un lado lo que estaba haciendo y le dedicó toda su atención, decidido a acabar con aquella entrevista rápidamente–... ¿Qué se le ofrece?

–Soy Antonio Cuevas, de El Diario Vasco, y he tenido conocimiento de que se están cometiendo algunos asesinatos en San Sebastián. Ya he recopilado bastante información y quiero hacerle algunas preguntas para publicarlo cuanto antes –dicho esto, depositó la carpeta sobre la mesa, en la que había notas, esbozos redactados sobre el asesinato de Cristina Enea y el de Urgull, y algunas fotografías.

Aquello tomó al veterano Guardia Civil por sorpresa. Había puesto todo el celo en que nadie tuviera conocimiento de lo que estaba pasando, más aún con los periodistas. De hecho, los únicos con autorización para seguir el caso, en exclusiva, eran Gabriel Ugalde e Ignacio Damasco, de «La Nueva Voz», y segundo porque aquel individuo aseguraba tener toda la información.

Al instante se le subió la sangre a la cabeza, sobre todo ante la prepotencia de aquel insípido personaje, que daba por sentado que iba a poder publicar algo.

–No sé qué cree que sabe, pero sí sé que no va a publicar nada –le aseguró con severidad.

–No es lo que creo, es lo que he visto. Incluso tengo fotografías, y creo importante que los ciudadanos sean conscientes del problema que tenemos... Dígame, ¿saben ya quién es el asesino?

Berriatua dio un puñetazo sobre la mesa y se levantó, echando atrás su silla con violencia. Cuevas se asustó.

–¡Gálvez!

Al punto el Guardia Civil hizo acto de presencia.

–Requise a este hombre toda la documentación que lleve encima.

–¿Qué...? Pero oiga, no puede hacer eso...

–...y si se resiste le detiene y le encierra...

Cuevas protestó con vehemencia, exhibiendo sus credenciales como periodista, pero de nada le sirvió.

–Mire usted, señor Cuevas, se lo advierto. El ayuntamiento está poniendo especial cuidado en que no se sepa nada de este asunto, ¿lo entiende? Yo mismo me estoy ocupando de que quede en el más absoluto secreto hasta que lo crea necesario, ¿estamos? ¿Tiene más documentación aparte de esa carpeta que lleva encima?

–No...

–Gálvez...

Éste se adelantó y recogió la carpeta con todo lo que Cuevas había recopilado clandestinamente.

–Si vuelvo a verle por aquí, o si veo publicada la menor mención al caso en su periódico, le encierro, ¿estamos?

Cuevas asintió, blanco como la pared. La mano de Gálvez le apretaba del brazo con rudeza, recordándole dónde estaba y lo mucho que se arriesgaba contrariando al Capitán al mando.

–Llévatelo...

A Berriatua le costó un rato calmarse. Si aquel personaje se había saltado la seguridad por él establecida, debía haber hecho algo mal, y eso le pesaba en el orgullo. Se le acumulaban los problemas. No estaba acostumbrado a cometer ningún desliz. Además, para empeorar las cosas, aún estaba pendiente de que Ugalde publicara o no su artículo en «La Nueva

Voz». Esperaba que hubiera captado el mensaje y que se las arreglara para frenar a Galarza. Le tenía muchas ganas al director de ese periódico, y se estaba arrepintiendo de haber aceptado colaborar precisamente con un caso tan delicado.

Cuando estuvo solo, regresó a su papeleo y se aprestó a interrogar a Zárate. Estaba convencido de que no le costaría arrancarle una confesión.

Gálvez se reunió con él al cabo de un rato. Le confirmó que se había deshecho del molesto periodista. El preso esperaba en la sala de interrogatorios.

Era el momento que habían estado esperando. Si Zárate resultaba ser el autor de los cinco crímenes, supondría para ellos un gran éxito. Si no lo era, tendrían que seguir investigando, y la presión por parte del ayuntamiento era cada vez mayor. Berriatua sabía que podían relevarle del caso e incluso destituirle. Su carrera quedaría enfangada para siempre.

Encontraron al detenido sentado en una silla en medio de la sala de interrogatorios, esposado de pies y manos. Una bombilla colgaba desnuda del techo. Iluminaba lóbregamente el lugar, arrancando duras sombras a los contornos de un espacio cuadrado, con las paredes desnudas, y al rostro contraído del prisionero. No había ventanas, sólo hormigón, y el suelo era liso, de cemento, inclinado hacia un sumidero situado en el centro, bajo su silla. Cuando oyó que Berriatua y Gálvez entraban, se revolvió. Conservaba en su rostro algunos golpes recibidos durante su detención. No parecía tener miedo, sólo estaba rabioso.

Era un tipo grande, musculoso, y con una densa mata de pelo color castaño que caía sobre su rostro en mechones desiguales. Gruñó algo y escupió al suelo. Gálvez ignoró su gesto. Su obligación era recordarle sus derechos en voz alta y después ir cantando la larga lista de acusaciones que pesaban sobre él. Cuando hubo acabado, los tres quedaron en silencio. Zárate sorbió por la nariz. Mantenía la mirada en el suelo, demostrando así su rechazo a su actual situación.

—Soy el Capitán Berriatua, y estoy al mando del caso, junto con el sargento Gálvez. Miguel Zárate, ¿cómo se declara?

—No sé nada de todo eso —rugió con desprecio—. ¿Qué pruebas tienen para tenerme preso?

—Por fortuna tenemos el testimonio de una de sus víctimas, que escapó por los pelos de acabar como las otras. Natalia Elizalde asegura que

usted la pegó, maltratándola hasta el extremo de que casi la mata. ¿Pensaba estrangularla también?

–No conozco a esa tal Natalia...

–Pero ella a usted sí, y con eso basta, ¿estamos?

–¿Tengo elección?

–No. Verás Zárate, nos ha dado la identidad de las cinco muchachas muertas, una por una –mintió deliberadamente–... De nada ha servido que les machaque la cara hasta hacerlas irreconocibles...

Zárate soltó un bufido, y Gálvez saltó sobre él, propinándole un brutal puñetazo.

–A ver si nos entendemos, que no está usted de paso por aquí, que va a estar de visita hasta que nosotros queramos, y nuestra labor va a consistir en ser lo más atentos que podamos, ¿me sigue?

Una marca roja empezó a extenderse por el pómulo del preso, que clavó sus ojos saltones en Berriatua, y luego en Gálvez. Ahora había miedo en ellos. Había desaparecido la arrogancia.

–Y bien, no me haga perder el tiempo... Cinco víctimas, todas estranguladas. ¿Por qué machacarles la cara con una piedra?

El interrogatorio duró cuatro horas, durante las cuales Gálvez se empleó a fondo con Zárate para obtener de él una confesión. Le preguntaron por sus motivos, dónde había estado la noche en que se había cometido cada crimen, e incluso le acusaron de la desaparición de Isabel Murria, algo que despertó en él una súbita reacción de cólera, como si ese detalle le hubiese herido en su orgullo mucho más que todo lo demás. Negó a gritos haber hecho desaparecer a la joven, les insultó, retorciéndose como un loco, y sólo cuando Gálvez se ensañó con él propinándole una tanda de golpes, se resignó a su suerte y se encogió en su silla. Soportó la tortura con entereza, más allá de lo que Berriatua hubiera esperado de él.

Para cuando acabaron, el suelo estaba lleno de sangre, y Zárate tenía el rostro inflamado, sangriento y lleno de moretones, varias costillas rotas y una rodilla hecha pedazos. No habían conseguido que confesara nada. Únicamente había admitido haberse acostado varias veces con Isabel Murria, que ella le había ofrecido voluntariamente sus servicios, y que había estado dos veces en su casa, en la calle San Jerónimo número veintiuno, hasta que ella había decidido cortar con él por motivos que desconocía. De su boca habían salido insultos contra la chica, tildándola de calientabraguetas,

asegurando que le había sacado todo su dinero... Más allá de eso, no hubo manera de arrancarle nada. Enseguida enviaron a alguien al piso, para comprobar la veracidad de sus afirmaciones.

Berriatua abandonó la sala de interrogatorios hecho un basilisco, aunque no se daba por vencido.

–¡Enciérralo en el sótano! –ordenó a Gálvez–. ¡A ver si una noche en la celda de incomunicados le refresca la memoria! Mañana otra tanda...

–No aguantará –aseguró Gálvez.

–¡Pues coge de una vez a «la francesa», Gálvez! Si ese hijo de puta es el estrangulador, ella le identificará, ¡y con eso será suficiente! ¿Estamos?

Gálvez no se atrevió a contradecirle. Cuando Berriatua soportaba demasiada presión, se ponía de mal humor y era como una olla de vapor sin válvula de escape. Llevaban una semana detrás de «la francesa» sin haber podido siquiera acercarse. ¿Cómo iban a cogerla? Dudaba incluso de que existiera. Más bien parecía un fantasma burlón, ¿cómo se atrapa a un fantasma? Estaba harto de tener que andar por los montes, arrastrándose por cada agujero que encontraban. Sobre todo porque estaba convencido de que la loca no iba a aportar nada al caso. Nadie se tomaría en serio su testimonio...

Aquella noche la pasaron despiertos, repasando una y otra vez lo que tenían. Ignoraban quiénes eran y dónde vivían las cinco chicas muertas, todas ellas eran personas solitarias, sin familia ni recursos. Quienes las hubieran conocido de vista, vecinos, comerciantes que trabajasen en el entorno donde se movían, no podían decirles nada sobre ellas. Muchachas anónimas, sin rostro... Eran un callejón sin salida.

Al día siguiente, sábado, Berriatua compró un ejemplar de «La Nueva Voz» a un repartidor. Era el día en que, según Ugalde, Galarza iba a publicar su artículo sobre el estrangulador. En la primera página no había nada... Su semblante crispado se relajó. Pasó las páginas con rapidez, rebuscando en todas, de la primera a la última. Nada.

Así que Galarza no había publicado la noticia. Escribió una nota para Ugalde, satisfecho de que hubiera logrado frenar las pretensiones de su director. No sabía cómo lo había hecho, pero le estaba agradecido. Las consecuencias para él hubieran sido desastrosas. Le advirtió de la intromisión de Antonio Cuevas en el caso, para que anduviera con ojo, aunque de todos modos iba a tener una conversación con el director de El Diario Vasco.

Entonces, cuando empezaba a sentirse más predispuesto a preparar un nuevo interrogatorio que hiciera confesar de una vez por todas al prisionero, uno de sus hombres se presentó ante él, azorado y muy pálido. Berriatua leyó en su mirada que algo grave había ocurrido... y no supo por qué, pero adivinó de qué se trataba sin que el joven Guardia Civil tuviera que decírselo. Después de todo, se habían equivocado de hombre.

—¿Dónde? —se limitó a preguntar.

—En la bahía... Por suerte ha sido un pescador el que ha encontrado el cuerpo. Lo atrapó con su red... No dirá nada, nos hemos asegurado de eso...

Berriatua se dejó caer en la silla. Otra víctima, la sexta.

—¡Gálvez! —cuando éste se presentó, le ordenó mantener a Zárate preso mientras comprobaban si la nueva víctima había muerto durante su encierro o no. El sargento no se sorprendió. Al ver el gesto de su capitán se cuadró y salió inmediatamente a cumplir sus órdenes—. ¿Dónde está la víctima?

—La tiene ese pescador en un cobertizo del puerto. Ya hay varios hombres custodiándolo.

—Maldita sea mi estampa...

La persona que había hallado el cadáver resultó ser un hombre mayor, muy curtido, que solía salir todas las mañanas en su bote, cuando el tiempo lo permitía. Se llamaba Serafino Esnaola, y a sus sesenta años de edad jamás había sido testigo de un crimen tan atroz. Contó a Berriatua lo mismo que ya le había adelantado a su subordinado, que acababa de echar su red de pescar, sentado en su bote en medio de la bahía, cuando algo se había enganchado a ella. Al principio había pensado que con los temporales que estaban asolando la costa, seguramente había dado con algún desperdicio procedente del puerto o de algún barco. Sin embargo, al recoger la red y tirar de ella para comprobarlo, se había encontrado con una dura realidad. Ante sus ojos, flotando enredado en su red, había un cuerpo. Al principio no había querido ni tocarlo, pero después había alargado el brazo para voltearlo, y entonces había descubierto que se trataba de una mujer joven, con la cabeza aplastada y la cara completamente destrozada, irreconocible. Había vomitado sin poder evitarlo, se había santiguado, y al fin, haciendo acopio de valor, había decidido recogerla para llevarla a puerto. La buena suerte había querido que Esnaola tuviera en su bote una manta. La había utilizado para cubrir el cadáver, tras izarlo en varias intentonas. Gracias a ella nadie había visto nada.

Que hubiera pensado acudir en primer lugar a una pareja de la Guardia Civil que hacía la ronda en el muelle era un milagro. Cuando Berriatua le preguntó al respecto, aseguró que el cuerpo debía haber sido arrastrado por las corrientes desde algún punto de la costa, no desde el río. La víctima debía haber muerto durante la noche anterior, porque el cuerpo no presentaba la hinchazón característica, ni había salido a flote, como ocurre cuando un cadáver lleva varios días sumergido. Eso descartaba a Zárate como asesino. Pero Berriatua no iba a soltarlo hasta que le hicieran la autopsia.

Cuando entraron al cobertizo, donde el buen hombre guardaba sus aperos de pesca, encontraron el cuerpo sobre una mesa, aún cubierta con aquella vieja manta. Berriatua la destapó. Una mata de cabello castaño se secaba, apelmazada y sin brillo a causa del salitre del mar, alrededor de una masa de carne machacada. En aquella ocasión también la cabeza había sido aplastada, y, como siempre, presentaba todos los huesos del cuerpo rotos, y las articulaciones desconyuntadas. Las habituales marcas azuladas aparecían alrededor de su garganta, exactamente igual que siempre. A juzgar por su aspecto, efectivamente, no llevaba mucho tiempo en el agua.

Habían estado perdiendo el tiempo con Zárate, un acosador del tres al cuarto... En cualquier caso, tal vez la paliza que le habían dado sirviera para frenar sus impulsos al menos una temporada, y no le vendría mal pasar un par de noches más en el calabozo.

Ordenó el levantamiento del cadáver, y recordó a Esnaola que no debía contar nada de aquello, o se jugaba un futuro muy negro en prisión.

—¿Me ha entendido?

—Sí señor...

Después de la tremenda disputa que habían tenido con Galarza, Gabriel y su compañero habían sido despedidos, a menos que entregaran toda la documentación del caso antes de una semana. El director del periódico había montado en cólera, incrédulo ante la actitud díscola de sus empleados. Había exigido que presentaran su trabajo una y otra vez, antes de que cerraran la imprenta el viernes por la noche, amenazándoles con toda suerte de calamidades. Sin embargo, ambos jóvenes se habían mantenido firmes. Sabían que no habría mayor calamidad que la mano de Berriatua destruyendo su futuro.

Finalmente la publicación del sábado salió sin la noticia, y ellos se tomaron el fin de semana para recuperar fuerzas. No habían abandonado el caso, todo lo contrario, y jugaban con una buena baza. Tenían la exclusiva, y si Galarza se negaba a readmitirles en su puesto dentro de «La Nueva Voz», otro periódico lo haría de mil amores. Su único temor era que otro periodista acabara por saberlo todo.

La mañana del sábado Gabriel despertó en su cama, acuciado por una amarga sensación. No era su situación con todo aquello, eso no le preocupaba demasiado. Era el hecho de que continuaba sin saber nada de Ana. Lo cierto era que había estado muy agobiado de trabajo, pero ahora que su mente encontraba espacio para relajarse, y después de dormir más de diez horas, volvía a ser para él una prioridad. No saber nada ya era un mal síntoma. Significaba que no había sido capaz de salir de la casa familiar donde su

madre las tenía retenidas, a ella y a su hermana menor. Significaba también que Berriatua no había mandado a nadie a la villa Santa Engracia para sacarlas. Había contado con que el Guardia Civil pusiera de su parte con el asunto, pero al parecer lo consideraba poco importante. Probablemente no pensaba hacer nada al respecto.

Se espabiló de golpe y se levantó. Era consciente de que no iba a poder hacer mucho, pero necesitaba acercarse a la villa Santa Engracia y comprobar por sí mismo la situación. Después insistiría con Berriatua, para ver si había algo que se pudiera hacer, aunque ya adelantaba la respuesta. Estaba agobiado con el caso, y en asuntos familiares la Guardia Civil no entraba; en principio, el hecho de que Margarita Murria tratara a sus hijas con más o menos maldad, que las tuviera estrictamente bajo su vigilancia, recortando incluso sus libertades, no era constitutivo de delito.

–Pareces preocupado, hijo, ¿qué ocurre?

Su madre le miró con aquellos ojos cansados. Leía en él como en un libro abierto. Gabriel desayunaba sentado a la mesa, junto a Elena, a la que había bajado de su habitación en brazos. Se había arreglado y vestido para salir enseguida a buscar a Ana.

–No es nada, madre. Cosas del trabajo.

–¿Aún tengo que guardar... eso? –Elena quería saberlo.

–Sí, más que nunca. Hasta que yo te lo diga.

–Vale –sonrió ella.

La joven estaba más animada, encantada de sentirse útil por una vez. Estaba segura de que nadie adivinaría jamás dónde había escondido los controvertidos papeles.

–Damasco estuvo amable cuando vino –murmuró sonrojándose.

Gabriel dejó de masticar y la miró con gravedad.

–Sólo vino porque yo se lo pedí, para darte los sobres. Cuánto hace que no le ves... ¿desde el accidente? –decía aquello con respetuoso cariño—. Recuérdalo bien, Elena. No te conviene... Créeme, harías bien en olvidarte de él.

–Pero es tu amigo, ¿o no?

–Es un amigo, pero respecto a las mujeres –meneó la cabeza con disgusto—. ... No es de fiar, y no quiero que te haga daño.

–Gabriel tiene razón, cariño. Si fuese como es debido, habría venido a verte mucho antes –añadió Miren palmeando su antebrazo con aquella mano

retorcida por la artrosis.

Elena contuvo un mohín de desagrado, convencida de que la protegían demasiado.

–He de irme –Gabriel se levantó de la mesa y besó a su madre y a su hermana.

–¿Vendrás para comer?

–No lo sé, madre. No me esperéis.

Salió de la casa enseguida. Llovía débilmente, así que se puso el abrigo y abrió el paraguas, harto de ver el cielo gris, y de la humedad, que se le metía a uno en el cuerpo. Una terrible urgencia por saber de Ana le estaba consumiendo. Aceleró el paso para llegar cuanto antes a su casa.

El muro que delimitaba el cerro de San Bartolomé se alzaba muy alto y cubierto por la vegetación, que colgaba desde arriba y crecía en las grietas, entre las piedras. Miró hacia arriba, por encima de él, hacia la villa Santa Engracia. Se sentía tan impotente... Pasó delante de la entrada que conducía hacia el colegio Compañía de María y empezó a subir por la cuesta hasta la verja que daba paso al camino que subía a la villa. Al otro lado, al final de dicha cuesta, se veía el edificio, una casona de tres plantas que había sido señorial, pero que ahora aparecía vieja y descuidada. Su fachada de piedra se agrietaba en varios puntos y sus ventanas se asomaban como ojos cansados hacia el patio y el huerto abandonado. Gabriel tomó aire y abrió la pesada reja. Era la primera vez que pasaba de aquel punto, y una extraña emoción le embargó. Se daba cuenta de que saber que Ana estaba bien era algo más que la preocupación de un amigo. Sus emociones se dispararon llenando su corazón y su pensamiento. El día del entierro ya había deseado abrazarla, estar cerca de ella, pero ahora...

La puerta de entrada principal estaba cerrada, y había que subir unos cuantos peldaños para llegar hasta ella. Mientras se aproximaba, constató lo que la joven le había contado. Todas las ventanas de la primera planta habían sido enrejadas recientemente. Se plantó ante la entrada, bajo su paraguas, y esperó un instante. Le costaba hacer aquello, no porque tuviera miedo de Margarita Clarín, sino porque intuía que nadie le abriría. Al fin alzó la mano, con la palma abierta, y aporreó la puerta con fuerza. ¿Qué haría si le abrían la madre, qué diría? Lo primero sería lograr que le invitara a entrar...

De reojo, vio que una cortina se movía en la ventana más próxima a su derecha. Se volvió hacia ella, y entonces vio que una mujer morena le

observaba con fría serenidad. Se quedaron los dos midiéndose mutuamente, en silencio. Aquella debía ser Margarita Clarín. Era tal y como Ana la había descrito. Llevaba el cabello negro peinado hacia atrás, severamente estirado en un moño, y su semblante, aunque hermoso, carecía de humanidad. Tenía unos ojos grandes y oscuros, y una boca bonita, pero su expresión era gélida. No se molestó en ocultarse tras aquella cortina. Se limitó a observarle. Quería que supiera que estaba allí, pero que no pensaba atenderle. Gabriel aporreó de nuevo, con fuerza, e incluso la llamó, para pedirle que hablara con él. Margarita le oía perfectamente. Esbozó una sonrisa cruel, y al poco desapareció.

La puerta permaneció cerrada. Gabriel retrocedió para mirar hacia arriba, a las ventanas de los pisos superiores. Llamó a gritos a Ana y a Celia, sin obtener respuesta. Nada se movía en el interior. Cada vez más angustiado, rodeó la casa hasta toparse con la puerta de servicio, que debía dar a la cocina. También estaba cerrada.

Estuvo un rato llamando, aporreando, desesperado por no poder hacer más... Hasta que se dio por vencido. Así no iba a conseguir nada. Estuvo a punto de buscar algo con que echar la puerta abajo, pero tampoco encontró nada que pudiera servirle...

Necesitaba ayuda, ¿estaría Berriatua dispuesto a hacer algo de una vez? Esperaba que a aquellas alturas ya hubiera comprobado que no habían publicado el artículo, y que eso hubiera aliviado en parte la presión que estaba soportando... y también que le hiciera estar abierto a hablar de otras cuestiones, como la de Ana.

Caminó hacia el cuartel, frenético por la impotencia que le embargaba, cuando un hombre le asaltó, sujetándole del brazo. Sorprendido, se volvió para ver quién era, pero no le conocía.

–¿Qué hace? ¡Suélteme!

–¿Es usted Gabriel Ugalde?

–¿Quién lo pregunta?

Estaba ante un tipo de baja estatura, con un gabán largo color crema y un sombrero del mismo color.

–Soy Antonio Cuevas, periodista de El Diario Vasco.

–No tengo nada que hablar con usted –rugió Gabriel echando a andar. Sin darse cuenta había llegado al paseo de la Concha.

–¡Yo creo que sí! –le gritó Cuevas siguiéndole. También se protegía

de la lluvia bajo un paraguas negro—. ¿O acaso no le interesa saber dónde se esconde Marie Bertou?

Gabriel se detuvo, y se encaró de nuevo a él. Algo en su fuero interno le decía que aquel hombrecillo tenía algo importante que contarle.

—¿Quién es Marie Bertou?

—También conocida como «la francesa» —ahora Gabriel arqueó las cejas, asombrado. ¿Qué sabía Cuevas sobre ella? Si conocía su nombre, mucho más que él. Al punto cambió de actitud, y Cuevas se le acercó con aire confidencial—. Puedo ayudarle a dar con ella, pero quiero participar en el caso de los estrangulamientos.

—¿Qué sabe usted de eso?

—No se asuste, sé algo, pero no todo. He querido llegar a un acuerdo con Berriatua, pero al parecer no quiere que se publique nada... si no lo hace usted. Dígame, ¿tiene la exclusividad?

—¿Para qué periódico ha dicho que trabaja, Cuevas?

—Para El Diario Vasco.

—Ya... Pues yo ya no tengo trabajo, así que...

—Pero podría tenerlo, en mi periódico, si acepta colaborar conmigo...

Cuevas le miraba desde abajo sin acusar la diferencia de altura. Había verdadero interés profesional en aquellos ojos rasgados.

—Por qué tendría que confiar en usted...

—Porque sé dónde encontrar a Marie Bertou, y sé que ella es importante para desenmascarar al asesino. Dígame, ¿qué le importa más, la exclusiva para su periódico o capturar a ese asesino?

Gabriel vaciló. De todos modos no le debía nada a Galarza. Su jefe le había estado regalando los oídos con falsas promesas de ascenso desde que empezara a trabajar para él, pero en realidad sólo le interesaba su acuerdo con la Guardia Civil. Berriatua le daba acceso a información jugosa para ir por delante de otros periódicos la mayoría de las veces.

—¿Puede garantizarme por escrito que obtendré un puesto en su periódico?

—Por descontado.

—¿Y para Damasco?

—Sí —aseguró Cuevas con una sonrisa—. Ya sé que la Guardia Civil no quiere que se publique nada hasta que se esclarezcan los hechos. Berriatua se ha ocupado de dejármelo muy claro. Nos comprometemos también por

escrito a eso. ¿Qué me dice?

–Que cuando lo vea lo creeré. Mientras tanto, no compartiré nada con usted.

–Me parece justo, por eso he venido preparado. ¿Qué le parece si tomamos un café y discutimos los detalles?

Gabriel se quedó sin habla. Para ser tan bajito, Cuevas resultaba ser un tipo muy resuelto. Le cayó bien al instante. Además agradecería tomar algo en un bar para templar los nervios que le dominaban a causa de lo de Ana. Mientras hablaba su corazón golpeaba furioso contra su pecho, y su cabeza funcionaba a mil por hora planeando qué hacer para ayudarla.

Siguió a Cuevas a un bar del Boulevard, junto al reloj donde todo el mundo, sobre todo la juventud, se citaba. Estaba vacío, salvo por otros dos clientes, y contaba con unas cuantas mesas donde sentarse en el interior, lejos de la incesante lluvia. Los dos soltaron un bufido de satisfacción al librarse de sus respectivos paraguas. Una vez sentados uno al lado del otro, Cuevas sacó de debajo de su abrigo una carpeta atada con un cordel. Gabriel vio con sus propios ojos que efectivamente tenía en su poder un documento firmado por el director de El Diario Vasco, comprometiéndose a esperar para publicar la noticia hasta que la Guardia Civil lo autorizara y a darles un puesto, a él y a Damasco, a jornada completa. Sólo entonces le creyó. Tenían todos sus datos. Miró al periodista con respeto. Decía la verdad... Cuevas le invitó a tomar una cerveza mientras le contaba cómo se había topado por casualidad con el cadáver hallado en el río, antes de que la Guardia Civil se presentara, y cómo desde entonces había estado siguiendo el caso, aunque con muchas dificultades. También le explicó que Berriatua le había quitado la documentación que había estado recabando, lo que había desencadenado aquella inusual propuesta.

–Por supuesto tengo copia de todo, pero las amenazas de Berriatua me hicieron temblar, la verdad... Hablé ayer mismo con mi superior y le expuse la situación... En fin, ya ve que no le miento.

–¿Y cómo sé que lo de Marie Bertou no es un cuento?

–La han estado buscando en Ulía, pero en el sitio equivocado. Jamás darán con su escondrijo, se lo aseguro.

–¿Cómo sabe su nombre?

–Porque llevo tiempo siguiendo sus pasos –se encogió de hombros–. Es cosa mía, me parece un personaje pintoresco y quería escribir sobre ella

algún día. Es francesa, pero eso ya lo sabe todo el mundo. Lo que la gente desconoce es que nació en París, y que huyó de la guerra, o más bien de la barbarie nazi –sonrió por primera vez, como si aún se sorprendiera de lo que había descubierto–. Escapó de un campo de concentración, ¡pesando treinta y cinco kilos! Esa mujer es una superviviente del holocausto, es judía y no fue gaseada porque la suerte la ayudó... o porque la tomaron por loca. Me inclino a pensar que se hizo la loca. La torturaron, por eso le falta la mitad de la lengua, y después de escapar de un tren cargado de prisioneros directo a los crematorios, estuvo escondida en los bosques muchos años, completamente sola, cada vez más aislada de la realidad. He podido encontrar a unas cuantas personas que han llegado a conocerla bien. Se acostumbró a vivir robando de vez en cuando, siempre huyendo de otros seres humanos, y cuando acabó la guerra civil en España, cruzó la frontera, creo que por el Bidasoa, y se estableció aquí. Una curiosa historia, ¿no le parece? Y muy dura, se lo aseguro...

–Habrán tenido usted que indagar al otro lado de la frontera para llegar a saber tanto de ella.

–He viajado por toda Francia recabando historias, hasta llegar a París.

–No me extraña que no la encontremos.

–Y no lo harán. Dudo mucho que la Guardia Civil pueda atraparla, y sinceramente, espero que nunca la encuentren, pero una persona sola... Usted podría llegar hasta ella.

–Dígame dónde está y firmaré esos papeles.

–Contaba con ello –sonrió Cuevas–. Espero que sea usted un hábil escalador.

–¿Por qué?

–Porque duerme en una cueva absolutamente inaccesible, justo sobre Sagüés.

–Sobre Sagüés está Ulía, pero en esa parte la vertiente es demasiado escarpada, ahí no hay nada.

–Se equivoca, hay una cueva. Nadie la conoce, pero está ahí. Iremos mañana.

–¿Por qué no hoy, esta tarde?

–¿No ve cómo llueve? ¿quiere matarse? Mañana va a hacer sol, iremos mañana. Lleve alguna cuerda larga si la tiene, la necesitaremos.

–¿Usted va a entrar también?

–Por desgracia sufro de vértigo... No, me temo que bajará usted solo. Yo le esperaré arriba, sujetando la cuerda. Asegúrese de que la Guardia Civil se mantiene al margen, o jamás la cogeremos. ¡Ah! Y otra cosa, interrogarla será cosa nuestra. Esa pobre mujer no ha hecho nada malo y ya ha sufrido bastante, ¿está de acuerdo?

–Quiere acabar su artículo sobre ella, ¿verdad? –sonrió Gabriel.

–Eso también.

Después de su conversación con Cuevas, Gabriel se fue directo a buscar a Damasco. Había firmado los papeles, pero necesitaba que estuviera de acuerdo y que también los firmara. Cuevas le había obligado a prometer que lo de Marie Bertou lo llevarían en secreto, para preservar su futuro artículo sobre ella, y había aceptado. No le importaba y a Damasco no tenía por qué interesarle el asunto, salvo por lo que pudieran obtener de ella, que aún estaba por ver. Berriatua la había visto asomándose por encima de las rocas en Urgull, y sospechaba que tal vez hubiera sido testigo de alguno de los crímenes, pero no tenían ninguna seguridad de que eso fuera así.

Le quedaba un largo día por delante hasta la mañana siguiente. Había quedado a las diez. Pensó inevitablemente en Ana. Después de hablar con Damasco, podía acercarse al cuartel y encararse a Berriatua, forzarle para que hiciera algo. Ya estaba harto de esperar. Con suerte, obtendría una solución para sacar a la joven de las garras de su madre, aunque fuese por su cuenta y riesgo, si el Guardia Civil le respaldaba. Recordó su semblante tras aquella ventana, impasible, cruel... Ahora comprendía su angustia.

Se preguntó, mientras iba a buscar a Damasco, cómo podía sentirse así respecto a ella, y no haber sentido nada por su hermana. Eran idénticas, absolutamente iguales... Pero sólo físicamente. Ahí acababa el parecido. Como Isabel, Ana le había parecido preciosa desde el principio, pero no había sido eso lo que le había conquistado. Recordó el día que la conoció en el portal de la calle San Jerónimo, y una sonrisa se le escapó de los labios. En ese momento no había querido saber nada de ella. Posteriormente había procurado mantenerse alejado, pese a que también le preocupaba lo que hubiese podido sucederle a Isabel. Estar a su lado le removía profundamente por dentro, y la pura verdad era que le había dado vértigo sentirse así. Para empeorar las cosas, el hecho de que fuese la hermana gemela de Isabel le había tenido realmente confuso... Pero eso había acabado. Ahora sólo quería ayudarla a salir de esa prisión donde su madre la tenía secuestrada. Después

le confesaría sus sentimientos. Tenía que hacerlo, aunque obtuviera un «no» por respuesta.

Seguir al estrangulador sin que se diese cuenta no era tarea fácil, pero Marie Bertou lo lograba gracias a su peculiar habilidad para pasar desapercibida. Había descubierto que a veces utilizaba un acceso oculto en su propia casa para entrar y salir. Le había visto desaparecer por allí, y le había seguido, como una sombra entre las sombras, capaz de mimetizarse con las paredes de roca por las que avanzaban.

El asesino llevaba una lámpara, y gracias a esa luz trémula podía ir tras él, siguiendo sus pasos seguros a través de un laberinto profundamente excavado en la tierra. Ella, que había pasado tanto tiempo encerrada, sabía que estaban descendiendo mucho, hacia las entrañas de la ciudad de San Sebastián, abajo, abajo, cada vez más abajo...

El aire se estaba volviendo irrespirable, pero aún había oxígeno suficiente. La figura encapuchada se movía unos metros más adelante, sinuosamente. Sus pasos resonaban en aquel túnel estrecho, mientras que los pies descalzos de Marie no emitían sonido alguno. Ni siquiera se la oía respirar. No, Marie era un fantasma.

¿A dónde iban? Era la primera vez que se adentraba en aquel lugar siniestro, pero algo le advertía de que era peligroso ir tan lejos tras el asesino, hacia el Infierno quizás... A ella no le gustaba estar allí, pero su vínculo con él la obligaba a perseguirle.

Abajo, abajo, continuaban descendiendo, y el túnel se tornaba húmedo y el ambiente irrespirable...

Las sombras se cernían sobre ella como un manto asfixiante. No había bifurcaciones, sólo un camino de ida y vuelta, largo, muy largo...

De pronto «La Máscara» se detuvo, y Marie descubrió que un poco más adelante arrancaban unas escaleras. Aparentemente no había otra salida, así que aún iban a descender más... La vio dejar la lámpara en el suelo y mirar fijamente hacia aquella boca negra que arrancaba desde la dura roca del suelo hacia las profundidades. Las paredes rezumaban agua y la presión se sentía en todo el cuerpo. ¿Cuánto llevaban avanzando por aquel túnel interminable? La figura, envuelta en su capa negra, recogió de nuevo la lámpara y empezó a bajar, clap clap clap... Sus pasos resonaron en las paredes con un eco seco y tenebroso.

Abajo, de nuevo abajo...

Marie dudó si seguir a partir de allí. Se detuvo al borde de la angosta escalera. La luz de la lámpara se perdía más adelante y pronto no podría ver nada... Odiaba la oscuridad. Asustada, empezó a descender.

Por suerte, la escalera no era muy larga. Describía una curva cerrada y acababa abruptamente, tanto, que «la francesa» estuvo a punto de darse de bruces con el estrangulador. Éste se había detenido ante una puerta de hierro, y hurgaba en los bolsillos bajo la capa. Al fin sacó una llave y la metió en la cerradura. La puerta se abrió con un profundo lamento, que se prolongó en el tiempo y el espacio, chirriante y seco. La lámpara iluminó una celda. Dentro, había una persona. Marie la vio a través del umbral, una muchacha tendida de bruces sobre un suelo cubierto de paja, entre la humedad y sus propios orines. Un hedor malsano brotó de aquel agujero y llegó hasta ella, revolviendo su estómago. De fondo se escuchaba un extraño sonido, rítmico, poderoso, atrás... adelante.... Boommm, atrás, adelante... Boommm... Daba la sensación de que algo estaba socavando las mismísimas tripas de aquel lugar bajo tierra, un puño gigante, golpeando la roca que sostenía la celda y todo aquel lugar triste y oculto.

«La Máscara» entró en la celda y agarró a la muchacha del cabello, obligándola a enderezarse. La chica gimió, pero estaba tan débil que apenas hizo amago de resistirse. Otra víctima, aunque a ésta la tenía escondida del mundo, lejos del alcance de los demás. ¿Por qué? Marie observó que la arrastraba fuera de la celda, hacia ella. Entonces la reconoció. Era ella, la misma de las fotos... Estaba semi desnuda, cubierta por una camisola sucia que apenas cubría sus largas piernas y sus pies descalzos.

Tuvo que retroceder apresuradamente, antes de verse descubierta. Al hacerlo, se percató de que en lo alto de la escalera había otro corredor, disimulado por la propia forma de la pared, que se retorció en aquel punto cubriendo en parte su acceso. El asesino iba hacia él. Marie volvió sobre sus pasos hacia la oscuridad, y esperó, hasta que pasara por delante con su víctima a rastras. Cuando vio que se adentraba por aquel nuevo pasaje, le siguió. Avanzaba apoyándose sobre sus manos, como solía hacer, agachada, como un animal. Así se sentía más audaz, menos visible...

Pasaron por una bifurcación, y al dejar atrás un nuevo corredor, Marie distinguió al fondo una grieta abierta al mar. Pudo ver fugazmente cómo el agua batía contra la roca y entraba a través de la grieta, adelante, atrás, boooommm... Comprendió entonces qué era aquel puño golpeando la roca. Era el mar... Un destello brilló un instante sobre el agua y desapareció, pero ella no pudo quedarse a ver qué era. La luz de la lámpara que llevaba el asesino encapuchado se alejaba en la distancia.

Los gemidos de la joven resultaban espeluznantes. Se mezclaban con el sonido que su cuerpo producía al rozarse contra la roca. La garra implacable de su secuestrador la tenía bien sujeta por el largo cabello negro. Tiraba de ella sin dedicarle siquiera una mirada, atravesando las tinieblas. De pronto el túnel empezó a ascender, primero suavemente, y después se fue empinando hasta convertirse en una rampa abrupta que obligó al estrangulador a aminorar el paso. Pronto empezó a jadear por el esfuerzo, pero el corredor pronto volvió a ser llano. Aquel dantesco paseo duró mucho, y Marie ya había perdido todo sentido de la orientación. Allí abajo no había norte o sur, delante o detrás, era como avanzar por una gran nada, a través de la muerte, el mundo de pesadilla de aquella criatura enmascarada.

Al fin se toparon con un nuevo tramo de escaleras. Era el final del túnel. Marie lo supo porque el aire cambió, se tornó menos denso, la presión que oprimía su cuerpo cedió, y de pronto se sintió liberada. El estrangulador también notó la diferencia, porque se irguió, como desperezándose, antes de empezar a subir con su pesada carga. Con la lámpara por delante, inició el ascenso por aquella angosta escalera de piedra...

Marie le siguió, y descubrió que salía al exterior. Cuando asomó la cabeza por encima del suelo, reconoció asombrada dónde se hallaban. Estaban muy cerca del lugar donde le había visto matar la primera vez, en Urgull. Salió a través de una grieta escondida bajo una roca, en la ladera del

monte donde se asentaba el castillo de La Mota. La escalera en la que se había escondido aquella noche quedaba muy próxima. «La Máscara» se dirigió exactamente al mismo punto donde había matado a su otra víctima, junto al muro que daba al mar. Allí soltó a su presa y dejó la lámpara en el suelo.

Como movida por una mano invisible, Marie se encaramó a la escalera e hizo lo mismo que aquella vez, agazaparse y observar. Estaba angustiada, pero bajo aquella angustia subyacía el hechizo. Odió a aquel ser encapuchado. No sabía quién era, porque nunca le había visto la cara, pero estaba convencida de que bajo aquel cuerpo anónimo se escondía un demonio. Quería hacer algo, saltar sobre ese ser, esa bestia inhumana, y acabar con ella, arrancarle la máscara y mirarse en esos ojos sin fondo... Pero el miedo se impuso en su corazón y ancló su cuerpo a la escalera de piedra, convirtiéndola en un mudo testigo de aquel horror.

El asesino se acercó a la muchacha, que estaba atada de pies y manos, y se agachó para ponerse a su altura. Acercó su oído a sus labios, como queriendo escuchar sus balbuceos suplicantes. Luego, lentamente, se quitó la máscara blanca y se echó atrás la capucha, dejando al descubierto su rostro para que ella lo viera bien. Marie estaba con los ojos muy abiertos, esperando que se diera la vuelta para descubrir al fin su identidad...

–Tú... –logró murmurar la joven.

–Sí, yo. ¿Quién si no?

–Tú no... Tú no... Oh, por favor, tú no... –sollozó, a punto de desfallecer.

–Ya me has dado demasiada guerra, ahora vas a descansar de una vez.

–No... ¿Qué...? Qué vas a hacer, no...

Entonces el estrangulador sacó de un bolsillo bajo su capa una jeringuilla, y ante la impotencia de la joven, que no tenía fuerzas para escapar, le inyectó un líquido blanquecino en el brazo. Luego frotó el punto donde la había pinchado con el dedo pulgar, haciendo suaves círculos durante un rato. Al hacer aquello casi la trataba con delicadeza. En la quietud de la noche no se oía otra cosa que los lamentos de la muchacha, que miraba aterrada en todas direcciones, buscando ayuda. Ni siquiera tenía fuerzas para gritar.

–Si me hubieras hecho caso, no estaríamos aquí, pero eres una furcia, y esto es lo que les pasa a las furcias... Vas a morir, aquí y ahora. Para ti no

hay perdón...

–No... tú no...

–Yo, sí yo –escupió sobre ella, y le arrancó la camisola que cubría apenas su cuerpo desnudo–. ¿Querías que todo el mundo contemplara tu belleza? Ah, pero yo no lo permitiré... Sólo te verá una vez más el universo que ahora mismo nos rodea, y yo, que ya te he visto mil veces. No temas, será rápido.

Entonces alargó una mano y acarició su vientre contraído por el miedo; fue subiendo los dedos hasta rozar sus costillas, y acarició sus senos. La chica se orinó encima, tal era el terror que se había adueñado de ella. Gimió y se retorció, pero aquella mano continuó sobándola, primero un pecho, luego el otro... Cuando al fin se cansó de ellos se posó sobre su brazo y de pronto apretó. Se oyó un chasquido, como de rama rota, y la chica palideció, ahogando un gemido. Puso los ojos en blanco, a punto de desvanecerse.

–Son tus huesos... Se ablandan rápidamente, y se quiebran con sólo una ligera presión... Te libraste la última vez, pero ahora no puedes moverte, ¿verdad?

Apretó sobre su muslo, y de nuevo se oyó otro chasquido. Luego fue aplastando el resto de su cuerpo, brazos y piernas, sus manos, hasta dejarla atrapada contra el suelo, como una marioneta rota, más allá del dolor, con la muerte reflejada en su semblante y los ojos muy abiertos. Aquella mano se fue entonces directa a su garganta y empezó a apretar, apretar apretar... y el aire no llegaba a los pulmones de la joven, que empezó a boquear. Se oyó otro chasquido y su cuello se partió.

Cuando dejó de moverse, el estrangulador se quedó mirándola, en silencio. Estaba muy tranquilo. Luego se volvió y empezó a buscar alrededor. Marie sabía qué buscaba. Le vio coger una piedra, alzarla con vigor sobre su cabeza, y arrojarla brutalmente sobre el rostro de aquella desgraciada, ya muerta. La levantó y la descargó sobre él muchas veces, arriba y abajo, golpe tras golpe, hasta machacarlo y reducir lo que había sido una bonita cara a un amasijo de sangre, carne y huesos rotos. Pero esta vez no se conformó. Normalmente se limitaba al rostro, sin embargo, en aquella ocasión aquel verdugo sentía una especial inquina con su víctima, y empezó a hacer lo mismo con el resto de su cuerpo, volviéndose cada vez más salvaje, alzando las manos, sujetando la piedra con las dos, para golpear, arriba y abajo, arriba

y abajo, mientras aullaba y gritaba, escupiendo saliva por su boca abierta en una mueca aberrante...

Cuando terminó, la joven no era más que un montón aplastado de carne, vísceras y huesos, como si le hubiera pasado por encima una apisonadora. Marie apenas respiraba, muda, espantada... Cuando el asesino se dio la vuelta para recoger su máscara y la lámpara, al fin pudo ver su rostro, que se quedó grabado en su memoria para siempre.

No se molestó en arrojar el cadáver por encima del muro, como había hecho la vez anterior. Lo dejó allí, porque de todos modos no hubiera podido manejar aquella masa informe, aplastada sobre la hierba. Encendió un pitillo e inhaló el humo, cerrando los ojos. Una ligera brisa revolvió su pelo.

Como movido por un resorte interior, se alejó del lugar donde había cometido su último crimen y pasó por delante de Marie, hacia la grieta que llevaba al túnel, abajo, abajo, abajo...

El domingo amaneció soleado, tal y como Cuevas había vaticinado. Una suave neblina proveniente del mar flotaba sobre la ciudad a primera hora, como un manto algodonoso teñido de malva, una caricia leve que la brisa de la mañana y el calor del sol se llevaron poco a poco, hasta hacerla desaparecer. Para cuando Gabriel quiso salir de su casa, hacia Sagüés, el cielo estaba azul, completamente despejado, y el sol se alzaba con fuerza, bañando San Sebastián en un abrazo de esplendor. Iba a hacer calor, y el joven se estiró, agradecido de sentir que la humedad de aquellos días abandonaba sus huesos.

–No te emociones, Gabriel –le saludó un amigo que solía trabajar en el puerto–, que esto no va a durar. Viene temporal, y de los gordos...

–No lo parece...

–Hazme caso, antes de dos días, ya verás, ¡me lo dicen mis huesos! Y algo de experiencia tengo... ¿No ves la luz?

–¿La luz? Veo un día espléndido...

–Hace sol, pero a mí me parece que la luz es artificial. Cuando lo percibo así, es porque se avecina tempestad. Óyeme bien, tempestad, no tormenta, ¡de las que hacen entrar las olas hasta el casco viejo! Otra vez se va a cargar el mar el paseo...

Gabriel meneó la cabeza con una sonrisa, y se alejó saludando con la mano, mientras escuchaba al buen hombre profetizar el desastre y hablar de una gran ola, tan alta, que pasó tiempo atrás por encima de la isla.

Estaba impaciente por comprobar si lo que Cuevas le había contado sobre Marie Bertou era cierto o no. Lo único que ensombrecía su ánimo era que no había podido hablar con Berriatua. Ni siquiera había podido acercarse al cuartel. Varios Guardias Civiles le habían cortado el paso, y aunque se había acreditado, se habían mostrado impertérritos. Había tenido que tragarse la rabia y la impotencia...

Llevaba cuerda, tal y como su nuevo compañero de correrías le había indicado que hiciera, para poder descolgarse hasta la supuesta cueva; no una, sino dos, tan largas como había podido conseguir. Las había enrollado y las llevaba bajo el brazo. Caminó con paso ligero, pese a que había pasado la noche más larga de su vida, sin poder pegar ojo. La situación de Ana le tenía angustiado, y sólo se le ocurría asaltar la casa para sacarla por la fuerza, a ella y a su hermana menor. Ya le importaba bien poco si su madre le acusaba de allanamiento. Si le denunciaba, ya se las arreglaría. Lo importante era que pudiera ayudar a Ana a escapar para que no pudiera encontrarlas nunca. Una vez fuera de la ciudad, tendrían una oportunidad para empezar de nuevo.

¿Era descabellado? Llevaba toda la noche dándole vueltas, y su cabeza aún bullía imaginando cómo lograría entrar. Las ventanas de la planta baja estaban enrejadas, y alcanzar las del primer piso era poco menos que imposible, pues quedaban demasiado altas, fuera de su alcance. Las cuerdas que iba a emplear para bajar a la cueva podían servirle... Según iba trazando un plan, iba apretando el paso, y para cuando llegó a Sagüés estaba resoplando. Era pronto, aún no daban las diez, y Cuevas no había aparecido. El mar batía con calma sobre la Zurriola, azul, como una balsa que reflejaba el cielo. Gabriel se sentó a los pies de la playa a esperar. Damasco no le había acompañado porque no estaba al tanto de lo que se proponían hacer Cuevas y él. Se había mostrado algo receloso ante la propuesta que debían firmar para entrar a trabajar en El Diario Vasco, pero lo había hecho, acuciado por la necesidad de ganarse el pan. Galarza contaba con que se amedrentarían antes de una semana, cuando comprendieran que perdían su empleo definitivamente, y ellos habían optado por jugar sus propias cartas. Damasco estaba tan harto como él de su tiranía.

Por el momento Elena continuaba custodiando la documentación.

—¿Disfrutando del buen tiempo?

Cuevas apareció a su lado. Iba en mangas de camisa, arremangado hasta los codos. Sin su gabán, parecía aún más menudo. No llevaba

sombrero, y una gran calva quedaba a la vista; alargaba su frente hacia la coronilla, dándole a su cabeza un aspecto ahuevado. Sonrió con buen humor y se sentó para contemplar el mar.

–Has venido pronto, ¿no? ¿Impaciente?

–Desde luego.

–Veo que has traído cuerdas.

–Dos. Una para bajar, la otra por si puedo atrapar a Marie Bertou.

–Ummmm... Eso va a ser complicado, pero es buena idea, porque no se estará quieta para que la interrogues. Puedes descolgarte hasta la cueva, y esconderte hasta que ella aparezca. Yo recogeré la cuerda y me ocultaré cerca.

–Puede tardar en aparecer, ¿no?

–Puede pasar todo el día. Pero merece la pena el esfuerzo, ¿no?

–Eso creo –esperaba que no, porque necesitaba ocuparse cuanto antes de liberar a Ana...

–Tendrás que ser rápido. Quédate muy quieto, pegado a la pared de entrada, y en cuanto la veas entrar, saltas sobre ella...

Gabriel se echó a reír. Le caía bien aquel tipo.

–Veremos qué podemos sacar de esto...

–Me dijo Zubiría que es muda.

–¿Quién es Zubiría?

–Si te digo la verdad, un mendigo borracho. Pero fue él quien nos contó que ella dormía en Ulía.

–¿Muda?

–Dice que un día la vio abrir la boca, y que le falta media lengua...

Cuevas reflexionó sobre aquello, con el ceño fruncido. Sus cejas eran espesas y casi se unían en el entrecejo, sin que fuera cejijunto.

–...eso tiene sentido, puede que los nazis se la amputaran cuando la torturaron...

–Ya, pero... no puede hablar. ¿Cómo va a contarnos si ha visto algo si no puede hablar?

–Lo que me recuerda... ¿Hablas francés?

–Lo chapurreo...

–Si puedes hacerte entender, ella podrá indicarte si aciertas o no con tus preguntas. Haz que te diga sí o no, no será tan complicado.

–Salvo que esté tan loca como dicen y no haya manera de razonar con

ella.

–Mi teoría es, como ya te dije, que su locura es sólo un mecanismo de defensa. Le fue útil cuando la apresaron los nazis, y ahora la utiliza para sobrevivir sin que la detengan, para que la dejen en paz.

–Bien, cuanto antes mejor, ¿vamos?

De común acuerdo se pusieron en pie. Cuevas señaló hacia lo alto, muy por encima de sus cabezas.

–¿Ves allí arriba, en esa zona más desprotegida de la vegetación?

–No veo nada...

–Apenas se distingue, como una sombra negra... Hay unas estacas con una tela justo encima.

Gabriel achinó los ojos, tratando de ver lo que su compañero le señalaba. Le costó unos minutos localizar aquel trozo de tela, burdamente sujeto a dos palos de madera. Apenas se distinguía contra la pared de roca, pero allí estaba. Debajo, efectivamente, se apreciaba una oquedad. Nunca lo hubiera dicho... Estaba seguro de que nadie en toda la ciudad se había fijado en ella.

–¿Cómo quieres que me descuelgue hasta ahí?

–No dije que fuera fácil... Pero tu cuerda es larga, ¿no?

–Pues ahora... Tengo dudas...

–Llegará, no habrá más de quince metros desde el borde.

A él le parecía que había más. Su cuerda era larga, al menos tenía treinta metros, pero aún así, se sentía inseguro. Bajar por esa pared, aunque Cuevas le sujetara desde arriba, le parecía una locura. Si se soltaba, la caída le mataría en el acto.

Atravesaron el barrio de Sagüés y comenzaron a ascender por un camino secundario, el mismo que habían seguido Damasco y él cuando estuvieron buscando rastros en Ulía. Cuando dejaron atrás los últimos edificios, Cuevas se desvió, tomando un sendero que él no había visto antes, más estrecho e irregular, muy poco visible entre los matorrales. No estaba muy transitado, de ahí que no lo hubiesen encontrado. Fueron ascendiendo lentamente. Cada vez que volvía la vista hacia el mar, se hallaban más altos, muy por encima de la Zurriola. El terreno se fue volviendo más agreste y empinado, y pronto tuvieron que emplear las manos para apartar los arbustos que cubrían aquella parte de la ladera. Si Marie Bertou estaba acostumbrada a pasar por allí, era una experta en no dejar rastro.

El sol apretaba cada vez más, y en medio de la exuberante vegetación no corría una brizna de aire. La temperatura se notaba muy alta, el calor se concentraba alrededor... Gabriel y Cuevas empezaron a sudar, y pronto tuvieron sus camisas empapadas en la espalda y las axilas. Para cuando llegaron a la cima, estaban extenuados. Se detuvieron un momento, apoyadas las manos en las rodillas para respirar. Arriba soplaba algo de viento, y resultaba refrescante. La vista que tenían delante era espectacular. La salvaje playa de Sagüés quedaba muy por debajo de sus pies, más allá estaba la desembocadura del Urumea, y aún más allá estaba el monte Urgull. No había una sola nube que ocultara aquel sol espléndido que lo bañaba todo. Parecía mentira que hubieran pasado tantos días bajo una incesante lluvia.

–La cueva queda allí –señaló Cuevas con el dedo–, a unos cinco o seis metros de donde estamos.

Se adelantaron hasta el borde mismo del precipicio. Había que bajar por una pendiente muy empinada antes de poder asomarse a la pared de roca que se precipitaba sobre la playa. Les obligó a sujetarse con las manos a las matas que crecían en el entorno. Bajaron con cuidado, apoyando el culo en el suelo, hasta un árbol que crecía retorcido allí mismo. Cuevas lo sacudió para comprobar su solidez.

–Éste no se mueve –aseguró satisfecho–. Servirá para atar la cuerda y que puedas bajar...

–¿Por ahí? –Gabriel miraba hacia abajo, impresionado por la caída que se intuía a través de la hierba y las matas que ocultaban el borde.

–Podrás hacerlo, Marie Bertou lo hace...

–Esa mujer está loca... ¿Ella baja sin cuerdas?

–Así parece...

–Ufff...

Soltó las cuerdas en el suelo y probó él también el árbol. Estaba sólidamente anclado al terreno. Sus raíces debían enterrarse en profundidad, lo cual era un consuelo. Miró de nuevo al borde. Si quería coger a «la francesa», iba a tener que descender. No le extrañaba que nadie hubiera sido capaz de encontrarla... Cuevas cogió una de las cuerdas y la enrolló alrededor de la base del tronco de aquel árbol rugoso, un pino marítimo, muy común en aquella zona. Luego hizo un nudo fuerte, y lo aseguró con otro nudo. Se le daba bien, y Gabriel le observaba como en un sueño.

–Ahora tú...

Había llegado el momento. Se acercó para que le sujetara el otro extremo de la soga alrededor de la cintura y de las ingles, a modo de asiento.

–Así, aunque te sueltes accidentalmente, no caerás. Eso creo...

–¿Eso crees? –se alarmó Gabriel.

–Tranquilo –sonrió Cuevas burlón–. Se me da bien hacer nudos, mi padre era marino. ¿Te sirve?

–Un marino con vértigo, ¿eh?

–El vértigo lo tengo yo, pero sí... Ve bajando poco a poco.

–Espera, ¿y si está ahí abajo?

Cuevas lo meditó, pero ¿qué podían hacer en ese caso?

–Tendrás que improvisar. Ten, coge la otra cuerda y colócatela cruzada sobre el pecho... ¡Suerte! Cuando estés en la cueva, pega un grito. Retiraré la cuerda y correré a esconderme. No me moveré hasta que me avises.

–Más te vale...

Cuevas se rió de él, se afianzó apoyando los pies en el árbol, y empezó a soltarle cuerda mientras iba retrocediendo marcha atrás por la pendiente. Cuando sus pies tantearon el borde del precipicio, se agarró con ambas manos a algunas matas que crecían alrededor, casi desesperadamente. Si alguna estaba suelta, se caería de espaldas, y por mucho que estuviera sujeto con la cuerda, cuando ésta se estirara en toda su longitud, sufriría una violenta sacudida que golpearía su espalda con brutalidad. Podía perder el sentido y quedar colgado como un fardo... o romperse la espalda.

–¡No pienses, y no mires hacia abajo! –le chilló Cuevas.

–Ja...

Cuando pasó medio cuerpo por encima del borde, se dio cuenta de que la pared no era tan vertical como le había parecido. Podía apoyar los pies en los salientes de roca. De hecho, descubrió con sorpresa que había una especie de escalones, muy desgastados, sobresaliendo desde allí hasta la misma entrada de la cueva. Parecían tallados artificialmente, aunque no podía asegurarlo. Se aprovechó de ellos para ir descendiendo con más seguridad. Usaba pies y manos. Si Marie Bertou bajaba por allí sin más, utilizando simplemente su fuerza física y su habilidad, debía ser una mujer de armas tomar. ¡Tal vez ni siquiera pudiera con ella cuando se la encontrara!

Al cabo de un buen rato, al fin alcanzó el borde de la angosta entrada que daba paso a la cueva. Tuvo que saltar para entrar. Cuando lo hizo, se

encontró en un reducido espacio, en el que apenas entraba una persona como él de pie. Era como un armario, seca y confortable. El suelo estaba apelmazado y era de tierra. Su corazón empezó a latir deprisa. ¡Lo había conseguido!

Sin perder el tiempo se soltó la cuerda de la cintura, se asomó, y gritó a pleno pulmón para que Cuevas supiera que estaba listo. Al poco la cuerda empezó a subir, y enseguida desapareció de su vista. Estaba solo. Echó un vistazo alrededor. Desde la entrada hasta el fondo había dos metros. Había restos de una fogata, y en un rincón, en el extremo más alejado, había un hatillo, supuso que con las pertenencias de «la francesa». Se alegró de que no estuviera allí.

Se moría de curiosidad. En dos pasos estuvo junto a aquella bolsa de tela. La abrió, y empezó a hurgar dentro. Sacó una muda de ropa, una camisola larga y una manta, un pañuelo, un cuchillo largo y muy afilado, y, por último, un sobre. Intrigado, lo cogió y lo abrió. Contenía un paquete de fotografías grandes atadas con un cordel. Lo soltó, y empezó a revisarlas...

A medida que las iba comprobando, la sangre huyó de su rostro. Allí, en aquellas imágenes, reconocía un estilo. Sólo Damasco podía hacer aquel tipo de instantáneas, llevaban su sello. Eran fotos en blanco y negro, y las protagonizaba una sola persona: Isabel Murria.

¿Qué significaba aquello? Aturdido, se dejó caer en el suelo. Las miró una y otra vez. La joven se había dejado fotografiar desnuda. Posaba con descaro en todas ellas, muy hermosa, pero claramente avergonzada. Su mirada era el reflejo de su amargura, velada y turbia. ¿Quién era aquella Isabel? La misma que se había visto obligada a prostituirse... también se dejaba fotografiar desnuda. Pero... ¿Damasco?

–Ese desgraciado... –rugió.

Innumerables preguntas acudieron en tropel a su imaginación. Quería saber desde cuándo la conocía, cómo había llegado hasta ella, cómo la había convencido para hacer aquellos desnudos... y por qué los tenía Marie Bertou. Esta última cuestión era la que más le inquietaba. Ahora entendía su expresión al conocer a Ana. Como él, la había confundido con Isabel aquel día en el muelle. Enseguida recordó su persecución con el hombre de la Iglesia Santa María... Había pensado que se trataba de Zárate, pero, ¿y si había sido Damasco? ¿Y si su compañero había estado acosando a Isabel... chantajeándola con aquellas fotografías?

La cólera iba ganando terreno en su ánimo. Cuando acabara allí, iría a buscar a Damasco y le ajustaría las cuentas. Al poco, una atroz idea se abrió paso en su mente.

Marie Bertou tenía las fotos en su poder. Era mucha casualidad, y él no creía en las casualidades. Si ella había estado presente en alguno de los asesinatos... ¿Y si Damasco se dedicaba a extorsionar a mujeres como Isabel, que por necesidad cedían a sus malas artes? ¿Y si luego las mataba? ¿Y si Marie Bertou había encontrado esas fotos en alguno de los escenarios del crimen...?

Las náuseas revolvieron su estómago, y a punto estuvo de arrojar el desayuno. Porque si estaba en lo cierto, Damasco era el estrangulador, y la pobre Isabel... estaba muerta. Ella era una de las mujeres con el rostro hecho papilla. Recordó que su compañero había llegado muy pronto al escenario del crimen en Urgull, demasiado pronto... y que había sido él quien casualmente había encontrado el cuerpo tras aquella roca. Tenía sentido que hubiera entrado por la fuerza en el piso de Isabel. Buscaba las fotos...

Se guardó las fotografías con una amarga sensación en el cuerpo. Ahora se sentía atrapado en aquella cueva inexpugnable. Esperar a que «la francesa» apareciera se le iba a hacer insoportable. ¿Identificaría a Damasco? No podía creerlo... ¡Damasco! Pero, ¿cómo tenía Bertou las fotos si no?

Decidido a llegar hasta el final de aquel asunto, se agazapó justo al borde de la entrada. Tomó aire y se resignó a pasar allí unas cuantas horas. La tela que protegía la abertura, la que habían visto atada a unas estacas desde abajo, hacía de toldo, y evitaba que el sol penetrara de lleno en la cueva, lo cual era de agradecer, porque el calor apretaba cada vez más, y allá arriba, en la pared de roca, se sufría de forma exponencial.

Marie Bertou se descolgó por la pared al atardecer. Había pasado el día deambulando lejos de la ciudad, como si así fuera a olvidar. Algo imposible... Las imágenes la perseguían, fuera a donde fuera. Nada había logrado calmar el horror que había anidado en su corazón. Luego había regresado a aquel túnel de pesadilla. Lo había recorrido de un extremo al otro, desde Urgull hasta el comienzo, y vuelta otra vez, y había descubierto que aquella abertura que daba al mar, en una de las bifurcaciones, se abría al exterior en la parte de atrás de la isla Santa Clara. Era una grieta natural sobre

la que golpeaba el oleaje rítmicamente. Aún recordaba el sonido, adelante, atrás, ssschhhhhh... boooooomm...

«La Máscara» se movía por una larga galería que unía San Sebastián con Urgull y la isla. No había encontrado muchos corredores más, pero sí una extraña sala con un lavadero y otra salida, muy lejos, que daba a una zona montañosa que no había podido identificar, tal vez llevaba a Igueldo. Marie saltó a la cueva. No se dio cuenta de que había alguien más hasta que se abalanzó sobre ella, arrastrándola para hacerla caer contra la pared del fondo. Se revolvió como una fiera bajo su agresor. No comprendía que hubiera alguien allí, ¿cómo? Chilló, pataleó, pero él era fuerte, y acabó reteniéndola gracias a una cuerda. Cuando al fin la tuvo bien amarrada, se apartó.

Gabriel acusaba los arañazos que le había hecho con las uñas. Los tenía por toda la cara, y en los antebrazos. Resopló con fuerza, observándola con atención. Por un instante, había creído que ella se impondría. Era muy fuerte. Ahora, viéndola atada con aquella sogá, casi le dio lástima. Parecía muy asustada, y balbuceaba algo ininteligible. Se acuclilló a su lado y prestó atención para ver si captaba algo de lo que decía, algo que tuviera sentido. Marie pedía socorro, pero su lengua amputada no le permitía vocalizar, y de su boca sólo salían sonidos guturales en francés. Iba ataviada con un vestido convertido en harapos malolientes, sin calzado, y su cabello flotaba alrededor de su cabeza como una nube reseca, muy encrespado. Sus ojos se abrían llenos de pánico, clavados en él como si fuera a matarla.

—No voy a hacerte daño —chapurreó en francés—, soy Gabriel, ¿comprendes?

Marie no escuchaba. Estaba sometida al pánico. Llevaba mucho tiempo huyendo del contacto de las personas...

—Marie, ¿Marie Bertou? —Gabriel suavizó el tono, e incluso sonrió—. Marie, soy un amigo...

Pero la mujer se revolvía, chillando, más allá de él. Sólo entonces comprendió que no iba a obtener de ella nada más mientras la tuviera atada. Si la soltaba, se arriesgaba a que saltara sobre él, y no estaba seguro de poder contenerla. Aun así se acercó despacio, y empezó a liberarla. De pronto, cuando se dio cuenta de lo que hacía, se quedó muy quieta, atenta a sus movimientos. Gabriel desenrolló la cuerda poco a poco, sin apartar la vista de ella, por si acaso. Le daba la impresión de que su idea estaba surtiendo efecto. Estaba más tranquila. Al menos, ya no se revolvía. Cuando acabó, Marie se

sentó, y luego se acuclilló contra la pared, frotándose los brazos.

–Marie, soy un amigo... Soy Gabriel...

Ella balbuceó algo en respuesta. Había inteligencia tras aquella mirada como de otro mundo. Estaba seguro de que le comprendía, a pesar de su miedo. Poco a poco, le fue explicando, en su francés rudimentario, por qué estaba allí. Al final, sacó las fotos de Isabel y se las mostró, preguntando dónde las había encontrado. Al verlas Marie se encogió. Estaba de nuevo pálida. Un ligero temblor dominaba su labio inferior.

–¿Dónde las has cogido?

Ella le miró. Luego negó con la cabeza. No podía decírselo, porque si lo hacía, la mataría.

–Marie, ¿quién mató a todas esas chicas? ¿Tú lo has visto? ¿Has visto al asesino?

Marie asintió lentamente.

–¿Son tuyas estas fotos?

Ella asintió de nuevo. Se las había robado...

–Marie, ¿me llevarías hasta él?

Ahora negó con vehemencia. No quería. No podía.

–Por favor... Si sabes quién es, ayúdame, antes de que mate otra vez... Te prometo que nadie sabrá que he estado aquí, Marie...

Otra víctima más... pensó ella. Pero ya había otra víctima más. Entonces cogió una piedra, y empezó a dibujar en el suelo...

Cuando Cuevas oyó a Gabriel gritar, salió de su escondrijo y se apresuró a atar de nuevo la soga al viejo árbol, para arrojársela y que pudiera subir. Al notar que el joven daba un tirón para hacerle saber que estaba listo, empezó a tirar de la cuerda para ayudarle, y esperó, expectante, a que el joven apareciera por el borde con Marie Bertou. Sin embargo fue la cabeza del joven la que asomó. Se agarró con las manos a los matorrales, como había hecho para bajar, y después de varios intentos, logró al fin izarse. Cuevas le tendió la mano con aire inquisitivo.

–La he dejado abajo –se explicó Gabriel–... De todos modos no hubiera podido subir con ella...

–¡Pero la necesitamos! Joder Ugalde, ¿todo esto para dejarla ir?

Gabriel se puso en pie, y le tendió el sobre con las fotografías de Damasco.

–¿Quién es?

–Isabel Murria. Lleva tiempo desaparecida.

–¿La conoces?

–Sí.

–No comprendo...

–Estas fotos son de Damasco, mi compañero en «La Nueva Voz».

Cuevas enmudeció. Las miró, atónito, una por una.

–¿Crees que esta chica está muerta... que es una de las víctimas? Por eso las tenía ella...

–¿Y por qué no? –preguntó. Él prefería equivocarse, pero viendo esas instantáneas era difícil creer otra cosa–. No han identificado a ninguna de las mujeres estranguladas, y no sabemos nada de ella. ¿Por qué, si no, las tendría Marie Bertou? Ella me ha confirmado que son del asesino...

–No lo sé.

–Yo tampoco. Confiaba en Damasco, es un amigo... Pero no es todo, ella me ha contado algo más, o más bien me lo ha mostrado, a su manera –al ver que Cuevas alzaba las cejas, se apresuró a recoger la cuerda, enrollándola en torno a su antebrazo–. Aquí no, vámonos. No sería bueno que aparezca la Guardia Civil. Le he prometido a Marie que nadie sabrá dónde se esconde.

–No lo dirás en serio... Ugalde, sabes que necesito hablar con ella, mi artículo...

–Ya tendrás ocasión, pero no hoy, ni aquí. Vámonos.

Establecer otro dispositivo en Urgull, en la misma zona donde había aparecido una de las víctimas anteriores, hizo que Berriatua tuviera un «*déjà vu*». El mismo escenario, otra chica muerta... La única diferencia era que esta última había aparecido maniatada junto al muro, sobre el punto por donde había sido arrojada su predecesora. Allí era donde había visto a «la francesa» espiándoles. Se pasó un pañuelo por la frente. Estaba lívido, muy revuelto, y sus hombres no estaban mejor. El espectáculo era horripilante. La saña con que el estrangulador se había empleado esta vez resultaba escalofriante. Aquel cuerpo estaba... No quedaba nada reconocible.

Habían peinado los alrededores, buscando algún indicio, pero como siempre, el entorno estaba limpio. No había huellas, nada que pudiera darles una pista. Resultaba desesperante. Empezaba a perder la cuenta... ¿Cuántas habían sido ya?

Había llegado el momento de publicar los hechos. Estaba dispuesto a saltarse las presiones del ayuntamiento, las de la jefatura del Cuerpo, las del ministerio.. porque continuar ocultándolo, significaba privar de una oportunidad de salvarse a otras mujeres.

Gálvez se aproximó y carraspeó.

–Mi Capitán, no he podido localizar a Ugalde. Al parecer él y su compañero, Damasco, han sido despedidos el viernes. Me han dado su dirección, pero ninguno está en su casa.

–Así que no le ha entregado el mensaje...

–No, señor. Además, creo que ayer quiso verle a usted...

–¿Qué?

–Estuvo en el cuartel, bueno, en el control que pusimos, pero no le dejaron pasar...

–Panda de inútiles... –rugió colérico–. ¿Quién lleva ahora el artículo?

–Por lo que sé, Galarza anda buscándoles como un loco, porque se han llevado consigo toda la documentación sobre el caso.

Berriatua se sonrió. Así había conseguido Ugalde frenar a Galarza.

–Necesito hablar con él. Lleve el mensaje a su casa, hable con su familia y que cuando le vean le digan que le estoy buscando. ¿Qué hay de «la francesa»?

–Sigue sin aparecer... Puede que se haya marchado de la ciudad, porque hace días que nadie la ha vuelto a ver.

Él no lo creía así, pero se guardó de comentarlo con Gálvez.

–Sigán buscando –le ordenó con tono tajante–. Lleven el cuerpo al depósito. Estaré en el cuartel.

Gabriel Ugalde tardó en presentarse ante él, porque después de su extraño encuentro en la cueva con Marie Bertou, había pasado el resto de la mañana con Cuevas, repasando lo que tenían, y decidiendo qué hacer, sobre todo con el asunto de las fotografías. Gabriel, por mucho que estuviera furioso con el hecho de que Damasco hubiera hecho aquellas fotos, se resistía a creerle culpable de los asesinatos. Si entregaba el sobre, le estaría condenando. Pero Marie Bertou le había confirmado que era el estrangulador... No recibió el mensaje de Berriatua hasta que regresó a casa, cuando su hermana le explicó muy apurada que la Guardia Civil se había presentado dos veces en la puerta buscándole. El joven y su nuevo compañero de trabajo en El Diario Vasco habían decidido finalmente entregar el sobre con las fotos de Damasco, pero al enterarse de que tenían permiso para publicar el artículo, Gabriel regresó al piso de Cuevas para ponerse manos a la obra. Tenían mucho que hacer si querían publicarlo al día siguiente. Discutieron mucho tiempo sobre la conveniencia o no de incluir a Marie Bertou en la noticia. La mujer estaba desquiciada, demasiado atormentada, aunque Gabriel estaba ahora más seguro que nunca de que era una testigo fiable. Su compañero le hizo ver que, desde el momento en que

había decidido dejarla libre, aun a sabiendas de que podría desaparecer, y con ella su posible testimonio, había cerrado esa posibilidad. Por el momento no la mencionarían. Tampoco a Damasco ni el asunto de las fotos. Eso era algo que aún debían comprobar. Cuevas esperaba no perder la oportunidad de volver a ver a Marie Bertou algún día para acabar su artículo. Llevaba tanto tiempo tras ella... Ambos estaban sorprendidos con lo que la mujer había revelado a Gabriel con un burdo dibujo hecho con una piedra sobre el suelo de su cueva, y estaban deseando comprobarlo, antes de que la Guardia Civil cortara el paso a ese lugar, si es que existía. Por otra parte, ninguno de los dos quería arriesgarse a que Berriatua lo estropeará todo, y sin duda lo haría si llegaba a enterarse de que sabían dónde se escondía “la francesa”. Al fin y al cabo, la Guardia Civil llevaba muchos días buscándola, como posible testigo de las muertes. Si daba con su paradero, la encerraría para hacerla hablar. Gabriel había prometido a Marie Bertou que no revelaría el lugar donde vivía, y Cuevas prefería que continuara en libertad, porque, como ya le había dicho a Gabriel la primera vez que hablaron, estaba realmente interesado en escribir sobre ella.

Su hermana también le dijo que una nueva víctima había aparecido mientras ellos estaban fuera, en la bahía... Berriatua esperaba a Gabriel en el cuartelillo. No se podía negar a ir, además, habían decidido entregar las fotos de Damasco. No podían ocultar algo tan grave... Lo lamentaba por su amigo, pero si era inocente seguro que tendría una explicación, y si no...

Si podía iba a pedir, por enésima vez, ayuda para rescatar a Ana de las garras de su madre.

Cuando entró por fin en el despacho del Guardia Civil, aún le costaba creer que su amigo, al que había creído conocer bien, fuera capaz de hacer daño a nadie. Llevaba el sobre con las fotos bajo el brazo.

–Ugalde, siéntese... ¿Dónde se había metido?

–Antes póngame al día –murmuró él.

Estaba agotado después de haber trabajado a destajo en el artículo. Al día siguiente, si Berriatua le daba permiso, saldría en primera plana del periódico. Éste se fijó en su aspecto, pero no comentó nada respecto a sus ojeras y a los arañazos que mostraba en las mejillas. Se limitó a poner en su conocimiento los dos últimos asesinatos, el de la bahía, y el más reciente, de nuevo en Urgull, el más horrible de todos. Gabriel a duras penas contuvo su incredulidad. Dos asesinatos más... Elena sólo le había mencionado uno...

No podía creer que Damasco fuera capaz de cometer semejantes atrocidades. Era cierto que no había vuelto a verle en aquellos últimos días, pero...

–Es hora de publicar el artículo, por eso le buscaba. Sé que Galarza les ha despedido, y necesito saber qué piensan hacer con la información que han ocultado.

–Publicarla, pero no en «La Nueva Voz» –le informó al punto–. He llegado a un acuerdo con El Diario Vasco.

–Qué...

Inmediatamente le vino a la cabeza el nombre de Antonio Cuevas, y viendo la expresión de Ugalde, comprendió que había estado hablando con él.

–¿Mantendría usted la exclusividad si lo publicamos con ellos? –inquirió Gabriel.

–Sí.

–Yo también creo que es hora de que se sepa...

–Aún conservo la documentación que le requisé a Cuevas, por si la necesitan para completar lo que ya tienen –Gabriel arqueó las cejas–. Entonces, ¿van a publicarlo ustedes tres?

–No. El artículo sale mañana, ya está en imprenta, pero Damasco es caso aparte.

Entonces sacó el sobre y lo puso sobre la mesa, arrastrándolo hasta que tocó las manos de Berriatua. Le costó mostrárselo, porque en el fondo aún creía en la inocencia de su amigo. Estaba furioso con él por haber sacado a Isabel posando desnuda.

–¿Qué es?

–Algo que concierne a mi compañero, y que, sinceramente, me tiene preocupado. Creo que le interesará.

El Guardia Civil lo abrió y sacó las fotografías. Al verlas, se puso serio. Las fue pasando, una por una, y según las iba viendo las fue colocando boca abajo, a un lado de la mesa.

–¿Quién es? –quiso saber.

–Es Isabel Murria.

–Entiendo que sigue desaparecida... Escuche, Ugalde, sé que está esperando por lo de su amiga, la hermana de esta chica. Con todo este lío aún no he podido mandar a nadie a la casa, pero le aseguro que no me he olvidado. De hecho, ya he ordenado que acudan allí dos de mis hombres en cuanto sea posible. Le mantendré informado –Gabriel soltó un suspiro, poco

conforme con algo tan vago como «en cuanto sea posible». Berriatua aún sostenía la última instantánea en las manos, con la vista clavada en el rostro sonriente de la joven. No sabía por qué le resultaba tan familiar... Entonces palideció—... ¿Son de Damasco?

—De eso se trata, Isabel lleva tiempo desaparecida, usted lo sabe mejor que nadie. He descubierto que se estaba prostituyendo, y dado el tiempo que ha pasado sin que sepamos nada de ella, y que las víctimas eran todas mujeres que vendían su cuerpo... Creo que esas fotos pueden estar relacionadas con las muertes.

El hombre asintió. Eso confirmaba el testimonio de Zárata. Se fijó de nuevo en la última imagen...

—No, no... Esto es peor que el hecho de que se haya estado prostituyendo... Acompañeme al depósito.

De pronto se levantó, recogió las fotos y pasó a su lado con la mandíbula apretada y la mirada llena de pesar. Gabriel no supo qué pensar. Se levantó a su vez y fue tras él.

—Gálvez, curse una orden de arresto contra Ignacio Damasco, ¡ya!

Cogieron un vehículo de la Guardia Civil y salieron a toda velocidad, sin cruzar una sola palabra. Berriatua parecía inaccesible, y Gabriel sabía que no iba a ser agradable lo que quería mostrarle. Se preguntaba el porqué de tanta prisa, de su silencio hermético, y por qué se llevaba las fotos consigo.

La respuesta la obtuvo media hora después, cuando se dio cuenta de que iban a Polloe. Un cuerpo yacía sobre la mesa del depósito de cadáveres, envuelto en una sábana. Entraron juntos y Berriatua se colocó a la cabecera, con la mano sobre la sábana, como para retirarla, pero sin llegar a hacerlo.

—Le aconsejo que no mire.

—Entonces, ¿para qué me ha traído?

—Porque necesito comprobar algo, y la forma más rápida es que esté usted aquí conmigo. Ahora por favor...

Gabriel le dio la espalda, y escuchó cómo apartaba la sábana. Berriatua buscó lo que habían sido las orejas de la víctima. Una de ellas aún conservaba un pendiente, pequeño, con un brillante sencillo, falso. Estaba roto. Se lo quitó, y tapó de nuevo el cuerpo. Luego sacó las fotos de Isabel y lo comparó con los que ella llevaba en las imágenes. Eran los mismos.

—Gabriel... —el joven se volvió, sorprendido de que le llamara por su nombre. Al hacerlo, le vio con una foto en una mano, y un pendiente en la

otra... y de pronto comprendió. Desvió la mirada hacia el cuerpo, pálido como aquella sábana—. Dígamelo usted... ¿Es este el mismo pendiente de la fotografía?

Lo cogió con mano trémula, y miró la imagen de Isabel Murria, sonriente, preciosa... Llevaba el pelo recogido, y en sus orejas brillaban unos pendientes pequeños, como el que tenía en la mano.

—¿Es ella? —murmuró con la voz ronca.

—Eso parece.

—Puedo...

—¡No! Créame, no debe verla... No podría reconocerla de todos modos.

El rostro de Gabriel se congestionó. Estaba furioso, la impotencia le dominaba por completo, su único deseo era coger al culpable, y si era Damasco...hacerle pagar... Y pensar que le había enviado a su casa, que había estado con su hermana Elena... Le costaba creerlo. ¿Y Ana? La angustia por ella creció en su interior. Al menos la locura de su madre la mantenía lejos del peligro...

—Gabriel, sé que es un momento difícil, pero necesito que se vaya. Reúnase con Cuevas y ocúpense de que el artículo salga mañana. Que no aparezca el nombre de Damasco, hasta que le hayamos interrogado, ¿estamos?

—Pero si no es él...

—Se lo advierto, que no aparezca hasta que le hayamos interrogado. Tenga, los papeles que trajo Cuevas.

—Ya no los necesito. Como le he dicho, el artículo está ya en la imprenta. Sólo esperan su visto bueno.

Lanzó una mirada hacia el cadáver, conmovido por el final que había tenido Isabel. Aún le dolía más por Ana. ¿Cuándo volvería a verla? Estaban retrasando demasiado el momento de ir a rescatarla... Miró a Berriatua.

—Por favor, ocúpese de Ana...

—Lo prometo. Mandaré a mis hombres a la villa cuanto antes. Ahora váyase.

—¿Cuándo? necesito saber que se encuentra bien...

—¿Y qué quiere que yo le haga? Ya le he dicho que estoy hasta arriba, usted mismo lo puede ver... Mandaré a mis hombres en cuanto pueda.

—Dígame qué ocurrirá si entro por la fuerza y la ayudo a salir...

–Le puede denunciar, y en ese caso no tendría más remedio que detenerle.

–Respáldeme entonces, si me denuncia... Por favor, han pasado ya varios días y no sé nada de ella...

–Ugalde, la Guardia Civil no está para ese tipo de asuntos, ¿estamos?

–¿Y para qué están? –se enfadó Gabriel.

–Ya tengo bastante con este caso, ¿no le parece? Es prioritario coger a Damasco e interrogarle, mucho más que los problemas domésticos que su amiga pueda tener... Hágame caso, será cuestión de poco tiempo.

Así pues, no le quedaba más remedio que actuar por su cuenta y ser lo bastante hábil para no dejarse coger cuando Margarita Clarín le denunciara. En ese mismo instante decidió comprar tres billetes de tren, hacia Madrid si Ana quería ir allí...

«—¿Habéis cogido a vuestra madre dinero de la caja? —la voz severa de José Miguel se levantó con autoridad en la cocina. Ni Ana ni Isabel supieron qué decir. Al fondo, en los fogones, su madre se afanaba con la cena, como si no escuchara a su marido—. Repito, ¿es verdad que le habéis quitado dinero de la caja?

Las dos negaron a la vez. Estaban desconcertadas de que su padre les hablara en aquel tono. Sus ojos, normalmente cariñosos, estaban enrojecidos, y sus labios, que eran más dados a las sonrisas, se crispaban en un gesto de desconfianza que jamás le habían visto.

—Nosotras no hemos sido, papá...

Ana no se atrevía a mirarle mientras decía aquello. No quería verle así. Miró de reojo a su madre, y le pareció que sonreía para sí. En realidad sí estaba atenta a lo que sucedía. No se perdía detalle.

—Papá —dijo Isabel, la más segura de las dos—, ¿cuándo hemos hecho nosotras algo así?

—¿Y quién más si no? ¡Nadie ha entrado en la casa, y vuestra hermana Celia aún gatea! Vuestra madre asegura que le faltan al menos cien pesetas, y que habéis sido vosotras. Ana... ¿has sido tú?

—¡Papá! ¡No! —protestó ella.

—Entonces Isabel...

—¡No hemos hecho nada! ¿Por qué la crees a ella? —estalló Isabel sin poder contenerse.

–Es vuestra madre...

–¡Pues no lo parece!

José Miguel se adelantó y abofeteó a su hija. Isabel se llevó la mano a la cara, encendida como el fuego de la cocina. Temblaba de rabia, porque sabía que su madre había montado todo aquello sólo para divertirse. Se pasaba el día quejándose a su padre de ellas, tachándolas de ladronas, de vagas, y de mentirosas.

–Ana, ¿si miro entre tus cosas... no voy a encontrar las cien pesetas?

–A lo mejor sí, ¡a lo mejor las ha puesto ella! –la defendió Isabel señalando a su madre.

–Isabel...

Entonces su padre salió de la cocina y se fue directo escaleras arriba hasta su dormitorio. No tuvo que buscar mucho, en cuanto abrió los cajones, encontró, bajo la ropa, las cien pesetas. Las cogió, incrédulo, y las levantó para que las vieran. Realmente, por su expresión, se adivinaba que no esperaba encontrar nada. Aquello le había dolido. Ana e Isabel habían corrido tras él con el corazón en un puño, y ahora se encogían de vergüenza e impotencia.

–Nosotras no hemos sido... –gimió Ana.

–Ya te lo he dicho, José Miguel –intervino su madre de pronto, adelantándose para quitarle el dinero de la mano. En la otra mano sujetaba un saco. Ana sabía que dentro estaban los cinco gatitos que “Luna” había tenido la noche anterior. Los había ahogado en el pilón de la cocina, delante de ellas... Mira en qué se están convirtiendo tus hijas, ¡con esto tengo que lidiar todos los días! ¡Y tú no haces nada!»

...Ana despertó de golpe, sudando. Hacía mucho que no tenía aquella pesadilla, tanto, que ya la había olvidado. Sacudió la cabeza. Su madre siempre se había servido de ellas para sembrar discordia en la familia, y su padre había tenido que apagar muchos fuegos...

La puerta hizo un chasquido, y después se escucharon unos pasos por el pasillo. Ana, que permanecía encogida sobre la cama, en un estado como de trance, se sentó de golpe y esperó, muy quieta, pero no se oyó nada más. Los restos del sueño que la había despertado se evaporaron. Estaba a oscuras. Miró sorprendida hacia la ventana. La persiana estaba echada. ¿Su madre había entrado en algún momento y la había bajado?

¿Y qué significaba ese chasquido? Había sonado como si se hubiese desbloqueado la cerradura de la puerta. Tenía que ir a comprobarlo. Llevaba tanto esperando, que había empezado a creer que su madre la dejaría morir de inanición. Su cabeza aún retumbaba, presionaba en sus sienes y en la nuca de forma constante y dolorosa. Miró hacia la puerta. ¿La había dejado abierta su madre y se había ido? ¿Qué significaba eso? Su respiración se aceleró cuando puso los pies en el suelo y se acercó de puntillas. Se detuvo en el umbral y de nuevo esperó. No se oía nada. Alargó la mano y tiró de la manilla. La puerta se abrió.

Por alguna razón, no le gustó lo que estaba pasando. Si su madre la dejaba salir, era sin duda porque había pensado algo para ella, tal vez para Celia también. Se asomó al pasillo. Estaba desierto.

Lo primero que hizo fue acercarse a la otra habitación, donde suponía que estaba su hermana... o donde esperaba que estuviera. Sujetó el pomo y lo hizo girar. Estaba abierto. Empujó, y miró dentro. Vio a Celia sentada al borde de su cama, mirándola con los ojos como platos.

—¡Celia!

Corrió hacia ella y la abrazó, besándola mil veces, en las mejillas, en la frente, en las manos... La chiquilla no se movió, estaba helada, y no reaccionaba. Ana se apartó, y entonces descubrió que tenía sangre reseca en la sien. Un feo golpe se estaba oscureciendo en el lado derecho de su cara. Lo rozó con los dedos, y Celia se apartó levemente, con una mueca de dolor.

—Nuestra madre me tiró contra la pared —explicó con una voz muy baja y ronca.

—Tranquila...

—La he oído bajar. Aún está aquí. ¿Qué querrá?

—No lo sé... Pero no podemos quedarnos eternamente...

—No quiero bajar, no quiero verla...

—Ni yo, cariño, pero tenemos que hacer algo, ¿no crees?

Celia movió la cabeza en sentido afirmativo, aunque todo su cuerpo revelaba la enorme negación que sentía ante la situación en que se encontraban.

—Ven, dame la mano. No te sueltes, bajaremos juntas.

La chiquilla puso su mano en la de Ana y la siguió dócilmente fuera del dormitorio. La casa estaba en calma, oscura y silenciosa. Debía de ser muy tarde, a juzgar por la oscuridad reinante. Salieron al pasillo y

descendieron a la primera planta sin hacer ruido, vigilando por si su madre salía a su encuentro. Al llegar al vestíbulo, comprendieron la razón de aquella oscuridad. Todas las ventanas tenían la persiana echada. La poca luz que entraba provenía de la claraboya que se abría al cielo en el tejado, sobre el hueco de la escalera. Entraron en la sala, y luego fueron a la cocina. No había nadie.

¿Estaban solas? Ana lo dudaba.

Sobre la mesa había algo de comida, dispuesta en dos platos. Su madre había colocado también los cubiertos y dos vasos de agua. Había hecho una sopa. Una cazuela humeaba sobre la cocina de chapa. Se les hizo la boca agua, pese a las circunstancias, porque llevaban mucho sin probar bocado. De común acuerdo, se sentaron a comer, engullendo el contenido de sus platos casi sin respirar.

—¿Quieres más?

Ana sirvió otra ración para cada una, y se la tomaron velozmente, temerosas de que Margarita regresara de dondequiera que estuviera. Se preguntaban cómo podía andar por la casa a su antojo, apareciendo y desapareciendo como por un embrujo. Sabían que estaba allí, pero no dónde.

Jugaba con ellas, y lo hacía a conciencia, como siempre. Al terminar, recogieron la mesa y lo fregaron todo, para evitar represalias si no lo hacían, y entonces fue cuando vieron sobre la encimera un periódico. La fecha era del miércoles, lo que significaba que llevaban allí encerradas... ¡cinco días! O más, si no era de ese mismo día. Estaba doblado, y mostraba la sección sobre casos locales ocurridos en San Sebastián. Allí, en un artículo al pie de la página, Ana vio algo que le llamó la atención: una fotografía de su tía Asunción. Posaba sonriente junto a su marido. Al pie de la imagen se leía una leyenda: «Doña Asunción Clarín, junto a su difunto esposo». Desconfiada, leyó la noticia... sólo para llevarse un amargo disgusto. Su tía había muerto...

Celia estaba leyendo por encima de su hombro. De pronto soltó una exclamación, se sentó y enterró la cara en las manos, sollozando. Según rezaba la breve reseña, la habían encontrado sin vida en el Hotel Continental, donde había estado pasando unos días. Al parecer, había muerto mientras dormía.

Ana soltó el periódico como si quemara. Apretó los labios, dividida entre la incredulidad y el dolor. Quería llorar, pero no podía. Su tía muerta...

¿Estaba soñando todavía? Deseó que así fuera.

Luego recapacitó.

¿Era casualidad que el periódico estuviera allí a la vista, abierto por la página que contenía esa noticia?

Sabía que no.

Comprendió entonces por qué su madre las había dejado salir. Para que fueran conscientes de que estaban solas. Se preguntó por qué su tía se había hospedado en el Continental si había dicho que se iba de viaje... Una oleada de tristeza amenazaba con derribar sus escasas defensas. La contuvo, tragándose el dolor. Necesitaba estar entera, por Celia... Nerviosa, cogió de nuevo el periódico y empezó a pasar las páginas. Era un ejemplar de El Diario Vasco. En primera plana, descubrió el artículo del que le había hablado Gabriel, extenso y apoyado con algunas fotografías impactantes por su crudeza. Lo leyó con avidez, mientras su cuerpo se revolvía aún más. Allí estaba todo, tal y como él se lo había contado. Siete víctimas sin identificar, salvo la última...

Entonces encontró algo, algo terrible, que le robó el aliento. La última víctima era Isabel Murria, identificada gracias a los pendientes que llevaba el día de su muerte. Se quedó petrificada, leyendo su nombre una y otra vez. No podía ser... Pero allí estaba. Ella había sido la última en morir estrangulada. ¿Cómo? ¿Dónde había estado hasta entonces?

Un gemido brotó de su garganta. Miró de reojo a Celia, que sollozaba a su lado, y se alegró de que la niña tuviera la cara enterrada en las manos. No debía permitir que lo viera.

La rabia regresó, potente, venenosa, contra su madre, que les había dejado aquello allí para que lo encontraran, para que supieran... ¿Por qué las odiaba tanto? Leyó un poco más, mientras las lágrimas se arremolinaban al borde de sus pestañas y el odio arrasaba su corazón, ya incontenible. Isabel estaba muerta... Todo aquel tiempo buscándola...

Aún no habían cogido al estrangulador. Al pie del artículo firmaban Gabriel Ugalde y Antonio Cuevas. Damasco no aparecía, aunque las fotografías eran suyas. Rabiosa, cogió el periódico, se levantó, abrió la boca de la chapa y lo arrojó al fuego, para que se consumiera, para que su hermana no supiera que Isabel estaba muerta. Luego la cerró y se quedó mirando a la nada, con los ojos anegados en lágrimas, mientras en su corazón algo se rompía, su otra mitad. Ella siempre había creído que si algo les pasaba a ella

o a Isabel, la otra lo sentiría inmediatamente. Eso se decía de los hermanos gemelos... No había sido así. Isabel había muerto, y ella no lo había sentido... No podía sentir nada salvo aquella rabia inenarrable que estaba devorando cada célula de su ser.

No sabía por qué reaccionaba así, pero se odió por ello. Quería el dolor, la pena, pero se los negaba, tal vez porque necesitaba de toda su fuerza, y si dejaba que la tristeza echara abajo sus defensas...

¿Qué vendría después?

Temían que su madre apareciera, en cualquier momento, para mofarse de su dolor y agrandarlo. Aquella oscuridad, la soledad, pesaban gravemente sobre su ánimo. Si no se ocupaban en hacer algo, enloquecerían. Ana se apartó de la cocina, decidida a saber más. Isabel estaba muerta, su tía también... y su padre. Y no podía llorar, aunque las lágrimas asomaban a sus ojos, tan ardientes que quemaban.

—¿A dónde vas? —musitó Celia.

Sentada en la silla semejaba una visión pasajera, y Ana creyó que se evaporaría ante sus ojos. Daba lástima verla tan rota.

—Ahora vuelvo, no te muevas de aquí.

Pero la niña no hizo caso. No quería quedarse sola. Se levantó y fue tras ella, muy pegada a su falda. Recorrieron juntas el pasillo hasta el dormitorio que ahora ocupaba sólo su madre. La puerta estaba entornada.

—No, Ana...

—Chssss... No temas, no está...

Eso esperaba. Empujó con una mano la puerta y se asomó. La estancia se hallaba recogida y vacía. Allí también estaba la persiana echada. Encendió la luz y entró. El miedo de las dos hermanas lo llenaba todo.

—¿Qué haces...

—Comprobar una cosa.

Se adelantó y empezó a buscar en los cajones, entre la ropa, en el armario, bajo la cama... Su madre había hecho desaparecer las cosas de su padre. No quedaba nada de él. Finalmente reparó en el baúl sobre el que solía dejar la ropa recién planchada antes de guardarla. Se arrodilló junto a él y levantó la tapa. Allí, apiladas ordenadamente, había un montón de cajas de medicinas. Intactas. Cogió algunas y miró qué eran. Fue Celia la que expresó en voz alta lo que ya sabía.

—...ya te lo dije, Ana, ella no se las daba —susurró Celia—. Hace

mucho que papá no tomaba su medicación.

Su tía las había estado comprando, y su madre las había ido acumulando allí, sin que su padre recibiera el tratamiento que necesitaba para frenar su enfermedad. El doctor Múgica había tenido razón al decir que debería haber durado más tiempo. Y ahora estaba muerto. De pronto le faltó el aire, la vista se le nubló...

¿Había sido tan fuerte la impresión? No, empezaba a encontrarse extrañamente débil, soporizada... Celia también empezó a vacilar y a entornar los ojos...

Vaciló, cerró la tapa, y salió de allí con su hermana detrás, tan mareada como ella. No pudieron llegar más allá de la escalera, ni subir un solo peldaño. Mientras perdían el sentido y se desplomaban, primero una y luego la otra, Ana comprendió que su madre había echado en la sopa alguna droga.

Pensó en Gabriel antes de perder el sentido. Hubiera querido besarle al menos una vez. Ahora ya era tarde. No iba a poder ser.

El timbre de la puerta de la calle sonó, despertando ecos en toda la casa. Ana y Celia estaban más allá de cualquier cosa. Fuera, en la entrada, Lucía insistió varias veces. Hacía un bonito día, y había salido un poco antes de la academia, decidida a averiguar por qué Ana estaba faltando al trabajo. Don Agustín estaba muy preocupado, porque había leído en el periódico la noticia sobre la trágica y deleznable muerte de Isabel Murria. Había mencionado varias veces ese asunto, temeroso de que la joven hubiese podido correr la misma suerte que su hermana. Al fin y al cabo, Isabel también había desaparecido repentinamente, y ahora estaba muerta...

Lucía estaba allí porque, como él, temía por su vida. No había vuelto a verla desde que pasaran la tarde en Santa Clara. Aquél había sido el último día que habían estado juntas. Recordó las escabrosas fotografías que apoyaban el artículo, y se le revolvió el estómago. No podía ser... Esperaba que estuviera en casa, aunque su madre fuera un monstruo.

Tocó dos veces más el timbre, apretando el dedo de forma constante cada vez. Luego aporreó la puerta con la mano y gritó llamando a Ana. No obtuvo respuesta. Intrigada, bajó los peldaños que conducían a la entrada y retrocedió hacia el huerto para mirar la casa en su conjunto. Tenía un aspecto desolador. Todas las ventanas estaban con la persiana echada, y las de la planta baja habían sido enrejadas. Era como estar ante una prisión.

–¡¡Ana!! –llamó–. ¡¡Celia!!

Su voz se perdió sin despertar ecos en el cerro de San Bartolomé. Conjeturó esperanzada que cabía la posibilidad de que hubieran leído la fatal noticia en el periódico, y de que hubieran decidido marcharse de la ciudad. Eso tenía lógica. Don José Miguel Murria había fallecido, y Asunción Clarín, la tía de Ana y Celia, también. Isabel estaba muerta. La habían encontrado estrangulada en Urgull... Cabía la posibilidad de que su madre hubiera obligado a sus hijas a abandonar San Sebastián sin despedirse. Por muy extraña que fuera, sin duda querría proteger lo que quedaba de su familia, a Ana y a Celia, del horror que asolaba la ciudad. Por eso estaba la casa cerrada.

Lucía dejó caer las manos a ambos costados. Si realmente se habían ido, echaría de menos a Ana. Había llegado a quererla en aquellos días.

–¡¡Ana!!

Probó una vez más. Luego dio un par de vueltas a la villa, aporreó la puerta de servicio... Nada.

No le quedaba más remedio que aceptar que se hubieran ido. Abandonó la villa con tristeza. Por el camino se quitó el abrigo azul y su sombrero, dejando que su melena dorada brillara bajo la luz de aquel sol radiante. Aquella tarde cogería el autobús, aunque hiciese tan buen tiempo. Con un asesino suelto por las calles, ya no le apetecía pasear.

La Guardia Civil tenía a Ignacio Damasco preso en el cuartel. Le estaban interrogando, basándose en las fotografías que había tomado a Isabel Murria posando desnuda. Era sospechoso, aunque aún no le habían acusado formalmente. Después del fiasco con Miguel Zárate, Berriatua no estaba dispuesto a cometer más errores. Dio una vuelta alrededor de él en la sala de interrogatorios. Gálvez observaba apostado en la puerta. Aún no habían empleado métodos de fuerza con él. El joven periodista estaba sentado en una silla, con la mirada perdida y las manos atadas a la espalda. Había repetido hasta la saciedad que era inocente, aunque había reconocido ser el autor de las polémicas fotografías.

–¿Chantajeaba a Isabel Murria? –insistió Berriatua.

–¡No! –rugió Damasco. Se revolvió en su asiento. Estaba asustado, y con razón–. Ya se lo he dicho, ¡sólo le hice un favor!

–¿Un favor, posando desnuda?

–¡No hay nada de malo en ello! ¡Le pagué bien y ella necesitaba el dinero!

–Tenía un empleo, y una familia, ¿por qué necesitaba dinero?

–No lo sé, pero ella ya no vivía con su familia, por eso alquiló ese piso, vaya a comprobarlo, en la calle San Jerónimo número veintiuno...

–Venga Damasco, que no tengo todo el día... ¿Me está diciendo que hizo esas fotos por compasión? ¿Sabe qué creo? Que es usted un vicioso. A estas horas están registrando su casa, y... no sé, pero creo que encontraremos

más fotos de chicas desnudas... ¿También fotografió a las otras víctimas?

–No... ¡No! Sólo lo hice dos veces, con Isabel y con otra chica, vecina suya, María Zurutuza. Adelante, búsquela y pregúntele si la chantajeé, ¡ella le dirá la verdad! Esas dos estaban tan desesperadas como para prostituirse –gruñó–... ¿No lo sabía? –sonrió.

Berriatua indicó a Gálvez con un gesto que fuera a comprobar si María Zurutuza era de carne y hueso o una invención.

–¿Cómo han acabado las fotos en manos de Marie Bertou? –ante su insistencia, Gabriel y Cuevas se habían visto obligados a contarle finalmente de dónde habían sacado el sobre con las imágenes de Isabel Murria. Ahora sabía quién era “la francesa”, y que habían dado con ella, aunque se había escabullido antes de que pudieran descubrir dónde tenía su cubil–. Ella es nuestro principal testigo en este caso, ¿lo sabía? Lo ha visto todo.

–No sé quién es.

–Marie Bertou, “la francesa”.

Damasco se quedó de piedra.

–¿“La francesa”? ¡Pero si está loca! ¿La han encontrado? ¿Cuándo?

–Ugalde dio con ella.

–Pues tráiganla cuanto antes para que pueda marcharme –rugió Damasco–. Si es que sale algo coherente de su boca... Oiga, esa mujer está de atar, ¿va a basar su acusación en su testimonio?

–Déjese de historias... ¿cómo es que tenía ella esas fotos?

–No lo sé...

–Isabel Murria lleva desaparecida más de un mes. ¿La ha tenido usted secuestrada todo este tiempo?

–¡No! No... ¡Yo no la he secuestrado! Tenía guardadas esas fotos, ¡las guardé! Le pagué por la sesión y las guardé... ¡y no la he vuelto a ver! ¡Es lo mismo que hice con su vecina!

–Su compañero Ugalde asegura que entró usted en el piso que Isabel Murria alquiló en el casco viejo. Su hermana, Ana Murria, se tropezó con usted, ¿verdad? ¿Qué buscaba? Vamos, Damasco...

El joven guardó silencio unos instantes. Parecía debatirse en una complicada pugna interior. Al fin levantó la vista.

–Es cierto... Entré en el piso para recuperar las fotos. Cuando me di cuenta de que me faltaban... Es mi trabajo, pagué por él, no iba a dejar que me lo quitara. El trato era hacer la sesión a cambio de dinero, pero yo me

quedaba con las instantáneas. Ella me engañó. Seguramente se arrepintió de haberlas hecho. Supuse que había sido ella, ¿quién si no? Por eso fui a registrar el piso...

–Así que le robaron las fotos... ¿Está seguro de que fue así? ¿La propia Isabel? ¿Marie Bertou?

–No lo sé, pero que fuese Isabel tiene más sentido, ¿no?

–Pero las tenía Bertou... Ayúdeme Damasco, porque todo esto es muy confuso.

El joven se rió por lo bajo. Respiraba entrecortadamente, lo que daba fe de la ansiedad que le dominaba.

–Bien, hasta que comprobemos su testimonio, permanecerá entre rejas.

–No puede retenerme...

–Claro que puedo.

Y lo hizo. Le encerraron en una celda, con un catre donde esperar. No le pusieron con los presos comunes, sino que le aislaron. Formaba parte de los interrogatorios mantener a los sospechosos incomunicados. Sin nadie con quien desahogarse durante las largas horas de espera, se veían obligados a enfrentarse a la verdad. Era una forma de presión muy efectiva.

Berriatua se había puesto furioso con Ugalde por haber dejado ir a Marie Bertou, una testigo imprescindible para el caso. Estaba relacionada con el estrangulador, pero hacía falta saber de qué manera. Iba a sacarle a tirones dónde se escondía esa loca, porque no se creía que se le hubiese escapado. Estaba convencido de que sabía dónde encontrarla. Ahora que ya había enviado a dos de sus hombres a la villa de Ana Murria, tal vez se sintiera más colaborador.

Tenía un ejemplar de El Diario Vasco sobre la mesa de su despacho. Tras dejar a Damasco encerrado, se refugió en él, lo cogió, y releyó el artículo publicado finalmente aquella mañana. Las imágenes que aparecían eran en su mayoría obra del detenido, y resultaban espeluznantes, pero no se le mencionaba. Habían hecho un gran trabajo. Por supuesto, el ayuntamiento se había puesto en contacto con él nada más salir la noticia, para reprocharle que hubiese actuado por su cuenta, algo que a él ya le resbalaba por completo. Sus superiores en el Cuerpo también le habían presionado y amonestado... Daba igual. Ya no había marcha atrás. Todo San Sebastián sabía ahora que un estrangulador andaba suelto, un asesino de una crueldad

como no se había visto antes.

A la mañana siguiente iba a reunirse con el alcalde... No estaba preocupado. Lo cierto era que estaba convencido de haber obrado bien. Ahora las mujeres de la ciudad se abstendrían de salir de noche, al menos hasta que hubiesen confirmado la identidad del asesino. Pensó en Ignacio Damasco. Tenía experiencia para saber cuándo alguien mentía.

Se hacía tarde, y estaba lloviendo de nuevo. En cuestión de dos horas anochecería. Un zumbido rompió el silencio. Era el motor del funicular que permitía subir a lo alto del monte Igueldo al oeste de la ciudad. Su recorrido era de algo más de trescientos metros, pero superaba en tan corto tramo un desnivel de ciento cincuenta metros. La gente solía utilizarlo para acceder al Torreón, un antiguo Faro ya en desuso, desde donde se apreciaba una de las mejores vistas de la ciudad y su bahía, o para pasar el día en el parque de atracciones. Lo tenía tan cerca que podía oírlo cada vez que se ponía en marcha. ¿Quién querría subir a aquellas horas, con tan mal tiempo?

Se agitó en su silla, nervioso, y al final la abandonó. Le inquietaba que hubiera otra muerte mientras tenían a Damasco encerrado. Por una parte no creía que fuese él el estrangulador, y por la otra, si no lo era... No tenía por dónde continuar. Estuvo de brazos cruzados junto a la ventana un buen rato, hasta que llamaron a su puerta.

Uno de sus hombres entró, y tras él apareció Antonio Cuevas. Berriatua no esperaba aquella visita.

–Qué quiere, Cuevas...

El periodista agradeció que le recibiera. Estaba sofocado y mojado, porque había llegado corriendo al cuartel.

–Tenemos un problema con Ugalde –anunció sin aliento–... Se ha ido a Urgull solo, a comprobar algo que le dijo Marie Bertou... Algo que no ha querido contarle a usted.

–Menos rodeos, Cuevas... ¿De qué cojones habla?

–“La francesa” le dibujó un pasaje que hay en Urgull, cerca del punto donde apareció la última víctima, una especie de túnel por donde suponemos que el estrangulador la sacó antes de matarla.

–Se refiere a Isabel Murria.

–Sí, sí...

–No hay ningún pasaje en Urgull.

–Oh, sí que lo hay, se lo aseguro, yo mismo lo he visto, y Gabriel

Ugalde se ha metido en él, solo. Hemos encontrado un trozo de tela –sacó un pedazo de tela rasgado, y se lo mostró–... Creemos que es de la ropa que llevaba Isabel, ¿podría ser?

Berriatua lo cogió. Habían encontrado los restos de una camisola pegados a la carne de la joven, y aquel trozo pequeño y sucio era muy similar, tanto en la textura como en el color. Su instinto se encendió.

–¿Dice que se ha ido solo?

–He intentado convencerle de que avisáramos a la Guardia Civil, vamos... a usted, pero créame, es muy terco...

–Será estúpido...

Gabriel había llevado consigo una linterna. La angosta abertura oculta en la ladera, bajo una roca, apenas dejaba espacio para que su cuerpo pasara, pero después se agrandaba. Se había topado con un túnel excavado artificialmente, que descendía adentrándose en la tierra, hacia la oscuridad más absoluta, tal y como Marie Bertou había dibujado hábilmente en el suelo de su cueva.

No sentía miedo. Sólo curiosidad. Ahora que sabía que Berriatua había mandado a sus hombres a rescatar a Ana, quería adentrarse en aquel túnel y descubrir la verdad. A su espalda aún percibía la luz natural que se colaba por la grieta. Por delante no sabía lo que le esperaba. Decidido a descubrirlo, empezó a descender, linterna en mano. Aquel pasaje, desconocido por la gente de San Sebastián, bajaba de forma continua, suavemente, adentrándose profundamente en las entrañas del monte. Poco a poco fue notando que el aire se tornaba pesado, menos limpio, y el sonido de sus pasos, cualquier sonido, dejaba de despertar ecos alrededor. ¿A dónde conducía aquel extraño corredor? ¿Con qué objeto había sido construido? Muy pronto perdió la noción del tiempo y del espacio. No sabía en qué dirección caminaba, salvo que estaba bajando.

Al cabo de media hora, la pendiente desapareció, y el túnel serpenteó naturalmente en llano. Había cada vez más humedad, tanta, que rezumaba por las paredes y el techo abovedado en forma de hilillos de agua que iban deslizándose hasta formar charcos en el suelo. Olía a salitre, a cerrado, a azufre, una mezcla difícil de definir, teniendo en cuenta que le costaba respirar. Ahora caminaba algo encorvado, porque la altura del corredor había menguado.

Volver en sí y descubrir que nada había cambiado sacudió con violencia la conciencia de Ana. Abrió los ojos en la oscuridad, sobre su cama. De vuelta en su dormitorio. Aún estaba aturdida por la droga que su madre les había suministrado con la sopa. Trató de moverse, y descubrió que estaba atada, y en camisón. Eso la asustó. Y mucho.

Una cuerda sujetaba con fuerza sus muñecas a la cabecera de la cama. Lo mismo ocurría con sus tobillos, estaban atados, y sus pies descalzos. Trató de moverlos, de soltarse, pero los nudos estaban muy apretados y se hacía daño. Un lamento se escapó de sus labios. Miró alrededor. La persiana continuaba echada, y algo de luz, muy pobre, se colaba por algunas rendijas, permitiéndole distinguir al menos los contornos de las cosas que la rodeaban. Así, pudo ver que Celia no estaba con ella. Con seguridad se hallaba en la misma situación, pero en la habitación contigua.

Una sed despiadada abrasaba su garganta. También el hambre tiraba de su estómago hacia dentro, tanto que dolía. Ana se retorció para quedarse sentada. Entonces, con toda la intención, golpeó la pared con la cabeza, al principio con cuidado, después con más ganas, hasta hacerse daño. Su intención era que Celia la oyera. Esperaba que entendiese la idea, y que respondiera golpeando a su vez la pared para que supiera que estaba bien. Sin embargo no hubo movimiento al otro lado. Todo siguió en silencio.

Pensó que a lo mejor aún estaba inconsciente. Sólo era una niña, y si había tomado la misma cantidad de sedante que ella, era lógico pensar que le

hubiera afectado más.

–Mierda...

Eso no la consolaba. De pronto sintió deseos de gritar pidiendo ayuda. Necesitaba chillar, y liberar así la enorme tensión que dominaba su cuerpo, o se volvería loca. La rabia se apoderó de ella y aulló con todas sus fuerzas. Luego, envalentonada, empezó a chillar más y más alto, llamando, pidiendo auxilio, suplicando que la soltaran, hasta desgañitarse. Al cabo de media hora se quedó sin voz.

Nada cambió. Le faltaba el aire.

Su pecho subía y bajaba a toda velocidad; su corazón bombeaba sangre por su cuerpo cargada de adrenalina. Comprobó si aún conservaba el reloj en su muñeca. Sí, allí estaba, ella no se lo había quitado. Eran las tres, de la tarde, supuso, porque aún entraba luz por las rendijas de la persiana.

¿Qué planeaba hacer su madre con ellas? ¿Por qué todo aquello? Era incapaz de imaginar sus motivos. Las odiaba, eso era. ¿Qué, si no? Como había odiado a Isabel, y ahora estaba muerta, como su tía, como su padre... Recordó las medicinas intactas en aquel arcón viejo. Su hermana había tenido razón, ella le había matado. No directamente, pero le había dejado morir. Para ella, era lo mismo.

De pronto una posibilidad se abrió paso en su entendimiento. Estaba aturdida, pero no se le escapaba el hecho de que ya eran demasiadas muertes en su familia. Su padre enfermo, su tía, Isabel... A su hermana la había empujado su madre hasta echarla y abocarla a la prostitución, y ahora la habían estrangulado... Y ahora ellas estaban allí, secuestradas. Y en torno a todo ello estaba Margarita, como un mal que todo lo corrompía. Debía de haber enloquecido. Una demente, eso era.

Sacudió con rabia las manos, tirando de las cuerdas, pero cuanto más tiraba más se apretaban los nudos, y pronto notó que se le cortaba la circulación.

Pasaron las horas de forma inexorable, y la luz al otro lado de la ventana fue menguando, hasta que se hizo de noche. Cuando sus ojos dejaron de distinguir lo que la rodeaba, llegó el pánico. Ya no podía ver qué hora era, y tampoco oía a Celia.

El tiempo se burlaba de ella, la locura se asomaba a su mente, arrebatándole la serenidad. Entonces oyó pasos en el pasillo. Reconoció la forma de andar de su madre. Se acordó de cómo las había asustado a ella y a

sus hermanas por las noches, apareciendo embadurnada de crema, con una vela en la mano. No quería verla, no quería que abriera la puerta, prefería seguir sola en la oscuridad...

El cerrojo se abrió y la puerta cedió a la mano que la empujaba. En el umbral distinguió a Margarita. La luz del pasillo estaba encendida. Tenía el rostro blanco como la muerte, desencajado con una mueca cruel. Verla así, con el cabello negro flotando alrededor, suelto, con aquellos ojos brillantes fijos en ella, acabó por robarle la razón. Ana sollozó, suplicando piedad, que la soltara, que la dejara ir... Pero ella no pareció conmoverse lo más mínimo.

Estuvo observándola un rato, sin moverse, como una estatua de piedra, o una aparición. Luego entró, fue hasta ella, y la abofeteó con rudeza. Ana se calló.

–Como vuelva a oírte no respondo –fue todo lo que salió de sus labios.

La soltó de la cabecera de la cama, la agarró del cabello, y la arrastró tirándola al suelo. A continuación sacó una jeringuilla y se la clavó en el cuello.

–Así estarás más tranquila.

Ana abrió mucho los ojos, horrorizada, mientras sentía cómo su cuerpo se entumecía y un leve mareo aturdió sus sentidos. Se desmadejó como si se hubiera convertido en una muñeca de trapo. Su madre comprobó que estaba bajo los efectos de la droga. Tiró de ella, arrastrándola hasta el pasillo. La bajó por las escaleras sin importarle los golpes que maltrataban a su hija, en la cabeza, en las piernas... La llevó de esa guisa al recibidor, sacó las llaves de su bolsillo y abrió la puerta principal.

Ana comprendió que la llevaba fuera. En su embotamiento, percibió que lloviznaba. Una suave brisa la recibió al salir al exterior. Era agradable sentirla... Margarita se inclinó sobre ella y olió su cabello profundamente.

–Siempre has oído a vainilla...

Ana no la comprendió. Aquella mano aferró de nuevo su mata de pelo, sin consideración alguna, y la bajó de un tirón por encima de los peldaños que bajaban al patio. El suelo estaba encharcado, y el camisón de Ana se empapó. No fue capaz de distinguir nada de cuanto la rodeaba antes de que la empujara a través de una especie de pozo oculto junto al muro del patio. Nunca antes lo había visto... ¿Siempre había estado allí? Justo antes de que su madre se la llevara consigo hacia la oscuridad, percibió aquella calma

que trae la noche. San Sebastián dormía, ajena a su suerte. Ya nunca podría reconciliarse con su ciudad. Su madre siempre le había negado esa oportunidad. Una honda tristeza inundó su corazón.

Había una lámpara de aceite en el suelo, de las de antes. Margarita se detuvo, sacó unas cerillas y la encendió; la levantó, y ante ellas se hizo visible un túnel, largo y profundo, que bajaba y bajaba hacia las tinieblas.

–Madre...

–Calla...

–Madre... ¿dónde está Celia?

Un fuerte tirón de su pelo le arrancó un gemido. De nuevo la arrastró. Juntas, madre e hija, fueron descendiendo. Fue un largo recorrido a través de las tinieblas. El aire era cada vez más pesado, más irrespirable... y Ana se desmayó.

Cuando despertó, estaba tendida boca arriba sobre un suelo de piedra, cubierto por una capa de paja. Pestañeó, aún confusa. Estaba atada en una celda cuadrada, con el techo abovedado, toda de piedra. No había nada alrededor, sólo estaba ella, en aquel espacio pobremente iluminado gracias a una rendija de luz que provenía de una abertura en una puerta de hierro. Un golpe sacudió el lugar, estremeciéndola, un golpe sordo, profundo, como una corriente poderosa capaz de arrastrar las entrañas de aquel lugar hacia las profundidades. Pero nada se movió. Hubo un espacio breve de tiempo, durante el cual la piedra tomaba aire, preparándose para el siguiente embate, boooooommmmm... ¿Qué era aquello? Ana quiso enderezarse, pero su cuerpo no respondía.

–¿Hola? ¿Celia?

Otro golpe sacudió de nuevo aquel submundo, el infierno al que ella la había condenado... y creyó que el techo se derrumbaría, pero no pasó nada. Se arrastró como pudo, para mirar a través de aquella rendija en la puerta. Fue penoso tratar de moverse cargando con unas piernas que eran como piedras ancladas al suelo. Al otro lado no se veía nada... salvo unos escalones. No había manera de saber dónde estaba. Quiso mirar su reloj, pero había tan poca luz que no veía las agujas, y de todos modos apenas lograba que sus brazos le obedecieran. Se quedó tirada donde estaba, boca arriba, rezando por su vida, por Celia. ¿A dónde la habría llevado?

No sabía medir el tiempo, allí era imposible. En algún momento, oyó que su madre bajaba por la escalera. No podía alegrarse, no quería, pero ahora creía que era mejor tenerla a ella que sufrir aquella horrible soledad. La puerta se abrió, y Margarita Clarín entró con aquella lámpara que siempre la acompañaba en aquel lugar.

–Siéntate Ana... Tú y yo vamos a tener una conversación.

La ayudó a enderezarse, y la apoyó contra la pared para que se sostuviera. Entonces salió fuera y regresó con una silla. Se sentó a su lado y cruzó las piernas, mientras sacaba un paquete de tabaco, y se encendía un cigarrillo. Ana nunca antes la había visto fumar. La miró inhalar el humo como hechizada.

–Dónde está Celia... –murmuró sin fuerzas.

–Celia ya no nos estorbará más –aquello fue una sentencia, y Ana se estremeció. No quería entender el significado de esa frase, pero lo adivinaba.

–Por qué...

–No está, es todo. Sólo estamos tú y yo, Ana.

–Suéltame... por favor...

Margarita se enderezó, dio una calada a su cigarrillo, y de pronto se giró hacia ella y quemó la piel de su antebrazo. Ana aulló, y su mente se despejó de golpe. La adrenalina se llevó los restos de su embotamiento. Miró a su madre sin comprender. Le escocía allí donde la había quemado. Una pequeña marca circular enrojecía su piel.

–No vuelvas a pedirme que te suelte. ¿Quieres saber por qué estás aquí? –la joven no se atrevió a contestar. Clavaba los ojos en su cigarrillo, y cada vez que su madre le daba una calada se encogía de miedo—. Eres igual que tu hermana Isabel. Esa zorra... Vendiéndose por cuatro duros... No era más que una ramera. ¿Sabías que se hizo fotos desnuda? Ya lo ves... Y tú eres exactamente igual, bueno, sois gemelas, después de todo...

–Madre, por favor...

–¡No voy a permitir que me avergüences, Ana! No... Hubieras hecho mejor quedándote en Madrid. Ahora voy a tener que ocuparme de ti.

Se volvió, y quemó la piel interna de su muslo derecho, apretando el cigarrillo contra ella para que la herida fuera más profunda. Ana aulló, y las lágrimas barrieron su cara desencajada. Miró a su madre, con aquella espantosa expresión retorciendo su boca cruel, y de pronto comprendió que había sido ella la que había asesinado a Isabel... y a todas las demás.

Esa verdad devastó su conciencia como la lava de un volcán arrasa todo a su paso.

Iba a hacer lo mismo con ella. ¿Y Celia? Pensó en la niña, y algo se rompió en su interior. Viendo a su madre, supo que se había deshecho de ella, «*ya no nos estorbará más...*».

–Tú las has matado a todas, a Isabel...

Margarita soltó una carcajada. Entonces se levantó, echó atrás la silla, y se abalanzó sobre ella, abofeteándola con las dos manos, primero abiertas, luego con los puños... Hasta que la joven se quedó muy quieta. Temió haberla matado, y puso dos dedos en su cuello, buscándole el pulso. Aún vivía.

Marie Bertou había descendido de nuevo al túnel. Quería explorarlo, recorrer cada corredor, hasta aprendérselo de memoria, un nuevo territorio donde disfrutar, cuando «La Máscara» ya no pudiera utilizarlo más. Era largo, y estrecho, y ahora sabía que conectaba el cerro de San Bartolomé, bajo el viejo convento sobre el que se había construido la villa donde vivía la asesina, con Urgull, bajo el castillo de La Mota, la isla Santa Clara, bajo la antigua ermita sobre la que se había levantado el Faro, y con la Torre del monte Igueldo, que también había sido un faro. No era fácil perderse, porque no estaba pensado como un laberinto, sino seguramente como una vía de escape ideada por las monjas. Al fin y al cabo, San Sebastián había sido una ciudad fortaleza, situada en un enclave estratégico que la había convertido en blanco de numerosas batallas; los incendios la habían arrasado más de una vez, la habían invadido, bombardeado... Se había hundido en cenizas, y había vuelto a resurgir siempre, más fuerte, más espléndida, hasta aquel día de primavera.

Aquella criatura, producto de una guerra demencial, sabía que no tenía mucho tiempo antes de que la asesina volviera, por eso se apresuraba, gateando, poniéndose en pie, husmeando... Al pasar por el acceso que daba a la isla, se detuvo. Aquel sordo golpe del mar cuando sacudía el mismo corazón de Santa Clara, la apabullaba, y al mismo tiempo la atraía. Ssschhhhhh.... booooooooooom Era poderoso, una fuerza infinita vapuleando la roca; era como el corazón del Cantábrico, mostrando su pulso rítmico y voraz. Marie se desvió para asomarse por aquella extraña grieta, invisible desde el exterior. Las olas llegaban suavemente y rompían contra las

rocas, para retroceder al instante siguiente, como lenguas de espuma, sólo para rearmarse en otra ola y volver a cargar. El agua penetraba parcialmente en la entrada del corredor...

De pronto, flotando entre las piedras, vio un cuerpo. Marie lo contempló desconcertada. No sabía que hubiera más víctimas... Su corazón se aceleró. Era el cadáver de una niña pequeña. Los ojos se le llenaron de lágrimas, y corrió hacia ella. Se inclinó sobre su rostro menudo. Estaba boca arriba, y el mar la empujaba cada vez que entraba por la angosta abertura natural. En cualquier momento la arrastraría, llevándosela para siempre. De todos modos estaba muerta, pero no quería que se la tragara el mar. La cogió con cuidado y la subió a través del pasaje, hasta depositarla contra la pared de roca, en una zona resguardada de los embates del mar. Acarició el cabello mojado de la chiquilla, la acunó entre sus brazos... Lloró por ella.

Marie Bertou alzó el rostro. Una máscara helada de ira lo cubría. Sus grandes ojos se abrían llenos de lágrimas, y hablaban de venganza.

Estuvo muchas horas así, acunando a aquella criatura, y no se dio cuenta de que un incipiente vendaval se preparaba sobre el mar y la isla. Un fuerte viento se levantó del nordeste, cada vez más violento. El cielo se puso negro, como si quisiera tragarse la noche que se acercaba, cubierto por unos altos nubarrones, muy amenazadores, que se desgajaban hacia el mar, fundiéndose con su embravecida superficie encrespada. Venía tempestad. La luz en aquella parte del corredor menguó. No se veían las estrellas, pero Marie supo que había oscurecido. Se hacía tarde.

Aspiró aquel aire cargado de electricidad. Se le puso de punta el vello de todo el cuerpo, erizado ante la inminente tormenta. Las olas se levantaban más y más altas, sacudiendo la isla Santa Clara con cada embate, saltando a gran altura, en una explosión de espuma que brillaba en la insondable oscuridad. No estaba a salvo allí...

Retrocedió más, con la niña, y la depositó con cuidado en un rincón lejos del agua, que cada vez se adentraba más hacia el pasaje, desde la grieta de entrada del mar. Acarició con suavidad las marcas azuladas que magullaban su delicada garganta. A ella también la había estrangulado.

Un relámpago iluminó el corredor momentáneamente, y enseguida un trueno retumbó en el exterior, largo y profundo. El mar se abatía sobre la isla con fiereza. Las olas se encabritaban, rugían, se estrellaban y continuaban su salvaje recorrido hacia la costa. Una densa cortina de agua se precipitó desde

el cielo, empujada a ráfagas por aquel viento furibundo. Muy pronto barrió la bahía, de camino a la ciudad. Urgull e Igueldo habían desaparecido engullidos por aquella masa nubosa que lo cubría todo, y las luces de la ciudad titilaban fantasmagóricamente en las tinieblas.

Marie besó a la niña y la dejó allí. No podía llevarla consigo.

Los tirones con que Margarita la arrastraba de nuevo por aquel lóbrego túnel, despertaron a Ana. Tenía el labio partido, y su cuerpo estaba lleno de moretones y arañazos a causa de la paliza que había recibido, y por el roce al que estaba siendo sometido, contra el suelo de piedra. Un dolor irregular, repartido entre sus brazos y sus piernas, palpitaba recordándole los golpes que su madre le había propinado. Las quemaduras y los numerosos cortes que laceraban su piel escocían aún, como si se hubiese ensañado con ella estando inconsciente. La llevaba de mala manera, alejándose de aquella marea brutal que sacudía rítmicamente aquel lugar. Cada vez se percibía más lejano... hasta que dejó de sentir su poder.

Ahora atravesaban una gran nada. A través del infierno. Ana se orinó encima, mientras pensaba que su hermana Isabel habría pasado por el mismo proceso antes de que la matara. Recordó las fotografías del periódico, y una arcada la obligó a arrojar lo poco que tenía en el estómago. La bilis quemó su garganta. Margarita no se detuvo por eso. Tiró de ella durante mucho tiempo, hasta que el túnel empezó a ascender. A medida que subían, el aire era más puro, y Ana comprendió que estaban acercándose al mundo exterior. Deseaba salir, ansiaba respirar, volver a ver el cielo...

Pero fuera se había desatado una violenta tempestad. Al abandonar el túnel, el viento las recibió, y una andanada de agua se abatió sobre ellas, empapándolas de arriba a abajo. Margarita se rió, encantada de estar bajo la tormenta. Salieron a una zona boscosa, cubierta de grandes árboles que se agitaban bajo la fuerza de los elementos. Sus ramas temblaban, crujían, y el agua corría en regueros por su corteza hasta el suelo embarrado. Aun así, estando en un bosque, la furia de la tempestad se notaba menos. Ana vio que su madre se detenía y alzaba aquel rostro antinatural hacia la naturaleza, tan salvaje como ella.

Un relámpago recorrió aquel cielo tenebroso, y su luz iluminó por un instante el entorno. Allí, a poca distancia, Ana creyó ver una extraña figura. Fue algo fugaz, y cuando otro relámpago zigzagueó como un latigazo a través

de las nubes, ya no estaba. No tuvo ocasión de fijarse mejor, porque su madre regresó.

Tiró de ella siguiendo un sendero que ahora era un lodazal. Fueron avanzando por él un trecho. Ya no llevaba luz alguna, así que se movían en la oscuridad. Al poco, se escuchó el rugido del mar golpeando contra las rocas, y, muy pronto lo tuvieron ante su vista, bravo, colérico, lleno de sal. Las olas saltaban con más de seis metros de altura sobre la costa.

Margarita dejó a Ana y contempló el espectáculo, dominada por aquel despliegue de poder natural. Sonreía salvajemente, mientras su hija boqueaba a sus pies, zarandeada por aquel despiadado temporal. Entonces se volvió hacia ella. Tenía en la mano una jeringuilla. Iba a drogarla...

Ana la contempló, hechizada por aquella aguja... Agradeció poder morir así. No sentiría nada cuando la estrangulara. Los ojos de su madre brillaban como si fueran de otro mundo. Sonrió de nuevo. Su cabello negro se había soltado, y caía apelmazado por la lluvia en torno a su cabeza. Se acercó, jeringa en mano, y entonces otro relámpago atravesó el cielo. Una figura surgió de aquella luz cegadora, abalanzándose sobre Margarita.

Ana dio un grito.

Marie Bertou saltó con todas sus fuerzas, y desaparecieron juntas entre las rocas.

La joven se quedó sola. Parpadeó, confusa. ¿Qué había pasado? No oía nada. El viento soplaba con tal fuerza que ahogaba cualquier otro sonido, y la lluvia caía con brutalidad sobre su cuerpo maltrecho, aplastándola contra el suelo embarrado. Atada como estaba, no podía apenas moverse, ni le quedaban fuerzas. Atisbó hacia las rocas con ansiedad, pero no vio a las dos mujeres. Tal vez habían caído al mar... Deseó que su madre no regresara.

Se dejó caer sobre el barro, a punto de perder el conocimiento... cuando vio algo, una luz, tal vez un relámpago... Pero esa luz no se extinguía, bailaba, cada vez más brillante...

—¡¡Ana!!

Gabriel Ugalde surgió detrás de aquella luz, que resultó ser el haz de una linterna.

—¡¡Ana!! Oh, Dios...

Se arrodilló junto a ella y la abrazó con fuerza, sin poder creer que la hubiera encontrado. ¿Qué hacía allí? Estaba sorprendido. Llevaba horas recorriendo aquellos corredores bajo tierra. Más atrás, en el túnel, había

tropezado con el cadáver de Celia... Acunó a Ana, agradecido de haber llegado a tiempo, al menos con ella. La besó en el cabello, en la frente, en los labios, protegiéndola con su cuerpo del viento. ¿Dónde estaba su madre? Miró alrededor, pero no la vio.

–Te sacaré de aquí...

Lo primero que percibió al despertar fue un suave perfume a rosas. Su fragancia flotaba en el ambiente de forma sutil, como una caricia. Estaba acostada en una gran cama, envuelta en deliciosas sábanas de seda, en una maravillosa habitación de estilo victoriano. La luz del sol entraba a raudales por las grandes ventanas, inundándolo todo; era su calor lo que calentaba su cuerpo. Le pareció tan agradable...

Parpadeó. Le dolía la cabeza... De pronto recordó la droga que su madre le había inyectado en el cuello... El túnel, las rocas, la tempestad... Gabriel... Él la había sacado de allí. ¿Dónde estaba? Quería verle...

Abrió los ojos lentamente. Se le nublaba la vista. Ana quiso moverse, pero su cuerpo apenas respondía a su voluntad. Notaba algo en su costado izquierdo, algo muy pesado... Ladeó la cabeza, y... ¿Celia? La observó asombrada. Sin duda estaba soñando... Pero no, la niña dormía, apoyada su cabecita en su hombro. Sus brazos la rodeaban, con fuerza, como si quisiera evitar que se marchara. Llevaba puesto un delicado camisón, y estaba descalza, tumbada directamente sobre las mantas. Dedujo que estaba en otra habitación, y que se había colado allí para estar con ella, como hacía siempre... Le hizo gracia, ¿a dónde iba a ir? Su hermana pequeña, a la que había dado por muerta... Estaba allí, a su lado. Una felicidad radiante recorrió su cuerpo dolorido, arrastrando los restos de tristeza y miedo con que había despertado. Besó sus cabellos. Era ella la que olía a rosas. Ana sonrió... Allí estaban las dos, libres al fin... Entonces vio unas marcas

azuladas en su garganta, y palideció. Celia no... ¿Había querido estrangularla? Se estremeció al imaginarlo, y entonces se percató de que la chiquilla tenía el cuerpo tan magullado como ella, lleno de arañazos y quemaduras... Una oleada de rabia la invadió.

¿Qué había sido de su madre? La había visto desaparecer...

Todo era muy confuso. Cerró los ojos y acunó a Celia. Su profunda respiración era como una melodía embriagadora que marcaba el compás de su corazón. Eran libres... Al fin. Pese a todo, pese a su cobardía... Suspiró profundamente y echó un vistazo alrededor. Aquella habitación era muy bonita, y lujosa. Los altos techos, decorados con molduras, ribeteadas con adornos florales dorados, las paredes, delicadamente empapeladas en tonos de un suave azul lavanda, los muebles, de madera lacada en oro, y un gran cuadro que representaba la bahía de San Sebastián... Las cortinas estaban descorridas, y a través del ventanal vio el paseo de la Concha, y la hermosa bahía bañada por el sol, aún más fantástica que en el cuadro. Adivinó con facilidad que estaba en el Hotel Londres, levantado al pie del paseo.

Se quedó unos momentos pensativa. ¿Cómo había ido a parar allí? Y su hermana, ¿cómo había sobrevivido? Su corazón latía con fuerza contra su costado. Estaba deseando que despertara para poder hablar con ella, hacerle mil preguntas, abrazarla una y otra vez... Era un milagro que estuvieran sanas y salvas...

Había sufrido tanto al no saber nada de ella... Recordó cómo había golpeado la pared de su cuarto con la cabeza llamándola... y las palabras de su madre: «...*ya no nos estorbará más...*». Había creído que estaba muerta, y ahora, viendo aquellas horribles marcas en su delicada garganta...

Llamaron a la puerta, y cuando ésta se abrió, una cabeza rubia se asomó. Ana al principio no se dio cuenta. Luego, cuando detrás de aquella radiante melena rubia apareció un cuerpo esbelto enfundado en un elegante vestido, se quedó sin habla. ¡Corinna Kauffman estaba allí!

La vio entrar, sonriente, feliz de verla despierta, y no podía creerlo. Estaba en San Sebastián, en carne y hueso. Ahora entendió que estuviera en el Londres. Era cosa suya, sin duda. Sus labios vocalizaron la pregunta, «¿cómo?», pero no llegó a pronunciarla.

—Ana...

Corinna contempló la escena, las dos hermanas abrazadas sobre la cama, bañadas por la luz del sol de la mañana. Era como deleitarse ante un

hermoso cuadro. Se diría que nada podía separar a las hermanas Murria, porque Celia contaba con su propia habitación, contigua a aquella... Sonrió aún más, y luego se acercó, con cuidado de no despertar a la pequeña. El suelo alfombrado amortiguaba el sonido de sus zapatos de tacón.

–Ana...

Hubiera preferido abrazarla, estrecharla entre sus brazos, pero se contentó con besarla en la frente. La joven estaba muy demacrada. Aún le impresionaba verla tan cambiada. Se fue de Madrid muy bonita, con aquel moreno tostado su piel, los ojos luminosos y alegres, la sonrisa preciosa y espontánea... y ahora... Había adelgazado, había perdido color, y sus ojos estaban velados por una sombra de tristeza inenarrable. Sabía por lo que había pasado por Gabriel Ugalde y por los periódicos, y no imaginaba cómo debía sentirse. Haber viajado a San Sebastián había sido la mejor decisión que había tomado en su vida. Había llegado justo a tiempo.

–Corinna –susurró Ana. Su corazón latía con fuerza. La señora Kauffman estaba allí, a su lado. Su compañera, su amiga... Miró sus increíbles ojos azules, y todo el miedo desapareció... Corinna, has venido...

Las lágrimas la desarmaron, y empezó a llorar y a reír al mismo tiempo, sin poder evitar que las emociones brotaran a raudales, mientras abrazaba a su hermana contra su pecho. Al fin Celia despertó. No dijo nada, sólo sonrió, y enterró su carita en el cabello de su hermana, aferrándose a ella como si de un salvavidas se tratara.

Cuando las tres se calmaron, Corinna le contó que se había preocupado mucho tras recibir su carta, pero que no había podido viajar a San Sebastián hasta pasada la fiesta de beneficencia que había organizado en Madrid.

–...entonces no pensaba que la cosa era tan grave, de otro modo lo hubiera dejado todo para venir de inmediato... Incluso entonces Friedrich trató de retenerme, pero ya sabes que cuando se me mete algo en la cabeza –sonrió con la mirada perdida–... Y menos mal... No sabes cuánto me alegro de mi decisión. Cuando llegué, fui a buscarte a tu casa, la villa Santa Engracia. La encontré cerrada a cal y canto, y la Guardia Civil me impidió el paso. Me enteré entonces de lo que pasaba, lo de los asesinatos, y de que te habían rescatado milagrosamente en Igueldo, en medio de una tempestad...

–¡Igueldo! –exclamó Ana. Así que aquel bosque, las rocas y el mar...

Corinna asintió, y acarició su rostro con cuidado. Ana no se había

dado cuenta, pero lo tenía muy magullado, a causa de los golpes que su madre le había propinado.

–Ese chico, el periodista...

–¿Gabriel...?

–Gabriel Ugalde, sí, fue el que te encontró... y a Celia también.

La niña sonrió. Ahora descansaba apoyada en el pecho de su hermana, muy tranquila. Sus bonitos ojos verdes contemplaban a Corinna con admiración.

–A ella la habían dado por muerta –murmuró la marquesa. Sus labios pintados con carmín rojo se apretaron en una mueca de rabia–... Tu madre quiso estrangularla, pero al parecer este chiquita tiene muchas ganas de vivir...

La niña sonrió ahora ampliamente. En su garganta, las marcas de los dedos de Margarita se tensaron, allí donde había apretado para asfixiarla.

–Lo demás lo leí en los periódicos –hizo una pausa, y meneó la cabeza con disgusto–. Debiste decírmelo, Ana, cuando me llamaste por teléfono. ¡Ni siquiera en tu carta fuiste del todo sincera!

–Me avergonzaba tanto...

–Vergüenza no es la palabra... Tu madre es una asesina, Ana.

–¿Dónde está ella...

La joven se tensó sin darse cuenta, y Celia reaccionó al instante. Era como si un hilo invisible conectara sus emociones.

–No la han encontrado...

–Pero la vi caer... Había alguien más... mientras me tenía allí arrodillada... Yo, estaba muy confusa, sedada, y la lluvia y el viento –sacudió la cabeza, tratando de recordar–... Pero sé que había alguien más... Saltó sobre mi madre y desaparecieron. Yo pensé que se las había llevado el mar...

La luz del sol, aquella preciosa estancia, estar con Celia en sus brazos, teniendo a Corinna a su lado... hacía que su relato cobrara tintes de irrealidad, como si hubiese tenido una pesadilla. Sin embargo, las marcas de quemaduras en su cuerpo, sus golpes y cortes, y las huellas en la garganta de su hermana, hablaban de su verdad. La que le había arrebatado a Isabel, a su tía Asunción, a su padre...

–No está muerta –dijo de pronto–. Sé que no está muerta...

–Yo quiero que lo esté –musitó Celia, hablando por primera vez–. Merece estar muerta, ojalá se haya ahogado...

Corinna había pagado la habitación del Londres para acogerlas hasta que se repusieran. Ya había mandado un telegrama a su marido para avisarle de la situación, y su idea era permanecer en San Sebastián hasta que las cosas se calmaran. Preguntó a Ana qué quería hacer cuando la Guardia Civil ya no la necesitara.

–¿Querrás venirte a Madrid? –formuló la pregunta con tanta ternura que Ana se emocionó. Esbozó una sonrisa luminosa–. Celia y tú, por supuesto –Corinna se apresuró a aclarar aquel punto. Acarició el largo cabello castaño de la niña–. Si queréis, aquella es vuestra casa ahora, y nosotros vuestra familia. No quiero que vengas para ocupar tu puesto cosiendo, sino como mi hija. Te queremos mucho Ana, y tener a Celia con nosotros será maravilloso...

–¿Tú qué dices Celia? –inquirió Ana besando a su hermana en el pelo. Pensó con tristeza en Gabriel Ugalde, al parecer no iba a haber nada entre los dos si decidía marcharse. Una punzada de tristeza se abrió paso en su espíritu.

–Quiero ir a Madrid, aunque me gusta San Sebastián, me gusta el mar... –repuso Celia.

Corinna se rió.

–Pero eso no es problema, querida... No conocía esta ciudad, y la verdad, ¡me he enamorado de ella! Estaba pensando en proponerle a Friedrich comprar una propiedad aquí...

Ana y Celia abrieron mucho los ojos.

Por la tarde Corinna se llevó a Celia a dar un paseo por la playa, mientras Ana se recuperaba descansando. Una empleada del hotel apareció con un ramo de rosas con una tarjeta de parte de sus compañeras de la academia y de Don Agustín. Incluso el dueño de la empresa había firmado, deseando su pronta recuperación.

Hacia las seis Gabriel fue a verla. Había estado retenido en el cuartel, testificando sobre lo ocurrido. Por fin habían liberado a Damasco. El joven había pasado varios días espantosos en el cuartel, pero ahora que se había aclarado todo se encontraba mejor. Se había disculpado mil veces con él por el asunto de las fotografías... Había un fuerte contingente de la Guardia Civil rastreando cada rincón de la ciudad, y sobre todo de la costa, buscando el cuerpo de Margarita Clarín. Su foto había salido en todos los periódicos. Aún no había aparecido. Él creía que la tempestad se la habría llevado, y que tarde o temprano el mar la devolvería a la superficie. Era imposible que hubiera

podido sobrevivir... Ni siquiera cabía la posibilidad de que hubiese vuelto al túnel, porque el vendaval, que había sido muy destructivo, había provocado un derrumbamiento que había sellado sus accesos. Sólo la entrada en la villa Santa Engracia continuaba abierta.

No llegaba solo.

Lucía entró con él, sonriente, aliviada de ver a su amiga sana y salva. Antes de que el joven pudiera dar un paso dentro de la estancia, se coló por su lado izquierdo y corrió a abrazar a Ana. La recibió entre risas, entusiasmada de tenerla allí. Su alegría era contagiosa, y estuvieron un rato extasiadas de felicidad. Gabriel se quedó mirándolas, embargado por una profunda emoción...

Cuando se calmaron, cerró la puerta y sonrió. Estaba muy guapo, con las mangas de su camisa azul remangadas y unos elegantes pantalones de pinzas. Ana se avergonzó de estar en camión, pero él se acercó como si nada, y enseguida la abrazó. Su calidez, el olor de su piel, su voz mientras la besaba una y otra vez, diciéndole lo mucho que se alegraba de haber llegado a tiempo... embargaron a Ana de una intensa emoción. Ya sabía lo que sentía por el joven periodista, pero ahora... Se estrechó contra él, aferrándose a su camisa con las dos manos.

Lucía sonrió con aire cómplice.

–Bueno, creo que voy a dejaros solos un rato, ¿os parece bien?

Ana frunció el ceño, y enseguida la joven se apresuró a calmarla.

–¡No voy a ir a ninguna parte! Todo ha terminado. Voy a comer algo al bar del hotel. ¡Corinna invita!

Se fue, y Ana y Gabriel lo agradecieron. Aún estaban abrazados, incapaces de separarse...

Cuando al fin lo hicieron, ninguno supo qué decir. Pasó un buen rato hasta que Ana se decidió a romper el silencio. Gabriel estaba acariciando sus magulladuras, con una expresión atormentada en el semblante.

–¿Cómo me encontraste...? ¿Cómo...

–Gracias a una extraña mujer –musitó él besándola una vez más, en cada golpe, cada arañazo...

Había estado muy cerca de perderla.

Marie Bertou, «la francesa», le había guiado hasta aquel pasaje oculto bajo la ciudad de San Sebastián mediante un dibujo en el suelo de su cueva. Ana había oído hablar de ella, y le resultó curiosa la historia que el joven le

fue desgranando, sobre dónde se escondía, y el curioso vínculo que había establecido con su madre. En unos días se publicaría un artículo sobre su vida. Antonio Cuevas estaba deseando verlo en el periódico.

Al adentrarse en el túnel, Gabriel no había pensado encontrar a Ana. Su intención había sido averiguar algo más sobre el estrangulador, tal vez porque en realidad creía que no podía ser Damasco... Además, estaba convencido de que La Guardia Civil estaba ya de camino a la villa para rescatarla... Luego, después de deambular por aquellos corredores interminables, se había topado con Celia. Había creído que estaba muerta. Al verla tirada en el pasillo, con aquellas horribles marcas en el cuello... la verdad se había abierto paso en su pensamiento. De repente todas las piezas habían encajado, como en un puzzle muy macabro.

–Creí volverme loco. Te busqué, creyendo que llegaría tarde – murmuró con la voz ronca... Celia ya estaba muerta, y tú... Cuando te vi en el bosque, tirada en el lodo, en medio de la tempestad... Pensé lo peor, que te había inyectado ese líquido, y tus huesos...

Ana se alteró. Un líquido...

–¿...de qué hablas...? ¿Qué líquido?

–Tu madre les inyectaba a sus víctimas algo, una sustancia que desconocemos, que ablanda los huesos, hasta hacerlos puré, para así poder romperlos con facilidad...

Al oír aquello la muchacha palideció.

–Ana, ¿qué tienes? Lo siento, no he debido contártelo...

–No... No es eso... Gabriel, yo sé qué es ese líquido –concluyó de pronto. Lo había olvidado por completo. La carta de Wolfgang Metzger, en el tubo metálico dentro de la caja de Isabel... Creí que se trataba de una receta...

–No entiendo...

–Mientras mi madre me tuvo encerrada en mi cuarto, encontré una parte de una carta oculta en una cajita que era de mi hermana Isabel. Esa carta era de Wolfgang Metzger, un alemán para el que trabajó mi madre, y le decía que no había probado nunca la receta... Yo creí que hablaba de una receta, pero no, ¡hablaba de una fórmula! «*Recept*» es receta en alemán, pero también significa fórmula...

–¿Quién era ese Metzger? –preguntó Gabriel horrorizado.

–Al parecer un monstruo... Gabriel, no puedo creerlo...

–Berriatua está registrando tu casa a estas horas. Supongo que la encontrará.

–¿Y mi madre...?

–Tu madre no estaba.

–La vi caer hacia el mar...

Ana recordó la figura fantasmagórica que había creído ver con la luz de los relámpagos. ¿Podría haber sido Marie Bertou? Se lo contó a Gabriel, y a él no le pareció tan descabellado. En cualquier caso, ahora las dos estaban desaparecidas. Le preocupaba la posibilidad de que Margarita Clarín continuara con vida, en libertad. Por eso, cuando Ana le planteó la propuesta que Corinna le había hecho, se mostró decidido a apoyarla.

–Es mejor que os vayáis una temporada a Madrid –aseguró con vehemencia–... Al menos hasta que las cosas se calmen.

–¿Crees que ella nos buscará...? –se horrorizó Ana. La garra del miedo regresó, atenazando su corazón.

–No. Se expondría demasiado. Su cara está en todos los periódicos y Berriatua está removiendo cielo y tierra para cogerla. No, Ana, no volverá a acercarse a vosotras.

Dijo aquello con mayor convicción de la que sentía.

–Quedaos en Madrid, yo iré a verte, si te parece bien... –arqueó las cejas con cierta ansiedad pintada en su rostro.

–Por favor –suplicó ella con timidez. Se sonrojó intensamente–... Me encantaría... ¿Sabes que Corinna planea comprarse una casa aquí?

–¿De verdad? Eso facilitaría las cosas... Porque no pienso dejarte escapar, Ana H. Murria... Por cierto, ¿qué es la «H»?

–«H» de Hilda –explicó ella frunciendo el ceño–. Era el nombre de mi abuela. Me lo puso mi madre, y... no sé, por alguna razón siempre me ha incomodado...

–Ana Murria entonces, mucho mejor...

La joven se abrazó a él, y estuvieron así, contemplando el paisaje a través del ventanal, durante mucho tiempo. Disfrutaron del momento, de su libertad, de la vida... Ana veía el paseo de la Concha, el sol resaltando el azul del mar, más intenso que nunca, como si la tempestad hubiera lavado la bahía pintándola de intensos colores. San Sebastián se había vestido de gala para ella. Parecía sonreírle, abriéndole por primera vez los brazos, como si quisiera reconciliarse.

Había llevado una losa aprisionando su corazón desde que tenía uso de razón. Ahora esa losa ya no estaba, y su corazón latía libremente. Empezó a ser consciente de que, pese a todo lo que había perdido, podía empezar de nuevo, con una nueva familia, con un nuevo amor... Celia estaba bien, a salvo. Iba a poder brindarle todo lo que le había faltado... Dedicó sus pensamientos a su padre. Ojalá hubiera podido abrazarle una vez más. Cerró los ojos y deseó que, estuviera donde estuviera, supiera que estaban bien.

EPÍLOGO

Tras la tempestad, el mar se mostraba luminoso y tranquilo; el cielo, de un azul intenso, se reflejaba en él amablemente; nada, más allá de una ligera brisa, rizaba el oleaje. La tela a modo de toldo sobre la cueva de Marie Bertou apenas se agitaba en aquel día hermoso. Ella aguardaba en cuclillas, sentada peligrosamente al borde mismo de su guarida. Sus ojos oscuros recorrían el horizonte, bañándose con aquella espléndida vista, reina en su atalaya natural, sobre la Zurriola. Había sido una noche larga y dura, pero allí estaba, triunfal, de vuelta al único hogar que conocía. Formaba parte de San Sebastián, y, al mismo tiempo vivía al margen, espectadora distante de su devenir, de sus gentes, de sus cambios... Su cabello flotante se agitó encrespado en torno a su cabeza. Estaba muy quieta, observando, esperando...

Un chasquido a su espalda hizo que cambiara su postura. Primero giró levemente la cabeza, y al ver que su presa al fin despertaba, se volvió del todo, abandonando su puesto a la entrada de la cueva. Allí al fondo, acurrucada contra la pared, como una alimaña acorralada, estaba ella, «La Máscara», ahora sin máscara. Se estaba despertando. Marie la contempló sin mucho interés. Aún no sabía qué iba a hacer con ella. Había sido difícil capturarla, pero al fin se había impuesto. Su fortaleza y habilidad físicas, habían vencido sobre la enérgica determinación de aquella asesina, y sobre la virulencia de la tempestad... Tenía un cabello negro, muy largo, que se desparramaba sobre un rostro cubierto de arañazos. Margarita Clarín miró

alrededor, aún aturdida. Sus ojos al fin se clavaron en ella. Tenía la mirada de un demonio, eran crueles, y querían alcanzarla, y atravesarla. Pero estaba bien sujeta, amarrada de pies y manos. Marie sonrió. Tenía tiempo, mucho tiempo, antes de decidir qué hacer.

Nota de la autora:

«*El Destino de Ana H. Murria*» es un drama basado en pequeñas historias que se van desgranando poco a poco, imbuyendo al lector de un profundo estupor; es un viaje entre el asombro y la incredulidad, con Donostia de fondo, como un personaje más... El realismo de muchas de sus escenas se debe a que nacen de experiencias verídicas.

Esa realidad, a veces sórdida, a veces triste y tierna, es el duro testimonio de personas anónimas cuya identidad queda evidentemente oculta bajo nombres ficticios.

La cueva que Marie Bertou utiliza como refugio, pertenece a un recuerdo que atesoro con cariño sin haber podido comprobar si lo creó mi imaginación o realmente lo vi, cuando la escarpada ladera de Ulía, sobre la Zurriola, estaba menos cubierta de vegetación. Recuerdo vívidamente haberla visto, y, hechizada por su ubicación, haber conjeturado sobre quién podría vivir en ella. La tela atada burdamente a las estacas sobre la entrada forma parte de ese recuerdo, tan real, que queda en duda si existe o no. Comprobarlo me ha sido imposible.

Supongo que forma parte de un sueño...

Maite R. Ochotorena